

El Salvador

el soldado y la guerrillera

(Historia y relatos de vida)

OSCAR MARTÍNEZ PEÑATE

Primera Edición 2008

920.092

M385e Martínez Peñate, Oscar

sv El Salvador, el soldado y la guerrillera : (historia y relatos de
vida) / Oscar Martínez Peñate. -- 1a. ed. -- San Salvador, El Salv. :
Editorial Nuevo Enfoque, 2008.
576 p. ; 20 cm.

ISBN 978-99923-800-9-3

1. Literatura de testimonio. 2. Guerrilla-El Salvador. I. Título

BINA/jmh

Derechos de publicación reservada © por Oscar Martínez Peñate

Derechos reservados al autor
© Copy Right
Según la Ley de Propiedad Intelectual

Los datos de este libro se pueden citar,
Siempre que se mencione la fuente.

Publicado y distribuido por la Editorial Nuevo Enfoque



EDITORIAL NUEVO ENFOQUE
San Salvador, El Salvador, Centro América

DEL MISMO AUTOR: OSCAR MARTÍNEZ PEÑATE

- El Salvador Democracia y Autoritarismo**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 1996.
- El Salvador del Conflicto Armado a la Negociación 1979-1989**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 1997.
- El Salvador la Asamblea Legislativa**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 1998.
- El Salvador Sociología General (coord.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 1999.
- El Salvador Diccionario —personajes, hechos históricos, geografía e instituciones—, (coaut.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2000.
- El Salvador la Ingovernabilidad**, San Salvador, UFG-Editores, 2002.
- El Salvador Historia General (coord.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2002.
- El Salvador Mundo Laboral y Sindicatos (coord.)**, San Salvador, Fundación Friedrich Ebert (FES) y Confederación Holandesa de Sindicatos (FNV), 2003.
- El Salvador Violencia Intrafamiliar (testimonio de un grito silencioso) (coaut.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2005.
- El Salvador Acuerdos de Paz y el Informe de la Comisión de la Verdad (comp.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2007.
- El Salvador el Soldado y la Guerrillera**, San Salvador, UFG-Editores, 2008.
- El Salvador los Acuerdos de Paz, Informe de la Comisión de la Verdad y el Informe del Grupo Conjunto, (comp.)**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2010.
- El Salvador las Negociaciones de los Acuerdos de Paz**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2011.
- El Salvador: Ministerio de Obras Públicas (MOP), cultura de la transparencia**, San Salvador, Inédito, 2013.

TABLA DE MATERIAS

Del mismo autor	4
Prólogo	10
Introducción	12

PRIMERA PARTE EL SOLDADO

I EL NIÑO SOLDADO

1.1. Trabajo infantil y escuela.....	16
1.2. La guerrilla sembraba el terror	18
1.3. Reclutado gracias a Dios por el Batallón Atlacatl	21
1.4. Mi primera operación militar.....	26
1.5. El curso Atlacatl.....	30
1.6. Curso para ascender a cabo	31
1.6.1. Los bolos del curso	34
1.7. El rescate de cadáveres	38
1.8. La víspera de año nuevo en El Paraíso	42

II LOS INDIOS DEL ATLACATL NO ERAN LOS BOINAS VERDES GUANACOS

2.1. El ordenanza comía mejor, pero... ..	46
2.2. Trueque de vaca por agua	48
2.3. Torola cuatro	51
2.3.1. El francotirador	54
2.3.2. La emboscada en el cementerio	55
2.4. La muerte de Domingo Monterrosa	57
2.5. Bienestar para San Vicente	59
2.5.1. El cigarro vale más que el pan.....	63
2.5.2. El viaje con la campana	65
2.5.3. Los recondos creían que eran supermanes	66
2.5.4. La mula era comunista extranjera	70
2.6. Los guerrilleros entraron a la boca del lobo	72
2.6.1. Era un mar de gente muerta	76
2.6.2. A los del Belloso les habían dado paja que eran boinas verdes.....	77
2.6.3. Las masas eran guerrilleros y los soldados, tontos	80

III LA EXPERIENCIA EN EL COMBATE

3.1. Operación Fénix.....	83
3.1.1. El Rambo guerrillero	84
3.1.2. Por el amor de una mujer.....	88
3.2. Por andar de carnero me fue peor.....	91
3.3. Brava la amante de mi capitán.....	94
3.4. Una balacera que parecía el fin del mundo	96
3.5. Un fusil capturado era un premio de guerra	98

IV EL OCASO DE MI VIDA COMO SOLDADO

4.1. El viernes santo, me moría por una sopa de pescado.....	101
4.2. Omar “Coyol” se pegó un tiro	102
4.3. Había un enjambre de minas	104
4.3.1. Necesitábamos apoyo y nunca llegaron	106
4.3.2. Perdí mi piecito	108
4.3.2.1. El alarido de la vaca	111
4.3.2.2. En el hospital Militar hasta el más hombre llora	113
4.3.2.3. Mi familia entristeció al verme sin pie.....	116
4.3.2.4. La recuperación fue un reto.....	117
4.4. Reinserción a la vida productiva	119
4.4.1. Negocios con los lisiados	121
4.4.2. El taller de mecánica.....	123

V LOS RECONDOS Y LOS COMANDOS

5.1. Curso de recondo	124
5.2. Actividades del recondo	125
5.2.1. Las nanas no eran evangélicas.....	126
5.3. El sargento guió el avión	127
5.4. Los restos del Batallón Bracamonte	129
5.5. Curso comando	131
5.5.1. Entrenamiento para ser vampiro y caníbal.....	132
5.5.1.1. Resistencia al dolor o sadomasoquismo	134
5.5.1.2. Sopa de guerrillero	135
5.5.1.3. Cacería humana	136
5.5.2. Instructores extranjeros.....	137
5.5.2.1. Técnicas para extraer información al enemigo.....	138
5.6. El engaño.....	138

VI ASESINATO DE LOS JESUITAS

6.1. La ofensiva guerrillera.....	139
-----------------------------------	-----

6.2. La masacre de los sacerdotes	141
6.3. En la colonia Zacamil, la guerrilla controlaba	142
6.4. La captura de los comandos del Atlacatl	142
6.5. Les dieron la baja	146
6.6. La visita inesperada	148
6.7. Miseria militar	149
6.8. En el cuartel se torturaba	151
6.9. Encuentro de ex compañero comando	152
CONCLUSIÓN	155

SEGUNDA PARTE LA GUERRILLERA

I DE LA ESCUELA A LA GUERRILLA

1.1. El trabajo infantil en el campo	157
1.2. Religión y represión	159
1.2.1. La masacre de Rosario Perico	164
1.2.2. Lucha por la sobrevivencia	167
1.3. El inicio de las guindas	168
1.4. El correo al cielo	170
1.5. La casa de seguridad	172
1.5.1. Los embutidos	176
1.5.2. La mochila pesaba mucho	177
1.6. Mi hermana que se quede	179
1.7. Fabricación de explosivos	182

II GUERRA DE MOVIMIENTOS

2.1. La Ofensiva Final se realizó con armas, “papas” y piedras	184
2.2. Adiós Espino, no lloré	186
2.3. Navidad en la que Santa Claus se portó bien	188
2.4. Florencio, un niño guerrillero	190
2.5. En el infierno había niñas	193
2.6. No soy un fantasma ni vengo del otro mundo	199

III LA LOCURA DEL PARACENTRAL

3.1. La ofensiva general del FMLN	202
3.2. Las Fuerzas Especiales (Fes)	204
3.3. El “oreja” nos delató	206
3.4. El retorno	209

3.5. Los batallones de Unidad de Vanguardia (U.V.)	212
3.6. El ajusticiamiento de Mayo Sibrián	217
IV	LAS CURACIONES Y LAS COMUNICACIONES
4.1. Primeros auxilios	225
4.2. Las comunicaciones	228
4.2.1. Cinquera sitiado por las fuerzas guerrilleras	231
4.3. Preámbulo de Guazapa	232
4.3.1. La Chalateca, bella y aguerrida	233
4.4. En Guazapa, mejor comunicación	234
4.5. La primera experiencia militar	240
4.5.1. Una Rosita deshojada	242
4.5.2. El que ríe de último.....	243
4.6. El enamorado	244
4.7. La aventura con la Resistencia Nacional (RN)	249
4.8. Aprendí mecanografía.....	250
4.9. El lago	252
4.10. Llegando a Chalatenango	254
4.11. Asalto a la hacienda San Francisco	255
V	EL PARAÍSO ARDÍA
5.1. El comando loco	259
5.2. El ataque al cuartel de la Cuarta Brigada de El Paraíso, Chalatenango.....	260
5.3. Ataque a Cinquera	264
VI	VIAJE HACIA CUBA
6.1. Operativo militar en Cinquera	267
6.2. Un balazo en la boca	270
6.3. Viaje hacia La Habana.....	279
6.3.1. Cambio de identidad	282
6.3.2. El tratamiento médico	287
6.3.3. Tratamiento militar	288
6.4. Fuerzas Especiales Infantiles	291
6.4.1. Ataque por segunda vez a El Paraíso	293
6.4.2. El examen de la presa 5 de Noviembre	294
6.5. Aniquilamiento del Batallón Bracamonte	296
VII	ATAQUES CONTRA ENEMIGOS Y AMIGOS
7.1. Ataque a El Limón	304
7.2. Ataque al puesto militar de Miramundo.....	305

7.3. Ataque a Tejutla.....	311
7.4. Otro ataque a El Limón.....	313
7.5. Ataque a Cinquera	314
7.6. La muerte de la comandante Ana María	320
7.7. Séptimo Consejo Revolucionario de las FPL.....	325
7.8. La Fuerza Armada se autobombardea	329
7.9. La toma de Tenancingo	330
VIII TRANSMITIENDO DESDE NICARAGUA	
8.1. Viaje a Nicaragua.....	331
8.2. Las casas de comunicaciones	335
8.3. Indisciplina revolucionaria	337
8.4. El efecto Acuerdo de Esquipulas II	338
8.5. La pérdida de las elecciones de los sandinistas.....	344
IX MUERTE DE CAYETANO CARPIO	
9.1. El acecho de la desconfianza	346
9.2. Explicaciones vagas de las muertes.....	349
X DE REGRESO A EL SALVADOR	
10.1.Reincorporación a la insurgencia	352
10.2.La desmovilización y la reinserción	355
CONCLUSIÓN	361
BIBLIOGRAFÍA	365

PRÓLOGO

Este libro intitulado *El Salvador: el soldado y la guerrillera*, del autor Óscar Martínez Peñate, constituye en valioso aporte al estudio de nuestra identidad y a la conservación de nuestra memoria histórica.

Óscar Martínez Peñate, es quizás el autor más leído y prolífico de El Salvador, sus obras se encuentran en las principales bibliotecas, centros de documentación e información de El Salvador y del extranjero.

Este es el undécimo libro que publica, y estamos seguros, que igual a los demás, tendrá una excelente acogida por los lectores rigurosos y ávidos de conocimiento e información de alto nivel.

El Salvador: el soldado y la guerrillera está constituido por dos historias de vida y cinco relatos, están escritos tal y como sucedieron los hechos, no hay ficción ni recreación literaria.

Con esta obra el autor pretende que se conozca la historia vista desde los de abajo, es una nueva perspectiva de analizar los hechos desde dos puntos de vista, los que dieron las órdenes y los que las acataron.

Se describen hechos que por su crueldad y salvajismo resultan más que repugnantes; difíciles de creer que hayan sucedido, por otra parte encontramos escenas enternecedoras de manifestaciones de amor y cariño.

En medio de la guerra hubo momentos de alegría y tiempo para el amor, fueron los sentimientos que hicieron menos penosas las situaciones de dolor.

Óscar Martínez Peñate, con esta obra nos lleva a situarnos precisamente donde sucedieron los hechos, cuando uno menos siente se encuentra en medio del combate, y lo invade el miedo, dolor y la incertidumbre, no obstante, en algunos momentos como lector se encuentra departiendo, riéndose de las ocurrencias de nuestros protagonistas.

En las carencias y dificultades de los soldados y guerrilleros observamos que priva la creatividad y la imaginación, los obstáculos por lo general son superados por una de las partes en detrimento de la otra.

Las penurias que se vivieron en el teatro de la guerra, no fueron extrañas para los soldados y los guerrilleros, porque la infancia de ellos estuvo marcada por la extrema pobreza y la exclusión.

Hay diferencias tangibles en las relaciones interpersonales de los soldados y los guerrilleros, los primeros fueron verticales en un contexto dictatorial y de irrespeto, los segundos fueron también verticales con la diferencia que fue en un contexto de igualdad y de respeto, estas relaciones sociales fueron determinantes en el nivel de moral de los combatientes de ambos bandos.

Si bien es cierto que la extracción de clase del soldado y la guerrillera son el mismo, la forma de ingresar o enrolarse militarmente fue distinta, por ejemplo la guerrillera al

igual que sus compañeros de lucha ingresaron voluntariamente, caso contrario ocurrió con el soldado y sus demás compañeros que fueron víctimas de una cacería humana, que realizaba la Fuerza Armada particularmente en las zonas más pobres de El Salvador, en donde eran reclutados a la fuerza.

Al final del conflicto armado, después de casi dos décadas, las reflexiones del soldado y la guerrillera tienen cierta frustración, porque el soldado piensa que luchó por gusto, de nada le sirvió a él ni a su familia, siente que fue instrumentalizado y que fue obligado a ir a pelear una guerra ajena.

La guerrillera no se arrepiente de haber combatido, pero al final del conflicto armado las condiciones económicas, políticas y sociales no cambiaron como ella hubiera querido, pero sino no hubiera existido la lucha revolucionaria, no se hubiera logrado un Acuerdo de Paz, que sentara los cimientos para la construcción de un proceso de democratización.

Esta obra nos permite vivir el conflicto armado desde el interior, sin censuras de léxico, mucho menos ideológicas.

Óscar Martínez Peñate, es un intelectual que busca a través de sus obras no solo dar a conocer la realidad nacional, sino nuestro pasado, para que las nuevas generaciones no cometan los mismos errores que sus antecesores.

Pierre André Blondy

INTRODUCCIÓN

Las biografías, los testimonios, entrevistas en profundidad, cuadernos de notas, diarios y las historias de vida son instrumentos de investigación y considerados como fuentes primarias, con el propósito de describir, confirmar o rechazar hipótesis, cuando se carece de otras fuentes bibliográficas; pero por lo general son fuentes complementarias en el proceso de investigación científica. El valor de éstas radica en la riqueza de la información y si los datos que contienen pueden ser verificados.

En El Salvador este tipo de fuentes ha tomado auge post-Acuerdo de Paz (1992), en ausencia de una historia sistematizada y sistémica de los hechos y sucesos acaecidos en la última tercera parte del siglo pasado.

Cuando se emplean estas fuentes se toma en cuenta un equilibrio, para que al objeto de estudio le dé objetividad e imparcialidad, por ejemplo se utilizan las de las partes en conflicto, con el objetivo de realizar un análisis comparativo entre diferentes puntos de vista.

Biografía: del griego *bios* que significa vida y *graphein* que significa escribir, es la historia de una persona.

La biografía puede confundirse con el testimonio, porque buena parte de su vida se desarrolló en el marco de la guerra civil, y las relaciones interpersonales, hayan sido éstas verticales u horizontales, e independientemente del estatus y de los roles estuvieron determinados directa o indirectamente por el conflicto bélico.

La biografía contiene los datos más importantes y trascendentales de la persona desde que nace hasta la fecha actual o hasta cuando muere, puede ser una autobiografía o escrita por un biógrafo.

Es muy probable que en El Salvador dentro de veinticinco años las biografías que enriquezcan la bibliografía nacional estén predominadas por temas como la emigración, desorganización familiar, delincuencia juvenil y la situación de pobreza.

A partir de la década de los noventa han proliferado en el conjunto de las ciencias sociales las investigaciones denominadas “narrativas”, asimismo se han creado en muchas universidades las fuentes orales o de la palabra.

Los relatos biográficos de las personas mayores no sólo se pueden utilizar para tener una mejor y mayor aproximación a la verdad histórica, sino que los relatos de los jóvenes son importantes para investigar cómo la experiencia acumulada generacional ha incidido en el cambio de valores y la actitud con la que viven el presente y enfrentarán el futuro.

La bibliografía testimonial en El Salvador ha servido para dar a conocer una realidad que ha sido ocultada y tergiversada históricamente, en particular, las insurrecciones indígenas de 1833 y 1932 asimismo el recién pasado conflicto armado.

Los jóvenes salvadoreños han conocido acerca del conflicto armado por libros testimoniales escritos por cooperantes internacionales y comandantes de la guerrilla, en el sistema educativo nacional esta parte de la historia moderna de El Salvador es un salto al vacío, simplemente se aborda de forma superficial.

Los testimonios se han convertido en una literatura que ha salido de la marginalidad para convertirse en las obras más leídas por la juventud cuscatleca, en su afán de conocer qué es lo que han ocultado los gobiernos de derecha, además el simple hecho de ser una literatura tabú en el sistema educativo nacional la hace atractiva y apasionante.

El testigo como sujeto protagónico de la historia, relata los hechos y sucesos desde una posición subalterna, desde abajo, la hace más interesante, que aquellas escritas por los vencedores o por los que participaron desde la cúspide.

Los de abajo dan testimonio de cómo fue, sin buscar la inmortalidad, el reconocimiento póstumo del heroísmo y de que sus nombres queden plasmados para siempre en la historia patria, a pesar de que ellos estuvieron en primera línea, y en algunas ocasiones tomaron decisiones que cambiaron el curso de la historia, fueron los que no tuvieron voz.

Por lo general los testimonios de los subalternos son menos propensos a la manipulación, porque no buscan justificar lo que hicieron o dejaron de hacer, no pretenden aparecer como los líderes, los importantes o imprescindibles, por tal razón esa oralidad transcrita al ser leída es tan refrescante por la naturalidad con que es descrita.

El relato de lo vivido, tal y como fue sentido, visto y oído permite conocer el uso del idioma en forma coloquial y espontánea, tal y como es, los de abajo no emplean un léxico rebuscado, académico ni intelectual, no les importa la estética puritana del lenguaje, tampoco si el testimonio es género literario o no.

Los testimonios, al igual que las biografías e historias de vida, entre otros, conforman nuestra identidad nacional y promueven el respeto de los derechos humanos en la medida que constituyen una valiosa herramienta para mantener viva nuestra memoria histórica.

La cultura dominante ha tratado de restarles importancia y valor, los funcionarios de las instituciones gubernamentales han sido los que han escrito la historia oficial, y la oralidad escrita por los sujetos de la historia entra en contradicción con los intereses de la oligarquía y del imperialismo.

La historia de vida permite poner en orden cronológico una serie de hechos concatenados que forman procesos circunstanciales o existenciales, en donde el conocimiento del primer eslabón es necesario para conocer el siguiente y los demás.

Los relatos forman parte de la historia de la persona en el contexto de un período importante o decisivo en la historia de un país, la lectura de estos insumos permite dar respuesta a ciertas lagunas que la documentación bibliográfica no puede dar.

Las historias de vida en períodos iguales, en su conjunto pueden dar una vista panorámica del pasado, desde diferentes perspectivas, será el investigador el responsable de hilvanar la historia de acuerdo con las diferentes técnicas y metodología

de la investigación, en donde las historias de vida sólo son un instrumento de recopilación de datos, fechas y hechos.

Obviamente el investigador debe de tener un marco teórico del contexto en donde se desarrolla la historia de vida, igualmente debe validar o confirmar los hechos, personajes, geografía, fechas, etc., con fuentes objetivas para identificar que ésta no sea charlatanería, incoherencia, grandilocuencia, asimismo para detectar que la persona fuente no trata de buscar la inmortalidad, o por narcisismo, amargura, venganza, para justificar conductas erráticas, limpiarse de culpas y purificarse.

Algunas historias de vida pueden ser utilizadas como fuentes primarias para la elaboración de estudios científicos sobre determinado hecho o período histórico.

La diferencia de una biografía con una historia de vida consiste en que la primera es oral o escrita en solitario y puede ser autobiografía o escrita por un biógrafo.

En la historia de vida interviene un interlocutor que pregunta, pide explicación, y es él quien conduce los relatos que son crónicas del pasado que conforman la historia de vida, de un sujeto creador de la historia.

Este libro es la historia de vida de dos niños, que vivieron la guerra en la línea de fuego, ambos se involucraron en el conflicto armado salvadoreño, la niña se convirtió en guerrillera del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), y el niño, en soldado del Batallón Atlacatl de la Fuerza Armada de El Salvador.

Los dos tenían el mismo origen campesino, pertenecían a los estratos sociales bajos de El Salvador, la pobreza y la exclusión la vivieron de diferente manera, su niñez estuvo marcada por el trabajo agrícola, limitaciones y carencias.

Fueron niños de la guerra, tuvieron su adolescencia y juventud en un contexto bélico, en donde en lugar de entretenerse con juguetes, estuvieron jugando con armas de verdad.

La historia de nuestros protagonistas es de abajo, de los que estuvieron al frente, cuenta cuáles fueron sus experiencias en diferentes momentos, no se describen como héroes, mucho menos como líderes, simplemente fueron los de abajo.

Por lo general la guerra la relatan los comandantes, generales, políticos, diplomáticos, viajeros e intelectuales, pero no sabemos cuál fue el papel que desempeñaron los sin título académico, los sin rango militar, los sin abuelo, la carne de cañón.

En el texto se han conservado las expresiones, tal cual fueron dichas, con el propósito de conservar el espíritu del relato.

Las personas y los hechos descritos fueron reales, sin embargo la mayoría de los nombres son ficticios para evitar su identificación y probables represalias.

La historia de vida de los niños es relatada sin intención de dejar huella por lo que hicieron o dejaron de hacer, no justifican ni adulan, es contada de forma natural que sin sentirlo nos envejecemos en la medida que pasamos de página.

Esta obra tiene dos historias y cinco relatos de vida, en la del soldado encontramos un relato de vida, y en la de la guerrillera, cuatro.

Hemos introducido en el texto algunos poemas, con el fin de oxigenar la lectura y sentirla más amigable y placentera.

Nuestros protagonistas nos llevan desde su niñez hasta su juventud, nos damos cuenta que ellos lucharon porque creyeron que era lo correcto, pero con el transcurrir de los años y en su estado de adulto, la lectura de aquella realidad es otra.

Como dice el poema de Antonio Machado, “*Caminante no hay Camino. Caminante, son tus huellas, el camino y nada más; caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar*”.

PRIMERA PARTE EL SOLDADO

I EL NIÑO SOLDADO

1.1. Trabajo infantil y escuela

Hola, mi nombre es Mauricio Bonilla Acosta, soy originario del departamento de Santa Ana, nací el 24 de octubre de 1966, en el caserío El Mono del cantón Los Amates, en la jurisdicción de San Sebastián Salitrillo.

Soy el hijo número tres de cinco hermanos, nuestro padre nos abandonó, crecimos bajo la tutela de mi mamá, mis hermanas eran mayores, hijas del mismo padre, yo era hijo del mismo padre de Gladis y Tita.

Nos calzamos hasta la edad de 12 años, estudiamos en el centro escolar de San Sebastián Salitrillo, íbamos descalzos, teníamos un tío, hermano de mi madre que era casi ciego, es a quien yo le debo el aprendizaje en trabajos jornaleros como siembra de maíz, frijoles, rozar caña, corta de café, recolección de algodón y de ajonjolí.

Por la mañana trabajábamos, por la tarde estudiábamos, teníamos que hacerlo dada la pobreza, vivíamos en un ranchito cubierto el techo con hojas de caña y paredes de bahareque, se nos quemó tres veces, tuvimos que trabajar desde los seis años.

Los trabajos agrícolas eran con la cuma, comencé ganando seis colones, mi mamá agarraba cinco colones, me quedaba con uno, a la escuela si había llevábamos dinero, eran tiempos difíciles; asistía a clases descalzo y con ropita remendada, usaba sombrero.

La señorita Blanca “Berrinche” era la maestra de primer grado y prima de mi mamá; entre ellas había diferencias, en venganza con mi mamá me dejó aplazado, siempre saqué buenas calificaciones, no entendía la reprobación del grado, luego llegó otro profesor y pasé con primer lugar.

Jugábamos con pepas de marañón, íbamos a los marañonales y cortábamos las semillas, jugábamos al toque y cuarta, igual que con las chibolas, lo único que esas eran caras y no teníamos cómo comprarlas.

Teníamos dos amigos: Édgar Valencia y Chico Toño, ambos eran hijos de gente adinerada, a ellos les compraban pelotas de plástico, jugábamos fútbol, yo era defensa.

El tío Juan “Charrasca” era sordomudo, era hermano de mi mamá, él aprendió a leer sin haber ido a la escuela, cuando había fiesta patronal, mi mamá me daba veinticinco centavos, para subirme a las rueditas de caballitos, pero mi tío me reforzaba ese presupuesto y llegaba hasta el colón.

Me contaba mi abuela materna que cuando yo nací, mi tío Juan “Charrasca” fue como un padre para mí, tenía doce años cuando él murió, con él comencé a trabajar desde la edad de seis años en el campo.

Como a las tres de la tarde le avisaron al dueño del cañal que se fuera inmediatamente hacia mi casa porque a mi tío le había dado un paro cardíaco, lo llevaron al hospital, murió en el camino en 1978, mi tío era a todo dar conmigo, lo sentí muchísimo, lo lloré incansablemente, yo decía, me quedé solo, desamparado porque él me protegía, pues le respondía tan bien en el trabajo, pero mi vida tenía que continuar.

Mi padre Luis Morola sólo me engendró y me dejó, lo conocí, pero más que todo a su familia, mi abuelo paterno Raúl Carita vivía en un cantón más lejos que en el que yo residía, y siempre que él iba a Santa Ana me compraba dulces de fiesta o una libra de queso.

Mi abuelo tenía comodidades y decía “es para el niño” obviamente era para todos, la libra de queso nos ayudaba muchísimo, la bolsa de dulces me la lanzaba, siempre iba montado en la yegua La Kinkona y con frecuencia a mi mamá le solicitaba que me prestara para llevarme a su casa, mi papá ni me miraba, mucho menos me saludaba, me parezco rotundamente a él, mi papá nunca me dirigió la palabra y jamás me ayudó.

Cuando llegaba al lugar de residencia de mi familia paternal me quedaba en la casa de mis abuelos, y de mis tíos, en esa época en los cantones los pobladores tenían gallinas, patos o sea, tenían sus comodidades, mis tíos me llevaban una gallina.

El día lunes que el tío Chepe “Barbuchín” me llevaba a la casa yo llegaba cargado. Mi papá se casó, yo soy su primer hijo, engendró tres hijos más, lamentablemente murió su esposa, era una señora celosa, no me podía ver cerca, eso contribuyó a que él no me reconociera o no me ayudara.

La ventaja que yo tenía era que mi mamá estaba viva, aunque enferma, mi abuela también estaba viva, y nos quedamos con ella, para esa época empezaba ya la subversión.

Mi abuela negociaba con pipianes y con gallinas, los llevaba a vender al mercado Colón de Santa Ana, era una plaza muy buena y de lo que vendía nos llevaba alimentos, éramos cinco hermanos, pero tres vivían con mi mamá y dos con mi abuela.

Gladis y yo vivíamos con mi abuela, Tita, Tenchi y mi hermano Clarinero, vivían con mi mamá, pero eso no quería decir que ella no estaba pendiente, claro, siempre lo estuvo, mi abuela con nosotros era a todo dar, nos llevaba fritada de cerdo, queso duro, tenía una tiendita.

Recuerdo que estaba acostado cuando mi mamá me dijo que venía del hospital Rosales de hacerse unos exámenes, mi mamá era una mujer hermosa a pesar de su edad, decían que sus hijas, las dos primeras, parecían sus hermanas, yo tenía catorce años cuando murió.

1.2. La guerrilla sembraba el terror

Para esa época la subversión ya estaba molestando, especialmente en los cantones, nosotros nos íbamos a dormir a los cafetales porque la guerrilla estaba operando, manifestándose en Texistepeque y Cujucuyo, debido al terror que infundía, nos íbamos, teníamos miedo a enfrentamientos.

Toda la familia nos íbamos a dormir a los cafetales, a la intemperie, ahí entre los surcos de café, mi mamá, sus cinco hijos, otros seis nietos que estaba cuidando mi abuela, o sea, aparte de nosotros, había otros seis primos hijos de mi tía Natacha, mi abuela los estaba criando, que dicho sea de paso, murió mi abuela y jamás se acercaron a la tumba estos muchachos.

La guerrillera Ana Guadalupe Martínez, pasó por el cantón, andaba un G3 y gritando consignas, ¡muerte a los orejas!, esto sucedió a finales del 1979, la guerrilla había llegado al cantón, ya no sólo a Cujucuyo ni a Texistepeque, había temor, era algo desconocido, hasta los chuchos se afligían, cuando decían ¡muerte a las orejas!, no, no andaban investigando, asesinaban y punto final.

Tita mi hermana tenía un novio conocido como Joaquín el Gato, era el mejor jugador del cantón, un jugador extraordinario, él estudió bachillerato en el instituto nacional José Damián Villacorta, esos estudiantes estaban revueltos con la guerrilla, pero Joaquín el Gato nunca demostró que era parte de la guerrilla hasta que de la noche a la mañana desaparecieron del cantón. Si no me equivoco, se fueron huyendo a Costa Rica.

La guerrilla comenzó a incursionar en cantones, pueblos y ciudades a molestar y a saquear, eso fue uno de los peores errores, saquear las viviendas, y yo lo viví en carne propia.

Al turco Elías, el escuadrón le mató a su hijo Orlando “Sandía” que era estudiante del instituto nacional de Santa Ana (INSA), el turco en sed de venganza se convirtió a la guerrilla con toda la familia, el turco Elías era un señor no acomodado, pero, sí tenía terrenos para trabajar y él se dio a la tarea de saquear.

Mi tío Juan “Charrasca” me compró mi primer reloj, era marca Cardinal, cuando la guerrilla llegó a mi rancho, me lo robó, sucedió en el año de mil novecientos setenta y nueve, gracias a Dios que mis hermanas no estaban durmiendo con nosotros ahí, quizás las hubieran violado, hubo caso que los guerrilleros violaron a mujeres, a nuestro rancho llegaron a saquearlo tres veces.

Mi mamá ya estaba enferma, tenía cáncer y cuando fue al hospital le pusieron cobaltos, para matarle el cáncer y lo que hicieron fue matarla, acabársela poco a poco, murió el 30 de octubre de 1980, a las 5:00 de la tarde, mi mamá dejaba una pena, por ello le pedí perdón a mi mamá, por todos los errores que pude haber cometido, pero su pena era mi hermano, el último de nosotros, tenía tres años de edad.

Mi abuela gastó hasta el último centavo en doctores y medicina para tratar de salvarla, tenía ahorrado cerca de 25,000.00 colones, ella llevó a mi mamá a donde los brujos, que son unos charlatanes y estafadores, que se valen de la ignorancia de las personas, sobre todo de las gentes humildes. Después que murió mi mamá los seis nietos nos fuimos a vivir con mi abuela, no teníamos a donde, mi abuela había quedado totalmente pobre debido a la enfermedad de mi mamá.

Mi abuela tenía una tienda pequeña, vendía churros, galletas, y otros, que dicho sea de paso nosotros le consumíamos el cincuenta por ciento, mi abuela, estaba “entre la espada y la pared”, porque si pasaba la guerrilla tenía que venderles, si pasaban los soldados también, hubo una ocasión en que a mi abuela le “pusieron el dedo”, con los dos bandos.

Llegó la guerrilla a salvequear a mi abuela, que si le vendía a los soldados la iban a tomar como oreja, y llegó la Fuerza Armada también a amenazarla que si le vendía a los guerrilleros la iban a tomar como colaboradora de la subversión, ella estaba en medio de dos amenazas absurdas, era comerciante y tenía que vender, de eso vivía.

Para la ofensiva de 1981 todavía estábamos en el lugar, me acuerdo que íbamos para Santa Ana con mi tío Toño “Breque” a comprar, él había vivido por la zona del cantón Las Piletas, jurisdicción de Coatepeque, en ese lugar tenía sus amistades, mi abuela le dijo que buscara una casita donde pudiéramos vivir todos.

Mi tío Toño “Breque”, su esposa y sus dos hijos eran cuatro, más ocho nosotros, doce, mi tío fue a alquilar una casita, y ahí llegamos huyendo de la guerrilla, escapando de la situación que se vivía en esa zona, mi abuela para esa época presentaba algunos signos de enfermedad, era difícil, en el sentido que teníamos que soportar el hacinamiento.

La casa por dentro tenía piso de tierra, era de construcción mixta, la que teníamos en San Sebastián Salitrillo era de bahareque y techo de paja y cogollos de caña de azúcar, era un solo cuarto.

La guerrilla se estaba llevando a los jóvenes en el lugar donde veníamos, yo ya estaba creciendo tenía quince años, el traslado fue para proteger a los nietos, era también para no vivir en zozobra, en Las Piletas aún no se oía nada, estaba apacible, se dormía tranquilo y no en los cafetales.

Juan Tabanón era uno de los pudientes del lugar, daba trabajo a un montón de campesinos, tenía cañales, maizales, frijoleras, sembraba hasta ajonjolí, este señor aportaba la fuente de trabajo de muchos campesinos.

Un día estábamos jugando en la cancha, de repente (pon) y al suelo todo mundo porque la guerrilla llegó, apareció un guerrillero tapado de la cara, se ocultaban porque eran conocidos, con el famoso pañuelo rojo, tiraron balazos y dijo:

–No se muevan, todo mundo al suelo.

Juan Tabanón estaba jugando con nosotros, era el patrón con sus empleados, de repente el guerrillero preguntó:

–¿Quién es Juan Tabanón?

Esa era una farsa, porque todos sabían quién era; el señor Juan Tabanón se levantó, el guerrillero le dijo:

–O sea que vos sos el hijo de puta rico aquí.

Lo ultrajaron y se lo llevaron, según los guerrilleros él era el hijo de puta pudiente, el oligarca, el del dinero, y que era el que sometía a los esclavos, se lo llevaron, como a las 6:00 de la tarde, estaba oscuro; en esa época era “la ley del más fuerte”, quién iba a levantar la cara, por majee uno la iba a levantar.

Juan Tabanón jamás pensó que lo iban a matar, él no había hecho nada malo; como a la media hora se oyeron tres balazos, todo el mundo encerrado en su casa, con miedo, a las nueve de la noche supimos que mataron a don Juan Tabanón, lo tremendo fue que

nadie llegó a la vela, por miedo a que llegara la guerrilla al velorio a ametrallar a los asistentes.

Mi tío tomó la decisión de trasladarnos a otro lugar, en Las Piletas no se oían balas, no estábamos pensando en que iban a llegar a tocar la puerta “la guerrilla habla”, eso fue el error de la guerrilla meterse a robar, y robaban allá en el pueblo de todo lo que hubiera, relojes, pisto, de todo, la guerra fue por poder y si no veamos, ¿dónde están los combatientes?, en el mismo lugar de los dos bandos, ¿dónde están los comandantes?, en la Asamblea Legislativa, ¿dónde viven?, por donde vive Cristiani ¿o no?

En el cantón Las Piletas empezamos a trabajar en cafetales, milpas, en lo que fuera, con tal de comer, yo tenía quince años, mi abuela ya no trabajaba, yo vivía de lo que ganaba, mi tío y yo tomamos la decisión de comprar una champa, techo de zinc, era larga como tren, ahí ya vivíamos más desahogados.

Cuando sólo era
un niño estupefacto
viví durante años
allá en colón
en un casi tugurio
de latas
fue una época
más bien
miserable

pero nunca después
me sentí tan a salvo
tal al abrigo
como cuando empezaba
a dormirme
bajo la colcha de retazos
y la lluvia poderosa
cantaba
sobre el techo
de zinc¹

Una hermana se casó y los otros cuatro hermanos siempre seguíamos viviendo con mi abuela, y de los otros nietos, unos se fueron con la propia mamá, y así pasó la situación, compramos esa champa en Las Marías.

1.3. Reclutado gracias a Dios por el Batallón Atlacatl

Me acuerdo que me enamoré muchísimo de una cipota conocida como Mirna “Tecolota”, yo estudiaba octavo grado, siempre le dije a mis amigos, si yo llego a estar de alta algún día jamás voy a entrar al Batallón Atlacatl; por la fama que tenía, difíciles

los cursos, la situación era sumamente delicada, entonces decía Caballería o DM6-artillería tranquilo, sólo andaban en la calle, no había problemas, Artillería sólo estaba en los pueblos, sólo tiran bombas ni conocen la guerra, el DM7 que jamás oyó de guerra que estaba allá en Ahuachapán, eran cuarteles fáciles, pero no el Batallón Atlacatl; no era fácil la Primera Brigada de Infantería.

Vimos al chero Arturo Guarito, y le preguntamos:

- ¿En qué cuartel estás de alta?
- En el Batallón de Reacción Inmediata Atlacatl.

Todo el mundo admiraba al Atlacatl, en octubre de 1982 cuando andábamos trayendo a la cipota mejor conocida como Mirna “Tecolota”, en ese entonces yo tenía dieciséis años, de repente llegó un camión de la Fuerza Armada, y un soldado gritó:

- ¡Alto ahí! ¿Cuántos años tenés vos?
- Dieciséis años.
- Subite al camión.
- Soy menor de edad.
- A mí que me importa, callate.
- Soy el único hijo de mi mamá.
- Yo también cabrón, subite.
- ¿Y ustedes de donde son?
- Somos del Batallón Atlacatl (jactanciosos los tipos).

Era una situación conflictiva, en el campo se ganaba una miseria y en el cuartel pagaban mejor, la guerra era difícil, pero cuando uno salía con licencia, era bonito, todo mundo lo respetaba, no por su machismo, sino porque uno tenía valor de estar de alta y eso no cualquiera, de todos modos no le quedaba a uno otra alternativa media vez fuera reclutado.

Salimos hacia el cuartel, lo tremendo fue que a mi abuela le fueron a decir, como nunca falta la gente chambrosa, que me fuera a buscar a El Playón, cerca de Quezaltepeque, porque ahí hallaban cabezas y otras extremidades de seres humanos a cada rato, porque era seguro que me iban a matar, mi abuela casi muere del susto, no fue así, llegué al cuartel.

En el cuartel se usaba un término “todo luciado” era un mundo diferente, me alegré cuando llegamos a la guardia de prevención, en los cuarteles hay un lugar que se llama guardia de prevención, no es la guardia nacional, ahí estaba un señor oficial, que era el encargado de cuidar todo el cuartel, él tenía a disposición una compañía para cuidar, ahí vi a Milo “Torta”, era mi primo en tercer grado y era subsargento, yo me dije éste me va a ayudar.

Uno llega ahí y lo abandonan, le dan un pedazo de palo, para inculcarle la importancia de cuidar esa madera, de custodiar su arma y en verdad el fusil era parte de la vida, si uno no disparaba lo mataba el enemigo, tenía que defenderse.

Me ubicaron en la sexta compañía, nos tocaba dormir en un camarote sobre un cartón, nada de colchoneta, ni cobijas, sólo la ropa que uno andaba puesta, éramos tres reclutas, los otros dos ya están muertos, Moisés el Beatle era uno, nos reclutaron al mismo tiempo, ese por tonto dijo, si va Mauricio voy yo; en ese momento se está en el ojo del huracán, hasta el recluta que vino ayer lo quiere tener de menos a uno y como uno no sabe tiene que obedecer a ese indio que llegó ayer.

Encontré a Carlos el Chucho en el cuartel, era un chero que tenía años de no verlo, y este tipo se resguardó tanto que nadie sabía dónde estaba, decían que estaba trabajando en San Salvador, pues no sabían si era guerrillero, soldado o vigilante, bueno y ahí lo vi.

Carlos el Chucho, se me quedó viendo y me dijo:

- Quiubo ¿qué ondas? ¿Qué andás haciendo?
- Me reclutaron cabrón.
- No jodás.
- Sí.
- ¿Y qué ondas?, ¿quierés estar aquí?
- No cabrón, aquí no.
- ¿Y por qué no?
- Este cuartel es yuca.
- Nombre no jodás, charros a mí no me has visto, Ok.

Carlos el Chucho me fue a traer un uniforme, y guardó mi ropa, como él ya era un soldado antiguo, me la dio, mis zapatos, mis pertenencias, cartera y todo, dame todo eso porque ahí te los van a güeviar.

Me cortaron el cabello, eso es lo primero que le hacían a uno, Carlos el Chucho me dio un par de botas viejas, que nosotros les habíamos puesto pijullas, botas burros son puntuditas, pero me las regaló, yo encantadísimo, me regaló un uniforme, una cachucha.

Carlos el Chucho me dijo:

- Voy a salir con licencia, ¿qué querés?
- Decile a mi mamá donde estoy, porque ella está sufriendo.
- No hay problema.

Mis familiares llegaron el domingo a verme, me llevaron un gran pollo indio, mi abuela y mi hermana a llorar se pusieron, mis hermanas eran atractivas y cuando uno tiene hermanas guapas, en el cuartel uno cae bien con todo el mundo, el sargento, el cabo y todos le dicen cuñado y bueno eso de alguna manera también me ayudó.

En el cuartel había una disciplina buena, el ser humano así quiere que le hablen, fuerte, una vez le ordenaban a uno, y tenía que ir inmediatamente, por ejemplo soldado ahí en el suelo hay una hoja, está bien mi cabo, y a recoger esa hoja, porque después le iba a ir peor, y si uno decía, permítame mi cabo, cómo permítame mi cabo, vení para acá hijo de la gran puta y un garrotazo le pegaban a uno; por lo menos, al final uno se forma una disciplina muy buena, hacíamos caso a todo lo que nos ordenaban.

A los ocho días me dieron licencia, era soldado del Batallón Atlacatl, lo mejor que le podía a uno pasar en esa época, yo era el más cipote de la compañía, era el niño de la compañía, me llegaron a querer tanto porque apenas tenía dieciséis años, la edad que tenían los demás compañeros era entre diecisiete y veinte.

Cuando salí del cuartel por primera vez con licencia y llegué al cantón, caminando todo cuadrado, quince días de haber llegado al cuartel, y me pagaron que fue lo más importante, es decir, el soldado de un batallón de reacción, igual que un cuerpo de seguridad ganaba doscientos veinticinco colones, mientras que el soldado de cuartel, del destacamento, brigada, ganaba ochenta y cinco colones, jamás en mi vida había tenido tanto dinero y con los descuentos me dieron ciento ochenta colones, era un pistol para mí, era un bicho afortunado.

Cuando llegué a la casa, intenté tomar licor, no me gustó, en mi vida jamás había tenido ciento ochenta colones en mi bolsa, porque yo venía de trabajar en el campo, y ahí no se gana eso.

Llegué a la casa, ¿mamá, qué tal?, ¿cómo está?, ya todo el mundo viéndome, Mauricio el bichito ¿y sabes a dónde estaba? Sí, en el Batallón Atlacatl, no fregués, ya todo mundo hizo escándalo de uno.

Quise llegar donde mi novia Mirna, pero tenía una mamá bien difícil, tanto así que de apodo le decían Tina la Campeona, pero cuando entré de alta me dieron cabida, mandé a llamar a un cipote conocido como Ramón Drácula, y le dije:

–Anda preguntale a la Mirna si puedo llegar.

Mirna “Tecolota” me mandó a llamar, me dijo que sí, y mi suegra Tina la Campeona, contenta, llegué estiradito con una camisa nueva y ya soldadito:

–Y buenas, buenas.

–Y ¿qué tal Mauricio?, (la suegra jamás me había hablado).

- Hola Mauricio, pase adelante, esta es su casa, que no sé qué.
- Ah, muchas gracias, niña Tina que no se qué, entonces:
- ¿Qué tal Mirna?, ¿cómo estás?
- Muy bien gracias, y ¿a vos cómo te va?, ¿te fuiste!
- Me fueron, me reclutaron.
- ¿Y no te podés quedar?
- Si me quedo me considerarán desertor, así es que le voy a hacer frente a mi tiempo de servicio (eran dieciocho meses), no me queda de otra, es la vida o la muerte.

Había estudiado hasta octavo grado, no había tenido oportunidad, ni dinero para seguir estudiando.

Yo me quedé con veinticinco colones de los ciento ochenta colones que me dieron de pago en el cuartel y le di el resto a mi abuela, le dije usted determine qué va a hacer con este pisto que le doy, porque yo iba a la guerra, me iba a echar una gaseosita y a comprar golosinitas en el cuartel, mi abuela encantada, mi mamá no disfrutó del dinero que yo gané con el sudor de la frente.

Los sargentos nos dieron la bienvenida, bueno señores, de aquí para allá viene lo bueno, ¡señor!, dije yo, ¿qué será lo bueno?, todavía yo con el garrote, todos mis compañeros ya andaban con su fusil, en esa misma noche que me presenté, bueno, vení recluta, este fusil es tu esposa cuídalo, era un M16, el Batallón Atlacatl fue el primer cuartel que lo tuvo, fue una arma que usaron en la guerra de Vietnam.

El M16 no pesa y el G3 sí, en esa época cuando empezó la guerra la mayoría de cuarteles tenían G3, éste tenía más impacto, entraba en el cuerpo humano de punta y salía cruzado, la entrada no se le notaba, pero la salida dejaba un gran hueco.

Con el M16 se podía pelear bajo el agua, no se encasquilla, entonces este es tu mujer, cuídala, aquí están quinientos cartuchos, siete cargadores de fusil, me dieron todo el equipo, hasta para limpiarlo.

Jamás había tocado un fusil, pero en la misma noche aprendí a desarmarlo y armarlo, le quité todo, con un chero ahí, le dije soldado Alfredo Palomino esto me interesa, si esto va a ser mi defensa, mi vida yo quiero aprender, sí claro, y me enseñó, no me dormí hasta que aprendí a usarlo y a limpiarlo, a desarmarlo en piezas, la aguja percusora, el gatillo, etc.

El sargento David “Barba de Chivo” me preguntó si ya había aprendido a limpiar el fusil, sí le respondí, me pidió que le demostrara e hice lo que el soldado Alfredo Palomino me enseñó, me dieron mochila, botas nuevecitas, todo nuevo, a muchos reclutas les daban la mochila de los muertos, a los tres días estábamos saliendo.

1.4. Mi primera operación militar

La compañía estaba lista para salir a combatir, todo mundo estaba feliz, en esa época ser soldado era un orgullo y a uno las novias le abundaban, pero lo difícil venía en esos momentos, de haber ingresado al cuartel los tres reclutas teníamos entre quince y veinte y dos días, ya teníamos que haber pasado la instrucción de patio que son los giros de a la dere, izquier, media vuel, de frente mar, etc.

Pero la instrucción propiamente de defensa, de combate, la cubierta y el encubrimiento, la cubierta es cuando se defiende de las balas, es decir, se está en una pared y le disparan, pero no le cae a uno, en el encubrimiento uno nada más se esconde, sirve para que no lo vean.

Era poco el entrenamiento que habíamos recibido como compañía recluta, dentro de la compañía había un veinte por ciento de soldados antiguos, esos eran los que nos motivaban y nos decían que no nos preocupáramos.

La compañía partió, los soldados éramos bastantes y pocos los oficiales, ellos mantenían la misión y nosotros la cumplimos con la orden que se nos daba, éramos una compañía de 130 elementos, nos transportaron en unos camiones militares gringos marca *Ford*.

Íbamos cuatro secciones, en cuatro camiones, yo era de la 4a. sección, nuestro comandante de sección era un caballero cadete, que dicho sea de paso murió no en combate, él tuvo problemas físicos internos, un pulmón se le despegó, como consecuencia del impacto de una onda explosiva producida por una mina *cleymor*.

Llegamos a la entrada de San José Guayabal, desembarcamos y a la expectativa, máxime los reclutas, todo mundo recibiendo órdenes, yo obviamente detrás de un soldado antiguo de nombre Lito “Taralaca” y le pregunté:

–¿Y aquí qué ondas?

–Tranquilo recluta, tranquilo, no te preocupés.

A uno le choca que le digan recluta, un soldado de 22 días es un recluta, a cada quien le dieron su turno de posta, me dijeron a mí, vos por ser nuevo te va a tocar de tres a cinco de la mañana, el sueño mejor.

Según yo, nosotros ya estábamos en la guerra, y no era así, me despertaron a las tres de la mañana, me dijo, ya es hora, chivo, me levanté, me mojé la cara con agua para estar un poco despierto.

A las cinco de la mañana vi a un civil que venía y le tendí el fusil, a la entrada de San José Guayabal, a lo que nosotros nos mandaron era a darle seguridad al convoy que iba a pasar, pero yo no sabía, ahí lo que faltaba era la comunicación, por el mismo hermetismo, menos mal que se levantó el otro soldado y me dijo:

–Cálmate.

–¿Y qué ondas pues? ¿Y qué no es guerrillero?

–No, hombre, es gente civil.

Si no me dice hubiera matado a tres gentes ahí, y qué ondas y por qué no dicen pues, y el oficial era un cadete bien comprensivo, tenés razón me respondió, amaneció.

A uno le daban el rancho, era una bolsa con latas de comida, frijoles, arroz, carnita y era para dos días, aparte de las latas llevaba una cajilla de cigarros, azúcar un poquito, dulce de panela, sopas, pero uno debía administrar esa comida, tenía que durarle hoy y mañana, porque el rancho le iba a llegar hasta pasado mañana, eran dos días, eran diez panes, le tocaba a cinco por día.

El soldado que llevaba su dinerito cuando había oportunidad compraba en una tienda, pero uno que vivía pobremente andaba tratando de minimizar los costos, de repente, sentimos el tronar de los motores, éramos ocho compañías, pasaron seis, porque tenía que quedar una en el cuartel cuidando, y todo mundo decía, hey recluta ya van a ver lo que es bueno, ya se van a dar cuenta, éramos los patitos feos del batallón Atlacatl porque era la primera vez que íbamos al combate.

Los clases eran los cabos, subsargento y sargento, el oficial se trataba desde el cadete hasta el coronel, los clases nos dijeron cálmense, tranquilos, no se preocupen, Ok, pasaron todos y detrás íbamos nosotros, llenaron los cuatro camiones y nos subimos.

Llegamos a San José Guayabal, y uno siempre preguntando ¿y aquí qué ondas?, nos bajamos de los camiones, había una quebrada, pasamos ahí dos horas mientras se hacía la estrategia que iba a imponer el coronel Monterrosa con su ejecutivo, y dijeron al final, todas las compañías vamos a ir en una sola columna, la sexta compañía era la retaguardia, como siempre los reclutas.

Empezamos a caminar, la gente de San José Guayabal, siempre nos recibía bien, era como Cojutepeque, cada vez que pasábamos nos hacía un recibimiento para regalarnos naranjas y butifarras. A pie nos dirigíamos hacia la vaguada, era una quebrada en término militar.

Cuando llegamos a la vaguada, éramos en total siete compañías, nosotros la sexta compañía en el río y los demás ya estaban casi a la mitad del cerro, porque íbamos en columna.

Caminamos cerca de un kilómetro después de llegar al río, ya en la pendiente empezó el tiroteo, era extraordinario, nosotros decíamos, oí, oí y ¿quién es vos?, la primera compañía, dicen que es la que está dando riata, allá los compañeros arriba, estaban en combate.

Después de haber combatido casi una hora nos dieron la orden de avanzar, caminamos cerca de un kilómetro, también ahí andaba el Batallón Pipil, era de reacción inmediata y estaban rodeados en el cerro.

A mi comandante de compañía le dieron la orden, que la sexta tenía que romper, tuvimos que desviarnos, bajar un precipicio y luego subirlo para contrarrestar a los que tenían rodeado al Batallón Pipil.

Llegó el comandante y nos dijo, señores, llegó la hora ahí nos vamos a dar verga, si uno no bajaba con un lazo podía quedar muerto porque se podía caer, subiendo íbamos cuando nos agarraron a balazos, esa fue la primera vez que tuve enfrentamiento.

Cuando empezó la balacera todo mundo corrió a cubrirse, para que no lo fueran a matar, yo corrí a un lugar y fui a quedar cerca de otro gran precipicio, pero me cubría de las balas, y el soldado Chepe “Punta” no halló a dónde y lo único que hizo fue llegar a caerme encima, yo era un cipote.

El soldado Toño “Cabecita” llegó, él me decía cuñado por mis hermanas, pero me tenía aprecio y me lo fue a quitar de encima, apartate vas a matar al bicho, lo quitó y lo ubicó en otro lugar y se quedó ahí, pero antes de eso, el soldado Remberto “Cachete” se jactaba que ya había estado en la primera y en la cuarta brigada, que era combatiente experimentado y solo se levantó y le cruzaron la pierna.

Toño “Cabecita” me preguntó:

–Cuñado ¿tiene huevos?

–Sí.

–Nos vamos ir a fuego y movimiento.

–No se qué es eso, cuñado.

–Es, yo avanzo y usted dispara, yo disparo y usted avanza, y así fuego-movimiento, *Ok.*

–Ya comprendí.

–¿Tiene huevos?

–Tengo.

Y así fue, sólo los dos, el recluta y el antiguo, empezamos a puro fuego y movimiento haciendo un zigzag, la punta de lanza éramos nosotros dos, llegamos a la posición y encontramos una iglesia destrozada, habían santos de madera llenos de balas.

Hicimos los turnos de la seguridad perimétrica, nos quedamos atrás de la iglesia, primera experiencia en combate, a todo lo que se movía se le disparaba, incluso si una lagartija pasaba, era entendible, teníamos tanto miedo, caía una ramita y era balacera M60, M16, pasaba una iguanita y la balacera.

El Atlacatl por eso se identificó, hacía unas balaceras increíbles, y por eso todo el mundo le tenía miedo, si un balazo nos tiraban, nosotros tirábamos una lluvia de miles.

Pasó la noche, sin querer yo me acerqué a donde estaba reunido el coronel Domingo Monterrosa Barrios con el capitán que andaba en ese momento con el Batallón Pipil, y escuché que el capitán le decía al coronel Monterrosa:

- Mi coronel, hoy sí estoy convencido de lo que me han dicho del Batallón Atlacatl.
- ¿Por qué?
- Porque esa compañía que está ahí, me ha demostrado los huevos que tiene.
- Pero mire, mi capitán si esos soldados es la primera vez que vienen.
- ¿Qué?
- Sí, la primera vez que vienen.
- ¡No puede ser!

Ese comentario del capitán, hizo que el coronel Monterrosa nos felicitara, nosotros supercontentos no por la guerra, sino porque dijeron que ya estamos en el guacal y queríamos que se nos respetara porque éramos del Atlacatl y las demás compañías del mismo cuartel que dijeran, esa es la sexta compañía.

El Batallón Pipil muy emocionado por que la sexta compañía lo había salvado de una emboscada, esa operación militar terminó, estuvimos veintidós días en el cerro de Guazapa, por lo general una operación se tardaba unos quince días en darle la vuelta.

El coronel Monterrosa cuando regresamos al cuartel dijo:

–A la sexta compañía quiero felicitar grandemente porque me han demostrado el coraje y la valentía, quiero felicitar a su comandante el teniente Chacal –Carlos Fernando Herrera Carranza–, a sus oficiales, a los clases y a toda la tropa.

Cuando el coronel Monterrosa felicitaba, uno se sentía un hombre realizado, el más feliz del mundo, porque Monterrosa fue un líder que dio el ejemplo, no era un líder que decía háganlo, él decía hagámoslo, bueno ese señor no había entrado a la formación

cuando ya iba bailando, y dando el grito ju, ju, ju, era una forma de levantarle el ánimo, la moral a la tropa.

Esa fue la primera operación militar, luego salimos con ocho días de licencia con pisto en la bolsa, agarré veinte y cinco colones y el resto se lo di a mi abuela.

1.5. El curso Atlacatl

Había un curso que se llamaba Atlacatl, era amargo, con el objetivo de que uno agarrara coraje para ser soldado, en los cuarteles se entraba y ya era soldado; empecé el curso de soldado, como una lombriz, tres semanas teóricas, sobre la defensa, la soberanía nacional, el significado del por qué uno luchaba.

Se decía que la Fuerza Armada luchaba por los ricos, es probable que sea cierto, lo seguro es que los ricos siempre van a existir, siempre va haber un señor y un subordinado, aunque haya miles de guerras, siempre va a existir patrono y trabajador.

Nos enseñaron brújula, la carta es la que uno andaba en el campo de batalla, era la carta geográfica del lugar donde uno estaba, también nos enseñaron el don de mando, a trabajar en equipo no en grupo, y nos enseñaban supervivencia y obviamente a defendernos y a disparar.

La carta, don de mando y la brújula eran tres materias que impartían en tres semanas, y si se aprobaba las materias teóricas tenía derecho a ingresar a lo práctico, lo cual era difícil, ahí uno no valía nada, fuera simplemente un número, yo era el cinco, mi camarada era el seis, si uno fracasaba, también su camarada, si su camarada es pasmado, uno también, significaba que uno no vive sin su camarada.

El Salto de la muerte consistía en subir a la parte más alta del balneario de Los Chorros y ahí saltaba, y caía en la poza, uno sentía que su espíritu se le iba.

Si alguien se resistía a dar el salto de la muerte le decían: bueno joven usted no está apto para estar en el Atlacatl, si usted quiere estar de alta váyase a cualquier cuartel que no sea el Atlacatl.

Dormíamos a la intemperie, bajo las carpetas o los ponchos que habíamos puesto, o según su propia capacidad, estar en el Atlacatl ¡Dios mío!, fue perro, un soldado de los demás cuarteles no hacía eso, comer carne de chucho, de culebra, de zopilote, etc.

En todos los cursos nos obligaban a comer animales inmundos, cuando terminamos el curso de soldado, le decían a uno vos tenés derecho al parche, tenés derecho a la calavera, el parche que decía Atlacatl, felicidades, vos ya sos del Atlacatl.

1.6. Curso para ascender a cabo

Ingresé al segundo curso para ascender a cabo, lo saqué después que mi abuela había muerto, mis hermanas se casaron.

Nos reunieron y nos dijeron que había una oportunidad, el que quisiera superarse que se inscribiera en el curso de cabo.

Después de haber terminado los dieciocho meses en el cuartel tenía derecho a irme, pero decidí reengancharme, es decir, me quedé, qué iba a ir a hacer allá afuera, a trabajar en el campo, bajo el sol ardiente todo el día, agachado trabajando con la cuma, yo sólo tenía octavo grado, qué me tocaba, cuma, machete, algodón, caña, frijoles, entonces me dije, me voy a meter al curso de cabo, escogieron a varios y también había en esa misma tanda el curso para subsargento obviamente eran los cabos para subsargento, nosotros los soldados para cabo.

Nos decían, señores ustedes han decidido, tómenlo como una profesión, le van a servir a la Patria, la salvarán de los terroristas comunistas, si, ya *Ok*, de acuerdo, no hay problema, las mismas pajas de siempre, el curso para ascender a cabo era un mes de los diablos, el curso duraba siete semanas, tres teóricas y cuatro prácticas.

El primer día del curso estábamos en la plaza de armas, nos ordenaron hacer posición lagarto, acostado y sostenido con las manos y las puntas de los pies sin arrastrar el estómago, y me tocó con mi comandante de compañía, un señor tan amargo, ese día no dormimos una gota, desde que nos agarró empezó posición sapito, caminar, saltar, correr, ¡Dios!, dije, nos va a matar.

El comandante en el día nos hizo que construyéramos el campamento con ramas, en la noche mandaba a botar las champas, él mismo con los soldados de su compañía, y uno esa misma noche tenía que rehacerlos porque él quería ver champas en la mañana, nos dijo esa noche que trotáramos alrededor del campamento diciendo Maya, Maya, Maya, Maya, eran las cinco de la mañana y nosotros Maya, Maya, desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana.

Luego nos dijo, señores, llegó la hora del deporte, Dios si toda la noche habíamos estado trotando, a ponerse uno los tenis porque íbamos al trote, como se los güeviaban uno los andaba en la mochila, toda la noche trotando, con todo y mochila y fusil, al trote a la cancha tantas vueltas, tiene cinco minutos para bañarse, a bañarse y de regreso y todo mundo lo ve a uno como un animalito raro.

Esos cursos más pendejo lo hacían a uno, sí, más tonto, en el día eran clases, uno se dormía, me duele decir esto, pero era cierto había un soldado cabrón llamado Mario el

Burro, que andaba un montón de chile chiltepe, uno cuando bostezaba o estaba con la boca abierta le metían el chiltepe y le cerraban la boca, se sentía horrible.

Nosotros dijimos este hijueputa de Mario el Burro nos va a dejar dormir en la noche, que diablos, él salía a las seis de la tarde, era feo el hijuepulla, y regresaba todas las noches de ver a la novia Rosa “Pata Chuca” a las nueve de la noche, a esa hora nosotros teníamos que estar gritando Maya, Maya. A la tercera noche nos dejó dormir tres horas.

Los Pipiles eran cabos que iban para subsargentos; los Mayas que éramos nosotros, soldados para ser cabos, y los Lencas eran los reclutas para ser soldados, pero era un solo curso dividido en tres agrupaciones.

Al día siguiente a clases, desvelado toda la noche y los Pipiles y los Lencas tranquilos trotando, nosotros dos noches totalmente desvelados, Mario el Burro nos agarró una semana que como si éramos hijos de crianza, nos sacó a trotar con diez libras de piedra o arena en el lomo, si iban 99.99, le ponían 100 libras más, una onza faltaba, uno podía llevar 10, 11, 12 libras exactas, pero no podía menos porque le ponían otras diez, salíamos a trotar o caminata desde el cuartel del Batallón Atlacatl hasta el balneario Los Chorros, son como cinco kilómetros.

Le medían el peso de la mochila a la salida y a la venida, por el compañero Renato el Perro Mocho que cometió un grave error, él salió con las cien libras y botó piedras en el camino, obviamente era oscuro, uno podía sacar una piedra y la botaba, el problema que cuando entró no le alcanzó el peso, es decir no le echó lo suficiente cuando iba de regreso y llevaba 98 libras, esa estupidez de ese cabrón, y no lo matamos porque era compañero, nos costó plantón desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana, con las cien libras que uno tenía en la mochila.

Nos zamparon al curso de comandos, hicimos la primera semana, la segunda fue ejercicio físico, mental, la tercera fue la de supervivencia, no nos dieron comida, para agarrar coraje, uno se alimentaba de pajaritos. Nos sacaban por Joya de Cerén y El Playón, por todos esos lugares, supervisados por supuesto.

El curso salía completo, cada quien con responsabilidad, sin embargo la larvada era permitida mientras no fuera descubierta, en el cuartel así era, uno tenía derecho a que si veía a un civil le decía, hey regáleme una tortilla, pero si lo descubrían lo castigaban, en esa época en el cuartel cocinaban la carne de zope para alimentarnos.

Fue una semana, día y noche, en la mañana salíamos, en la noche volvíamos al campamento, no nos daban comida en el cuartel, comí pajarillos con mi camarada, hasta agarramos un conejo, algunas veces uno podía encender una fogata y lo asaba, otras uno se lo comía crudo.

El zope es una carne tan pésima, ni cocido, ni crudo, era una carne amarga, dura como el cuero de gallina, al cabo Monstruo Milton le decían comezope, ese cabrón agarraba las piernas como si eran de gallina, yo las comí porque me obligaron, era parte del curso comer zope y perro.

La carne de perro es deliciosa, si uno la sabe cocinar, nos dieron la orden que matáramos algunos perros, y cada quien tenía la libertad de cocinarlo, hubo mara que preparó sopa, nosotros lo hicimos como carne de tunco, frito con tomate y los pedacitos sabrosos, pero bien frito, con tomatillo, chilito y arrocito si tiene, eso es sabroso, pero en sopa está cabrón comérselo.

El último día de la semana de supervivencia nos llevaron por Joya de Cerén, ahí hay una finca que se llama Argentina, había naranjas y comimos, ese pobre señor dueño del naranjal me imagino que nos ultrajaba de pie a cabeza, pues sí, éramos soldados, el hambre pues, a güeviar naranjas.

Llega un momento en donde le dan la famosa toma de agua sucia que sale de las cocinas del cuartel, calcetines chucos, heces de perro, aceite, azúcar, sal, cebolla, ajo, y uno tiene que tomarse una vasada.

En la caramañola andaba un vaso, con el que se agarraba agua de la cocina y a uno le decían, saque lo que pueda, ¡mírelo cabrón!, ¡mírelo!, la sopa, mírelo antes de tomárselo, era amargo, ¡tómese lo cabrón!, ¡tómese lo!, tucu, tucu, tucu, tucu, tucu, ahí va de todo, cierre los ojos y tómese lo tucu, tucu, tucu, ¡termíneselo!, ¡termíneselo!, tucu, tucu, tucu.

Uno solo termina de tomar el agua asquerosa y se va a vomitar todo, y eso es permitido, no se lo va a tomar, a vomitar, el agua nauseabunda del río sucio uno la siente sabrosa a la par de esa chuquedad, chuquedad aceite, azúcar, sal, de todo y hasta mierda.

Todo eso lo pasé en el curso de soldado pero un poco más tranquilo, pero ahí como ya era para cabo, ¿qué estaré pagando Dios mío?, y de repente uno está sentado así todo pasmado, y llega una patrulla, perrrrrrrrrrrrrrrrrr, y a uno le quitan los fusiles porque no son tontos, los fusiles se los quitan, y los llevan, los hacen un montón, los recogen de repente perrrrrrrrrrrrrrrrrr, están capturados hijos de puta son los de las FPL no se qué puta, y esta mierda, apaleados, más, después de la toma, era parte del ejercicio, pero uno no sabe, lo agarran de sorpresa.

Conocí a un soldado de los que andan hasta encapuchados, no, a vos te conozco hijo de puta, vos sos de la sexta, quieto me dijo el hijo de puta, había un cabo en la misma compañía que era de mi mismo apellido Bonilla, y el hijo de puta me agarró de pila, yo te conozco le dije, come mierda me contestó, y me pegó con el fusil, este hijo de puta va en serio va, ahí nos trataron como delincuentes, nos amarraron con nudo de guardia, con las rodillas, puta cálmate le dije, qué hijo de puta, ya vas a ser igual que yo me dijo,

vergón pues, y lo tiran a uno como perro, caiga como caiga, se lo llevan a uno los camiones, para dónde putas, a saber.

A nosotros nos llevaron del río cerca de Joya de Cerén hasta El Congo, la gente decía que llevaban tres camionadas de guerrilleros, y uno vendado y lo tiran, medio me soltaron, ahí nos metieron en un hoyo lleno de espinas de izcanal.

No es exactamente un hoyo, sino un lugar rodeado de espinas, para que a uno le cueste salir, encontré un hoyito, aquí me voy dije, todavía no habían reventado la bombas lacrimógenas que habían echado al hoyo, pues yo ya estaba afuera, pues si vivo, y agarré un pantalón, porque a uno lo llevaron sólo en calzoncillo y con toda la ropa de los soldados hicieron una montaña, cerca del hoyo.

Cuando nos lanzaron las bombas lacrimógenas, fue donde barajustamos, salíamos por doquiera, agarré un pantalón, por tomar una camisa, saqué seis camisetas, y agarré un pantalón del soldado Juan Concho, y ese tipo andaba en el pantalón cien pesos.

Juan Concho no me dio ni cinco centavos ese hijo de pulla, y en ese momento yo deseaba aunque fuera dos centavos, y cuando me vio me dijo:

- Hey, quiúbole ¿qué pasó?, vení.
- Enseñá ese pantalón, mira cabrón.
- Putá, aliviáname pues.
- Nos vamos juntos, seguime pues.
- No, ahí está mi camarada.
- Ah, ahí dejá ese cabrón.
- Sin mi camarada no llego al punto de reunión porque pierdo el curso.
- A pues quédate, pendejo.

Juan Concho jamás me dio cinco el cabrón, y uno pidiendo tortillas con frijoles, pues sin comer todo el día, lo habían maltratado, la sopa, y uno queda con hambrita.

1.6.1. Los bolos del curso

El ejercicio se llamaba, escape y fuga, después de salir del hoyo donde nos introdujeron, uno tomaba lo que encontraba, un fusil, una mochila, un pantalón, bueno dejaban la montaña de ropa, camisas, pantalones y camisetas, entonces uno como salía en estampida, estaba pensando en irse en ese momento, porque lo podían capturar, eso a uno le bajaba puntos.

Uno se metía al curso con cien puntos, cada vez que cometía un error le bajaban puntos y no solo a uno, sino también al camarada, porque en esos cursos eran dos, uno no tenía nombre sino número, yo era el cinco, mi camarada el seis.

Salimos, bueno, yo andaba sacando el curso para ser cabo, al soldado Manuel el Negro no le ajustaron los pantalones, tuvo que regresar en calzoncillo y con una camisa.

Pasamos a una casa, a un señor le pedimos que nos regalara un pantalón viejo de trabajo y se lo regaló a Manuel el Negro, el miedo que nosotros llevábamos es que, a este compañero lo confundieran con uno del FMLN, porque andaba camisa de soldado y pantalón civil, una característica de los guerrilleros de la época y salimos cada quien por su lado.

Tito “Patán” era un soldado que conocía la zona, y la tropa estaba en todas partes, y si a uno lo capturaban le bajaban puntos, y este chero conocía la zona y nos enseñó algunos caminos, me acuerdo que en la calle de Santa Ana a San Salvador, en la jurisdicción El Congo unos kilómetros adelante, este chamaco, encontró una tubería, por ahí pasamos, era un peligro porque no sabíamos lo que había en esas tuberías, podría haber de todo, hasta culebras.

Tito “Patán” iba adelante y nosotros atrás, lo seguimos y salimos a la otra orilla de la calle, con mucho cuidado de no ser vistos por los soldados que andaban cuidando el curso, la misión de ellos era capturarnos.

La misión nuestra era no dejarnos capturar porque íbamos a llegar al día siguiente a la posición que nos habían encomendado, Tito “Patán” nos enseñó ese camino luego nos regresamos por veredas, entre cerro y cerro, a salir a Ciudad Arce, a todo esto el hambre ya era fuerte.

En Ciudad Arce visitamos unas casitas y anduvimos pidiendo, porque uno no andaba ni cinco centavos, les explicamos que nosotros éramos soldados y que andábamos sacando un curso y no teníamos comida, regálenos por favor una tortilla con frijoles o con sal, era gente que no vivía en el propio pueblo sino en los alrededores, porque en el centro de la ciudad andaba la tropa buscándonos, nosotros evadiendo ser capturados.

Nos fuimos por la parte de abajo por las vaguadas y la gente nos regaló tortillas con sal espolvoreada sobre los frijoles, como a dos kilómetros hubo un soldado que nos vio, de los que andaban patrullando, alguien dijo éste nos va a tirar un balazo, pero no.

Cuando nos dispararon, salimos en guinda, porque nos iban a capturar, nos siguieron, Tito “Patán” era de por ahí, conocía esos lugares y nos dijo, vénganse por aquí, fuimos a salir a una finca que se llamaba Magallanes, por fin fuimos a salir al río Agua Caliente, lo que Tito “Patán” iba haciendo era tirando la Acimut hacia su casa.

La Acimut era una coordenada que se utilizaba en la vida militar para ubicar en qué posición estaba uno en la carta, los artilleros utilizaban mucho las coordenadas a través de la brújula, entonces la Acimut él la iba tirando a su casa, uno tenía libertad de irse a dormir a su casa, todo y cuando no lo descubrieran.

A partir del río Agua Caliente, cada quién decidió para dónde se dirigía, en esa época el soldado era muy respetado, era porque tenía valor, como a las siete de la noche llegamos a la casa de la familia de una novia que yo tuve y le decían Dorita “Cachimbo de Tripas”, porque sus papás eran destazadores y vendían carne, ahí me presenté con mi camarada, uno no lo debía dejar, al ex suegro le hice el sonido siguiente:

- Sschis, ssschis, señor, ando en un curso del Batallón Atlacatl y necesito comida.
- Sí, hombre, venite.
- Pero no quiero que me vean, ni que sepan que estoy aquí.
- No hay problema.

Mis ex suegros se portaron de maravilla, me encerraron con mi camarada, nos dieron huevos fritos, agüita, una comida extraordinaria, y me preguntaron:

- ¿Qué vas a hacer?
- Quiero que me den dónde dormir, aunque sea con los chuchos.
- Sí, vamos a ver cómo hacemos (en la casa solo estaban los papás de mi ex novia).

Algunos soldados se fueron por el casco de la hacienda, y aprovecharon la libertad que había y se pusieron a tomar licor, yo no viví ese momento, pero a mí me contaron que ellos de una esquina de una casa a otra se gritaban, tirá pues, y las grandes ráfagas, purrrrrrrr, el montón de disparos, ah, no me pegaste, hoy voy yo purrrrrrrrrr.

La gente abatida, afligida, todos los soldados que estaban ahí se encontraban bolos, todos bolos, yo oía los disparos, pero tantos días de no dormir bien, el ex suegro me despertó a las cuatro de la mañana, porque le había dicho la noche anterior que necesitaba salir temprano, yo escuchaba las grandes balaceras, los soldados que andaban patrullando a los del curso para capturarlos tuvieron miedo y no llegaron.

Cuando amaneció se hizo el desorden, yo me di cuenta un día después, resulta que el oficial nos iba a estar esperando a la entrada de San Andrés; con mi camarada llegamos a las 5:30 de la mañana, estaba oscuro todavía.

Nosotros regresamos en arrastre en medio de los cañaverales, primero, para que no nos escucharan y segundo, necesitábamos estar cerca, y ser de los últimos en llegar, porque los primeros iban a estar haciendo pelotón en lo que llegaba todo el mundo.

Hacer pelotón significaba chicharrón en la vida militar, es decir ejercicio de pecho, rana, lagarto, lo que fuera ahí, un pelotón de maniobra se le llama popularmente un chicharrón, cometía una falta y le metían a un pelotón de maniobra.

A uno lo desesperaban haciendo ejercicios fuertes, por ejemplo, yo me acuerdo de una vez que me quitaron el pelo, porque me dormí en un turno, eso en el ejército era prohibido, pero yo estaba en el cuartel, me arrestaron quince días, y me metieron otros quince días en el pelotón de maniobra, a uno lo mandan para allá, para acá, caminando como el lagarto, haciendo lagartijas, ejercicio de pecho, de forma que a uno lo agotaban rapidito, en una hora lo hacían hasta vomitar.

A todo el que iba llegando le ordenaban que se pusiera en posición sapito, en cuclillas, uno se ponía en posición sapito a esperar a que llegaran los demás soldados que participaron en el curso.

Cuando faltaban unos cuatro soldados, a cada soldado que iba llegando lo iban registrando, le olían el aliento para saber si había tomado guaro y la forma de hacerlo era que uno estaba parado y le zampaban un trompón en la boca del estómago, uno ahí echaba todo los tufos, ya habían descubierto como cuatro, y éstos no ascendieron, yo les decía a ellos: imagínate lo que te costó una cerveza, lo que me decían era: una cervecita me tomé, para qué te la tomaste, eso te sirvió para no ascender, fregarse o joderse durante tres meses para nada.

Los cuatro que habían tomado estaban aparte haciendo un chicharrón porque era un curso, no era para ponerse bolo, salimos del escondite donde estaba con mi camarada observando a los pendejos que se presentaron antes que nosotros, fuimos de los últimos que llegamos, era terrible, estar en cuclillas desde las ocho hasta alrededor de las diez de la mañana, dos horas en cuclillas, yo llegué faltando diez minutos para las ocho, pero yo ahí estuve desde las cinco de la mañana, nada más viendo que los estaban haciendo pedazos a los otros por brutos.

Ese curso era para ser soldado, cabo y subsargento, yo fui para ser cabo, éramos como unos cien, nos formaron, pero ahí no terminaba esa semana, hicieron que nos subiéramos al camión, salimos de nuevo para El Playón, por el lado de Quezaltepeque, ese Playón si hablara contara maravillas de la gente que estuvo en el Batallón Atlacatl.

En El Playón hicieron un hoyo en una loma y lo taparon con una capa de lona gruesa que ocupaban para cubrir los camiones, se llamaba la pista de obstáculos, en el fondo había zopes, piedras, filosas, gatos, chuchos muertos, ramas atravesadas y espinas para que sirvieran de obstáculos, y para colmo de males, ahí le avientan gas lacrimógeno, salía uno tonto, o sea surumbo.

Yo procuraba ser el primero para abrir ese hoyo y salir al otro lado, se pasaba a la otra pista donde había llantas de carro incendiadas con alambres de púas, se tenía que pasar en medio de las llantas, el que venía atrás de mí era mi camarada, luego de este

lugar, uno llega a un punto donde agarra el fusil y empieza también otro fuego de movimientos disparando, pero ahí ya es más paja que otra cosa para ver cómo ha salido uno, todo vergueado.

Después se llegaba donde había cuatro soldados, los más cholos del cuartel, ellos le pegaban a uno patadas y manadas, de todo, la única parte en la que no recibía golpes eran en los testículos, hasta que uno ya no aguantaba y gritaba ¡mamá ayúdeme!, ¡mamá ayúdeme!, lo dejaban de vapulear.

Y si alguien andaba ahí que era amigo de uno, estaba enmascarado porque uno iba para cabo, entonces si había un soldado ahí después se podía vengar, decíamos no me pegués tanto cabrón, ayúdame mejor a salir, gritá ¡mamá!, cabrón, gritá ¡mamá ayúdame!, y hasta entonces lo sacaban a uno, y era cuando llegaba lo más difícil.

Llegamos al río Sucio donde nos habían capturado para ir a El Congo, ahí nos estaban esperando los camiones que lo iban a ir a dejar al cuartel, ahí terminó, la semana del curso Atlacatl.

1.7. El rescate de cadáveres

Estábamos en la puerta del cuartel listos para salir de licencia, cuando dieron la orden que nadie se fuera ¿qué pasaba?, nosotros decíamos a saber a qué cuartel culero la guerrilla lo está atacando y cabal era la Quinta Brigada de infantería con sede en San Vicente, necesitaba auxilio urgente.

Habían tenido un problema catastrófico en San Sebastián, necesitaban que el Batallón Atlacatl fuera a rescatar unos cadáveres y a ver qué pasaba, el coronel Monterrosa llegó bailando a la plaza de armas, donde formábamos, él tenía un grito ju, ju, ju, ju, a ese grito le tenían miedo los guerrilleros, por la Patria y por Dios, etc., y salimos para San Vicente y efectivamente el batallón Cañas había sufrido muchas bajas.

Estábamos en instrucción, de repente dijeron que dejáramos todo y manifestaron que nos preparáramos porque íbamos para una operación militar, eran las seis de la tarde, nos bañamos, comimos, nos preparamos y partimos en un convoy de veinticinco camiones, iban tres compañías, la sexta, séptima y octava compuesta cada una de ciento cuarenta soldados.

Salimos a las ocho de la noche del cuartel rumbo a Ilobasco, llegamos a las once de la noche, a todo esto uno no sabía qué era lo que pasaba, el soldado se daba cuenta de las cosas cuando ya estaba en el campo de batalla, toda la tropa creyó que íbamos a dormir en Ilobasco, llegamos al parque central.

En mi compañía había un soldado de nombre Luis que le llamaban de apodo el Gordo San Martín en las noches se tiraba a cada rato unos pedos tan sonoros, parecían bombas por el gran estruendo que emitían, además apestaban a diablos, tanto que algunos vomitaban.

El Gordo San Martín no dejaba dormir a la cuadra, era el lugar donde dormía la tropa en los catres, un soldado abajo y otro arriba, ahí estaba la cuadra, entonces él dormía a la entrada de la puerta, ahí estaba su catre.

El Gordo San Martín me dijo, recluta prepárate porque hoy te morís, me puso en qué pensar y empezó mi corazón a latir más insistentemente, y le respondí, hey no me digas eso, no vaya a ser al revés, a las once y media de la noche nos dieron la orden de que no dormiríamos en Ilobasco, sino que íbamos a ir hasta la presa del Cerrón Grande, ahí hay unos cerros, la calle pasa abajo, una emboscada de la guerrilla en ese momento sería fatal, sin embargo, nos dijeron que había seguridad en todo el camino y que no tuviéramos pena, que no había problema, de todas maneras llevamos culillera.

Llegamos a la presa del Cerrón Grande a las dos de la mañana, dijeron desembarquen, significaba bajarse de los camiones, nuestra sección desembarcó, me senté a la par de una llanta, medio arrecostado, a las cinco de la mañana nos despertaron, sabíamos que íbamos para el operativo militar, pero desconocíamos cuál era la misión, luego nos enteramos de que el destacamento militar numero uno había tenido problemas.

Íbamos a dirigirnos hacía Potonico a la seis de la mañana, mi sección iba en el segundo camión, yo iba sentado en la parte de atrás, me dijo el cabo Mario Chicho, soldado ¿no se va a camuflar?, significa pintarse la cara.

El que tenía dinero compraba barras de camuflaje, las vendían en la cooperativa de la Fuerza Armada, habían verdes, negras, cafés, etc., uno se pintaba a modo que no se viera la cara para nada, nosotros de los camiones militares agarrábamos los residuos del carbón que quedaban impregnados en los tubos de los escapes para pintarnos la cara, no teníamos dinero, no obstante, había que pintarse, lo mezclábamos con aceite de comer, para que se hiciera una masa, y la metíamos en una bolsita, y eso era el camuflaje, cuando uno se pintaba no se conocía, uno era un negro que parecía mono.

El cabo Mario Chicho me ordenó: soldado, camuflajéese, está bien, mi cabo, y me levanté de ese lugar de donde iba sentado y otro soldado inmediatamente ocupó el lugar donde yo estaba, pintándome iba cuando a los cinco minutos explotó una bomba, fue una *cleymor*, que es capaz de derrumbar una casa.

Ya había pasado el primer camión, pero no le convenía, en el segundo íbamos nosotros, hubo siete muertos, los que iban en la parte trasera, ahí iba lamentablemente el

Gordo San Martín, a mí el impacto me levantó y pegué con una baranda del techo del camión.

Los soldados antiguos tenían más experiencia y no les pasó nada, lo primero que hicieron fue correr a los lados, era una táctica militar, porque uno no sabía si era emboscada, cuando vine a sentir, los dos soldados con más experiencia ya estaban en la orilla del bordo, a ver qué pasaba, el instinto.

Yo pegué, reboté y volví a pegar, ahí se me quebró la pierna derecha, fracturada completamente, yo era el más cipote de la compañía, preguntaban, ¿hey qué se hizo, dónde está, busquen al niño, búsqúenlo?, y yo ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

Las bajas fueron siete muertos, heridos íbamos 35 elementos, sólo quedó el cadete, el radiooperador, el motorista y dos más, o sea que la sección ahí fue puesta fuera de combate, terminada, ese soldado que le decían Chepe “Punta” iba allí, ese fue el primer amputado de la compañía, la pierna se la quitaron al mero tronco desde el encaje.

Chepe “Punta” pegaba unos alaridos espantosos, yo que estaba quebrado de mi pierna lo sentía, y todo mundo le decía Chepe “Punta” cálmate, cálmate, mirá, pero estás vivo, pero en ese momento, herido, nadie lo va a calmar a uno, si era un dolor horrible, insoportable.

A mí me da risa con las mujeres porque a veces dicen que el dolor más grande es el del parto, yo les digo que no, que cada dolor tiene sus propias características, una mujer sigue teniendo hijos, y uno con una situación de esas ya no quiere que le vuelva a pasar, entonces comparemos qué dolor es más fuerte.

El cabo Mario “Chicho” que me salvó la vida estaba por allá adolorido también, cualquier persona que hubiera visto el cuadro hubiera llorado, bueno, el teniente de la compañía, lloró y preguntó, ¿qué pasó?, siete muertos, más de treinta heridos, y qué hacía uno.

Chepe “Punta” gritaba, llamando a su mamá, a su papá, y los demás le decían, la guerra ya terminó para vos, cálmate, pero era de más, el pobre estaba bien jodido, y yo con mi dolor, mi piecito le hacía para un lado y otro, me daban paja los enfermeros al decirme de que, cipote rápido te va a sanar la herida, bueno yo me conformaba, miraba uno para un lado los muertos, veía para otro los heridos, y todo mundo llorando.

Los heridos se trasladaban a la presa, estaba nublado, no podían llegar los helicópteros, yo decía, ¡Dios mío, por qué no vienen si yo no aguanto este dolor!, y no llegaban, tomaron la decisión de mandarnos a nosotros en camiones, me dije, este es el acabose se terminó mi vida, de la presa viajar en camiones, y llegar hasta Ilobasco, al hospital Militar que está situado enfrente del parque Cuscatlán, si no nos moríamos de

una emboscada nos íbamos a morir de la herida o de cualquier cosa, y qué prefieren, pues llévenme, los más heridos los metieron en el primer camión, yo quebradito de mi pierna con golpes en la cabeza, era de los menos heridos.

Me dijeron, tú te vas a ir en este camión, el cual estaba tapado con lona, nosotros sentíamos un mal olor, tufo horrible, medio levantamos las lonas y descubrimos una parva de cadáveres de cuatro días de muertos, eran los soldados que habían matado con anterioridad y que ese día los habían sacado.

Llamé al sargento Carlos Cochis y le dije:

- Mi sargento, sáqueme de aquí
- ¿Y para dónde te paso?
- Pero aquí no se aguanta, levante la lona y mire.
- ¿A dónde te meto?
- Vea a dónde putas me mete.

Yo necesitando que alguien me moviera porque no podía, mi piecito quebrado sólo iba con dos palos amarrados, el enfermero creativo, bueno, póngase algo en la nariz y como dicen sóquela verdad, y salimos, ni modo me fui en el camión, y para dónde nos hacíamos, ni modo.

¡La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
 Ni ase corva guadaña ni tiene faz de angustia.
 Es semejante a Diana, casta y virgen como ella;
 en su rostro hay la gracia de la núbil doncella
 y lleva una guirnalda de rosas siderales.
 En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
 y en su diestra una copa con agua del olvido².

Los muertos iban deshechos, pedazos de huesos revueltos en una masa de carne humana podrida, sin forma y el gran mosquero, aquel mal olor era horripilante, uno se ponía el pañuelo y el tufo penetraba hasta en la ropa, en el hospital me dijeron:

- Usted huele a muerto, quítenle la ropa.
- Quítenmela y báñenme.

Me dieron ropa de paciente, y me enyesaron, salí al día siguiente, pero lo más triste para mí fue cuando mi abuela llegó a verme, y me vio con muleta, me preguntó, ¿qué te

pasó hijo?, nada, sólo me impactó una onda expansiva, tranquila, estoy vivo, fue la primera vez que me hirieron.

A los heridos los trataban bien en el cuartel, sólo se dedicaban a dormir y a comer, si era posible había alguien que le llevaba la comidita a uno, yo estaba ubicado en segunda cuadra había que subir gradas, conforme el paso del tiempo uno aprende a subir con muletas, pero los primeros días le llevaban la comida.

Después del hospital lo llevaban a uno a la enfermería, cada unidad militar tenía una, había una cuadra para enfermos, los que no podían estar en su compañía, en el caso mío, entonces a mí me pasaron para enfermería, pero yo pedí nuevamente que me pasaran a mi compañía porque yo sentía más comodidad, y como la enfermería estaba cerca, a media cuadra no había problema.

Un camarada mío, el soldado Milton el Monstruo era muy amigo, me decía no te preocupes yo te llevo la comida, los frijolotes, el arrozote y las tortillotas, una tortilla de finca, había muchos soldados que eran hambrientos, yo siempre quedaba cabal con una tortilla.

1.8. La víspera de año nuevo en El Paraíso

La guerrilla atacó el cuartel de la Cuarta Brigada de infantería, en El Paraíso, Chalatenango, el 30 de diciembre de 1983, un año exactamente después fuimos porque dijeron que la podían atacar de nuevo, esa unidad militar uno la podría conocer toda en menos de un día, en tiempo de guerra yo hubiera desertado unas diez veces, si era un hoyo, hoy no, es de las mejores unidades, pero en tiempos de guerra, cómo no se lo iban a terminar, si estaba en un hoyo.

Llegamos a la Cuarta Brigada a cuidar, y a cada compañía le correspondió un sector, al oficial le renegué y me preguntó:

–¿Estás murmurando, cabrón?

–No, no.

Eso me valió para que el 31 de diciembre me castigaran; en El Paraíso cada loma tenían su nombre, la alfa, la bravo, la charlie, y a mí me mandaban a la loma más alta, mi teniente me ordenó:

–Te vas.

–¿Por qué?, si es 31.

–Pues sí, pero aquí no hay alegría.

–Sí, pero yo he sido fiel con usted.

- No cabrón, te vas, muy murmurón.
- Hágalo por los soldados.
- No cabrón, vos te vas para arriba.
- Está bien, está bien.
- Después se va a arrepentir, va está bien.

A los cinco soldados que andaban bajo mis órdenes, les dije:

- Bueno, cabrones, vámonos.
- Nombre mi cabo, qué pura mierda esa orden.
- Coman mierda cerotes, aquí se está dando una orden hijos de puta, porque voy encabronado, mejor cállense.
- No, es que mire para dónde nos manda.
- Ah, si se duermen los van a matar cabrones, hay vean ustedes.
- Pero mi cabo, sí, mire para dónde nos mandan son las seis de la tarde, y allá vamos a pasar el 31 de diciembre.
- ¿Y a dónde lo quieren pasar cabrones?, ¿y para qué están de alta pues? (así nos fuimos murmurando).

Murmurar, eso era lo único que nos quedaba, estábamos solitos en el cerro, qué pura mierda que aquí, que allá, al final llegamos a la posición y el que estaba allá era el cabo Jorge "Rana Cholca", le dije:

- Mirá pendejo, allá quieren que te vayas.
- Ah, coma mierda, si a saber qué has hecho.
- Ah, yo no he hecho nada hijo de puta, ándate ya porque aquí venimos perros, váyanse ya cabrones (se fueron).

Los soldados que andaban conmigo decían:

- Hey, ¿hacemos turno o no?.
- No, no lo hagamos.
- Los van a matar cabrones, los van a matar, últimamente yo soy el que mando, así que me van a hacer caso, no es que ahorita.
- Mi cabo, hagamos una sopita.
- No, cabrón, si aquí, una bomba nos van a tirar al ver fuego.
- ¿Y qué no vamos a comer?
- No si para eso andan latas, coman, yo ando mis latas.
- Ah, usted porque es tacaño, usted porque no se harta.
- Ah, pues sí, yo guardo, tampoco me voy a poner a darles.
- Va pues, está bien.
- Vos harás el turno primero, vos el segundo, vos tercero, vos cuarto, vos el cinco.
- ¿Y usted no va a hacer?

- Yo voy a estar despierto toda la noche cabrones, tengo la responsabilidad de ustedes que no me los vayan a matar.
- Pues sí, pero nos está poniendo turno.
- Bueno ¿qué te pasa?, querés que te zampe la verga aquí.
- No mi cabo agarre la onda.
- No es que mucho me están faltando al respeto, yo les doy la mano, ustedes se agarran hasta el cuello hijos de puta, o sea, no me hablen de salveque ahí que me van a matar, no si yo también soy perro de guerra, así que no me anden con paja.
- Hey, cálmense que ya se enojó el maestro.
- Bicho, hey cálmense que ya se enojó el Charlie.
- Cálmense cabrones, vos vas al primer turno.
- ¿Cuántas horas?
- Somos seis y aquí vamos de turno desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana, vaya les voy a ayudar, háblenme a las cuatro de la mañana, para que no estén murmurando.

- Charlie, así está vergón.

En la guerra se aprende a ser vivo porque si es tonto lo matan, y creo que los guerrilleros también pensaban de la misma manera, yo no me quedé en la posición exacta, no nos quedamos donde estaba la trinchera, porque en un ataque ahí iban a tirar, apartémonos les dije, ¿y para dónde nos vamos?, para una pendiente, o sea para el cerro, si vienen van a atacar este puesto, Ok, va, nos fuimos en silencio.

Le bajamos volumen al radio, le hablé al oficial:

- Mi Charlie, doy parte que estoy en la posición.
- ¿Va a mantener encendida esa mierda (el radio).
- Sí, no hay problema.
- ¿Estás bravo?
- No, contento estoy.

Llegamos a cuidar, porque se pensaba que podían atacar de nuevo, yo tenía un soldadón de nombre Lito "Taralaca" ese tipo fue soldado de la Segunda Brigada de infantería de Santa Ana, estuvo "mil años" de alta en el cuartel y nunca ascendió a cabo.

Cuando yo ascendí a cabo, Lito "Taralaca" fue el que cuando me reclutaron, yo le dije, miren yo soy el único hijo de mi mamá, yo también cabrón subite, confiaba tanto en él, bromeábamos yo me achicaba que él me dijera mi cabo, porque era más antiguo, más viejo, y yo era su superior, yo le decía mirá cabrón en frente de mi sargento decime mi cabo, pero aquí no hay problema.

Con Lito "Taralaca" bromeábamos, por ejemplo le ordenaba:

–Soldado, va a ir a recoger la basura de este sector hasta allá.
 –Coma mierda cabito culero, ya te voy a dar verga.
 –Cállate hijo de puta que ahí está mi sargento, cállate, cállate, me van a zampar la daga (bromeando).
 –¿A donde está? ¿A dónde está?
 –Cabrón solo hacés la paja que la recogés. ¿No vas a recoger esta basura?
 Lito “Taralaca” sólo se me quedaba viendo, pero a la hora de las acciones él me respetó, yo le pedía consejos.

Era 31 de diciembre, la orden era no disparar ni un solo tiro, porque en la mañana nos iban a chequear el fusil y nos iban a contar las balas, ni un disparo hubo, ni de los guerrilleros ni de nosotros, al día siguiente a las seis de la mañana, al oficial quizás le dio remordimiento:

–Ponzoña, ponzoña (Ponzoña era el indicativo del cabo Bonilla).
 –Adelante, Charlie.
 –A las 6:30 de la mañana va a llegar tu relevo.
 –Está bien mi Charlie (cabal a esa hora llegó otro cabo).
 –¿Y qué ondas, cabo Bonilla?, ¿qué novedad?
 –Aquí no hay nada, todo tranquilo, mirá la zona, no hay ni trastos que estuvimos aquí (estuvieron en otra posición).

El oficial cuando llegué me dijo:

–Ya venís contento cabrón.
 –A la puta, si lo perro fue anoche.
 –Pero ahora vas a ver culitos, ahí, en el río (había jovencitas bañándose y otras lavando ropa).
 –Vergón le voy a perdonar esta mi teniente (el oficial daba confianza, con un oficial serio uno no podía decirle eso).
 –Coma mierda si yo mando aquí hijo de puta.

Me mandó al río, ahí no había ni mierda que cuidar, fue en recompensa por lo que me había hecho en la noche anterior, ah, yo feliz, a los soldados les dije, va cabrones miren aquí está el resultado, sufrimos anoche, pero qué íbamos a hacer, nada, sólo dormir nos iba a tocar, ahorita ya se van a refrescar la vista viendo culitos ricos, así que todos felices.

A los soldados los distribuí a los lados del río, buscando la mejor vista, éramos seis conmigo y yo siempre andaba mi guardaespaldas, un cabito, pero, andaba, los jefes

tenían a sus hombres de confianza, yo también, ya estábamos en el río el 1° de enero de 1985.

El río era bien chivo y ser soldado en esa época era una gloria, pero en el teatro de guerra eso era un infierno, pero cuando uno andaba con licencia, con pisto y estaba en posiciones halagadora uno se sentía con un gran culo.

Según nosotros íbamos a salir para el cuartel de nuevo, el comandante de la Cuarta Brigada dijo que felicitaba al Atlacatl, porque demostraron una disciplina enérgica, y ya que estábamos ahí, que en lugar de salir para el cuartel del Atlacatl que nos dirigiéramos para la zona norte de Chalatenango, a Miramundo, cerca de El Pital.

Se continuó la operación militar en Chalatenango, ocho días nada más, no hubo problema, nos fueron a traer los camiones, después de esa operación nos dieron seis días de licencia, no disfrutamos el 24, ni el 31 de diciembre, pero sí enero, lo más sagrado para un soldado era la licencia y el dinero.

II LOS INDIOS DEL ATLACATL NO ERAN LOS BOINAS VERDES GUANACOS

2.1. El ordenanza comía mejor, pero...

Un oficial quería que fuera su ordenanza, es decir, alguien que le prepara un cafecito, como una secretaria, tenía la responsabilidad de hacer la casita para dormir, no era sólo para el oficial, él también tenía que meterse ahí, le ayudaba a andar su comidita y todas esas cosas.

El ordenanza comía mejor que cualquier soldado, porque el oficial ganaba mejor, por lo general era de familia acomodada, en cambio los soldados eran de familias pobrecitas, el ordenanza sabía que si se le terminaba su rancho, agarraba alimentos del oficial.

El oficial me dijo:

- Putá, no encuentro ordenanza, mataron al que andaba conmigo, se murió aquel y quiero un ordenanza, cabrón, ándate conmigo.
- Mire mi teniente, para eso no he venido al cuartel (en forma de broma).

- No hombre cabrón, no seas garra, conmigo ya sabés, ahí se come (las mamás, las novias o las esposas le llevan un montón de pan, por otra parte el soldado solo contaba con su ranchito).
- Déjeme pensarlo.
- Cabrón, vos sabés que conmigo no hay nada.
- Usted no me va a dejar quieto hasta que me tenga de guachimán.
- Es que vos sos vergón.
- No me dé paja si yo no voy a ser su ordenanza, con que no puedo con mi mochila y voy andar cargando lo suyo, después va a querer que le lave los calzoncillos también va.
- No jodás, eso nunca se hace.
- Yo sé que no, pero hay que hacerle su champita, no le va a gustar que le diga mi teniente, hoy no vamos a hacer champa, usted se va a enojar.
- Nombre cabrón, yo voy a comprender.
- Voy a probar una operación militar (y así fue).

Yo cargaba sólo mis 500 cartuchos, pero cuando me convertí en guachimán del teniente el peso cambió, hey Bonilla:

- Cabrón, mi mamá me trajo esto, crees que cabe ahí en la mochila.
- Métalo, usted sólo su poncho quiere llevar no joda.
- Te estás pasando, cabrón.
- Nombre, no friegue.
- Si es una bolsa con dulces.
- Pero pesa mi teniente, no sea así.
- Vos llevála cabrón y sanseacabó.

En una ocasión, ¡puta!, venía un aguacero, y me dije, voy a joder a este maestro no voy a hacer la champa, y sólo lo veía que miraba para un lado y otro, alrededor todos los soldados haciendo sus champas, yo estaba sentado en una esquina sobre una piedra, el teniente me dijo:

- ¿Bonilla, no vas a hacer champa?, puta cabrón, viene un aguacero de las mil putas.
- No hombre, qué putas, si el agua es una bendición de Dios.
- Nombre, cabrón.
- Ajá, no se acuerda que le dije, que si yo quiero me baño o no, además que estos cabrones me van a dar donde dormir como *sándwich* (es un ponchito impermeable, con ese hacía su champita, pero solo es para uno, los soldados andaban palas pequeñas, se le hacía una canaleta a la orilla donde caía el agua.).
- Hacela cabrón, no seas huevón.
- Mi teniente, la hacemos si me ayuda.

El teniente andaba un poncho que era más grande y unido al mío se hacía una casita donde cabíamos bien los dos, buscábamos dos palos, o sea dos ganchos, ahí dormíamos los dos,

–Ya viste cabrón que nada te costaba.

–Yo por joder mi teniente (para ser guachimán no había nacido).

A ese oficial le dije, se da cuenta mi teniente, no es posible que yo sea ordenanza.

2.2. Trueque de vaca por agua

El Atlacatl llegaba de operación militar al cuartel y al día siguiente salía con licencia; se presentaba después de haber terminado la licencia y en la siguiente mañana salía a operación militar, o sea no había un descanso, al menos que le correspondiera el período de cuidar las instalaciones que era cada tres meses, le correspondía a una agrupación quedarse en el cuartel.

Partimos en convoy a una operación militar, desembarcamos en La Bermuda, calle a Suchitoto y nos dirigimos hacia Tenango, cruzamos una vaguada, un precipicio muy alto, y caminando con 500 cartuchos en la espalda, la comida, y otras cositas como lechita, azucarita, claro si uno tenía dinero para comprarla.

Íbamos uno tras otro, pero siempre a la expectativa de lo que pudiera suceder, no era tanto perseguir al enemigo, sino defender su vida, en la guerra uno trata de defender su vida, o sea no arriesgarse, los combates eran terribles, pero, uno trata por sobre todas las cosas de defender su vida, y de repente nos enfrentamos a la guerrilla, hubo un combate de encuentro.

Andábamos bajo el mando de un teniente cadete, a él le dieron la orden de que nos tomáramos una elevación, era al mediodía en punto, era verano, todo estaba seco, lo único que nos acompañaba era la caramañola con agua, subimos la elevación, en lo que otras secciones estaban peleando, la misión nuestra era tomarnos la elevación y apoyar a los otros compañeros.

A los diez minutos de haber llegado cansados le dieron la orden al teniente de que bajáramos porque nos necesitaban en otra posición, la adrenalina en ese momento era superelevada y andábamos encandilados, bajamos, a los quince minutos le dieron la orden de que subamos de nuevo, ahí empezamos a decir, bueno ¿y qué pasa pues?, o nos quedamos aquí, o subimos ¿qué pasa?

Volvimos a subir ya dos veces, había cesado un poco el enfrentamiento, al Batallón Atlacatl le guardaban respeto, muchos decían que le tenían miedo, porque el Atlacatl a

pesar que nunca fue entrenado en Estados Unidos, el campo de entrenamiento fue la lava de Quezaltepeque allá por El Jabalí, ese fue el campo de entrenamiento, no así el Belloso, el Arce creo, el Atonal; el Atlacatl nunca, sí iban a cursos, pero para que formaran un grupo de operaciones especiales, por ejemplo de francotiradores.

Los mismos soldados de otros cuarteles decían ¡ahí viene el Atlacatl!, yo tuve la oportunidad de conversar con soldados de Cojutepeque, San Vicente, Sensuntepeque y con miembros de la Guardia Nacional, en esa época decían, cuando operamos a la par del Atlacatl nuestra vida anda más segura, la guerrilla le guardaba respeto al Atlacatl.

Estábamos en el cerro, de repente le vuelven a decir al cadete que bajara, con una temperatura de más o menos 40 grados, un calor intenso, un terreno seco, la tierra estaba agrietada, no habían árboles, lo único era chiriviscos, y todo mundo cansado.

Andaba un soldado que le decían Cesar “Ejote”, no tenía fuerza para seguir caminando, mostraba deshidratación, con los ojos hundidos, ya no aguantaba, llegó un momento en que cayó. El enfermero dijo, démosle sal, se desmayó, el comandante expresó:

- Este hijo de puta con esas mierdas que le están dando, lo que va a pasar será que perderá la licencia.
- No, no, ya estoy bueno mi teniente, ya no me pasa nada, ya no me pasa nada.
- Va pues hijueputa, levántese.

El oficial distribuyó toda la carga de César “Ejote”, que consistía en una granada de 90, dos de 60, a todos nos tocó, a mí me dieron dos, casi era un niño, un adolescente, ya no aguantaba con mi carga y todavía me dieron otras dos granadas, era el acabose para mí.

Llevaba la esperanza de que ya íbamos a descansar, el agua se nos estaba agotando, el clima seco, llegamos a la posición, y el sargento dijo, César “Ejote” que no haga turno, todo mundo murmurando, pero pobrecito el tipo estaba deshidratado, era alto y seco, le dieron sal, agua no andaba él, se la terminó rápidamente y se quedó sin nada y en la guerra, cuide su agua, ahí alguien puede ser mi amigo, pero si hay escasez de agua nadie le va a dar, excepto que se esté muriendo y que el punto negro de los ojos sea chele.

Encontramos cerca de Cinquera una vaca seca, y como andábamos hambre, entre los soldados andaba uno que le decían Ricardo “Surrapa” que era destazador, mató a la vaca seca, ese lugar era tan árido que no había ni pasto para ella.

El comandante de compañía se comunicó y dijo, ya la hicimos con el agua, la primera compañía ha hallado, pero no tiene comida, ah mi teniente hagamos cambalache, que nos den agua y nosotros le damos carne de vaca, se comunicaron, estaban relativamente cerca, formamos comisiones, una sección se fue con todas las caramañolas de la compañía en un saco para traer el agua, ellos también formaron otra comisión.

Con el hambre que andábamos le sacamos toda la carne a la vaca, cuando llegaron los soldados de la primera compañía andaban un hambre perra también, y solo la cabeza hallaron, y le sacaron todo, y dijo el soldado Luís “Chivo de la Cabra” en tiempo de guerra hasta los huesos se comen cabrones; así es que se llevaron la cabeza al hombro, ellos contentos pero nosotros ya teníamos para el día siguiente el abastecimiento un saco lleno de carne para toda la compañía.

César “Ejote” trató de sorprendernos al siguiente día en la mañana, lo vimos que fue a asar carne, él andaba cargando sólo su mochila, preparó hasta un cafecito, dijimos no, este cabrón ya está bueno, démosle las granadas de nuevo, César “Ejote” nos decía, no todavía estoy débil, nada cabrón, si mirá asando carne estás.

Salimos de regreso y llegamos a Cinquera, la gente se mostraba muy contenta, había personas que nos miraban pasar, quizás nos detestaban.

En Cinquera encontramos a una anciana, nos dijo, hijos pasen adelante, nos dio comida, una tortillita de maicillo con sal, porque la gente vivía mal, la guerra en esos lugares era terrible, pero la gente que tenía para dónde ir (yo fui uno de ellos) se fue para los pueblos.

Los guardias nacionales que estaban en Cinquera nos dijeron, aquí todas las noches peleamos, le contestamos, pero hoy no porque aquí estamos nosotros, de hecho no hubo disparos esa noche.

Al día siguiente llegaron los camiones a recogernos, felices nosotros porque la operación militar terminó, había soldados pilosos que cuando íbamos en los camiones se ponían unas pañoletas, otros binchas en la frente, eran color verde y tenían escrito “viva el Atlacatl,” la idea era manifestar, aquí va el Atlacatl, sobre todo para ir apantallando a las cipotas porque eso sí abundaba en esa época el ser soldado era un lujo, no cualquiera lo era.

Llegamos al cuartel, inmediatamente fuimos a formar en columnado cada compañía y luego terminaron de dar parte, como novedad salimos tantos, venimos tantos, tantos heridos, si hubo muertos, tantos; a pesar de que ya se había dado parte, porque cuando sucedía algo, al instante daban parte.

Después de la formación todo mundo iba a las cuadras a quitarse su mochila, sentía uno un gran descanso en su cuerpo, a bañarnos a ponernos en calzoneta y limpiar cada uno su fusil, tenía que estar impecable, y lo otro que al venir con licencia tenía que tener listo ya su fusil para salir nuevamente.

2.3. Torola cuatro

Se llevó a cabo en 1984, y el día 23 de octubre en el contexto de esa operación militar, a las 4:15 de la tarde fue cuando murió mi coronel Domingo Monterrosa, mi mayor José Armando Azmitia Melara, mi coronel Napoleón Herson Calito, el mayor Nelson Alejandro Rivas, dos camarógrafos de COPREFA, un sacerdote y su capellán, los pilotos.

Salimos el batallón completo, un poquito más de 1,000 hombres, si una compañía tenía 140 soldados, multiplicados por nueve.

Llegamos a San Miguel a la sede de la Tercera Brigada, Monterrosa ya no era comandante del Atlacatl, cuando a mi coronel Monterrosa lo quitaron de Atlacatl, todo mundo lloró, porque Monterrosa se consideró un gran líder, para mí fue un líder, ningún teniente coronel ha sido comandante de una brigada, y de una zona militar.

Una zona militar estaba compuesta por la brigada y sus destacamentos, Tercera Brigada destacamento militar número 4 de Morazán destacamento militar número 3 de La Unión, la marina de la fuerza naval tiene su propio comandante, teniente coronel y comandante.

En esa época los comandantes de brigadas eran coroneles tres estrellas, Monterrosa sólo tenía dos, y fue teniente coronel y comandante, yo pienso que para su familia debe ser un motivo de orgullo de que su papá, su esposa, su hermano, lo que sea, haya sido con un grado inferior a comandante designado el mando como comandante de la Tercera Brigada.

Llegamos a San Miguel, ahí estaba mi coronel Monterrosa, era el comandante de la Tercera Brigada y comandante de la Tercera Zona militar, nos recibió hasta con mariachis y dijo, vienen mis soldados y gritaba éste es el Atlacatl, a pesar de que ya no era comandante de nosotros, comandante interino nuestro era el mayor José Armando Azmitia Melara, otro personaje de la historia, que fue comandante del Atlacatl, y para ser comandante por lo menos se tenía que ser teniente coronel de un batallón, no digamos mayor, pero lo dejaron aunque sea interinamente; en la historia moderna de la Fuerza Armada, no conozco que un teniente coronel comandante de una zona militar y un mayor comandante de un cuartel de más de 1,000 hombres.

De San Miguel salimos en camiones para el destacamento militar número 4, en San Francisco Gotera.

Torola cuatro fue una operación militar grande, donde se incorporaron los batallones Belloso y el Arce.

Era una operación helitransportada, primera compañía va a llegar a tal parte, segunda compañía tal parte, tercera compañía, etc., a la sexta compañía le correspondió, el llano El Muerto, Perquín, nos subieron en helicóptero, en mi vida jamás me había subido en uno, nos tiraron en ese llano El Muerto.

El helicóptero no alcanzó a aterrizar, tuvimos que descolgarnos en lazos, como a unos siete metros, arriesgándonos porque los balazos ahí estaban a la orden del día, lo único que nos apoyaba era el artillero, era el que andaba con los pilotos a la orilla del helicóptero, papapapapa.

Al nomás caer del helicóptero al suelo uno se tendía porque no se sabía desde dónde le estaban disparando, el sargento dijo, no vamos a pasar ahí todo el día cabrones, tenemos que seguir, íbamos a darle seguridad a los otros que iban a llegar.

Llegamos a dar seguridad perimétrica, a cubrir los 360°, porque iban a llegar las otras secciones, sin embargo no pasó nada, la guerrilla nos tiró, pero se corrió; la guerrilla no estaba preparada para esa operación, porque caímos de repente, si lo hubieran estado habría sido peor, hubiesen habido más muertos, a tal grado de que cuando aterrizaron todos los helicópteros con mi compañía y otras en otros lugares.

Estábamos cerca del cerro El Gigante, no sabíamos que ahí circulaba gente civil, de repente vimos un bulto, era un hondureño que venía con un gran saco lleno de cosas, y todo mundo se asustó y se tendió y lo encañonó ¡hay vienen los guerrilleros!, no, era alguien que venía con una carga, un comerciante, lo detuvimos y le preguntamos que andaba haciendo en el campo de batalla, nos dijo que era comerciante y que venía a comerciar a Perquín, lo dejamos pasar, le dijimos, señor tenga cuidado aquí es un campo de batalla, en un fuego cruzado se puede morir, etc.

Íbamos rumbo a Perquín, nos dijo una señora, ahorita va Mena Sandoval, y salimos corriendo como alma que se la lleva el diablo a ver si lo capturábamos, no lo vimos, pero nos fue bien porque descubrimos un taller de armas.

Yo siempre fui explorador, era el que iba adelante, el que andaba de boca de jarro, no lo hallamos, iba a diez metros adelante de todos, éramos tres exploradores, y de repente alcancé a divisar unas ramadas, y mandé la señal de alto.

Mano cerrada significaba alto, todo mundo se agachaba, con un pie en la tierra y el otro hincado, como quien dice listo, luego levantaba un dedo e indicaba el lugar que me parecía raro, la otra señal era cuando me pasaba el dedo en la garganta como cuchillo, significaba que ahí estaba peligroso.

De repente nos paramos y llegó el oficial y me preguntó:

–¿Qué pasó?

–Me parece rara esta mierda mi teniente, veamos cómo putas salimos de aquí.

–Tenés huevos de llegar.

–Pues hay que llegar, pero necesito refuerzos.

–Está vergón.

Mandé soldados a la izquierda, a la derecha y otro detrás de mí, yo me fui adelante, llegamos a ese lugar raro, tratando de no hacer la mínima bulla, con el fusil sin seguro, puesto en ráfaga, porque a uno no lo iban a estar esperando los guerrilleros con un plato de frijoles, sino con balas, encontramos un taller de artillería, pero no estaba la guerrilla.

Llegué sigilosamente, no había nada, de repente, vi a los soldados que estaban a mi izquierda, y a los otros que estaban a mi derecha, aquí no hay nada, le hice señal al teniente para que llegara:

–No hay nada mi teniente.

–Den seguridad perimétrica.

Encontramos 100 fusiles buenos, entre G13 y M16, y otro se halló en un saco de maguey varias pistolas, todos agarraron hasta dos, no me dejaron ni una, qué hijos de puta, si eran pura mierda, y le dije al chero ese, que la regaba porque yo era quien había descubierto el almacén y no me dejaste ni una hijo de puta, pero está vergón, me dejaron pedazos, y yo para qué putas los quiero, yo qué quería una pistola buena, ahí habían pistolas y revólveres de 9, 45 y 38 milímetros, de todo tipo, hasta calibre 22.

Llamé a un soldado, venite, le dije, vamos a ver qué hallamos, yo sabía que en las esquinas los guerrilleros guardaban algo, aunque sea una bomba, pero vamos a hallar una mierda le dije, y así fue, y empezamos a escarbar de esquina a esquina, nada, en la otra vi una bolsa de plástico que medio saltaba, escarbemos aquí cabrón, aquí hay algo, hallé cinco pistolas nuevecitas, le di dos al otro tonto del soldado y yo agarré tres, una 38, una 45 y una 9 milímetros, al otro le di una 38 y una 45 para que estuviera un poco equitativo.

El teniente sabía que varios soldados habían hallado pistolas viejas, y yo en todo el camino les reprochaba, está vergón hijos de puta, está vergón, no me dieron ni una

pistola, yo sabía y el soldado también que sí traíamos, las de nosotros estaban más buenas que las otras, las nuestras hasta con aceite todavía, yo venía bien armado.

Perseguimos como perros de cacería a Mena Sandoval por gusto, no tuvimos suerte de capturarlo vivo o matarlo, llegamos a la calle negra, a la orilla hallamos el taller, si se acababan de ir de ahí, o sea, no tuvieron chance de sacar las armas porque había un montón de fusiles buenos M16 todos, y yo cargando las tres pistolas pesadas y los otros galgos que habían agarrado más.

Salimos para el cerro El Gigante, y de alguna manera descansamos, mientras los estrategas planificaban lo que se iba a hacer, nada de combate, todo en silencio, nos dieron chance de hacer fuego para preparar un cafecito, y ahí estaba la tropa.

En el cerro El Mono había una compañía y en el cerro de Perquín otra, donde está el actual museo de la Revolución, de Perquín había otra compañía, un clima maravilloso, el comandante de compañía, el famoso teniente Cacique que me mandó al cerro en la Cuarta Brigada, me ordenó: necesito que salgas a patrullar aquí todo esto, si ahí no es un favor, son órdenes, está bien, mi teniente.

2.3.1. El francotirador

Bajamos del cerro El Gigante, ahí hay una planada, había un cementerio, nos mandaron a nosotros a ubicarnos a ese panteón, todos los días un terengo nos llegaba a hostigar a los que estábamos en este cementerio, era francotirador apostado en una serranía, nos disparaba chassss, pacum, pacum el FAL así se oía, pacum, pacum, o sea era guerrillero, y bueno, pasamos como tres días.

El oficial Cacique dijo, bueno este hijo de puta ya me hostigó, ya no, lo hemos tenido ahí que no queremos pelear con él, solo llegaba a hostigarnos y nosotros no reaccionábamos, pero no porque no queríamos, sino porque la misión era estar ahí, nos expresó, que coma mierda este hijo de la gran puta, si nos viene a hostigar nos viene a quitar el hambre, pues si así es el miedo, el teniente mandó a tres soldados, quiero muerto o vivo a ese hijo de la gran puta, les dijo.

El baboso llegaba alrededor de las ocho de la mañana, ya sabíamos que uno tenía que recostarse cerca de una piedra porque ese cabrón iba a llegar a tirar, y así fue, tipo 7:30-8:00 de la mañana, pacum, jummmmm, en la piedra, miren ahí está ese hijo de puta de nuevo dijo, a ver qué hacen aquellos.

Habían pasado tres días, el objetivo no lo lograba, él tiraba a matar, uno tenía que protegerse, el pobre cabrón de repente lo identificaron, a cinco metros de él se habían quedado los soldados nada más que en medio del montarrascal y no los vio, y fumando, fumando y disparando, estaba atenido que como nosotros no llegábamos.

No se dio cuenta el pobre tonto que desde la noche lo habían estado esperando, ahí le cayeron, quieto hijo de puta vos sos el que nos has estado chingando, no nos dejás dormir, el guerrillero se puso cherche, se le iban y veían los colores, pero no lo mataron, porque el teniente dijo, vivo o muerto quiero a ese hijo de puta, lo amarraron.

Al francotirador lo traían capturado, y los soldados que había enviado llevaban un radio:

–Cacique, cacique, misión cumplida.

–¿Lo mataron o está vivo?

–Está vivo.

–Tráiganlo (cuando llegó).

–Así que vos sos, sos tonto, tres días de estar chingando y no nos tirás por joder, nos tirás a matar, pero cabrón te atuviste que no íbamos a llegar, la cagaste.

Yo decía: este pobre la cagó, se hubiera ido este hijo de puta, bueno lo agarraron, obviamente al capturado tenía que entregarse al mando para interrogarlo.

Después pasamos durmiendo y comiendo tranquilos, pero con miedo en el cementerio, yo cuando hacía el turno hasta veía que de la tumba salía un hijo de puta vestido de blanco, eran visiones de la gran culillera.

2.3.2. La emboscada en el cementerio

El oficial dijo a los cinco días de estar en el cementerio, vamos a hacer una emboscada, cabrones es que aquí no estamos haciendo nada, vergón, es horrible, no respire, sin hacer el menor ruido, no coma, no fume, no hable, no haga nada, callado, estar doce horas así es desesperante.

Se llegó a la decisión de hacer esa emboscada, porque habían llegado dos cabrones guerrilleros a hostigarnos de allá abajo, pero llegaron en el día y se armó la balacera hija de puta, los perseguimos y no los alcanzamos, al día siguiente volvieron a llegar los cabrones y no pasó nada.

Colocamos tres minas *cleymore* a unos 150 metros de distancia, era una emboscada lineal, hay emboscadas en L, o pueden ser V, uno ya sabe hacia dónde va a disparar, esta era una media lomita, que llegaba al cementerio, en el camino habíamos escogido un lugar para que cuando reventara la bomba salieran las esquirlas directamente al cuerpo, a matar, si una emboscada era para matar guerrilleros, no es para agarrarlos vivos.

2.4. La muerte de Domingo Monterrosa

La muerte del coronel Monterrosa uno de los principales líderes de la Fuerza Armada fue un boom, y nosotros allá en la montaña sin saber nada, los señores oficiales nos trasladaron la información a los tres días después de su defunción, inmediatamente todo mundo se consternó, ya uno conforme, no hubo ningún movimiento, ahí pasamos, nadie, ninguna compañía se movió.

En esa época tenía diecisiete años de edad, era el 23 octubre de 1984, estaba bien cipote, a los tres días llegó el teniente coronel Juan Carlos Carrillo Schlenker, alías el Bucanero el coronel sólo se quedaba viendo aquel montón de soldados peludos, que lo miraban como animal raro, él también se sentía extraño.

Carrillo Schlenker era el nuevo comandante del Atlacatl, este batallón se diferenciaba de los otros, nosotros éramos soldados aguerridos, de hecho yo fui de los primeros reclutas que llegaron al cuartel, anteriormente ese cuartel sólo agarraba chucas, este término significa que uno ya estuvo de alta antes, y que se reenganchaba en otra unidad.

En el caso de nosotros fuimos las primeras reclutadas de la primera, segunda, tercera, cuarta, etc., hasta la octava compañía, era la primera reclutada del cuartel, del Batallón Atlacatl, cuando uno llegaba al cuartel los mismos soldados antiguos le metían eso en la sangre que uno era vergón, era cachimbón y que uno no se debía correr.

Es digno mencionar que el soldado Atlacatl prefería morir ahí y no se corría, no así en otras unidades, la preparación física y mental que tenía el Atlacatl era para ser duro e inflexible era un soldado especial, era un comando, por el hecho de ser comando uno agarraba la hombría y el valor necesario.

El Charlie Juan Carlos Carrillo dijo, mataron a nuestro máximo líder vamos a vengarnos, y salimos rumbo a Sabaneta, no sé si ya le pertenece a Honduras, pero en esa época era de El Salvador, era donde estaban los mojones, ahí pasamos cuatro días sin comer, porque estaba haciendo un fuerte temporal, era octubre y todavía llovía.

Sabaneta era un lugar helado, superfrío, estaba haciendo temporal, el helicóptero no podía aterrizar, llegamos como a las siete de la noche, la guerrilla había salido huyendo rumbo a Honduras.

A los cinco días volvimos, ya estaba la guerrilla en el cerro El Gigante, ahí peleamos, casi unas dos horas, y volvimos a posicionarnos de los mismos lugares, nos dieron la orden de dirigirnos a Osicala, pasamos antes por Arambala, hoy en día es un lugar poblado, en esa época era un pueblo fantasma, ningún alma, a nosotros nos tocó

atravesar el cementerio con sumo cuidado porque eran campos minados, el oficial ordenó, Bonilla vos vas a ir a diez metros adelante de la tropa, uno tiene que ir viendo hacia delante y viendo hacia abajo, por eso va caminando sigilosamente, despacio.

Siempre fui explorador desde que me reclutaron en 1982, el Atlacatl nació oficialmente en la orden general del ministerio de Defensa y Seguridad Pública el primero de marzo de 1981, cuando ascendí a cabo creí que me iban a quitar esa responsabilidad, al contrario me ascendieron a jefe del equipo; exploradores, éramos cuatro, siempre anduve adelante, no nos separábamos a gran distancia; pero sí había una distancia considerable, si lo mataban a uno estaba lejos del otro.

Ese día, a nosotros nos correspondió pasar por Arambala, atravesando el cementerio, a la séptima compañía le correspondió venirse abajo, nosotros llegamos primero, la guerrilla nos tenía preparada una de esas emboscadas que deja un montón de muertos y quienes iban a morir era la séptima compañía.

Yo ahí bajando todo los santos del cielo, encomendándome a Dios, de repente llegué a un lugar donde vi cáscaras de guineo morado, que lo importan a El Salvador desde Honduras, dije ¿qué ondas?, me hiqué con un pie y me quedé con el otro avispado, la demás tropa se fijó que yo me hiqué, sospechoso aquello, me preguntaron y les dije que había peligro, que fuéramos más buzos.

Todo mundo traía en ráfaga su fusil, encontramos una curva, de repente salió un cabrón alto, andaba una cachucha de esas que no son de palitos, las hacen en Cojutepeque, el chero era un tipo grandote y nos enfrentamos como a tres metros, nos cortamos los dos:

- ¿Quién sos?
- ¿Y vos quién sos hijo de puta?
- ¿Y vos quién sos?

El guerrillero me tendió el fusil y yo me hice al lado del bordo y empezó a disparar rommmm, en ráfaga, no me pegó ni yo, pero cuando los compañeros oyeron, dijeron le dieron a Bonilla.

Llegó el oficial:

- ¿Qué paso cabrón? ¿qué?, ¿te dieron?
- No, mi teniente.

Pero yo temblaba, a mí me daba miedo, pero a esos chamacos del FMLN, los contraemboscó otra patrulla nuestra, los guerrilleros iban en guinda, pero la patrulla nuestra los agarró, ahí hubo un enfrentamiento grueso, nos hirieron a tres soldados, de

los guerrilleros murieron varios y después yo fui a ver, y ahí estaba difunto el chero con el que me había enfrentado, pero yo temblaba.

Bonilla hay que seguir, siga usted le dije, yo estaba aculerado, mucha gente se hizo demente yo conozco un oficial que se volvió loco, era amargo andar en operaciones militares, yo estaba pensando en mi mamá, en mis hermanos y en mi abuela.

Era octubre del 1984, cuando llegamos, yo era el de adelante, tenía miedo, y cuando hicieron la seguridad perimétrica, el oficial me preguntó ¿con quién te vas a quedar?, con tu grupito, no mi teniente, me quiero quedar en medio, tenía un miedo terrible o sea si yo la vi, yo la vi, y no me hizo nada, no, aquí me quiero quedar y no dormí toda la noche, pensando, soñando, y no dormí, deseando que fuera de mañana.

Al amanecer todo mundo para Osicala, ahí estaban los camiones que nos iban a trasladar hasta el cuartel del Batallón Atlacatl, yo me quedaba solito en una esquina pensando, creo que pasé casi dos meses trastornado.

Yo veía el tipo grande, más que murió, sentía que me pegaba en el pecho, y bueno, el coronel Juan Carlos Carrillo Schlenker (Bucanero) se dio cuenta de ese problema y mandó a llamar al oficial y le dijo que yo estaba mal, entonces me mandó a llamar, el coronel Carrillo ya se había ambientado al Atlacatl ya llevaba sus ocho días con el batallón, él fue destacado para asumir el mando del Atlacatl el 26 de octubre de 1984, me dijo que me calmara, me motivó, me dieron más días de licencia, todavía estaba de duelo la Fuerza Armada.

Me dijo el comandante de compañía:

- Te vas a ir con quince días de licencia, tranquilo, vete a tu casa y descansa.
- Está bien, mi teniente no hay problema.

Y me fui, terminaron esos días, regresé al cuartel, no tenía ganas de volver, pero lo hice porque era un soldado disciplinado.

Mi compañía andaba en operación militar en Morazán, nosotros le huíamos, no por miedo sino por la lejanía, uno decía que lo maten allá tan lejos, aquí en Guazapa mejor más cerca, ya había terminado Torola 4.

2.5. Bienestar para San Vicente

Bienestar para San Vicente fue una operación militar extensa donde participó no solo la Quinta Brigada, sino el Batallón Atlacatl que era el eje principal de la operación y otras unidades.

Salimos para San Vicente, y como siempre acabados, sin pisto, me pinté la cara con tile de los escapes de los carros, le echábamos aceite y nos maquillábamos.

Llegamos a San Vicente, desembarcamos y nos dirigimos a San Esteban Catarina, y luego salimos rumbo a los cerros de San Pedro, no habíamos terminado de llegar cuando hubo un enfrentamiento con la guerrilla, de esos en que uno deseaba enterrarse, donde uno se preguntaba ¿qué putas ando haciendo aquí siendo tan grande el mundo?, pero qué le tocaba a uno, resistir, como estábamos en el puesto había que socarla, teníamos que hacerle frente, era verano y todo estaba seco.

Miguel Castellanos un ex comandante guerrillero había desertado en esa época, los aviones habían andado regando propaganda, los volantes decían, compañeros les saluda Miguel Castellanos, preséntate, te vamos a perdonar la vida.

Habíamos tenido el día anterior un enfrentamiento, dormimos en una arada, es un terreno baldío, donde con un tractor o con bueyes hacen surcos en la tierra para sembrar maíz, maicillo o frijoles, en ese terreno habían sembrado maicillo, pero todavía las plantitas estaban pequeñitas.

De repente, a las siete de la mañana empezaron a dispararnos, todo mundo se tiró al suelo, el bordito del surco era mínimo, pero uno con ganas de no querer morirse lo hace más hondo, estaba con mis tres compañeros exploradores.

Nos quedamos en medio de la arada, ahí estaban disparándonos, hey te dieron, no, y a vos, no te veo, no jodás si levanto la cabeza me la vuela ese hijo de puta, y qué ondas y la mara de atrás, ellos estaban en el terreno que era pendiente, ellos estaban bien chivos, estaban cubiertos.

Nuestros compañeros pensaron que nos habían matado, era una lluvia de balas no podía levantar la cabeza, los que estaban atrás nos empezaron a ayudar con fusilería y armas de apoyo con mortero 60 y 90 y con granadas M79, vinieron y nos apoyaron.

De repente, nos dijo un soldado que le decían Tito “Chichicuita” por el modo de hablar afeminado ¡nos está disparando un franco tirador!, estaba apostado en una casa vacía, nosotros estábamos a la intemperie totalmente descubiertos, nos tiró a matar, pero no nos pegó.

El Chichicuita dijo, no se preocupen, él era un francotirador de nosotros y cargaba un G3 con una mira telescópica, este soldado dijo, ya voy a matar a ese hijo de puta, Tito “Chichicuita” donde ponía el ojo, ponía la bala, y le pegó al guerrillero cabal en la

garganta, al pobre subversivo casi le vuela la cabeza del balazo, se le halló un fusil Garand calibre 30, con una mira telescópica, ese fusil era enorme.

Andábamos como a dos kilómetros de la compañía, eran cuatro secciones y nosotros una sección, un oficial nos dijo:

- Hoy tenemos que llegar a los cerros de San Pedro.
- Hoy, pero mire mi teniente si la compañía está atrás.
- Cuál es el problema no te sentís con huevos.
- Sí, pero está perro esto.
- Entonces ya vamos a llegar.
- Vergón pues, hagámosle huevo.

Nuestra sección contaba con eran treinta hombres, no sabíamos con cuántos guerrilleros nos íbamos a enfrentar, pero ellos tenían conocimiento que éramos del Atlacatl, este batallón imponía respeto donde andaba.

Logramos llegar a los cerros de San Pedro y penetrar, y lo peor que sucedió fue que el oficial perdió la carta geográfica del terreno en donde andábamos operando y nos dijo, cabrones la carta no la encuentro, se me cayó en el camino, regresamos dos kilómetros y la hallamos.

Nos hemos regresado hablando:

- ¿Y la compañía, mi teniente?
- Ah, si los cabrones están bien atrás.
- ¿Y qué putas andamos haciendo nosotros aquí?
- Ah, si nos mandan es porque confían en nosotros.
- Pues nosotros vamos a ser los muertos y ellos van a ser los vivos.
- Hacele huevo, puta, sólo murmurando, Bonilla.
- Es que no es murmura si todos tenemos derecho a andar aquí.
- Ah, démosle cabrón.
- Va, vergón.

Llegamos a los cerros, no teníamos comida ni agua, yo siempre andaba tres caramañolas más de agua, sin novedad, solo hallamos fuego que acababan de hacer los guerrilleros, si ellos hubieran sabido que nosotros solo éramos 25 pelones nos hubieran esperado y nos damos pija ahí.

Cuando llegamos a los cerros de San Pedro era de noche y estaba fresco, lo perro fue al siguiente día, verano, la tierra hasta rajada de la erosión, sin agua.

A escondidas me iba a un matorral y destapaba mi caramañolita chiquita y le echaba agua al tapón y me tomaba dos sorbitos, la gran necesidad, lo extraño para el sargento era que, bueno ¿y este cabrón a dónde anda?, por la sed siempre me escondía a cada rato.

Al fin, me siguieron para saber qué hacía a escondidas, el sargento me dijo:

- ¡Ajá hijo de puta!, verdad que sos hecho mierda.
- Usted sabe que no, mi sargento, usted sabe que el agua aquí se cuida y mejor no diga nada, porque ahorita le voy a dar dos taponcitos y cállese.
- Vergón, pues.
- No me pida más que no le doy ni mierda, y no le vaya a decir ni a mi teniente que no le voy a dar.

En cierto momento vi al oficial bien jodido, él era vergón, y me dio lástima, le dije:

- Hey, mi teniente ¿qué ondas?, ¿cómo anda con la sed?
- Comé mierda, ya no aguanto.
- Todos estamos así, venga le voy a dar un traguito de agua.
- ¡Qué!
- Sí, pero no haga la bulla, porque no le doy ni mierda.
- Puta y me has hecho aguantar.
- ¡Chis!, si aquí todos hemos aguantado sed.
- Pero soy tu comandante.
- Eso a mí me vale verga, aquí en la guerra, el agua es sagrada, especialmente en verano, venga, tome dos sorbitos.

Dos sorbitos era lo que yo tomaba, era mi cuota de agua, andaba todavía de reserva una caramañolita, lo perro fue que a cada rato, hey Bonilla qué ondas, ah coman mierda o sea no hay, no hay verdad, y mi teniente hey Bonilla, yo aguantaba hasta lo que podía y le daba otro sorbito, algún soldadito ahí también, verdad:

- Venite, no hagás la bulla.
- Puta mi cabo, usted.
- No jodan, si ustedes saben que aquí es guerra, no es el parque de los Planes de Renderos cabrones, cada quién rebúsquese, allá hay un montón de botellas de plástico tráiganselas de su casa.
- Puta, mi cabo, no joda, como usted no anda carga.
- Los mismos 500 cartuchos ando, la misma comida que andan ustedes, el poncho que es para dormir lo que pasa es que hay que hacerle huevo.

Llegó un momento en que ya no tenía agua, se me acabó, para colmo de males la comida no llegó el día previsto, teníamos un compañero que le decíamos Lando “Mico

Chele”, dijo, aquí vamos a comer de lo que sea hijos de puta, ajá, si una culebra les aparece la vamos a matar, yo me la voy a hartar, y así fue se atraparon una culebra bastante gruesa, la mataron y se la comieron.

2.5.1. El cigarro vale más que el pan

Andábamos un soldado de apodo Toño “Chacuate” que no fumaba, llegaba la comida en ese momentito se terminaba todo y se quedaba aguantando hambre el hijo de pulla, comía ahorita y no volvía a comer hasta los dos días después pero no fumaba, en cada paquete del rancho nos mandaban una cajilla de cigarros marca Delta.

Hubo una ocasión que habíamos tenido enfrentamiento, salíamos de ahí, llegamos cerca de Sensuntepeque, escuchamos tiroteos y sobresalía el sonido del pacún, es famoso el tiro del fusil FAL, calibre 7.62mm.

El fumador era el soldado Jorge “Vaso de Leche”, él prefería un cigarro que un pedazo de pan, teníamos un fumador compulsivo, tanto que los dedos de la mano derecha, los labios y los dientes los tenía amarillentos de tanta nicotina, con un cigarro encendía otro.

Se presentó la ocasión de que Toño “Chacuate” no tenía comida y llevaba días de no comer, sin embargo tenía algunas cajetillas de cigarro, por la otra parte, Jorge “Vaso de Leche” no tenía cigarros pero sí, panes.

Toño “Chacuate” le dijo a Jorge “Vaso de Leche”:

- Véndeme un pan (valían cinco centavos).
- Te costará cinco pesos.
- Te lo compro (Toño “Chacuate” tenía comodidades, porque cuando le pagaban, al soldado que veía jodido, ma cabrón estos diez pesos, él decía, yo no tengo necesidad de este sueldito, o sea, para mí es chiste).
- No, ya me arrepentí, dame diez.

Les dije no jueguen con las necesidades, Jorge “Vaso de Leche”, dijo:

- Si aquí es guerra, mirá Toño “Chacuate” si me das cincuenta pesos te lo doy.
- ¡Putá!, no jodás, estás loco.
- ¿Querés comer o no?
- Vergón, pero dame el pan (ya era capricho).

Lo que no se imaginó el famoso Jorge “Vaso de Leche” fue que Toño “Chacuate” andaba cigarros, de repente “Chacuate” me dijo:

- Mi cabo Bonilla, vení.
- ¿Qué querés? (chas me tiró la cajetilla de cigarros).
- Le doy estos cigarros con una condición.
- Ajá ¿qué ondas?
- Ojalá me le dé a ese hijo de puta que está ahí (señaló a Jorge “Vaso de Leche”).
- No, claro (y aquél muriéndose de las ganas).
- Fúmeselo aquí (para que el otro sintiera el olor, nadie de nosotros andábamos cigarros, Toño “Chacuate” tenía como 30 cajetillas de cigarro).

“Chacuate” le dijo:

- ¿Hey, Vaso de Leche no te dan ganas de fumar?
- Me estás haciendo mierda, hijo de puta.
- Hagamos negocios.
- Véndeme un cigarro.
- Si me das 75 pesos sí.

Le dije, a Toño “Chacuate”:

- Nombre, eso no.
- Él me vendió en cincuenta pesos un pan.

Mi teniente quebrándose el rollo, puta estos hijos de puta y como él fumaba, ya mi teniente tome, ojalá le dé a este cabrón, ese es el requisito, a todos les fue dando, pero quiero venderle un cigarro al hijo de puta de Jorge “Vaso de Leche”.

- Chacuate mirá que te ha salvado la vida, que te ha ayudado.
- No aquí no hablemos de salvar vida, aquí, querés un cigarro si o no.
- Pues, sí, si vos sabes que lo quiero, y aunque sea el humo écheme.
- No, que no ven que ya no me va a dar más este cabrón.
- Véndeme uno, pues.
- Setenta y cinco pesos, por no pedirte los 100.
- Putá, no.
- Ahí ve vos.
- Ustedes cabrones que están fumando, fúmense hasta que llegue a la cabuya o sea no quiero que le dejen ni un pedazo de tabaquito a él.

Haciendo pedazos mentalmente a Jorge “Vaso de Leche”, pues, qué le tocó, sacarle los setenta y cinco pesos y comprar el cigarro, se los pagó.

–Te das cuenta cabrón, qué rápido me vengué y no creas que estoy contento por esto, pero es tu actuación pura mierda, y no te voy a dar el cigarro, me das lástima hijo de puta, ma la cajilla, me das lástima, pero esto que te sirva de lección.

Jorge “Vaso de Leche” fue el soldado que nos ayudó mucho, me tuvo un gran aprecio, frente a los sargentos me decía mi cabo, afuera me decía cabito cabrón te voy a dar verga, tamaño cabrón y yo bien chiquito delgado.

Nos dieron la orden de que nos dirigiéramos a Amatitán abajo, nosotros dijimos es probable que allá encontremos agua, se veían árboles, llegamos, hayamos una pila con agua, yo tenía un día completo de no tomar agua, y de beber tanto que me dio indigestión.

Toda la noche pasé vomitando, aquel malestar horrible en el estómago, la pasé fatal esa noche en Amatitán abajo, zona de guerra, la gente de ese lugar era de la guerrilla, alguien encontró una pareja de bueyes, si no se los comía la Fuerza Armada se los iba a comer la guerrilla, siempre los iban a matar, pero la idea no era sacrificarlos, sino que llevarlos, en el cuartel había vacas y hasta nosotros lográbamos lechita y quesito de la comida que hacían las nanas, nos llevamos la yunta de bueyes.

2.5.2. El viaje con la campana

El teniente comandante de compañía se halló una campana de iglesia, puta cargar esa campana, él dijo, esta campana me la quiero llevar, cabrones voy a poner reglas para que no cometan nada de errores, porque el que cometa una media cagadita, se va a llevar la campana, todo mundo sigilosamente.

Nosotros teníamos un compañero que le decían Alfonso el Canche, era prohibido decir malas palabras, para un malcriado era horrible, era prohibido que frente a él se fumara, todo había prohibido, el que cometa una marca, o error se lleva la campana, aquí estoy hablando de subsargentos para abajo, si el subsargento cometía un error se iba a llevar la campana.

Alfonso el Canche sin querer dijo:

- A la puta, que cansancio (el comandante escuchó).
- Cabrón, vení para acá.
- No mi teniente no puedo con esa babosada (le quitaron lo que hace sonar la campana y se lo llevó otro soldado).
- Sólo el Canche no se la va a llevar, le vamos a ayudar todos.

Nos fuimos y a todo esto yo jodido del estómago, no me había dado diarrea, pero sí indigestión, me enfermó el agua, y salimos.

El pobre Canche andaba escaldado, decía.

—¿Por Dios y qué putas he hecho yo en mi vida para que me castiguen de esta manera?

Alfonso el Canche caminaba dos cuadras, se la agarraba otro, otro, y así es como llegamos a un lugar que se llama el hoyo de la Caldera, en el mapa se puede identificar como la laguna de Apastepeque, llegamos a ese cráter pasando por la laguna de Chalchuapa, llegamos a las cascajeras, lugar que utilizan los campesinos para sembrar.

Dije me voy a pintar la cara, así como dice la canción de Diego Torres, pintarse la cara, para no tener mucha dificultad, pero era mentira a uno siempre lo reconocían por bajito, por feyito, por lo que sea, pero siempre lo reconocían.

El Atlacatl siempre fue muy admirado, la gente salía a vernos, nos reconocían por el perfil peludo de la tropa, decía la gente que el Atlacatl era malo por peludo, pero no era así.

2.5.3. Los recondos creían que eran supermanes

Veníamos de San Miguel, luego ingresamos a la parte norte de Usulután, nos sentíamos un poco confiados, no estábamos en Morazán porque ahí la guerrilla fue la más brava, se nos paraba, no quiere decir que las otras fuerzas del FMLN no combatían, claro que sí, pero el ERP sí se nos paraba en treinta.

Nos echamos quince días en esa operación militar en área de San Miguel y luego llegamos a Usulután, el comandante de la Sexta Brigada pidió autorización al estado mayor para que el Atlacatl continuara en su zona de responsabilidad.

Cada cuartel tenía su presupuesto, obviamente para los lugares más difíciles les daban más dinero, entonces él iba a ayudar al Atlacatl con el presupuesto de la comida, el problema de Usulután era que le habían matado a una sección de cuarenta soldados incluyendo a un cadete en la zona sur de Usulután.

El cadete era de los adinerados de Ahuachapán, no dormimos, llegamos al cuartel de la Sexta Brigada, según nosotros ahí nos íbamos a quedar a dormir, ¡qué diablos!, nos sacaron esa misma noche cuando decidieron que el Atlacatl no regresara sino que continuara en la zona sur en los mismos camiones de la brigada.

A un soldado del lugar le pregunté:

–¿Qué ondas en la salinera?

–Los mataron a todos ahí, está perro, ahí está maldito, ahí está hecho mierda, ahí no entra nadie.

Yo estaba afligido, entre nosotros comentábamos, jueputa ahí ha de estar maldito, pero hagámosle huevos, vamos a ver que hacemos, bueno, nos sacaron del cuartel y nos fueron a dejar a la orilla de la calle.

En Usulután hacía un calor de la gran puta, no por gusto le dicen la Caldera del Diablo, en nuestra compañía había un soldado que le decíamos Arturo “Pellejo” se caracterizaba por dundo, pasmado, estúpido.

Arturo “Pellejo” era el encargado de la ametralladora M60, empezó a desarmarla, estábamos como a dos kilómetros, de repente se dio cuenta que le hacía falta algo, si nos enfrentamos con la guerrilla, hubo necesidad de usarla y no le disparó ni mierda la ametralladora.

Arturo “Pellejo” había dejado olvidado el gran resorte que llevaba la ametralladora, de casi un metro, hasta dónde era de dundo, nuestra sección regresó putiando a aquel cabrón por lo que había hecho, hallamos el resorte, mirá cabrón pendejo lo que habías dejado, puta por poco dejás el culo olvidado.

Llegamos a las Mangleras, ahí veía cangrejos y hasta culebras, le dieron la orden a mi comandante de compañía, entramos y anduvimos perdidos todo el día en el mangle, a las cinco de la tarde salimos.

El teniente comandante de compañía dijo, aquí hemos salido en el mismo lugar, todo el mundo murmurando, renegando, la murmura era renegar, bueno cabrones si el comandante se equivoca vuelve a mandar hijos de puta, y salimos de nuevo, y a todo esto no habíamos comido.

Íbamos a llegar donde estaban los soldados de Usulután muertos, al día siguiente empezamos a escuchar una balacera, tipo 31 de diciembre, purrrrrrrr, y decíamos:

–Puta ¿qué compañía es?

–¿Será la primera?

–No.

–¿De qué lado está la primera?

–Allá, oí vos, purrrrrrrr, boom.

Ya habían mandado la única patrulla que fue a Panamá, a la Escuela de las Américas, los recondos son patrullas de reconocimientos tipo Patrulla de Reconocimiento de Alcance Largo (PRAL).

En Panamá sacaron el curso de seis meses y regresaron esos hijos de puta que creían qué eran supermanes, no le hablaban a nadie.

En los recondos tenía un compañero que le decían Remberto Tortuga, había otro que le decían César “Ejote”, otro Tito “Patán”, ese pobre ya murió, Remberto Tortuga no tiene un ojo, todos entraron a la cuadra, no le hablaban a nadie ni a los sargentos, y ahí en el cuartel uno decía al superior, con permiso voy a entrar mi sargento, con permiso voy a entrar mi teniente, si él le quería dar permiso entraba y los pendejos ni eso pedían, una vez les dije, bueno hijos de puta y ustedes que se creen pues, ustedes piensan que no les van a entrar las balas.

Uno de ellos me contestó, es que nosotros hemos venido de Panamá, y eso a mí qué me importa cabrones, ellos decían somos recondos, y esa mierda qué, y yo para ver si nos dábamos pija, los famosos recondos, cabrones creidísimos según ellos eran la novena maravilla, inclusive tenían su sección propia, dormían aparte, y les dije aquí les voy a poner un alfiler en la cama hijos de puta para que todos los vayan matando, pero por joder, por fregar les tomé una foto.

Los recondos iban cinco kilómetros adelante para ver cómo estaba la situación, en esa operación militar de Usulután los reconditos se fueron como Patrulla de Largo Alcance, los hicieron mierda, ahí se terminó la patrulla de largo alcance, en ese preciso momento nosotros estábamos comiendo gallina y pupupupurrrrrrr, oí aquellos hijos de puta están hechos mierda hártate gallina que puede ser la última noche que comés, mañana te puede tocar a vos, ahí deja que peleen, según nosotros era la primera compañía, ¡qué diablos!, eran los recondos que los habían agarrado, ellos entraron y cuando estaban adentro los guerrilleros los hicieron pedazos.

Eran cuarenta recondos del Batallón Atlacatl, para cien hijos de puta de la guerrilla, los hicieron mierda, los recondos iban a reconocer el lugar donde estaban los cadáveres de los soldados y sí estaba perro porque hallaron a la guerrilla, ellos creían que era la misma Sexta Brigada, no sabían que les había llegado el Atlacatl, fue por eso que le hicieron frente, a un soldado recondo, lo hirieron y se quedó y lo dieron por muerto, inclusive le dieron el tiro de gracia, y está vivo.

Los guerrilleros al soldado le quitaron el uniforme y el fusil, lo despojaron de todo y todavía le dieron el tiro de gracia, obvio que no se lo dieron bien y el soldado está vivo, tenía seis balazos, este soldado y otros que se quedaron perdidos, de los guerrilleros murieron un cachimbasal.

Los soldados que se quedaron escondidos no hicieron bulla o sea ni pío, la guerrilla en la noche con lámparas recogiendo los cadáveres decían:

- Mirá estos cabrones no son de Usulután.
- Sí, a esos hijos de puta los hubiéramos matado rápido.
- ¿De dónde son estos cerotes?
- ¿Y a dónde está el Atlacatl?
- Está en la zona norte de San Miguel.
- No los habrán traído a esos pendejos.
- Quizás sí.
- Estos hijos de puta se pararon.
- Pero los hicimos mierda va.

Amaneció, los guerrilleros recogieron sus cadáveres, claro los soldados de Usulután ahí estaban, apestaban, y los recondo dicen que estaban desayunando y de repente oyeron que iba llegando el soldado herido con seis balas, alto, ooooh, tendrá pacto con el diablo, pero está vivo ese cabrón.

Nosotros teníamos veintidós días de andar en la zona norte, a todo esto ya teníamos cinco días de andar escaldados y con los pies pelados, ya la mara caminaba cascorvos, estábamos bien jodidos pero llegamos a una hacienda, estando ahí a mi mayor José Armando Azmitia Melara (Corsario) le entregaron en bolsa a los recondos y los pocos que tuvieron la suerte de quedar vivos buscaron su respectiva compañía.

Los tres hijos de puta van llegando, y les dije:

- ¿Y ustedes que vienen a hacer aquí?, si ustedes son los vergones.
 - Comé mierda hijo de puta.
 - Y no ustedes son los vergones y ¿por qué se corrieron?, y que no son el Atlacatl recondo puta de Panamá.
- Me burlé de ellos hasta que el oficial me regañó:

- Hey, puta Bonilla, ya no los chingues tanto.
- No, es que estos hijos de puta a saber qué se creen, que son de acero, no, ni mierda.
- Cállate, te voy a dar verga.
- Está bien.

Los recondos iban como que si eran pollos comprados, ahuevados, porque todos se habían embufado y creían que era la máxima expresión del Atlacatl, y ahí bien suavecito llegaron.

Ya no aguantábamos, pelados de los pies, escaldados de los encajes, peludos, sin bañarnos y, ahí estábamos cuando mi coronel Monterrosa llegó en helicóptero ya se le había cumplido su vacación de quince días para los oficiales, para la tropa eran ocho.

Ya habíamos sacado los cadáveres de la Sexta Brigada, pero el coronel de Usulután no quería que saliéramos, deseaba que anduviéramos de pendejos, pero ya no aguantábamos los pies los teníamos morados, y dijo mi coronel Monterrosa, mis hombres son gente no son animales.

Llegamos a Usulután a cambiar latas por tortillas el que andaba lata, sino se rebuscaba y cualquier mierda vendía para comer tortilla caliente, y así terminó esa operación militar, los batallones de reacción inmediata eran apoyo a las diferentes unidades militares.

2.5.4. La mula era comunista extranjera

Los guerrilleros habían agarrado la frecuencia de nosotros y se iban putiando entre los nuestros que andaban el radio:

- Te estoy esperando hijo de puta.
- Aquí vamos cabrones.

Íbamos en una arada, caminando normal porque se suponía que ya se iba a terminar la operación militar, íbamos a salir por Junquillal, antes de llegar a Quebrada Seca, de repente la mara que iba adelante empezó a disparar, puuuuuuuu, y uno, tiéndase.

Estábamos en una arada libre y ¿qué ondas?, ¿qué pasa?, la guerrilla venía de hacer compras de San Felipe, es un cantón de Apastepeque, en esa operación agarramos una mula enorme, parecía extranjera y varios caballos, esos sí parecían salvadoreños por pequeños y mal alimentados, obviamente eran nuestros.

Una mula extraordinaria, era corpulenta y famosa, se decía que andaba en San Vicente y la guerrilla la tenía, nosotros la capturamos, la llevamos al cuartel, como la habían cargado con las compras llevaban marquetas de queso, baterías, etc., a tal grado que toda la mara agarrando cosas: huevos, frijoles, arroz, queso, baterías para lámparas, etc.

Vi un molino de mano que iba amarrado a un caballo, lo empecé a soltar del animal, dije este es mi trofeo, por lo menos unos cincuenta pesos que me den ya es algo pues si toda la mara tiene por qué yo no, el caballo corriendo y yo detrás de él, el oficial me dijo, soltá esa mierda cabrón te van a matar hijo de puta, y lo solté.

Cuando solté el caballo me dijo el oficial, venite, unos guerrilleros agarraron para un lado y los otros como viniendo a Santa Clara, cuando el oficial me dijo seguime, nosotros veníamos por una arada, los primeros chamacos comenzaron a pelear.

Y empecé a seguir a los cabrones de los guerrilleros, y les decía ¡hijos de puta aquí va el Atlacatl!, y disparando para adelante purrrrrrrrrrr, tipo seis y media de la tarde ya estaba oscuro, cuando me detuve me agaché y volví a ver para atrás, ni un cabrón, se habían quedado buscando más queso y todo.

Hijos de puta, yo no pude lograr el molino, pero ellos consiguieron baterías rayovac y marquetas de queso, regresé en fuego y movimiento, que uno purrrr y se va defendiendo, disparando de repente me preguntó un sargento:

–¿Quién sos?

–Mauricio Bonilla.

–¿Y qué putas andás haciendo? (y por no decirle coma mierda hijo de puta).

–Me han dejado solo.

Cuando llegué donde el oficial le manifesté:

–Putá, mi teniente, me dejó solo.

–Nombre cabrón no jodás, cómo vas a creer.

–No ni mierda (yo ya era sargento).

Y a los tres soldados que andaban conmigo les dije, ustedes hijos de puta les voy a zampar la verga por mierda que son, bueno vamos a dormir, yo bravo con los soldados y con todo el mundo.

Los soldados sólo se me quedaron viendo y me dijeron:

–Es que mire, mi sargento.

–Coman mierda, si ustedes tienen que seguir a su comandante, miren a mí me han dejado solito allá.

–Tome.

–Ya ves hijo de puta si por eso te quedaste por andar buscando.

–A pues no le doy.

–Comé mierda si ya me lo ofreciste dámelo (me dieron un pedazo de queso).

El queso estaba bueno, unos agarraron cajas de baterías para lámparas, pero según ellos ya íbamos de camino para el cuartel.

A mí no me tocó nada, sólo me dieron dos pares de baterías, cada uno, eran tres soldados y el oficial comiendo quesito y el guachimán haciendo comidita y cafecito, y le dije:

- Putá, mi teniente, ni queso me dio.
- Nombre cabrón si éste anda, pues si éste es el que anda el vergo ahí en la mochila.
- Son pura mierda esos cabrones, espérense hijos de puta, una media cagadita y no se las dejen pasar, ya van a ver cabrones.

Dormimos en el cementerio, e hicimos una pequeña emboscada acá, pero paja ahí no iban a llegar los guerrilleros, capturamos la mulona, gran mula aparte de todos los caballos, esa mula era famosa en el Tortugero, parecía extranjera por bien alimentada, a lo mejor quizás era rusa.

Se decía que la mula era comunista, la llevamos al cuartel, gran camión que venía a traer a los animales.

Cuando ya era sargento tuve un soldado que le decíamos el “Choco” Joaquín que llegaba con treinta centavos a las casas de los lugares por donde pasábamos a pedir que le vendieran un peso de tortillas, y las personas al ver los treinta centavos la pobre gente le decía, no lléveselos, fue así como pasamos casi tres días, ya después pena nos daba andar con los treinta centavos.

El cabrón del “Choco Joaquín” era mi guachimán, yo era un sargentillo:

- Hacé cafecito para los dos.
- Putá, mi sargento, si vengo cansado.
- No hagás pues (yo lo comprendía).

Llegaron varios camiones llenos de animales, ahí metieron a la mula guerrillera, a mi teniente le pregunté:

- ¿Y qué ondas?, ¿nos vamos?
- Nombre, ahí para abajo salimos.

A todo esto llevábamos más de quince días en la operación militar, era verano, salimos a Tecoluca, a los veintidós días, los caminos eran más fáciles, ahí terminó la operación de la mula terrorista o Bienestar para San Vicente.

2.6. Los guerrilleros entraron a la boca del lobo

Nos ordenaron, ustedes van a cuidar los puentes, las torres que se encuentran en las carreteras, pero uno sabía que más que cuidar torres era una operación militar más, pero con solo el hecho de que no le llamaran operativo militar, uno se sentía bien.

Salimos y desembarcamos en Las Bermudas, nos dirigimos hacia Tenango, bajamos nuevamente la vaguada o quebrada, es muy alto ese lugar tiene aproximadamente un kilómetro de profundidad.

Por lo general, cada vez que el Atlacatl operaba lo hacía como mínimo con seis compañías, cada una tenía 140 soldados, pero de esos hay que tomar los rebajados, o sea los incapacitados, entonces mejor digamos un número de ciento veinte soldados, por seis, éramos aproximadamente como seiscientos ochenta soldados.

Cada compañía llevaba determinada el área geográfica de su responsabilidad, bajamos, cuando íbamos subiendo yo no sé si la guerrilla sabía que nosotros íbamos, los encontramos casualmente, la guerrilla nos tenía pánico, en esa oportunidad no sabían que nosotros íbamos subiendo.

En el área de Guapaza operaba el destacamento militar número cinco con sede en Cojutepeque de la primera brigada de infantería, el batallón Belloso con sede en San Salvador y la Guardia, pero en esa oportunidad éramos nosotros, los guerrilleros no esperaban al Atlacatl, cuando subimos empezó el enfrentamiento, en esa ocasión yo no iba adelante, iban otros compañeros.

En Tenango empezó aquel enfrentamiento grueso, crudo, bastante serio donde las bombas y la fusilería se ponían a la orden del día, muchos guerrilleros del FMLN se perdieron, en lugar de ir para donde estaban sus amigos se fueron hacia nosotros.

Andábamos una patrulla y le tocó pelear, Jorge “Vaso de Leche”, Toño “Chacuate” y otros soldados antiguos, eran los que motivaban a los reclutas, “no se agüeve recluta, usted sabe que aquí tiene al Atlacatl”, o sea la psicología, la paja que le dan a uno verdad, éste es el Atlacatl.

Uno puede sentir miedo en las primeras de cambio, uno tiembla, pero media vez el tiempo pasa, la adrenalina se sube, y uno aparta el miedo, y por las mismas ansias de sobrevivir uno se cubre, uno busca desde dónde disparar pues sí, si le están disparando no le están tirando a uno frijolitos, se decía en el cuartel, mirá no te van a tirar maíz, te van a tirar balas y vos tenés también cómo defenderte, vas a tirar.

Se perdieron esos chamacos del FMLN y les mandamos alto:

- Quietos no se muevan.
- ¿Quiénes son?
- ¿Y ustedes quiénes son? (ellos rodeados).

- Somos soldados del Atlacatl.
- Tranquilos, no disparen que no les vamos a abrir fuego.

Los chamacos se calmaron, los agarramos vivos, eran seis guerrilleros, y en esa época yo era un cipote, un jovencito, yo los veía jóvenes, pero no me veía a mí mismo, cipotes o sea bichitos, yo tenía dieciséis años de edad, los guerrilleros tenían entre 13 y 15 años de edad, eran niños, no tenían experiencia.

Obviamente, si uno forma parte de un conflicto armado y lo captura el enemigo imaginémosnos cómo se pudo poner, al Atlacatl lo tenían por sanguinario, asesinos, crueles, malos, por lo que pudo haber sucedido, no existe efecto sin causa, el oficial hizo el procedimiento normal, los capturamos.

El señor oficial hizo el procedimiento reglamentario, dio parte de que habíamos capturado unos terengos, aquí los tenemos, por supuesto que amarrados; del Atlacatl yo nunca supe que agarraron a un soldado vivo, y yo medio me acerqué a uno de ellos y le pregunté:

- ¿Y por qué andás aquí?
- ¿Y vos por qué andás aquí?
- Nosotros somos una fuerza armada institucional, bajo la Constitución de la República, en cambio ustedes son una fuerza armada insurgente, ustedes luchan por sus ideales que están en contra del sistema, y nosotros estamos con el sistema.

A los guerrilleros capturados los llegó a traer un helicóptero, la operación continuó, agarraron fusiles AK47, M16, G13 y otros tipos de armas, fue un triunfo para nosotros, ahí, no sé a quién se le ocurrió darle fuego al zacate.

Nos dieron la orden de quedarnos en una hacienda, había una gran casona, a la sección nuestra nos mandan como a dos cuerdas a la derecha y los otros se quedaron a la orilla de la calle, decían que mi coronel Monterrosa iba a estar en la casona, por supuesto bien custodiado el comandante.

Nos quedamos en un hoyo, que lo había producido una bomba, en un terreno plano con grama, no había dónde cubrirse, entonces optamos por meternos al hoyo, era muy grande, a las siete de la noche de repente el centinela que era un recluta oyó pasos, no esperó que el tipo llegara a nuestra posición, como a treinta metros el soldado le disparó y comenzó a decir, botella, botella, botella, era el santo y seña, resulta que no pasó nada, una media balacera, papapaparrrrrr, y terminó.

Mirá estos cabrones, dijimos, ya con esta balacera se van a ir, la compañía nuestra puso una emboscada, eso era normal, uno tenía que cuidar su posición, había una

seguridad perimétrica, de hecho nosotros estábamos a dos cuadras de donde estaba la compañía, la misión en toda emboscada es que uno si es el primer soldado, si viene ahí, debe dejar entrar al grueso a la emboscada, por supuesto que no para tirarle dulces sino balas.

Había una compañía que andaba en otra posición como a cinco kilómetros de donde estábamos nosotros, y la columna guerrillera era alrededor de doscientos subversivos y pensó que ahí no había nadie.

El soldado recluta fue a la izquierda de nosotros o sea como a dos cuadras, por eso le llaman así porque es nuevo, es novato, se durmió en el turno y los dejó entrar, lo que les valió a estos soldados, es que los guerrilleros no los vieron, estaban bien cubiertos porque era un cerco de piedra, y la vereda pasaba al otro lado.

Todos los guerrilleros entraron a la boca del lobo y llegaron hasta donde estaba el comandante de nosotros, y el centinela de nosotros estaba dormido, llegaron alumbrando y diciendo:

–Compa, compa, compa, compa, compa, compa (despertó el ordenanza del comandante de nosotros y él siguió la pita).

–¿Qué pasó compa, qué pasó?

–Cállese que esos perros del Atlacatl nos traen hechos una mierda, va.

–¿Y a dónde están compa?

–Ah, nosotros venimos huyendo de ellos.

Y de repente alumbran, la camisa del comandante y decía comando Atlacatl, y se armó aquel gran desvergue, pero nosotros no participamos porque estábamos a dos cuadras de esa posición, nada más a la expectativa, eso aconteció a las tres de la mañana popopoporr, rrrrrpopoporr, rrrrrpopoporr, horrible, horrible, horrible, tremendamente, y el oficial ordenó disparemos aquí enfrente por cualquier cosa no sea que vayan a venir para acá, y dicen unos disparos para donde nosotros estábamos, y aquel desorden, era las cinco de la mañana y aquel gran desvergue.

¿Cómo compaginar

la aniquiladora

idea de la muerte

con este incontenible

afán de vida?

¿cómo acoplar el horror

ante la nada que vendrá

con la invasora alegría

del amor provisional
 y verdadero?
 ¿cómo desactivar la lápida
 con el sembradío?
 ¿la guadaña
 con el clavel?

¿será que el hombre es eso?
 ¿esa batalla?³.

A nadie se le terminaban las balas, popoporrrrrrrr y de repente la bomba, amaneciendo, se levantó un cabo enfermero, para ver qué hallaba para comer, y había quedado un combatiente del FMLN vivo, y le disparó en el pecho y ahí lo tiró, por supuesto que los otros soldados le dieron muerte al guerrillero.

2.6.1. Era un mar de gente muerta

A nosotros nos protegía un muro de piedra, los que teníamos ventaja éramos nosotros, era una emboscada que habíamos puesto por si llegaban, pero jamás pensó que en multitud, y ahí fue que se hallan a una señora, al salvadoreño se le conoce, por su estatura, por su color, por lo indios que somos, pero estaba esa señora desconocida, galana, chele, que ahí iba en esa columna guerrillera, y nadie iba a decir a esa hora de la noche, usted es periodista apártese de aquí porque nosotros los vamos a matar, era un mar de gente muerta.

Nos dieron la orden de que fuéramos a buscar heridos y armas, escaparon muchos subversivos, y de repente oímos la voz de un niño llorando, ahí andaba el famoso Jorge “Vaso de Leche”, era un lugar bastante boscoso, nos dimos cuenta de que era un guerrillero herido que tenía de escudo a un niño, el niño estaba ileso quizás tenía dos años de edad, y lo tenía en frente.

Cuando le dijimos al guerrillero ríndase salve al niño, el baboso nos disparó y nosotros no disparamos, porque el oficial ordenó no disparen hay un niño ahí, rendite cabrón ya estás jodido, estás herido, y aquí si no te rendís te vas a morir, y nos decía: tu madre, perros.

Ahí andaba el soldado Tito “Chichicuita” era francotirador, se fue a buscar una posición y dijo, el problema es que tiene al niño de escudo y no le puedo apuntar bien, el guerrillero estaba herido, no podíamos acercarnos porque estaba armado, él nos tiró.

Tito “Chichicuita” dijo, ya vamos a ver cómo sacamos a este cabrón, sin lastimar al niño, el francotirador le pegó un solo tiro al guerrillero en medio de los ojos, al niño lo rescatamos, estos niños eran entregados a la Cruz Roja, fue así como esta operación militar terminó.

Se empezó a registrar al cachimbo de muertos del FMLN por si se encontraba algún documento, pero para eso habían soldados especializados ya cada quien tiene su misión, a mí me la dieron con mi gente que fuera a rastrear, otros se quedaron registrando.

Se llegó a traer a la señora muerta, en ese momento yo no sabía quién era y salí del ejército y nunca me dijeron quién era, ella sabía que en la guerra si no hay muertos y heridos no hay guerra y si uno no pertenece a ningún bando ¿qué anda haciendo allá?, está bien el periodista que llegue a entrevistar, de acuerdo no hay problema, pero cómo va a andar arriesgando su vida a medianoche.

Me pregunto ¿qué putas andaba haciendo esa mujer ahí?, andaba armada, no sé, ahí terminó la operación militar que fue un triunfo para el batallón, se capturaron como ciento cincuenta guerrilleros y la compañía nuestra fue la que sale felicitada.

2.6.2. A los del Belloso les habían dado paja que eran boinas verdes

El Batallón Belloso fue el primer BIRI que fue a los Estados Unidos, estos muchachos cuando regresaron venían con uniforme que aquí solo se lo ponían los oficiales.

Les habían dado paja que eran los boinas verdes, y que eran intocables, que eran los supermanes, pero lamentablemente no era así, el teatro de guerra era en El Salvador, el teatro de instrucción fue en Estados Unidos, totalmente diferentes, sucede que el Belloso y el Atlacatl fueron a una operación militar a Chalatenango.

El Belloso ya tenía alguna historia, en Morazán el FMLN les había dado verga y habían sufrido muchas bajas, heridos y muertos, pero en esa ocasión era Chalatenango, y la misión era llegar a La Laguna, es un pueblo que está al pie de un cerro que se llama el volcancillo; íbamos tranquilos cada uno con su rancho, pero cuando llegaba a un pueblo y si llevaba dinero uno podía ir a comprar a la tienda.

Los soldados de un mismo cuartel se pueden conocer, y se van a defender ante otro y eso fue una de las características que tenía el Atlacatl; habíamos llegado a Dulce Nombre de María, los soldados del Atlacatl nunca anduvieron bien vestidos, andaban su uniforme el más infeliz, solo andaban cinturón, no portaba arnés, incluso los soldados de mi compañía no andaban portafusil.

Nosotros mandamos hacer binchas de la misma tela en que venían los cartuchos, cuando se le acababa la canana uno podía hacer binchas o si tenía algún chero en la sastrería le decía haceme una bincha y escribí viva el Atlacatl, porque cuando se llegaba a un pueblo, uno iba apantallando.

Vi aquel soldado del Belloso, grande el cabrón, se me quedó viendo un poco raro como si era animal, llegué a comprar a una tiendita, y dije:

- Señora, buenos días.
- Buenas, hijo.
- ¿Me puede vender un pan?
- Claro que sí, ¿de cuál quiere?
- Déme una semita.

Y aquel cabrón se me quedó viendo, era un hijo de puta bien hecho, preguntó:

- ¿Y quién es este infeliz, este gato, este garrobo quién es?
- ¿Quién es usted?, ¿qué grado tiene?
- Qué te importa, ustedes sólo porque son del Atlacatl se creen la divina verga.
- Disculpe, yo he venido a comprar a esta tienda.

De repente llegó un soldadón que me decía cuñado, era el soldado Meme “Chus” con aquella gran voz de cumbo que tenía preguntó:

- ¿Qué pasa aquí?,
- Es que este hijo de puta cree que es más vergón, sólo porque se viste como *marine* de Estados Unidos.
- No, hijo de puta, aquí te has topado con los propios indios del Atlacatl. Bueno hijo de mil putas y a vos qué te pasa con el bicho, te querés morir ya aquí hijo de puta.
- Cálmese cuñado, cálmese.
- No, que estos hijos de puta sólo porque andan uniformes bonitos creen que no los van a matar allá arriba, te querés morir hijo de puta.
- Le cargó el fusil y se lo puso en la garganta.
- Aquí estás topando con el Atlacatl hijo de puta, y no me jodás al bicho porque yo respondo por él.

Llegó un oficial del Belloso escuchó la bulla, y preguntó:

- ¿Qué pasa aquí?
- Aquí no pasa nada. ¿Y usted quién es?
- Yo soy el teniente.

–Este hijo de puta estaba jodiendo al cipote, qué son esas mierdas, sólo porque ustedes andan bien uniformados y nosotros no, que coma mierda.

El oficial andaba la insignia de subteniente, una barrita, pero el soldado Meme “Chus” no se le ahuevó, y llegó a oído del comandante de nosotros, y llegó corriendo el Chacal y el viejón preguntó:

–¿Qué pasa aquí?

–Mi teniente, el problema que este soldado me quiso achicar, sólo porque anda...

El subteniente le preguntó al teniente Chacal:

–¿Y usted quién es? (los oficiales del Atlacatl no andaban insignia).

–¿Y vos por qué me preguntas de esa manera?, vos quién sos recluta cabrón, te voy a dar la baja, qué son esas mierdas si somos los mismos, cabrón, si somos la misma tropa, qué son esas culeradas de andar diciendo que ustedes son más vergones que otros, que ustedes andan bien uniformados; tranquilícense, tranquilícense sino le voy a dar verga, ya la mara tranquila (el viejón ponía respeto con solo verlo ahí de entrada) entonces nos calmamos.

Y con respaldo de mis compañeros del Atlacatl al soldado mierda del Belloso le dije:

–Ya vas a ver hijo de puta, aquí no es lo mismo tenerla que verla venir hijo de puta, ya te vas a dar cuenta lo que es estar allá arriba, cuando llegemos a La Laguna.

El mando dio la orden de que el batallón Belloso era el que tenía que ir adelante, nosotros íbamos a ir de retaguardia, estábamos en el pueblo de La Laguna y ellos ya estaban en el volcancillo, ahí es como uno va a Montecristo o a El Pital, en ese lugar las doce del mediodía son como las seis de la mañana, es helado.

Cuando nosotros estábamos en el pueblo de La Laguna sólo oíamos la gran balacera, oigan el Belloso se está dando verga, ¡ay cabrones!, hoy sí se está dando cuenta la mara, lo que verdaderamente les decíamos, ¡hay hijos de puta!, puurrrrrrrrrpupurrrrrrrr bueno ellos no lograron llegar a la cima, solo hasta la mitad, la guerrilla no los dejó pasar.

A mí coronel Monterrosa le dieron la orden de que adelantara al Belloso, que se fuera adelante, con los exploradores, me asignaron ir adelante, puta, yo un gran miedo que hasta temblaba, no habíamos caminado mucho cuando vi un herido que lloraba como una niña, ay, ay, ay, el soldado hijo de puta del Belloso cruzado de la pierna.

Me le acerqué:

empezamos a bajar de nuevo hasta Las Vueltas un pueblo fantasma, en esa época no había gente, si había era guerrillera, las masas eran guerrilleros.

En una quebrada hallamos una masa de unos ciento cincuenta masa, rodeamos la vaguada, los hombres que habían ahí eran mayores, ya macizotes, pero eso no quiere decir nada, si hasta una viejita puede disparar pues, y les dijimos miren señores, nosotros sabemos que ustedes son colaboradores de la guerrilla y no nos den paja, no, que andamos a la fuerza, mentira, si ustedes andan aquí es porque quieren andar, pero no tengan miedo, nosotros no les vamos a hacer nada.

Una calamidad esa gente comiendo raíces, si uno sabe que tiene oportunidad de irse se va, aunque sea a una marginal ¿qué diablos anda haciendo ahí?, si nada más sirve de estorbo, los podían matar al quedar en fuego cruzado.

Esa gente la capturamos y se los entregamos a la Cruz Roja Internacional, después nos dieron la orden que llegáramos a la cima de un cerro que está en las proximidades de Nueva Concepción, siempre en Chalatenango, y que a las cinco de la tarde bajáramos al pueblo, nadie nos había dicho que había tropa en el pueblo, cuando bajamos nadie vio que llegamos, veníamos en campo abierto, cualquiera del pueblo podía ver la columna de soldados.

Los soldados tontos que estaban en el pueblo no nos vieron, llegué al pueblo tipo ocho de la noche, siempre andaba adelante, vi que pasó una sombra con fusil, ¡Dios, ahí están estos hijos de puta guerrilleros!, se han tomado el pueblo, aquí están estos cabrones, paré y llamé al oficial, le estaba hablando como a una cuadra de distancia, lo único que había era un callejón con cerco de piedra a ambos lados, yo estaba en la punta de ese callejón.

Le dije a Jorge “Vaso de Leche” que llamara al oficial, miré a cinco cabrones paseándose de un lado a otro, y nosotros ya para matarlos ahí rápido y el oficial me preguntó ¿crees que llegás más cerca? si me da la orden le hago huevo, pero yo no quiero ir, de aquí los agarramos bien.

A Jorge “Vaso de Leche” le dije, espérate y empezamos arrastrarnos como si éramos iguanas, íbamos con el fusil listo, llegamos y no nos vieron, y con los fusiles terciados, en esa bocacalle.

Después de una hora de estar ahí nos dimos cuenta que eran tropa, nos dieron la orden de entrar, verga, les dije, nosotros sabemos que es tropa ¿y esos hijos de puta saben que nosotros somos soldados?, estémonos otro ratito, pasamos otra media hora para que les dijeran a esos soldados tontos que iba a entrar el Atlacatl.

Los cabrones se pusieron buzos, sabían que nosotros íbamos a entrar, el oficial me dijo:

- Hey Bonilla, no les vayas a decir nada
- No, que coman mierda mi teniente cómo es posible que yo ando aquí echando verga y estos hijos de puta...
- Vos no te quejés.
- No, no me detenga.

Llegué a donde estaban los soldados tontos, les pregunté:

- ¿Bueno cerotes y ustedes de qué cuartel son?
- ¿Y usted quién es?
- Ah, soy el comandante de toda esta mierda (paja yo soldadito), se dan cuenta cabrones cómo a ustedes los matan y después andan llorando ¿saben cuánto tenemos de estar ahí?, hora y media de tenerte el fusil apuntándote en la frente hijo de puta ¿y quién es tu comandante? (hasta se me cuadró, y los otros cabrones tontos bien apantallados), ¿qué putas están haciendo aquí?
- Es que a nosotros nos dijeron que iba a bajar el Atlacatl, pero no sabíamos a qué hora ¿y por qué no nos dijeron a nosotros que eran ustedes?
- Si ustedes ya están muertecitos, hora y media de tenerte apuntándote, te das cuenta por qué se mueren ustedes sargentillo culero (y yo soldadito).
- Sí mi Charlie, sí mi Charlie (y el oficial cagado de la risa).

El oficial dijo:

- Me dieron la orden de que me fuera más adelante de este pueblo.
- Ah compremos alguna babosada ¿usted anda pisto mi teniente?
- Ah, coma mierda. no para todos.

Compramos aunque sea un pedazo de pan, eran pueblos que en la guerra no había mucha gente, y la poca a las seis de la tarde se metían a sus casas y eran como las ocho de la noche, pero como vieron que venía la tropa, alegre todo aquello, nos abrieron y compramos pancito, el que andaba más dinero compró tortillas, quesito y otras cositas.

Al día siguiente ya estábamos cerca de la calle Troncal del Norte, y ahí llegaron los camiones a traernos para regresar al cuartel, después de veintidós días.

III LA EXPERIENCIA EN EL COMBATE

3.1. Operación Fénix

En esta operación militar la guerrilla utilizó una buena táctica vietnamita, que consistía en dar más importancia a herir que matar a los soldados, porque si a uno lo herían la plaza no se la podían dar a otro, un muerto se le entrega a la familia y ésta se encarga con el Instituto de Protección Social (IPSFA), de reclamar el seguro, sin embargo si lo hieren no podían ocupar la plaza.

La Fénix se llevó a cabo en Guazapa, duró como un año esta operación militar, yo anduve en cuatro fases de la misma, al Destacamento Militar de Ingenieros le tocó abrir la calle de Suchitoto hasta Aguilares y encontró muchas bombas.

La primera vez que nosotros entramos fue en la primera fase, ingresaron los batallones Belloso, Bracamonte, Atlacatl, la Primera Brigada, el Destacamento 5, no estoy seguro si la Guardia también, cuando nosotros participamos el ambiente era peculiar porque era la semana de pascua, fue por el lado de Aguilares.

El soldado Atlacatl se consideró un comando especial, ha sido el mejor militar que ha habido en los últimos tiempos en la fuerza armada liderada por el coronel Monterrosa, pero eso no significaba que a uno no le diera miedo y a mí que no me venga a decir un combatiente del ejército “yo no sentí miedo” porque es falso, es como cuando a uno lo hieren y dice, no, a mí no me duele, mentira, una herida es una herida, si le duele una picada de hormiga cómo no le va a doler la herida de un balazo.

Yo tuve un balazo en el estómago, no sentí cuando me lo metieron, lo sentí hasta que me dijeron, tenés sangre, entonces cuando le dicen a uno tenés sangre, automáticamente le están diciendo desmáyate, por ejemplo una amputación que uno se pare en una mina ¿cómo es posible que no le vaya a doler?, si es algo terrible.

Entramos a Guazapa, ya habían unas compañías, cuidamos esa calle y los carros del cuartel de ingenieros, y así entrábamos quince días, bajábamos, salíamos con licencia, el batallón creó su propia característica por ejemplo, el batallón tenía tres agrupaciones, Alfa, Bravo y Charlie, primera, segunda, tercera Alfa; cuarta, quinta y sexta Bravo; séptima, octava y novena Charlie.

Corresponde a las tres primeras letras de abecedario ABC, Alfa, Bravo y Charlie, cada agrupación tenía tres compañías, se quedaba una agrupación, es decir, tres

compañías cuidando el cuartel sede del Batallón Atlacatl, cuando inició la operación Fénix a la Bravo le tocó cuidar el cuartel.

3.1.1. El Rambo guerrillero

Cada agrupación iba dos períodos a la zona de combate, es decir, un mes cada una, cuando nos tocó a nosotros, entramos por Aguilares, llegamos al ingenio San Francisco, teníamos que cuidar esas instalaciones e íbamos a relevar a la agrupación Alfa.

Se había corrido un rumor, de que ahí andaba un Rambo guerrillero, y todos los soldados teníamos miedo, decían que llegaba en la noche le quitaba la cabeza a uno, el fusil y todo.

Cuando relevamos a la compañía que estaba en el lugar, antes de que se fueran esos soldados nos dijeron:

- Hey tengan cuidado porque aquí anda un Rambo.
- ¡Estás loco!
- Cómo no, hijo de puta si a nosotros ya nos mató a varios soldados.
- ¡Qué!
- Sí, en serio.

Todo mundo clavado con el tal Rambo baboso; en la tercera compañía se había perdido un soldado y no lo hallaron, lo buscaron, rastrearon, patrullaban, este lugar estaba cerca de Suchitoto, ahí hay un cantón llamado Aguacayo.

Aguacayo era un cantón bien fortificado, obviamente en esa época era un lugar fantasma, y uno tenía que andar pendiente no solamente de los guerrilleros sino del tal Rambo.

En esa época ya era clase, es decir sargento, me dieron la orden de ir a patrullar a medio cerro de Guazapa, con mi sección, es decir, de una patrulla de quince hombres, y uno pues con miedo, no está bien mi teniente y cualquier cosa aquí estamos, puta allá como a tres kilómetros llamé a mis soldados y les dije:

- Nos han dado una misión cabrona, aquí no se trata de que ustedes quieren ir o no, aquí vamos a ir.
- Está bien, mi Charlie.
- Vamos a ir a aquel cerro a ver qué pasa, acuérdense de aquel Rambo hijo de puta que anda aquí.

Otra característica que tenía el Atlacatl fue que nunca sufrió grandes bajas, porque no buscábamos el camino fácil.

Había un soldado que murmuraba y me dijo:

–Hey mire mi sargento y ¿por qué no nos vamos por aquí?

–No, porque todos moriremos rápido, Ok, pues hay que abrir brecha.

Abrir brecha era terrible, a veces uno se topa con espinas y al que va adelante no le hable porque ese tipo va endiablado, caminamos como dos kilómetros y de repente escuchamos una bulla.

Ahí estaban los guerrilleros babosos, por muy vergón que uno sea no tiene que mostrar miedo aunque se esté muriendo por dentro, les dije a mis compañeros, vamos a rodear porque la situación está difícil, les enseñé que no teníamos que andar en columnas sino que horizontalmente y que fuéramos buzos porque ahí estaban.

Empezamos sigilosamente, pintados de la cara, tratando de hacer la menos bulla, yo comuniqué que escuchaba bulla, no jodás ¿quieres refuerzos?, si pueden, manden porque se oyen bastantes, silenciosamente tratamos de subir y vimos que eran como una masa de cien, lo que hice en ese momento fue esperar mi refuerzo porque éramos nada más dieciséis.

Les dije que quería refuerzos, aunque sea masa, uno no sabe si tienen armas, muchas veces las masas fueron escudos humanos, pero en esa ocasión no era el caso, la gente sabía que la fuerza armada andaba ahí, era una operación militar que había rodeado Guazapa, desde las Guaras hasta Aguilares.

Uno puede ser un soldado enojado y todo, pero ahí sí de plano el corazón echa lágrimas, vi cuadros de mamás que tenían ocho o quince días de no darles un pedazo de tortilla a sus hijos, lo que hicimos fue sacar de nuestro rancho que era para tres días, y a los soldados les dije que podíamos darle solo a los niños porque no alcanzaba ni para nosotros.

Hallamos más de cien gentes, ancianos, ancianas, jóvenes, pero con hijos, embarazadas, un estilo de vida desastroso.

Las masas en el campo de batalla, no tenían absolutamente nada, más que el deseo de andar ahí, porque los comandantes del FMLN les decían que anduvieran para que les cocinaran o por lo que sea, pero ahí andaban.

En helicóptero evacuamos a esa gente e hicimos un medio helipuerto, sacamos esa gente y la trasladaron a la Cruz Roja de Aguilares, nosotros continuamos, y ya no pensamos en el tal Rambo, pasaron quince días y no se nos apareció.

Regresamos al cuartel después que nuestra compañía participó en la primera fase, nos dieron licencia, finalizada nos presentamos al cuartel y nos enviaron nuevamente para allá y nos tocó la misma zona, el cuartel de Zacatecoluca de ingenieros ya había abierto la calle, pero era peligroso porque era un minero horrible, un enjambre de minas por toda esa calle, era lógico, la guerrilla las había puesto, porque nosotros éramos sus blancos y el de nosotros ellos.

Volvimos al mismo lugar, habíamos dejado la consigna, hay que cuidarse del tal Rambo y chivo y uno cuando regresa de la operación militar feliz porque ya regresa a su casa, es decir, a su cuartel, chivo salimos con licencia.

En la segunda fase volvimos a Guazapa, todos deschorchados y ¿cómo te fue?, el bolo a contar sus pasadas de borracho, el macho a contar que la mujer lo engañó; y yo tranquilo, tenía una novia, llegamos y comenzamos a preguntar por el tal Rambo.

Le dije a mi teniente:

- Yo de ese Rambo no creo, nos están metiendo miedo estos cabrones aquí (yo tenía para ese entonces octavo grado, y se supone que el oficial aparte de los cursos, es bachiller etc.) mi teniente ¿usted cree que Rambo ande aquí en Guazapa?
- Sí, no dejo de creer cabrón
- Pues vamos a ver qué diablos hacemos.

El teniente me enseñó la carta geográfica, me dijo:

- Vas a llegar un kilómetro antes de Suchitoto.
- Ok, no hay problema, pero por la calle, no, huevos, yo no me voy por la calle.
- A la puta, a mí me vale verga como llegués, si querés te vas volando cabrón.
- Lo que le puedo garantizar que ahí estaré.

Me dio la orden de que llegara hasta Copapayo, ese lugar era bastante boscoso, yo nunca caminaba por la calle, siempre buscaba lo más feo, porque ahí no había peligro.

La guerrilla tenía la oportunidad de poner bombas y emboscadas en la calle, les decía a los soldados:

- Aguántela, sóquenla
- ¿Por qué buscaba lo más hecho mierda?
- Ahí no te va a pasar nada cabrón, porque aquí vas ha tener visibilidad para poder defender tu vida.

–Como no es usted el que abre brecha.
 –Comé mierda hijo de puta, yo soy tu jefe, vos obedecé y cerrá el hocico.
 Al soldado Jorge “Vaso de Leche” le pregunté:

–¿Vos crees en Rambo?
 –No creo ni deo de creer.
 –Hoy vamos ha descubrir a ese hijo de puta.
 –¿Y para dónde vamos?
 –A donde ese hijo de puta para que se nos quite el miedo a todos, porque yo también lo siento.
 –Vergón.
 –Vamos a Aguacayo.

Nos fuimos sigilosamente por los lados más feos, llegamos a Aguacayo, puse una seguridad perimétrica, estábamos como a tres kilómetros de Suchitoto y desobedecí la orden que me habían dado porque nos fuimos un kilómetro más adelante, ahí pasaba un río.

El problema era que los soldados que habían perdido al soldado eran de la tercera compañía y ellos solo llegaban hasta Aguacayo, no llegaban más adelante porque decían que ya era Suchitoto y habían otras unidades militares.

A Jorge “Vaso de Leche” le dije:
 –Nosotros vamos a ir al río primero.

De repente oímos bulla, puta y qué ondas, vimos gente en el río, con binoculares y no andaban fusil ni nada, y llegamos siempre guardando la seguridad y les preguntamos:

–¿Qué andan haciendo ahí?
 –Somos de Suchitoto.
 –¿Qué no saben que es una zona militar y que hay guerrilleros?, y a ustedes los podemos tomar como guerrilleros, les vamos a dar chance, váyanse.

A todo esto la bulla del tal Rambo ya tenía un mes, llegamos al cuartel y salimos con licencia, volvimos a llegar y el soldado aún desaparecido con un M213, es un fusil M16 que tiene adaptado la granada M79, ese es el M213.

Me atreví a caminar más de lo que me habían mandado, y a los demás soldados siempre los enviaban hasta Aguacayo, no yo no, me fui más adelante, Jorge “Vaso de Leche” me dijo:

–A mí me llama la atención este río, porque según lo que vos me has dicho este Rambo hijo de puta no existe, este soldado cabrón por aquí ha de estar.

Jorge “Vaso de Leche” con otros soldados fueron a inspeccionar más adelante el río, y cabal, hallaron al soldado perdido con el fusil, tenía ya un mes, lo extraño es que la pestilencia nunca la sintieron ni nosotros tampoco, lo hallamos casi deshecho.

Se había creado el rumor del Rambo, porque el soldado nunca apareció, se decía que un cabrón grandote lo había capturado y matado, y todo porque no lo hallaron.

Terminó la operación, Jorge “Vaso de Leche” contento expresó, Bonilla si es vergón, el hijo de puta; nos dieron un día de licencia más por haber encontrado a ese soldado.

3.1.2. Por el amor de una mujer

Nos presentamos al cuartel después de haber terminado nuestra licencia, nos enviaron otra vez a operar siempre en la Fénix, en esa nueva fase nos tocó cubrir por el lado de Suchitoto, en esa operación habían dos reclutas que apenas me acuerdo de su cara, uno de ellos era Guayo “Pulgón”.

Guayo Pulgón tenía dieciséis años de edad, estaba cipote, los cuarteles siempre han sido una fuente de trabajo, los cipotes cuando terminaban el sexto grado por lo general tenían entre 12 y 15 años de edad, a los padres no les alcanzaba lo que ganaban trabajando en el campo para poder enviar a sus hijos a estudiar educación media, y por lo general escaseaba el trabajo en la zona rural, y cuando eran reclutados por la Fuerza Armada tenían suerte porque tendrían al cuartel como casa y además le darían su pago cada fin de mes, antes había la ventaja de que se podía reenganchar, hoy no, por eso tanto joven vago, que mejor sería que fueran soldados en lugar de ser mareros.

Nos fuimos a la guerra, por supuesto estos soldados reclutas cubrían plazas de muertos, de heridos de que se van de baja, etc., y llegaron estos soldados, siempre les decía no se duerma, si se duerme se muere, porque lo iban a matar y no solamente a él sino a todos.

El soldado Guayo “Pulgón” era hijo de un ganadero chalateco, de plata, y en cierta ocasión le pregunté ¿qué putas andás haciendo aquí?, porque la gente que estábamos en los cuarteles éramos pobres, entonces cuando uno veía a alguien que tenía plata pues uno se asustaba, y preguntaba ¿y por qué no estás en la escuela militar?, porque ahí iban los bachilleres en ese tiempo, uno como soldado el bachillerato estaba demasiado lejos, era misión imposible; Guayo “Pulgón” respondía yo quiero estar en el Atlacatl.

A Guayo “Pulgón” lo halló dormido el oficial, y le dijo: al amanecer te doy verga, yo hablé con el oficial y le dije mire mi teniente no le pegue, civilmente uno le puede llamar una falta, en el cuartel es una marca.

Marquero, quiere decir que ha cometido una falta, el marquero es malcriado, desobediente, relajo, descuidado, sucio, etc., el oficial había llegado del cuartel de la primera brigada de infantería, pero un oficial del Batallón Atlacatl, jamás se va a comparar a un oficial de un cuartel.

No estoy realmente seguro en qué fecha fue eso de Guayo “Pulgón” creo que en diciembre, porque me acuerdo que nos llevaron Pollo Campero al que nosotros le decíamos Pollo Caquero.

El treinta y uno de diciembre íbamos a salir con licencia, cuando hallaron dormido a Guayo “Pulgón”, le dije, mi teniente no le pegue, hombre, no le pegue, dígame que le va a quitar la licencia, en el cuartel el pago y la licencia después de Dios era lo más sagrado, y me dijo el oficial, vergón, le voy a decir eso, y me fui a platicar con Guayo “Pulgón”.

Guayo “Pulgón” se deprimió cuando le dijeron que había cometido una falta muy grave, porque del centinela depende un montón de vidas, le dije:

- Sabés que la cagaste.
- Sé que la cagué.
- ¿Qué pasó?
- Usted sabe qué cansado está uno.
- Ah, si todos andamos cansados, aquí todos estamos cansados.
- Es cierto, tiene razón.
- Ya platiqué con mi teniente, no te va a pegar.
- Gracias.
- Pero te va a quitar la licencia.
- ¡Qué!
- Cabrón y qué querés que haga, no te van a verguear.
- Pero la licencia.

Él tenía una novia que le decían Jacqueline “Chamusquina”, era la última vez que la iba a ver porque ella se iba a ir para los Estados Unidos, y estaba bien enculado de ella o sea enamoradoísimo, me dijo:

- La licencia es lo más sagrado.
- Sí.
- ¿O querés que te den verga?
- Es que nada.

- Putá, cometiste un error acéptalo y sabes que vas a recibir algo, no te van a dar las gracias porque te dormiste.
- Y si le dice a mi teniente que sólo me quite mitad de la licencia.
- Voy a hablar con él, pero algo se te va a hacer, de eso yo estoy de acuerdo porque cometiste un error.

Hablé con el teniente, como era nuevo, un teniente ya viejo me iba a decir, comé mierda a vos te voy a dar verga, le dije:

- Mi teniente este muchacho es la primera vez que sale con licencia, si usted se la quita se cagó en todo.
- No me hablés de eso porque yo también vengo de combatir.
- Sí, pero en la Primera Brigada.
- ¿Y qué querés decir?
- Por favor, mi teniente, no compare la primera brigada con el Atlacatl.
- ¿Y vos qué sugerís?
- Que le dé la mitad de la licencia.

- Está bien (accedió porque todavía no había dado parte).

Luego hablé con Guayo “Pulgón” y le dije:

- Te van a dar la mitad de la licencia.
- Hijo de puta (empezó a contarme lo de su noviazgo con Jacqueline “Chamusquina”, y sobre el vergo de tierras que tenía en Chalatenango, que los papás tenían ganado).
- ¿Qué putas estás haciendo aquí?, mirá el sufrimiento de andar durmiendo en el suelo, comiendo cuando tenemos tiempo, por favor no seas pendejo.
- Sí, pero yo quería estar en el cuartel.
- Pues vergón, por pendejo.

Guayo “Pulgón” entró en depresión, se deprimió tanto, como a las tres de la mañana, llegó el soldado Juan “Polvazón” y me dijo:

- Venga es una emergencia, es una emergencia, levante a los otros.
- ¡Levántense!, hijos de puta.
- ¿Qué ondas?, ¿has visto algo?
- Guayo “Pulgón” quiere matarse el hijo de puta.
- Hijo de puta, y lo peor es que quiere matar a todos los que están ahí.
- Coma mierda, este hijo de puta si hace una matazón, mejor mátenlo.

Guayo “Pulgón” ya estaba levantado y con su fusil, yo iba preparado por si me disparaba yo también le reventaba el dulce, me acerqué y le dije:

- Guayo “Pulgón”, vení, hombre (este hijo de puta, quería matar al oficial).
- ¿Y qué querés hacer hijo de puta?
- No, nada, no, dejá de mierdas, sentémonos.
- No, no pasa nada, no pasa nada.
- Putá si es que es la última vez que voy a ver a mi novia Jacqueline “Chamusquina”.
- ¿Y qué putas querés hacer?
- Yo me voy a matar.
- No jodás, es la peor estupidez (en un descuido le quitamos el fusil).
- ¿Y qué me van a hacer?
- Te vamos a amarrar cabrón.
- No hay nada.
- No, huevos, vos a saber qué putas vas a hacer.
- No voy a hacer nada.

No lo amarramos, confiamos en él, lo dejamos tranquilo, a las cinco en punto de la mañana oímos el disparo, pun, hijo de puta se mató, pero él solo.

Un soldado dijo:

- A la gran puta, este hijo de puta a dónde se vino a matar, y hay que cargar a este cabrón.
- Mire hijo de puta, más respeto, es un cadáver.

Sabia virtud de conocer el tiempo;
a tiempo amar y desatarse a tiempo;
como dice el refrán: dar tiempo al tiempo...
que de amor y dolor alivia el tiempo⁴.

3.2. Por andar de carnero me fue peor

Anduvimos en Suchitoto y por las faldas del cerro de Guazapa, nos mandaron a esa operación militar, era invierno, nos cayeron unas tormentas horribles, andábamos además de escaldados con hongos en los pies.

Teníamos quince días sin quitarnos los zapatos sólo cuando teníamos oportunidad, no nos cambiábamos los calcetines y tampoco los calzoncillos sólo si de milagro encontrábamos agua los lavábamos sino había que guardarlos, sin embargo había soldados que los andaban puestos toda la operación militar, dormir a la par de esos tipos era serio.

Mi mayor Azmitia era el que estaba de comandante en esa época, dijeron que íbamos de Suchitoto en campo traviesa a salir como a tres kilómetros adelante de

Aguilares, dieron la orden de que el que anduviera jodido de los pies se fuera con el grupo de mando de mi mayor Azmitia, bueno dije, uno de carnero otro término militar.

Carnero significa que uno siempre anda evadiendo responsabilidades, le dije a mi teniente, me voy a ir porque yo ando jodido de los pies y hasta caminaba todo cascorvo, a pues vergón, andate, y le pasé a toda la compañía que dicho sea de paso el comandante de compañía me dijo:

–¿Y para dónde vas?, sos carnero, vos crees que allá te van a dar de hartar.

–No, mi teniente.

–Va, vergón, andate.

Nos esperó el puesto de mando de mi mayor Azmitia porque iban a ser los primeros en llegar a la calle pavimentada, esa era mi idea, llegar a la calle, ya uno ahí se alegraba de ver un carro a una gente civil, nos habíamos venido por la cordillera del lago de Suchitlán.

Estábamos en una casa, por supuesto siempre en el monte, y se había ido una patrulla de la sexta compañía adelante hacía unos diez minutos y los emboscaron los guerrilleros hijos de puta, lo que querían era capturar al mayor Azmitia, pero no pudieron.

Empezó aquella balacera, y yo me preguntaba ¿qué putas ando haciendo, si allá atrás venía tranquilo?, bueno nos esparcimos, cada quién agarró con su camarada, y yo ¿con quien agarraba?, si no tenía a nadie, yo solito andaba.

Un cabo me preguntó:

–¿Soldado y usted de qué compañía es?

–De la sexta.

–Véngase pues.

Aquella balacera que no paraba, ahí mataron a un subsargento, un cabo y un soldado, de los que iban adelante, yo con miedo, los guerrilleros no nos dejaban pasar, y la novena compañía no reaccionaba que dicho sea de paso, era comandada en esa época por mi teniente Cáceres Flores.

No caminaban, todos tendidos ahí los cabrones y no reaccionaban, vino el Chacal, indicativo de mi teniente Herrera apártense hijos de puta que voy a ir yo, y venía la sexta compañía donde estaba yo abriendo brecha, de repente vi a un soldado de mi compañía, entonces le dije:

–Hey Elías “Hidroley” (se me quedó viendo).

- ¿Qué putas estás haciendo aquí?
- Soy de los heridos.
- ¿Te hirieron?
- No, estoy jodido de las patas ¿en cuál sección andás?
- En la de mi sargento Álvaro “Caballo Güero”.

El sargento Álvaro “Caballo Güero” era un hijo de puta amargo, decía que el día que no se daba verga con la guerrilla le daba calentura, era un chucho peleándose ese hijo de puta, había sido subsargento en la guerra con Honduras, un viejón conocido, de repente apareció y me preguntó:

- ¿Y vos que no sos de la sexta pedorra?
- Cómo no, mi sargento.
- Entonces véngase hijo de puta.

Logramos sacar a los cabrones heridos pero antes tuvimos que pelear casi una hora a los muertos, la novena compañía no tuvo huevos, se aculeró, entonces vino la sexta y reaccionó desde la retaguardia salió y llegó a la vanguardia, así fue como reaccionó, ahí a huevo me tuve que ir a mi compañía de nuevo, y burlándose de mí, ya ves por huesero, esta palabra es sinónimo que uno andaba buscando no sobresalir sino lograr alguna cachadita que le beneficiara, ¿y qué pasó Bonilla?, ah, coma mierda ahí nos hemos dado verga, nos hemos devanado, miren como ando.

Dijeron: vamos a seguir, ojalá que no sea la sección de nosotros, segunda sección dijo, iiih, ya me llevó putas, pero al ratito, no la primera sección que vaya adelante, aaah, yo era de la segunda y explorador, vergón, pero no el sargento Álvaro Caballo Güero, dijo que quería ir adelante, por eso lo putiaron los soldados.

Estaba oscuro no se veía nada, y uno no puede andar lámpara ahí ya todo mundo culerando, el sargento Álvaro Caballo Güero la pedorra va adelante, vieron que no podían avanzar, solo lo hicieron una cuadra y todo mundo callado, después dijeron de que la novena siguiera, un gran vergazo de reclutereros hijos de puta metieron a la sexta y no caminaron ni una cuadra, no se veía nada ni los dientes ni nada, la táctica era agarrarse del cinturón del otro soldado para no perderse.

No se logró caminar porque no se veía nada y era por gusto, dijeron, vamos a dormir donde estamos, abrir campito y ahí dormimos entonces, Julio “Aférrate” el sargento con el que andábamos, dijo, miren voy a ir, me voy a meter aquí de este lado, se metió a un charral que solo él sabía a qué putas iba, a toparse cara a cara con una columna de guerrilleros y como siempre el sargento siempre andaba listo su fusil, el guerrillero pendejo no, él andaba huyendo de la balacera y venía hacia donde nosotros, a qué venía no sé, ahí quedó, me pongo a pensar qué putas venían a hacer sabiendo que había tropa ahí.

Al minutito se oyó el desvergue, estábamos en una columna en un camino, se oía la novena compañía, purrrrrr, purrrrrrr, hijos de puta para gastar municiones.

Terminó la balacera y empezaron a buscar con lámparas y cabal ahí estaba, tamaño guerrillero hijo de puta, dejó el fusil, los otros cabrones que venían en la columna guerrillera salieron hechos una mierda.

3.3. Brava la amante de mi capitán

Mi coronel Monterrosa había dado la orden de que al cuartel del Batallón Atlacatl ni él podía entrar en su vehículo con las puertas y los vidrios cerrados, significaba que se registraría a todos, hubo un día que yo estaba en la guardia, yo era el jefe del portón del batallón y llegó una señora muy enojada en un carro de lujo, era Mayra “la Mica Gringa” la amante del capitán:

- Buenos días, eh disculpe, ¿en qué la puedo servir?, (eran como las diez de la mañana).
- Vengo a ver al capitán Moreno (me habló con cara de nudo).
- Señora, hágame el favor de bajarse del carro para poderlo registrar.
- ¡Qué!, cómo va a creer, no joda y usted qué se cree.
- Nada, soy autoridad respéteme.
- Yo soy la mujer del capitán Moreno.
- Está bien, pero si mi coronel Monterrosa viene lo registro y lo hago que se baje, porque no sé si lo traen encañonado (él así decía, ustedes no saben si me traen encañonado los guerrilleros hijos de puta).
- Bueno, me hace el favor.
- No, no me bajo.
- No se baje, pues.
- Aquí me voy a estar.
- Ahí estése.

Llamé al comandante de guardia para limpiarme las manos:

- Mi teniente, fíjese que ha venido, yo no sé si es la esposa, dama, no sé qué putas pero viene a buscar al capitán Moreno, pues el hecho es que no quiere que se le registre el carro, y usted sabe la orden que hay del comandante.
- Está bueno.

Menos mal que no encontraban al capitán, porque el hijo de puta hubiera dado la orden de que la dejaran entrar, a la Mayra “la Mica Gringa”.

En eso venía el camión recolector de basura que anda con un cabo y cinco soldados recogiendo la basura de todo el cuartel, e iba a votar la basura, y le dije:

- Señora, disculpe, viene el tren de aseo y necesita salir.
- Déjeme entrar.
- Déjese registrar, yo no sé si usted lleva bombas.
- No.
- Le estoy avisando, no me responsabilice.

Cuando llegó el camión de aseo le abrimos el zaguán, el motorista me preguntó:

- ¿Y qué ondas?
- Es que esta vieja puta no se quiere quitar, dice que es la esposa de mi capitán Moreno, no se lo creo.
- ¿Y qué putas hago?
- Pasá, cabrón.
- Y qué putas si la vieja no se quiere quitar.
- Y a vos que te importa, vos pasá.

A la vieja puta le dije:

- Señora va a pasar el camión recolector de basura, apártese, yo no me responsabilizo.

Yo sabía que me iban a zampar una cachimbiada o que me iban a matar, lo que sea, y abrí la puerta y empezó aquel hijo de puta a acelerar, y a meter primera y cuando la Mayra la Mica Chele vio que venía el camión encima de ella, dio retroceso, que te vaya bien le dije, salió el tren de aseo, y ella me preguntó

- ¿Y no me va a dejar entrar?
- No, no la dejo entrar.

Al fin localizaron al capitán, y me dijo:

- Bonilla, déjala pasar.
- Está bien mi capitán, pero voy a dar parte.
- Sí cabrón, déjala pasar.
- ¿Y quién me autoriza?, ¿usted mi capitán Moreno?
- Sí.
- Pero mi capitán, usted no me va a ayudar a la hora de los vergazos, la orden de mi coronel Monterrosa fue que registráramos los carros.
- Cabito ¿qué pasa ahí?
- Aquí no pasa nada mi capitán lo único que su esposa, no se quiere dejar registrar y la orden que tengo de mi coronel Monterrosa es que lo registre, incluso a él.

–Sí, tenés razón.

–Pásame a esa vieja (quizás le dijo déjate que te registren el carro, qué te cuesta).

Al final accedió la vieja puta, la registramos, le sacamos todo del baúl para que aprendiera, bueno, pasó el huevo.

Bonilla vengo a relevo:

–¿Por qué?

–Dice mi capitán Moreno que te presentés.

–Coma mierda, ya la cagué, pero bueno este hijo de puta me va a matar, yo no he hecho nada.

Llegué a donde el capitán Moreno y ahí se encontraba la vieja puta, me dijo:

–Putá, sos demasiado paloma.

–Simplemente estoy fungiendo, como dijo mi comandante.

–¿Y qué ondas ahí?

–Vos decile lo que has hecho.

–¿Cómo te contestó la señora?

–Muy enojada porque no la dejaba entrar.

–Mirá que abusivo.

–Permítame señora.

–Cállate pendeja, que el hombre tiene razón (ni siquiera era la esposa, era la dama).

–Y usted supiera todo lo que nos ha ofendido esta señora, en otro yo no la dejo entrar porque yo era el que mandaba ahí.

–¿Y qué pasó?

–No se quería dejar registrar, y usted sabe que mi comandante ha dicho que registremos todo tipo de vehículo.

–Sí, tenés razón, sólo eso quería saber. Andate.

El capitán comprendió, así como había oficiales comprensivos, así existían oficiales turbios.

3.4. Una balacera que parecía el fin del mundo

Fui a Tenancingo en operativo militar, era un pueblo fantasma, era deprimente estar ahí, nos dirigimos a las diez de la mañana, incursionamos por el lado de Santa Cruz Michapa.

Llegamos a Santa Cruz Michapa en veintiocho camiones, desembarcamos, cada compañía tomó sus posiciones, a la de nosotros le ordenaron que siguiera en la calle,

luego tuvimos que dejar la calle porque era muy peligroso, uno no sabía dónde lo estaban esperando.

Una de las ventajas que tenía la guerrilla era que conocía el terreno, nosotros no, nos batíamos a pura carta geográfica, caminábamos uno atrás del otro, después de caminar un kilómetro vimos que venía mi coronel Monterrosa en un *jeep*, nos pareció raro porque llegaba en carro, nos saludó; había más compañías adelante, pero nosotros nos fuimos a la derecha a una vaguada, y empezamos a caminar, de repente escuchamos que una compañía estaba peleando, pasó aquello, vimos en una milpa a lo lejos la sección de nosotros.

Empezó una balacera, eran las tres de la tarde, se enfrentó la mara que iba adelante y nosotros tranquilos ya teníamos experiencia, siempre andaban reclutas y cuando escuchaban la balacera los hacía temblar y uno les decía, no te ahuevés, tranquilo, si yo temblaba también, si uno es humano y tiene miedo a la muerte, pero conforme la adrenalina se le va subiendo, uno agarra fuerza y empieza a putiar, porque a uno también lo putiaban.

A las seis de la tarde empezó una balacera horrible, íbamos rumbo a Tenancingo, nos dijo el oficial que nos querían adelante, en ese momento yo tenía diecisiete años de edad, uno siente miedo y le pregunté al teniente ¿y por qué nosotros?, no sé cabrón pero seguime, siga, si se queda uno lo tildaban de maricón, y seguí, continuó toda la sección y aquella balacera increíble, bueno a las siete de la noche se calmó.

Un oficial le dijo a un cabo, de nombre Toño “Gorrita”, cabo Toño “Gorrita” ándate para esa posición, ahí había un palo de mango, enfrente de nosotros estaba una casa, no te ahuevés cabrón ahí estate y hacéle huevo, está bien mi teniente, a los otros los mandó a la pared de la casa del lado de afuera, a mí a un palo seco.

Entre nosotros había un soldado que le decían Sapito el nombre era David, era chiquito y fornido y hablaba tartamudo, y me decía el cabrón, y qué puuutas, perro Bonilla, hacele huevo y qué putas andas haciendo aquí pues.

A las nueve de la noche la patrullita que estaba con el cabo Toño “Gorrita” se corrieron, si se quedan ahí se los terminan, si uno andaba ahí, salvaguardando su vida, los guerrilleros andaban vergo de hijos de puta, tal vez unos diez, pero la aflicción los hacía ver una multitud.

A las ocho de la noche empezó una balacera que parecía el fin del mundo, llovía tanto plomo que yo deseé ser un gato para abrir un hoyo y enterrarme, yo no quería estar ahí, nos hicimos a la pared donde estaba la otra mara, estábamos cerquita y en una casa de adobe sin techo, pero estaban las paredes.

Escuchamos decir:

- Camarada, camarada.
- ¿Qué hubo?, ¿qué pasó?
- ¿De qué Charlie sos vos?
- De la tercera.
- ¿Quién es tu Charlie?
- Mi comandante fulano de tal.
- Comé mierda hijo de puta, si vos no sos de la mara de nosotros.
- Ni vos, hijo de puta.

El guerrillero estaba al otro lado, y empezó el desvergue, nosotros teníamos en el Atlacatl un poder de fuego horrible, y aquella balacera, bombas, granada y uno tira porque si no lo matan, ni un herido de nosotros.

Cuando amaneció vimos los palos de mango sin hojas ni ramas, se notaba lo que ahí había sucedido, cuando fuimos a ver al otro lado de la pared, ningún muerto, una batalla un enfrentamiento de esa naturaleza era como para dejar muertos en ambos bandos, y ni a nosotros ni a ellos, nada más encontramos rastros de sangre, las granadas de mano son capaces de votar una casa, a ellos les llovía y de repente decían, ¡ay!, me dieron.

3.5. Un fusil capturado era un premio de guerra

Lo perro fue que amaneció y preguntaron:

- ¿Dónde están los exploradores de la segunda sección?, (y uno haciéndose el pendejo).
- Llamen a Bonilla y a Jorge “Vaso de Leche”.

Coma mierda, puta Jorge “Vaso de Leche” hagámosle huevo porque no hay para dónde y yo me hice el maje, el sargento dijo:

- A la gran puta, estos culeros, hijos de puta.
- No mi sargento, no es que seamos culeros, pero usted sabe que esto está perro, seamos realistas si no siga adelante usted.
- Si yo te estoy mandando hijo de puta.
- Vergón, venite Jorge “Vaso de Leche” (esté era bueno, pero en esa situación cualquiera se cagaba por muy Rambo que fuera, se aculeraba).

Las calles llenas de monte a ambos lados, le dije a Jorge “Vaso de Leche”:

- Como nosotros somos los que vamos adelante, yo no me voy por la calle hijo de puta, vayamos por el bordo, es que ahí somos tiro al blanco.

–Vergón, pues.

Empezamos sólo los dos, la otra mara venía a seis metros de distancia nuestra, teníamos en ráfaga el fusil, uno sabe que lo van a matar, de repente nos perdimos, a lo mejor los cerotes de atrás se perdieron, nosotros íbamos adelante, cuando nos agachamos, porque uno ni siquiera va parado, va así por cualquier cosa.

Cuando paramos volvimos a ver hacia atrás y no vimos a nadie, le pregunté a Jorge Vaso de leche

–¿Qué ondas?

–Nos perdimos hijo de puta.

–No jodás.

–¿Y qué hacemos cabrón?, (él tenía más experiencia que yo).

–Esperemos.

Esperamos y nadie, y el pendejo que iba al otro lado creía que íbamos delante de él y se perdió, o sea como había demasiado zacate jaraguá, y lo cabrón fue cuando entramos al pueblo, nosotros sin radio y éramos los únicos dos soldados.

Entramos a Tenancingo, Jorge “Vaso de Leche” y yo estábamos a la expectativa escondidos, o salvando nuestro pellejo que no lo fueran a ver a uno y le disparen, los otros se empezaron a dar verga y le dije a Jorge “Vaso de Leche”:

–Mirá ahí lo único que queda es unirnos a estos cabrones ¿y qué vamos a hacer?

–Hagámosle huevo.

De repente vimos a tres cabrones guerrilleros vestidos de civil, ahí estaban esos hijos de puta, tonteando, la única manera de podernos unir al grupo de soldados tontos que se perdieron era de que nos enfrentáramos a los guerrilleros, para que supieran que ahí estábamos nosotros, y entre más tiempo pasaba los soldados babosos se iban alejando más, le dije a Jorge “Vaso de Leche”, ataquemos a los guerrilleros, él empezó, ahí quedaron los tres cheros, agarramos los tres fusiles, andaban un G3 y dos M16.

Descubrimos a un guerrillero herido, cuando pasamos la primera batalla oíamos los gritos que él daba, obviamente le dolía lo que le había sucedido, le ordenamos alto, estaba con el fusil, y le dijimos que si él hacía un movimiento se iba a morir.

El chamaco comprendió que estaba indefenso, nada más que lo protegía su fusil, pero no estaba en condiciones para defenderse, lo agarramos y le dijimos que se calmara, Jorge “Vaso de Leche” como era un soldado más antiguo conocía primeros auxilios.

El guerrillero tenía un balazo en la pierna, Jorge “Vaso de Leche” era un soldado, que le valía verga todo, sin embargo, le puso un soquete, cortó dos palos y los amarró con su pañoleta y con la mía y le dijo calmate, ay, ay, ay, ya vamos a ver cómo traemos al enfermero, le quitamos el fusil.

Al guerrillero lo habían abandonado o quizás los tres chamacos que andaban vestidos de civil que nos quebramos lo estaban cuidando, pero se descuidaron de la seguridad, y habiendo guerra si uno oye un disparo busca dónde cubrirse porque lo pueden balear, y estos tres cheros sí mostraban algún grado de expectativa, pero estaban demasiados descuidados.

Más adelante encontramos a nuestra tropa, como a las seis de la tarde, y nos regañaron, como nosotros siempre éramos murmurones:

–Pero mire mi teniente, si ustedes supuestamente iban detrás de nosotros, somos los que vamos viendo hacia adelante.

–Sí, tienes razón.

Pero cuando le presentamos los cuatro fusiles, no hallaban qué hacer con nosotros, un fusil era un premio de guerra, por supuesto no para nosotros.

Le dimos parte que teníamos un herido y que necesitábamos un enfermero, inmediatamente iba el enfermero le puso una inyección, cuando uno tiene un balazo es mejor que le pongan una inyección para que lo duerman, pero ahí no andaban de esas inyecciones, uno no siente que le cura, si el dolor es inmenso, y el chamaco que capturamos lo trasladaron en helicóptero, no se dejó abandonado.

Luego nosotros descansamos, dormimos más tranquilos en Tenancingo, obviamente toda la compañía un poco menos desestresada, porque habíamos peleado, pero había otras compañías que estaban alrededor de nosotros, esa situación hacía que sintiéramos un poquito más de seguridad.

Nos permitieron no hacer turno esa noche, pero como el cuerpo está acostumbrado uno siempre está a la expectativa, yo siempre me levantaba temprano, mis turnos fueron siempre a las tres de la mañana porque no confiaba en otros en ese aspecto.

A mi comandante le dieron otra misión, empezamos a caminar, no encontramos guerrilleros, bajamos la vaguada, el cerro lo subimos, hasta que terminó la operación militar, que finalizó al salir a Suchitoto, volvimos al cuartel.

IV EL OCASO DE MI VIDA COMO SOLDADO

4.1. El viernes santo, me moría por una sopa de pescado

Salíamos con licencia, al término de ésta nos presentábamos, nuevamente con fusiles nítidos, bien limpios, mochilas lavadas, ponchos, todo listo.

Ya no tenía madre, sólo estaba con mis hermanas, estaban casadas, las visitaba, pero como era con licencia mi estadía no la sentían tanto, esa fue una de las razones por las que me quedé en el cuartel, no tenía a donde ir ni posibilidades de trabajo, por eso yo seguía en la Fuerza Armada reenganchándome.

Exactamente, el 3 de abril de 1986, era un jueves santo, la sexta compañía abordamos los camiones, nos metieron por el lado de la Troncal del Norte y nos fueron a dejar a San José Guayabal, llegamos a la posición de la quinta compañía, era la que íbamos a relevar.

Hubo una ocasión en que tomé la determinación de irme de baja porque mi padre, aunque no me crié con él, me ofreció dinero para que me fuera de mojado a los Estados Unidos, era la última operación militar que me quebraba.

En esa posición, estábamos cerca de San José Guayabal, cuando le dije a mi teniente:

–Tenemos sed y no hay agua, hay que ir a traer.

–Ah, cabrón, a comer pescadito querés ir (era viernes santo).

La comida más sabrosa es el pescado envuelto, nosotros queríamos ir con la paja que íbamos a ir a traer agua, al subsargento Luis Piriluno le dije:

–Hey, qué ondas, vamos.

–Vamos pues.

Nos fuimos a meter al pueblo de San José Guayabal, de alguna manera era una marca porque no estábamos autorizados, máxime a pedir, como nosotros entramos al

cuartel un día antes, de alguna manera andábamos un poquito de pisto, 10 colones era andar dinero, éramos pobres, paupérrimos, fuimos al pueblo arriesgándonos que nos fueran a matar.

Llegamos donde una señora y le dije:

- ¿Qué tal señora?, ¿cómo está?
- Bien hijo ¿cómo están ustedes?
- Bien, mire perdóneme, imagínese que me maten dentro de una hora, yo quiero antes de morir tomar una sopa de pescado en huevo, ¿tiene?
- Sí, hijo.
- Véndame un plato
- Sí, con gusto.

Saqué la caramañola y en el vaso, que es multifunciones porque lo ocupamos para tomar fresco, sopa, me echó una cola de pescado y la había cocinado como mi familia la hacía en sopa, pero ahí no le cabe nada me dijo, y por qué no come aquí, no porque nos pueden fregar, échemela en una bolsa, a saber como hizo, pero me la echó, gracias a Dios no se reventó la bolsa, me di una gran comida ese día.

Nos pusimos de acuerdo con los demás, nos sentamos por ahí con la seguridad perimétrica, comimos sabroso, otros consiguieron queso, tortillas calientes, yo sopa, yo me moría por una sopa de esas.

4.2. Omar “Coyol” se pegó un tiro

Andaba el soldado Omar “Coyol”, era de El Congo, siempre mostró un poco de temor a los operativos militares yo le decía, ¿qué estás haciendo aquí?, si vos sabes que es cuartel y sos soldado, y se va a la guerra, un soldado muere, un soldado sale herido.

Omar “Coyol” siempre mostró intransigencia, y para demostrar que no quería andar ahí se pegó un tiro, pero ya estábamos afuera del pueblo, eso no nos comprometía por estar dentro del pueblo, era prohibido entrar a un pueblo, inmediatamente me habló el oficial y me preguntó:

- ¿Qué pasa?
- Al soldado Omar “Coyol” se le fue un tiro.
- ¿Decime a dónde fue esa herida?
- Entre el dedo gordo y el otro.
- No, ese hijo de puta se lo pegó.

Efectivamente, el castigo al soldado Omar “Coyol” fue no evacuarlo en helicóptero y llevarlo al hospital Militar a San Salvador, sino que caminara, al oficial le pregunté:

- Pedimos un helicóptero.
- Nombre, no jodás, estar gastando gasolina por ese hijo de puta que se ha pegado el tiro, no tráelo que venga caminando.

Le dije a Omar “Coyol”:

- Ya viste, por pendejo.
- Sí, mi sargento, pero yo no quiero andar aquí.
- Está vergón, pero ahí vas a andar, camina, hacele huevo.

Cuando llegamos adonde el subteniente, dijo:

- Hijos de puta yo ya sé de dónde vienen, del pueblo ¿qué me trajeron?
- A la puta, nada, mi teniente, no hemos ido.
- Sí fueron ¿qué me trajeron? (una forma de coaccionar para sacar la verdad).
- Nada, nada.
- Y si les registro la mochila y les hallo algo se las zampo.
- Zámpela pero nada (y nos hacíamos seña con el otro sargento, ni caso le hizo al herido).
- Sí, mi teniente, fuimos porque yo quería tomar sopa de pescado.
- ¿Y qué me trajiste hijo de puta?
- Ah, el soldado trae unas tortillas con queso.
- Tráelas pues no te voy a decir nada, yo sabía que habían ido.
- Sí, pero no lo queríamos decir frente a los soldados.
- Está vergón, ¿y con Omar “Coyol” qué hacemos?
- Ay dejá a ese hijo de puta.

Cuando llegamos, el comandante de compañía dio parte que había un herido, y a Omar “Coyol” el pie se le iba poniendo hinchado, el baboso ya se quejaba, entonces el oficial le preguntó:

- Bueno y vos ¿por qué te pegaste el tiro?
- No, se me fue.
- No, hombre como se te va a ir cabalito en medio de los dos dedos, te lo pegaste así que vas a tener que andar aquí.

Seguimos caminando y el soldado no se curaba, pero llegó un momento en que el pie se le puso muy inflamado, caminaba chistoso porque además era cascorvo.

Le quitamos la bota, yo de buena gente, como era de mi patrulla dije llevémoslo, todos los soldados decían, este hijo de puta que no se qué, pendejo, mirá como vamos

nosotros que no se qué, el enfermero le puso una inyección, al siguiente día llegó el helicóptero a traerlo, fue un escarmiento y un precedente.

4.3. Había un enjambre de minas

Llegamos a El Salitre, pasamos ubicados ahí tres días, hubo un oficial que pasó esos días acostado sobre una bomba, cuando se levantó la bomba sólo le hizo burrrr, era una de esas que le volaban los pies, y no explotó, era mina hechiza, al oficial se le iban y venían los colores.

El oficial que andaba con nosotros nos dijo:

- Tienen que ir a patrullar a tal parte.
- Está bien, no hay problema.

Nos fuimos, como a los tres kilómetros llegamos a una vaguada, hallamos rastros que ahí había andado la guerrilla, pero una señal iba a la izquierda y la otra a la derecha ¿cuál tomar?, como yo era el jefe que andaba con la patrulla adelante le dimos a la derecha.

Llevaba dos soldados a Mauricio “Molleja” y a Toño “Restregón”, de repente escuchamos el rafagón, puurrrrrr, y obviamente la primera reacción fue tirarse al suelo, yo como jefe de ellos, pregunté:

- Molleja ¿qué ondas te dieron?
- ¿Quizás no? (un balazo uno no lo siente, hasta que otro llega a decirle, hiijuepulla te dieron)
- Restregón ¿qué?, ondas ¿te dieron?,
- No, no, estoy tranquilo.
- Sigamos pues.
- No nombre, ahí están.
- Pues sí yo sé que ahí están.

Me levanté y vi que a diez metros estaba una casita, pero antes había un cerco de piedra, ahí estaba escondido el posta que tenía la guerrilla, ese tipo sintió bulla, se estaba durmiendo, yo digo, porque si uno está despierto y ve a un tipo lo alinea, entonces ese guerrillero se estaba durmiendo, sintió bulla y tiro la ráfaga, a nadie le pegó.

Los soldados no tuvieron valor, yo me aproximé al cerco, todavía ellos me dejaron que saliera del cerco, cuando sentí cayó la ráfaga de un G3 puurrrrrr, partido hicieron el adobe, y me agaché, les dije no se vengan aquí cabrones porque están a veinte metros.

Le dije a los demás soldados que venían detrás de mí porque el único que había pasado era yo, no se vengan por aquí, váyanse por el cerco y el oficial con su gran idea, la gran lumbrera le pone fuego al monte jaraguá, que pendejada.

Estábamos a fuego cruzado, el de la quema y de bala, no hallábamos qué hacer, el sargento Paco “Cinquera” se metió de pasmado a andar buscando qué encontraba de valor, halló una bolsa, era mi mejor amigo en el cuartel le cayó un balazo en la nalga, y ese balazo lo mató, bien raro, pero lo mató, lo sentí mucho, yo tenía una fotografía de él, y el pendejo de mi cuñado la quemó creyendo que era amante de mi hermana.

Paco “Cinquera” era famoso en el cuartel porque sacaba música con los pedos que se tiraba, me decía:

- No me quiero morir, cabrón.
- No se va a morir hombre, ya viene el helicóptero (mentira).
- Decile a mi mamá que me perdone, yo no me quiero morir.
- No te vas a morir cabrón, si en la nalga fue el balazo.

Y el enfermero atendiéndolo ¿qué le pegó?, ¿qué le tocó?, no sé, pero se murió de un balazo de G3, a alguien moribundo la lengua se les va hacia adentro, entonces alguien que sabía le metía el dedo, a estirársela porque ellos solos se ahogan, había un soldado que le metía el dedo, pero casi se lo quebró y le hacía con el dedo para que no se le doblara la lengua.

Paco “Cinquera”, no se quería morir, y yo con las grandes lagrimotas, no te vas a morir si ya viene el helicóptero, mentira o sea, no venía, y le dije al oficial, esta mara, los guerrilleros dejaron de disparar, esos hijos de puta no nos dejaban pasar, le dije al enfermero vea cómo hace, nos gritábamos a diez metros, ellos estaban bien protegidos, nos decían, somos la nana de ustedes.

Tenía un soldado que le decían Manuel “Chompipe”, otro Neto “Chibola”, uno que le decían Saúl “Sorbete”, a otro le decían Julio “Píldora”.

Le dije a Manuel “Chompipe” necesito que te vayas, y él cuando se quería pasar el cerco eran chorreras de balas y se quedó atascado en el cerco con la pata trabada.

Manuel Chompipe lloraba, auxilio, me van a matar, y quién lo sacaba, entonces viene el famoso Jorge “Vaso de Leche” y lo fue a agarrar de la mochila y pun, de un solo jalón lo destrabó, fue un milagro ni un balazo, la camisa atravesada de balas, la mochila toda baleada, y a él no le pegó ni una sola bala, fue milagro, soy testigo de ese hecho.

Manuel “Chompipe” estaba trabado, se le quedó la bota atascada en el cerco y estaba boca abajo como tenguerche y los guerrilleros tirándole y no le pegaron ni uno, ni uno.

Me acuerdo que estaba cubierto en un palo de laurel, delgadito, sólo para mí, llegaba otro soldado y lo mandaba para otro lado, ah no, este palo no es para dos sólo para uno.

Al Saúl “Sorbete”, todavía no lo habían herido, él andaba la ametralladora estaba bien aculerado, se había quedado bien atrás, cortado, si es que era un desvergue de esos, el último, un desvergue que lo vivo todavía.

El soldado Julio “Píldora” sacó la pañoleta se la puso en la frente, agáchate hijo de puta, no me hable me dijo, las cananas eran de 100 cartuchos, añadió tres el hijo de puta, 300 cartuchos y se las dobló en el cuerpo y agarró la ametralladora y dijo, aquí esta Rambo hijos de puta, pappapapapaa, pero el huevo que no nos dejaba parar, los guerrilleros nos decían vení Rambo hijo de puta, de repente sentí que se le trabó la ametralladora, chas se agachó, puta estos malditos están cerca, de repente nos tiraron una granada, bueno nos tiraron como seis o siete granadas pero sólo explotaron dos.

Nosotros veíamos cuando venía la pelotilla, era granada hechiza, para que todo mundo se cubriera, bueno como ahí tan cerca me decían, mi sargento, mi sargento, y de repente dijeron “mi sargento Bonilla, cállate hijo de puta”.

Me gritó un guerrillero, ya tu nana está rezando los nueve días hijo de la gran puta, sargento Bonilla, pues a saber, yo supongo que fue un compañero de la escuela que se hizo guerrillero ya lo mataron al pobre, pero ahí no.

Todo mundo le gritaba, por lo menos me van enterrar maldito y a vos las aves de rapiña te van a hartar hijo de puta, aquí están los comandos de Rusia nos decían, aquí está el Atlacatl, coman mierda ustedes sólo con los aviones son vergones nos decían, aquí no hay aviones hijo de puta aquí somos nosotros, y no nos dejaban pasar.

El oficial quizás reaccionó y mandó al cabo Rienel el Zapatero a la izquierda, el cabo de la patrulla del sargento que estaba herido, bueno a mi patrulla se le quebró un M203, es decir un M16 que lleva una lanzagranadas, de tanto tirar que se le quebró la babosada, quebradito.

4.3.1. Necesitábamos apoyo y nunca llegaron

Le dije al oficial mire: mi teniente de tanto enfrentamiento aquí no nos dejan pasar, nos gritaban que eran negros cubanos, y cheles de Rusia, y nosotros les gritábamos que éramos del Atlacatl, ustedes sólo son buenos con aviones y artillería, aquí no hay

aviones ni artillería, aquí somos nosotros contra ustedes, ya los vamos a sacar de ahí malditos.

Me fui hacia donde estaba el herido y le dije al oficial, mire mi teniente lo vamos a sacar, y llamé a los soldados más cholos, a Jorge “Vaso de Leche” y a Pedro tío Peyo, hicimos una camilla con dos palos y metimos la camisa del uniforme y lo acostamos.

Le dije al oficial vamos a llevar al herido antes que se muera, lo vamos a sacar de aquí para que se lo lleve el helicóptero, de acuerdo me respondió, yo tenía soldados bastante cholos, les ordené, vos, vos y vos, entre los cuatros vamos a llevar a mi sargento Mario “Ratón”, va chivo de acuerdo, y dejé toda la mara peleando.

Llegué a una quebrada, cuando nosotros íbamos llegando escuché bulla, parecían guerrilleros, detuve a toda la gente y al herido, hay un término militar también, que es hea o mea, el hea es herido el mea es muerto.

Hablé por radio y di parte de que el hea ya no era hea se había convertido en mea, que ya había muerto y lo sentí tanto a este tipo, cuando nosotros escuchamos bulla nos abatimos y pensé aquí es mi acabose y de los soldados, y les dije a los soldados, Mario “Ratón” se murió, sí se murió les dije, déjenlo por ahí veamos cómo nos defendemos nosotros.

Éramos ocho los que íbamos a dejar al herido, le hablé al comandante de mi compañía y le pregunté ¿dónde estaban?, y me dio una pequeña ubicación y me dijo que estaban cerca y le digo que me haga un delta, un delta es un disparo y escuché que el disparo fue cerca.

Le dije Charlie estamos a unos 30 ó 50 metros de usted, vamos con el herido, me dijeron que no lo llevara ahí sino que lo regresara, donde podía caber el helicóptero, o sea yo lo llevaba para sacarlo de la zona de fuego, pero como ya había muerto lo regresaron para poder ubicar un helipuerto donde cayera el pájaro.

Llegué donde estaba la ubicación, me fui por un camino que supuestamente estaba más tranquilo, la mara seguía dándose riata, a la sección nuestra la habían mandado a dos kilómetros solos, y las tres secciones restantes estaban en la misma ubicación, y eso es lo que a mí a veces no me parecía porque o todos en la cama o todos en el suelo, pero llegaron a reforzarnos, pero porque nosotros se lo pedimos.

De repente Tito “Patán” nos mandó alto, es decir, “alto, quién vive,” alto tu madre hijo de puta le respondí, yo iba perro, con la sangre caliente, y voy encontrando al oficial bañándose ¿cómo es posible?, que en pleno combate nosotros estemos dándonos verga allá y ustedes aquí tranquilos, todavía me dijo que no le hablara así, está bien le dije no hay problema.

Me dijo un sargento, por ahí anda el viejo, medí tus palabras recluta, el sargento hijo de puta, un sargento de media luna yo era subsargento, cómo quiere que me las mida le dije, mire lo que están haciendo aquí, ¿qué putas están haciendo aquí?, y hablar en ese tiempo a un superior así, mínimo lo mataban a uno, pero yo la adrenalina quizás la andaba alta y ellos comprendieron.

Después me disculpé con el oficial, le dije que no era mi actuar de esa manera, pero que me dio cólera porque nosotros teníamos un herido, un muerto y la mara se estaba dando riata, nosotros necesitábamos apoyo de ustedes y nunca llegaron.

4.3.2. Perdí mi piecito

Nos tomamos la elevación, se fueron los guerrilleros cabrones, habían estado parapetados bien cubiertos, había piedras y con ellas se protegían.

Hallamos una tumba fresca, de unos cinco días después de haber enterrado el muerto, vino el cabrón de Alonso el Caballo Negro, y empezó a escarbar, el pretexto era que podían haber armas, pueden haber cositas aquí enterradas, o algún muerto, pero algo vamos a hallar, cabal encontraron a un muerto que todavía tenía la ropa y lo habían enterrado.

Ese lugar era como un campamentillo, había agua, árboles, ahí iban a descansar los guerrilleros, le dije al soldado Alonso el Caballo Negro:

–Dos costos tenés, tápalo de nuevo cabrón.

–No, ahí que quede.

–No, cómo lo vas ha dejar destapado, tápenlo, entiérrenlo, si el hombre está muerto!, (y lo taparon).

Al siguiente día descubrimos el enjambre de minas que había ahí, hasta el momento era el enfrentamiento, peleamos nos hirieron a uno y nos mataron a otro, lo evacuamos, ninguna bomba, al siguiente día yo me levanté e hice una taza con leche, con el vaso de la caramañola.

Esa mañana fue tres de abril de 1986, amanecimos, hice la lechita, me la tomé, la que siempre me ponía mi hermana, de repente nos quedamos sin agua, pero estaba cerca un pozo con agua.

El día anterior (2 de abril) que tuvimos el enfrentamiento ya le habían volado el pie a uno, al soldado Rendón Condón lo jodieron sin gracia, o sea solo dicen que se paró, y le dijeron anda ahí para ver que hay, y ahí estaba la bomba, la explosión del artefacto y le quitó el pie.

Amaneció, hicimos la leche y a Saúl “Sorbete” le dije:

–Andá a traer agua.

–Huevos, ahí pueden haber bombas.

–Pues si bombas dondequiera hay hijo de puta, si aquí es una guerra andá, recluta cabrón vaya a traer agua para todos, lleve las caramañolas.

–Va está bien, sólo porque dice usted.

–Pues sí, si te estás poniendo mierdero, andá a traer agua.

Ahí cerca como a tres metros no quería ir, llenó la última caramañola ya después dijo que le dolía la espalda, sólo se dio vuelta y el pie lo puso en otra piedra y ahí estaba la bomba, bommm.

Uno se siente responsable porque dio la orden, hijo de puta Saúl “Sorbete”, le volaron la pata, pero como era tamaño tronco solo le magulló la pata la bomba, Saúl “Sorbete” se paró en la bomba explotó, pero no le quitó el pie, nadie quería sacar a Saúl “Sorbete” y él gritando como que si era vaca.

Cuando lo hieren a uno, no grita, sino que son alaridos los que da: auxilio, socorro, mamá, pues si uno se acuerda de todo, cálmate hijo de puta, cálmate si no es nada lo que te ha pasado, estás vivo, es una forma de animar a la gente, de motivarlo, nadie lo quería sacar, entonces yo me lo eché al lomo.

Nadie lo quería sacar por miedo a las minas, ahí es donde empezaba el enjambre, yo me arriesgué y me lo eché a la espalda y llevé al soldado Toño “Restregón”, él era de los soldados que me le dispararon cuando iba subiendo la cuesta, lo llevamos al helipuerto, bueno cabrón, ya terminó la guerra para vos, tranquilo no jodás, ya vas para el hospital, nosotros seguimos sufriendo aquí, así era porque uno había momentitos que deseaba que lo hirieran.

Uno es un ser humano, siempre existe el miedo, la calamidad, aguantar hambre y sed, habían momentos en que uno decía en sus adentros ojalá que me peguen un balazo y me maten para irme de aquí, entonces era una de las formas para motivar a los soldados heridos, no jodás hombre, si los pobrecitos somos nosotros porque quedamos aquí, vos ya te vas cabrón.

Era abril, pleno verano y semana santa, el suelo estaba duro, no era posible que en esa tierra hubieran bombas.

Toño “Restregón” estaba poniéndole tiros a sus cargadores y en un descanso que hizo de pie a pie, ahí estaba la bomba, bommm hijo de puta, otro herido y sólo de mi sección iba el sargento Mario “Ratón”, Toño “Restregón” y Saúl “Sorbete” ya llevábamos cuatro heridos y un muerto, la mara estaba chiviada, todo mundo tenía miedo, lo perro era que los superiores no nos sacaban de la ubicación.

Había un cabo que le decían Fray Mica Cholca, sequito el baboso, se fue a defecar y pummm, no hijo de puta, otro herido, si ahí uno medio se movía era un herido, había un enjambre de bombas, ya uno estaba desesperado.

Alguien andaba un naipe y dijo:

–Hey cabrones, juguemos.

–Putá no joda con esta desesperación que tenemos aquí quién va a estar pensando en jugar.

–Chis, juguemos, vamos a matar el estrés.

–Está bien, juguemos chucho.

Empezamos a jugar chucho de pareja, ahí estábamos jugando y platicando, puta, está perra esta mierda cabrones, así eran las pláticas de los soldados, mucha bomba puta aquí, el sargento dijo:

–Putá yo prefiero que me maten y que no me dejen sin pata:

–El soldado Saúl “Pan de Yema” le dijo.

–No joda, mi sargento, muerto usted, un mes lo van a recordar.

–Prefiero la muerte.

–Cuto va a donde las putas todavía.

Entonces les dije, imagínense lo que ustedes piensan, en lugar de encomendarse a Dios que no les pase nada, ah si es cierto, sí verdad, sin pata cualquier mierda le van a poner a uno y va a poder ir donde las putas, ese soldado era famoso porque visitaba los prostíbulos.

Jugamos sobre la cajas de municiones de M16, de repente dieron la orden, prepárense que nos vamos a las tres de la tarde, puta, gran alivio si ya habían herido a varios a puras minas.

Cuando dijeron nos vamos, ah, una gran satisfacción y alegría, lo que no sabíamos era que nos iban a trasladar de ahí como a un kilómetro de distancia, o sea no nos servía, lo que queríamos era salir de esa zona porque era un área destructiva, un enjambre de bombas que nos iban a acabar.

Esta situación se desarrolló en Guazapa, departamento de San Salvador, salgamos de aquí, Ok arreglamos las mochilas y nos fuimos, pero puta, yo creí que lejos, cerca nos ubicaron, establecimos seguridad perimétrica.

El famoso Tito “Patán” andaba el detector de minas, le dije, Tito “Patán” revisá aquí cabrón porque en este lugar voy a dormir, vergón pues, pipipi por cualquier babosadita una corcholata, esa babosada no era efectiva, el plástico en esta bomba en la que yo me paré era de pvc, porque si hubiera sido lata de jugo la hubiera encontrado el detector de mina, la pasó y no halló nada.

4.3.2.1. El alarido de vaca

Agarré la caja de munición con la mano derecha y el fusil con la izquierda y fui a donde el sargento y le dije, hey mi sargento juguemos naípe, eran las tres de la tarde, vergón pues, me dijo, o sea si no caminamos, nada pues.

Cuando yo iba con la caja vi al soldado David “Rasca Culo” ahí y me preguntó ¿mi sargento dónde se va a quedar?, sólo levanté el pie derecho y fue para hacerle la seña a donde me iba a quedar ahí estaba la bomba, dicen que me levantó como tres metros, ahí empecé el alarido de vaca ayyyyyyy, pensando en mi mamá, mi papá, mis hermanos, mi novia, pensando en que la vida terminó.

Para uno ahí se terminó, claro, era una experiencia que yo no le deseo eso a nadie ni a mi peor enemigo, a alguien que me odie no lo deseo eso.

Y empiezo ayyyyyy, a quién jodieron, al sargento Bonilla, hijo de puta, otro.

De diez y siete soldados que éramos andaban siete buenos, me sacaron entre los siete soldados, llorando porque me habían herido, cada uno tiene su propio carácter y su propia personalidad, pero si yo conseguía una tortilla, prefería que se la comieran mis soldados y no yo, por eso los tipos eran conmigo buena onda, me acuerdo de Mauricio “Molleja”, del “Chele Pato”, Manuel “Chompipe”, de Ernesto “Chibola” eran los que habían quedado, el soldado con el que habíamos pasado tres semanas comiendo con treinta centavos ahí andaba todavía, tipazos.

Llegó el enfermero y me dijo, camarada no tiene nada, no chis hijo de puta, y dije, pero si yo soy soldado aquí es guerra esta mierda y lo menos que puede pasar a uno es que lo hieran, pero lo primero que hice cuando me hirieron con las experiencias pasadas fue ver el reloj; eran las 3:20 de la tarde, bien me acuerdo, algunos soldados no se acuerdan a qué horas los hirieron, andaba un reloj marca Casio, a esa hora todavía podía llegar el helicóptero a recogerme.

Un solo desvergue, el otro huevo fue sacarme de ahí si era loma ¿a dónde podía caer el helicóptero?, entonces un soldado y el sargento, fueron a cortar unos palos de guarumo, porque el helicóptero no podía bajar, no se podía improvisar un helipuerto.

El helicóptero se puso de lado y los artilleros que andaban ahí con los pilotos me halaron de las manos, colgado me subieron, bueno el enfermero me dio los primeros auxilios, me dijo:

–Nombre camarada no tiene nada véase el pie.

–Me lo vi, gran alivio, ¿no me los van a cortar, verdad?

–Usted está bien.

¡Qué diablos!, el enfermero lo que hizo fue recoger la masa de carne del pie y envolverla con unas vendas que parecían toallas sanitarias.

El enfermero me dejó el pie de fuera, o sea descubierto, no tenía valor de verlo, pero me dijeron míralo, ves no tiene nada, lo vi y estaba color morado, ahí a uno le ponen inyecciones de las que sean y el dolor no se termina, es un dolor increíblemente fuerte.

Duele una picada de hormiga no digamos una bomba puta, y que no me vengan a decir cállate, tranquilo no es nada, yo los mandé a la mierda.

Llegó el helicóptero, si yo conociera a ese piloto que me evacuó, a ese hijo de pulla le diera las gracias y no sé qué hiciera, si no había a dónde poderme echar al helicóptero y esta mara mis soldados fueron los que hicieron el helipuerto improvisado y el piloto estuvo de lado no sé cómo y ahí la mara me subió colgado.

Sentía que jamás llegaba al hospital, ahí me dormí, pero tal vez no tan dormido porque yo me acuerdo cuando venía de Guazapa al hospital militar, ese que está por la Alameda Roosevelt en frente del parque Cuscatlán, por el gimnasio había un helipuerto, a cada rato aterrizaban helicópteros que traían heridos y muertos.

Me evacuaron del helicóptero y buuuuu al hospital, llegué a la sala de emergencia, arribó ese mismo día de Zacatecoluca el destacamento militar número nueve, no era el destacamento militar de ingenieros, le habían jodido a cincuenta soldados entre muertos y heridos, y ese día estaban dando gritos, llorando y quejándose, a la puta, al ver esa escena me sentí más hecho mierda.

A mí me atendieron rápido, le agradezco mucho a las enfermeras y médicos del hospital Militar, los que estaban antes por supuesto que me dieron un buen servicio, ya había estado antes en el hospital y había conocido a una enfermera que era del mismo pueblo, era la Chele Mery, ella me dijo que era mi tía, yo le decía tía para lograr algo, aunque sea un fresco.

Una de las ayudantes que andan de oficios varios de nombre Mirna Procavia me reconoció y me preguntó:

- Mauricio ¿qué le pasó?
- Nada, me paré en una bomba.

Mirna Procavia se fue a hablarle a la “Chele” Mery y llegó llorando y me preguntó:

- Mauricio ¿qué te pasó hijo?
- Nada.
- No te aflijás, la prótesis, la ponen rápido.
- Putá, y yo pensando que venía con el pie bueno.

4.3.2.2. En el hospital Militar hasta el más hombre llora

Cuando empezaron a quitarme el esparadrapo yo estaba viendo y cuando separó lo último de las vendas, observé la masa de carne y me decepcioné totalmente y hasta que la enfermera dijo, “Dios”, porque no había posibilidad de salvarme el pie, porque me quedó en un hilito.

Con el gran dolor que sentía, le decía al doctor: póngame algo, ya no aguanto, lloraba como un niño, y es que ahí hasta el más hombre llora, pero había un chingazal de soldados que había que atender también, pero en ese momento uno desea que lo atiendan rápido, o sea, no quiere que atiendan a otro antes.

¡Ponlo, otra vez, Señor, en pie sobre tu tierra,
Y firme, y sonriente, y plácido!
–¡Que no sea este estar tendido, enfermo,
Estar tendido ya por siempre!–
¡Levántalo, Señor; torna la sangre
Justa a su corazón, el claro ver
A sus ojos, el bello hablar
A su boca; devuélvele
La corriente completa
Al cause exhausto de su pensamiento;
Ese sentirse a gusto, ese
No sentirse la vida –y darla toda–
Que es la vida plena!

¡Ponlo,
Señor, en pie, como me tienes
A mí, como estás tú!⁵.

Yo ya iba aceptando con todo el dolor de mí alma que me iban a quitar el pie, me ponía a pensar, yo era jugador de fútbol y me gustaba mucho el deporte, a partir de ahí ya se terminaba todo eso para mí, la novia Mirna “Tocolota” que tenía, me dejó porque me quitaron el pie.

Como a los quince minutos de estar en la sala de emergencia oí preguntar a una enfermera ¿doctor y con este paciente Catocho Aceituno qué vamos a hacer?, me sorprendió y le pregunté a la enfermera:

–¿Cuál paciente?

–Catocho Aceituno.

–¿Y quién es?

–Yo creo que es de su cuartel.

–Ya me acordé, si hace como una hora lo acabo de dejar ahí en el cerro.

–Sí, pero aquí se está muriendo (le habían pegado dos balazos en el estómago).

Lo que sucedió con Catocho Aceituno, fue que cuando a mí me hirieron, la compañía tomó la decisión de salirse de ahí porque estaba lleno de minas, se trasladaron a El Salitre, antes habíamos estado ahí, los guerrilleros ya se habían tomado ese lugar, entonces un cabrón guerrillero le pegó los dos balazos a mi compañero, a mi patrulla casi se la termina, Catocho Aceituno pasó seis meses en coma y ocho años defecando por sondas.

Empecé la fisioterapia y me hicieron mi primer pie que se llamaba “pailo”, era una especie de bota de yeso, es decir, empezaron por la misma necesidad de la Fuerza Armada a hacer patas de palo, por la táctica de la guerrilla, no matar sino herir, era más efectivo.

A un herido no se le da la baja, a un muerto sí, el IPSFA se encargaba de dar el seguro, la guerrilla se agarró esa táctica vietnamita para desestabilizar la moral de la tropa, a nosotros nos hirieron un montón.

Me hicieron ese “pailo”, caminé con las muletas y llegué a ver al tal Catocho Aceituno a los seis meses, y cuando despertó me preguntó:

–Hey Bonilla ¿y a vos que no te quitaron el pie?

–Sí.

–Entonces ¿por qué andás caminando?

Según Catocho Aceituno se durmió ahora y se despertó al día siguiente, cómo es la vida, uno queda en coma hoy y despierta de aquí a diez años y uno cree que es mañana,

y ya todo ha cambiado, la casa quizás la arreglaron o la vendieron, su esposa hasta ya lo dejó porque se aburrió de esperar.

En cirugía había heridos, tipos con hoyos en las piernas, eran perforaciones de balazos yo vi a un tipo que toda la carne del pecho como si la habían quitado con un cuchillo bien afilado, tenía la pura carne viva y se le veían los huesos de las costillas, daba lástima, cuando lo curaban, daba alaridos.

Cuando a uno lo llevan a la cama del hospital donde va a estar, llega como Dios lo trajo al mundo, sin calzoncillo, sin nada de nada, y de repente llega un chero, no el que estaba a la par mía, le decían Salvador el Anciano era de la novena compañía, yo había sido su instructor, me vio y no me habló, él ya tenía cuatro días de estar ahí, su muñón ya estaba más tranquilo.

Uno siente que los muñones le pulsan cuando le acaban de amputar los pies, uno siente que el mundo se terminó, un dolor insoportable uno llama a la enfermera y ella ya sabe el protocolo que tiene que seguir, la llamaba porque la necesitaba y me anocheció llamándola, nadie me hablaba por el dolor, todo mundo ya había vivido ese momento perro, horrible, funesto.

Al día siguiente amanecí más tranquilo y empezó a hablarme el soldado Salvador el Anciano:

- Hey mi sargento quiúbole ¿qué pasó?, ¿qué ondas?, ¿cómo estás?
- Hecho mierda (le respondí con lágrimas en los ojos).
- No se ahueve yo ya tengo cinco días, pero mire ya estoy mas tranquilito, ya estoy más alegrito.
- Pero es que yo ya no aguanto.
- Sí, si esto así es ¿no tiene calzoncillo verdad?
- No sé.
- Tome, un calzoncillo y un par de calcetines.
- Gracias Salvador.

En esa época a uno lo herían y el comité pro soldado le llevaban yinas, jabón, cepillo dental, para su higiene personal, pero a mí aún no me habían llevado algo.

A los dos días, ya estaba más tranquilo, me habían dejado en una cama donde tenía vista panorámica de Guazapa, cerro hijo de mil putas, a mí me tocó una camita bien chiva donde había ventana entraba el viento y veía el cerro hijo de la gran puta.

4.3.2.3. Mi familia entristeció al verme sin pie

La demás mara me decía, para vos hombre ya terminó la guerra, sí verdad, eso sí, la misma motivación que yo utilizaba con mis soldados emplearon ahí, de repente vi que se acercó un cabrón en silla de ruedas, un soldado de la primera compañía, Aníbal “Perico” también era conocido como el Chavo, el baboso vivía en el mismo lugar en esa época, éramos vecinos en Las Piletas, no me respetaba porque éramos del mismo lugar, me dijo.

- Hey Bonilla.
- Quiúbole Perico.
- ¿Qué te pasó?
- Perdí mi pie en Guazapa.
- ¿Y qué ondas ya vinieron tus hermanos?
- No, no saben.
- No jodás, digámosle.
- Nombre es que mi hermana está embarazada.
- Chiss que te valga verga.
- Sí, verdad.

A los tres días uno estaba más calmado, más tranquilo, fui con Aníbal “Perico” al teléfono para llamar a mi hermana, algunos soldados nos dieron unos centavos, a estos ya los habían visitado sus parientes y les habían dejado algunas chirilicas.

Le hablé a mi hermana, trabajaba de dependiente en la Farmacia América, mi hermana mayor estaba embarazada, se dedicaba a los oficios domésticos, ella de alguna forma había estado bajo mi responsabilidad porque tenía a mi hermanito en su casa.

Aníbal “Perico” a mi hermana que trabaja en la Farmacia América, le dijo:

- Hola, Tita.
- Quiubo ¿quién habla?
- Perico el Chavo.
- Ah, quiúbole Aníbal.
- Quiero contarte una cosa, pero quiero que te agarres de algo, para que no vayas a caer.
- ¿De dónde me estás llamando?
- Del hospital Militar.
- ¿Qué le pasó?
- Nombre tranquila, si aquí está vivo el hombre.
- Vénganse.
- Pásame a mi hermano quiero hablar con él.
- Tita, aquí estoy vivo.
- ¿Qué te pasó?

- Estoy herido me pegaron un balazo y me quitaron un ñero que andaba (yo andaba un ñero en el pie hijo de puta que me andaba haciendo mierda).
- Vamos a llegar el domingo.

Jueves me hirieron, a mi hermana le hablamos el sábado, el domingo llegaron todos.

- No me lloren, si estoy vivo.

Una persona herida de su piecitos jodido, uno está pálido, demacrado, no tiene sangre, no tiene nada, y llega la esposa, la novia o la mamá, los hermanos y lo ven como que si uno es calavera que ya se está muriendo, me hallaron tapado desde mis pies hasta los hombros.

- ¿Qué te pasó?
- No, nada.
- ¿Y por qué te ves así, pues?
- Un ñero me volaron.
- No, no es posible.
- Como no, miren gracias a Dios estoy vivo tranquilícense, cálmense, Gladis acordate que tenés a tu hijo.
- Sí.
- No se aflijan, no me pasó nada, estoy vivo, eso es lo más importante, si me pasó esto.

Me destapé los pies y me vieron mi muñón, fue lo más difícil, sé que hay cosas peores, yo sabía que lo mío no era nada, pero el hecho es que me faltaba una parte de mi cuerpo y cuando se los enseñé a mis hermanas lloraron, con justa razón, éramos cinco hermanos que nos llevábamos superbien.

Mi hermanito tenía seis años, no permitían que los infantes vieran a los enfermos, yo no podía bajar porque estaba en tercera planta, fue un dolor increíble, mis tres hermanas me hicieron llorar porque era normal, pero les dije cálmense, tranquilas, me llevaron frutas, de todo un poco y me dejaron dinero para comprar golosinas en el hospital.

4.3.2.4. La recuperación fue un reto

A partir de ahí ya todo fue recuperación, a mí me hirieron en abril, en el mismo año del terremoto (1986), fue otra experiencia en mi vida, a los dos meses me mandaron para el cuartel.

Empezaron el tratamiento psicológico, me llamó la psicóloga Andria Calandria y me dijo, mire usted va a poder hacer el amor y, a mí, no me interesa eso, yo considero que he superado mi situación, porque no puedo hacer nada por cambiar el mundo.

Pero ahí la psicóloga Andria Calandria estaba haciendo su trabajo; luego lo mandaban a uno al hospital Militar a terapia, pero en el cuartel uno se engorda como tunco, pues sólo comer, dormir, comer, dormir, licencia y así sucesivamente.

El primer amputado del Batallón Atlacatl fue Raúl “Aleluya”, a ese tipo lo trataron como que si era puta cara, cada vez que decía, mi coronel quiero estar en mi casa 15 días, vayan a dejarlo, era el primer amputado hay que darle la razón, no había tantos heridos.

Raúl “Aleluya” decía, mi coronel yo quiero esto, désenlo, bueno si él le hubiera pedido mi coronel yo quiero fumar marihuana le hubiera permitido, era condescendiente, el hijo de puta se consideraba la divina verga, que hasta nosotros lo jodíamos después, puta vos gozaste lo que nosotros no.

Cuando a mí me hirieron yo salía con licencia igual que la compañía, era normal, nada de que porque yo era lisiado, nada, porque Raúl “Aleluya” gozó de todas las ventajas que dio mi coronel en esa época, justa razón porque era el primer amputado, pero cuando empezó a llenarse el batallón de amputados ya nadie tuvo privilegios.

Todos los días nuestro trabajo era ir a fisioterapia y de alguna manera a uno le servía para caminar, nosotros en la compañía compramos un espejo grande, lo pusimos en la pared, nos mirábamos con el objetivo de caminar de forma de que los hombros no se balancearan.

Nos hacíamos llagas horribles en los pies, pero lo que queríamos era caminar recto, no se logra al cien por ciento, pero sí en lo medida de lo posible, uno ve a otro y nota que es amputado, a mí no, dice la gente que si yo no les digo que lo soy, la gente no lo percibe, a mí fue la práctica la que me hizo caminar bien.

Un comandante en el cuartel, el infeliz nos hacía levantarnos a las cuatro de la mañana así amputados, a formar pues sí y qué va a hacer uno, nosotros le murmuramos, mi coronel cómo es posible nosotros ya no estamos buenos, sí, pero salgan al sol aunque sea, pues sí, tenía razón verdad, pero ¿a las 4:45 de la mañana?.

Inició el proceso de recuperación y vino una nueva táctica de la Fuerza Armada al ver que la guerrilla los estaba debilitando por hombre, creó la unidad de rehabilitación de la Fuerza Armada, crearon también una compañía para que, si uno era lisiado pasara

a ella y la plaza que era suya quedaba para que la llenara uno sano, y así fue, nosotros ya no éramos de la sexta compañía, sino que pasamos a la de los lisiados.

En el caso de nosotros todos los días el trabajo era ir a fisioterapia a que le aliviaran a uno el muñón, porque queda bastante grueso, nos daban fisioterapia con hielo, sobado con agua, uno metía el muñón en esa agua y lo tenía un rato, eso le servía a los fisioterapeutas para quitar la sensación, porque uno al inicio siente que tiene el pie.

De hecho yo me caí dos veces porque uno se levanta de su catre, y lo primero que hace es poner los pies en el suelo, me caí dos veces, un dolor terrible porque uno pega en el piso.

La vida era fisioterapia, cuartel, fisioterapia, cuartel, fines de semana si uno quería salir lo hacía, y a visitar a su familia, obviamente era distinto, no dejé de sentir vergüenza, pena por lo que me había pasado, la gente me conocía con las dos piernas y ahora sólo tenía una.

En el hospital nos hacían los “pailos”, nos daban cita, éramos montones de lisiados, había una unidad que se encargaba precisamente de hacerlos, eran los pies hechos de yeso, que le ponen a alguien cuando se quiebra o se zafa un hueso, tomaban la medida del muñón y le hacían el pie, o sea le hacían la bota, el pie era de palo.

El sacrificio que uno hacía de poner los pies de palo en el suelo era horrible, uno se llagaba de los muñones, los carpinteros trabajan mucho en el hospital Militar, pero para que a uno le hicieran uno tenía que esperar un montón de tiempo.

Posteriormente confeccionaron los pies de hule siempre con el mismo “pailo” y la misma bota de yeso, pero ya era un poco de alivio porque los piecitos eran de hule, el palo es fijo, duro y molestaba los muñones, nuestra lucha en el cuartel era de que nos dieran un pie en el hospital Militar, todos los días viajábamos al hospital, salíamos a las siete de la mañana y regresábamos a las doce del mediodía.

Nos hicieron cuadra a los lisiados, teníamos derecho de entrar al casino de tropa todos los días si era posible, era bien pequeño, había una pantalla gigante, los soldados que no eran heridos tenían sus días específicos de ingreso, los lisiados teníamos derecho a las películas de todo tipo.

4.4. Reinserción a la vida productiva

Nuestra vida era sedentaria, muchos engordaron, no había visión de futuro porque la mayoría creyeron que lisiándolo terminaba la guerra y que le iban a estar pagando toda la vida, lo que no fue así.

Recibimos una pensión del Estado mínima, no es la gran cantidad, a los amigos lisiados siempre les digo, peor es nada hombre, somos un país subdesarrollado y que gracias a Dios un poquito nos dan, yo no estoy conforme obviamente, nadie lo está.

Un oficial también había perdido un pie, y vio la necesidad de los soldados, dijo reunámonos en la plaza de armas, ustedes tienen una vida de holgazanes en este momento, pero se las quiero quitar, les voy a hacer una pregunta ¿no quieren aprender un oficio?, yo sí levanté la mano, y le respondí sí, yo quiero aprender un oficio mi teniente.

Los que quieren aprender un oficio quédense y los que no, pueden retirarse, éramos 100 lisiados en ese momento, cincuenta nos quedamos y la otra mitad se fueron a acostar otra vez.

Muchos se decidieron por aprender mecánica, peluquería, sastrería, yo fui el único que se decidió por la electromecánica, los otros lisiados me decían no vas a aprender, no importa, algún día voy a trabajar en un taller, yo no me quiero joder tanto.

Después de haber recibido la capacitación en la Administración Nacional de Telecomunicaciones (Antel), pasé a trabajar de recepcionista en el conmutador del Batallón Atlacatl, cuando contestábamos el teléfono decíamos, ¡buenos días!, fuerzas especiales para servirle, porque el Atlacatl era considerado y hasta la fecha el mejor batallón elite de la Fuerza Armada, y el hombre más importante de la Fuerza Armada en el siglo XX es mi coronel Domingo Monterrosa.

Los batallones Belloso, Bracamonte, Arce y Atonal eran de reacción inmediata, pero siempre que nos veían a los del Atlacatl se quitaban el sombrero ante nosotros, todos los cuarteles de la Fuerza Armada decían que venga el Batallón Atlacatl, porque jamás se corrió.

Otra característica del Batallón Atlacatl, si algunos de sus compañeros moría, no se dejaba tirado en el campo de batalla, así fuese tremenda la operación o la situación militar, al muerto no se dejaba para que lo devoraran los zopes, no, se sacaba.

Resulta que llamó por teléfono una muchacha con una voz dulce, uno se imagina que es una princesa, la cipota empezó:

- ¿Está Lito “Miquillo”? (era un soldado de la Sexta Compañía).
- No, anda en una operación militar.
- Ah, que lástima y ¿usted cómo se llama?
- Ah, mi nombre es “Raúl Diableque” (uno no era tonto de dar el verdadero) ¿y su nombre cuál es?
- Esperanza, pero de cariño me llaman la China.

- Le tienen cariño
- “Raulito Diableque” qué bonita voz tiene.
- Gracias (yo tenía 19 años de edad).

Quedamos que nos íbamos a conocer, Esperanza, la China, me dijo cómo llegaría vestida al lugar, por el Pollo Caquero de la terminal de oriente, también le dije el color de la camisa y el pantalón que llevaría puesto, obviamente yo no lo hice como le había dicho, primero porque estábamos en guerra, no sabía quién era y tenía que llegar de la manera más camuflada posible.

Esperanza, la China, estaba parada cerca de la puerta del Pollo Caquero y vi que era fea, me pregunté ¿qué ando haciendo aquí por jodarria?, no me atreví a dejarla plantada, porque me dio lástima que estuviera esperando tanto, y me acerqué.

Yo llegué vestido de otra manera ya caminaba en esa época con muletas, y:

- Buenas señora, ¿usted es Esperanza, la China?
- Sí, “Raulito Diableque”.
- No, no, él es mi primo, lo acaban de mandar para La Unión por eso no pudo venir y me mandó urgente a que le dijera que no iba a poder venir.
- Ah, bueno, ay me lo saluda.

Hasta pena me daba que me vieran a la par de la mujer fea, no es que uno se la pique, pero uno de hombre siempre anda buscando la guapa.

4.4.1. Negocios con los lisiados

En el cuartel me hice amigo de un chero que hoy corre en silla de ruedas en Estados Unidos conocido como Hernán “Topogigio”, tengo años de no verlo.

Hernán Topogigio era bien creativo, ese cabrón inventaba cosas, él tenía una bicicleta y el hijo de pulla la arreglaba para hacerle mejoras.

Un día salí a dar mi vuelta y encontré a Hernán Topogigio:

- Hey quiúbole.
- Hey ¿qué pasó mi sargento?
- ¿Y qué ondas?
- ¿Cómo estamos?
- Tranquilo.
- ¿Y hoy qué vamos a hacer cabrón?
- Estoy viendo una onda.

Hernán “Topogigio” fue a la gasolinera a que le regalaran un poquito de gasolina y le dijo a Toño “Matarrata” que era otro soldado amputado:

–Hey Matarrata, regálame un poquito de gasolina.

–¿Y para qué la querés?

–Ah, un poquito cabrón.

–Está bien, pero ya sabe que charros.

Hernán “Topogigio” tenía durapax y lo metió en la gasolina y vio que cambió de color, se puso color de piel, los “pailos” de nosotros que eran de yeso, el pie de uno traía un perno, se le daba vuelta y se enroscaba y le quedaba en su piecito bien chivo, entonces los “pailos” no eran como las actuales prótesis, estas traen la hechura del pie, el “pailo” era a presión, si a uno no se lo fabricaban bien, le hacía pedazos el muñón.

Le echaba la gasolina y el durapax salía, el asiento el que queda en el colador, él inmediatamente lo rebanaba en el muñón, bueno hicimos unos “pailos” al color de la piel, quedaba tan bien, que uno podía ponerse una calzoneta y cubrirse los muñones.

Este cabrón de Hernán “Topogigio” los vendía, y cobraba diez pesos, muchos lisiados inclusive de otros cuarteles le llamaban al hijo de puta, porque ya en el hospital nos veían con pie, y sorprendidos preguntaban ¿hey y esa mierda?, me la trajeron de los Estados Unidos.

Ese cabrón de Hernán “Topogigio” hizo pisto con ese invento, en cierta ocasión me fui con licencia para Santo Tomás en donde vivía mi hermana y uno como cipote no deja de ser malicioso, me acuerdo que era un jueves santo, iba caminado siempre detrás de las mujeres, y se me quebró el perno del pie, fue la peor vergüenza que pude sentir, el perno se metía en el piecito y caza con la rosca del “pailo” y el cuerpo pesa, y lo quebré.

El perno era del grosor del dedo, yo iba detrás de una cipota, me sentí tan ahuevado pero tan ahuevado, la cipota no sabía, yo siempre he manejado un poquito la prótesis, el pie cayó por allá y yo quedé inmóvil:

–¿Qué le pasó Mauricio?

–Nada, usted siga, ya la voy a alcanzar.

Menos mal que iba con un chero que le decían el Chino Kike, y le dije:

–Andá a avisarle a mi hermana (ella llegó)

–¿Y qué te pasó?

–Andá soldame esta mierda al taller de Tito Tripita.

Me introduje a un predio baldío para esconderme y esperar a que llegara mi hermana, por andar de pendejo dije, pues sí, qué putas ando haciendo en esas calles que no son acordes a mi situación, pero fue una experiencia que me causó mucha pena.

4.4.2. El taller de mecánica

Llegamos al taller de mecánica en septiembre de 1987, otros discapacitados optaron por aprender oficio en barbería, obra de banco, carpintería, electricidad, sastrería, imprenta, diseño gráfico, etc.

Llegué como cualquier aprendiz, la gente del taller sabía que éramos del Batallón Atlacatl, nos tenían respeto, miedo, temor, no sé, pero se mostraron bastante esquivos.

A los mecánicos les dije, soy el sargento Mauricio Bonilla Acosta y vengo del Batallón Atlacatl, actualmente estoy pensionado por invalidez, ellos me preguntaron:

–¿Qué es lo que te gusta?

–A mí, todo.

–Pero son ustedes los que van a determinar en qué área me van a ubicar.

Nos costó que el alto mando aceptara que nos enviaran a aprender oficio, por el hecho de que éramos del Batallón Atlacatl, decían que éramos una recua de asesinos, gente malcriada, irrespetuosa, peludos, marihuaneros, lo que diablos se les ocurría.

Alexander “Furia” era mi jefe en el taller de mecánica, me preguntó:

–¿Usted qué grado de estudio tiene?

–Hasta noveno grado.

–¿Qué quiere aprender?

–Enderezado y pintura.

Tenía veinte años de edad cuando llegué al taller, me transfirió para enderezado y pintura, ahí estaba un chero, René “Loco” Mena, él y otros estaban celosos porque pensaban que la tropa del Atlacatl les iba a quitar el puesto de trabajo.

V LOS RECONDOS Y LOS COMANDOS

Esta historia es relatada por un ex comando del batallón Atlacatl.

5.1. Curso de recondo

Al principio, la Fuerza Armada no contaba con ningún grupo de operaciones especiales, cada cuartel tenía que constituir una unidad antiterrorista para realizar emboscadas, estaba entrenada para infiltrarse en los campamentos guerrilleros y atacar desde adentro, sin ser detectado.

Los miembros del grupo especial de operaciones se vestían como guerrilleros, no portaban una sola arma sino varias y distintas, el propósito era confundirse con el enemigo.

En ocasiones encontrábamos un grupo de guerrilleros que descansaba en su propio campamento, en territorio controlado por ellos; uno, poco a poco se iba acercando en medio de los montes y entre los zacatales, siempre se trataba la manera de usar camuflaje con ramas, hojas o hierbas, si el grupo de subversivos estaba a cien o trescientos metros, se avanzaba esa distancia entre cuatro y ocho días, dependiendo de las circunstancias.

Cuando se acercaba al posta o cuando ya lo tenía a la par, se le decía:

–Ya terminó tu turno

–¿Y por qué?

–Ah, porque te mandan a descansar.

Y el que llegaba a reemplazar su lugar era uno de los nuestros, entregaba a ese compañero y el guerrillero se iba a dormir.

Los miembros del grupo especial de operaciones encontraban a los guerrilleros dormidos y aprovechaban para matar a los subversivos, de forma silenciosa, degollados, desde ese momento ya no estaban dormidos sino muertos, les quitábamos las armas, hasta los tapábamos, como que nada había pasado, sin bulla, sin gritos, sin nada.

El grupo Recondo no debía tener más de veinte elementos. Al principio eran veinte, pero a la mayoría de ellos la guerrilla los había matado en combate, los pocos que quedaron con vida se retiraron poco a poco porque fueron llamados a recibir cursos de ascenso y fueron distribuidos en otras compañías donde fueron a cubrir plazas de sargentos o subsargentos, por antiguos los sacaron del grupo recondo porque se iba a

dar un curso para formar un nuevo grupo especial que se llamó comando, fue el que reemplazó al recondo.

Nos dijeron a los que fuimos miembros del recondo tal fecha va empezar el curso de comando, y van a entrar nuevos aspirantes, los oficiales hablaban que en Estados Unidos eran mejores los grupos de comandos.

El batallón Atlacatl era el único que tenía el grupo de recondo de ahí fue instituido en los cuarteles, el primer grupo de recondo recibió entrenamiento en Panamá, fuimos quince elementos, íbamos oficiales, sargentos, subsargentos.

Después fue impartido en El Salvador, en un principio el cuartel del Batallón Atlacatl era el centro de entrenamiento, llegaban cadetes de la Escuela Militar y oficiales, empezó el primer curso de comando en el Atlacatl.

5.2. Actividades del recondo

Si recibíamos órdenes de atacar un campamento guerrillero, los recondos llegábamos al caserío más próximo y desde ahí nos distribuían a los lados por donde íbamos a penetrar al campamento, lo hacíamos vestidos de guerrilleros, así que entrábamos como si fuéramos uno de ellos.

Cada recondo después de haber sido asignado al lugar que le correspondía le entregaban una carta geográfica, es decir un mapa de la zona.

Para ingresar al territorio controlado por la guerrilla, alquilábamos un caballo, lo prestábamos o lo comprábamos y nos íbamos, pero siempre con el propósito de lograr el objetivo, es decir de darles un golpe o matarlos.

Los recondos vestían según el lugar designado, podía ser vestidos de campesino o de guerrillero, cuando los subversivos llegaban a un poblado empezaban a concentrar a la gente en la plaza o centro del cantón o caserío, les decían: compañeros queremos que nos apoyen, la lucha es de nosotros los pobres, unamos la fuerza, no nos dejemos engañar por esto y aquello.

El recondo trataba de pasar inadvertido, con su corvo cortaba zacate y oyendo atentamente, amarraba un manojo y se iba, los guerrilleros al grupo de personas congregadas les decían, mañana vamos a estar reunidos a la misma hora y queremos que estén presentes, el recondo salía, entregaba o dejaba abandonada la bestia, cuando el recondo regresaba entregaba un informe detallado de lo visto y oído.

Los recondos en la noche se preparaban con su equipo, y sacaban todo el armamento, visores nocturnos con luz infrarroja, etc., había noches que los guerrilleros hasta baile hacían, cada uno de los recondos llevaba minas y enterraban hasta trescientas, por el camino o sendero que ellos tenían que transitar.

Las minas M18 eran cuadradas y de color verde, calculando el número de guerrilleros así se ponían las minas, si en el lugar donde estaban enterradas pasaban

carros, animales, no explotan porque eran eléctricas, eran con batería de esas que usaban para los radios de comunicaciones.

Los guerrilleros al terminar el mitin se formaban en columnas y se retiraban y cuando pasaban precisamente por el lugar minado, activábamos la emboscada, eran reventando las minas y de inmediato se comenzaba a rematarlos con los RP G7, M60, etc.

Hubo momentos que me arrepentía y decía, ¡Dios, por qué me vine aquí!, a veces me quedaba de turno, porque en la ejecución de la emboscada siempre dejaban unos dos o tres recondos lejos, para que ésta no fuera a ser detectada, se escogía el camino donde los guerrilleros iban a pasar, para que ésta fuera efectiva.

Los recondos se especializaban en infiltraciones y reconocimientos, para realizar emboscadas o contragolpes.

5.2.1. Las nanas no eran evangélicas

Nos mandaron al puente de Citalá, a El Poy, en 1988, en esta ocasión en el bus que iba adelante del que nos transportaba iban a bordo las señoras que preparan la comida en el cuartel, mejor conocidas como las nanas, aparentaban que se dirigían hacia una campaña evangélica, iban cantando alabanzas y coros, ataviadas con pañales blancos en la cabeza, portaban biblias, en el bus donde ellas viajaban llevábamos las mochilas con los fusiles, granadas, etc.

De San Salvador a Chalatenango había retenes de la Fuerza Armada, de Chalatenango hacia El Poy los retenes eran de la guerrilla, y al parar el bus, se subían a pedir dinero, pero no miraron algo sospechoso, en las maletas amarradas en la parrilla llevábamos las armas; llegamos a una comandancia donde estaba la aduana, ya habían llamado por teléfono para avisar que nosotros íbamos a llegar, nos dejaron entrar y nos equipamos.

Caminamos dos días solo de noche para subir a la cima del Cerro Negro, un recondo no debía caminar de día, si le agarraba el amanecer ahí en ese lugar se tenía que quedar, se enterraba, se metía en el monte o se subía a la copa de un árbol, no tenía que ser visto.

El recondo debía de estar a la expectativa, se acostumbraba a no dormir ni a descansar, porque si lo hacía profundamente, peligroso lo encuentran, desarrolla una sensibilidad extraordinaria, un medio ruido rápido abría los ojos, listo a disparar.

Llegamos a la cima del Cerro Negro, vimos que no había alguien y luego caminamos tres noches, cuando amanecía subíamos a unos palos de pino bien altos, estábamos vestidos de negro con guantes y gorros del mismo color, no nos veían.

Cada recondo andaba un radio de marca motorola, ametralladoras MPK, del mismo calibre de las AK47, agarraban los mismos cargadores, la MPK era recortada, arma rápida y práctica.

Sacábamos RPG7 y RPG2, autorizadas en la Fuerza Armada, eran armas rusas, yugoslavas o israelitas, el que estaba autorizado en la fuerza armada era el M16, la utilización de estas armas era para confundirse con los guerrilleros y por no despertar sospechas.

Yo andaba cargando una ametralladora AK47, MP5 tenía un alcance de tres mil metros, luz infrarroja y mira telescópica, lo mínimo que se podía pegar era a dos mil metros de distancia, es decir a dos kilómetros, pero ese fusil casi no lo daban porque pesaba mucho.

Los comandos no andan juntos, un grupo de diez se movía en dos kilómetros de distancia, cada uno iba a cien metros de trecho, el último era el que cuidaba la retaguardia, la capacidad que tenían los diez comandos equivalía a doscientos o trescientos hombres.

Si un recondo veía un grupo de trescientos o doscientos guerrilleros, era capaz de infiltrarse entre ellos y él podía matar a todos, era una decisión suicida, porque cuando él estaba en el cuartel le lavaban el cerebro y lo hacían sentirse invencible como *superman*, eran terapias psicológicas de guerra.

Diez recondos controlaban una zona de diez kilómetros a la redonda, cada uno llegaba al terreno que estaba marcados en un kilómetro, en éste estaba un día, luego iba a estar en otro y así sucesivamente.

Los recondos cuando encontraban a alguna persona la capturaban, la desnudaban completamente, la guindaban de la rama de un árbol y la mataban a pausas.

A la persona capturada le amputaban los dedos, las manos, los brazos, el pie, la pierna, la castraban, le puyaban un ojo con un cuchillo y así lo tenían a modo de ir cortando parte de su cuerpo para sacarle la verdad, que dijera que era guerrillero y los nombres de los colaboradores y simpatizantes de la subversión, también las direcciones de los campamentos guerrilleros.

Si el prisionero no decía la verdad, se iba muriendo poco a poco, cuando él daba la información al principio, es decir, cuando se le había sacado un ojo o amputado una extremidad, no sufría mucho porque inmediatamente se mataba.

5.3. El sargento guió el avión

Nos ordenaron ir a Santa Ana, habíamos sido informados de la captura de una compañía del Batallón Tecana, nos conducimos a bordo de bus directo de la ruta 201.

Capturamos a dos mujeres en el cerro de Santa Ana, tuvimos una imprudencia por el sargento Pedro “Mica”, era nuestro compañero, en el lugar había centenares de guerrilleros y nosotros solo éramos ocho.

Llegamos a una parte que le dicen Candelaria, los guerrilleros en ese lugar se habían acabado a una compañía de ciento veinticinco soldados, les habían quitado todos los fusiles.

El sargento Pedro “Mica” había sido ascendido por actos heroicos, le costaba mucho entender la carta, confundía las ubicaciones; al campamento de guerrilleros, cuando llegamos se estaban bañando, nos metimos al río junto con ellos, tenían cuatro vacas guindadas en unos palos de pino, listas para destazarlas y unas enormes guacaladas de carne.

Los guerrilleros pensaron que éramos miembros de su organización, nos dieron comida, nos mandaron de turno a cuidar, hicieron un mitin en el caserío Candelaria, participamos aplaudiendo y gritando consignas, no nos distinguieron porque usábamos ropa y armas similares, anduvimos con ellos tres días y no sospecharon nada.

Eran más de dos mil guerrilleros, nosotros en medio de ellos, pero lo malo fue que ese sargento Pedro “Mica” se había quedado en un cerro, subido en un palo dando la ubicación, nosotros nos comunicábamos con él.

Cada comando le pasaba en la noche un informe, su indicativo era maldito, empezaba la comunicación:

–Maldito, maldito, maldito.

–¿Qué tal?, ¿cómo está?

–Ah, bien ¿y cuándo vas a venir?

–Estoy pendiente, solo avísanos.

–Ah, mañana, tráiganme dos gaseosas y me las avientan, con todo y espuma.

Pedro “Mica” lo que estaba diciendo era que le aventaran las bombas y que rafaguearan el lugar donde los guerrilleros estaban, pero no dio las indicaciones correctas porque arriba en el cerro las aventaron, e hicieron un desparpajo de guerrilleros, ah, y decimos nosotros en ese mismo momento a dispararles con todo lo que teníamos, habían dos comandantes cubanos, tamaños señores, colochos y bien negros.

Ese sargento Pedro “Mica” mandó a llamar dos aviones bombarderos, les dio la ubicación donde él estaba y no en el que estaban concentrados los guerrilleros, a él lo levantaron las bombas y lo rafaguearon, ahí murió.

Los guerrilleros dijeron aquí hay infiltrados los vamos a buscar, nos llamaron a todos con megáfonos, nosotros nos fuimos saliendo poco a poco, cuando medio agarramos posición, como a unos cien metros les disparamos con ametralladoras.

Nos persiguieron durante tres días, nos dispersamos, no salimos juntos, me quedé perdido en unas grandes montañas, fui a salir a una ubicación donde estaban unos soldados del cuartel de Santa Ana, los comandos nos reunimos a los dos días en la comandancia de un caserío, solo el sargento Pedro “Mica”, ya no llegó.

Si el sargento hubiera quedado vivo se habría presentado al Batallón Atlacatl, además los guerrilleros entregaban a algún sacerdote los soldados que capturaban, al soldado capturado que entregaba la guerrilla en el cuartel ya no le tenían confianza, los oficiales lo que hacían era darle la baja.

La familia del sargento Pedro “Mica” llegaba al cuartel todas las semanas a ver si se había presentado, y nunca llegó.

5.4. Los restos del Batallón Bracamonte

Nos mandaron a Chalatenango, eso fue en 1988, los guerrilleros habían aniquilado a más de cuatrocientos soldados del Batallón Bracamonte en el cerro El Limón, en las proximidades de Citalá.

Los cuarenta recondos a la una de la mañana nos montaron en unos aviones Hércules, habíamos recibido el curso de paracaidismo, fue un asalto nocturno.

Cuando llegamos a El Limón, encontramos pedazos de soldados colgados en las ramas de los palos y tirados en el suelo, había unos que estaban vivos, pero no portaban fusil, ya no tenía nada, llegamos a los cinco días de que el FMLN los había derrotado, los soldados que lograron quedar vivos aventaron los fusiles y escaparon.

Encontramos solo muertos, desechos humanos, bien balaceados, descubrimos un grupo de soldados que se habían formado en cuatro líneas, los habían masacrado.

Llegamos a un caserío, se acercó un señor a nosotros, y dijo:

–Púchica, hasta aquí se siente el gran mal olor que se viene de ese cerro, daba lástima ver cómo pasaban los soldados huyendo a todo galope, como almas que llevaba el diablo.

Nosotros estábamos vestidos como guerrilleros.

–Se lo merecían.

–Hoy si les dieron a los soldados una gran vergueada.

–Nos tuvieron miedo.

–Sí, pero ustedes no les dieron agua, y no se les pararon.

–No, no se nos pararon.

–Yo tengo un hijo que anda con ustedes.

–¡Con nosotros! Ah, y ¿cómo se llama?

–Joaquín, y carga un volado que tira unas chibolas.

–Yo creo que quizás en el otro pelotón anda.

–Bueno, pero dígame que ya voy a regresar, si necesitan maíz les puedo regalar, les voy a obsequiar unos comprados para que se los lleven.

El señor se fue con nosotros y nos fue a enseñar a dónde estaba una gran cantidad de guerrilleros, ellos llevaban heridos.

Los cuarenta recondos fuimos a traer visores nocturnos, armas y llevamos todo lo que pudimos, menos comida, minamos en la noche dos kilómetros alrededor de donde ellos estaban.

Fuimos a inspeccionar con el objetivo de saber cual era el único lado por el cual los guerrilleros podían salir corriendo, porque al otro lado estaban unas montañas donde pasa el río Sumpul, en la frontera con Honduras, por ahí no podían correr ni huir, iba una chorrera como de unos ciento setenta y cinco subversivos.

Pusimos ciento cincuenta minas *cleymor* y cuarenta hileras de cordón detonante, ése si alguien se lo pasaba llevando le explotaba de un solo y ahí no más le deshace ambas piernas.

Habíamos enterrado por los zacatales minas israelitas, ésas las habíamos conseguido en los campamentos guerrilleros.

Un coronel de apellido Ángel Orellana llegó a Citalá y empezó a ver la ubicación donde estaban los guerrilleros, y llegaron tres aviones y cuatro helicópteros, empezaron a bombardear la concentración de guerrilleros.

Oímos la balacera, los guerrilleros le estaban disparando al avión que bombardeaba, en los cerros y en la mayoría de las elevaciones del lugar se escuchaba que tronaban en el aire los balazos que le tiraban.

Al ratito vimos que venía la primera columna de guerrilleros, mirá le dije a Chilate, él se llamaba Mauricio, tenía una gran barba, estaba viejo, tenía de unos treinta y cinco años, y cuando portaba el uniforme de la guerrilla, se ponía una boina con una estrella, puro comandante se miraba.

Cuando Chilate llegaba y se metía donde habían guerrilleros no despertaba sospecha era “puro” guerrillero, le dije: mirá, y vamos viendo que era una columna guerrillera, la dejamos que entrara y explotamos las minas, al mismo tiempo empezaron a reventar los cordones detonantes, la explosión los levantó y aventó como a unos ochenta metros.

Vimos que salían volando fusiles y pedazos de guerrilleros, en medio de una nube de polvo teñida en sangre, con fondo de truenos y alaridos, extremidades, vísceras y trozos de carne humana caían como lluvia.

La nube se disipaba, vimos que no era gente mayor la que había muerto, sino que cipotes de diez, doce, trece años de edad, lo más que tenían quizás eran quince años, solo cipotada, con gorras, sombreros, bien pelones, ahí estaban despedazadas como unas quince bichas.

Bichitos uniformados, cuando los fuimos a ver les habían demolido el cuerpo, quebrados por completo, unos sin cabeza, la carne humana estaba tan fresca que los pedazos y cuerpos brincaban, daban pulsaciones, como sí todas esas partes quisieran completarse o armarse, pero a nosotros en ese momento no nos interesaba si eran cipotes, nos dio igual.

Los guerrilleritos que quedaron heridos pensaron que los íbamos a rematar, se quedaban viendo idos, pero bien quebrados, parecía que un gigante los hubiera colocado en la palma de su mano y luego la hubiera cerrado con fuerza, esas heridas no eran

como los balazos, estaban perforados, zarandeados por las esquirlas y la ropa cubriéndose de sangre, eran coladores humanos.

Cada mina de esas que les pusimos contenía setecientos cincuenta balines, es decir balitas.

5.5. Curso comando

Lo primero que nos enseñaron fue a familiarizarnos con muchos tipos de armas, aprendimos a armarlas, desarmarlas y a dispararlas, a conocer el alcance, la reacción, cuánto disparaba por minutos y segundos, si era accionada por aire, etc.

Cuando iniciamos el curso de comando entramos ochenta elementos, procedentes de la guardia, policía nacional, artillería, caballería y del Batallón Atlacatl, nos cortaron el pelo a todos, nos entregaron una mochila, y fueron a traer una camionada de arena y dijeron que cada quien llenara su mochila y pesarla en una báscula, debería tener ochenta libras de arena.

Solo dieciocho nos graduamos, los demás poco a poco se fueron saliendo, no aguantaron, no les pareció la presión de lo físico, en ocasiones trotábamos toda la noche, en la calle pavimentada por El Playón, jurisdicción de Quezaltepeque, los instructores decían que un comando nunca sentía cansancio, hambre ni sed.

Nos ponían todos los días en la mañana a trotar con las mochilas cargadas con ochenta libras de arena, nos revisaban las cantimploras y les botaban el agua, decían: si son hombres, tienen que hacerle huevos.

Un día el capitán Sánchez Pérez, le zampó cuatro balazos a un chucho callejero en las patas, el capitán se dirigió a Calín “Vaca” un compañero del curso y le dijo: creo que vos estás falto de vitaminas, andá aliméntate, toma un chorrito de sangre, ni modo, lo tenía que hacer.

Calín “Vaca” fruncía la cara al tragarse la sangre del chucho, el oficial como unos diez minutos después, le preguntó:

–¿Ya te llenaste?

–Sí.

–No, hombre, si falta todavía.

Calín se limpió la boca con la mano y siguió tragando sangre.

Todos viendo cómo el soldado le chupaba la sangre al chucho y éste todavía estaba vivo, aullaba y se retorció como queriendo huir del soldado que le succionaba la vida, los ojos del animal desesperados quizás pedían ayuda o clemencia, al rato el capitán dijo:

–¿Y este chele que está aquí?, ¿y vos de dónde venís?, ¿cómo te llamas?

–Mi nombre es Guillermo “Mieluda” y vengo de la policía.

–Ah, de la policía, ahí sólo carne comen, vení (sacó un gran cuchillo y le cortó el buche al chucho) vaya comételo, esto es para que veas que aquí comemos carne también.

Guillermo Mieluda empezó a comérsela cruda.

–Estos comandos tienen suerte, de aquí gordos van a salir, es bien cara la sangre en el hospital y aquí gratis se les da.

El capitán Sánchez Pérez nos visitaba sólo por llegar a joder, mandó a llamar a uno de los que trabajan adentro, le dijo: Toño “Chicharrón” andá al establo y llevales este chucho, cortá sesenta porciones, si no alcanza no hay problema el hueso les va a tocar, llevate un guacal, hoy aquí me voy a estar.

Quiero que ustedes coman porque ya van dos días sin comer, el soldado Toño “Chicharrón” llegó con la guacalada de carne de chucho; estaba Luis “Mico Triste” sentado porque se le había descosido el pantalón, el capitán le preguntó:

–¿Mico Triste y vos por qué no has remendado el pantalón?, te queda tiempo, salís a trotar, a comer, a instrucción, ¿por qué no lo cosés?

–Ah, lo que pasa que se me rompió el otro.

–Ah, lo que pasa es que sos huevón.

El capitán a Ricardo “Chureta” le dijo: hacele un calzoncillo del cuero del chucho.

A Mico Triste le hicieron un calzoncillo del cuero del chucho y le ordenaron que se lo pusiera, así tuvo que andar trotando, y obtuvo permiso de quitárselo a los cinco días, porque ya echaba un gran tufo insoportable y una gran nube de moscas que lo perseguían, por suerte no se le engusanó la parte que le cubrió el calzoncillo de cuero de chucho.

Nosotros sólo nos quedábamos mirando y bien serios, porque si volteábamos a ver el capitán Sánchez Pérez podía decir, a este quizás le gusta el calzoncillo, préstaselo.

5.5.1. Entrenamiento para ser vampiro y caníbal

Salíamos a trotar de cinco a siete de la mañana, en unos minutos con las ochenta libras de arena caíamos desmayados de cansancio, sentíamos que el corazón se nos salía del pecho, la boca reseca y amarga de la sed, nos palpitaban todas las tripas, un gran dolor de estómago, los pies y las piernas ya no las sentíamos, corríamos como almas en el aire, el próximo paso del trote era para no caerse y el otro para lo mismo, hasta que colapsábamos y quedábamos tendidos en el suelo, más muertos por falta de energía y vivos sólo de espíritu.

Atrás venían unos soldados con unos garrotes, nos golpeaban sin ninguna contemplación, vaya párense recua de inútiles, parecen putas esperando clientes.

El coronel nos dijo: veo que no quieren caminar, les gusta estar en el suelo mejor avancen arrastrados; en una calle con piedra y cascajo, y decía al que deje la mochila dos les vamos a dar.

Caminábamos como tortugas, no podíamos mover más que los pies, nos arrastraban y nos revolcaban, nos obligaban a que nos paráramos, y cuando lo hacíamos, el oficial expresaba, ya se les pasó el frío, está vergón ya me habían afligido, cuando sean comandos a saber cómo van a hacer, sólo por eso hoy les toca dos horas de lucha cuerpo a cuerpo.

Carlos “León Echado” y Orlando “Picahielo”, eran dos alumnos tenientes, no querían pelear entre sí porque eran bien amigos, León Echado a Picahielo le dijo:

- Yo no me voy a dar verga con vos.
- No hombre, si te golpeo vos dale.
- A la puta, ni modo, realmente no nos queda de otra.
- Bueno, hagámosle caso a ese pendejo.

El mayor Carranza dijo:

- Bueno ¿y ustedes no se van a dar verga?, entonces estos tenientes se van a ir bien taleguiados de aquí.
- Mi mayor, nos vamos a dar verga.
- Dense pues, apúrense, que estoy preciso.

Los dos tenientes se agarraron a trompones y al rato estaban bien desangrados, a León Echado le salía un chorro de sangre de la nariz.

- Ya vi que ustedes dos sí se quieren a morir, ahora quitate la camisa, ¿dejate la sangre y por qué te estás chupando la sangre? siéntese y su otro compañero se la va chupar.

Orlando “Picahielo” ponía la boca para tragarse los chorros de sangre que a León Echado le salían de la nariz. El mayor Carranza le decía:

- Chupale, no desperdicies la sangre.

El pobre oficial Picahielo estaba va de tragar, tragar y tragar, el mayor Carranza llamó al soldado Luis Pollo:

- Vaya, vení chupale y lamésela también.

Y a Luis “Pollo” no le quedaba más remedio que lamberle toda la cara a León Echado.

Nos tocaba darnos de golpes, todos nos reventábamos la cara unos con otros, el mayor Carranza decía, ya va a venir Ricardo manteca el enfermero, y cuando llegaba el mayor preguntaba ¿verdad que nadie está jodido?, cómo no, aquel sí, dejalo, otro día venís, te vamos a llamar, todos bien taleguiados, así nos dejaba, eso pasaba todos los días.

De los sesenta que estábamos en el momento, veinticinco quedamos, al mes que habíamos empezado, la mayoría no llegó.

Nos decían, hoy vas a salir en la noche y al siguiente día te vas a presentar a las siete de la mañana, uno se dirigía a visitar a la familia, en esa salida los demás desertaban, ya no llegaban.

5.5.1.1. Resistencia al dolor o sadomasoquismo

Transcurrieron cuatro semanas, pasamos dos meses disparando en un polígono, estaba ubicado en un cerro, cerca de donde está la pista de carrera de vehículos El Jabalí.

Un día llegaron un montón de gringos y alguien dijo que iban a ser instructores, ellos se iban y regresaban a los quince días.

El tiempo de ausencia de los gringos, los oficiales salvadoreños que dirigían el curso nos trataban peor que animales, nos pasaban jodiendo la existencia día y noche, no tenían ninguna clemencia, mucho menos consideración, uno llegaba a la conclusión de que no valía y que no servía de nada.

Nos encerraban, mandaron a construir tapial un corral con postes de palo, un cerco bien cerradito, en ese cerco colocaron pedacitos de tortillas y de comida, ahí se formó y mantenía un gran hormiguero, hervía de esos animales.

En ese hormiguero lo que hacían era amarrarnos y esposarnos con las manos hacia atrás y sin calzoncillo, sin nada, ahí nos sentaban en ese hormiguero.

En el techo del corral habían puesto arbustos de izcanales, con espinas, de una que le llaman pasacaites, unas grandes ramas de espineros y cerrado con alambre de púas por todos lados, bien tejido, y a uno ahí adentro le lanzaban gas lacrimógeno.

En la desesperación, empezábamos a reventar los alambres, todo eso, así chulones, quedábamos con heridas casi en todo el cuerpo, sentíamos a la vez un gran ardor, dolor y picazón, teníamos que salir de ahí a como diera lugar.

El que no se soltaba lo agarraban a balazos, a veces quien ahogándose con el gas, pero ellos lo que hacían era capturarlo como a un desconocido, los oficiales lo hacían solo por estar, jodiendo, había algunos que decían que un curso no era impartido así.

5.5.1.2. Sopa de guerrillero

Hubo una vez que llegó un guerrillero al lugar donde entrenábamos cerca de El Jabalí y se puso a disparar de noche desde el cerrito, lo capturaron vivo.

Los oficiales lo pusieron frente del polígono, un coronel dijo, qué chivo lo que nos vinieron a dejar, este guerrillero les pertenece, este bocado es de ustedes, se lo van a comer.

El guerrillero tenía veintidós o veintitrés años de edad, parecía estudiante universitario, estaba tan asustado como un gato montés recién atrapado, pálido, ojos rojos vidriosos, lágrimas que no paraban, temblaba, mejor dicho vibraba del pánico.

Cuando los oficiales se aburrían de disparar en el polígono se iban para donde estábamos, solo para ir a divertirse a costa del sufrimiento, humillación y vejación que hacían de nosotros, eran los encargados de cuidarnos, mejor dicho de estarnos jodiendo.

Al muchacho guerrillero los oficiales y los instructores lo fueron a poner de tiro al blanco, lo amarraron en un palo que hacía una cruz, cada uno de ellos le disparó a las extremidades, en forma de burla y diversión por los alaridos del guerrillero y de cómo lo deshacían a balazos.

Por último le dispararon a la cabeza, ahí murió, después de haber sido matado nos mandaron a recoger del suelo y despegar del palo la carne, huesos y tripas, luego lo metieron en una olla.

El capitán nos dijo, hoy vamos a tomar una sopa pura sustancia con carne bien nutritiva; sabíamos que eran los restos del guerrillero, no dijimos nada, porque nos iban a repetir la ración de sopa con carne.

Los oficiales nos preguntaban ¿verdad que son buenas las orejas?, ¿a quién le tocó la oreja?, a mí me dijo el baboso de Toño Chimbolo, ¿va que son buenas?

Bien cabal se siente el chuquillo de la carne, los oficiales nos ordenaban esto se van a comer y lo comíamos, ellos decían, estos como son comandos tienen que comer de todo.

Hubo un tiempo que nos salieron diviesos, eran grandes protuberancias en las nalgas, en las costillas, en las piernas, en los encajes de los testículos, sentíamos un dolor bien agudo, las grandes pelotas bien maduras, llenas de pus y cuando reventaban cómo apestaban.

Comenzamos a enfermarnos desde que empezamos a comer la carne de chuco y de zopes, un oficial dijo que ya no nos dieran de esa comida, porque de nada iba a servir el esfuerzo y que no anduvieran inventando, que se estaban pasando demasiado con nosotros, y que si se llegaban a ir el gran montón que estábamos ahí, ese no era un logro, porque no íbamos a andar comiendo chuco ni animales ni gente allá afuera.

5.5.1.3. Cacería humana

A la una de la mañana nos iban a aventar sin ropa, desde unos helicópteros en la cima del volcán de San Salvador.

El último de nosotros una vez tardó cinco días en llegar, la mayoría llegábamos a los tres días, cuando descendíamos de la cima y encontrábamos casas pasábamos jalando ropa a escondidas de los tendedores y nos la poníamos.

Había habitantes del volcán que nos regalaban ropa vieja por lástima, cuando nos veían chulones, raspados, heridos y golpeados, bien vergueados y con grandes chibolas bien maduras de pus.

Nos daban tres días para regresar, los oficiales decían, si no vuelven el día fijado, los vamos a ir a buscar, les vamos a dar verga y los meteremos presos por inservibles y pendejos, siempre nos andaban vigilando y cuando nos miraban perdidos en las faldas del volcán, nos tiraban balazos y nos sacaban carrera.

En esos tres días casi no comíamos, hasta que llegábamos a los cañales, con las manos o los pies las retorcíamos para extraerles el jugo.

Cuando llevaban nuestra comida no nos la entregaban, en la noche bien rendidos, todos nos acostábamos al nomás llegar.

Nos ordenaban, los primeros quince alumnos van hacer turno hasta las doce de la medianoche, al otro le toca de doce a cuatro de la mañana, y después íbamos a trotar, cada uno dormíamos cuatro horas, había quienes se dormían en las horas del turno, no les reclamaban hasta el día siguiente.

Los oficiales decían, los que se durmieron en las horas del turno están desnutridos, así que les vamos a dar comida, nos ordenaban atrapar los chuchos de la calle, esos animales los llevaban al cuartel y se hartaban las sobras de comida de ahí, se ponían gordos de tanto andar comiendo, los destazaban y cocinaban sopa con carne de perro.

A los chuchos que quedaban en engorde, cuando la sopa se enfriaba los metían en las enormes ollas a que se hartaran, y las sobras que dejaban se las daban para que la comieran los que se habían dormido en el turno, es paja que chucho no come chucho, porque sí y bastante.

Ya cansados los chuchos, bien llenos, hasta se sacudían, después de eso el oficial decía:

–Vaya los que se durmieron ¿cuántos son?

–Son cinco muelas.

–Que se vengan para acá las muelas, denle diez pedacitos de pollo a cada uno (mentiras, era de perro).

Como era una olla enorme, se cocinaba con leña, había veces que la carne de los chuchos medio la calentaban y la sacaban, los pedazos de carne chorriando sangre.

El oficial dijo:

–Juan Tábano comé esta carne, para que no te dé sueño porque los chuchos no duermen de noche, ellos sienten y vos para que tengás sangre de chucho tenés que ladrar y tener el olfato desarrollado, pero antes de todo agarrá unos cinco pedazos de pollo (mentira toda era de chucho).

El oficial quería que los demás vieran, le dijo a César el Gato tráele agua a Juan Tábano, éste tenía la gran panza y decía:

–Ya no aguanto, ya no aguanto, ya estuvo.

–¿tenés ganas de basquear?

–Si, ya no quiero.

–Ah, pues vas a dar diez vueltas a trote a la cancha.

Era con la intención que lo que había comido Juan Tábano lo arrojara a la olla, y después que arrojaba todo el vómito, los cuatro que también se habían dormido se lo comieran, y el oficial le echaba una gran cantidad de chile chiltepe rojo a la olla.

La comida que nos mandaban no la probábamos, estábamos amarillos, pálidos, desnutridos, sí nos llevó putas en ese curso de comandos.

5.5.2. Instructores extranjeros

Los profesores que nos formaron para desarrollar acciones especiales procedían de Canadá, Venezuela e Italia, pero la mayoría eran de nacionalidad estadounidense, estos últimos eran doce.

Los italianos nos enseñaron táctica y estrategias de guerrillas, los norteamericanos nos adiestraron a usar armas, movimiento y desplazamiento, como en El Salvador no era una guerra convencional, no nos servía de nada lo que los gringos nos enseñaban, nosotros decíamos, vamos a hacer lo que nos convenga, porque los que van a sobrevivir aquí en la guerra somos nosotros, no esos cheles.

Porque si lo hacíamos así como los gringos nos adiestraron rápido nos iban a matar, claro nosotros le seguíamos la corriente como si era la gran cosa lo que nos enseñaban, y es que ellos estaban convencidos que nos instruían con la última maravilla militar, sin embargo, los instructores canadienses, venezolanos y los italianos nos enseñaron mejor, y no andaban con tanta paja, en cambio los instructores gringos llegaban vestidos como si iban a filmar una película de guerra y ellos eran los héroes.

Los instructores militares venezolanos nos enseñaban cómo tener cuidado en la higiene de uno, como hacer para no ser detectado, para movilizarse en el monte, para enterrar ropa o armas y no dejar huellas, a desarrollar el sentido de olor y del oído, porque en la noche y en silencio de lejos se pueden percibir voces, uno escucha si un palito se cae o un animalito brinca.

Los instructores militares venezolanos lo primero que nos decían, tengan cuidado de noche, porque así como ustedes se mueven, hay otros que también lo hacen y tal vez más ligero, ustedes tienen que hacerlo más rápido que otros.

Los venezolanos nos decían que tuviéramos cuidado cuando fuéramos a tomar agua de algún riachuelo, poza, laguna, etc., porque podía haber alguien que lo estaba observando y esa agua podría estar envenenada, deben permanecer despiertos si se duermen van a fracasar.

Los instructores militares canadienses nos enseñaban como saltar en paracaídas desde aviones en vuelos nocturnos, nos llevaban a saltar con caída libre de día y de noche, y a saltar desde helicópteros.

5.5.2.1. Técnicas para extraer información al enemigo

En la patrulla éramos diez y andaban cuatro oficiales, ellos tomaban sus propias decisiones, en eso nosotros no nos metíamos, eran cuestiones relacionadas con el trabajo militar en el terreno.

Cuando los oficiales capturaban a un guerrillero, había veces que uno de ellos decía, yo siento que este guerrillero apesta, llevalo al río a que se bañe, de repente se oía pllaaaa, paaaa, pllaaa, los disparos cuando lo estaban matando.

Los gringos y los canadienses nos decían que a un prisionero era mejor tenerlo con vida para obtener información, los oficiales que andaban con nosotros decían, cómo van a creer que los guerrilleros nos van a dar información, mejor es destazarlos vivos y matarlos y con eso se acaba todo, y eso hacían.

Hubo una vez que anduvimos cargando a un prisionero durante tres días, lo capturamos en San Vicente en una parte del cerro La Campana, él se arrastraba, hacía un gran ruido, quizás el guerrillero decía, de noche van a oír mis compañeros, y me van a venir a rescatar.

Hubo un día que se acercó una compañía para relevarnos del lugar donde estábamos, un sargento de apellido Solórzano quería sacarle información y como el guerrillero no se la daba, lo fue matando a balazos, empezó con los pies, piernas, manos, brazos, etc., hasta que murió desangrado.

5.6. El engaño

A los dieciocho comandos que aprobamos el curso de los ochenta que lo iniciamos nos mandaron a una operación militar a Perquín, Morazán, a la zona donde mataron al coronel Monterrosa, ahí estuvimos tres días.

Nos dijeron que el servicio de inteligencia había dado información confidencial de la existencia de unas armas enterradas, nos dimos cuenta que estaba un numeroso grupo de guerrilleros bien armados esperándonos, o sea, era una trampa, similar a la que le montaron al coronel Monterrosa, él falleció porque fue una muerte negociada, es paja

que fue un derroche de imaginación y un desbordamiento de creatividad de la guerrilla, tipo peliclesco.

Un coronel quería eliminar el comando con la ayuda de la guerrilla, él nos mandó ahí, cuando habíamos esperado setenta y dos horas, puso otras setenta y dos para que esperáramos, no le hicimos caso y salimos con dirección hacia el pueblo El Rosario, cuando llegamos oímos disparos que provenían de todos lados contra nosotros, eran guerrilleros, nos dimos cuenta que ese coronel lo que quería era deshacerse de nosotros.

Los guerrilleros dispararon contra nada, porque fue exactamente donde nosotros estuvimos de pendejos esperando que llegaran a matarnos, ellos pensaron que estábamos ocultos o enterrados, ¿cómo sabían esa información?, ¿cómo les llegó?

Los guerrilleros tiraron con RPG7, RPG8 y unas detonaciones fuertes en un lapso de cinco minutos, hubo una balacera, no hubo enfrentamiento con nadie, solo fue la disparazón para ese preciso lugar.

Unos helicópteros llegaron como a las dos horas, nos dijeron que saliéramos a un caserío que le dicen Segundo Montes, en Morazán, ahí los pobladores y la Cruz Roja no nos dejaron pasar.

Regresamos a un lugar en donde los helicópteros se posaron sobre un bordo de un precipicio, nos tiraron unas escaleras con un lazo, nos guindábamos y subíamos; sin duda alguna, entregarnos querían.

VI ASESINATO DE LOS JESUITAS

6.1. La ofensiva guerrillera

En noviembre de 1989 cumplí diecinueve años, nos mandaron para El Paisnal, por Aguilares, en el camino encontramos una persona del lugar y nos dijo:

–Hoy han pasado muchos guerrilleros, bueno ¿y ustedes qué andan haciendo aquí?, ¿se han quedado perdidos?

–Sí, perdidos andamos.

–¿Cómo es eso que han pasado bastantes guerrilleros?.

–Quizás han visto soldados.

Pasamos por Chalatenango, anduvimos dos días, nos dijeron que habían pasado en columnas más de quinientos guerrilleros allá por el lado de El Poy.

Regresamos al cuartel del batallón Atlacatl, ya había empezado la ofensiva guerrillera en San Salvador, a salir con licencia íbamos cuando nos mandaron a cambiar de ropa, nos vestimos otra vez como guerrilleros, nos ordenaron: ustedes no van a salir, ésta es una emergencia, prepárense que los van a venir a traer en avión.

Nos equipamos y salimos a bordo de unos carros de la Policía Nacional, se detuvieron a mediación de la autopista, la bloquearon.

Detuvieron el tráfico y aterrizó un avión pequeño, nos subimos ligerito, de ahí nos transportaron y fueron a dejar a las instalaciones de la Fuerza Aérea en Ilopango, de ese lugar nos recogieron unos helicópteros y nos fueron a dejar al Estado Mayor.

Ahí nos quedamos afuera un día y una noche, habían entrado apresuradamente a las instalaciones algunos oficiales, salimos del Estado Mayor uno por uno a la calle.

Los oficiales se fueron con otra patrulla y nosotros nos fuimos cuatro, un sargento, un subsergente y dos más, uno de apellido Cayero, y otro que le decían Tirijaye que se llamaba Santiago, tenía una barba larga, nos sacaron por atrás del Estado Mayor, por el río Acelhuate.

Fuimos a salir a la pasarela que está enfrente de la Iglesia de Guadalupe, oímos un gran vergazo y una gran balacera, atacaron los guerrilleros un *convoy* de caballería y le dieron vuelta, lo terminaron liquidado, los soldados habían quedado guindados uno encima de otro.

De lejos vimos una gran cantidad de guerrilleros recogiendo los fusiles y dándole fuego a los camiones y al tanque, no les dijimos ni les hicimos nada, ellos nos vieron.

Los guerrilleros se dieron cuenta de nuestra presencia, pero como andábamos vestidos y armados como ellos, pensaron que nosotros éramos del mismo bando.

El sargento Lito “Candilejas” dijo, Toño “Tablita” andate para adelante y agarrá esa ametralladora y disparale a esos hijos de puta hasta que no quede ni uno vivo, empezamos a aventarles plomo, nos dimos cuenta que de todos lados salían guerrilleros, mejor nos corrimos.

Les causamos quizás veinte bajas, pero cuando sentimos nos estaban atracando y acorralando, y salimos desbarajustados, cuando bajábamos vimos la gran reguera de policías nacionales muertos, eran aproximadamente cuarenta, los habían despojado de su equipo militar.

Había unos camiones volcados, los guerrilleros los habían atacado con lanzacohetes, recibimos órdenes de regresar, nos metimos en el Estado Mayor, esto sucedió quizás a los cinco días de haber comenzado la ofensiva.

6.2. La masacre de los sacerdotes

Los dieciocho comandos nos mandaron al Estado Mayor, de ahí nos pasaron para la Escuela Militar, un teniente de apellido Yushy, nos dijo, hoy vamos a ir a que nos maten, porque ustedes ya mataron un gran montón, porque si muero, mejor que sea con ustedes, vámonos, salimos detrás de la escuela, ahorita vamos para otra cosa nos dijo ese capitán.

Según nosotros, íbamos para otra parte, y voy viendo que nos van sacando para donde está un hotel, muy próximo o contiguo a la UCA.

Se oían balazos por todas partes, observamos un guardia, cuando él nos vio se hincó en un puente y nos agarró a balazos con un G3, nos tiramos al suelo, un compañero nuestro cargaba una ametralladora, de una sola ráfaga lo dejó tendido en la puerta de entrada de la Universidad.

Entramos a la UCA y el capitán me dijo, aquí quedate, vimos que el teniente Yushy se fue para adentro y se llevó al barbudo Santiago, a un cabo Morales y al subsargento Zarpate Castillo.

De repente oímos, pomm, se oyó una granada, pam, pam, pam, los balazos pam, pam, pam, pero no veía a alguien que corriera, sólo miraba las bengalas en el cielo que salían de la Academia Militar, de ahí también tiraban morteros.

Al rato, oímos que se dirigieron hacia un cafetín que estaba adentro en la UCA y subiéndolo íbamos cuando el capitán nos llamó, y nos ordenó, ponete allá y vos allí.

Le pregunté a un compañero;

–¿Qué ondas?, ¿qué sucede aquí?

–Yo no veo nada

–¿Y qué pasa?

–Cálmate, a saber, si yo no sé tampoco.

–No sé para qué andan disparando allá adentro.

–A saber, vos ponete buzo no vaya a ser que vengan unos babosos por ahí y te peguen un balazo en la frente.

De repente apareció el capitán con los tres que lo acompañaron, me acuerdo que era de apellido Zarpate Castillo, otro era de apellido Gutiérrez, otro que le decían Zaguamora, y el otro.

A nosotros nos dejaron de seguridad en un tapial que estaba alrededor y vimos de lejos que iban saliendo tres señores, eran sacerdotes, me les quedé viendo.

El teniente Yushy nos dio órdenes, vos andate para aquel palo, vos para allá, cuando oímos purrrrrrr bam bam bam bam, al ratito, el que los mató fue el soldado barbudo, Santiago.

Los curas no gritaron, ni pidieron clemencia, se escuchaba que tiraban balazos en las solaire, paredes, puertas quizás, los capturaron, cuando salieron solo vimos esos tres curas afuera, ahí los mataron.

Vámonos dijeron, y le pregunté a mi amigo:

–¿Qué pasó?, ¿por qué vinieron aquí?, ese capitán a saber a qué putas nos ha traído aquí, yo no veo ningún guerrillero.

–Ah, vos callate, si no nos van a matar a nosotros también.

El capitán iba adelante, regresamos a la escuela militar, en el camino yo iba pensando, en lo sucedido, cuando llegamos nos dijeron, en estos momentos en la Zacamil está fregado y en la Escalón también ahorita para allá van.

6.3. En la colonia Zacamil, la guerrilla controlaba

Nos metieron en la colonia Zacamil, si más nos matan, un gran montón de guerrilleros estaban concentrados, a bastantes soldados habían matado, incluso a una unidad completa del Atlacatl, los francotiradores de la guerrilla disparaban desde lo alto de unos edificios.

En el Estado Mayor me dieron un fusilón AK47, se lo habían quitado a un guerrillero, esta arma tenía visores nocturnos, poseía luz infrarroja, lanzaba un rayo láser hasta una distancia de dos mil metros, ponía la luz roja sobre el objetivo donde uno quería disparar, sólo el que halaba el gatillo veía esa lucita, la persona que le iba a impactar o iba a ser el blanco del balazo no miraba nada.

Le disparé a un guerrillero, vi que se desbarrancó de un edificio, los oficiales nos decían maten la mayor cantidad posible de guerrilleros porque de esa forma defienden al país y a la familia de ustedes, los guerrilleros han matado a la gente de todos los pueblos, aquí sólo nosotros hemos quedado porque estamos armados.

Los oficiales nos mentían y nos infundían odio, para que actuáramos sin piedad ni miedo a morir, y uno de baboso se ponía a pensar, mi hermano, mi mamá, mi novia, amigos, ya los mataron a todos en el pueblo, ¿cuántos muertos ha de haber?, ¡y qué, si cuando llegué a mi cantón no había sucedido nada de lo que los oficiales nos habían afirmado, fueron mentiras, toda la gente bien normal estaba.

Los oficiales eran unos grandes mentirosos, nos inducían para que matáramos a gente a diestra y siniestra, nos ocupaban de instrumentos.

De la colonia Zacamil nos mandaron para la colonia Escalón, allá estuvimos, hubo emergencia nada más como quince días, ya no se oía nada porque había terminado la ofensiva.

6.4. La captura de los comandos del Atlacatl

Un chero, Manuel Chema Tamales me dijo:

- Están agarrando presos a los recondos de Sonsonate y al rato nos van a capturar a nosotros.
- ¿Qué hemos hecho?
- A saber, yo qué sé.
- Quizás porque fuimos aquel día a la UCA.
- Por esa onda ha de ser.
- Ah, pero yo no he matado a nadie.

Los oficiales nos dijeron, ya va a pasar la emergencia y van a salir con licencia, estábamos en el Country Club, es un lugar donde los socios son gente que tiene mucho dinero y llegaban a jugar golf, estábamos sentados sobre la grama cuando se nos acercó el capitán y nos preguntó:

- ¿Qué tal?, ¿cómo están?
- Ah, bien por aquí.
- ¿Sabe cuándo van a dar la licencia?
- Dicen que en ocho días porque ahorita no se puede, ustedes ya se van a ir, pero antes los van a llevar a ver una película cachimbona a la Escuela Militar, ustedes son los únicos con suerte que van a ir a divertirse.
- ¿Películas para qué?, no quiero ver cine, yo quiero ver a mi familia y salir de aquí, ya me aburrí.
- ¿Y por qué querés salir?, ¿por qué no te habías aburrido antes?
- Si me dejaran salir ya me hubiera ido, pero algún día de estos voy a salir y ya no vuelvo ni mierda aquí.
- Ustedes ahorita no pueden ir a ningún lado.

Los oficiales ya se habían puesto de acuerdo en la Escuela Militar, no hacerse cargo de todo eso que ellos mismo habían mandado a hacer, en ese tiempo estaba de comandante general de la Fuerza Armada el señor Alfredo Cristiani..

Dijeron, a las once tenemos que estar listos aquí en el local porque nos van a venir a recoger, nosotros recogimos todos los bolados y los echamos a la mochila y esperamos a que llegaran.

Llegaron del cuartel de caballería, nos subimos a los vehículos, y nos bajamos en la Escuela Militar, había unas aulas donde recibían clases los cadetes, en una de ellas tenían la sala de cine.

Nos ordenaron, hagan dos filas, quítense todo el equipo militar que cada uno anda, porque en la sala de cine no pueden entrar con armas, solo con uniforme, entramos, ¿y para qué nos traen aquí?, y nosotros viendo, nadie les va a hacer nada, unos babosos que habían güeviado pistolas se las metieron en las axilas.

Cuando salimos de la sala del cine ya habían recogido absolutamente todo lo que habíamos dejado, habíamos oído la bulla de lo que hicieron, cuando recogían rápido nuestras armas y mochilas.

Además cuando estábamos en la sala de cine oímos un gran ruido que producían los motores en marcha, más de diez vehículos, camiones y *jeeps*, procedentes de Caballería, cuando salimos nos estaban apuntando con ametralladoras a los diecisiete comandos del Atlacatl, nos dieron la orden de tendernos en el suelo y no movernos para nada.

Estaban cometiendo errores con nosotros, era injusto lo que estaban haciendo, les habíamos servido, nos habían recalcado muchísimas veces que éramos los héroes de la patria, a decir verdad nos dejábamos engañar tontamente en el transcurso de toda la guerra para llegarnos a pagar con algo injusto, porque lo que hicimos fue en contra de nuestra voluntad, obligados.

—¡Nadie levanta las manos!, ¡nadie se mueva!

Había cadetes tendidos en el suelo, hincados, y unos oficiales en posición de tiro, todos apuntándonos con sus armas a cada uno de nosotros, y unos soldados también nos apuntaban.

Además de todo eso, estábamos desesperados por ir a ver nuestra familia, teníamos dos meses de andar en operaciones militares en el monte, cuando los oficiales de un solo nos metieron en ese gran problema.

El capitán dijo, no se aflijan, solo es investigación, el que tenga armas mejor que las entregue, que levante la mano para que se la saquen, hasta él nos tenía miedo, después que había andado con nosotros, tenían temor que alguno de nosotros cargara una granada, nosotros tendidos en el suelo y ellos nos anduvieron registrando uno a uno.

Ascencio fue el único que se salvó del grupo de comandos, desertó dos días antes, y se fue con una mochila llena de billetes de cien dólares que encontró en la UCA.

Ascencio le dijo al subsargento Zarpate Castillo, déme chance, mañana me voy, ya no quiero andar aquí, se fue, pero con esa mochilada de pisto, eran quizás veinticinco paquetes solo de cien dólares, Ascencio lo sobornó con un fajo de billetes para que lo dejara desertar, ahora él vive en Australia.

Después de habernos desarmado y registrado en la Escuela Militar, nos metieron en unas cárceles, nos escoltaron durante todo el trayecto, íbamos esposados, en la Policía de Hacienda sacaron un montón de putas para vaciar la cárcel, y nos metieron solo en camiseta, llegó el teniente Yushy, ¡vaya, vaya, pendejos!, hoy sí se la van a hartar.

El teniente Yushy nos decía, vaya ya les tocó pendejos, recuerdan lo que fueron a hacer a la UCA tal día, entonces vino un oficial y le dijo, yo no he hecho nada, quienes lo hicieron fueron otros, porque a nosotros sólo nos dieron órdenes, hemos andado en misiones y operativos militares que no han salido de nuestra propia voluntad, fuimos obligados para hacer eso y cumplimos órdenes, el teniente Yushy le gritó: ¡usted cállese, pendejo!

Después que nos metieron presos, nos aventaban unas bandejas con comida, y el oficial de apellido Espinoza agarró la bandeja y se la estrelló cabal en la cara ahí en las bartolinas, le dijo, ¡hijo de la gran puta!, algún día voy a salir de aquí, vos has sido el

que ha hecho ésto y nos has empujado y también esos viejos pendejos, no vayan a creer que yo me la voy a hartar por ellos, todo esto lo van a pagar caro.

Nosotros lo que pensábamos era que tanto tiempo que nos sacrificamos, humillaron y arriesgamos, y con lo que nos pagaban ahora, anduvimos luchando en la guerra, aguantando hambre y sufriendo, para venir a parar aquí preso.

Un día llegó y el oficial le dijo, mi coronel lo voy a irrespetar por su edad y su uniforme, pero le voy a decir una cosa, sácame de esta mierda, porque ustedes me han metido y a todos estos que están aquí, nosotros no vamos a hablar con los medios de comunicación.

Al tiempo unos oficiales nos dijeron:

–Van a salir, pero cada quien váyase a la mierda lo más pronto posible de El Salvador.

–No, porque nosotros somos salvadoreños y este es nuestro país.

–Si salen es porque tienen suerte.

–¿Y por qué tenemos suerte y por qué nos acusan?

–Ya van a ver por qué los acusan.

El comandante de la PH nos dio permiso que tuviéramos un televisor en la cárcel, nos llevó unas putas, después sacaron unos comandos, luego a otros y así, cada cuatro o cinco días iban sacando uno a uno, a los tres días iba llegando después de haberlos interrogado.

Nos fueron a meter a un sótano al cuartel de la marina, donde estaba antes la Policía de Hacienda, nos tuvieron encerrados como veinte días, nos metieron ahí porque cuando se dio cuenta la familia que teníamos más de tres meses de no llegar a la casa empezaron a preguntar por nosotros, nos iban a buscar y nos negaban, les decían que nos habían matado.

Nos interrogaron en el Juzgado Cuarto de lo Penal, nos preguntaban ¿cómo había sucedido?, ¿quiénes y cuántos fueron?, ¿por qué habíamos hecho eso?, llegaban oficiales que nos asesoraban para expresar lo que ellos querían que dijéramos.

Nos ordenaban que mintiéramos, porque si no el país y la Fuerza Armada corría peligro y que se iba a quedar sin apoyo económico de los Estados Unidos, y lo grave era que podían perder la ayuda militar, que tratáramos la manera de que nos fijáramos bien lo que ellos nos decían porque El Salvador podía caer en manos de los terroristas.

Como los oficiales del Estado Mayor, no querían sacarnos de la prisión, les mandamos a decir que íbamos a decir toda la verdad, porque no mirábamos clara nuestra libertad, a nosotros nos interesaba salir de la cárcel, a ellos que dijéramos lo que nos decían, que mintiéramos.

6.5. Les dieron la baja

A los oficiales que eran nuestros comandantes se los llevaron para enjuiciarlos, les dijeron que iban a quedar detenidos y nosotros quedamos libres bajo custodia.

Pasamos aislados aproximadamente tres meses, durante ese tiempo nos prohibieron hablar en las bartolinas, cuando nos sacaron de prisión causamos baja, nos ordenaron que nos fuéramos del país, y que si queríamos seguir viviendo nunca hablaríamos de lo que sucedió en la UCA.

Le dábamos gracias a Dios por habernos dejado libres, nos poníamos a pensar todo lo que habíamos pasado, en los lugares dónde anduvimos, a dónde nos tuvieron prisioneros, por qué nos apresaron y por lo que nos acusaban.

Cuando llegamos al cuartel del Batallón Atlacatl, los soldados nos veían con desconfianza y hacían comentarios, nosotros platicábamos sobre la experiencia que habíamos vivido, comentamos la vivencia que tuvo cada uno, por ejemplo: ¿qué te dijeron?, ¿qué te hicieron?, ¿a ustedes no les dijeron tal cosa?, a nosotros nos dijeron esto y aquello.

Al cuartel del Atlacatl primero llegamos diez, después a los dos o tres días otro, luego a los cuatro o cinco días otro, al final del mes nos reunimos todos, cuando llegó el último, vimos al comandante del Batallón Atlacatl.

El nombre del comandante era José Eduardo Ángel Orellana, un hombre alto y pechito, ya iba a ascender a coronel en esos días, él solo nos dijo, aquí estense porque les vamos a hacer una fiesta el sábado, les vamos a traer unas putas para que se les olvide todo eso que han pasado.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntais diablo, carne y mundo⁶.

El comandante Orellana nos dijo, todos ustedes ya van a causar baja, todos los fusiles y equipos que tenían quedaron en el Estado Mayor.

Antes de que nos mandaran a la UCA nos quitaron los fusiles que llevábamos y nos entregaron otros, y cuando hicieron la prueba balística dio como resultado que eran balas de las armas que utilizaba la guerrilla, los casquillos salieron negativos, los oficiales tuvieron un gran cuidado, ellos sabían que nosotros podíamos usar cualquier clase de arma, teníamos un conocimiento de unos cien tipos de armas.

En el cuartel del Batallón Atlacatl platicábamos, decíamos, gracias a Dios ya no volveré a esta vida de militar, si salgo de esta situación mejor voy a trabajar a otra parte, unos decían voy a trabajar de seguridad, yo en el campo, yo a ver qué oficio aprendo,

con un primo voy a aprender a manejar ya no quiero andar aquí, yo me olvido de esto y nunca más volveré aquí, yo voy a ver si una tía o un hermano me lleva para Estados Unidos o me presta pisto para ir de mojado a ese país, no vaya a ser que después nos anden buscando para matarnos.

Cuando nos despidieron, el coronel dijo que no teníamos derecho a pago ni a indemnización porque desde el día que quedamos presos causamos baja, hasta el sueldo nos quitaron.

Los comandos teníamos de salario mil seiscientos colones cada uno, éramos los que más ganábamos en ese tiempo porque la mayoría tenía un sueldo de ochocientos o novecientos colones, los oficiales decían que el sueldo que teníamos era el que recibía un teniente, porque el subteniente ganaba mil quinientos colones.

El Estado Mayor nos pagaba, salíamos en planilla cubriendo una plaza de un sueldo de un oficial.

Cuando uno salía del cuartel del Batallón Atlacatl y paraba con la mano un vehículo, el chofer frenaba el automóvil por miedo, porque antes del Acuerdo de Paz la fuerza armada obligaba a los ciudadanos, desde un soldado hasta un general le hacía el alto a un conductor tenía que parar el carro inmediatamente.

Le dijimos a unos soldados que estaban de servicio en la entrada, que detuvieran un carro, ellos nos comentaron que un oficial les había dado la orden de no parar ningún carro, así que vean cómo hacen, lo mejor que pueden hacer es irse por esos cañales, ni para el pasaje nos dieron para conducirnos a nuestros lugares de origen.

Desde ese momento nos sentimos peor, más que llevábamos el trauma de todo lo que habíamos pasado, nos sacaron a la calle como algo que no servía, yo decía, jamás, ni nunca voy a volver a regresar a la vida militar, ayer fuimos héroes y hoy somos villanos, nunca me imaginé lo que iba a suceder, lo que he vivido, tanto que anduve y estuve por nada.

Al grupo de comandos nos habían hecho aparecer como fallecidos en la documentación de la fuerza armada, ya no existíamos, eso era lo que ellos presentaban a los organismos de derechos humanos y a las organizaciones internacionales, cuando nos llegaban a buscar al cuartel del Batallón Atlacatl.

Cuando se dio la desmovilización después del Acuerdo de Paz, fuimos al Estado Mayor para saber si nos habían tomado en cuenta, cuando llegamos nos sacaron y nos dijeron, ustedes no tienen por qué estar aquí, lo que deberían de hacer es emigrar a los Estados Unidos, no tienen ningún derecho a vivir en El Salvador.

6.6. La visita inesperada

Para mí ya no existe la Fuerza Armada, y me da lástima el tiempo que perdí en esa vida, es algo que no quisiera ni acordarme, saqué todos los papeles que me dieron en el cuartel y los hice pedazos, luego los eché al fuego.

Mi mamá me decía, en la desgracia que viniste a parar después de estar con los militares, les serviste fiel y lealmente, esa era la gran guerra que decían ir a pelear para defender la patria, no sirvió de nada, fíjate hasta preso ibas a quedar, sólo por andar de bruto ahí con ellos.

Ella me aconsejaba, no andés saliendo, es peligroso, a ustedes hasta por televisión y el diario los han sacado y hay gente rencorosa, está peligroso todavía, porque sino cuando vengás a sentir te van a capturar y después no te van a soltar, no hay nadie que te defienda.

A los cuatro meses el subsargento Mario Vásquez Arévalo llegó a mi casa, a preguntarme si sabía a dónde vivían los demás comandos, él llevaba la orden que nos presentáramos al cuartel del Batallón Atlacatl porque querían reunirse, debido a que habían llegado unos señores importantes que querían entrevistarnos y vernos, esto fue en el año 1991.

El subsargento Arévalo, me dijo:

- Aunque sea solo vos andá.
- Ni aunque esté loco regresaría, ni aunque me paguen una fortuna, que no vayan a creer que en otra guerra nos van a reunir, no volveremos, la guerra fue una mentira, y un negocio para los oficiales, ahora de todo me he dado cuenta.
- A vos te han dicho mentiras.
- ¿Cuáles mentiras? Nos sacaron en la televisión, en los diarios, en el radio, hasta en los medios de comunicación de otros países, nos presentaron como asesinos y no lo somos, en cambio los oficiales ahí andan libres, con una reputación intachable y con el pisto que hicieron porque convirtieron la guerra en su negocio.
- Dejá de hablar paja, estás completamente engañado, bueno, de todos modos es una orden de que se presenten, si no te van a venir a traer.
- Por el balneario Los Chorros he dejado enterradas unas minas y el día que venga ese coronel le voy a dar vuelta con todo y carro.
- ¡Qué!
- Ni piensen en andarme buscando porque así como soy yo, son todos los comandos, y no vayan a creer que ellos están contentos con ese coronel porque el muy cobarde nos abandonó, y nos indujo a meternos presos, sabiendo que nosotros fuimos mandados por él mismo a la UCA, eso no lo hubieran hecho porque éramos leales con ellos, es imposible que volvamos.

Empecé a salir de la casa como a los cinco meses, un primo que era albañil me dijo, dejá de andar pensando en lo que te pasó, mejor vamos a San Salvador a trabajar, empecé a ir con él, a los dos años se me fue olvidando toda esa pesadilla.

Una vez que viajaba a bordo de un bus, me estaban esperando por un lugar que le dicen Monte Alegre, antes de llegar al beneficio de café La Mica, es el sector donde vivo, ahí había un retén de la Guardia, eso fue en el noventa y uno, estaban bajando a todos los pasajeros.

Julio el Chele Clínica, un vecino se subió al bus y me dijo:

–La guardia desde ayer tiene un retén cerca de la casa, dicen que andan buscando a unos que fueron comandos del Atlacatl.

–¿Y quién los anda buscando?

–Los guardias.

–Ayer pasé a bordo de un bus lleno de pasajeros, no me vieron.

–Ah, yo creo que a vos te buscan.

Precisamente ese día, que conversaba con el Chele Clínica, los guardias en el retén pararon el bus, nos bajaron, pidieron los documentos de identidad y empezaron a registrar a los usuarios del transporte, preguntaron ¿quién se llama...?

Me fui alejando y traté de dar la impresión que iba a orinar a la orilla de calle, de repente oí cuatro balazos, corrí y me persiguieron por unas calles polvosas, no me alcanzaron, pero si me quedo me hubieran capturado y matado, a los comandos nos querían matar uno por uno, pero no lo lograron.

Después de ese incidente me fui por dos años a vivir con mi hermana Yolanda Punta en Tonacatepeque, de ahí salí a trabajar, en ese tiempo se dio la desmovilización de la guardia.

6.7. Miseria militar

El mayor Azmitia Melara no le andaba diciendo nada a nadie, él disparaba a la gente que vivía en las zonas controladas por la guerrilla, junto con el coronel Monterrosa eran bien fregados esos oficiales, les teníamos miedo porque esos señores si en el terreno de campo un soldado hacía algo que no les pareciera, como una falta o una marca, ahí mismo lo agarraban y lo colgaban de la rama de un árbol y así lo tenían guindado toda la noche o todo el día, hasta morado y con los ojos bien rojos.

Los oficiales cuando se enojaban con algún soldado, le decían, si estás enojado te voy a dar el fusil y yo voy a agarrar el mío a ver quién de los dos dispara más rápido, a ver si tenés huevos. Los mismos jefes peleándose con los soldados y eso era bien fregado.

El teniente Batres Leiva era bien enojado en uno de sus ratos de rabia a un soldado lo empujó, lo escupió y le gritó, ¡disparame un par de balazos a ver si sos macho culero de mierda!, el soldado le aventó dos de un solo en las piernas y lo dobló, ahí mismo capturaron al soldado, lo mandaron en un helicóptero y lo metieron preso en la cárcel de Sensuntepeque.

El teniente Batres Leiva le faltaba el respeto a los soldados, nos decía, si huevos tienen ustedes, yo también, y al soldado que desgraciadamente por solo el hecho de caerle mal lo mandaba a capturar y lo garroteaba todo.

Se caminaba mucho en las operaciones militares de cuarenta y cinco días o de dos meses, los oficiales cuando era la hora de descanso aprovechaban y agarraban a algún soldado de pila, los soldados rendidos, cansados, escaldados, bien morados de los pies después de caminar demasiado, no importaba, con un garrote lo apaleaban como piñata y nosotros sólo viendo con miedo a que le cayéramos mal al oficial y nos garroteaba también, y después que llegábamos bien rendidos al cuartel, al pobre soldado agarrado de pila, lo volvían a garrotear todos los días.

El oficial al soldado le decía, hasta que se me olvide lo que dijiste, que me estuviste salvequiando voy a dejar de darte verga, si se me olvida te vas a salvar, pero si me acuerdo unas diez o quince veces en el día esas veces te va a caer, ese soldado andaba como muerto en vida, por esa razón hubo bastantes que desertaban en el monte, se iban de noche, dejaban el equipo, porque para andar así no era vida.

Los soldados que habían sido agarrados de pila tenían la vida pendiendo de un hilo, porque los oficiales se los ponían de carne de cañón a los guerrilleros, decían, mañana irá un patrullaje a un campo que está minado, el que irá adelante vas a ser vos, lo llamaban y lo mandaban con una instrucción que si se paraba en una mina o lo mataban era el primerito que querían que le dieran.

Cuando los oficiales tenían odio con algún soldado le decían, mañana vas a ir a tal lugar dicen que ahí hay un grupo de guerrilleros, quiero ver que así como sos de bravo sos de valiente, pero el oficial los mandaba con una condición, que los mataran.

A los soldados no les convenían mirar mal, mucho menos contrariar a un oficial, porque como soldado todo el tiempo la llevaba de perder, el oficial trataba la manera de que cuando había una balacera disparar contra los mismos soldados, habían unos soldados que veían, pero no decían nada.

Todos los soldados se quedaban callados, solo mirando, los oficiales siempre trataban la manera de tenerlos intimidados.

Al soldado que le caía mal el oficial le ordenaba:

–Te toca hacer turno.

–Ah, estoy rendido, he hecho doce horas.

- ¿Te estoy preguntando hijo de puta?, a pues por pendejo vas estar tres días más de turno.
- Somos veinte los que andamos y por qué mejor no nos dan una hora a cada uno.
- A mí me vale verga, yo hago lo que quiera.
- Solo le estoy diciendo mis derechos.
- Aquí el derecho soy yo.

El oficial enojado por los reclamos, ordenaba a algún soldado, desequipame ese baboso, amárralo, y andá buscá un garrote, luego el oficial le zampaba veinticinco o más garrotazos en el lomo o en los pies y todo eso amarrado, y así lo mantenía todos los días hasta que pasaba la operación militar.

El oficial al llegar al cuartel ordenaba: cortale el pelo a este hijo de la gran puta y andá zámpalo a la bartolina.

Al oficial de cada compañía le hacían entrega de dinero para que pagara el sueldo de todos los soldados que la conformaban, y al soldado o soldados que habían sido agarrados de pila por el oficial, no les pagaban, los oficiales se robaban ese pisto, y al salir con licencia los dejaba en el cuartel y decía, aquí te vas a quedar, esto es para que aprendás, pero antes de que me vaya te voy a zampar tus respectivos garrotazos, y le metía unos veinticinco.

6.8. En el cuartel se torturaba

Los oficiales tenían un establo en el cuartel del batallón Atlacatl, ahí tenían prisioneros a guerrilleros capturados, en ese lugar los torturaban y luego los mataban.

En los enfrentamientos que se tenían con la guerrilla, por lo general en casi todas las operaciones militares se capturaban más de un subversivo, a estos prisioneros, cuando salíamos a trotar todas las mañanas los veíamos un día, dos días, luego no los mirábamos salir ni de noche, ni de día, o sea los desaparecían.

Algunas veces encontramos botados pedazos de ropa o charcos de sangre, llegábamos al establo, solo nos quedábamos viendo de lejos y nos preguntábamos ¿a saber qué hicieron el capturado que tenían aquí? Otros soldados que estaban de turno decían, yo vi que unos de la Sección 2 (de inteligencia) fueron al corral y llevaban puñales pequeños, unos lazos y unas cuerdas de acero como de freno de bicicletas.

Los de la Sección 2 iban a interrogar a los guerrilleros y cuando éstos no querían decir nada, se oían los vergazos que tronaban adentro del cuarto de interrogatorio, los agarraban a patadas, a empujones, los revolcaban o les daban con los puñales en la cabeza, algunas veces los decapitaban.

Tronaban los golpes allá adentro, les daban contra la pared, los mataban a puños vergazos, cuando espiaba a escondidas se veía como si habían tapizado el cuarto, los pedazos de piel con carne y pelos pegados en las paredes.

Los miembros de la Sección 2 de inteligencia del Atlacatl eran subsargentos, había un sargento de apellido Molina que actualmente trabaja en el Estado Mayor, el capitán Silva era el comandante de sección, solo los que pertenecían a la Sección 2 eran los únicos que podían entrar al cuarto de tortura.

Cuando regresaban los compañeros al cuartel después de una operación militar traían capturados a uno o dos guerrilleros o habitantes de la zona de combate, los de la Sección 2 los interrogaban y para hacerlos hablar les amputaban las orejas, así poco a poco, en trozos les cortaban partes del cuerpo, les metían en la boca pañales impregnados con gasolina y a veces los quemaban vivos.

No todas las personas que capturaban y llevaban al cuartel del Atlacatl eran guerrilleros, sino que los oficiales capturaban a cualquier civil de algún caserío, cantón o pueblo, solo por joder, por divertirse de verlo sufrir hasta la muerte.

6.9. Encuentro de ex compañero comando

Fui a trabajar a Santa Ana, estaba laborando en la construcción de una casa de dos plantas, éramos cuatro albañiles los que íbamos y, de repente vi que se subió un hombre con unas maletas vendiendo colchas, ropa y camisas y me le quedé viendo, tenía de edad unos sus treinta y ocho años, andaba con aritos, bien peludo, me vio y me dijo:

–Hey, ¿qué pasó vos?, hasta cuándo te veo.

–Pensé que nunca te iba a ver.

–Hasta ahora que veo a uno de los que estuvimos presos hace cinco años por lo que pasó en la UCA.

–¿Y qué tal? ¿Qué hacés?

–Ahora me dedico a trabajar.

–¿Estás bien?

–Ando vendiendo colchas y ropa porque está yuca ¿te acordás de Ñoño?

–Sí, me acuerdo.

–A ese lo mataron por asaltar un banco en Santa Ana.

Ñoño estaba bien joven, tenía dieciocho años de edad, era bien malía el baboso, algunas veces salía en la noche a escondidas, del cuartel del Batallón Atlacatl, les daba paja a los soldados del portón, les decía, voy a comprar unas pupusas ahí no más, ya voy a regresar, otras veces a escondidas se escabullía por el lado del cerco y se dedicaba a asaltar a la gente.

Ñoño salía y si miraba a alguien que iba con su carro bien chivo, él se le ponía enfrente para que se detuviera y ahí mismo a los pasajeros les robaba el dinero y las prendas de valor.

Cuando Ñoño mataba uno o dos guerrilleros él siempre agarraba el fusil y lo enterraba en el monte y cuando salía con licencia lo iba a traer.

Una vez se llevó a unos compañeros, salieron con permiso, pero esos dos ya tenían dos fusiles afuera también, e hicieron un retén allá por Sacacoyo, cerca de Armenia.

En el retén se enfrentaron a balazos con dos guardias nacionales, los mataron y los dejaron abandonados, les quitaron los fusiles y escondieron, después otros guardias los fueron a recoger y los llevaron al cuartel del Batallón Atlacatl, y los babosos ya tenían como media hora de haber regresado, yo lo vi cuando iban entrando por un cerco, Noño me dijo:

–¿Qué ondas?

–Vos tranquilo, no has visto nada.

Estos tres compañeros comandos en las noches salían a hacer fechorías, cuando nos tocaba descanso nos dedicábamos a dormir en los catres y en la mañana íbamos a bañarnos a la piscina, y de los catorce comandos que éramos a veces cuatro, cinco o seis nos quedábamos en el cuartel, los demás jodiendo afuera, unos asaltando, violando, güeviándole o amarrando a la gente.

En cierta ocasión, en la colonia El Sitio, a la altura del desvío de Opico, tres babosos de los comandos llegaron a la casa de un señor que tenía dos hijas muy bonitas y las violaron. Cuando regresaban al cuartel se hacían los majes, todo el pisto que güeviaban lo ocupaban para comprar droga.

Vi a otro ex compañero, un negro de apellido Calero, ya bien viejo, en El Congo vive ese gran malía, ellos están bien señores, ya se compusieron, hace como unos dos años vi a otro, andaba de mozo bajando café en un camión por Santa Ana.

Encontré otro ex compañero comando en Lourdes, la última vez que lo vi tenía unos dieciséis años y ahora tenía unos treinta y ocho años de edad, se ve bien señor, era bien ágil, andaba cojeando, le pegaron un balazo en un asalto, él me dijo que estaba trabajando de seguridad.

Al tiempo descubrí a otro ex compañero originario del volcán de San Salvador, lo vi hace como unos diez años, me contó que ahí en Lourdes le pegaron cinco balazos.

Él me contó que se había hecho miembro de una banda de asaltantes, ya está bien señor, andaba con muletas, porque en las piernas tiene balazos e injertos en los brazos como que son quemadas, en el estómago tiene tres operaciones.

Los compañeros del grupo de comandos no han andado en buenos pasos, se salvaron de la prisión y de la muerte, y hoy en la vida civil andan todos inútiles.

Me siento bien sorprendido de ver a un compañero libre, luego de haber estado preso y de haber andado con ellos en buenas balaceras, a veces uno hasta amanecía en los enfrentamientos con ellos y salía ileso, y uno se admiraba.

Me acuerdo que en la ofensiva guerrillera de 1981, nos mataron a un compañero comando, al cabo Toño “Chimbolo”, cerca del hospital Rosales, a cinco cuerdas de ahí, el tercer día que había empezado la ofensiva, en diciembre iba a salir de baja y en noviembre fue la ofensiva.

En los alrededores del hospital había una concentración de bastantes guerrilleros, nos costó entrar, estuvimos unos tres días, nos movíamos poco a poco, Toño “Chimbolo” salió corriendo a apoyarse en un poste cuando cabal le dieron un balazo en el estómago, inmediatamente después le cayeron tres balazos más, lo anduvimos cargando muerto tres días.

Al cuarto día decidimos dejarlo y lo enterramos en una casa que estaba sin techo de esas que la fuerza aérea había bombardeado, lo metimos en unas bolsas de plástico para que no se descompusiera pero como la casa no tenía techo le entró el sol y se descompuso, el estómago se le infló.

A Toño Chimbolo le explotó el estómago, cuando llegamos a ver hervía de gusanos, se lo llevaron, lo limpiaron, le quitaron los gusanos, lo desinfectaron y se lo entregaron a la familia, él fue el único miembro del comando que nos mataron.

Referencias

1. MARIO BENEDETTI (1920-), **Abrigo**.
2. RUBÉN DARÍO (1867-1916), **Coloquio de los Centauros (Fragmento)**.
3. Mario Benedetti (1920-), **Esa batalla**.
4. RENATO LEDUC (1895-1986), **Aquí se habla del tiempo perdido**.
5. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1881-1959), **Enfermo**.
6. SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (1651-1695), **Redondillas**.

CONCLUSIÓN

Los oficiales nos hacían creer que uno iba a pelear por defender la Patria y nuestra familia, todo eso era mentira, nos decían que era obligación como ciudadanos, si hubiera sido cierto, ellos no se hubieran enriquecido porque la guerra para los oficiales fue un gran negocio, en cambio para nosotros fue todo lo contrario.

Porque si pasó la guerra y todo terminó, nosotros hubiéramos sido beneficiados en algo como una indemnización, la comunidad internacional donó dinero para que los excombatientes fuéramos indemnizados, eso no lo cumplieron, le dieron a uno que otro ese dinero, lo demás se lo robaron, con cualquier excusa, justificación o pretexto, porque para mentir sí son buenos, pero para hacer acciones buenas son malos.

Me arrepiento de haber pertenecido a la Fuerza Armada, de haber sacado cursos y de haber sido inducido a realizar lo que hicimos, no sabía por qué nos mandaban a hacer operaciones militares, ocuparlo a uno como un instrumento para andar haciendo masacres o para ser parte de un escuadrón de la muerte.

La guerra no sirvió porque nada ha cambiado, los pobres seguimos siendo más pobres, si ha cambiado es porque se terminó la guerra, nada más.

Solo malos recuerdos tenemos de los oficiales, nos trataban como bestias y nos entrenaron para convertirnos en salvajes, hemos sido despreciados por ellos y más que todo el engaño, la mayoría de ciudadanos ha ido despertando, incluso, nosotros que anduvimos en la guerra hemos despertado poco a poco, reflexionando y analizando que realmente fuimos tontos útiles desechables.

Los oficiales nos hacían creer y nos inculcaban que éramos fuerzas especiales, y que nosotros éramos los más cachimbones de toda la Fuerza Armada.

Hoy, para mí eso ya no existe, no quiero ni recordarme, y estoy seguro que otra vez no vuelve a pasar en mi vida, ya no vuelve a pasar más.

Yo digo que quizás con ninguno, ni con uno ni con otro...

Nuestros hijos y nietos deben saber la verdad de los de abajo como yo, y no la de los oficiales, porque a los jóvenes les puede ayudar para que no se dejen instrumentalizar ni engañar con mentiras “patrióticas”.

Es bueno conocer las historias que uno ha vivido y de cómo son las guerras de los poderosos, que engañan a la gente sencilla, las personas mueren por nada, peleando por nada.

Los millonarios y los oficiales de la Fuerza Armada lo inducen a pelear entre uno mismo y el que muere es el pobre.

Los que fuimos comandos contamos las historias a nuestros hijos, para que éstos se las relaten a nuestros nietos, y que la memoria no muera, y que no se dejen engañar ni instrumentalizar como lo hicieron con nosotros. Otra guerra no.

SEGUNDA PARTE LA GUERRILLERA

I DE LA ESCUELA A LA GUERRILLA

1.1. El trabajo infantil en el campo

Nací en el cantón Rosario Perico, jurisdicción de Tenancingo, en el departamento de Cuscatlán; lugar donde el desarrollo no llegó, el transporte se realizaba sólo a caballo y transitábamos por veredas escabrosas. No teníamos agua potable, ni luz eléctrica, no conocíamos el televisor, sólo radios, que apenas se lograban escuchar. Las viviendas estaban construidas de bahareque y techos de zacate jaraguá, las mejores, de adobe y techo de teja.

Las personas del cantón creían que no era necesario estudiar porque iban a dedicarse al cultivo de la tierra, y para eso no requerían educación. Los niños, cuando era el tiempo de la siembra, tenían que ausentarse o desertar de la escuela para ir a labrar la tierra, y las niñas debían moler el maíz en la piedra, echar las tortillas, ir a dejar la comida a su papá y hermanos que trabajaban en la milpa.

Mi hermana y mi hermano mayor iban a la escuela; el profesor que llegaba a dar clases se hospedaba en la casa de mi abuela y él hacía conciencia de la necesidad de estudiar. Mi papá sí se preocupaba que mis hermanos mayores fueran a educarse; yo, antes de cumplir los cinco años, lloraba cuando veía que iban a la escuela, y quería ir.

Un día el maestro al observar mi insistencia me llevó a recibir clases, así como estaba, chorreada y sucia, me sentó en su escritorio desvencijado, me dio un lápiz y un cuaderno y comencé a hacer el intento; a los quince días, ya me había puesto al día de como iban los demás. El maestro me protegía por ser tan pequeña, había niños grandecitos, de edad extraescolar, en primer grado, él me cuidaba sobre todo en el recreo y a la salida de clases para que no me fueran a atropellar.

El profesor me siguió llevando a la escuela; al final del año escolar alcancé el primer lugar; era una escolita cuya construcción era de bahareque y piso de tierra, su recinto era extremadamente polvoso.

Mi papá era agricultor, y yo prefería ir a trabajar al campo que quedarme en la casa haciendo oficios domésticos. Desde tempranito en la mañana tenía que ir a dejar el desayuno, pero al regresar a la casa buscaba el cuaderno y el lápiz y me iba para la escuela, a la salida de clases iba a dejar el almuerzo, y al llegar me incorporaba a hacer el trabajo que estaba realizando mi papá, limpiar con cuma o arrancar frijoles, dependía de la cosecha.

En la escuela nos revisaban las uñas, y cuando las llevábamos con tierra el profesor nos daba golpes con la regla en los dedos. Yo protestaba: “y ¿cómo voy a traer limpias las uñas si he estado trabajando?”, quedaban manchas difíciles de quitar; siempre lloraba porque me pegaban en los nudillos de los dedos, dicho de otra manera, en las articulaciones. Ese era mi miedo de ir a la escuela, además el agua era tan escasa, y uno no tenía el hábito de lavarse las manos a cada momento.

A las cuatro de la mañana mis papás nos decían: “Vaya, levántense, ya es tarde, y apúrense que hay que ir a bajar maíz del tabanco para destusar”. Desde que nos levantábamos era trabajo, más trabajo y más trabajo, todo el día trabajo. Y así transcurrió hasta que alcancé ocho años de edad, ya iba a cuarto grado. Hasta ese grado tenía la escolita rural, únicamente había dos maestros y dos aulas, por la mañana daban primero y segundo grados, por la tarde tercero y cuarto.

Al salir de clases no tenía tiempo para hacer las tareas escolares, al final del día terminaba exhausta. Estuve a punto de desertar de la escuela porque había nacido un hermanito y yo lo chineaba.

Mi papá empezó a realizar trabajos agrícolas en el cantón San Francisco; era difícil llegar porque había una vereda sinuosa, de difícil acceso, atravesaba cerros, barrancos y decían que habían animales salvajes. Yo estaba acostumbrada a andar en el monte, había un bordo y enfrente quedaba la loma donde trabajaba mi papá, había que bajar hasta el fondo donde había un río, y después empezar a subir de nuevo.

Un día de tantos que iba a dejar el almuerzo, mi mamá me puso los frijoles en una ollita de barro, y las tortillas en una cebadera de pita de mezcal. El camino tenía muchas piedras pomas, y del miedo escuché un ruido raro, me temblaban las piernitas, me caí y se quebró la olla con los frijoles; recogí todos los frijoles en un pedazo de la olla, cuando bajé al río los lavé y luego llegué llorando a donde estaba mi papá, porque había quebrado la olla con los frijoles, y él se molestó y tenía razón: era tarde, tenían hambre. Habían trabajado toda la mañana y yo les llevaba frijoles lavados, las tortillas ya estaban frías. Ese camino debía recorrerlo durante la cosecha dos veces al día.

El trabajo infantil no era más que por la pobreza en que vivíamos. Todos debíamos colaborar en el trabajo de la tierra para tener maíz y frijoles, que era nuestra dieta de sobrevivencia, pero también había gente que no tenía tierra para trabajar y le iba peor pues tenía que arrendarla y pagar con sus cosechas.

A la escuela iba descalza. Una vez mi abuela me compró un par de yinas de hule, pero me las quité para jugar, las dejé junto a un horcón de la escuela y cuando regresé ya no estaban, alguien se las llevó, por lo que andaba descalza en toda esa actividad.

Yo era muy apegada con mi abuela paterna, pues ella me consentía mucho y todos los días al caer la noche me iba a dormir con ella. Cuando yo nací a mi mamá la hospitalizaron tres meses. Mi abuela paterna me cuidó y cuando mi mamá volvió yo estaba muy encariñada con ella. No tomé leche materna. Mi abuela decía que le daba lástima porque mi nariz parecía guineo majoncho, porque ella sólo de esa fruta me daba de comer. Fui creciendo con ese deseo de querer estar más tiempo con mi abuela. Cuentan que apenas podía gatear me iba para donde ella por la vereda, a veces a mediodía bajo el gran sol.

1.2. Religión y represión

Mi familia profesaba la religión católica, mi abuela era muy devota. Recuerdo que cuando tenía cinco años de edad, ella me había enseñado a rezar el rosario de punta a punta: había una creencia ciega en Dios. Mi familia asistía a los actos religiosos de Semana Santa, Navidad y de la fiesta patronal que se hacía en honor al Patrón Santiago Apóstol.

La gente que era muy católica se involucraba en las actividades religiosas de la Iglesia. Se formaban grupos de catequesis, no sólo para niños sino también para jóvenes y estudiaban el evangelio. Empezaron a surgir las comunidades cristianas, asistían jóvenes y adultos a estudiar la palabra de Dios y nos hacían la reflexión de los textos bíblicos con la realidad en que vivíamos.

Se llevaban a cabo reuniones cada ocho días. Mi abuela tenía liderazgo en el cantón, ponía a disposición su casa para que se realizaran las reuniones, había gente que la trataba mal por eso, en especial las que pertenecían a las defensas civiles, o lo que es lo mismo a las patrullas cantonales, que estaban influenciadas por la doctrina de la Seguridad Nacional de la Fuerza Armada. Empezaron a tildar a mi abuela de comunista y después también a los catequistas.

Entre los padres y los hijos se comenzaron a crear fricciones, los padres no estaban de acuerdo que sus hijos asistieran a esas reuniones, o a veces los padres iban y los hijos no querían. Tal vez unos pertenecían a la patrulla del cantón, algunos de los que asistían a las reuniones de estudios bíblicos se quedaban a dormir donde la abuela, por lo peligrosa que se estaba poniendo la situación.

En los cantones de San Pedro Perulapán, entre otros Tecoloco y La Esperanza, durante 1979, estaban también organizados en comunidades cristianas, se hacían encuentros. Algunos miembros llegaban de un cantón a tomar experiencia del otro. En esta época y en este contexto, se dio la toma de tierras en Aguilares. En el cantón Rosario Perico se integró una comisión para ir a apoyar la actividad en Aguilares.

Tenía doce años, había acciones a las que no podía ir, porque no se debía descuidar las tareas propias de la familia, y en otros lugares, habían ocurrido violaciones a los derechos humanos, cometidas por la Fuerza Armada en contra de las comunidades cristianas.

En el cantón empezaba a haber persecuciones y se decía que la Fuerza Armada tenía a los pobladores de Rosario Perico en una lista para asesinarlos, que no podían ir a Tenancingo porque la Guardia Nacional los iba a capturar. En esa época mi hermano iba a estudiar Educación Media a Tenancingo. La Fuerza Armada a la salida de la escuela reclutó a nueve jóvenes de noveno grado, para llevárselos al cuartel a prestar servicio militar obligatorio.

Unos miembros de nuestra comunidad cristiana dijeron: “hay que ir a liberarlos”, fuimos a Tenancingo a observar la comandancia para saber cuántos guardias había, a recabar información que nos sirviera para sacarlos de una bartolina que tenían adentro de la comandancia de la Guardia. Fui con Anahí, ella también iba a quinto grado, nos dimos cuenta que la bartolina no tenía candado sino un pasador, no les habían dado de comer ni de tomar nada. Mi hermano y los otros niños menores que habían sido reclutados aprovecharon un descuido de los guardias y salieron corriendo a toda velocidad, se escaparon.

Julio y Nardo Oliva eran miembros de las comunidades cristianas. Hicieron viaje al occidente del país a las cortas de café. Cuando iban por el camino, los miembros de las patrullas cantonales los capturaron otra vez para reclutarlos, entonces ellos dijeron: “mire, espérenos vamos a ir donde la niña Angélica, una señora que vive cerca de la calle de Suchitoto, vamos a ir a guardar estas cosas ahí, para que se las lleven a mi mamá”.

Llevaban canastos y así los evadieron; se fueron a guardar las cosas y no volvieron, huyeron. Se salvaron de que se los llevaran reclutados. En la organización cristiana se comenzó a hablar de las necesidades de los campesinos, de que tuvieran tierras, créditos, acceso a fertilizantes para sus cosechas, y se formó la Unión de Trabajadores del Campo (UTC).

Sus dirigentes se comunicaban con otras organizaciones del mismo tipo en otros cantones del departamento de Cuscatlán y de San Salvador, y después se constituyó la Federación de Trabajadores del Campo (FTC), que aglutinaba más organizaciones.

Yo no salía del cantón, sólo me correspondía ir hasta la calle a recoger dirigentes de base que nos visitaban y nos traían informes de cómo estaba la situación política, social y económica nacional. Por lo general estas personas se quedaban a dormir en la casa de mi abuela. Los miembros de la patrulla cantonal de Perico empezaron a calificar a mi abuela de comunista, porque ahí se reunía gente extraña para ellos, pero ella lo único que hacía era ser fraternal y solidaria, no era dirigente.

Estaba en la escuela cuando mi papá llegó y me dijo que hacía tres días que a mi abuela la habían capturado. Dijo que me fuera para la casa, entonces agarré mi bolsón y me fui. No hallaba mi papá las palabras para relatarme el salvajismo con el que los guardias la capturaron. Los niños que eran sus nietos y mi tía querían mucho a la abuela, por lo que la abrazaban y se prendían de su vestido para que los guardias no se la llevaran presa, situación que aprovecharon los guardias para darles puntapiés y a puño cerrado separaron a la abuela de los niños y la tía y se la llevaron presa a Tenancingo.

Para mí fue terrible escuchar el relato, aunque ya se nos había hecho conciencia de que íbamos a ser perseguidos como Jesucristo, que podíamos ir presos, pero que de ningún modo... delatar a nadie ni nada. No teníamos que ser unos Judas. Los pobladores del cantón empezaron a tener miedo, y para evitar ser víctimas de la represión de la Fuerza Armada no dormían en sus casas, se iban en la noche al monte.

En esos días se desató como plaga la represión de los militares, y empezamos a recibir noticias de que los guardias llegaban a los cantones a capturar campesinos y los desaparecían. La Fuerza Armada consideraba que ser cristiano organizado era sinónimo de comunista. Por tal razón a la Biblia la llegaron a considerar libro subversivo.

La abuela padecía de reumatismo en la rodilla y el frío le provocaba un intenso dolor; también tenía una úlcera bastante avanzada, necesitaba su medicamento y una dieta, y ahí no permitían que le dieran alimentos. Mi tía llegaba a dejarle comida y no se la recibían. A la abuela la tenían metida en una pila con agua hasta la cintura y una gota cayéndole sobre la cabeza, la interrogaban para que diera los nombres de los otros cristianos, pero ella no les decía nada. Su silencio les molestaba, la golpeaban e insultaban, la tuvieron en cautiverio tres días y tres noches.

Yo temía que a mi abuela la desaparecieran. Le decía a mi papá que había que ir a pedirla y él me respondía: “no, porque si vamos, también nos van a capturar y lo más prudente es que esperemos. Los compañeros van a ver cómo hacen para sacarla”. Y pasó un día, dos días, y dijeron que se la habían llevado del pueblo, que ya no estaba allí.

También capturaron a otros católicos del cantón El Pepeto, del otro lado de Tenancingo, eran de la familia Granados, pertenecían a las comunidades cristianas; uno de ellos tenía influencias porque tenía un familiar en la Fuerza Armada; se los llevaron a

todos al cuartel central de la Policía Nacional en San Salvador, pero antes a mi abuelita la habían torturado.

Llegó una persona influyente, acompañada de otros a sacar a los Granados y dijeron: “venimos por la abuela, ella se va con nosotros y si ella no se va, nosotros tampoco”, y así fue como la liberaron.

Estaba delgada, demacrada y con ojeras. Ella comenzó a narrar lo que le habían hecho: a las seis de la tarde pasaban unos militares violentos, vulgares y obscenos haciéndole preguntas y ella no les revelaba nada, al poco rato llegaba otro con apariencia de ser pacífico y educado, a decirle: “esos militares son malos, yo te voy a tratar bien, respondé las preguntas”, y ella no le contestaba nada.

La amenazaban, le decían que la iban a ir a colgar al cerro de las Palomas, que está entre el cantón El Perico y Tenancingo; un cerro desolado, en la cima sólo tiene peñascos. La abuela respondía que si por ser cristiana la asesinaban, pues bienvenida la muerte y si era por Jesucristo, que estaba bien; que si lo habían matado a él por qué a ella no, y a ellos les chocaba la repuesta que les daba, y la insultaban y golpeaban y la volvían a meter en la pila.

La gota de agua que le caía en la cabeza no era agua limpia; ella estaba sin tomar agua, sin comer y los cuatro días que la tuvieron ahí la amenazaron que a las doce de la noche la iban a llegar a sacar para ir a colgarla y, efectivamente, llegaban a medianoche a decirle que se había cumplido el plazo y que ya se la llevaban, pero no la sacaban.

La abuelita tenía sesenta años, era muy católica y por eso había entrado a las organizaciones cristianas para ayudar a la gente. Estuvo detenida y no dijo nada, no denunció a nadie, y después la gente en el cantón le tenía miedo, porque la Guardia tildaba de comunistas a todos los que se relacionaban con ella.

*Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía¹.*

Los dirigentes de la comunidad tomaron la decisión de realizar acciones en respuesta a la represión. Fue así que se incendió la comandancia de la Guardia Nacional y se realizaron pintas en algunas paredes del pueblo de Tenancingo, con las consignas “Viva FECCAS, UTC” y otras.

A raíz de esto la Guardia Nacional (G.N.) reforzó la comandancia, llegaron ocho parejas, y empezamos a salir a dormir al monte, teníamos que cuidarnos que no nos viera la gente que no estaba organizada; subíamos por unos bordos en medio del monte, no habían veredas, pero nosotros las hacíamos, subíamos cerca del llano, una planicie

que había, era bastante infértil la tierra allí, pero hacia abajo había un terreno que se llamaba La Pozona, así lo identificábamos.

Nos quedamos en ese bordo debajo de un enorme árbol de mango, pero llegar hasta ahí nos implicó mucho sacrificio, porque había dos niñas pequeñas que íbamos cargando y tres que llevábamos de la mano.

Cada noche llenábamos un costal con las cosas más necesarias, y antes de amanecer regresábamos a la casa para que la gente no nos viera y no se dieran cuenta que no habíamos dormido allí. Comenzó a agudizarse la inestabilidad, semanas después empezó a llegar bastante gente procedente de los cantones aledaños que venían huyendo de la represión que cometían los efectivos de la Guardia Nacional y los defensas civiles.

Llevaban gente herida que requería medicina y alimento, además necesitaba que se le escondiera; no hallábamos qué hacer y los dirigentes que visitaban el cantón se alejaron porque ya no era fácil ni seguro ingresar a la zona, nos quedamos solos con esa multitud a alimentar y a refugiar, los habitantes del cantón todavía residían ahí y notaban movimientos extraños.

Nosotros acarreábamos comida para un cerro, lugar donde habíamos llevado a toda esa gente, no teníamos la capacidad ni las condiciones para estar atendiendo a tantas personas, y a principios de marzo de 1980 mi papá nos sacó del cantón Rosario Perico. Recuerdo que era de madrugada, cielo estrellado, frío con viento, el susurro de los árboles nos despedían, el cantar de los pájaros madrugadores avisaban que el sol pronto haría desaparecer la oscuridad que había dejado la noche anterior.

Yo no quería marcharme, quería quedarme. Sin embargo, tenía que partir con mi mamá y con mis tres hermanitas pequeñas: Flor, Camelia, Valeria y yo, éramos cinco mujeres. Mi papá dijo que teníamos que ir a donde mi abuela materna que vivía en un cantón en el departamento de La Paz, lloré, pataleé y no hubo forma que me dejaran, era hija de dominio, tenía que ir, quería quedarme con mi abuela y mi hermana mayor, Diana, porque ellas estaban ahí, mi papá dijo: “No, a la abuela se la van a llevar los compañeros y vos ya no podés andar detrás de ella.” Sentí envidia por los pajaritos que eran libres y hasta por los árboles que se quedaban.

Partimos, era terrible el transporte público, llevábamos dos tanates de ropa de las niñas; salimos antes de que amaneciera para que nadie nos viera, llegamos a las cinco y media de la mañana a El Manguito, al puente de Istagua, carretera de San Martín a Suchitoto. Esos buses iban siempre con gente colgada en la parrilla.

Viajamos en un camión hasta San Martín y ahí abordamos un bus hacia la Terminal de Oriente, era toda una proeza poder caminar con los tanates y con las niñas chiquitas. Mi mamá llevaba un paquete sobre su cabeza, a Valeria en sus brazos y de la mano a Flor; yo llevaba a Camelia y una carga; había que cruzar las calles y para uno era espantoso, no estábamos acostumbradas; tomamos un bus hacia San Marcos, nos

bajamos ahí para abordar otro como a las siete y media de la mañana, ya no aguantábamos, estábamos cansadas.

Camelia era una niña bien calmadita, cariñosita y tranquilita. Mientras esperábamos el bus, ella agotada del cansancio se sentó en la grada de una puerta, estaba bañadita en sudor, sus ojitos asombrados de ver la ciudad, de repente su mirada se perdió en el vacío, se puso el codo del bracito sobre su piernita y su manita sostuvo su pequeña quijada, se abstraigo de la realidad.

Íbamos de camino cuando de improviso mi mamá preguntó: ¿y la niña?, y volteo a ver y miré a Camelia sentadita, no se dio cuenta que nos íbamos alejando porque estaba exhausta, demasiado para ellas que no salían del cantón, estaban acostumbradas a jugar alrededor de la casa y ver sólo el campo, Camelia tenía tres años, era pequeñita, regresé a traerla, tenía dibujada en su carita una sonrisa, levantó la manita para que se la agarrara y continuamos nuestro viaje: llegamos donde la abuela, sabía que íbamos huyendo.

La abuela nos acogió. La casa era pequeña y como pudimos nos acomodamos. Recuerdo que no dormía, iba a los rincones a llorar, sentía tanto dolor de haber dejado el cantón. Esto era parecido al pesar que siente un doliente cuando se muere un familiar cercano, era una pesadumbre de corazón, iba a caminar por una finquita pequeña que tenía la casa, subía a los árboles tratando ilusamente de divisar el cantón Rosario Perico, quería ser ave, tener alas para poder regresar.

Mi mamá me decía: “Aquí vamos a comenzar de nuevo, tu papá va a venirse”; él se había quedado con mis hermanos Júpiter y Hortensio; Tirso, mi otro hermano, ya no estaba en Perico, sino en otra zona, él era dirigente de base; Diana, mi hermana de catorce años, se había quedado en el cantón.

1.2.1. La masacre de Rosario Perico

A los tres días de estar ahí llegó mi papá en la madrugada, en un camión de ocho toneladas, el dueño era un amigo que residía en Tenancingo, y mi sorpresa fue cuando vi bajar a mis hermanos sólo en calzoncillos y sin zapatos, llevaban dos vacas, eso era todo. Para mí fue espantoso escuchar cuando mi papá dijo que era lo único que teníamos, y que íbamos a comenzar de nuevo porque el día anterior habían llegado miembros de la Guardia Nacional y de las Defensas Civiles a arrasar con todo.

Los militares habían asesinado indiscriminadamente a catorce personas e incendiado prácticamente todas las casas del cantón, incluyendo la de nosotros. Mi papá y mis hermanos estaban durmiendo cuando los soldados llegaron, y sólo pudieron salir corriendo con las ropas menores que tenían puestas; mi papá tenía muchos granos básicos y le habían dado fuego a todo, mataron el ganado, aves de corral, incluso hasta los gatos y los perros, y empezó a relatar todos los destrozos que los miembros de la Fuerza Armada hicieron.

Guayo Parral era un joven muy trabajador de Perico, iba a contraer nupcias muy pronto, razón por la cual estaba construyendo su futura casa. Estaba arriba de la pared poniendo una última hilera de adobes, cuando de repente fue blanco de una lluvia de balas que le dispararon los militares. Lo destrozaron todo, volaban las vísceras y trozos de carne, pedazos de huesos de Guayo, las paredes en construcción quedaron del color de la sangre.

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño,
que toda la vida es un sueño
y los sueños, sueños son².*

También mataron a Ramón un hermano de mi papá. El tío siempre decía: “No se metan con las organizaciones cristianas ni de trabajadores del campo, qué no ven que a la Fuerza Armada y al gobierno no les gusta, van a salir mal”.

Cuando los militares se aproximaban al cantón, algunas personas le dijeron al tío: “Ramón, tenés que huir porque viene la Fuerza Armada”, y él dijo firmemente: “Yo no debo nada, ni pertenezco a ninguna organización, no temo, no tengo por qué huir”. Estaba cargando las bestias, para ir a vender maíz a San Martín, fue temprano en la mañana, cuando los militares llegaron ahí donde el tío Ramón estaba.

Lo capturaron enfrente de Antonia, su esposa, y de sus cinco hijos; le abrieron el estómago con un machete y le pegaron un balazo en la cabeza delante de su familia. Los niños vieron cómo él se detenía todos los intestinos, y después cuando los sesos le salieron volando salpicados en sangre, y sin preguntarle al tío Ramón ni siquiera el nombre. A ellos no les importaba si era organizado o no, sólo lo asesinaron, lo único que les importaba era difundir el terror en la población.

Los militares también llegaron a la casa de la niña María Luisa, ella tenía varios hijos: León, Ramoncillo, Fresno y Carmen, que era su única hija, y luego tenía como cuatro varoncitos más. Habían salido a dormir en la noche al monte, regresaron a su casa temprano. María Luisa vio cuando los soldados iban bajando por la vereda en dirección a la casa, apresuradamente entró y les dijo: “Cipotes, levántense que ahí viene la Fuerza Armada; ahí estaba Diana, mi hermana y ella ahí se levantó rápido y empezó a correr y les dijo: Bichos, vámonos; pero ellos empezaron a ponerse los zapatos.

Cuando salieron a la puerta era muy tarde Los militares estaban ahí y los otros hijos de María Luisa, que eran Chico y Manzanillo, se tiraron por la ventana y salieron corriendo. Los soldados se rieron cuando ellos corrieron, a Diana, mi hermana, decían que no le dispararan, que la querían capturar viva, y tiraron un balazo, y le cayó a María Luisa, en la pierna, pero ella aún así corrió y se les escapó.

Mi hermana era buena para correr, pero cuando pasó por debajo de un alambrado de púas se le trabó el cabello, lo tenía largo; ellos pensaron que la iban a agarrar, pero cuando vio que se dirigían para donde ella, se jaló y dejó el pelo trabado y se les fue, no la pudieron capturar, pero sí a Fresno, a León, a Ramoncillo y a Carmen; a Ramoncillo, que era el menor de los cuatro, lo tuvieron viendo lo que le hacían a sus hermanos.

Después a los hermanitos los acostaron en fila, había una zanja donde corría el agua sucia, los colocaron a la orilla y les cortaron la cabeza con machete... Fresno, a León, y a la hermana de él, Carmen.

Ramoncillo tenía catorce años, a él sólo lo tuvieron viendo lo que le hacían a los demás; él quedó loco, él vio cómo les partieron la cabeza, embrocados; a Carmen le quedó cabal el corte en el cabello porque era largo, lisito, y no se le enredó el cabello, donde le pegaron el machetazo, porque tenían filo las armas. La sangre de ellos corría por la zanja como agua.

*A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecer florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron³.*

Los militares le prendieron fuego a las casas, incluida la de mi papá, mataron todo animal y destruyeron todo cultivo que encontraron y se fueron. Cuando la gente regresó empezó a encontrar los cadáveres de sus familiares; el llanto de los dolientes era en coro, emanaron lágrimas de dolor, el cielo se oscureció y llovió; los trinos de los pájaros enmudecieron, las plegarias se elevaron al cielo, aclaró, y en la tarde había un sol de mañana. Algunos de los muertos fueron enterrados a la par de la iglesia del cantón.

Mi papá y mis hermanos llegaron sin ropa donde mi abuela; yo quería subirme y esconderme en el camión para volver, le decía a mi papá que me iba a regresar con el dueño del camión, y él me dijo que no podía regresar, que ahí no había nadie, que la gente se había ido, por miedo, sólo quedaba la milicia. La masacre en el cantón Rosario Perico fue en marzo de 1980, tres días después fue asesinado monseñor Romero, no hubo forma de regresar, y me quedé como seis meses donde mí abuela, que para mí fueron seis siglos.

Para mi papá fue doloroso tener hijos que estaban todavía en el cantón Perico y nosotros ahí, y sin tener cinco centavos, sin nada, sólo esperando que de caridad nos dieran comida; en ese lugar no habían fuentes de trabajo, la tierra no era apta para la siembra. La abuela nos dio una casita que ya casi se estaba cayendo, y nos pasamos a vivir ahí, y dicen que cuando las casas tienen amor no se caen, y así fue. Nos separamos de la abuela y comenzamos una vida muy difícil.

1.2.2. Lucha por la sobrevivencia

Con mi hermano íbamos al río de ese cantón a pescar camarones, íbamos al monte a cazar garrobos, cortábamos leña, y cuando subíamos en la tarde como a las tres, había gente esperándonos en el cantón para comprar los camarones y los garrobos, vendíamos la leña los fines de semana en el pueblo, pero había que caminar dos horas y media para llegar. El día que no hacíamos esa actividad iba donde Antonieta, una señora que era dueña de un establo, y como yo podía ordeñar y pastorear el ganado, ella me dio la oportunidad de ordeñar las cuarenta vacas que tenía. Era una tarea titánica, empezaba a trabajar a las cuatro de la mañana.

En la tarde debía encorralar a los chivos, el resto del trabajo consistía en estar pendiente que el cerco no se cayera, mi hermano me ayudaba; montábamos a caballo para encorralar las vacas y en la tarde iba a hacer el queso donde la señora Antonieta, y me mandaba a venderlo al pueblo en un canasto y me ponía uno de sus hijos para que fuera conmigo. Ella a cambio me daba un quesito y me decía: “Cecilia, si después de llenar esos marcos le queda para llenar este marquito, éste va a ser suyo”, yo siempre procuraba que el mío saliera con copete, porque yo lo llevaba a la casa para que comieran mis hermanitos, y a veces me daba huevos de gallina.

Antonieta siempre me pagaba mi trabajo con comida, pero en efectivo era rarísimo. A veces me daba cinco colones, equivalente a cincuenta y siete centavos de dólar a la semana, y ese era mi aporte para la casa. Cuando llegó el tiempo de la siembra, mi papá alquiló una pequeñita extensión de terreno para cultivar milpa. Diana, mi hermana, llegó a principios de agosto, y le dije que me quería ir, y ella me respondió: “Ahora no puedo llevarte, pero voy a regresar muy pronto y te vas conmigo”, las puertas del cielo por fin se me abrieron.

Mi mamá no estaba de acuerdo, creyó que lo había dicho sólo para conformarme, pero Diana regresó como una semana después y me fui con ella. Mi papá quiso impedirlo, mi mamá también, me dijeron que no se podía jugar con la seguridad de la familia, que si me iba, no podía regresar, porque exponía a ellos y a mis demás hermanos. Me dijo:

–Aquí va a haber una guerra terrible y las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) son un Partido como los demás, sólo que con fines diferentes, tú no debes ir.

Como era la costumbre castigar físicamente; me dijo que me iba a dar una gran cinchaceada si me iba, yo le dije:

–Me la da y después me voy, pero no hay forma que me detenga.

Mamá se disgustó también, y me dijo:

–Si te vas, no vuelvas, es muy peligroso.

Decidí irme, mi hermana se sentía mal por la situación, pero a ella no le dijeron nada, sino que era conmigo, mi papá me dijo:

–Si te vas piénsalo bien, y no te vayas a arrepentir, no quiero que regresés a los tres días arrepentida.

Yo le dije:

–Me voy, me voy, y me fui.

1.3. El inicio de las guindas

Argelia, Silvia y Yasmín, eran señoras del cantón Rosario Perico, quienes desafiando el peligro decidieron ir a comprar para la gente que tenía hambre. Vestidas con las ropas que usaban sólo los domingos o en alguna festividad especial, con sus escasos ahorros que ganaban asoleándose todo el día en las tareas agrícolas, iban alegres y conversando hacia Tenancingo para realizar compras en el mercado.

Efectivos de la Fuerza Armada estaban escondidos detrás de unas piedras, a la orilla del camino que conduce a Tenancingo; ellos vieron acercarse a las tres señoras, pusieron sus fusiles en posición de ataque, y en el preciso momento que ellas pasaron enfrente de las piedras detrás salieron los militares, tres de ellos apuntándoles con sus armas de guerra directamente a la cabeza y los otros dos levantaron sus machetes sobre los cuerpos esbeltos de las mujeres, ellas enmudecieron y se paralizaron del terror. Los militares sonreían del triunfo de su estrategia militar para emboscar a señoras indefensas.

Los militares las capturaron y las introdujeron en una zanja de un metro de hondo, les hicieron todo lo que los animales de rapiña pueden hacer a su presa cuando están en hambruna. La táctica de los militares era sacarles información y, en especial, los nombres de las personas cristianas del cantón. Las tres mujeres se mantuvieron firmes y fuertes como los árboles de caoba y como no les pudieron sacar información las acostaron una sobre la otra, y salieron corriendo no sin antes lanzarles dos granadas.

La última muchacha que estaba debajo de las dos era Silvia, se bañó de sangre de sus dos compañeras que quedaron despedazadas por la explosión. Ella creyó que había muerto, estaba tan presionada con el peso de las dos amigas que tenía encima y sobre una poza de sangre caliente. De milagro no le pasó nada, sólo pequeñas heridas, pero perdió la conciencia en el momento de la explosión.

Los efectivos militares dejaron a las tres mujeres por muertas. Silvia cuando volvió en sí, se empezó a pellizcar, para saber si estaba viva, todo daba vueltas y su cabeza también. Un gran dolor como rayo en seco atravesó su corazón y su garganta, no podía gesticular palabra, no lograba gritar y tampoco llorar, la impresión era tan macabra, tan surrealista: era una pesadilla de la vida real.

Al recuperar el movimiento con gran sufrimiento y pánico se limpió la cara, la sangre de sus amigas impedía ver, empezó a quitarse de encima los pedazos de carne, extremidades y huesos de Argelia y Yasmín, para tratar de salir de la zanja; se vio llena de sangre, parecía que la habían pintado con todo y ropa de color rojo encendido, caminaba como zombi, con la vista fija en la nada, lloraba a mares por dentro, su interior ardía de pesar.

Cruzó los terrenos cultivados con milpas, pasó en medio de potreros y chiriviscales con rumbo a Rosario Perico. Ahí murió la joven esposa de Solano, a causa de la explosión de la granada, dejó un niño tiernito y otro de un año, huérfanos. Se los llevaron a un refugio en Zaragoza, que era cuidado por unas monjas.

Solano anduvo con toda la gente que huía cada vez que llegaba a reprimir la Fuerza Armada o los miembros de Organización Democrática Nacionalista (Orden); la gente se iba en guinda y dejaba lo poco que tenía, y así fue como paulatinamente se agrupó la población en campamentos en las zonas más alejadas y próximas a los barrancos y a los ríos.

Se fueron para un lugar que lo llaman Los Encuentros, cerca de Chanmiquín, a refugiarse a las cimas de unas lomas, al pie de ellas se une el río Quezalapa con el Tepechapa y el río Sucio. Establecieron canales de abastecimiento clandestinos, nadie se atrevía a subir a Tenancingo, porque los efectivos de la Fuerza Armada ejercían control y terror sobre la población. Los canales de abastecimiento se lograban con la gente que era consciente, compraba discretamente, poco a poco para no levantar sospecha, porque nos identificaban como milicianos o guerrilleros y éramos nada más y simplemente que población civil. El “pecado” fue que éramos cristianos organizados.

Las masas las constituían la población civil y las milicias. Estas últimas estaban orientadas a las tareas de vigilancia y de logística, habían poquísimas armas, eran las que algunas personas poseían, por ejemplo: pequeños revólveres y fusiles calibre veintidós, que eran utilizados para cacería, y cinco fusiles checos de los que se ocuparon en la Segunda Guerra Mundial, procedentes de personas que habían desertado de orden. Las personas, a pesar de estar mal armadas, se dedicaban a hacer periféricas, es decir, la seguridad que se montaba en los lugares altos donde se observaban las vías de acceso (veredas) por donde podía llegar la Fuerza Armada.

Asimismo, se tenían explosivos caseros, por ejemplo, las papas o bombas que producían ruido y humo, explotaban, pero no tenían esquirlas o sea metralla; es decir, no contenían fragmentos de hierro, eran inofensivas, estaban hechas de mezcla de explosivos, forradas con tirro por encima, y al contacto explotaban, sólo servían de aviso para anunciar el peligro inminente para que la gente procediera a hacer su retirada (a guindiar).

1.4. El correo al cielo

Desde que salí de la casa con mi hermana Diana, pese a la oposición de mis padres, lo primero que ella me dijo fue:

–Cecilia, la abuela no está en Perico, tampoco vayás esperanzada a que voy a estar contigo, porque tengo mis propias tareas.

Diana ya formaba parte de la guerrilla. En esa época no cualquiera ingresaba, se debía poseer cualidades, valores y principios, un alto grado de conciencia y dedicación, el reclutamiento era estricto y serio, sólo escogían a los más avanzados y sobresalientes en estos aspectos, los demás se quedaban en la milicia.

Diana me prometió que me iba a llevar a la milicia, me dijo que todo era clandestino, que no tenía que mencionar el nombre a las personas conocidas, que primero me fijara cómo las nombraban y que así yo les llamara, pero no me explicó que yo también debía usar un sobrenombre.

Llegamos a Ilopango, a la colonia Santa Lucía, a casa de unos colaboradores. Ahí dormimos dos días y luego emprendimos el viaje. En el trayecto Diana contactó a personas que residían en la hacienda Las Bermudas, luego llegamos a Tenango por veredas y desde allí nos dirigimos a Perico, que era donde estaba el campamento. Mi hermana me dijo: “tu seudónimo es Tamara.” Yo le dije: mejor que sea Cecilia, de todos modos con ese nombre nadie me conoce, ni yo sabía que ese era mi verdadero nombre. Diana me dijo: “lo importante es que no te puedan ubicar por el nombre, está bien que sea Cecilia.”

Cuando llegamos a Perico las personas que me conocían desde pequeña me decían Susana, en realidad ese no era mi verdadero nombre. Lo descubrí cuando en la escuela me dijeron que presentara la partida de nacimiento y fui a solicitarla a la alcaldía municipal, fue entonces que me enteré de que mi nombre no era Susana sino Cecilia. De todas maneras mi hermana les dijo a las personas del campamento que mi nombre era Cecilia y que por favor no me llamaran Susana, pero más de alguno siempre metía la pata, igual yo.

No me gustaba comer frijoles. Mi mamá anteriormente me había dicho en repetidas veces: “Va a llegar un tiempo que los vas a desear.” Cuando llegué al campamento llevaba una gran hambre, y estaban cocinando una gran perolada de frijoles negros, sin embargo, podría decir que nunca había sentido una comida tan sabrosa que esa gran platada de frijoles que me sació el hambre, y es que en el campamento se comía lo que se encontraba en las casas abandonadas, animales que habían quedado sin dueño y se destazaban de vez en cuando: bueyes, vacas, caballos y hasta animales silvestres como cusucos, conejos, garrobos, lo que se cazaba.

Silvestre era el nombre del jefe del campamento de Perico. Habíamos ahí, aproximadamente cien personas; habían familias que estaban viviendo separadas del campamento, en casas que ellos mismos habían abandonado y se integraban a las tareas del campamento; estábamos revueltos, había personas que constituían las masas, que era la mayoría; es decir, la población civil, también milicianos y un grupito de guerrilleros.

Diana estaba integrada a misiones de carácter militar y salía frecuentemente hacia San Salvador, a mí me designaron la tarea de correo. Yo iba a ir a San Salvador, a traer y dejar mensajes ocultos, del jefe del campamento para la dirigencia en la capital, empecé a salir a la calle nueva. Así conocimos la carretera que de San Martín conduce a Suchitoto, por esos desvíos que eran tan peligrosos, pues era del conocimiento de los lugareños y de la Fuerza Armada que quienes salían por allí eran guerrilleros o colaboradores de la insurgencia.

En esa área geográfica no había población civil, estaba despoblado San Francisco, Tenango, Las Bermudas; de la hacienda para abajo sólo existían campamentos de la guerrilla, uno salía pendiente que no hubiera militares a la hora de abordar el bus, pero a veces detrás de él iba un camión transportando defensas civiles.

Cuando viajaba en los buses me acercaba siempre a las señoras. Cuando había retenes de la Fuerza Armada en la carretera y detenían el bus para registrar a los pasajeros y sus pertenencias para verificar que no eran colaboradores o miembros de la naciente guerrilla, los militares de forma grosera y repugnante preguntaban a todas las personas su nombre y revisaban el documento de identidad. Yo no andaba ningún documento por ser menor de edad.

Las señoras en su perturbación a causa del pánico me agarraban la mano y me la apretaban, y a mí ni una vez me hicieron preguntas. Yo viajaba hacia una casa de seguridad que estaba situada en la colonia Tierra Virgen, calle a San Martín, donde residía una señora colaboradora, Azalea era su seudónimo.

Azalea salía, tenía empleo y cuidaba un niño, que debió haber sido hijo de alguna pareja que andaba en actividades revolucionarias en algún otro lugar. Mi “leyenda” para encubrirme consistía en que yo era su nieta que llegaba de visita.

Cuando yo llegaba a la casa de seguridad para entregar o recibir información, Azalea me encerraba en un cuarto y al compañero procedente de San Salvador en otro; no debíamos conocernos, la señora era la intermediaria, ella sí nos conocía a los dos; yo viajaba a esa casa hasta dos veces por semana, con papeles, cargadores de armas o dinero.

No se cargaba mochila para no provocar desconfianza, se tenía que ingeniar cómo disfrazar las encomiendas que se transportaban. Las personas que viajaban en los buses eran del campo y habitualmente llevaban una cesta con productos básicos para la alimentación, como cebollas, tomates y otras frutas y verduras. Así es que para no

despertar sospechas en una cesta con cebollas, tomates, chiles, ajos, entre otros, se introducía el dinero o documentos que se tenía que trasladar, bien enrollados. A eso se le llamaban embutidos.

Para encontrar o reconocer a un compañero había señas visibles tales como pañuelos, camisas, sombreros, gorras, etc., de determinados colores o texturas; asimismo, había contraseñas, es decir, a la persona que se había identificado por la seña preestablecida se le preguntaba algo, por ejemplo ¿cómo está mi padrino?, y él contestaba está muy bien; esa persona era la indicada, porque coincidía con la seña y la contraseña, y de esta forma se recogían compañeros que se tenía que conducir hacia el campamento.

Algunos de ellos iban a impartir instrucción militar, habían estado becados estudiando en el extranjero; unos eran doctores, estudiantes de medicina, etc., se estaban introduciendo compañeros a los campamentos para preparar en el campo de operaciones la ofensiva “final” de 1981⁵.

La persona que se llevaba debía caminar aproximadamente atrás del que lo guiaba, a cierta distancia, nada de conversación; se debía subir al bus como dos desconocidos y se pagaba el pasaje completo hasta Suchitoto, porque si por el desvío había presencia militar, se tenía que ir de paso a bajarse a otro desvío más adelante, se contaba con cuatro entradas.

Los motoristas de los buses a veces se enojaban porque frenaban de repente, pues se avisaba de la parada hasta que se estaba enfrente del desvío y se había cerciorado rápidamente que no había presencia de efectivos militares; los motoristas protestaban y gritaban: “¡Por qué no avisa con tiempo para bajarse!” Y la persona que era guiada tenía que ir lista a bajarse donde el que lo llevaba se tiraba del autobús, pero cuando se introducía a las veredas se conversaba sin ningún problema.

1.5. La casa de seguridad

En la casa de seguridad quien llegaba de enlace entre la dirección de San Salvador y yo, conversamos con capucha puesta, tapados de la cara, y me ordenaba, vas a llevar a... me daban un nombre, te va a estar esperando en tal parte, la seña y la contraseña son éstas: preguntaba si iba a llevar mochila, era señal que iba para el campamento, y le advertía de que no podían llevar armas ni municiones.

El día lunes siempre en la carretera hacia Suchitoto había retén militar, los soldados hacían un registro minucioso de las prendas de vestir, bolsos y mochilas de los pasajeros y de las bolsas y canastas que iban colocados en la parrilla del bus. Le insistí al enlace que no me diera a nadie ese día para conducirlo hasta el campamento, porque los lunes había retenes y me dijo: “Tienes... que cumplir la orden, es muy importante, él debe llegar ahora.”

Le expresé: “No le garantizo que va a llegar al campamento porque este día es lunes.” No me hizo caso. Es probable que por ser una niña no me tenía credibilidad. Le dije. “Bueno, si va a ir que lleve sólo los documentos de identidad personal. Es joven, es seguro que lo registrarán.” Tampoco me hizo caso, porque el compañero que guiaba llevaba arma. En el retén los militares detuvieron al bus en que viajábamos a unos escasos metros del puente “Las Guaras”.

Él era de piel blanca, cabello rizado, ojos color café claro, casi amarillo, tenía apariencia de pertenecer a la clase media, su edad oscilaba entre veinte y veintitrés años. Cuando los soldados registraron el bus, encontraron un arma metida en un asiento; uno de los militares expresó. “Si no me dicen quién venía sentado aquí, morirán todos.” A los pasajeros los tenían formados en una sola línea.

Se pusieron los soldados enfrente de la fila y afinaron puntería en posición de tiro, los niños empezaron a llorar del miedo y las madres los abrazaban con el deseo de desaparecer de ahí. A los hombres que iban en el bus se les dibujó una cara de profunda tristeza. El panorama se ponía más sombrío porque parecía que iba a llover, el cielo estaba nublado, eran segundos que parecían horas, cuando de repente un grito estentóreo de una señora, que parecía un trueno que anunciaba la tempestad, dijo, señalando con el dedo índice: “Él iba sentado ahí”. Era el compa que iba conmigo.

La verdad es que a él lo señalaron que iba ahí. Yo me había quedado en el extremo de la fila, arrimada a una señora, ella apretaba mi manita, y del miedo ni dolor sentía, ni la señora la intensidad de la fuerza que desplegaba a todos mis deditos juntos. Lo capturaron.

Se acercó un militar con ojos casi desorbitados y frunció con tanta furia la cara que en el momento se le estrujó, aspiró todo el aire que pudo, y lo sacó de una bocanada articulando la expresión con eco producido como por un megáfono: “Terrorista hijuelagranputa, hoy te vas al infierno, pero antes te voy a enseñar a no ser pendejo”.

Al mismo tiempo que el militar espetaba se abalanzó con impulso y reforzó con su peso la intensidad del culatazo que le pegó con toda su fuerza en la cara al joven, cayó de espalda al suelo y de una patada en el estómago le dio vuelta, y procedió a amarrarlo manos atrás, y colectivamente empezaron a darle culatazos y patadas.

Le preguntaban: ¿con quién vas?, ¿qué más llevás? Yo no lo volvía a ver, oía los golpes y los quejidos del compañero, tenía ganas de llorar y... me sentía nerviosa y miedo que él me fuera a señalar, pero no lo hizo. Sabía que de todos modos lo matarían.

Fue un espectáculo aterrador, las madres tapaban con sus manos los ojos a sus hijitos, a los más grandecitos los ponían viendo hacia el bus, de espaldas a la acción salvaje que cometían los miembros de la Fuerza Armada. Los hombres que iban en el bus estaban paralizados, la piel del rostro de los pasajeros había adquirido una tonalidad verdusca a causa del pánico que sentían.

Cuando los militares se cercioraron que solamente era él, nos permitieron subirnos al bus y nos fuimos; yo no podía ni volver a ver, no podía dar a conocer nada, aunque sentía que temblaba del miedo, no tenía que despertar sospechas, porque me iba a quedar ahí también. Cuando llegué al desvío no pude entrar porque había soldados, me fui a bajar bien adelante por un lugar que se llama La Pedrera y empecé a caminar, era bien lejos.

Empecé a caminar y a correr hasta la hacienda El Papaturo y de ahí para adentro estaba el campamento; entonces empecé a escuchar un zumbido, algo pasó volando a alta velocidad e inmediatamente se escuchó una explosión y otra, algo nuevo, sorprendente para mí, eran morteros, pero yo no sabía, me dio miedo y dije a correr lo más rápido que pude.

Llegué al campamento, no encontré a nadie; seguí corriendo como gacela y alcancé a la última gente que iba en guinda y me dijo que la Fuerza Armada estaba en toda la zona; alcancé a Manzano, que era el jefe del campamento y me dijo: “Ay Chele, yo creí que no ibas a venir”.

Ah, me mandaron y vine. Le conté que me habían quitado a la persona que llevaba, y me dijo: “Estuviste en alitas de cucaracha de que te agarraran.” Esa guinda duró unos ocho días, ocultos entre ríos y matorrales.

Le llamábamos guinda porque salíamos corriendo y no teníamos oportunidad de agarrar nada. Si acaso llevábamos mochila salíamos por la ruta de retirada que teníamos, ya sabíamos que la Fuerza Armada entraba por determinado lado y que nosotros teníamos que salir por el otro.

*La guinda guerrillera
es un repliegue militar
huracán contra la invasión,
abanico entre matorrales.*

*La guinda es un caminar
bajo la luna y el sol,
en bajadita o subidita
hasta burlar al invasor.*

*Las nubes mojan la marcha...
piel morena sudorosa
avanzan los patriotas
mil antorchas victoriosas.*

*Como un largo gusanito
sobre el lomo de los cerros,*

*silenciosa, alegre, vigilante
la columna se va ocultando
para resurgir más gigante
que ayer.*

*A veces comemos tortillas,
frijolitos y pescaditos,
También comemos manguitos
y hojitas de jocote⁴.*

En el día estábamos escondidos, había compañeros que estaban observando los movimientos de la Fuerza Armada, por los lugares donde se desplazaban, los veían de cerca, sin ser vistos.

En esa zona abundaba la caña de azúcar, mucha gente la cortaba; se hacía discretamente para evitar ser descubiertos por la Fuerza Armada, se cortaba del centro de los surcos donde no se notara y se enterraba la cáscara y el bagazo para no dejar rastros.

Cuando se llegaba a una quebrada se aprovechaba para saciar la sed que habíamos soportado. En una poza encontramos un muerto; lo asesinaron los de orden estaba pestilente y putrefacto, entonces nos dimos cuenta que hacía unos minutos habíamos ingerido agua con muerto, algunos se introducían el dedo en la boca para vomitar, otros decían: “lo que no mata engorda.”

No habían llegado animales de rapiña por estar el muerto en el agua; sin embargo, los peces habían devorado las partes más blandas: ojos, boca, nariz, orejas: El difunto flotaba encima de la poza, y causó impacto encontrar el cadáver en esas condiciones.

La Fuerza Armada se concentró enfrente de las oficinas administrativas de la hacienda. Tres milicianos los espiaban desde las alturas de los cerros aledaños, para indagar hacia dónde y cuándo se debía de realizar la retirada. Basados en esta información se decidió dirigirse hacia el campamento más alejado de la hacienda.

Cuando se llegó al campamento algunas personas empezaron a chupar caña y a comer yuca, de la que se procesa para almidón, no es de seda; al cocinarla queda con un sabor amargo, había personas que se enfermaban por el alto contenido de almidón, porque es precisamente para lo que la cultivan.

Pocas horas habían transcurrido después de nuestro arribo al campamento, cuando Manzano me ordenó: “Cecilia, tienes que salir ahora”; reunió un grupo de compañeros para que me escoltaran hasta la vía.

Los compañeros se retiraron hasta asegurarse de que estaba a salvo. En esos desvíos la persona que salía era guerrillera, no había población civil en esa área, pero del otro

lado de la calle sí había gente civil: es la calle hacia Suchitoto. Si uno lograba cruzarla sin que vieran de dónde salía, no había problema. Vino el bus, me subí y me fui.

Cuando llegué a la casa de seguridad que estaba en Tierra Virgen, cerca de San Martín, los compañeros me dijeron que se habían enterado por la radio y la televisión sobre el operativo militar en la zona donde estaba nuestro campamento: Es que vimos en las noticias que había un gran despliegue de la Fuerza Armada y, ¿cómo has salido? Les respondí que detrás de ellos venía yo.

A las siete de la noche llegó el contacto procedente de San Salvador. Yo no llevaba nada escrito en esa oportunidad, Manzano sólo me había dicho: “Cecilia, tienes que contarles todo lo que sucedió en el operativo militar y la necesidad que tenemos de medicinas,” y de organizar hospitales de campaña y personal que pudiera brindar atención médica, porque el aguantar hambre y soportar esas condiciones adversas en las que habíamos andado no todos tenían la misma capacidad de resistencia.

1.5.1. Los embutidos

El Chele Jícama fue el contacto que llegó de San Salvador a la casa de seguridad. Después de quince minutos de estar hablando con él me descubrí la cara al quitarme la capucha, porque era un compañero que yo conocía y sabía que él también me había identificado. Empezamos a reírnos y de ahí en adelante no nos volvimos a cubrir el rostro.

El Chele me dijo: “Voy a tratar de solucionar los problemas que planteaste”. Al día siguiente regresó a las diez de la mañana y me expresó: “Tengo una tarea urgente que cumplir, debo trasladar estos documentos y necesito que me ayudes, vamos a embutirlos en una maceta”. Los papeles iban adentro doblados, se trataron de proteger de la tierra y de la humedad al envolverlos con plástico, pero se hacía más grande el paquete y levantaba la tierra, fue complicado lograr que la planta quedara bien y nos marchamos en un bus.

Me dijo: “Vamos a llegar a San Martín y de ahí nos dirigiremos hasta San Bartolomé Perulapía, donde van a recoger la maceta. Cuando lleguemos, tú no debes ver a la persona con la que voy a hablar, debes voltear a ver hacia el lado opuesto; voy a comprar un periódico, tú te pones a leerlo, para que la otra persona tampoco te vea.”

Él bajó primero del bus, yo tuve problemas al hacerlo, no alcancé a agarrar la maceta con una sola mano y no me sujeté bien; los pasajeros se habían bajado y yo era la última, el bus arrancó intempestivamente, iba rápido, solté la maceta y me agarré del bus, y me arrastró alrededor de diez metros.

El compañero salió corriendo a recoger la maceta. Él sabía por qué y yo también, pero la gente empezó a gritarle que era un desalmado, que le importaba más la maceta que la niña. Las personas no tenían idea de quiénes éramos y qué andábamos haciendo.

Hombres y mujeres le gritaban a todo pulmón al motorista que se detuviera, pero ya me había arrastrado. Unas señoras me recogieron del suelo y empezaron a decirle al Chele que era un grosero y un desconsiderado, cómo iba a recoger primero la maceta; minutos después de este accidente me dijo: “Cecilia, en esas condiciones no puedes ir, tú te vas para la casa de seguridad. Te voy a pagar un taxi, porque no vas a poder caminar.”

Me desollejé los dedos de las manos y de los pies porque andaba sandalias; en las rodillas tenía unos grandes raspones, se me miraba la carne viva. Cuando llegué, Azalea me preguntó:

- ¿Y qué te pasó?, ¿y dónde está el Chele Jícama?
- Él se fue, tuve un accidente.
- ¿Qué chocó o qué pasó?
- El bus me arrastró.

Azahar, que vivía ahí, tenía conocimientos de medicina y empezó a curarme.

No fue posible regresar inmediatamente al campamento; tuve que quedarme unos días más hasta que sané un poco; los compañeros en el campamento estaban preocupados porque no regresaba y mandaron a un correo a averiguar.

Cuando llegó a la casa de seguridad y vio cómo estaba se preocupó y me dijo:

- Cecilia, no, quédate aquí y regresa hasta que estés bien.

Él llevó al campamento las cosas que había conseguido.

1.5.2. La mochila pesaba mucho

Canelo, mi otro contacto, llegó a la semana siguiente, y me dijo:

- Cecilia, yo sé que no estás bien de salud, pero necesito que regresés al campamento, porque hay gente que hay que llevar.
- ¿Cuánta gente es?
- Son tres.
- Puedo llevarlos de uno en uno, los tres de una vez no.
- Pero es necesario, no contamos con tiempo.

Le conté que cuando venía para la casa de seguridad, desde el bus vi la cabeza del compañero sobre el puente Las Guaras, al que habían capturado los militares ocho días antes, tenía los rasgos faciales destrozados de tanto golpe, los ojos abiertos y desorbitados, prácticamente los tenía colgando.

Era una escena macabra y espeluznante: a la cabeza le habían puesto un letrero con el mensaje siguiente: “Que sirva de ejemplo a los terroristas”. Los soldados estaban adelante con un retén, el bus pasó despacio. La idea era que la gente lo viera.

No puedo llevar tres personas a la vez, acaba de haber un operativo militar. Normalmente los días lunes hay retén y registran todo, si es una persona que va con documentos y que no lleva nada comprometedor puedo llevarla, perder uno no vale la pena y tres es peor.

–Tienes que llevarlos, es importante porque son de sanidad.

Era un día jueves, ellos llevaban mochilas llenas de chocolates, desodorantes, galletas, lociones y cosas superfluas. Les dije:

–Son muy grandes, pueden levantar sospecha, es mejor dejarlas.

–Las llevaremos.

–Van bajo su propio riesgo, y bajo ninguna circunstancia se dirigirán a mí en el bus.

Antes de partir nos sentamos en un puesto de venta de refrescos del mercado de San Martín. Hablamos sobre cómo iba a ser el viaje y que tenían que pagar pasaje completo hasta Suchitoto, que no se le ocurriera a uno pagar el pasaje del otro. Si hay retenes compórtense como si ustedes no se conocen.

Abordamos el bus y pasamos sin ninguna complicación, nos bajamos en la entrada de Las Bermudas. Los motoristas y los cobradores ya sabían que uno pagaba hasta Suchitoto, y de repente cuando ya casi estaba pasando enfrente del desvío tocábamos el timbre para bajarnos, pero no nos delataban.

Los motoristas y cobradores de esa ruta sabían que yo ahí me bajaba, y ni hacían intento de parar cuando había soldados en las entradas, porque ya sabían que yo iba de paso al siguiente desvío.

Llegamos sin problemas con estas tres personas, pero a medida que íbamos caminando comenzaron a decir: “Esta mochila pesa mucho.” Y empezaron a sacar las cosas que eran menos útiles, primero las galletas, y yo les decía: “Mirá, yo aguanto, si quieres échalas aquí, pero no las llevo para ti.” Porque ellos venían de comer y a los compañeros en el campamento esas galletitas les iban a caer bien, porque el hambre que allí se pasaba, era perra.

Preguntaban “¿podemos descansar?” No, no podemos, les respondía, ustedes tienen que agarrar resistencia, tienen que llegar y empezaban a sacar desodorantes, lociones y yo las metía en mi bolsa.

Al llegar al campamento, los compañeros ya sabían qué pasaba cuando yo llevaba gente así, y preguntaban: “Hey ¿qué cayó en el camino?”, y yo empezaba a repartirles galletas, lociones, talcos y otras cositas.

1.6. Mi hermana que se quede

Teníamos el campamento en Las Bermudas, cerca de la hacienda El Papaturo, en una casa abandonada que tenía un cerco de piedra apropiado, para hacer la vigilancia.

Los encargados del abastecimiento buscaban maíz, guineos tiernos, lo que se encontrara, a veces con colaboradores se conseguía maíz, frijoles y de vez en cuando carne, cuando se destazaba una res.

A los pocos días dejé el campamento de La Bermuda y me fui para el de Rosario Perico, allí estaba destacada Diana, mi hermana; ella trabajaba en sanidad, pero en este periodo había recibido órdenes para ir a abrir un frente al lado de Victoria, en La Libertad. A veces la encontraba y sólo nos dábamos un saludo breve:

–Hola.

–¿Qué tal?

En el campamento de Perico había un muchacho enfermo de apellido Mora de unos quince años de edad, tenía fiebre altísima que cuando uno se le acercaba sentía el calor intenso que irradiaba. Le conseguí unas aspirinas, temblaba de frío, los dientes le titiritaban, los ojos rojizos y llorosos. Al día siguiente les dije: “A Mora lo voy a llevar al refugio, al *Domus* María, que estaba en Mejicanos, allí había personas refugiadas de esa zona.

A Mora lo sacamos por el lado de Las Bermudas en una hamaca, lo logré llevar en bus; la mamá de él estaba refugiada en el *Domus* María.

Benjamina estaba muy agradecida porque le llevé a su hijo y ahí supe que Mora tenía fiebre tifoidea; regresé, y a los pocos días me di cuenta que había sido contagiada. Me dio fiebre y me tuvieron que sacar del campamento para evitar una epidemia. Eso fue en noviembre de 1980. Con la elevada temperatura que tenía, por momentos casi quedaba inconsciente, pero en esas condiciones viajé en el bus y llegué hasta el refugio.

En el *Domus* María era terrible el hacinamiento, la infraestructura y la convivencia, la gente se disputaba la comida, el oficio, los espacios para dormir, las camas, etc. Benjamina, era una persona terrible de su carácter y me dijo: “Cecilia, te puedes quedar a dormir aquí,” y quitó de la cama a su hijo que ya se había curado, y me la dio, y me decía que me iba a ayudar, que me iba a cuidar, pero que a cambio, cuando ella regresara a la zona, yo tenía que ayudarla, porque se decía que Rosario Perico iba a quedar aislado, que no iba a poder entrar ningún alimento, y como me estaba muriendo yo prometí todo lo que me pidió, con tal de que me dejara estar ahí. Pasé con esas

fiebres intensas casi ocho días consecutivos, al tercer día de esas temperaturas altas llegó Diana, mi hermana.

Diana llegó al refugio un día lunes temprano en la mañana. Al verme en las condiciones críticas de salud en que me encontraba empezó a buscar medicamentos, a coordinar con el encargado del refugio para que me suministraran medicinas; mi hermana me dio un fuerte abrazo, un beso en la mejilla, me acarició la cabeza, y me dijo:

–Primero Dios, ya vas a estar bien. Debo irme ya para Las Bermudas a traer unas cosas que debo llevar a Victoria, regresaré pronto y antes de ir a Victoria pasaré a verte. Hasta luego, cuídate.

Verónica y Rosales la acompañaban, mi hermana usaba el seudónimo de Rocío. Cuando se despidió de mí, entre mis desvaríos a causa de la alta fiebre, recordé que era el fatídico día lunes, y que no debía entrar por ningún motivo a la zona. Como pude, así mareada y débil me levanté, traté de seguirla hasta la salida del refugio.

Según yo, Diana se acababa de ir y cuando llegué a la salida al vigilante le dije:

–Por favor, detenga a mi hermana, porque hoy es lunes.
–No niña, ella hace horas que se fue.

Pero en mi delirio y fiebre, ella acababa de irse; en la tarde, Azahar llegó al refugio y preguntó con preocupación por Verónica, Rocío y Rosales; ella era una compañera que trabajaba en sanidad en el campamento El Cocal, estaba situado cerca de San José Segundo, entre San Martín y San Bartolomé Perulapía, era un lugar poco estable. Esta gente a veces se iba para Las Bermudas.

Azahar los buscaba en el refugio y al encontrarme, inmediatamente me preguntó:

–¿Y tu hermana?
–Ella salió en la mañana, iba con Verónica y Rosales.
–No hay duda, es ella.
–¿Es ella qué?

No me quiso responder.

Naranjo era el doctor que iba a atender el nuevo campamento que se iba a establecer en Victoria, les dio la orden a los tres de ir a Las Bermudas a traer algunas cosas que iban a necesitar, los envió sin ningún contacto.

Diana conocía bien todas las entradas, pero como yo estaba acostumbrada a entrar y salir, sabía que el lunes no debía ingresar nadie a la zona, porque los militares colocaban un retén y habían algunos soldados originarios de Tenango que nos conocían; en el

retén los militares bajaron a todos los pasajeros que viajaban en el bus, unos soldados identificaron a mi hermana, a Verónica y a Rosales, los señalaron y los acusaron de guerrilleros, incluso ellos mismos participaron en la captura.

Hablé con Rebollo, el encargado del refugio, con él fuimos a la oficina de Derechos Humanos y a la Cruz Roja. Todavía estaba enferma, pero acompañaba a Rebollo porque daba señas y nombres, y al final de la búsqueda infructuosa le expresé: “No puedo regresar al refugio porque ahí me estoy muriendo”. Decidí trasladarme a la casa de seguridad de San Martín y ahí me llevaron un doctor para que me asistiera.

Cuando recuperé la salud, salí de la vivienda de seguridad de San Martín a una casa de colaboradores en Ilopango, donde Diana me llevó inicialmente, y ahí llegó Fito, el novio de mi hermana, con tono de reclamo y desconsuelo me dijo:

–Rocío no ha aparecido por ningún lado, la he buscado por donde probablemente la hubiera podido encontrar; a los compañeros que les he preguntado por ella, no la han visto, parece que se la tragó la tierra; dile que no sea así, si ya no quiere ser mi novia mejor que me lo diga, pero que no se esconda de mí.

Yo empecé a llorar como un río, entre sollozos le conté que a ella la habían capturado y desaparecido efectivos de la Fuerza Armada el 19 de noviembre de 1980.

Fito lloró como un bebé y se preguntaba:

–Pero ¿cómo es posible que esos militares que dicen que son muy machos, muy hombres, se ensañen con mujeres indefensas?, y luego preguntan que por qué luchamos, si la vida de los pobres no vale nada, con nosotros no hay derechos humanos, no hay nada; disculpa yo no sabía, nadie me lo dijo. ¡Oh, Dios, la quiero más que a mi propia vida! Esos militares son unos salvajes, y luego nos llaman a nosotros terroristas.

Fito y yo empezamos a ir a los lugares cada vez que anunciaban que aparecían cadáveres, era impresionante la cantidad de personas que asesinaban los militares en nombre de la democracia; los cuerpos presentaban señales de tortura, muchos de ellos estaban desfigurados, los de las mujeres y niñas tenían señales de haber sido violadas antes de asesinarlas; a veces se encontraban sólo miembros de los cuerpos, por ejemplo cabezas, troncos, etc. Por más que buscamos no la encontramos.

Se requería de un gran valor ver a las personas en esas condiciones, cómo los miembros de la Fuerza Armada las habían desholleado, les arrancaban las uñas, a los hombres los castraban, les sacaban los dientes y los ojos, martirizaban terriblemente a las personas. Normalmente las víctimas eran jóvenes, miembros o simpatizantes del movimiento social. Todas esas muertes se las atribuían a los escuadrones de la muerte⁶, que también eran lo mismo.

Después de haber rebuscado el cadáver de mi hermana en diferentes lugares, decidí emprender la búsqueda de campamento en campamento. Fui a Las Bermudas, a Tenango, a Rosario Perico, yo la buscaba y no la encontraba, como no había visto que ella estaba muerta, le pregunté a Manzano qué sabía de Diana. Él me respondió: “Yo sé que hubo un cadáver y que se enterró, y supuestamente era el de ella”. Pero me dijo así para conformarme, no había una certeza de que fuera mi hermana.

A los compañeros les pedía que hicieran algo, y me dijeron: “Ya buscamos con nuestros contactos en la Guardia, en la Policía, y no hay alguien detenido con las características de tu hermana.

Así quedó, como desaparecida. Antes sentía un poco de consuelo que ella andaba cerca, o que alguien de mi familia andaba ahí, pero quedé sola.

1.7. Fabricación de explosivos

En el sótano de una casa de seguridad había un taller de fabricación de explosivos. Me dieron la orden de llevar al campamento ese material de guerra de producción artesanal; en esa casa vivía una señora a la que no me permitieron ver y tampoco al niño que vivía con ella, me entraron sin que viera a los que residían en la casa.

En el bus en que viajaba iba aparentemente leyendo un diario, el objetivo era que debía taparme la cara para que no conociera el trayecto hacia el lugar donde nos conducíamos. No podía voltear a ver para ningún lado, para no ubicar la dirección de la casa, y cuando llegué me metieron hasta el comedor, donde había un tatú adentro y ahí estaba el taller de explosivos.

La entrada al tatú eran cuatro ladrillos de piso pegados a una tapadera de cemento, estaban camuflados, a simple vista no se podía distinguir la entrada. Para abrir sólo bastaba levantar la tapadera, y después al entrar se ponía la mesa del comedor encima y se ponía cera del color del cemento alrededor de la tapadera.

En el taller trabajaba una compañera y un compañero, ella tenía veinte años y él veintitrés. Por la poca luz no se podían ver bien los rostros, había un mecanismo de oxigenación constituido por tubos de plástico para entrada y salida de aire, éstos emergían discretamente en medio de unos arbustos en el patio de la casa; asimismo, había un túnel de escape, ya escarbado, sólo faltaba la parte final. En una emergencia se podía ligeramente terminar de abrir para escapar; había un sistema de señales de luces, el verde era de alerta, significaba que alguien estaba en la casa, que podía haber problemas; el color amarillo, se debía estar listo, preparado con las armas y palas para cavar y cuando encendía el color rojo se debía de escapar lo más pronto posible y en la huída hacer estallar el explosivo.

De repente, el semáforo se encendió en color verde, rápidamente se puso en amarillo y dijeron esto va en serio y empezaron a cavar; en amarillo una y otra vez, como si el

mecanismo no funcionaba bien, y ya faltaba poquito para terminar cuando en rojo... estaba en rojo; empezamos a sentir que movían la tapadera de la entrada, y a como pudimos terminamos de abrir, todos llenos de tierra, no había tanto espacio, el taller tenía tres metros por tres, no tuve oportunidad de conocer mucho, porque a la primera vez que entré los militares descubrieron el local y terminamos de abrir y escapamos.

Cuando salimos el compañero partió hacia un lado, yo no lo volví a ver, no supe quién era; la otra compañera se fue conmigo, y en la parte por donde nosotras salimos había un bordo bien alto; nosotras salimos y explotamos una granada de humo, porque ya habían quitado la tapadera, alguien empezaba a bajar. Se escucharon los gritos de la señora que estaban golpeando.

Cuando salimos la compañera se tiró, no dio forma de deslizarse iba muy nerviosa y se rompió la nariz.

La compañera me dijo: “Ve por tu lado y yo por el mío.” Le pregunté: “¿Qué lugar es aquí?” No me supo responder. Eran como las seis de la tarde, yo iba en medio de unos palos de café y vi que los soldados empezaron a entrar al cafetal.

Subí a un árbol y pasaron debajo de mí, no me vieron, y desde ahí empecé a tratar de ubicarme, hacia dónde estaba San Salvador. No sé exactamente cómo se llama esa colonia, pero era buscando para San Martín, por Perulapía, y recordé el río Arenal que salía de la otra casa de seguridad que pasaba cerca de ahí, dije, debe ser el mismo Arenal, y me dirigí rumbo a esa casa de seguridad por el río, ya habían pasado los soldados.

Ahí estaba Canelo, mi contacto en la otra casa de seguridad, él mismo me había mandado ahí. Yo le relaté cómo había sucedido todo. Llegué sucia, raspada, despeinada, sin dinero, sin nada, caminé descalza. Me dijeron que había expuesto la casa, que no debí haber llegado así, y les dije: “No tengo dinero, no tengo nada, ni otro lugar donde ir, no habría llegado muy lejos así.” Y me dijeron: “Sí, tienes razón, fue algo que no estaba previsto”.

Como a los tres meses encontré a la compañera que se había fracturado la nariz, ella entró al campamento de Perico, y me dijo: “Me rompí la nariz”. Todavía la tenía un poco maltrecha. “Esto ya me quedó así, y ni modo”.

La compañera me contó que a la señora y al niño los desaparecieron los militares, pero antes los habían torturado en la casa donde estaba el taller de explosivos, ambos no delataron a nadie porque no capturaron a otros compañeros que llegaban ahí.

Mientras tanto, los efectivos de la defensa civil o sea los miembros de orden, procedentes de los lugares de Tecoloco, Santa Anita y de San Pedro Perulapán, efectuaban operativos militares con el objetivo de capturar a las personas que vivían en el campamento del cantón Perico. Temíamos más a la defensa civil que a los soldados,

porque los soldados se corrían, cuando veían que había resistencia, se iban huyendo en desbandada, pero las defensas civiles resistían más, eran tercos, no les importaba morir.

Los miembros de orden eran conocidos también con el nombre de chaneques, ellos eran originarios de esa área geográfica, conocían muy bien el lugar, los oficiales de la Fuerza Armada les habían hecho creer que, eliminando físicamente a los miembros y simpatizantes de las organizaciones populares, estaban combatiendo el ateísmo, el comunismo y el terrorismo, les resaltaban el patriotismo y les decían que eran los defensores y héroes de la patria.

Los miembros de las defensas civiles, por lo general, eran personas de la tercera edad que cuando fueron jóvenes hicieron el servicio militar. La mayoría no sabía leer ni escribir, y vivían en la extrema pobreza. Cuando íbamos a atacar una posición y se sabía que había defensas civiles, debíamos prepararnos porque esos no se rendían, mejor se morían.

II GUERRA DE MOVIMIENTOS

2.1 La Ofensiva Final se realizó con armas, “papas” y piedras

Estaban los compañeros en formación militar, le pregunté al compa Colorado:

–¿Qué armas llevas?

–Ninguna, dicen que tenemos que ir, lo importante es ir a hacer bulto.

No tenían suficientes armas y las que había eran viejas. Algunos llevaban papa, un explosivo casero con metralla, que se forraba con tiro y adquiría la forma de esa verdura.

Colorado me preguntó:

–¿Vas a ir con nosotros?

–No, no aguanto los pies para seguir caminando.

No tenía ni idea de lo que estaban planificando para ese día. Una compañera gritó con voz militar:

–¡Los que van sin arma llevarán piedras!

Habían más de doscientas personas, la mayoría no tenían armas, estaban organizadas por escuadras, eran de cinco personas; había un promedio de dos armas por escuadra, en algunos casos eran de cacería como fusiles calibre 22, y algunas escopetas 12, pero se dudaba de su funcionamiento.

Al día siguiente, el 11 de enero de 1981, era un desastre. Empezaron a llegar heridos provenientes de Cinquera, Mauro llegó herido; él había dirigido el ataque a Cinquera, tenía hemorragia interna, había que practicarle una laparotomía que consistía en abrirle el estómago de punta a punta y hacerle una limpieza, para ubicar dónde estaba precisamente la hemorragia. No había mucho tiempo.

Lito era el médico que tenía a cargo un improvisado hospital de campaña, y dijo: “A este hombre o le metemos mano o se muere”. Y comenzó a preparar lo necesario con las compañeras sanitarias. No había quirófano ni zonas restringidas ni nada: en un tapexco pusieron una manta, y empezaron a preparar las curaciones.

Lito, con un bisturí, le abrió el estómago: le sacó los intestinos. Nosotros nunca habíamos visto eso, pero me dieron un guacalito con agua para que se los remojara, no se le debían secar. Duró un buen rato la intervención quirúrgica.

Lito limpió bien los intestinos, los acomodó y dijo: “No tengo que dejar que se le inflen, porque después ya no le van a caber”. Suturó la abertura que le había hecho. Mauro también tenía un balazo en la cara, la tenía bien inflamada, le habían arrancado un pedazo de oreja. Lito le cosió el pedazo de oreja y le quedó más chiquita que la otra.

El 12 de enero nos dijeron que nos preparáramos porque iba a haber incursión de la Fuerza Armada en respuesta a los ataques que se habían hecho. Se prepararon las hamacas para transportar a los heridos. Con Mauro era bien difícil, porque había perdido el conocimiento, se encontraba desorientado, no sabía dónde estaba. Se empezó a evacuar el hospitalito hacia Tenango porque era más seguro.

Llegamos con seis heridos graves; ahí todavía habían unas casas que no fueron destruidas por la Fuerza Armada, estaban abandonadas, se armó en ese lugar el campamento.

Mauro decía: “Me quiero morir, ya no soporto el dolor. Compas, no me dejen sufrir, péguenme un balazo. Si tanta es la miseria por la bala, tírenme a un barranco donde me pueda matar. “Y nosotros decíamos: “Si él supiera que sólo tiene que darse vuelta a la derecha y rueda hasta caer al barranco”. El hospital se levantó en el bordo de una pendiente altísima.

Azahar y yo fuimos hasta una casa abandonada. Con una familia que todavía vivía ahí conseguimos maíz cocido y tortillas, y aprovechamos para esterilizar material de curación, jeringas desechables que se volvían a hervir para reutilizarlas.

De repente, para nuestra sorpresa se escuchó ruido de helicópteros y empezaron a caer paracaidistas casi en el corredor de la casa donde estábamos, y nosotras asustadas; soldados ahí, encima, y salimos corriendo, agarré la olla y cuando yo salí de la casa estaba un soldado bien cerca, sólo le dio risa cuando me vio. Claro, yo era una niña, y no estaba armada.

Ah, pero a Azahar no la alcancé a ver. Yo no quería dejar el material porque era escaso, me iba quemando con la olla hirviendo; claro, el soldado que me vio debió haber pensado que eran frijoles.

Azahar regresó primero y les dijo que unos soldados estaban cayendo en paracaídas. Los compañeros que quedaron de seguridad eran sólo dos, pero más que todo era apoyo moral porque únicamente tenían un arma corta, y los demás ya se habían ido. Pero estos dos también decidieron partir, y antes de huir dijeron: “Dejemos a Mauro escondido y vámonos todos”. Azahar y yo nos quedamos con Mauro, porque era más fácil que les creyeran a dos niñas, sin embargo, los soldados no llegaron hasta donde estábamos guarecidos.

Mauro se curó. Le quedó más grande un cachete, la boca un poco torcida y una oreja más pequeña; él nos agradecía por las atenciones que le dimos. Cuando se recuperó tomó el mando de la conducción en Cinquera.

2.2. Adiós Espino, no lloré

Espino dio la orden de retirada; en el repliegue, le dispararon un balazo de G3 en el pecho. Logramos llegar hasta la quebrada, nos quedamos de último; él era de piel morena, bajito de estatura, de complexión robusta, con sentido del humor, llevaba un G3.

Espino iba herido, pero se mantenía aferrado al G3, no lo soltaba ni para limpiarse la sangre ni el sudor. Le dije:

- Voy a pedir a los compañeros que nos esperen para que te carguen.
- Déjalos porque si se regresan, es posible que ya no tengan tiempo de llevarme.
- Espino, no te vamos a dejar.
- No, dejá que se vayan.

Con gran esfuerzo, arrastrándonos llegamos hasta la quebrada, nos situamos atrás de unas piedras grandes, ya no podíamos seguir más abajo porque el terreno era bien accidentado.

Había un salto en esa quebrada, para Espino era difícil superarlo por su gravedad; él decía que me fuera y lo dejara; yo le respondía: “No, no te voy a dejar, no creo que lleguen hasta aquí”. El fuego hacía tronar el monte verde, le habían prendido fuego, su estado de salud se empeoraba, yo tenía mucho miedo, no hallaba qué hacer. Espino insistía en que me fuera y le reiteraba que no lo iba a abandonar.

“Cecilia, si no te vas a ir sostenme la cabeza.” Me senté y agarré suavemente su cabeza y me preguntó: “Crees que ahora si ya me llevó la muerte”, y yo: “No, te vas a poner bien.” Me decía: “Me veo mal.” Y yo no hallaba qué responderle, porque Lito, el doctor, decía que a los enfermos, por muy graves que estuvieran, no tenía que decirles eso, porque los iba a terminar de matar.

Espino por temor no se había visto la herida, sólo se ponía la mano encima, pero se la quitó para cubrísela con el pedazo de camisa. El disparo le entró por la espalda y le salió por el pecho, donde ingresa la bala deja un orificio pequeño, pero donde sale deja un gran agujero.

–Cecilia, ¿viste la herida?, ¿cómo está?

–Te vas a poner bien, ya vamos a llegar donde está Lito y él te va a ayudar, va a curarte.

–No llores, no quiero que llores, no tienes que llorar, los compañeros caídos en combate no se lloran y si yo me muero no tienes que llorar.

Yo no había cumplido los quince años de edad, y para mí era muy fuerte esta situación. Se oían los disparos y el ruido del fuego quemando la maleza, y todo lo que encontraba a su paso. Yo trataba de hablarle, de mantenerlo despierto, pero de repente vi que tenía la mirada perdida. Lo tocaba y le decía: “Espino, tienes que aguantar”.

El compañero Canelito llegó, y me preguntó: “¿Y qué le pasó a Espino?”. Su ropa estaba empapada de sangre, yo quería llorar, pero me acordé que él me dijo que no debía hacerlo, tenía sus ojos y la boca abierta, le tenía sostenida la cabeza sobre mi pierna.

Canelito me dijo:

–Voy a ir a llamar a Lito.

–Mejor no te vayas, tratemos de llevarlo.

Se acercó para observar de cerca a Espino y chequearle los signos vitales, y de repente exclamó:

–Está muerto.

–No, no puede estar muerto.

–Lo siento, pero ya no respira.

–No hay nada que hacer, no lo podemos llevar.

Lo acostamos en el suelo, era la primera vez que alguien se me moría así. No hallaba qué hacer en ese momento. Me empecé a lavar las manos con el agua de la quebrada, no me quería quedar sola. Canelito me dijo: “Tengo que ir a llamar a los compañeros.” Pero en eso estábamos cuando empezaron a llegar.

Llegó Daysi, una compañera sanitaria y otras, todos se impactaron al ver a Espino, una compañera sacó ropa de su mochila y me cambió, pero nadie me decía nada y, al rato llegó Lito, y les dijo, Cecilia está en *shock* déjenla, él se quedó conmigo y empezó a explicarme que era un proceso natural, que la bala le había afectado los pulmones y que Espino por eso ya no pudo respirar.

Esa noche se veló a Espino cerca del campamento en que estábamos, los compañeros gritaban consignas bajo un cielo estrellado y leve brisa, él no tenía familia ahí, ni siquiera sabíamos cómo se llamaba. Yo no sabía de dónde era ni cuál era su verdadero nombre, era sólo un revolucionario más que estaba dispuesto a dar su vida por el respeto a los derechos humanos y porque hubiera paz y justicia social en El Salvador.

Los compañeros indicaban que la muerte no tenía que bajarnos la moral, sino que nos sirviera de fuente de inspiración para agarrar más fuerzas, para que la vida entregada por la causa no fuera en vano.

Los gritos estentóreos que salían del sentimiento y cariño del corazón se unían al canto de los búhos y de las auroras, esas voces y cantos de amor se los llevaba el viento hacia el infinito, creaban un ambiente de hermandad y solidaridad, era como una energía que nos cohesionaba y unía más, éramos una familia.

- ¡El color de la sangre jamás se olvida!
- ¡Compañeros caídos en la lucha! ¡Hasta la victoria siempre!
- ¡Revolución o muerte! ¡Venceremos!

Se gritaba con toda fuerza, era un desahogo, que a la vez nos retenía las lágrimas y no permitía que se nos quebrara la voz, pero en nuestro interior llorábamos como un bebé. La mayoría no teníamos familia en el campamento, pero nos queríamos como si lo fuéramos, por eso el dolor de un compañero era de todos, y la muerte de uno, ya no se diga.

2.3. Navidad en la que Santa Claus se portó bien

Pacito era un niño que le gustaba conseguir cosas especiales para los compañeros, y él decidió que en Navidad (1981) no se podía pasar triste. Salió del campamento con dos cipotes combatientes y horas más tarde escuchamos un ruido de motor de vehículo pesado, nos asustamos, porque iba directo al campamento, en medio del cañal.

Salieron unos compañeros a ver y dijeron: “Es un camión de la Coca Cola.” Todo mundo se quedó tranquilo porque no era un tanque de la Fuerza Armada, sorpresivamente Pacito saltó del vehículo y dijo: “Vamos a celebrar esta Navidad, Santa Claus les manda sodas”. Y todo mundo empezó a jalar cajas de gaseosas.

Esparcieron cajas con botellas por el cañal y en la vereda, hacia el campamento y hacia otros campamentos, y ahí estaba el conductor del camión sorprendido de ver a los guerrilleros, él no opuso resistencia. Pacito nos contó después que cuando lo abordó le pusieron un obstáculo en la calle de Suchitoto, se detuvo, como Pacito era pequeño, tenía apenas quince años de edad, era chaparrito y daba la impresión que tenía doce, cuando el conductor detuvo la marcha, Pacito salió de donde estaba apostado en la orilla de la calle con los otros dos compañeros y le dijo:

–Somos guerrilleros y queremos tomar soda en Navidad, así que te vas a dirigir por este desvío y vamos a entrar a la hacienda.

El conductor se mostró complacido y amistoso, debe haber sido un obrero consciente, incluso ayudó a descargar las gaseosas y expresó que no había problema, que él no iba a decir dónde estábamos; bueno, eso no nos preocupaba porque la Fuerza Armada ya lo sabía.

Pacito y los otros dos combatientes después de descargar el camión salieron a la calle, dejó al conductor en un lugar, y él como pudo se llevó el camión más adelante y contó que sus piecitos apenas alcanzaban los pedales, así se alejaron como dos kilómetros de donde dejaron al conductor, que esperó otro vehículo para hacer la historia creíble, que lo habían asaltado; pero en realidad, él colaboró.

Muchos meses después, de repente (aparecían compañeros) con una soda por ahí, se guardaron en los tatús, no sabíamos de fechas de vencimiento, así es que por mucho tiempo se pasó tomando Coca Cola.

También por esa fecha navideña los mismos compañeros recuperaron un furgón de la empresa de calzado Adoc, lastimosamente, no transportaba zapatos de hombres que era el que normalmente usábamos mujeres y hombres; llevaba sandalias de mujer.

No era zapato adecuado para andar ahí. Ah, pero nosotros felices agarramos varios pares. Mientras uno no salía a hacer una misión, andaba en el campamento feliz con sus sandalias y terminaron botadas.

Otro camión que recuperaron fue de la empresa panificadora Lido, nos llevaron un furgón lleno de pan, teníamos soda, pan y sandalias, fue una Navidad en la que Santa Claus se portó bien con nosotros y le apodamos Santa al compañero Pacito, porque había sido el que había hecho las recuperaciones, iniciativa de él. Este niño procedía de San Salvador, de la comunidad El Infierno, un lugar marginal, alguien que ha crecido en un lugar como ése se las sabe todas para sobrevivir.

En la noche de Navidad hubo compañeros que tocaron guitarra, se entonaron algunas canciones y, con un radio, en una emisora con música navideña, las tradicionales canciones de fin de año, el Año viejo, Belén, Navidad sin ti, El pastorcito que llega a Belén y nos daba risa escuchando y así, se divertía uno bastante...

Algunos compañeros hacían gestos que bailaban, pero no teníamos mucho sonido, no se podía hacer mucha bulla, incluso ni fuego se podía hacer.

2.4. Florencio, un niño guerrillero

Florencio era un niño de doce años de edad, andaba en compañía del papá y tres hermanos que eran guerrilleros, él era el menor, estábamos en la zona de Tenango; miembros de la organización guerrillera denominada Resistencia Nacional (RN)¹ estaban al final de Tenango, nosotros en la parte de arriba. Florencio trabajaba de correo, en la línea de fuego, no teníamos radios de transmisión para comunicarnos de una posición a otra, las órdenes y disposiciones militares se hacían a través del correo.

Cuando llegaba la Fuerza Armada, ya se tenía ubicado los lados por donde ingresaba, se tenía la posición para repeler el ataque, lineamiento de defender la posición y las zonas controladas.

Se tenía que saber cuándo y por dónde retirarse a través del correo; le ordenaban comunicar a qué dirección, dónde se encontraba, iba subiendo una columna con tantos efectivos de la Fuerza Armada o que se fuera a retirar, hasta que le dieran la orden; porque sino emboscaban a los otros puntos donde se iba a dar combate. En esta época del año 1981, estábamos ahí en Tenango, los compañeros de la RN² se ofrecieron a cubrir la parte de abajo, ellos siempre tuvieron muy buen armamento, nosotros no; pero sí se estaba dispuesto a pelear ahí.

Teníamos cuatro posiciones por los accesos donde iban a llegar los efectivos de la Fuerza Armada y la RN tenía sólo una posición al lado de abajo, enfrente de El Papaturre, y dijeron: “Nosotros vamos a cubrir ahí y pueden confiar en nosotros, que aquí vamos a pelear hasta con el último tiro y nos vamos a retirar hasta que ustedes nos digan”.

Silvestre era nuestro jefe; yo, tenía un revólver calibre 38 especial; otro compañero, una escopeta de dos cañones; otro, un fusil calibre 22; otro, un fusil G3; en la posición de nosotros sólo éramos tres, y llegó Florencio a nuestro lugar, y dijo:

–Silvestre ordena que se va a hacer frente porque las columnas que vienen no son muy grandes y es posible que no vayan a avanzar mucho.

Los militares iban en desventaja porque se dirigían de abajo hacia arriba y nosotros estábamos en la cima. Florencio terminó de darnos la información de cuántos venían en las columnas y regresó a la posición donde estaba Silvestre.

En el lugar donde nosotros estábamos iban como 22 efectivos, y en las otras columnas no iban más de 30. Eran tres columnas de soldados, pero por el sector de abajo no se había visto nada por el lado donde estaban los miembros de la RN³, supuestamente por ahí nos íbamos a retirar si había inconveniente arriba. Silvestre subió a otra elevación y vio que al lado de El Papaturre iba el grueso de la tropa, iba por el lado donde estaba la RN, pero no había habido ningún enfrentamiento ni nada, lo cual estaba raro.

Nos enfrentamos y empezamos a disparar a los efectivos de la Fuerza Armada que se dirigían hacía nosotros y Silvestre dijo:

–Es mejor que nos retiremos de nuestras posiciones e ir a apoyar a los compañeros de la RN. Mandó a Florencio, le dijo: “Ve a prevenir a los compañeros de la RN y dile a Cativo (el que dirigía ahí la RN) que del lado de ellos está peligroso porque ahí va el grueso de la tropa y que no los vayan a sorprender”.

Florencio se fue corriendo como un venadito en medio de la maleza, nosotros estábamos uh... peleando, Florencio se desplazó hacia donde estaban los guerrilleros de la RN, quizás una distancia de más de medio kilómetro, nosotros nos replegamos y nos dirigimos a apoyar a la RN, al llegar nos llevamos una gran sorpresa al no encontrarlos: ellos ya se habían retirado sin avisar, tampoco encontramos a Florencio.

Florencio, el niño correo siguió más abajo, fue a buscar a los miembros de la RN porque estaban en inminente peligro; él sólo sabía que estaban por el lado enfrente de El Papaturre, nosotros sí sabíamos en la posición donde ellos estaban y no los encontramos. Dijo Silvestre: “Ellos ya se fueron, lo mejor es que nos retiremos.”

Silvestre al no encontrar tampoco a Florencio dijo: “Quizás se ha de haber ido con los compañeros de la RN.” Pero en eso nos agarraron a balazos por el lado de arriba y tuvimos que seguir bajando, hasta encontrar el grueso de la tropa que venía abajo.

De repente se escucharon unos quejidos donde estábamos, hacia abajo, alguien que estaba herido. Dos compañeros bajaron y encontraron a Florencio, el niño correo: estaba terriblemente herido.

Ese niño poseía una resistencia terrible, tenía un balazo en su piernita derecha, parecía flor el orificio donde le había salido la bala de G3, tenía otro balazo en el brazo; casi le había llevado toda la carne del bracito, y en el pecho otro disparo del mismo calibre.

Los compañeros que lo cargaban no hallaban de dónde agarrarlo para no lastimarlo, estaba tan herido y continuaba aún con vida, estaba perdiendo sangre con gran rapidez.

El doctor llegó, lo colocó sobre una manta y empezó a aplicarle anestésico para que el niño no sintiera dolor, le dio calmantes, y preguntaba a Lito:

- Mi... mi papá va a venir.
- Tu papá, está en el otro campamento.
- ¿Pero va a venir?
- Ya lo vamos a mandar a llamar.
- ¿Y me voy a curar? ¿Y no me va a quedar feo el brazo?

Él estaba consciente, se había visto el brazo, no tenía ni idea de cómo tenía destrozadas las costillas, fracturados todos los huesos. Silvestre le preguntó a Lito:

- ¿Cuál es la situación del niño?
- No hay algo que se pueda hacer por Florencio, excepto, ayudarle con el dolor, porque son tan grandes las heridas, que yo me siento incapaz, no sé qué hacer.

Lito se veía impactado por él... porque era un niño, y por su resistencia, no lloraba, sino que preguntaba si le iba a quedar feo su bracito.

Lito se sentía impotente en las condiciones en que estábamos ahí, no podía hacerle nada, absolutamente nada; cómo curar heridas de esa magnitud, fracturas en las costillas, sangramiento interno...

Sólo lo consuela diciéndole que ya va a llegar su papá y sus hermanos y que no lo dejáramos, que lo lleváramos, mientras tanto arriba se seguían escuchando disparos, pero a los compañeros de la RN ya no los vimos.

Los combatientes de la Resistencia Nacional se acobardaron al ver a los militares y salieron en desbandada huyendo, por eso el niño se fue a encontrar con los soldados, y fueron los que lo hirieron. Si los guerrilleros de la RN hubieran esperado a que se les avisara, Florencio no hubiera sido herido, porque había un acuerdo que se les iba a avisar, que se iban a esperar. Como no había habido ningún enfrentamiento, ningún choque para que el niño se hubiera podido prevenir, sino que los enfrentamientos fueron hasta que nosotros comenzamos al lado de arriba, luego se escucharon los disparos abajo, pero nadie contestó; fueron los disparos que hirieron al niño correo.

El niño vivió poco tiempo, no lloró, se fue quedando inconsciente por la pérdida de sangre; y cuando el papá llegó, Florencio tenía ya varias horas de haber muerto, se quedó con los ojos abiertos, eran color claro, bien bonitos; tenía el cabello rubio.

*Murió con tanta alegría,
que al acercarse la muerte,
la muerte palidecía.*

*¡Qué tiernas hojas de sangre
le brotaban! ¡Qué valor!
En el pecho le cantaban*

pájaros de miel y flor.

*La muerte lo contemplaba
con ojos de viva duda
y los huesos se le helaban.*

*¡Cómo volaba su frente!
¡Qué despertar al morir!
Entre sus ojos y el aire
una escala de marfil.*

*Murió con tanta alegría,
que la muerte, por los campos,
de su propia sombra huía⁵.*

El papá puso el rostro serio, reflejaba dolor, pero no dijo una palabra; los compañeros empezaron a llegar a tratar de confortarlo, y él sólo veía al niño y no decía nada. Poco después empezaron a llegar los otros hermanos, ellos lloraron al ver a su hermanito en esas condiciones.

Para el papá este golpe fue duro, dondequiera que llegaba y había estado ahí con su hijo, decía: “Aquí estuve con Florencio, mi niño valiente;” seis meses después le mataron otro hijo, cayó en combate, y así los fue perdiendo uno a uno, de 1981 a 1984, aún así el señor seguía combatiendo, nunca culpó a nadie.

2.5. En el infierno había niñas

En un taller de explosivos trabajaban entre otros, tres niñas, de edades entre trece y catorce años: Érica, Iris y Lichi. El taller estaba al lado de una vaguada, había una quebrada, y ahí cerca estaban los compañeros de ingeniería construyendo una zanja de comunicación para protección del personal del taller.

Dos compañeros y yo bajamos a la vaguada a bañarnos, iba Campos, y... no recuerdo el nombre del otro, los dos eran estudiantes de medicina, del área de anestesistas y el otro de medicina general.

Las niñas habían trabajado toda la noche y la madrugada preparando cargas explosivas que les habían ordenado para distribuir en la zona de Cinquera, por ejemplo:

–Los candiles son granadas hechizas, tienen la forma del candil de hojalata que usa la gente en el campo para alumbrarse en la noche, se llenaban de explosivos, de metralla y tenían su mecanismo de mecha y se encendía para que explotara, daba cierto margen de tiempo para encenderlo y lanzarlo, era una granada casera.

–Los hongos, tenían esa forma, eran de cemento y hierro con explosivo adentro, su cápsula detonante; había unas que no eran a base de fuego, sino con cápsulas eléctricas, con mecanismo de disparo, se podía tropezar con él si no se fijaba, ni cuenta se daba que era un explosivo.

–Los panales tenían esa forma, parecían elaborados por abejas o avispas, era una pelota de cemento con hierro adentro, que le salían incluso los pedacitos de metal que le llamábamos metralla y que eran fácilmente colocados sin que estos fueran descubiertos, y se ponían en lo alto de las ramas de los árboles, dependiendo para qué objetivo se usara, explotaban con cables, se le ponía cápsulas detonantes y a cierta distancia se detonaban con batería.

–Las cacerolas tenían el mismo mecanismo y se les llamaba así por su figura, como un utensilio para cocinar, y ésta adentro tenía cemento y metralla, se ponían de lado, canteadas en dirección en donde quería que fuera la explosión, se camuflaban fácilmente porque eran del color de tierra, después se le echaba tierra encima, no se notaban, se colocaban en lugares de poca vegetación, no eran detectadas a simple vista.

–El quitapié era una bomba más pequeña que las anteriores, se activaba al contacto, cuando la pateaban, explotaba.

Las niñas habían trabajado preparando el material explosivo sin descanso ni relevo, había bastante material ya listo, que iba a ser enviado ese día, pero les faltaban algunos.

Por el frío de la madrugada las niñas usaban bastante ropa, lo cual contradecía las medidas de seguridad, pues no debían usar ropa sintética; pero la misma necesidad, por el frío y las condiciones del trabajo estaban las tres niñas juntas y a Lichi le dolía la cabeza, por el cansancio y el desvelo; sólo iba a terminar la carga que estaba haciendo y se iba a retirar, ella estaba en medio de Iris y de Érica, tenía en su mano una mezcla que reaccionaba al contacto y le dio un golpe, quizás en su mismo agotamiento y así, la golpeó con las manos y explotó, se incendió y ella empezó a prender fuego, y sus compañeras también, había bastante nitrato, pólvora a granel que era la que estaban usando, literalmente era un infierno.

Ahí estaba Chaparrón, un compañero que había bajado a dejarles desayuno, y cuando él vio eso su reacción fue correr en dirección al campamento que estaba en una parte más elevada, porque él tenía conocimiento de la cantidad de explosivos que allí había, cuando... iba corriendo se detenía y volteaba a ver si se daba la explosión.

Chaparrón llegó al campamento y no escuchó la detonación; pero nosotros que estábamos en la quebrada, vimos que iba Érica como antorcha humana y se tiró al agua; pero el problema es que el nitrato flota y se enciende encima del agua, no se apaga.

Érica iba llena de ese polvo en la ropa, cuando se lanzó al agua, el fuego quedó en la superficie, se sumergió y cuando ya no aguantaba la respiración salía a tomar oxígeno y se seguía quemando el rostro, estaba encendida y no se apagaba en el agua y detrás iba Iris.

Iris, también fue a tirarse a la vaguada y la misma escena: el fuego estaba encima del agua, y nosotros sorprendidos no sabíamos qué hacer; con Campos y Coto, creo que era el nombre del otro, agarramos las toallas y tratamos con ropa de nosotros apagar el fuego en el agua, sofocarlo, y sacar a las niñas de ahí.

Érica, tenía quemado totalmente el cabello, estaba hecho nudo en su cabeza, se le habían quemado las pestañas, las cejas, y se le fue formando una sola vejiga en toda la cara, sólo los dientes le blanqueaban, estaba impregnada de humo, de tile, toda su ropa se le cayó a pedazos, porque nosotros también se la removimos para apagar el fuego y los brazos, la cara, el cuello, el pecho todo, una sola llaga, llena de agua. Los brazos los tenía extendidos por el dolor de las quemadas, lloraba del dolor, era una quemada espantosa y espeluznante.

Entre los tres atendíamos a una y a otra y a Iris la sacamos igual, sin ropa, porque toda su vestimenta tenía polvo explosivo y, arrancándola para que no la quemara más.

A Érica, cuando la sacamos del agua tenía las piernas quemadas, quemaditas, desde el corte del *bloomer* hasta el pie; ella era bien colochita, tenía totalmente quemado el cabello, se le habían quemado las pestañas, pero no toda la cara, sólo tenía en una mejilla una llaga.

Cuando terminamos de sacar a las dos niñas del agua, Érica preguntó: entre llantos de dolor: “Lichi, ¿dónde está?”. Las dejamos ahí y salimos corriendo al taller de explosivos a buscar a la otra niña, no teníamos idea del peligro que había en ese lugar del siniestro.

Al llegar encontramos tierra humeante por todos lados, los viejitos que estaban cavando la zanja de comunicación fueron muy valientes, ellos no corrieron sino que inmediatamente comenzaron a echar tierra al fuego, de la misma que estaban sacando de la zanja, y apagaron el incendio, pero no se dieron cuenta que Lichi en su desesperación, en su afán de protegerse del explosivo más que del fuego, se metió debajo de una mesa y ahí se quedó.

Los viejitos estaban en *shock*, la demás gente que estaba en el taller se había ido huyendo despavorida por la posible explosión, y cuando nosotros llegamos empezamos a buscar con mucho cuidado por todos lados, sólo con la vista para no patear una mina o algo que estuviera a punto de explotar.

Escuchamos unas exclamaciones lastimosas de dolor, no lográbamos ubicar la procedencia de los quejidos, entonces empezamos a llamar a la niña por su nombre:

“Lichi ¿dónde estás?, Lichi.” De pronto Lichi fue saliendo debajo de una mesa, estaba como carbón, su pelo que era lisito, lo tenía totalmente quemado, su cara estaba chamuscada, así literalmente, negro, la piel quemada, no eran llagas, era quemada, sus brazos, toda la ropa se le había caído por pedazos, se le había quemado en el cuerpo y empezamos a quitársela.

Nuestro asombro e impacto era tal que no hallábamos por dónde acercarnos a ella, asimismo por el material que había, pero la niña salió, no lloraba, se quejaba, como para decir aquí estoy y empezamos a quitarle las últimas tiras de ropa quemadas, y su cuerpo estaba totalmente quemado y no quemadas de primero ni segundo grado, sino quemaduras empezando a carbonizarse por encima.

Lichi decía que no sentía dolor, y fueron muy valientes porque caminando llegaron hasta el campamento, donde había un rudimentario hospitalito, y la gente totalmente sorprendida al ver el nivel de quemaduras que las tres niñas tenían, había sido como estar en el infierno, quemándose totalmente en vida.

Comenzamos a preparar camas de varas de árboles amarradas con pita de mezcal, llamados en la zona rural, tapescos, para acostarlas e iniciar las curaciones. Al evaluarlas el doctor dijo que Lichi tenía el sesenta por ciento de quemaduras, era una quemadura de tercer grado o más. Érica e Iris tenían el cuarenta por ciento de su cuerpo quemado, dijo el doctor que en un hospital quemaduras del treinta por ciento de segundo grado era difícil sanarlas; y ellas con el cuarenta por ciento y en esas condiciones era bastante complicado.

No se tenía mucha experiencia en ese tipo de tratamientos ni la medicina adecuada, tampoco los lugares apropiados; se comenzó con lo que se tenía, se buscaron sábanas y el material necesario de curación; lo triste fue cuando el papá de Érica se enteró, era un señor de un genio terrible; llegó al hospitalito, llevaba pichón de huerta en sus manos, él había cortado una mata de huerta, y le había sacado lo más tierno, dijo que era para su hija y que él quería curar sus quemaduras, en el campo cuando una persona se quema unas personas le echan tierra, otros le ponían tomate a las llagas.

El doctor le explicó al papá que las quemaduras de la niña no eran sencillas y que no le podía poner pichón de huerta porque iba a infectar las heridas, el señor le dijo que era su hija y que él no lo podía detener y trató de agredirlo con el machete, entre varios compañeros del destacamento de la unidad lo neutralizaron y se lo llevaron; pero el hombre lloraba como un niño al ver a su hija, en las condiciones lamentables en que estaba.

Lichi no lloraba, sólo se quejaba. Cada vez que Álex la iba a curar, ella le pedía que cantara, la niña reía al ver como él cantaba y bailaba graciosamente, las preferidas eran cumbias, rancheras, canciones de niños. Caso contrario con Iris y Érica, que lloraban y se quejaban todo el día.

A Lichi, el área que tenía quemada, se le remojó con agua hervida ya fría, hasta que ablandara para quitar con mucho cuidado la piel chamuscada, y dejar la parte totalmente limpia.

A Érica le surgieron los indicios de las cejas y las pestañas en esa piel que le quitaron y le quedó vivo el músculo de la cara, el cuello y los brazos; tenía sus brazos extendidos totalmente tiesos, la boca abierta y se le había tostado la piel alrededor de los labios y de los ojos, no podía cerrar la boca, ni los ojos, dormía con los ojos abiertos.

A las tres niñas las cuidábamos todo el día, pero en las noches hacíamos turno, Daysi, Crespón, Jobo, Campos, Coto, Lito y yo, dos horas cada uno, para atenderlas; el antiinflamatorio que se les ponía les provocaba diarrea, teníamos que estar limpiándolas, cada vez que orinaban o defecaban.

Se les daba de comer en la boca, en la noche cuando yo veía a Érica, le tenía miedo, cuando de sorpresa la veía dormida con los ojos abiertos, no se miraba la parte del centro del ojo, le quedaban los ojos y los dientes cheles y en lo oscuro me daba miedo, y para colmo de males con las manos extendidas. Menos mal que este percance fue en el verano, no llovía, y en el lapso de dos meses no bajaron los paramilitares ni la Fuerza Armada. Esa situación facilitó la curación, pero fueron tiempos difíciles, costó que cicatrizaran.

A Érica se le engusanó la cara, por una parte del ojo. Al final del ojo tenía un huequito, no es que tuviera un nido de gusanos visibles, sino que tenía un orificio y decía que le picaba y que le picaba y ella no se podía rascar porque tenía las manos totalmente tiesas, por la falta de la última capa de la piel.

Érica decía que le picaba y que le cosquilleaba y era que tenía gusanos adentro, le echaban vinagre para que salieran los animales. Es terrible que una persona viva con gusanos en su cara, y con el miedo que no le salieran todos, porque no se sabía cuántos tenía y sucedió que en más de dos ocasiones se engusanó, por la falta de un lugar adecuado, estéril, dónde mantenerlas.

Con una tela ralita que conseguimos se les confeccionaron mosquiteros, se les pusieron varas alrededor del tapesco; a Érica, es probable que cuando se curaba o se le inyectaba se metiera alguna mosca que le puso huevos en la cara.

Estábamos a campo abierto bajo los árboles y teníamos unos tatús en el bordo, donde dormíamos, pero a ellas no las podíamos meter ahí porque no se podían estar moviendo. Érica, Iris y Lichi estaban bajo los árboles en tapescos y ahí se les curaba, se les cambiaba de ropa de cama, se les daba de comer a veces sólo frijoles sin sal, sancochados, o sólo tortilla, aguacate, lo que se encontraba se les proporcionaba.

Así transcurrieron dos meses, prácticamente les había sanado en gran medida las quemaduras a Érica e Iris. En Lichi se veía que bastante había evolucionado su piel,

pero estaba consciente de que iba a ser muy difícil que se curara porque se le habían quemado las vías respiratorias.

Se tomó la decisión de trasladar a Lichi a un hospital en Palo Grande, en Guazapa; ahí falleció como a los tres días de haber llegado, a pesar de que este hospital tenía mejores condiciones y por eso la mandaron para ahí, pero no tenía cura.

No se sabe si su familia se enteró o no; las otras dos niñas se siguieron curando ahí; hubo una invasión de la Fuerza Armada, se debió hacer una guinda por lugares inhóspitos, vaguadas, en medio de las quebradas, lleno de chiriviscos y maleza; nos lanzaban bombas incendiarias de *napalm*, que prendía fuego la vegetación y todo ser vivo que se encontraba en la zona periférica en que caían.

A Érica le habíamos puesto mantas encima, caminaba con los brazos extendidos hacia el frente, le habíamos tratado de proteger el rostro para que ningún chirivisco la rozara, estaba tan sensible que le brotaba sangre de la piel fácilmente.

A Iris cuando caminaba, de sus piernas también le brotaba sangre, hubo que cargarla, en esas condiciones era difícil porque la gente se caía; íbamos rápido y sufrió varios golpes porque se llevaba en hamaca y no era un terreno plano, era un barranco, y esa tarde, nos tocó improvisar dónde acostarlas.

A las niñas, no se les curó durante los tres días que estuvimos escondidos, cuando regresamos se nos habían engusanado las dos, en tres días las larvas habían crecido bastante.

Los gusanos eran feos, blancos y velludos, de medio centímetro de largo y le salían otros más grandes, los totalmente blancos eran los pequeños, los grandes eran peludos, ellas se quejaban del dolor, de cómo los animales las mordían por dentro.

Érica tenía engusanada la cara e Iris las piernas, los orificios, a causa de las picadas de tábano, que es una clase de mosca, las niñas tenían la piel totalmente tierna, eso les servía a las moscas de caldo de cultivo para incubar los huevos.

A los tres días que regresamos; iniciamos las curaciones y al final a Érica le quedó la cara con piel nueva, muy suavecita, desde entonces no la volví a ver.

A Iris le quedaron cicatrices en su rostro, el cabello le nació. Eran unas niñas pequeñas para sufrir un dolor tan grande. Si todavía están vivas, podrían decir que ya estuvieron en el infierno.

A ellas les quedaron cicatrices en su cuerpo; a mí me quedaron en el corazón.

2.6. No soy un fantasma ni vengo del otro mundo

Manzano era el jefe que teníamos, y me dijo:

–Cecilia, necesito que vayás a San Salvador, que llevés dinero para comprar algunas medicinas que necesitamos; también es de mucha importancia sacar a Monterrosa.

Monterrosa era un cuadro de dirección que había entrado a cumplir una misión y se debía llevar a San Salvador; él llevaba una pistola 9 mm con dos cargadores y 18 cartuchos, y le dije:

–No puedes llevar esa arma, porque si en un retén de la Fuerza Armada te la encuentran, tené por seguro que antes de matarte te torturarán.

–Yo soy muy conocido en aspectos de seguridad. Mi única garantía de que voy a vivir es el arma, si me encuentro con ellos tengo que pelear y morirme porque si me agarran vivo no me van a tener compasión, ellos saben quién soy.

Campos me entregó veinticinco mil colones, es decir, dos mil ochocientos cincuenta y siete dólares, los metí en una mariconera de cuero, Monterrosa llevaba su arma lista, se la colocó en la cintura y me dijo:

–Últimamente la forma en que los militares están operando en esta carretera de Suchitoto, es que atrás del bus que va para San Salvador va un camión con diez o quince paramilitares y siempre cargan G3 o checos. Cuando el bus venga vamos a ver si no viene este camión y vamos a salir a la calle.

Llegamos hasta Las Bermudas, un equipo de compañeros nos llevó hasta la calle, se apostaron a la orilla de la carretera, ellos iban a cubrirnos en caso de un enfrentamiento.

Nos cruzamos la calle hacia el sentido que va para San Salvador y nos cubrimos un poco, cuando venía el bus cerca, Monterrosa me dijo:

–No viene, no viene nada, venite.

Cuando salimos e hicimos parada al bus, éste frenó bruscamente, hasta en ese momento nos dimos cuenta que sí venía el camión con los paramilitares.

Lo que sucedió es que el camión venía tan cerca del bus que no lo alcanzamos a ver, casi se estrella con el bus por detrás, y al nomás detenerse los paramilitares se tiraron del vehículo, se desplegaron y empezaron a disparar, la gente que iba en el bus gritaba a todo pulmón, Monterrosa me tiró a la cuneta de la calle y comenzó a disparar.

Los compañeros que estaban apostados también empezaron a disparar, los agarraron por detrás y empezó el enfrentamiento; pero claro, los paramilitares eran unos trece y los compañeros sólo eran tres los que estaban apostados ahí, con armas no en buen

estado, con poca munición, Monterrosa con la 9mm. él era de la opinión que no había que desperdiciar los cartuchos, no era un fuego muy nutrido.

Monterrosa estaba más arriba, y había alguien que decía: “¡Tírense al piso del bus! ¡Agáchense!” Y los balazos pasaban por todos lados, eran de grueso calibre, los de los paramilitares y también los de los compañeros, traían un FAL, una carabina y un G3, pero no podían disparar ráfagas, no usábamos esa opción por ahorrar munición.

Empecé a sentir algo caliente que llegó a mi cara, me puse la mano y vi que era sangre, le pregunté:

- Monterrosa y esta sangre ¿de dónde es?
- Agáchate, no te levantes, no soltés esto.

Me tiró la mariconera, ahí llevaba el dinero, iban documentos de importancia, me dijo:

- No soltés eso por nada, estoy herido, cruzá la calle y cuando baje la gente te vas.

Los pasajeros empezaron a bajar agachados del bus, se tiraban al suelo, avanzaban a rastras, había gente herida, ya no se escuchaba fuego del otro lado.

Los compañeros se retiraron, y le dije a Monterrosa:

- No te voy a dejar.
- Andate, hacé caso, corré, llevate la documentación y el dinero.
- No, porque no tengo arma, no hay forma de pasar.

Había unos paramilitares heridos, la gente se quejaba, unos lloraban, las viejecitas rezaban en su angustia y desesperación.

Monterrosa me dijo:

- Intentemos cruzar.

Pero él tenía un balazo en el vientre y otro en la pierna, cuando se levantó, que íbamos a intentar cruzar en medio de la gente, había bajado un poco el tiroteo, y me dijo:

- Nos vamos a confundir con los pasajeros y vamos a cruzar.

Pero no fue posible, porque alguno de los paramilitares lo tenía bien ubicado.

Él nomás se levantó, y le pegaron una ráfaga de G3, en el pecho, tomé el arma, tiré tres o cuatro disparos y se terminó el cargador, le puse otro y traté de salir, a mí no me ubicaron.

Logré salir porque la gente corría para todos lados, no hallaban por dónde huir, no era un fuego nutrido, algunos pasajeros chorreando sangre.

Llevaba puesta una blusa y una camisa amarilla encima, me quité la camisa y quedé con la blusa llena de sangre y quizás el color ayudó a que me perdiera entre la gente y crucé la calle.

Salté un cerco que había ahí, caí a media vaguada, corrí para el lado del campamento, pero claro, estaba lejos.

Se encontraban efectivos de la Fuerza Armada en el casco de la hacienda El Papaturo, se habían alertado con los disparos y se dirigían hacia la calle, también los que estaban a la altura del cerro Tecomatepe, pero yo salí, no me detuve, iba sin zapatos porque me estorbaban, eran los que llevaba para ir a San Salvador.

Llevaba la falda toda rota, donde pasé por el alambrado de un cerco se trabó y ahí quedó la hilacha de falda, cuando llegué al campamento de Las Bermudas ahí estaba Manzano y me dijo:

- Putá, Cecilia, aquí vinieron los compañeros y me dijeron que ellos vieron cuando te mataron y que por eso se retiraron.
- No, a quien mataron fue a Monterrosa.
- Espérate, a los compañeros los voy a asustar, quédate ahí (los mandó llamar y cuando llegaron les preguntó):
- ¿Y ustedes vieron exactamente que Cecilia estaba muerta y Monterrosa también?
- Sí, nosotros vimos cuando los mataron, y por eso regresamos.
- Vengan a ver quién está aquí (se quedaron tiesos como si estuvieran mirando a alguien que venía del otro mundo).
- Pero si yo vi que te cayó una ráfaga en el pecho, yo decía que estabas muerta, por eso nos venimos.
- No soy un fantasma.

Les dio un poco de miedo sentir la responsabilidad de que habían mentido, o no sé si en su miedo vieron que... porque eran bastante jóvenes, las edades eran entre catorce y dieciséis años.

III LA LOCURA DEL PARACENTRAL

Esta historia es relatada por Abelio Flores.

3.1. La ofensiva general del FMLN

Estaba destacado en la sección de operaciones del Estado Mayor General en San Salvador, en la preparación de la Ofensiva General del FMLN en 1981, cuando me trasladaron al paracentral el 24 de diciembre de 1980. Mi experiencia militar había sido adquirida en la guerra urbana, ésta era más peligrosa que la rural, había que ser astuto, ágil y cauteloso.

En los viajes que realizaba hacia San Vicente me daba cuenta de que los vicentinos andaban como en casa, me gustaba la idea de irme para el frente por lo que había conocido. Me incorporé al paracentral con la orden de ser el jefe de operación del paracentral.

En la primera reunión que tuvimos, el segundo jefe del frente, quien había sido jefe mío en San Salvador, ya sabía que yo iba para el frente paracentral. A él le habían regalado una pistola *browning* nuevecita y bromeando, dijo: “El que resulte jefe de operaciones va a ser el dueño de esta arma.”

Las personas que vivían en el paracentral conocían calles, veredas, casas, atajos, etc., yo no conocía la geografía del lugar, pero eso no era obstáculo para conocer a la gente, empezamos a planificar la ofensiva, llegué a San Vicente el 24 de diciembre, y la ofensiva estaba programada para el 1 de enero de 1981, para conmemorar la Revolución Cubana.

Nos quedaba no más de una semana, no había la preparación necesaria y adecuada, teníamos setenta armas, entre G3, FAL y escopetas; se estaba esperando un cargamento que iba a llegar.

Estuve alojado en casa de una familia campesina, me atendieron y nos identificamos bien, cuando llegaba el jefe de familia acompañado de su hijo mayor, por lo general iba al monte a cazar un garrobo, la esposa de él cocinaba un exquisito sopón.

Se tenía un grave problema en las comunicaciones, no había aparato de comunicación, por lo que se realizaba mediante personas que traían y llevaban mensajes, éstas eran conocidas como correos.

La comandancia del FMLN nos envió un mensaje urgente el 31 de diciembre, en donde nos informaba que la ofensiva se posponía para el día cinco de enero de 1981, y nosotros ya nos habíamos movilizad.

Anduvimos buscando al jefe en la costa, eran las once de la noche, un compañero de seguridad iba adelante y otro detrás de mí, y empecé a soñar, caminar y dormir, empecé a soñar que ya había llegado, me le presenté a Cerritos y me dijo: “Siéntate.”

Estaba en la banca de Cerritos, sentado, y me acurruqué y resultó que el otro compañero que caminaba detrás venía dormido y se tropezó en mí, y ahí nos despertamos los dos.

Los preparativos de la arremetida militar fueron a todo vuelo y, al final, el 10 de enero se dio la Ofensiva General. A mí no me llevaron al combate por el desconocimiento del terreno, sin embargo, me dejaron como responsable de la retaguardia, en la preparación de comida, explosivos, para mandarlos a la zona de los combates; y por eso me avisaron que había llegado un cargamento de fusiles a una zona que le llamaban La Laguna Seca.

Fui a La Laguna Seca a traer el cargamento de armas, paradójicamente ahí había una sección de guerrilleros desarmados; la ofensiva estaba en pleno desarrollo y ellos no se habían enterado de lo que estaba sucediendo en el ámbito nacional, recogimos las armas, regresamos, y me quedé con esa gente ahí.

Terminó la ofensiva y empezamos a evaluar. Me parecía que habíamos trabajado mal, los mejores jefes estaban en el Estado Mayor, era un organismo sedentario, donde estaban escribiendo, haciendo mapas, mandando gente, pero no tenían tropa directamente que condujeran sino que sólo conduciendo intelectualmente.

Les expuse que no me parecía esa forma de conseguir esas armas; si los que estaban en el Estado Mayor eran en realidad los mejores jefes, que lo demostraran en la práctica y que cada uno de los miembros del Estado Mayor agarráramos una parte de los combatientes, y funcionó la idea, se tomó el acuerdo.

Rifamos a quién le correspondía primero escoger, los primeros eligieron la mejor gente; a mí me tocó de último, el cuarto lugar, escogí a la gente que me traje de La Laguna Seca, que estaba perdida, y así formé mi sección.

La experiencia que tuve en la Fuerza Armada me ayudó a tomar esa decisión, fui subsargento del ejército, deserté porque mi papá me dijo:

–Tus hermanos están organizados, toda tu familia está organizada, sólo tenés dos opciones, te quedás en el cuartel o te salís, si te quedás vas a tener que matar a tus hermanos.

Esa experiencia militar la apliqué. A las cuatro de la mañana esa gente trotaba y hacía ejercicios, en el día siempre teníamos tareas que efectuar, a mí no me agradaba ver a los guerrilleros panza arriba y nadie hacía nada, a no ser que fuera alguna operación militar.

Casualmente me tocó un lugar donde muy seguido entraban los soldados, y empecé a foguear a la gente en el combate, no sólo a prepararse. Eso me sirvió para ganar respeto ante los demás combatientes.

Luego llegó la orden de la comandancia de que no era correcto lo que se había hecho en el frente paracentral, y dieron la orden que se volviera a formar tal y como estaba antes el Estado Mayor, me llamaron, para ese tiempo ya el compañero Valle había muerto y Ramos había quedado de jefe, él era el segundo.

Ramos me llamó y me dijo:

–Abelio, la orden es que volvamos al Estado Mayor.

–A mí ahí déjame, que ahí estoy bien.

–Está bien, ha venido también la orden de formar las Fuerzas Especiales, te voy a dejar a vos, pero vas a formarlas.

–Está bien, las formaré.

3.2. Las Fuerzas Especiales (Fes)

Para constituir las fes no existía ninguna técnica, nada, ni siquiera un folleto, simplemente escogieron la mejor gente y me la llevaron. Yo seguí con mi programa cuartelario, y por supuesto la gente estaba acostumbrada a llevar una vida sedentaria.

Eso no les parecía para nada, estábamos acuartelados en una finca propiedad de Alfredo Cristiani y tenía piso bien bonito; nombraba a un compañero cada día para que se encargara de barrer, trapear, mantener limpio. Un día escogí a un combatiente que le decían Chichicaste, era malo.

Iba pasando un compañero de otro campamento y Chichicaste estaba en la puerta, y le dijo:

–Putá, Chichicaste, de cholera te tienen cabrón.

–Cállate. A ese hijuelagranputa, lo voy a matar cuando menos se lo piense.

Yo estaba detrás de él, y aquel le hizo señas con los ojos, pero él no se dio cuenta, y me saqué mi *Smith and Wesson* y se la puse en la cabeza: “Ajá, ¿cómo es eso?”. Y ahí se le fue el alma al otro mundo, del susto.

De cada sección me mandaron los cinco mejores combatientes, pero había unos que me enviaron porque el jefe tenía molestias con ellos y esa fue la forma de deshacerse de esos guerrilleros problemáticos.

Todos ellos procedían de Apastepeque, San Salvador, Santa Ana, y quiero mencionar a León: era un hombre que si alguien del paracentral lo escucha, jum, se ganó el cariño de la gente porque se murió peleando como se debe.

En las noches había evaluación y empezaban a insultarme a mí, por lo duro de la preparación. Les dije: “Quieren ser guerrilleros o qué quieren ser, para ser un buen combatiente hay que trabajar.” Y empezaron ellos a hacer la lucha con los demás hasta que aplastaron esa idea de que era malo lo que se estaba enseñando.

Solicité que me quitaran al segundo jefe que me habían puesto, porque era un vago y pedí que designaran a León. Me dijeron que no, entonces yo lo nombré.

¿Llegó el Batallón de Infantería de Reacción Inmediata Atlacatl (BIRIA) a entrenarse con nosotros? Me trasladaron de la finca El Verde que era de Alfredo Cristiani al otro lado del volcán, a la finca Siete Joyas, con el propósito de aislarme, incluso la comunicación, y me dieron radio para que no estuviera mandando correo.

La alimentación nos la dejaban en un punto donde la íbamos a recoger para no relacionarse con nosotros, pero eso sí, aseguraba que en el volcán no entraban enemigos porque eso estaba superminado.

Allá en la lejanía se oían unos bombazos y hasta en la tarde nos dimos cuenta de que el volcán tenía un anillo de seguridad, montado por el ejército, nosotros y una sección de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), eran los vecinos más cercanos que teníamos, y al sexto día de combate las FAL se retiraron sin avisar a nadie.

Era una lluvia de plomos y aceros, plum, plum, plum, plum, toditito el día, morteros a la posición de nosotros, y me trasladaba por la línea de fuego y toda la gente: retirémonos, nos van a matar; les dije esperemos, si nos vamos nosotros matan a toda la gente, por lo tanto aguantemos y, efectivamente, en una de esas que llegué a un pozo donde estaba un compañero, sólo hallé un hoyo de una granada que había caído ahí y los pedazos del compañero estaban trabados en el alambre; eso daba horror, no le quise decir a nadie, para no aumentar el terror que la gente sentía.

El caso es que el Atlacatl nos cercó, sólo a nosotros porque toda la gente se había retirado y, efectivamente, Ramos me mandó el correo, pero lo mataron, no alcanzó a llegar.

Me reuní un momento con los jefes: ¿Y qué? ¿Por dónde? Tirémosle por aquí un poco, suponíamos que era la mejor solución; salimos del cerco, más adelante, mi

sección iba adelante y yo era el último, luego iba un grupo de masas y más atrás una sección que me la habían dejado ahí.

En la guinda, a la primera que alcancé fue a Fresia, mi novia, que ya no aguantaba, y le dije: “Sigan, sigan, iba con una señora, sigan, voy a alcanzar a los compañeros”. Y alcancé al último de mi gente, íbamos pasando debajo de la línea de fuego que tenía el Atlacatl, ellos estaban en un cerco de piedras, y nosotros en la parte de abajo del cerco de piedra, purrrrrrrrrrrr.

Desapareció todo mundo y quedé solo y empecé a caminar, yo había perdido, hacía dos meses, la mitad de la sangre y en dos meses no la había recuperado, por lo tanto eso para mí era... yo solo y aquella disparazón.

El fusil se encasquilló y para qué llevo esta arma de estorbo, la tiré y agarré la pistola, hallé el camino, dije, aquí ni modo, que me maten, me fui por ahí.

Luego en la medida que caminaba encontraba rastros donde habían estado los soldados, como a las siete de la noche oí un ruido, por la forma de cómo lo escuché me imaginé que eran mis compañeros, me identificaron, les dije súbanse aquí a este camino y nos fuimos. Pasó el operativo del Atlacatl.

En 1991 capturé a un teniente, me contó que él venía en ese operativo; él fue del Atlacatl y les habían dado la orden de que no fueran a la finca El Carmen porque ahí estaban las Fuerzas Especiales, y efectivamente no llegaron.

Esa finca era mi cuartel, sirvió de campo de refugio para una gran cantidad de gente, pasó la ofensiva, luego vino la quietud, el enemigo dejó posiciones en el volcán, me mandaron a retomarlos.

3.3. El “oreja” nos delató

Me dieron la misión de explorar la calle entre Guadalupe y Laguneta para llevar a cabo una emboscada, nos trasladamos, llevaba un jefe de escuadra y tres combatientes más.

Cuando llegamos al lugar nos encontramos con un señor que era el mandador de la hacienda, él se asustó cuando nos vio: se puso blanco, blanco, era oreja (espía) por supuesto, según él lo íbamos a matar, le dije:

–No se preocupe, no andamos matando; no le diga a nadie tampoco que nos ha visto, porque entonces sí se va a morir (y nos fuimos).

Cuando llegamos a la zona nos pareció apacible el lugar; en los cafetales cavan hoyos para que capten aguas lluvias, las hojas al podrirse sirven de abono orgánico, había huecos a la orilla del bordo de la carretera; el jefe de escuadra me dijo:

–Abelio, aquí no andemos explorando, ya pongamos la emboscada.

–¿Y con qué?

–Yo cargo dos granadas; aquí lo que pasan son camiones militares, con estas dos y los fusiles que cargamos vas a ver.

Nos apostamos ahí, pasamos dos horas, llegó el momento del almuerzo; nombre, le dije, vamos a comer, y nos fuimos; se quedan ustedes tres, les dije a unos compañeros y me fui con el jefe de escuadra, salimos hacia abajo y llegamos a una parte plana donde había un cafetal ralo, nosotros íbamos confiados cuando de repente se aproximaba un camión.

Los chaneques, no, los guardias, me dijo, venían guardias y chaneques. Yo me extendí en las raíces de un palo de amate, me cubría bien; pero a él ya no le quedó chance de buscar dónde ocultarse, sino que se puso detrás de un matocho y le alcanzaron a ver los zapatos.

Ahí están los guerrilleros dijeron, y nosotros no accionamos porque andábamos explorando, no podíamos delatar lo que íbamos a hacer, salimos agachados corriendo lo más veloz que podíamos y nos dirigimos hacia una quebrada próxima y, casi inmediatamente, nos empezaron a disparar.

Al llegar a la quebrada teníamos que subir la siguiente loma. Cuando de repente y para mala suerte puuummm, el balazo me atravesó, sólo la piel me arrancó, no le dio al hueso, yo sentí caliente y me vi: chorro de sangre.

Una cuadra caminé y caí. Todo me desvacíe, caí medio consciente, arrecostado, sentado en una piedra viendo hacia donde podían asomarse los efectivos de la Fuerza Armada y con el fusil en las piernas. El compañero me gritó:

–¿Abelio dónde estás?

–Estoy jodido.

El compañero regresó, empezó a arrancarle las pitas a un morral que andaba, para ponerme un torniquete.

En eso estaba cuando asomaron cinco chaneques. Ahí vienen, dijo; yo no lo recuerdo; él me lo contó después; se tiró para atrás, agarró el G3 y empezó a disparar, pero cuando él me dijo “ahí vienen”, yo jalé el gatillo... puuurrrrrr. Los veinte tiros se fueron, yo estaba defendiéndome por instinto de supervivencia.

Nosotros estábamos claros de que por la escasez no podíamos gastar munición, y ráfagas no se tiraban. Pero yo sólo apreté el gatillo y lo cierto es que se murieron los cinco chaneques, cayó uno todavía medio vivo y mi compañero lo remató, le quitó un fusil y la munición y me dijo:

- Abelio, vámonos.
- No, no puedo.
- Vámonos.
- No puedo.
- Te van a matar.
- Llévate el fusil.
- No, que te van a matar.
- Llévate el fusil, estoy exhausto.

El compañero, se colocó en el hombro los G3 y el checo, me levantó y agarré ánimo; me llevaba abrazado, caminé un poquito, pero luego volví a caer, y el compa se montó los tres fusiles, más yo encima, y esas faldas de ese volcán son horribles, pero había una pasada de calle, precisamente por la hacienda donde encontramos al mandador oreja, porque él fue el que nos puso el dedo (delató); había una prensa de bejucos y por ahí subimos, era casi vertical, el compañero subió los tres fusiles y los dejó arriba, bajó, me echó a mí al lomo, y él braceando en los bejucos, me desmayé.

Sólo me pasó esa calle y ahí me dejó, fue a avisar para que me recogieran. El problema fue que como el balazo no me dañó el hueso, yo movía el brazo, el compañero fue a informar que era una lesión de bala leve, llegó la gente a llevarme sin hamaca, como supuestamente no era grave.

Lo que no sabían es que yo había perdido casi toda la sangre, me dijo el doctor: “Yo no sé cómo viviste porque una arteria sin torniquete te vacía, no se puede sellar ella sola y la tuya se vació”. Pero el caso es que cuando llegaron los compañeros a traerme, yo ya estaba en *shock*.

Me quisieron llevar y los agarré a patadas, lo único que hicieron fue ponerme una inyección para el dolor, fueron a traer una hamaca y regresaron al día siguiente.

Jazmín, mi novia, me estaba esperando con un jugo de naranja, sólo lo probé y vomité. Una anciana al verme, dijo: “Pobrecito el muchacho, démosle un huevo, y quebró la punta de uno.” Y como lo rechacé, estregó el huevo en mi pecho. Para que no se pierda, dijo. Y nos fuimos, me llevaron al hospital del campamento.

Estuve internado cinco días, que para mí no existieron, dicen que me pidieron permiso para cortarme el brazo y que yo les dije que sí, y me lo amputaron; con Jazmín no éramos novios concretamente, yo la había enamorado; recientemente le habían matado al novio y me dijo: “No puedo, me gustas, pero no puedo, dejemos pasar el tiempo.” Vaya, chévere. Y así estábamos esperando que pasara el tiempo para ser novios.

Jazmín me llevó una bolsa con bombones un día antes de que me operaran y me los puso bajo la almohada; a las enfermeras, les decíamos sanitarias, eran bien atentas.

Siempre que había una operación como la que me iban hacer a mí, ponían anestesia general, las sanitarias estaban pendientes cuando el paciente despertaba, porque empezaba a delatar cosas íntimas, y había quien decía sus secretos de amor, cuántas mujeres, con quién se había...

En el caso mío, las sanitarias estaban pendientes a ver qué delataba y les salió al revés la cosa, porque yo sólo decía boh, boh, boh, y ellas decían: “¿Estará acordándose de los bombazos o qué?” No, comentan que dijo una: “Son los bombones que tiene ahí”. Y se resolvió el enigma.

Desperté, eso fue horrible, cuando pasó el efecto de la anestesia. Me dormí con brazo y desperté sin él, yo no me acordaba de lo que sucedió después que había entrado en *shock*, sólo me acordaba hasta cuando los chaneques y guardias iban en el camión y empezaron a disparar. De ahí todo lo demás me lo contaron. Desperté con tremendos deseos de orinar, pero me daba pena decirle a las enfermeras, y dije: “Voy a buscar, a la más humilde, la más buena onda.” Pasó una y le dije:

–Fíjate que quiero orinar.

–Ah, esperate, voy a traer el pichiche (le decían así a un bote de lata que lo cortaban para que el paciente orinara ahí mismo en la cama.)

A los ocho días me desesperé. La vida sedentaria no me ha gustado, y estar acostado ahí, no; me fui para donde Milton y le dije:

–Ya no quiero estar en el hospital.

–Hay tres posibilidades; una, que te quedés en el hospital, porque ahí está la medicina, está el doctor y todo eso; otra, que te vayás para tu campamento, ahí está tu gente; y otra, es que te vengás para aquí, aquí yo te puedo poner condiciones para que recuperés la sangre perdida y te compren frutas y verduras.

Decidí quedarme ahí. Como a los ocho días sentí dolor en la pierna izquierda y terminaba en la planta del pie, como si eran clavos los que me estaban martillando; llegó un momento en el que ya no aguanté, estaba un compañero por ahí y me vio llorando y que me revolcaba en la cama de puro dolor: ¿Y qué te pasa? Sólo le respondí “me duele” y perdí el conocimiento: me llevaron al hospital. En la noche me habían inyectado y ya estaba tranquilo.

3.4. El retorno

Cuando estaba en el hospital llegó la orden de que me trasladara a mi sección, a los tres días de estar en mi sección hizo una incursión el Batallón Atlacatl, después me sacaron, Julio llegó con un muchacho de nombre Álex a relevarme, le pregunté:

–¿Y mientras tanto qué hago?, ¿qué actividad voy a realizar?

–Ahí ve qué hacés.

Estaba en una situación terrible del brazo y que el jefe me diga “ahí, ve que hacés;” eso es horrible, me fui a llorar y Jazmín me consolaba.

Julio después habló conmigo:

- ¿Y qué pensás?, ¿te vas a ir para allá o te vas a quedar?
- Prefiero irme.
- Va pues, ahí te vas conmigo.

A Julio lo vi pasar cuando se fue y no me dijo nada, yo estaba en una situación horrible, cuando él llegó al otro lado del volcán de San Vicente, a una sección que los compañeros le decían El Diablo, fue ahí que se acordó que yo me iba a ir con él y envió a dos compañeros a traerme, y yo en esos momentos estaba literalmente ya fuera de onda.

Cuando llegaron los combatientes, me dijeron:

- Manda a decir Julio, que se le olvidó que te ibas a ir con él, y a llevarte venimos.
- Decile a ese hijuelagranputa que se lleve a su madre.

No me fui, ahí me quedé. Después armaron un viaje a Cuba para darle tratamiento médico a tres lesionados de guerra, en esa cuenta estaba León, un compañero que estaba sordo, y yo. Nos trasladaron para la Gavidia, allá estaba el mando y de ahí íbamos a salir, pero desgraciadamente al compañero que nos iba a recoger lo mataron a medio camino, y ahí murió nuestro viaje; quedamos en ese lugar como mendigos, así claramente como pordioseros, porque no teníamos o mejor dicho no pertenecíamos a ninguna estructura, nosotros nos arrimábamos a donde mejor nos atendían.

El año 1982 fue terrible para obtener comida, y por eso nos decían “los comerraíces,” y es cierto mucha gente se dedicó a arrancar camotillo, que era un fruto que daba un bejuco.

Fui a un campamento a pedir alimentación: no, me dijeron, no hay comida; claro, la gente estaba comiendo una media tortilla, pero estaban comiendo; voy a otro: no, no hay comida y estaban comiendo, poquito, pero estaban comiendo; voy a otro y, se me quedaba viendo una viejita, y dijo:

- Niña Juanita, déle aunque sea una tortilla al compa, pobrecito.

Putá, esa mierda me mató, pero me comí la tortilla, porque andaba tremenda hambre, me fui a tirar a un plástico a llorar; llegó Begonia, la gorda, y plash, me pegó una patada en la nalga y expresó:

- ¿Qué te pasa cabrón? No te quiero ver llorar, caminá, andate, caminá.

Así hice, empecé a caminar y uuuuuh, le di vuelta a un cerro y ahí pensé: “No, dije, esta babosada no es así, para Cuba no me voy, aquí me tocó”. Y me fui para donde el compañero de la Olímpica; él tenía reunión del mando cuando llegué, le pegué una patada a la puerta, entré y se alarmaron todos ahí, me imagino que llevaba una cara de ogro, y dije:

- Tijerilla, quiero hablar con vos.
- Hey, ¿Abelio qué te pasa?
- Quiero hablar con vos.
- Ah, vení pues, decime.
- Quiero ganarme la comida, así es que dame un fusil y mándame a una sección, porque yo mendigo no soy. A mí me dieron paja que yo era igual, pero aquí me tienen de mendigo, así es que me voy a dar verga por la comida.
- Tranquilo compañero, no te ofusqués.
- Ni mierda, no te estoy pidiendo... no te estoy pidiendo el criterio a vos, yo lo pongo.
- Mirá cabrón, mirá aquella columna de vacas que va allá ahorita, me las vienen a dejar, no jodás, hay que ordeñarlas en la mañana y en la tarde, te voy a poner a vos de jefe de escuadra de lecheros.
- Vergón, yo lo que quiero es trabajar, para ganarme la comida, y no andar pidiendo.

Tijerilla llamó a varios compañeros y les comunicó:

- Este compañero va a ser el jefe de ustedes.

Fui lechero alrededor de dos meses, cambió mi situación, la viejita que dijo, “denle una tortilla pobrecito”, después, como yo era el que distribuía el queso y la leche, me hacía ofrecimientos como:

- Compañero, ¿qué va a querer?, tenemos leche, carne, cuajada y crema, ¿qué quiere, arroz o frijoles?

Los soldados se llevaron las vacas en el primer operativo militar que se echaron ahí, y volví a quedar sin chance, y me pusieron de segundo jefe en el taller de explosivos.

Después me mandaron de segundo jefe de la zona de Gavidia. En ese tiempo ya estaba un poco estructurada la milicia y la guerrilla; las milicias estaban en los territorios y la guerrilla era más móvil.

El comandante Milton Méndez llegó, él ya no estaba en el frente, venía con un cargamento de armas procedentes de Jucuarán y las transportaba hacia Chalatenango; mi sección de fuerzas especiales que formé, que al final no fueron especiales, sino que combatientes un poco más disciplinados que los demás, fue la primer gente que se llevaron para Chalatenango. De todos esos, dos nada más quedan con vida a la fecha, éramos aproximadamente cuarenta y cinco. Milton me dijo:

–Abelio, vos vas a llevar estas armas para el norte de San Vicente.

Era regular cantidad de armas, trescientas personas fueron las que me ayudaron a trasladarlas. Cuando regresamos Milton les dijo:

–Se dan cuenta que este cabrón, la cabeza la tiene buena, y que el hecho de que perdió el brazo, no significa que es un impedimento para realizar tareas revolucionarias, miren eso, ahí anda y puede, así que no se ahueven.

Ahí había bastantes compañeros que quedaron lisiados, porque también las condiciones del frente eran horribles para superar el trauma y la discapacidad.

3.5. Los Batallones de Unidad de Vanguardia (UV)

Se empezó a formar la Unidad de Vanguardia, mejor conocida como la UV, era una especie de ejército. Pusieron de jefe a Miguel, por cierto así se le puso Miguel UV, porque él fue el primer jefe de esa unidad, era una gran persona; en la guerra no funciona tanto el ser buena gente, sino que más ser mala persona, porque es guerra, y no es para quedar bien sino que para matar.

En la guerra hay que ponerse claro que así es. Preparó a la gente, de alguna manera poco delirante, pero a Miguel le gustaba pelear, no conducir. El comandante Douglas se enojó y le dijo que le iba a dar la baja, porque no era el jefe adecuado. Me llamó para que relevara a Miguel, y ante esa designación a Douglas le expresé:

–No, yo no relevo a Miguel, si querés castigame, pero no lo reemplazo.

Llegamos al acuerdo de que Miguel iba a ser el jefe y yo el segundo, Miguel me dijo:

–Vaya cabrón, hoy que vos sos mi segundo jefe, en un operativo me voy a dar verga yo, y en otro, vos; y cuando yo esté dando, vos conducís.

–No hay problema, conmigo no hay pereque.

En cada operación nos turnábamos, nos trasladamos por un lapso a Chalatenango, en El Jícaro y en Las Vueltas; participamos en operativos militares, luego regresamos, se empezaron a crear otras unidades, formamos el batallón, en la zona de Usulután formaron otro.

La Fuerza Armada estaba penetrando con inteligencia de diferentes formas, el comandante Mayo Sibrián nos contó que a él le presentaron una maqueta exacta a escala que tenían del Estado Mayor del paracentral; cuando él cayó preso en 1984 y fue liberado en octubre de 1985, se dio cuenta en la cárcel de que los efectivos de la Fuerza Armada a cada compañero que capturaban lo torturaban, lo desmembraban, le extraían órganos o los desholleaban para que diera información.

A los días la Fuerza Armada nos bombardeó tanto que los explosivos de alto poder destructivo caían como diluvio, ahí metieron todos los aviones que tenían; después del bombardeo se dejaron caer los paracaidistas como lluvia, ahí me di cuenta que las mujeres a veces tienen más huevos que nosotros los hombres, porque en ese preciso lugar y momento tenía ganas de arrancar carrera, y veía a las compañeras radistas que corrían para acá, para allá, que quitaban una antena, que un radio lo escondían, que otro lo echaban... ellas volando riata allí, para dejar todo en orden, nos retiramos.

En realidad el gran operativo fue más exhibicionismo con fines propagandísticos, parecía película hollywoodense, quizás los oficiales de la Fuerza Armada miraban mucha televisión, porque no fue la gran cosa. Sólo nos causaron una baja con el megadespliegue de efectivos militares y la desproporcionada utilización de la artillería y la aviación, se puede concluir que la baja que nos causaron les costó más de un millón de dólares.

No obstante, cuando el batallón de la Fuerza Armada iba de regreso lo emboscó el batallón revolucionario “Compañero Ernesto Morales”, y le aniquilaron casi la mitad de los efectivos militares.

En ese tiempo funcionaba una dirección político-militar donde se habían reunido los dos frentes, el paracentral con el oriental, había una sola dirección; Mayo estaba en Usulután, Milton en San Vicente, y él era coordinador de los dos frentes. En realidad era jefe del paracentral y Mayo era jefe del oriental, y me habían incluido a mí ahí en la dirección político-militar; estaba Rebeca también como miembro del partido.

El Estado Mayor veía la parte militar y el comité del partido la parte político-ideológica, Rebeca era la encargada de esa parte, pero cuando se fueron para Chalatenango se llevaron el mejor armamento, y nos quedamos con algunas pistolas y unos cuantos fusiles. Óscar Ortiz era segundo de mando en Oriente, Milton lo llamó y le comunicó lo siguiente: Abelio va a quedar de jefe, así es que vos quedás supeditado a él. ¡Ah!, y ese compañero protestó, no quiso reconocer el cambio. Al final tuvo que someterse, pero en la práctica no lo aceptó.

En plena navidad 1982 se trasladaron combatientes para Chalatenango, fue el batallón XXI, formado por las unidades de Guazapa y Chalatenango, el de San Vicente y el de Usulután, para participar en la campaña militar que se llevó a cabo en Chalate, desde La Palma hasta Tejutla; todos los pueblos que se encontraban en esos lugares se barrieron en el primer trimestre de 1983, fue una campaña militar continua y por esa razón fue que se hizo esa concentración de fuerza guerrillera en tal magnitud.

Sentíamos una incomodidad o malestar con Chalatenango, porque nosotros sólo servíamos de burros cargando cañones, ametralladoras, fusiles, munición y todo; explosivos para Chalate, y para nuestros campamentos o frentes de guerra, nada.

El frente paracentral estaba dividido en cuatro subzonas: una era de la Panamericana hacia el norte, la Gavidia era de la calle de Tecoluca y la Litoral y la Panamericana y el Río Lempa, digamos es el cuadrado ahí, el volcán y la costa; la base principal donde estaba el Estado Mayor era la Gavidia, desde que el batallón Atlacatl nos sacó del volcán de San Vicente, prácticamente se convirtió en base principal la Gavidia, pero más que la Gavidia era el cerro La Campana.

Yo estaba destacado en el volcán, como jefe de zona y mandaron a los dos batallones para allá, para preparar una operación en Verapaz, Guadalupe y Laguneta. Nos organizamos de tal manera que todos los jefes de la Neto Morales (era un batallón) se iban a ir por el lado derecho del volcán de San Vicente, digamos a explorar Verapaz.

Me fui con los jefes del Andrés Torres (era otro batallón) por el otro lado a explorar la parte de Laguneta y Guadalupe. Cuando veníamos de regreso, como a la una de la tarde en la parte alta del volcán, que le dicen Las Nubecitas, escuchamos unos balazos por la zona donde estaban los batallones nuestros.

En ese tiempo todavía no habían comunicaciones por radio, Pico Seco, es decir, Miguel, me dijo:

–Cabrón, se metieron los soldados y la tropa sin jefes, hijueputa. Corramos.

Salimos en carrera, a medio trayecto encontramos a Tijerilla que venía con la lengua de fuera para arriba, a buscarnos, y nos dijo:

–¡Ahí están los soldados!

–¿A dónde?

–Allá.

–Ah... démosle.

Nosotros que llegamos al mando y los otros jefes del otro batallón también, y nos preguntamos: ¿qué hacemos? El problema era que habían mandado a los dos batallones sin un jefe que pudiera coordinar las acciones militares de ambos, sino que cada batallón con su jefe. ¿Y qué hacemos? Miguel, me dijo:

–Abelio, a vos te toca. Y no hay vuelta de hoja, ahora sos el jefe de nosotros.

Le dije a Miguel. “Vos te apostás por los cocos, y vos Walter te vas, maniobrás allá abajo y cuando Miguel los empuje vos los esperás.” Y me dijo: “A la puta, pero yo no conozco aquí, mi gente no conoce”. Les designé un guía a cada uno y se fueron. A las cuatro de la tarde estábamos gritando de alegría porque la operación resultó todo un éxito, el primer cañón noventa que recuperábamos, y se van encandilando.

Claro, los soldados corrieron en desbandada para abajo, pero no se dieron cuenta que se iban a topar con el otro batallón, aquellos los recetaron de regreso y allá sólo había un

enorme abismo, de tal manera que ni un soldado salió, porque se aventaron al abismo, se suicidaron.

Al día siguiente nos preparamos porque iban a llegar a traer a los soldados muertos, Milton me dijo:

–Abelio, tené cuidado, porque van a meter a la aviación y toda mierda para sacar a sus difuntos.

Pero nosotros estábamos empilados El día siguiente la Fuerza Armada metió una compañía. Eran aproximadamente ochenta efectivos militares y, claro, nosotros con los dos batallones éramos seiscientos (cada batallón lo integraban 300 guerrilleros); éramos seiscientos contra ochenta, toda la compañía de soldados se murió. Milton y Douglas, al día siguiente, llegaron como a las doce de la noche.

Tomamos la decisión de retirarnos porque nos iban a echar todo. Claro, la Fuerza Armada hizo un gran bombardeo, pero ya no estábamos ahí. Hoy (2008) me ha contado un chero de nombre Alberto, que era miembro del destacamento militar de ingenieros de Zacatecoluca, que él estaba destacado como músico filarmónico y en la emergencia, por la escasez de efectivos militares, lo mandaron a dejar soldados muertos a sus familiares. Por lo general se entregaban a sus padres porque eran niños de edades entre los trece y diecisiete años, y a los adultos, que eran la minoría, los entregaban a sus esposas y a sus hijos.

Los soldados muertos en combate eran entregados en cajas de madera porque iban tan deformes, algunos ya llevaban hasta tres días de estar tirados ahí. Metían al que cayera, sin verificar si el difunto coincidía con el nombre, sólo tomaban en cuenta la lista de la compañía a la que había pertenecido le ponían el nombre a la caja, pero por lo general el difunto era otro.

Alberto tenía un gran amigo que reconocía por un lunar que tenía al lado izquierdo de la cara, y cuando lo encontró lo marcó, que ese era su chero; y se lo fue a dejar a su mamá, y cuando llegó encontró a la viejita llorando a moco tendido, velando a otro soldado. Señora, y qué pasa, si aquí le traigo a su hijo. Ella exclamó:

–¿Y éste?, ¿quién es el que estamos velando?

–Ah, ese es otro difunto. Deme ese y le voy a dar el suyo.

La Fuerza Armada tenía el control de una parte del volcán de San Vicente, juraba que jamás íbamos a podérsela quitar, porque tenía minado hasta los palos de café, había un tapesco de minas, decían que no podíamos entrar ahí. Le metimos los dos batallones, más la guerrilla, y ahí me enfrenté por primera vez con Mayo Sibrián, porque Douglas me nombró a mí. Siendo jefe del batallón Andrés Torres y Ernesto Morales, Douglas le dijo a Miguel:

–Abelio va a ir jefiando.

Miguel, a él lo que le gustaba es pelear; sí, está bueno, le dijo, yo me voy a dar verga, y se establecía casi en todas las operaciones militares el mando operativo, el táctico, y el estratégico; el operativo era yo con mi batallón, Walter con su batallón, el flaco con la guerrilla y el mando táctico era Mayo.

El operativo entraba al choque, el táctico se quedaba afuerita de la operación, y el estratégico era el que estaba más seguro, ese era el orden de los mandos que había.

Mayo era el mando operativo, estaba aproximadamente a medio kilómetro, ya habíamos empezado a tener comunicaciones; le informaron a Mayo que ya habían llegado al muro de la hacienda, prácticamente ya estaban en ella, y que necesitaban el cañón noventa, y me habló Mayo y me dijo:

–El Flaco necesita el noventa, porque ya están en el muro.

–Ah, esperame, voy a ver cómo organizo porque Miguel ya ratos se fue y no ha regresado, y no puedo dejar aquí solo este aparato.

–No te estoy preguntando, te estoy ordenando que vayás vos con el cañón noventa.

–Muy bien, voy para allá.

Dejé el radio. Acompañame, le dije al noventero, y nos fuimos. Al llegar, a Miguel lo encontré dormido detrás de unas piedras, y le pegué una patada, y le dije:

–Despertá cabrón, y vos ¿qué no sos el gran aguerrido que te gusta combatir?

–Abelio, no te metás ahí, a morir vas.

–Me pela.

–Putá, mirá, un movimiento en falso y a morir va uno.

–No jodás, yo estoy decepcionado. Y además, encachimbado con el hijueputa de Mayo, me trató de forma denigrante el muy cabrón.

Me fui, a mí me quedaba arriba el muro de la hacienda, empecé desde una piedra a gritar, y el Flaco me contestó desde abajo de donde yo estaba. Los soldados habían colocado un mortero ochenta, y uno casi vertical que la granada salía y... blue. Nos cayó una granada como a tres metros de donde estábamos y no explotó. Como el batallón estaba formado por tres destacamentos, en esa cola que colindaba con lo que la guerrilla llevaba iba el destacamento tres. Se fue el jefe. También lo encontré dormido tras un cerco de piedra y le pegué una patada y le grité:

–¿Y qué putas te pasa?

Era un hombre superaguerrido, pero ahí estaba desilusionado, y me dijo:

–Putá, esta mierda está perra. Aquí hemos venido a la muerte.

–No te ahuevés, topemos (de repente cayó una granada cerquita de nosotros).

- Salgamos de aquí, porque ya vas a ver (casi nos llevamos un cerco que había ahí, nos fuimos a quedar en un bachecito, aunque no nos defendía de las balas, pero era preferible que nos pegaran un balazo ahí que aguantar la muerte allá, blum, blum, blum, blum).
- Mirá Chamba, nadie viene aquí donde estamos nosotros, andá a traer una escuadra, y metámosla aquí.
- Mirá dónde estamos, encima de tres minas *cleymor*.

Esa zona era la que ellos tenían para la huida en caso de un ataque, ahí no habían puesto minas de contacto, sino que dirigidas; la *cleymor* era tan potente que podía darle vuelta a un camión.

En la morteriada los soldados no nos vieron que nos fuimos a colocar ahí. Abelio le cortó los cables. Ya la hicimos, me dijo, ya los jodimos porque ésta era la defensa de ellos, ahora ya podemos entrar aquí. Andá a traer tu escuadra y entremos, le dije. Vencimos al enemigo, cuarenta soldados capturamos y sólo murieron cinco.

En realidad era de matarlos a todos, porque nosotros habíamos tenido dieciocho muertos y treinta y cinco heridos a pura mina, por bala, dos.

En ese lugar conocí a Mayo Sibrián, ahí tuve el primer topón con él en la evaluación; él reclamó indignado y de manera prepotente sobre qué tenía que andar haciendo Abelio en un batallón que tiene jefe, y le explicó Douglas: En el Paracentral quien manda soy yo, vos mandás en el Oriental, así que déjame a mí; de entrada chocamos, se retiró enfurecido para su frente, nosotros nos quedamos ahí.

3.6. El ajusticiamiento de Mayo Sibrián

Mayo Sibrián estuvo preso en las bartolinas de la Fuerza Armada, lo torturaron desquiciadamente los militares; Mayo era un hombre duro, y lo mandaron para el Paracentral cuando salió de la cárcel como castigo por haber caído preso, se desconfiaba de él porque pudo haber dado información al enemigo. Mayo llegó furioso, se dio cuenta de la información con lujo de detalles que tenía el enemigo aéreo de la guerrilla, en cuanto a su estructura de mando y sobre la distribución de las zonas controladas, asimismo, sobre los canales de abastecimiento, etc.

Cuando Mayo Sibrián estaba en la cárcel, los miembros de inteligencia de la S2 le daban poco de referencias para ver cuánto le sacaban, él también recopiló datos que tenían ellos, que era los que daban de carnada, para extraerle información.

La S2 era el departamento de inteligencia o Sección de Investigaciones Especiales que tenían en cada cuartel. Mayo algo de razón tenía. Yo por lo menos comprobé varios casos, había una red de inteligencia del enemigo al interior del frente.

Mayo empezó su trabajo desde que llegó al paracentral. Yo continuaba en ese tiempo en el volcán de San Vicente, ya se había convertido en una subzona, se había trasladado completamente el mando a Gavidia y el oriente sólo se veía como una subzona.

Mayo organizó una escuadra especial para tratar los casos de la infiltración. A nosotros nos llegaba el mensaje: mándame a zutano, a fulano y a mengano, pero amarrado. Tenía que ir ya preso y así hacíamos, atábamos a los compañeros y los mandábamos.

Empezó precisamente con todo el Aparato de Comunicaciones y Rastreo en el Batallón Andrés Torres, que estaba ubicado en el volcán de San Vicente. Allí estaban los aparatos de rastreo, eran utilizados por compañeros radistas que escuchaban todo el tiempo al enemigo, ya se había establecido comunicación a través del mismo radio PRC 77 con la Fuerza Armada, y a través de ahí fue organizando la infiltración enemiga.

Los radios PRC 77 eran los que usaba la Fuerza Armada en el terreno para comunicarse. Nosotros los recuperábamos y por ese medio los escuchábamos. A cualquier canal que se fueran, descifrábamos sus claves: sabíamos las posiciones, se llegaba a conocer tanto a los que hablaban que se les reconocía la voz y se identificaba en qué unidad andaba y el lugar, porque se escucha y se identifica la voz de cada uno y ya se sabía quién era quién y aunque se cambiaran de indicativo. Mayo creía que la gente de nosotros que hacía esta escucha se comunicaba por medio de esa radio con la Fuerza Armada.

No se podía descartar del todo, porque hubo hechos que lo demostraron. A partir de un determinado tiempo, Mayo llegó a un grado de desconfianza enfermiza que, todo era secreto, pero absolutamente oculto, de tal manera que cuando íbamos a preparar una operación militar sólo debían saberlo tres personas y el jefe, y nadie más. Se estaba preparando una operación de emboscada y... cabal, sólo sabían las tres personas y yo.

Cuando ya estaba preparada la operación militar reunimos los tres pelotones en un lugar determinado para informarles parte, no todo el plan; el jefe de pelotón comenzó a dar las órdenes para preparar la comida, la logística y el abastecimiento, hasta ahí. Pero se les decía un día antes, el jefe del pelotón empezaba, sin decir, sino que hagan esto y lo otro, limpien los fusiles, prepare comida cada quién, sin decir para qué, porque a la gente se le comunicaba que había reunión en tal parte, pero ya iba preparada. En ese lugar se les informaba sobre el plan y ahí todo mundo iba claro, pero ya iban todos de camino hacia la misión.

Un compañero fue al lugar donde se iba a transmitir el plan y no apareció. Como pasaron horas y no llegaba, lo mandé a buscar y no lo encontraron. Había desertado.

Cuando el pelotón se concentró para que le dieran a conocer el plan, él estaba en posta (de centinela), es decir, que estaba vigilando, asegurando que no los atacaran los miembros de la Fuerza Armada. Cuando el pelotón salió lo buscaron y no lo

encontraron, pero ellos se fueron por la calle y vieron la huella donde él había pasado. Ahí nadie caminaba porque ese lugar estaba minado. Entonces, cuando el compañero pasó el plan, reapareció hasta después y...

–¿Y vos dónde has estado?, y... ¿y por qué no te encontramos?, ah...

–Es que estaba encaramado en un palo de mango, yo oí cuando me andaban gritando, ya sabía que iban a una operación militar, pero como no quería ir, por eso no les contesté.

Me lo mandaron amarrado con una nota. Sólo decía que él no se había presentado a la hora y que por eso, lo tuviera amarrado por si acaso pensaba desertar. Ahí lo tuvimos. Lo estuve interrogando sobre las razones del por qué no había querido ir. Ah, no quiero. ¿Y por qué no te encontraron cuando te fueron a buscar?

Ahí estaba subido en el palo de mango, y no quería ir; ahí lo dejamos amarrado. La operación militar iba a empezar el día siguiente en la mañana, pero antes de la hora comenzaron el bombardeo: blum, blum, blum, blum, blue. Llamé por radio en repetidas ocasiones, nadie me contestó. A las dos horas me contestó un radista, le pregunté:

–¿Y qué pasó?

–Nos acabaron.

–¿Qué?

–Corrimos y nos alcanzaron.

Solo eso alcanzó a informarme, se cortó la comunicación y le seguí llamando y nada. Les dije a los compañeros: Vayan a darle verga a ese hijueputa, que él es el traidor, porque fue una emboscada. Fueron a darle verga y confesó todo, todo.

Dijo que a él no lo encontraron, porque tenía un contacto en el monte con la Patrulla de Reconocimiento de Alcance Largo (PRAL), que él había minado esa zona. Claro, podía pasar por ahí, y hasta dijo cómo se identificaban. El caso es que el compañero radista me dijo: Nos acabaron. Yo dije: Eran como ochenta compañeros y al final, ahí sí lo ajusticiaron y en realidad no se habían acabado a toda la gente, quince guerrilleros fueron los que murieron.

En otro orden de cosas, recuerdo a un compañero que era un gran hombre, pero para Mayo Sibrián era un enemigo. Me dio la orden tres veces de que lo ajusticiara y no lo hice, y como no le obedecía me dijo que yo también era parte de la red de infiltrados, y para que no me involucrara, con todo el dolor de mi alma, sabiendo que era un combatiente aguerrido y de extrema confianza, tuve que mandarlo a ejecutar.

Ese proceso de “purgas” que Mayo ejecutó, que no fue él el único que lo hizo, si traemos a cuenta el asesinato clandestino de Roque Dalton y de otros compañeros, llegamos a la conclusión de que ese fue un procedimiento que se vino dando durante

todo el transcurso del conflicto armado. Mayo lo hizo abiertamente, a la luz del día, y además era una concepción.

Yo cuando era novato en las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), recuerdo las discusiones que teníamos para no apoyar por ejemplo el uso de anticonceptivos, traigo esto a cuenta para mostrar el nivel ideológico, tan cerrado y oscurantista y absurdo que se fue dando, de tal manera que cualquier situación por pequeña que fuera, pero que se saliera de esta concepción, ya era visto con desconfianza.

Había el convencimiento de que era necesario filtrar gota a gota hasta lograr la potabilización de la fuerza guerrillera, hasta quedar en el asiento del filtro la esencia del color rojo, porque el que cuestionaba o preguntaba, lo más probable es que era traidor en potencia o ya lo era. La revolución tenía que ser pulcra.

Mayo Sibrián informaba a la comandancia de las FPL del sistema inquisitivo que tenía establecido, y ésta le correspondía los mensajes que él mandaba; de tal manera que estaba autorizado por los cinco comandantes del FMLN de lo que estaba haciendo, él mismo nos enseñaba el cuaderno de mensajes. No obstante, después del Acuerdo de Paz, aducen amnesia o que se pusieron en contra de los crímenes que cometía Mayo. La pregunta es: ¿Si no estaban de acuerdo, cómo se explica la tolerancia?

Se iba a llevar a cabo una campaña de reuniones y asambleas para preparar a unos combatientes para que participaran como delegados ante el consejo nacional de las FPL, pero la zona era tan inestable, con tanto enemigo alrededor, que no se podía, nos turnábamos, por ejemplo, del volcán de San Vicente teníamos que ir ocho compañeros. Se hizo en dos asambleas, de tal manera que fueron cuatro primero, y cuatro fueron después. En esa primera asamblea que hubo, que participaron los primeros cuatro, Mayo Sibrián se los dijo con claridad a los compañeros que fueron del volcán:

–En ese volcán tenemos un jefe aguado. Yo no sé si realmente es de nosotros o es infiltrado. Vengan se los voy a enseñar.

Se estaba refiriendo a mí, después les dijo:

–Vengan para acá, les voy a enseñar cómo se hacen las tareas revolucionarias aquí.

Habían llevado a un pelotón de jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 12 y 17 años procedentes de un campamento de refugiados salvadoreños, que estaba asentado en Honduras, para integrarlos a la guerrilla, y les dijo:

–Cipotes, háganse para este lado y se ponen en fila.

Los muchachitos pensaban que Mayo les iba a decir algunas palabras de bienvenida, estaban contentos y sonrientes, se les notaba el nerviosismo característico de su edad. Sin mediar palabra Mayo tomó su fusil y le dijo:

–Vaya, les voy enseñar, plah, plah, plah, plah.

Los masacró a todos. Los bichitos cayeron al suelo como si eran pollitos, sin saber por qué los había asesinado el comandante.

Disparó a sangre fría a quince niños que habían llegado. Y a los compañeros procedentes del volcán de San Vicente, les dijo:

–Todos estos monos son enemigos, y por eso les mostré cómo se debe actuar. Hay que ser revolucionario hasta las últimas consecuencias para que le digan a su jefe (se refería a Abelio) cómo se hacen las cosas en ese lugar.

Asesinó a los niños delante de la gente que yo había mandado y que estaban participando en la asamblea. Mayo Sibrián comentó más cosas sobre mi persona. A mí ellos no me quisieron comentar todo, pero algo me dijeron:

–Abelio, te vamos a cubrir la retirada, andate, antes que te mate ese loco. acordate que además es hombre de confianza de la comandancia general del FMLN, tenés todas las de perder. Mejor huí, hoy que podés.

–Yo no debo nada y nada temo, voy a topar.

Me fui para el campamento de Mayo Sibrián. Ellos estaban al tanto de que iba, me esperarían en tal parte. Sabía dónde nos íbamos a juntar.

Cuando estaba por llegar al lugar de contacto que ya habíamos quedado, a saber si uno ya estaba prejuiciado, pero yo sentí que... como que me querían matar ahí, pero pasé. Al segundo día de haber llegado Mayo Sibrián me entregó unos cuadernitos pequeños, en la mitad de una hoja estaban escritos los nombres de unas personas que se habían ofrecido a colaborar, que eran de allá de la zona del volcán.

Mayo me dijo: Abelio, aquí están los nombres de esta gente, buscalos, viven en tal parte, quieren colaborar con nosotros. Metí la hojita en el cuaderno, y cuando estábamos en la votación para elegir a los que iban a ir al consejo, nos dijeron que en la mitad de una hoja del cuaderno escribiéramos dos nombres de quienes queríamos que fueran, de la lista que estaba ya.

Yo anoté los dos nombres, y cuando se llegó la hora del almuerzo dijeron: Vamos a recoger los nombres hasta después. Fuimos a comer. Al regreso, Mayo estaba recogiendo los papeles, los leía y estaba anotando quién quedaba electo. Todos fuimos a depositar los papeles en un guacal y de ahí él extraía los nombres.

Estábamos participando dieciséis compañeros en una asamblea para elegir al consejo nacional de la FPL, estábamos en círculos, y se puso a observar la cara de todos nosotros.

Ese ambiente se volvió tan tenso que, una mosca zumbaba como un avión, todo mundo se quedó paralizado cuando él empezó a hablar de la manera siguiente:

–Uujum. Aquí hay un enemigo, que se ponga de pie.

Los presentes sentimos congelarnos porque sabíamos que era loco; él podía señalar a cualquiera y afirmar que era traidor, e inmediatamente ahí mismo pegarle un balazo. La palabra de Mayo Sibrián era ley. Y siguió viendo; de repente, cambió de tema y prosiguió con la reunión en aparente normalidad.

Tenía mi champa ubicada un poco retirada del campamento de Mayo y su gente. En medio del campamento había un chorrito de agua de un nacimiento natural que caía en una pila, él estaba reunido al centro del campamento con todos sus subalternos. Por temor más que por lealtad la gente siempre le alababa todo lo que él decía, estaban carcajeándose cuando yo estaba llenando mi caramañola y escuché que él estaba hablando de mí, y la gente se desternillaba de la risa.

Me fui a acostar con el fusil puesto en ráfaga, me lo coloqué en el pecho y con el dedo en el gatillo, la mujer al verme, sorprendida me preguntó:

–Abelio, ¿qué te pasa? Algo te sucede, decime ¿qué es?

–No voy a dormir.

–¿Por qué?

–Mayo me va a matar, y no me va a agarrar dormido.

Esta situación de aniquilamiento físico fue descomunal, en el paracentral el “ajusticiamiento” de los mismos compañeros fue en el entorno nacional e internacional. Muchos compañeros del paracentral se fueron para el exterior y nunca volvieron porque los eliminaron físicamente, por lo tanto, no hay que echarle a Mayo Sibrián toda la culpa.

Mayo Sibrián pertenecía a la comisión política y era jefe del frente paracentral. Yo era jefe de la subzona del volcán de San Vicente.

Habíamos cinco jefes de subzonas y tres, incluido Mayo que formaban parte del secretariado; era una especie de conducción colectiva. Nos llamaron a la reunión, pasó el primer día, los que habíamos llegado de otra subzona casualmente nos habíamos colocado por un pequeño bosque, habíamos amarrado las hamacas en unos árboles, ahí nos juntábamos en la noche a analizar cómo estaba la situación. Los cinco de la subzona estábamos conscientes de que estábamos literalmente cagados, así lo dijimos: cagados. No teníamos valor de decir la verdad porque era jodido.

A poner el dedo en la llaga nadie tenía valor. Entonces nos pusimos de acuerdo para solicitar el turno de intervenir, de tal forma que fuéramos diciendo la verdad sobre la

paranoia de Mayo, pero apoyándonos unos con otros y vigorizando nuestros planteamientos.

El comandante Ricardo Gutiérrez asistió a la reunión en calidad de representante de la dirección de las FPL, por esa razón él estaba dirigiendo la reunión y daba la palabra. Carlos pidió opinar, después David (eran hombres de confianza de Mayo), después Raúl y por último yo, porque era el odiado, Carlos se acobardó, no tomó la iniciativa, a él correspondía el turno de primero.

Raúl, que era de los últimos, pidió hacer uso de la palabra. Como estábamos claros de que al pedir uno de nosotros la participación, seguíamos los otros, o sea que los cinco estábamos en continuidad, nos íbamos a reforzar mutuamente, porque en la práctica estábamos los cinco contra los tres del secretariado, que eran los que apoyaban a Mayo. Si habían sido elegidos por el organismo que él conducía, eran los que tenían que estar más a su lado.

Raúl pidió la palabra, pas, pas, pas... le caímos los otros, y ahí dimos a conocer lo que estaba sucediendo, es decir, todo lo que Mayo Sibrián hacía. Ese día se acabó Mayo. Margarita, la mujer de él, hasta esa noche me habló. Me dijo: Hoy sí le voy a contar todo. Siguió la reunión, siete días pasamos en sesión.

Margarita me contó que Mayo la golpeaba y que estaba con él por terror no por amor; era un sometimiento a la fuerza bruta, obviamente contra su voluntad. Ella tenía miedo de que Mayo, en sus ratos de locura, la acusara de traidora y después de torturarla, la hiciera fusilar bajo el pretexto de obtener información.

A Ricardo le ordenaron que asumiera la jefatura y que Mayo Sibrián, a partir de ese momento, estaba suspendido de todos los cargos políticos y militares que ostentaba. Mayo dijo: si ustedes deciden que me van a fusilar, no crean que me voy a escapar, estoy consciente de que lo que he hecho ha sido lo correcto y voy a responder por ello. Si la decisión de ustedes es que me fusilen, háganlo.

A petición de la Comisión Política (CP) nos trasladamos dos compañeros. Fui con Gavidia a Chalatenango a dar el informe de cómo había estado la situación acerca del caso de Mayo Sibrián.

Después de haber informado a la CP regresamos a San Vicente. Ahí, en asamblea, la mayoría iba a tomar la decisión de qué se hacía con Mayo. Los asambleístas pidieron ajusticiamiento, pero la CP no daba el visto bueno, era lógico, porque de manera indirecta se estaba cuestionando las prácticas de "ajusticiamiento" de combatientes sin previa investigación, simplemente por pura sospecha o porque a alguien se le ocurrió, mientras tanto, Mayo anduvo deambulando en los talleres de producción.

Él no exteriorizó en ningún momento muestras de arrepentimiento por haber masacrado y asesinado a sus propios compañeros. Al final llegó la hora en que a Mayo había que fusilarlo.

Siete compañeros, lo fueron a capturar y lo llevaron al lugar donde iba a pagar con su vida por el daño ocasionado a tantos combatientes inocentes. Antes de fusilarlo le pregunté si quería decir algo que procediera, él sólo dijo:

–Me voy tranquilo, estoy convencido que hice lo correcto. No me arrepiento de nada.

–¿Cuál es tu último deseo?

–Sólo un cigarro denme.

Se lo fumó de manera normal y corriente. No mostró nerviosismo ni ansiedad. Lo pusimos frente al paredón, y los combatientes que se habían designado para que lo fusilaran fueron pícaros, porque les pusimos a los fusiles un tiro a cada uno, pero en lo que estábamos hablando con Mayo Sibrián le cambiaron cargador al fusil y le pusieron ráfaga. Ahí quedó Mayo tendido en un charco de sangre como antes quedaron sus víctimas.

A partir de entonces se tomó la decisión de que todos los que estábamos en el paracentral había que sacarlos de ahí, con la idea de desarticular hasta hacer desaparecer los que eran combatientes en la época de terror de Mayo Sibrián, es decir, que no quedara huella, sin importar si era amigo o enemigo de él.

Por ejemplo, a un compañero médico no sé para dónde lo trasladaron y por último tuvo que desertar, y lo que dijeron en la reunión de la comisión política fue: La cagó aquel, salió por la puerta de atrás. Y yo les dije: No, sólo él sabe lo que está viviendo. Ustedes no lo han vivido, yo sí lo sé, porque él me contó todo lo que le hicieron en Nicaragua antes de irse.

A los días se llevó a cabo el último congreso de la FPL. En el consejo se trató el caso de Mayo Sibrián por varios días. El acuerdo de este organismo fue que los culpables de todo fueron los jefes de las subzonas del frente paracentral, es decir, las víctimas terminaron de victimarios, pero quien decidió los asesinatos o “ajusticiamientos” fue la misma comisión política de la FPL, y la comandancia del FMLN, porque nada se escondía; o sea, todo lo que pasaba en la FPL lo sabían en la comandancia, ésta era la máxima dirección de todo, por lo tanto lo que pasaba en cada organización lo sabían; en ese consejo decidieron que a todos los jefes de subzonas del frente paracentral se les despojaba de todos los cargos, y como eran miembros del consejo nacional de la FPL, quedaron destituidos, y los condenaron a no poder ejercer cargos de dirección.

El máximo organismo de las FPL era el consejo, los destituyeron de todo y quedaron ahí, deambulando. Eso fue en 1992 y, por último, les pidieron la renuncia.

En ese momento histórico la comandancia general del FMLN y, en especial, la máxima dirección de las FPL, jamás perdonaron el fusilamiento de Mayo Sibrián. Para ellos, fue un héroe que inmolaron. Sin embargo, post-Acuerdo de Paz, algunos comandantes dicen que estuvieron en contra de los crímenes de Mayo Sibrián.

IV LAS CURACIONES Y LAS COMUNICACIONES

4.1. Primeros auxilios

Lito era médico de profesión, una gran persona, educado, amigable y fraterno; conocía bastante de medicina, no era egoísta, a él le gustaba compartir sus conocimientos. Le pidió al mando del Frente de ese entonces, que le dieran la mejor gente con el propósito de capacitarla para que se desempeñaran como sanitarias(os) en el hospital. Eligieron a Juana, Boris, Elena y a mí.

Lito comenzó la capacitación improvisando, porque no se contaba con materiales didácticos para el adiestramiento. Fue así que aprendimos a inyectar en nosotras mismas, la sutura se practicaba en animales y las curaciones en pacientes.

La Fuerza Armada no respetaba los tratados, convenios, protocolos ni pactos internacionales en lo que se refiere a hospitales, heridos y enfermos. Hizo prisioneros a heridos, a doctores, personal de sanidad, atacaban los hospitales a pesar de que no eran objetivos militares, ahí no se tenían armas, siempre se trataba que los hospitalitos estuvieran en zonas controladas y por el mismo hecho que no eran respetados, se evacuaban antes de que la Fuerza Armada llegara.

Esta situación daba una gran inestabilidad porque había pacientes que necesitaban reposo absoluto; se trataban las fracturas con un sistema de pesas que se le ponían para prensar el hueso; eran procesos de curación largos salir con esos pacientes moviéndole talvez sus operaciones, había que sacarlos y esconderlos porque no había capacidad para andar guindeando con ellos para arriba y para abajo, se tenían cuevas llamadas popularmente tatús donde se escondían; ahí habían provisiones, se ocultaba los heridos más graves, y se tenían resguardados hasta que pasaba la invasión militar de la Fuerza Armada.

Al quedarse escondido se corría el riesgo de que lo encontraran y lo capturaran, y eso era algo que siempre se evitaba. Era mejor estar muerto antes de que lo hicieran prisionero, porque se sabía de las torturas que hacían, pero había mujeres sanitarias muy valientes que se quedaban cuidando a los enfermos en esas cuevas.

Era un proceso muy humano, no es como cuando se está en un hospital público con personal que está acostumbrado a ver enfermos, a curar heridas, a oír que la gente se queja, y no la conocen. En el hospital del campamento había un espíritu fraterno y cordial, el equipo de sanitarios sufría cuando se trataba a un compañero herido, existía dedicación al bañar y dar alimentación a los pacientes.

Benito era un sanitario que había adquirido experiencia y, sobre todo, destreza quirúrgica. En una oportunidad, médicos de hospitales nacionales, incluso unos médicos extranjeros, se quedaron asombrados de lo que este joven había aprendido. En el monte, él era capaz de hacer una laparotomía, que es una cirugía en el abdomen para ver qué órganos han sido dañados, y limpiar si hay sangramiento interno, desde anestesiarlo hasta suturarlo, no como se hace en los hospitales que unos suturan y otros se encargan de su área específica. En el campamento era integral, los sanitarios habían aprendido bastante porque los doctores no desaprovechaban cualquier oportunidad para enseñar.

En cierta ocasión enfermé de sinusitis, estaba grave y me llevaron a un hospitalito en San Juan, Chalatenango. Ahí los murciélagos picaban a los pacientes, les chupaban la sangre, era un miedo terrible dormir debido a las picaduras. Varios pacientes cayeron con anemia de tanta picadura de las ratas aladas, los murciélagos mordían de preferencia las partes blandas del cuerpo como las orejas y la punta de los dedos de los pies.

Cuando llegué y me contaron eso, no podía dormir del miedo. Había un combatiente que tenía paraplejía en la mitad de su cuerpo, de la cintura para abajo, y las sanitarias se enojaban porque cuando lo estaban curando él decía que no sentía nada; pero las sanitarias le preguntaban: “Cómo es que no sientes y cuando te estamos curando, bien que se te pone erecto el pene”.

Porque era lo único que podía mover decía, él explicaba: “Yo no siento, eso yo no lo controlo.” Ellas se molestaban porque sentían que era falta de respeto, y cuando lo bañaban también, él decía, no es mi culpa, y ahí lo tuvieron varios días en estudio, si era cierto, si estaba mintiendo o qué, con el transcurrir del tiempo, después lo hacían chiste.

Las sanitarias hicieron medicina popular con lo que encontraron y salvaron la vida de muchos combatientes, se rompió con los esquemas y normas tradicionales, por ejemplo: hacer transfusiones sanguíneas sin saber el tipo de sangre del paciente ni del donante, en qué condiciones estaba, nada.

Una vez le doné sangre a un compañero que había perdido muchísima, el doctor, preguntó:

—¿Alguien quiere darle sangre a este prójimo?

Las transfusiones sanguíneas eran conexiones directas, no se tenía los medios para sacar sangre y luego hacer la transfusión, sino que era una conexión directa del brazo del donante hacia el del paciente.

Le pregunté al doctor:

–¿Qué puede pasar?

–A ti, nada.

Se hacía un cálculo de no extraer más de quinientos gramos al donante, porque de todos modos el paciente se moría si no se le ponía sangre, y si le hacía la transfusión existía la posibilidad que tuviera un tipo de sangre común y no tuviera problema, existía el riesgo que reaccionara negativamente y que le diera picazón, y hasta se podía morir; sin embargo, si se hacía existía la eventualidad de que se salvara.

El doctor me preguntó:

–¿Le donarás sangre?

–Sí, con mucho gusto.

El doctor me sentó en una posición más alta que él paciente, para que la sangre por gravedad bajara y le conectó la aguja y todo salió bien. El herido resistió hasta que llegó al hospital. Yo no lo conocía, sólo sabía que era un compañero que había perdido mucha sangre.

Había una señora de nombre Petunia, que estaba embarazada y a punto de dar a luz. Ella pedía que le llevaran a la partera, pero no se le encontró. Petunia estaba en una champita improvisada, y le dijeron: “Cecilia le va a atender el parto.” Cuando vio a una niña aparentemente de unos doce años, dijo no, saquen a esa bicha mocosa, yo no me voy a dejar ver de esa niña.

Petunia quería que la atendiera una mujer adulta, y entonces le dijeron:

–Te vamos a traer al doctor.

–No quiero ningún hombre, aparte de mi marido nadie conoce mi cuerpo.

El parto no esperó, y bueno ella necesitaba ayuda, y le preguntaron:

–¿Entonces qué decide señora? ¿Quién quiere que la atienda?

–Pues ninguno de todos los que están aquí, sálganse que yo solita voy a hacerlo (pero cuando sintió el dolor de las contracciones, empezó a gritar).

–¡Traigan a la cipota mocosa para que me ayude!

Cecilia realmente tenía 14 años de edad, ya había estado en un parto que fue atendido por Lito el doctor. Pudo asistir a la señora y fue un parto normal, sin complicaciones.

Cuando los niños nacen son feitos, chelitos, coloraditos. En el campamento nacían bien pechitos, bajitos de peso. Un niño tiernito si nace sano y en buenas condiciones y con su peso normal, no es tan feito, pero así como nacían ahí, casi siempre bajos de peso, eran los más feitos.

Lito decía que siempre que atendía un parto agarraba al niño y le decía a la mamá: Aquí está su bebé, mire qué lindo. Pero una vez atendió un parto en el que el niño era tan feito, puro monito, negrito, negrito, negrito, pelito parado y, superpechito, pobrecita la criatura. Yo no me lo perdono, y lo decía con gran sentimiento, a mí no me salió, no pude decirle a la señora: Aquí está su hijo, mire qué lindo, sólo le dije: “señora, aquí está su hijo.”

Lito también hacía sus picardías con las sanitarias, en el sentido de que la gente de agradecida le regalaba miel de abeja, o a veces los combatientes le llevaban porque la utilizaba para preparar medicina.

A algunos pacientes se les daba miel de abeja con limón para la tos, pero cuando no habían enfermos con ese padecimiento, simplemente él se comía su miel de abeja y a las sanitarias no les daba; ellas se la robaban y la comían, él preguntaba quién robó mi miel; nadie decía nada.

Lito empezó a aplicar diurético a la miel, y cuando las sanitarias robaban su miel les provocaba grandes deseos de ir a orinar a cada rato, y llegaban donde Lito y le decían que estaban enfermas. Qué te pasa, qué tenés. Y contestaban: “Me ha dado una gran orinadera y no sé por qué, llegando del monte vengo, y voy otra vez a hacer pipí”. ¡Ajá!, decía aquí están, ustedes son las que se comen la miel sin pedirme permiso.

Lito era una gran persona, lástima que no logró llegar hasta el final de la guerra y murió durante un operativo en Chalatenango, falleció junto al comandante Jesús Rojas.

4.2. Las comunicaciones

Llegó la orden de enviar a dos personas para que se hicieran cargo de la comunicación que se iba a iniciar en la zona de Cinquera, de El Sitio y de San Antonio, todos esos cantones que están entre El Perico y Cinquera; necesitaban combatientes de mucha confianza, alguien que tuviera facilidad de aprendizaje, describieron características, requisitos y condiciones, es decir, el perfil, y decidieron enviar a Cecilia. Era junio de 1981, apenas tenía 15 años de edad.

También mandaron a Carlos Piligüe, él había sido correo; llegaron a Cinquera y ahí conocieron a Roque, era el que estaba de jefe de esa zona de Cinquera junto con otro núcleo de mando, y dijo:

–Bueno, a ustedes dos se les ha llamado para que se hagan cargo de las comunicaciones, aquí hay un radio.

Les dieron un radio Civic de aficionados, de la banda de once metros, era con lo único que contaban, y una antena hechiza, con mucho cable coaxial, había que ponerla bien alto para poder mantener comunicación con Guazapa.

Cecilia y Carlos Piligüe no tuvieron un curso formal, sólo les dijeron aquí está el radio, tiene estos canales, a tales horas transmite la otra estación con la que se van a comunicar y les dieron los indicativos. Había una radio en Guazapa y otra en Cinquera, era con la que se iban a comunicar, era difícil porque los canales se congestionaban de radioaficionados, ellos entraban y los corrían de la frecuencia.

Los radioaficionados pagaban un derecho de frecuencia, en cambio los radistas del FMLN eran ilegales, invadían la frecuencia de los radioaficionados, entraban en comunicación con los radistas y les decían que se fueran de su frecuencia porque era privada; los radistas les respondían que los disculparan, pero iban a hacer uso de ella, que les permitieran por favor un momento, que después de la comunicación les quedaba libre la frecuencia, y que no tenían otra frecuencia, que esa les habían asignado.

Cecilia y Piligüe usaban diferentes nombres de pueblos, de países, números, de frutas, cambiaban estos indicativos periódicamente, al comenzar les enseñaron el Código Fonético Internacional que usaban los radioaficionados, y ellos lo que hacían era modificarlo, cambiaban el código diez, por ejemplo el diez cuatro, diez seis, diez ocho, etc.

Para los radioaficionados, tiene un significado diferente, Cecilia y Piligüe lo codificaban a su conveniencia, lenguaje muy propio de los radioaficionados, ese radio era de los más básicos de radioaficionados y también les entregaron una clave que estaba elaborada directamente para sus comunicaciones; estaba organizada en orden alfabético, tipo diccionario, sólo tenía bloques de diez palabras a seis párrafos por página tamaño carta, a veces cuatro párrafos por página de papel, para codificar se tomaba número de página, número de bloque y número de columna; para descifrar se seguía el mismo proceso. Esto era bien rudimentario, pero era lo que teníamos.

Posteriormente se utilizaron claves de libritos en las comunicaciones estratégicas entre comandancias de Frentes de Guerra y Comandancia General, las habían bilaterales, circuitos de tres, cuatro, cinco y hasta siete usuarios (mandos), el dueño de la clave se quedaba con la original y sólo él transmitiría con ella, los demás sólo recibirían y también tendrían cada uno su propia clave para transmitir y las necesarias para recibir, de acuerdo con el número de usuarios de su circuito.

Se transmitían comunicaciones entre jefe de frente y jefe de zona, se tenía información de posibles operativos militares o del movimiento de los correos de un lado a otro; las claves se cambiaban, por ejemplo, las formaban en bloques de cuatro, de

cinco números y por líneas cinco bloques, cinco grupos por línea, transmitíamos números, x cantidad de líneas, ese era el mensaje que había que hacer, al principio.

El primer mensaje fue terrible para Cecilia porque no tenía práctica en copiar el dictado que le estaban haciendo en números y luego para descifrarlo nadie le había enseñado, ella tenía que ingeniárselas, y no lo pudo descifrar.

Carlina, la radista, estaba en la estación central y se encontraba preocupada porque Cecilia le dijo que no había podido descifrarle el primer mensaje, y a como pudo empezaron a repetir los números. Con mucho cuidado, le decía: revisá bien, andate a la número tal y ubícate por ahí, que al tercero, etc., y así logró ir descifrando y de ahí en adelante nadie detuvo a Cecilia.

A Carlos Piligüe le fascinaba la radio, se entusiasmaba con la comunicación. Esa época estaba la radio Farabundo Martí y de vez en cuando a Cecilia y a Piligüe les pedían información operativa militar: si había habido un ataque, cuántos combatientes habían participado, a cuál destacamento de la Fuerza Armada, a qué posición militar se le había golpeado, cuáles habían sido los resultados, cuántos heridos y muertos, si se había recuperado armas o pertrechos de guerra.

Piligüe soñaba con llegar a ser algún día reportero de la Radio Farabundo Martí, era fanático del reportaje de guerra. Cecilia lo encontraba a veces haciendo ejercicios de locución y fingiendo transmitir partes de guerra, así en directo a la radio; la radio empezó a designar reporteros en cada zona, elegía a un compañero que iba a ser el encargado de enviar esa información. Piligüe no tuvo la suerte, no lo escogieron.

En muchos casos no funcionaban estos reporteros por temor de transmitir desde la línea de fuego y lo hacían buscando más información de masas, de la organización popular, y sobre las actividades que la gente desarrollaba, lo que no podían obtener ellos de nosotros, era lo que básicamente iban a buscar estos reporteros.

Cecilia frecuentemente encontraba a Piligüe con una grabadora, ambos teníamos una pequeñita que servía para registrar los partes de guerra, que era donde se detallaba las acciones militares, esos datos por lo general no se codificaban, se pasaban de manera abierta por el canal porque era información que iban a ser transmitida por la radio.

Un parte de guerra por lo general era así:

PARTE DE GUERRA DEL FRENTE CENTRAL MODESTO RAMÍREZ DEL FMLN

ESTE DÍA UNIDADES DE NUESTRO GLORIOSO EJÉRCITO GUERRILLERO, TOMÓ POR ASALTO LAS POSICIONES DE LA FUERZA ARMADA EN EL PUEBLO DE CINQUERA. EL ATAQUE INICIÓ A LAS 02:00 DE LA MADRUGADA. A LOS 10 MINUTOS DE COMBATE, SE HABÍAN TOMADO LAS

CUATRO CASAMATAS PERIFÉRICAS, REDUCIENDO AL EJÉRCITO A LAS INSTALACIONES DE LA COMANDANCIA, DESPUÉS DE DOS HORAS DE COMBATE, SE TENÍA CONTROL TOTAL DEL POBLADO, TENIENDO LOS RESULTADOS SIGUIENTES:

- SE CAUSARON 40 BAJAS EFECTIVAS A LA FUERZA ARMADA
- SE HICIERON 18 PRISIONEROS A QUIENES SE LES RESPETÓ LA VIDA POR HABERSE RENDIDO EN COMBATE Y COMO MUESTRA QUE RESPETAMOS LOS TRATADOS DE GINEBRA EN MATERIA DE PRISIONEROS DE GUERRA
- SE RECUPERARON ARMAS Y PERTRECHOS MILITARES
- SE REALIZÓ MITIN EN LA PLAZA DEL PUEBLO Y SE LE EXPLICÓ A LA POBLACIÓN EL OBJETIVO DE NUESTRA LUCHA
- POR NUESTRA PARTE, LAMENTAMOS LA MUERTE DE 2 COMPAÑEROS Y LESIONES EN 6 MÁS.

!!! REVOLUCIÓN O MUERTE... VENCEREMOS !!!

COMANDANTE DIMAS RODRÍGUEZ

La comunicación fue evolucionando, después se tuvo un radio ya no de tres canales sino de once, siempre en la frecuencia de la banda de los once metros.

4.2.1. Cinquera sitiado por las fuerzas guerrilleras

En la zona de Cinquera, por el lado del cerro Azacualpa, se había convertido un lugar peligroso porque había efectivos de la Fuerza Armada en Jutiapa, en Tejute, en Cinquera, y éstos bajaban por el lado de Tenancingo; este último no estaba todavía bajo control guerrillero, los combatientes estaban en las afueras, ahí había miembros de la Fuerza Armada. Suchitoto tenía militares en toda la calle nueva, en toda esa área había Fuerza Armada.

Se mantenía un asedio constante hacia el pueblo de Cinquera, era el poblado que los combatientes tenían más cerca. Los soldados que ahí estaban sufrieron bastante hostigamiento, porque los combatientes se apostaban en la parte más alta del Cerro Azacualpa, Cinquera, y no se les dejaba que les llevaran la comida; sólo por helicóptero les bajaban los alimentos, porque por la calle no les permitían pasar nada, era una sola calle de Tejute hasta llegar a Cinquera. Esas calles eran casi inaccesibles, pasaban buses con efectivos militares que iban dando seguridad al bus que iba cargado de comida.

Algunos combatientes ya sabían a qué horas llegaba el bus cargado con alimentos, agarraban cuatro cartuchos y un fusil del que hubiera y se iban a apostar y comenzaban a disparar, a no desperdiciar un tiro, y los soldados hacían el gran despliegue. Los que iban cuidando el bus con alimento, ya sabían que cuando pasaban por ahí los atacaban.

Ahí se llamaba El Zopilote, era la calle para Cinquera, no se les dejaba pasar casi nada de abastecimiento.

Para poder bajar provisiones a los soldados de Cinquera, la Fuerza Armada incurrió en un gran gasto porque tenía que mandar dos helicópteros, uno a ametrallar para limpiar la zona, para que el otro pudiera tirar las cajas con comida y medicina.

Los miembros de la Fuerza Armada le inculcaron terror no sólo a la población sino también a los soldados, les decían que la guerrilla violaba a las niñas y a las mujeres, que se comía los niños tiernos, que el día que la guerrilla entrara ahí no iba a quedar soldado ni persona civil viva.

Había un compañero de nombre Narciso Palma, siempre agarraba un fusil y decía: “Vamos, ya va pasar el bus.” Y cuando escuchaban el ruido de helicóptero: “Hey, ya viene la comida, el rancho para los soldados”. Agarraban fusiles FAL con cuatro cartuchos y se iban, y como era grueso calibre, eran capaces de dañar un helicóptero, de bajárselo si le pegan en buen lugar. Se apostaban en una trinchera y ahí permanecían ocultos disparando, los helicópteros en esa fecha, los ametrallamientos que hacían, no pegaban. Carecían de puntería.

En estos cantones, cada vez que entraba la Fuerza Armada, se hacía ese tipo de actividad militar porque ya había cambiado la táctica de mantener posiciones, ya no era quedarse a pelear, a defenderse, a que no se metieran, sino dejarlos que entraran a las zonas controladas y golpearlos sorpresivamente por donde se pudiera.

Cuando la Fuerza Armada ingresaba a la zona, siempre las miradas de los combatientes que monitoreaban sus movimientos andaban alrededor o detrás de ellos, viendo en qué momento causarles dos bajas, tres bajas, y se iban. O sea que no se quedaban a pelear, y tratando en el menor descuido de causarles bajas porque una equivalía a que se le hicieran cinco, porque ellos sacaban cuatro hombres a evacuar ese herido, y era un inconveniente para los militares. Tenían que llamar a un helicóptero para evacuar a los heridos.

Se cambió de defender las posiciones y simplemente se dejaba que se metieran hasta donde quisieran, y los guerrilleros andábamos alrededor y detrás de ellos escondiéndonos porque ahí no hay montañas; las masas guindeaban junto con los combatientes, no había dónde esconderse, unas medias elevaciones y se debía cubrir en las vaguadas, en la poca vegetación que existía, haciendo uso del camuflaje necesario para no ser detectados. Cecilia y Carlos Piligüe permanecieron en Cinquera trabajando como radistas prácticamente todo el año 1981.

4.3. Preámbulo de Guazapa

En diciembre de 1981, me dijeron, que tenía que trasladarme a Guazapa; me cambiaron al otro mando, dejé en Cinquera a Wendy con Carlos Piligüe y a Esmeralda. El traslado fue porque había destacado en el área de comunicaciones.

En Cinquera se encontraba el mando, ahí estaba Mauro el compañero que se operó, al que se le hizo laparotomía y que se le lavaron las tripas, él integraba el mando de Cinquera, formaba parte de la dirección también Roque, Fernando, Héctor y, no recuerdo quién otro había, eran como cinco. La Fuerza Armada en ese lugar había aplicado la táctica de guerra de tierra arrasada.

Cuando la Fuerza Armada entraba a la zona arrancaba de raíz los árboles, mataba toda clase de animales, no dejaba nada que pudiera ser comestible, el agua era lo único que respetaban; pero animales, ya fueran aves, ganado, bestias, perros, gatos, lo que fuera, árboles frutales de naranjas, de papayo, los hacían quemados desde sus raíces para que no retoñaran. Se aseguraba de que no existiese nada de comida que los combatientes pudieran aprovechar, lo mismo con las huertas, dejaba la tierra totalmente arrasada.

Había que rebuscarse con los canales de abastecimiento, esto significaba arriesgar compañeros que consiguieran contactos en las poblaciones, a escondidas, para ingresar abastecimiento y entraba muy poco; se escaseaba la sal, el azúcar, ya no se diga el aceite, todo, o sea que se conseguía lo más básico, maíz para hacer tortillas, a veces había cal para hacer el nixtamal, que es el proceso para hacer las tortillas.

Cuando no había cal, sólo maíz, se hacían tortillas de maíz sancochado con pellejo de maíz, quedaban terribles, peor que las que daban en las fincas donde se cortaba café; si se conseguían frijoles se cocían sin sal, igual con los medicamentos, todo escaseó; era terrible pues costaba abrir estos canales de abastecimiento, porque los soldados controlaban en el pueblo a la gente que compraba más de lo normal. Fueron tiempos difíciles.

4.3.1. La Chalateca, bella y aguerrida

La Fuerza Armada iba entrando por el lado del cerro Azacualpa y los combatientes estaban ahí en la falda de ese cerro, y dijeron: Bueno, hay que ir a pelear, a detenerlos hasta que se evacue el hospital, para hacer la retirada; iba Hortensia Olmos mejor conocida como la Chalateca, combatiente aguerrida y valiente, tanto que hasta los guerrilleros más intrépidos y temerarios la admiraban.

La Chalateca no se le amedrentaba a nadie ni a nada. Cuando un guerrillero combatía con ella sentía más confianza que si estuviera con un hombre a la par, porque no se acobardaba para nada, no se corría, era mujer que llegaba hasta el final.

La Chalateca, además del coraje que la caracterizaba, era más que bonita, preciosa, parecía modelo de pasarela. Por muy desordenada y sucia, debido a los enfrentamientos armados, ella siempre se miraba bella, es más: hasta le lucía; tenía voz de mando y un carisma magnético, por más enojada que se mostrara y por dura en el combate, siempre mantuvo su feminidad. Dios la bendijo dándole unos atributos naturales fuera de serie,

incluso, algunos guerrilleros decían que la Chalateca era atea, porque ya no tenía nada más que pedirle a Dios.

La Chalateca tenía una melena amarilla, como el sol de las siete y media de una mañana de verano, parecía rubia nórdica; sus ojos, almendrados color de cielo, azules como el mar; su piel, blanca bronceada; tenía un cuerpo escultural que ni el uniforme de guerrillera podía ocultar curvas tan perfectas y exactas, sus labios voluptuosos y su sonrisa hubiera sido la envidia de Marilyn Monroe, era muy educada e inteligente.

La Chalateca estaba presta a escuchar y ayudar, era solidaria y fraterna; con su presencia, además de embellecer el lugar, lo llenaba de alegría porque tenía un sentido del humor a flor de piel, parecía tímida y vulnerable, pero era exactamente lo contrario.

La Chalateca iba subiendo el cerro Azacualpa con cuatro compañeros, ella era la jefa de escuadra (la escuadra tiene cinco elementos), y cuando estaban por llegar al lado donde venía la Fuerza Armada, se encontraron unos combatientes de las RN con los fusiles en el hombro, venían en retirada, y les dijo:

–¿Bueno, y ustedes para dónde van? No miran que ahí viene un montón de soldados, debemos detenerlos porque si no, nos van a asesinar a los enfermos, heridos y a los sanitarios que están en el hospital, hay que evacuar el hospitalito, a las milicias, y a las masas.

Los combatientes de la RN no querían regresar, tenían temor, la Chalateca les dijo:

- Bueno, si se van a ir nos dejan los fusiles.
- Nos quedaremos.
- Entonces pasen, ah, y al primero que se corra lo mato.

Todo el mundo respetaba a la Chalateca y conocían que tenía un pulso preciso, donde lanzaba la mirada ahí ponía la bala.

La Chalateca era buena para pelear, si se le daba una misión iba y topaba, ella después estuvo en la Unidad de Vanguardia y en un combate recibió un balazo en la quijada y le desfiguró la cara, le voló dientes y tuvo que salir a curación en 1984; salió en un canje de lisiados que se hizo posteriormente, pero todo ese tiempo ella anduvo combatiendo, era una de las pocas mujeres que andaba de jefa de escuadra, la mayoría eran combatientes, era muy raro que anduviera una mujer de jefe de pelotón, o de jefe de destacamento, ella había ganado su respeto a base del trabajo que hacía a la hora del combate.

4.4. En Guazapa, mejor comunicación

Cecilia estaba en Cinquera en diciembre de 1981. Le dijeron que se trasladara para Guazapa a la comandancia. Cuando llegó se encontró que el comandante Mayo Sibrián

estaba de jefe de frente, entre los cuadros políticos se hallaban Jesús Rojas y Susana, ella estaba en la conducción del partido.

En Guazapa las comunicaciones se realizaban en radios YAESU, tenían más capacidad y mayor alcance y varias bandas, ya no era sólo de once metros, se trabajaba en treinta y cuarenta metros, en el contexto del frente; con Chalatenango, con la zona paracentral y hacia el exterior, se tenía comunicación para Nicaragua, donde residía y dirigía la guerra la Comandancia General del FMLN.

Cecilia llegó al cerro de Guazapa por Girones, donde estaba la comandancia del Frente Central Modesto Ramírez, no era la comandancia general porque ésta se encontraba en Managua, era un campamento bastante compartimentado; aunque se sabía donde estaba, no llegaba cualquier persona y no era su misión pelear sino conducir la guerra en esa zona.

Se tenía un radiorreceptor común y corriente para escuchar música, pero que captaba la banda UHF y en esa frecuencia se sintonizaba la comunicación de la Fuerza Armada; había una compañera de nombre Florencia que estaba dedicada todo el día a escuchar, copiar, y descifrar esa comunicación.

Florencia siempre andaba buscando las alturas para captar la señal, hacían equipo con Cecilia, ella también necesitaba la elevación para comunicarse; les designaban uno o dos compañeros de seguridad, dependiendo de la situación operativa militar que se tuviera, y se desplazaban hacia la loma más cercana que tuvieran; siempre portaban armas por cualquier eventualidad y andaban preparados previendo que, de un momento a otro, pudiese meterse alguna unidad de la Fuerza Armada.

Pasaban gran parte del tiempo o casi todo el día en altura, nada más con el conocimiento de lo que enviaban y recibían, eran los oídos y la voz del jefe hacia las otras zonas.

Cecilia fue conociendo en Guazapa otras claves, tenían básicamente similar formación, el mismo método, solo que las cambiaban, les ponían otro nombre, se le modificaban los números a manera de renovarlas.

En Guazapa se escaseó la comida, pasaron tres meses comiendo tortilla de yuca, ésta no era de seda sino de almidón, es especial para extraer esa sustancia, es amarga, no es como la yuca común o de seda que es comestible. Se procesaba de la manera siguiente: se raspaba la yuca con una lata, a la que se le abría hoyos para convertirla en raspador, y ahí se escurría el agua, salía lo más amargo de la yuca y del bagazo se hacían las tortillas, quedaba puro engrudo, y había gente que no las toleraba y pasaba enferma del estómago y las ingería porque no había otra cosa que comer.

Se conseguían racimos de guineos tiernos, porque nadie los dejaba sazonar, ya no se diga madurar, se salcochaban con cáscara porque si los pelaban los desperdiciaban de

tan delgaditos que estaban. En ese tiempo debido al hambre, se comenzó a realizar requisas en granjas avícolas cerca de Guazapa, por el lado de la Troncal del Norte, y se comió pollo salcochado y eso fue terrible, quedamos hartos. Después no podíamos ver el pollo ni dibujado.

Estuvieron bastante tiempo movilizándose entre Guazapa y Cincuera, dependiendo de la situación operativa militar: si había invasión en Guazapa se iban a Cincuera, si ocurría en Cincuera se iban para Guazapa, y así andaban siempre guindeando de un lado para otro.

Cecilia conoció en este campamento a Rudy, un combatiente que era electricista, les enseñaba a reparar los radios, a fabricar antenas y a repararlas; él les capacitó porque los radios traían en inglés las instrucciones, en su parte frontal tenían varias perillas, él empezó a describirlas y a decir cuál era su significado y su uso. Debían aprender a conocerlas y a operarlas a dondequiera que fuera.

Rudy también les enseñó a calcular antenas dependiendo de la frecuencia que transmitieran, les instruyó a que ellos calcularan, porque si conocían la frecuencia podían encontrar la longitud de onda, y les dio a conocer que la velocidad de la luz sobre la frecuencia era igual a Landa, que significaba longitud de onda. Nunca habían visto lo que era una ecuación, apenas habían llegado a sexto grado.

Rudy les explicó una ecuación: que la velocidad de la luz era una constante, y también el proceso inverso, y que si conocía la longitud de onda podía encontrar la frecuencia. Él conocía mucho y los preparó en ese aspecto, era un gran compañero, a pesar que era capitalino no discriminaba a nadie y si sabías aprovechar sus conocimientos, aprendías mucho de él.

Cecilia trabajó en comunicaciones en Guazapa, con la compañera Vilma, era difícil esa tarea porque a veces estaban haciendo la transmisión y les metían interferencia, las perseguían por toda la banda, les ponían música fuerte; la persona que estaba en la otra estación no las podía escuchar, se les hacía imposible comunicarse.

Cecilia y Vilma a veces transmitían de noche o de madrugada, y de vez en cuando lograban burlar a los encargados de las comunicaciones de la Fuerza Armada, los dejaban en una frecuencia. Ellas ya tenían el previo acuerdo de que al haber interferencia se iban a ir a x frecuencia tenían su plan de contingencia, aparte de que ellas tenían especificado que a una hora en una frecuencia, que a otra hora en otra frecuencia; también cambiaban los indicativos, constantemente, porque las ubicaban, después en el transcurso de tiempo les iban reconociendo por la voz, no importaba cuántos indicativos se cambiaban, ya sabían quién era la que transmitía desde Guazapa, esa información la lograba hilvanar, con la información abierta que se pasaba de los partes de guerra.

La Fuerza Armada llamaba comevacas a la guerrilla. De ahí que los encargados de las comunicaciones de la Fuerza Armada llamaban a Cecilia y a Vilma las comevacas, debido a que nosotros a veces consumíamos carne de res y animal que se encontraba se consumía, porque tanta era la lipídia. Vilma, un tanto sentimental, a Cecilia le dijo:

- Fíjese que me llamaron “comevacas”.
- Sí, pero usted tiene la culpa, Vilmita.
- ¿Y por qué?
- Porque usted acaba de comer, se fue a hablar a la radio y no se cepilló los dientes. Claro, le sintieron el aliento a carne de vaca asada.

La Fuerza Armada, en Guazapa, metió un gran operativo militar. Le denominaron “Guazapa Diez”. Alrededor de todo el cerro montaron artillería y bombardeaban como peine desde arriba hacia abajo de forma ordenada y sincronizada, sólo al Roblar, la máxima altura, no le dieron; porque ahí había posiciones de la Fuerza Armada. Cada cierta distancia para arriba, y después empezaban para abajo, a veces eran 72 horas seguidas de ni un minuto de intervalo, a puros cañones ciento cinco, ciento veinte. Los insurgentes no podían ni levantar la cabeza, tenían que estar tendidos.

Sin embargo, los guerrilleros sabían la rutina que llevaban bombardeando, cuando se veía que comenzaron abajo, entonces se tenía un margen de tiempo para moverse, si querían ir a tomar agua, y de ahí a tirarse a la zanja de comunicación cuando se veía que ya iban para arriba. No rompían su rutina, ya se sabía que iban de abajo para arriba, y viceversa, cuando pasaban por donde estaban los combatientes, tranquilos van para abajo, y pendientes cuando volvían a ir para arriba, en ese estilo se pasaba hasta 72 horas.

Las zanjas de comunicación se escarbaban en la tierra como de un metro de ancho, y de profundo hasta dos metros o más, y se hacían en zigzag, eran aproximadamente cinco metros recto, de ahí doblaba, tres metros recto y así.

Excavábamos zanjas de comunicaciones en los campamentos para defendernos de la aviación y de la artillería. Con la aviación era difícil porque los combatientes estábamos en las faldas de Guazapa, por el lado de Suchitoto, entonces cuando los aviones A37 aparecían ya habían soltado la bomba, porque cuando asomaban ya iban en picada pues llegaban del lado del pueblo de Guazapa, del otro lado del cerro. Cuando se enteraban de que los aviones habían llegado ya iban en picada para tirar la bomba, la tiraban y se levantaba, entonces era cuando se oía el zumbido.

Los A37 eran rápidos, cuando se oía el zumbido ya iba la bomba. Al principio tiraban bombas que se enterraban de 500 libras y de 200 libras, pero el mecanismo era que se enterraban y al hacerlo después explotaban, pero eso lo fueron cambiando con el tiempo al ver la experiencia que el radio de acción era un cono y barrían hacia arriba, y lo que estaba al ras del suelo cercano; el daño era la onda expansiva, que podía

reventarle los oídos, que puede tirarlo lejos, la esquirra era como en abanico hacia arriba, y son los fragmentos de metal que desprende al explotar la bomba.

La bomba estaba forrada de hierro. Ese metal se convierte en esquirra al explotar, son pedazos de hierro incandescente que vuelan a alta velocidad y son capaces de amputar una extremidad o partir en dos a una persona, cortaban árboles, ramas, al caer hacían un hoyo profundo, todo un acontecimiento donde caía la bomba. Después cambiaron y usaban otro tipo de bomba que explotaban al primer contacto que hacía, si chocaban en un árbol ahí explotaban y éstas eran más peligrosas, porque no había mucho donde cubrirse de ellas.

La población construía tatús, para protegerse de la aviación y de la artillería. En muchas ocasiones se conoció de bombas que cayeron justo encima o en la entrada de uno de estos tatús y no explotaron, no causaron daño a la gente que se protegía al interior de ellos.

El combatiente se familiarizaba con los ataques de la Fuerza Armada, no le causaba impacto psicológico las bombas ni la artillería, era algo común y corriente; por ejemplo, los aviones se sabía que llegaban a las seis de la mañana, a las doce del mediodía, y a las cinco de la tarde; tiene una explicación lógica, y es que el sol les daba en la cara a los pilotos y perdían visibilidad, tenía que estar el sol totalmente abajo, en el centro o en el otro extremo, nada de que a las diez de la mañana o a las once de la mañana, a esas horas no podían lanzar bombas desde los aviones A37, talvez sobrevolaban según ellos, para acción psicológica, pero ya se sabía que no iban a tirar bombas, tampoco si estaba lloviendo podían bombardear.

A la avioneta *push and pull* se le conocía como la carreta o gradilla, y se le tenía miedo porque se quedaba sostenida en el aire; ubicaba la posición guerrillera y podía disparar ráfagas o lanzar *rockets*, que era un cohete que al caer hacía explosión y tenía un grado de acción aproximadamente de cinco metros.

Los combatientes ya estaban acostumbrados y bajo esta acción operativa militar la comunicación se volvía difícil porque no se podía transmitir, las antenas se ponían y se quitaban todos los días porque había que estar listo para guindear, no podían dejarse abandonadas porque era el medio de contacto con otras zonas, las claves, las antenas y los radios.

Los radistas podían dejar la ropa y la cobija que andaban en la mochila, no importaba que dejaran eso; pero el radio, las claves, la antena, no las podían abandonar; bajo esta situación a veces metían el radio en la zanja de comunicación y la antena tirada sobre el suelo, solo la extendían y era difícil comunicarse, a veces escuchaban a veces no; a excepción de la estación de Managua, siempre los escuchaba porque su equipo era potente y a ellos se les escuchaba en todos los frentes de guerra, porque tenían un alcance de transmisión poderoso.

A Mayo Sibrián lo trasladaron para San Vicente, y Ricardo Gutiérrez llegó a reemplazarlo de jefe; eso fue en octubre o septiembre del 1982, y se le hizo una despedida a Mayo. A él le gustaba tomar café y fumar, se puso música y se armó el baile, pidió que por favor no le dieran pollo.

En esa fecha ya se habían formado las Unidades de Vanguardia, estaban ya estructuradas en pelotones y en escuadras, ambos con sus respectivos jefes, eran los combatientes mejor preparados para el combate, se encontraban en excelentes condiciones físicas, se les daba el mejor armamento que hubiera, y estaba Felipe como jefe del destacamento de vanguardia.

Cecilia aprovechó el cambio de jefe y habló con Ricardo:

- Quiero salir un poco de las comunicaciones, quiero andar con el destacamento.
- Hay que esperar un poco, porque yo ahorita vengo llegando. Tengo que conocer primero a la gente de que dispongo y la zona.

Cuando todavía estaba Mayo Sibrián de jefe, llegó la hija de Salvador Cayetano Carpio (Marcial), y dijo que llevaba nuevas claves de comunicaciones; pero que necesitaba solo miembros del partido de las FPL, porque no todos los combatientes lo eran, habían distintos niveles de militancia partidaria y el partido era clandestino; estaban los colaboradores activos, aspirantes a miembros y miembros plenos de partido, pero en esta organización ingresaba sólo gente con disciplina y capacidad, o sea, lo mejor, el partido era elitista, a Cecilia jamás le habían hablado del partido, en el campamento nadie sabía quién era miembro y quién no.

La hija de Marcial le dijo al comandante Mayo Sibrián: Necesito que me designe dos personas que sean miembros del partido, porque son comunicaciones estratégicas entre frentes y necesitamos que sean de extrema confianza para que conozcan estas claves y hagan la comunicación. Y él le dijo: Mire, aquí mando yo, si vamos a hablar de miembros del partido tengo que empezar por sacarla a usted; él sabía que ella no era miembro del partido, aquí va a estar Cecilia y Vilma, le dijo; ellas dos van a ser las de comunicaciones.

La hija de Marcial había llegado procedente de Nicaragua, no estaba en los frentes de guerra, las comunicaciones no tenían mucho cambio de fondo, las claves eran comunes y corrientes, muy parecidas a las que habíamos utilizado antes y no se les veía mayor cosa.

Así fue como a Cecilia no la sacaron de las comunicaciones, eran tres combatientes más: Florencia, Rudy y César. Utilizaban una planta eléctrica que se introducía en un hoyo para realizar las comunicaciones, porque el ruido que emitía se escuchaba desde lejos, era una planta eléctrica de gasolina para cargar baterías de carro, los radios se conectaban a esas baterías. Así funcionaba la comunicación. Rudy y César se

encargaban del mantenimiento de la planta y reparaban los radios, Florencia se delegaba el rastreo, o sea escuchar la comunicación de la Fuerza Armada.

La planta eléctrica se ocultaba hasta dos metros bajo tierra, se hacía una especie de cola en la zanja para que saliera el humo y el calor, a veces se trataba de tapar porque hacía mucho ruido y no siempre se podía. Había momentos en que se necesitaba hubiera silencio. Cuando había condiciones se cargaban bien las baterías, a veces se tenían dos o tres, y cuando se guindeaba había que llevarse por lo menos una, y lo demás se dejaba escondido en tatús, al regresar al campamento se recuperaban las baterías y se continuaba la comunicación.

Ricardo dejó ir a Cecilia al destacamento y ahí no había radios, para las unidades solo existía la comunicación entre zonas, entre frentes y hacia el exterior, pero las unidades operativas no andaban radio de comunicación, y estando ahí se le ocurre a Rudy que se debía innovar: el mismo radio de once metros hacerlo operativo, dijo: Vamos a hacer una antena de látigo, vamos a tratar de minimizar su tamaño, de tal forma que se pueda andar en la espalda. Pero ellos no tenían radios, si apenas existían dos o tres de estos Civic, de radioaficionados.

Rudy empezó a inventar que se armara un cacastle de poliducto, a saber a dónde consiguieron ese material e hicieron una armazón para cargarlo en la espalda y ponerle antena de látigo y había que andar una batería de moto por lo menos bien cargada para poder hacer funcionar el radio. Pasó varios días en ese proyecto y llamaba a Cecilia para que le ayudara a desarrollar el invento, y veían cómo se hacía, pero costó; mientras tanto hubo acciones militares que desarrolló el destacamento guerrillero, por ejemplo el ataque al puesto del Aceituno, sobre la calle a Suchitoto.

4.5. La primera experiencia militar

Después de tanto insistir, el comandante Ricardo Gutiérrez me dejó ir al destacamento, a prueba.

El ataque al puesto de El Aceituno fue para Cecilia la primera experiencia en combate directo, anteriormente tenía experiencia en choques para detener. Por ejemplo, había que cubrir para hacer retirada, o choques casuales o ir a hacer hostigamientos; pero ya una acción bien planificada, fue la primera.

Cecilia tenía dieciséis años en esa época; había que preparar la acción; eso significaba escoger los compañeros que iban a ir a explorar para:

- Conocer el terreno.
- Identificar las rutas.
- Contar las trincheras que habían.
- Cuántos soldados estaban en cada trinchera.
- Cómo están ubicados.

- De qué material eran construidas las trincheras.
- Qué tipo de armamento tienen.
- Cada cuánto tiempo se relevan.
- Ubicar el lugar por dónde llega el relevo.
- En qué lugares duermen.

Santiago era una persona muy aguerrida, nadie se negaba para ir con él a combatir, sabían que habría acción y donde él decía aquí vamos, ahí iban todos, tenía un liderazgo nato. Decía: Vamos a ir a explorar; pero yo no quiero que me vengan a dar información imprecisa, hay que ir a medir las trincheras para saber cuánto tienen de grueso, de qué material se construyeron para saber si son de cemento, piedra o arena, conocer cuánto es el lapso del turno de ronda, quiero toda la mayor y fidedigna información decía, era jefe de un pelotón de U.V.

Se seleccionaba a los combatientes dependiendo de cuántos lugares se iban a atacar. El proceso de preparación de la acción militar no lo conocían todos los combatientes, sólo los involucrados en ir a hacer las exploraciones. El jefe de destacamento decía: Bueno, hoy vamos a ir a operar; hay que preparar medicamentos, que la gente de sanidad esté lista para recibir a los compañeros; se preparaban hamacas, camillas improvisadas, para sacar a alguien que resultara herido y todo el mundo estaba con sus armas limpias, bien aceitaditas para que no se les fueran a encasquillar a la hora del combate.

El jefe reunía a la gente unos minutos antes de salir y es ahí donde se daba a conocer todo el plan operativo, en qué consistía la acción, hacia dónde se iba, cuál iba a ser la retirada, quiénes iban por un lado, quiénes por el otro, quiénes a la contención; porque como era en carretera, había que montar una emboscada antes del objetivo y otra después, por si la Fuerza Armada pudiera llegar por el lado de San Bartolomé Perulapía o de Montepeque, en toda esa área había soldados, y la otra contención después de El Aceituno por los que pudieran llegar de Suchitoto.

En esas emboscadas se colocaban minas para hacerlas detonar a larga distancia, se accionaban por medio de baterías en el preciso momento que se divisaba a lo lejos la llegada de refuerzo de la Fuerza Armada. El propósito de la mina era detener el refuerzo. Si no se podía con la explosión se avisaba que venía el refuerzo, si no se tenía capacidad para detenerlos y aniquilarlos, había que retirarse, toda esta actividad se hacía en la noche; porque en la oscuridad se evadían los aviones, y los combatientes se pueden desplazar por esas aradas y lomas pelonas y no eran vistos por el enemigo. En el día era difícil esconderse de los aviones y menos una cantidad de guerrilleros como un destacamento.

Se rompía el secreto (inicio de la acción, normalmente una explosión) como a las once o doce de la noche, dependiendo de la distancia o de cómo se tuviera la información, y, entonces se daba el santo y seña, que era una manera cómo reconocerse

entre compañeros. Se preguntaba: ¿Quién vive? Ahí se daba cualquier palabra que se había predeterminado, podía ser el nombre de un compañero caído, o una consigna.

Cuando preguntaban: ¿Quién vive? Se debía responder ratón, si no decían ese nombre no le volvían a preguntar, sino que le disparaban. Cuando se da el golpe podía haber dispersión tanto de guerrilleros como de soldados, que se encuentra y necesitan de señas para identificarse, también se daban nombres como claves para que los soldados no supieran si habían bajas. Podía decir “limón” para referirse a herido; si tenía un muerto iba decir “naranja”, “mandarina” a refuerzo. Se hacía una selección de palabras que se codificaban y esas se las tenía que memorizar.

4.5.1. Una Rosita deshojada

Tilo era un niño guerrillero de quince años de edad, se puso a jugar con una escopeta y le apuntó a Rosita, una niña de dieciséis años de edad, bonita, morenita y alegre, combatiente del destacamento también.

Tilo empezó a simular que chasqueaba la escopeta y disparaba, la chasqueaba y la disparaba; pero no llevaba el tiro en recámara, no lo terminaba de hacer, no completaba la acción, Rosita le apartó la escopeta y le dijo:

–Tilo me vas a matar (y le apartó el cañón).

A la tercera vez se llevó el cartucho y la mató, le disparó al pecho. Fue algo triste porque no se pudo auxiliar, un balazo de escopeta es criminal, porque no es como una bala sino que tiene perdigones de plomo, es como una rociada de maicillo que le cae, sólo que es plomo, y le causó a Rosita múltiples lesiones y ahogamiento porque no tenía suficiente espacio la sangre para salir, y se quiso auxiliar llevándola al hospitalito, pero antes de bajar a la calle ya había muerto y fue duro comunicárselo a la madre.

Pascual y Valeriano, ambos primos de Rosita, eran guerrilleros también, agarraron a Tilo y querían matarlo. Hubo que neutralizar a estos dos combatientes para que no hubiera otro muerto, a Tilo se le envió castigado a las milicias, el día entero pasaba moliendo maíz para hacer tortillas para la tropa, en un molino manual.

Tilo lamentaba el accidente y lloraba al recordar el hecho; pero las lágrimas no podían remediarlo.

Fue trágico, era la única hija de Olivia. Tenía sólo otro varoncito más pequeño, eran desplazados de la zona de El Pepeto en Tenancingo, y ahí quedó enterrada la guerrillerita cerca del campamento.

4.5.2. El que ríe de último...

Se preparó el asalto al puesto militar del ingenio La Cabaña, cerca de la población de Aguilares. Se cultiva cañal en esa zona y habían soldados en el casco de la hacienda del ingenio. Se hizo el mismo procedimiento, las exploraciones, el plan operativo y todo.

Cecilia fue la responsable de la comunicación de la operación militar hacia el mando que estaba en Palo Grande, previamente ella había aprendido de memoria una clave, era un alfabeto, en que cada letra tenía un valor de dos números, y se había aprendido todas las letras con su correspondiente valor, porque en la acción no se podía encender una lámpara, ni estar escribiendo, se tiene que saber qué le están diciendo a la hora que le están dictando los números, ir traduciendo a la vez.

Esta operación militar se realizó junto con los guerrilleros miembros del Partido Comunista (PC). A ellos les causó risa y se burlaban por la forma tan artesanal como llevaban armado el portarradio y que además era de radioaficionados de once metros; los del partido comunista llevaban un radio moderno, con antenas largas para colocar cuadernos, claves y lámpara, bien equipados.

A los radistas nos ubicaron en una casa antes de entrar a la zona de combate, ahí fue donde se quedó el mando táctico de la operación. No entraron al ataque propiamente dicho sino hasta cuando estaban en pleno combate y llovían los balazos por todos lados. Los radistas se cubrían en las paredes de la casa vieja para lograr hacer la comunicación, Cecilia tenía comunicación con Ricardo Gutiérrez que estaba en Palo Grande, junto al mando del P.C., en el cerro de Guazapa.

Los combatientes del Partido Comunista estaban tratando de instalar su antena, y en eso les preguntaron o les dijeron algo en clave y encendieron una lámpara para ver, y Cecilia les dijo:

–Apaguen esa luz, aquí va a caer el mortero, quítense de ese lugar (y no le hicieron caso).

Cecilia se apartó del lugar. Claro, ella tenía el radio en la espalda, simplemente se fue hacia el otro lado de la casa, prefirió no cubrirse de las balas que llegaban del ataque, exponerse a estas balaceras, y cubrirse del mortero. Y cabal, como al minuto o dos minutos de la luz que encendió el guerrillero comunista les pusieron el mortero exactamente ahí, si no los mataron fue por un pasamanos de adobe que había y que los protegió. Se convencieron que no podían hacer su comunicación porque necesitaban luz, entonces nos quitamos de ahí, nos fuimos hacia otro sector y Cecilia les hizo su comunicación, porque ella no iba escribiendo cifrando lo que iba diciendo sino que iba deletreando, pero en lugar de una letra decía un valor numérico.

Cuando regresaron de esta acción militar, el comandante Ricardo Gutiérrez le dijo a Cecilia que se había ganado el pase para andar en el destacamento con el radio, convivió mucho con los combatientes y todos muy respetuosos, pero si había que ponerse a la altura, no había que andar con naquerías, se suponía que en la Unidad de Vanguardia andaba la mejor gente, que el hecho de ser mujer no significaba que iban a andar con delicadezas con ella, sino que le decían: A tales horas vamos a bañarnos a tal parte. Y no designaban zonas, porque había mucha operatividad militar, la Fuerza Armada entraba a cada rato, no podía haber dispersión de la fuerza guerrillera.

Tenían que ocupar el momento preciso que les decían y a tales horas a comer, hacer entrenamiento, instrucción política y así los tenían, era ocupado todo el día.

Cecilia portaba arma a la hora de ir al operativo militar, lo que andaba era un arma corta porque la larga le estorbaba por el radio que andaba cargando, pero en el resto de actividades en el campamento siempre andaba arma larga, o dependiendo si se concentraban las armas para x operativo, se quedaba con el arma corta. A veces incluso se quedaban sin arma cuando había que armar bien a cierto grupo que iba a ir a realizar tal tarea, porque no siempre iban todos, pero normalmente para la instrucción sí se andaba el fusil.

Cecilia le tuvo mucho cariño a Fabio Monserrat el jefe del destacamento, una persona sencilla, muy hermano, respetuoso, pero sobre todo un gran guerrillero; él tenía consideraciones con las niñas, y siempre le daba sus espacios a la hora de dormir, a escondidas, para no causar malestar en la tropa; para que no protestaran y dijeran: Como es mujer, la están contemplando. Los combatientes iban a decir que no servían para la unidad, que habían cosas especiales que se conseguían, por ejemplo galletas, pan o algo que a veces llegaban al mando. Fabio Monserrat siempre decía: “vaya, tomen bichas”.

Él siempre andaba al cuidado si necesitaban algo como toallas sanitarias o ropa interior, siempre andaba pendiente que tenía mujeres combatientes y que aunque quisieran tratarlas parejo él sabía que no podían ser exactamente igual, pero en la operatividad militar, en el entrenamiento, Cecilia y las demás combatientes tenían que topar, y no quedarse rezagadas porque si se quedaban les decía que ya no podían ser miembros de la unidad. En diciembre de 1982, les dieron la misión de trasladarse a Chalatenango.

4.6. El enamorado

Cecilia, en abril de 1981, cumplió 15 años de edad, y en esa época conoció a Lorenzo, un combatiente extraordinario. Lo había visto algunas veces en el entrenamiento dando instrucción militar; un día estaban en un campamento situado en las cercanías de Chanmiquín, este lugar queda entre Tenancingo y Suchitoto, es una loma donde se unen tres ríos y le llaman Los Encuentros; ahí se juntan los ríos Quezalapa, el Asigüillo, y Sucio, esa loma que queda en ese triángulo se llama Chanmiquín.

Lorenzo era un estudiante de arquitectura de la Universidad de El Salvador. Claro que eso ella no lo sabía, pero se le notaba al joven que no era una persona del campo. Había estado becado en el extranjero recibiendo preparación militar, él llegaba a dar entrenamiento, era de constitución física delgada, moreno, cabello liso y ojos café oscuros.

Lorenzo era un cuadro de partido que trabajaba en la organización política. Hasta ese momento Cecilia no reparaba que tuviera cargos de importancia, lo había visto pocas veces, no obstante, él le hizo una declaración de amor, justamente cuando ella cumplía quince años.

Cecilia no tenía protección de nadie y los combatientes siempre andaban tras la consiga, aunque no le faltaban el respeto, viendo con quién hacían pareja. Ella se sentía a la deriva, no quería compromiso y ningún tipo de relación amorosa con nadie. En esa época, para tener un noviazgo, había que pedir autorización al partido.

Lorenzo le propuso a Cecilia tener una relación formal y pedir la autorización al partido; primero, era para acercamiento, después para novios, y luego casarse; esas eran las tres etapas que el partido definía en una relación. A Cecilia le pareció adecuado que Lorenzo le propusiera que tuvieran una relación formal. Lo que a ella le atraía de esa situación, era que nadie más la iba a andar pretendiendo, porque cuando se tenía pareja se respetaban más.

Lorenzo redactó la carta al partido, informó que iban a tener una etapa de acercamiento, de conocimiento y él esperaba que terminara en matrimonio. No dormían juntos, pero los combatientes llamaban a Cecilia “la compañera de Lorenzo”. Ella no lo desmentía ni decía nada porque no le interesaba, o sea, lo que Cecilia quería era estar a salvo de que le anduvieran haciendo proposiciones de relaciones amorosas.

Lo terrible fue que Lorenzo lo tomó bien en serio. Cecilia no estaba preparada para una relación de este tipo y luego a él lo trasladaron a otra zona, pasaban días que no se veían.

Azucena era una compañera procedente de San Salvador que estaba en el campamento, le preguntó a Cecilia:

—¿Cuándo le das besitos a Lorenzo no le sentís salado el cuello?

—Yo no le he dado besitos.

Azucena quería saber qué tipo de relación tenían. Igual la gente del campamento creía que tenían una relación marital, en realidad no. Él era muy respetuoso y disciplinado porque los militantes viejos del partido tenían disciplina, y una formación diferente a la que tuvo la demás gente que se incorporó después a la guerrilla, porque ahí iba de todo.

Lorenzo en la zona de Cinquera presentó una carta donde solicitaba permiso al partido para pasar a la segunda etapa, de novios. Le dijeron que sí.

A Lorenzo lo trasladaron a un lugar que se llamaba El Jocotillo, que está situado por la carretera de Ilobasco, era una zona no controlada, era bien difícil mantenerse allí y la misión que le habían dado era de organizar gente en toda esa zona y tratar de expandir el área controlada, Lorenzo trabajaba ahí con un equipo pequeño de unas dieciocho personas.

Lorenzo le enseñó a Cecilia la carta para que la firmara, ella lo hizo. Porque ser novia no significaba tener relaciones sexuales, que era lo que a ella le aterraba. Él llegaba cada ocho días.

Cecilia tenía una compañera de nombre Valeriana, fueron vecinas desde antes de que iniciara el conflicto armado, ella la protegía y cuando no estaba su esposo Cecilia dormía donde ella.

Valeriana por molestarla le decía: “Hoy va a venir Lorenzo”, y Cecilia se escondía porque cuando sintió que iba muy seria la relación no quería verlo. No tenía ninguna orientación sobre cómo manejar ese tipo de relaciones; él quizás sentía que era una actitud normal en una niña del campo, y Cecilia a su corta edad no tenía madurez emocional ni física para ese vínculo.

Lorenzo quería pasar a otro nivel de relación, deseaba casarse, y le mandó a Cecilia la carta con el correo, porque siempre estaba en otra zona, y quería que presentaran la carta pidiendo permiso para casarse.

Cecilia la leía una vez y otra y tenía que firmarla. De tanto leerla y guardarla, la perdió. Lo terrible fue cuando él se presentó y quería la carta; Cecilia no hallaba cómo decirle, empezó diciéndole que todavía no, que no estaba preparada y que mejor más adelante. Pero él quería la carta, ya fuera firmada o no, no hallaba cómo decirle que no quería tener marido.

Cecilia veía a las mujeres que andaban ahí, que normalmente salían embarazadas, y la situación era difícil. Les tocaba dar a luz en el monte, sin ninguna condición; los niños sufrían porque no había comida, andar guindeando con niños tiernos era terrible. Todo eso a ella la tenía traumada, cuando veía a las compañeras que ya no podían seguir en la unidad que andaban, sino que tenían que ir a tener sus hijos, irse a las comunidades, a veces las que tenían condiciones las sacaban a San Salvador, las que no les tocaba ahí y era algo muy duro.

Por otro lado: ella era miedosa, y quizás por eso sobrevivió porque en la noche, dependiendo de la situación operativa que estuvieran, ni siquiera se quitaba la ropa para dormir ni los zapatos. No concebía ella cómo podían tener relaciones en la noche,

además en medio de toda la gente, no había privacidad. Cecilia no estaba dispuesta a someterse a esas condiciones.

Para Lorenzo fue un golpe muy duro porque él sí estaba enamorado. Llevó a Cecilia donde el mando, estaba Roque de jefe de Cinquera, era el mes diciembre de 1981, le dijo el jefe:

- Cecilia, no puede estar jugando con el compañero. Hay que ser más seria.
- No puede obligarme, yo no quiero casarme.
- Pero ¿por qué?
- No quiero.
- ¿Cuáles son las razones?
- No quiero.

En esa navidad hicieron una fiesta en La Escopeta. Llegó Lorenzo a decirle a Cecilia que Roque le había dado permiso para que lo acompañara a una fiestecita que iban a hacer ahí. Pero ella ya se había apresurado y tomado las providencias del caso ante esta situación, y con anterioridad le había dicho a su compañera Laura, que trabajaba en comunicaciones también, que acompañara a Lorenzo y que ella se iba a quedar trabajando. Tenían una champita de zacate que les habían construido en una media altura por unos palos de mango y que iba a trabajar porque andaba huyendo de Lorenzo. Ella le dijo: “Está bien.”

Laura tenía novio y quería ir, cuando Lorenzo llegó, Cecilia le dijo:

- No puedo ir porque tengo que trabajar.
- No importa, guarda el radio, ya hablé con Roque y le solicité permiso y me lo concedió.
- Es que no tengo deseos de ir.
- Me puedo quedar con usted en la champita.
- No, no duermo ahí.
- Bueno, espero tener mejor suerte la próxima vez.

Le arruinó la noche a Lorenzo porque no accedió. Sentía toda una tragedia por lo que estaba pasando, porque en realidad él se sentía mal, había perdido su tiempo tratando de convencer a Cecilia, todo ese año. Además, Cecilia estaba pendiente porque en la semana siguiente la mandarían para Guazapa, que fue cuando ella llegó a la jefatura del frente, con el comandante Mayo Sibrián.

Cecilia se despidió de Lorenzo en esa semana que ella se fue para Guazapa. Para ella las pretensiones de Lorenzo habían terminado. Todo el tiempo que estuvo en el campamento de la comandancia del frente, él le estuvo enviando cartas, las cuales, Adolfo, el jefe del campamento, se las quedaba.

Adolfo le preguntó a Cecilia:

–¿Terminaste con Lorenzo?

–Sí.

Cecilia ignoraba que él había estado recibiendo y leyendo las cartas que Lorenzo le mandaba, porque a Lorenzo le gustaba escribir, siempre le mandaba cartas de dondequiera que él estuviera y le hacía bromas por palabras que ella pronunciaba mal.

Adolfo, en el Estado Mayor no era muy querido, él tenía intenciones amorosas hacia Cecilia, pero ella nunca le dio la oportunidad que se le acercara, siempre lo rechazaba, incluso una vez estaban con la compañera de rastreo, que era Florencia, y Silvio, que era un cipote que les ponían de seguridad, tenía quince años de edad; eran como las ocho de la noche, había periodos en que no se conseguía establecer comunicación, y solo se lograba de noche, en el día tenían mucha interferencia porque la frecuencia era de radioaficionados y a veces no los dejaban trabajar.

Florencia estaba con su equipo de rastreo, Cecilia con su radio Civic haciendo comunicación, y a Silvio lo ponían de centinela al lado de la vereda, donde existía la remota posibilidad de que pudieran llegar soldados en un momento determinado.

Una noche Cecilia escuchó ruido por el lado de un cerco de alambre, que daba al campamento; entonces los tres se pusieron en alerta, y Cecilia le dijo a Silvio. “Aquí se escucha ruido como que alguien anda merodeando”.

Silvio se apostó para el lado donde Cecilia le indicó. Apagaron la radio para que no los delatara y se quedaron callados cuando oyeron que alguien saltó el cerco. Silvio estuvo a punto de disparar. Adolfo inmediatamente gritó:

–No, soy yo, soy yo, no vaya a disparar.

Adolfo estaba tratando de llegar por un lugar equivocado hacia donde estaba Cecilia. En varias ocasiones él trató de estar a solas con ella, o de dormir cerca, pero como a ella no le inspiraba confianza, siempre andaba cuidándose de él.

Cecilia encontró a Lorenzo en 1983, tenía más de un año de no verlo y, era algo que ella no quería que pasara, le daba pena, y él forzó la situación, ella iba para otro lado y él la siguió, y le preguntó:

–¿Por qué nunca contestaste mis cartas?

–¿Qué cartas?

–¿No te las dieron?

–No, nunca he recibido una carta tuya.

–Quiere decir que Adolfo las recibió y no te las entregó, qué bárbaro ese compa.

Cecilia procuró irse rápido, no quería estar con él y, a pesar del tiempo que había transcurrido, Lorenzo insistía que quería ser su novio y ella, definitivamente no quería.

*¡Oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!... ¡Ay! Yo entretanto
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto:
yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón pedazos hecho⁶.*

En 1984 que se volvieron a encontrar en un campamento que se llamaba El Chile Quemado, lugar donde estaba la comandancia general en Chalatenango, estaban en un convivio. Habían hecho un fogón debajo de un enorme árbol de ceiba y estaban bailando ahí, y Cecilia se sintió un poco más tranquila y aceptó bailar con él. Lorenzo todavía insistía en ser su novio.

Cecilia mucho tiempo después, en 1986, se enteró que Lorenzo había muerto. Fue a una misión de exploración, regresó desvelado con los compañeros que andaba y cometieron el error de llegar a una casa donde vivía gente de la población civil que estaba cocinando algo, porque iban muriéndose de hambre, y como estaba saliendo humo de la casa los sorprendió la aviación y bombardeó el lugar. Fue una gran pérdida.

4.7. La aventura con la Resistencia Nacional (RN)

Los años 1980, 1981 y 1982 fueron difíciles. En 1980 todavía se encontraban abastecimientos, pero el 81 y 82, cuando la Fuerza Armada implementó la guerra de tierra arrasada, no les dejaba ni raíces para alimentarse, y estaban totalmente cercados no podían ir a los pueblos a comprar víveres; los guerrilleros sólo se mantenían en las zonas que más o menos controlaban, se dio una escasez de todo lo más básico que se necesitaba para subsistir.

Había gente organizada en las comunidades en los cantones que se pasaban de las FPL a la Resistencia Nacional, porque los combatientes de la RN, no se sabía cómo, pero ellos siempre tenían abastecimiento y por un par de zapatos se pasaban con la RN. Igual sucedía con algunos combatientes, decían: “Yo les soy fiel a las FPL, mi corazón está con las FPL, pero aquellos tienen fusiles, tienen botas, tienen comida y nosotros no tenemos”.

Los de la RN tenían mejores canales de abastecimiento que las FPL, y aunque la penuria no llegó a ser crisis, bastantes combatientes se fueron para la RN. Pero había quienes iban, conseguían lo que querían, y regresaban.

Durante el conflicto armado se suscitaron en más de alguna ocasión fricciones con los campamentos de la RN y el PC, aunque con este último no mucho porque era la

organización con la que más afinidad se tenía. A veces en el terreno se agarraban a balazos entre ellos mismos, no tanto por la gente de las FPL, sino por las de las RN.

Una vez en Guazapa nos desplazábamos en columna, a distancia vimos otra columna de hombres armados, mandamos a unos compas a que se adelantaran e identificaran si eran soldados o compas, efectivamente era una columna de la RN y se identificaron con ellas. Luego nos dicen: “Vénganse que son compas.” Cuando caminábamos hacia ellos, de pronto, desde el final de la columna de las RN, nos dispararon.

En este incidente nos fregaron, íbamos confiados, salieron heridos varios compas combatientes, entre ellos uno que le decían El Búfalo, era muy buen combatiente estaba en las fuerzas especiales, que en esa fecha se les llamaba pioneros; esto fue a principios del 82, siempre existían fricciones por cosas pequeñas e insignificantes que sucedían, esa mala experiencia se repitió en varios lugares.

A los combatientes de las FPL se les daban líneas de fuego y se informaba de las zonas que iban a cubrir los guerrilleros de la RN. Sin embargo, no se podía contar que ellos. En el momento en que se montaba la línea de fuego, el sector asignado a ellos, las FPL tenían que estar pendientes porque en cualquier momento los podían envolver, porque ellos se marchaban sin previo aviso y esa era la fricción que se tenía.

Además de ganarse la gente con la sal, con el azúcar, con zapatos, etc., siempre creó malestar. No era justo que nos hicieran la guerra sucia, así le llamaban los combatientes de las FPL o sea, los miembros de la RN en vez de organizar a la población se la quitaban a las FPL, pero como el hambre era perra, y a la gente con el estómago vacío no le importaba quién les daba de comer, si eran la RN o las FPL. Se iba a donde había comida y a la hora de las horas a veces se quedaban con las FPL.

Los miembros de la RN no enfrentaban a la Fuerza Armada, solamente les disparaban unos cuantos tiros y armas al hombro se retiraban rapidito, era la historia que se tenía en ese tiempo, ahí en Guazapa. La RN hacía sus propias operaciones militares, y les resultaban, pero tratándose de acciones conjuntas nunca salían bien, esa experiencia era la que se tenía.

4.8. Aprendí mecanografía

En el cerro de Guazapa pasaban periodos relativamente estables; había un combatiente encargado de inteligencia, Virgilio, consiguió una máquina mecánica de escribir, redactaba cartas para los soldados (propaganda) con contenido político; despertando la sensibilidad social en cuanto a que, los soldados provenían de la gente humilde, que andaban muriendo, defendiendo causas ajenas, que ellos no tenían vela en ese entierro, porque ellos se morían por gusto, les hacía ver que se estaban peleando contra gente pobre, y les hacía énfasis que ellos defendían los intereses de la oligarquía,

creándoles conciencia para que desertaran de la Fuerza Armada, para que buscaran la oportunidad de encontrarse con los guerrilleros y entregaran su arma.

Virgilio también les transmitía información a los soldados sobre victorias que obtenían los guerrilleros en operaciones militares, de cómo los soldados eran manipulados por la ideología del capitalismo, cómo les lavaban el cerebro por el entrenamiento que recibían de los gringos.

Virgilio llegaba, prendía una candela o a veces un candil que improvisaba y le dijo a Cecilia:

–¿Puedes ayudarme a escribir esta carta?

–Yo no sé escribir a máquina.

–¿Y antes habías agarrado un fusil?

–No, nunca.

–¿Pero aprendiste?

–Sí, aprendí.

–Pues igual la máquina, nunca antes la has tocado, hoy hacelo y vas a aprender a escribir, simple y sencillamente, ahí están las letras, no hay donde perderse.

–Bueno, voy a tratar.

–Así que te voy a dejar este papel, lo pasás primero en una hoja de papel bond, y dependiendo como te quede después metés el estencil (le explicó cómo se ponía).

Virgilio cuando regresó se puso a leerlo y le dijo:

–Tiene muchos errores.

–Yo se lo dije.

–Yo sé que nuestro nivel de estudio es bajo, pero te voy a decir una cosa, tenés que aprender.

Él empezó a corregir, a dejar un texto aceptable y Cecilia le preguntó:

–¿Y eso por qué?

–Porque si una carta de estas llega a manos de un oficial de la Fuerza Armada, que vea que sabemos leer y escribir, que no diga que somos unos brutos.

Virgilio era exigente con Cecilia, si se equivocaba la hacía que lo repitiera y hasta que ya lo hacía bien entonces le ponía el estencil, y éste era difícil de conseguir y no se podía desperdiciar. Y así Cecilia aprendió a escribir a máquina, haciéndole cartas a los soldados, que no era el trabajo de ella, sino que él simplemente quería que aprendiera.

Cecilia no sólo escribía cartas para los soldados, a veces para su propia gente también hacía boletines. Esa propaganda en cierta medida algo le calaba a los soldados por el contenido y la forma sencilla de cómo Virgilio les escribía, porque en varias acciones había tropa que se rendía, y que rehuía el combate para no arriesgar su vida y

se hacían prisioneros, luego se liberaban en los pueblos o se entregaban a la Cruz Roja Internacional.

4.9. El lago

Estábamos en Guazapa, debíamos trasladarnos a Cinquera, para lo cual debíamos cruzar el lago Suchitlán. Cecilia estaba enferma de paludismo. Felipe le dijo: “Te vas aquí por el Corozal, ahí va salir una lancha con combatientes con destino a Santa Bárbara para que no te echés esta caminata”. Era un recorrido largo y, además, Cecilia se había doblado un pie y le estaba doliendo. Pero si ella hubiera sabido lo que significaba ir en lancha, mejor hubiera preferido haber hecho dos veces el viaje a pie.

El lago era patrullado por lanchas pirañas que tenía la Fuerza Armada, vigilaban el área comprendida desde el Cerrón Grande hasta Suchitoto. Las lanchas en que se transportaban los combatientes iban arriesgándose a toparse con estas pirañas, y además había que pasar cerquita de Suchitoto. Al otro lado del lago, ya en Chalatenango, estaba el pueblito San Luis y ahí también habían soldados.

En la embarcación iban cerca de sesenta combatientes, era una lancha de madera impulsada por remos, transportaba abasto, era exageradísimo cómo iba de cargada, sólo llevaba unos cinco centímetros fuera del agua la orilla de la lancha y no se podía mover bruscamente porque si no se hundía.

Los combatientes iban sentados apuñados y casi no se avanzaba; a esto hay que sumarle que Cecilia no sabía nadar y le daba un miedo terrible cuando ella tocaba la orilla de la lancha y sentía el agua ahí, ya casi para entrarle; iban tan despacio que en un trayecto que normalmente se hacía en dos horas y media a ellos casi les amaneció en Suchitoto.

El viaje fue tan lento que Cecilia llevaba las piernas dormidas y sin poderse mover porque perdía el equilibrio la lancha, nadie se podía parar, terrible, y después cuando iban por Suchitoto dijeron que había que agacharse bastante para que las luces de los reflectores de la Fuerza Armada no los descubrieran.

Llegaron a Santa Bárbara casi a las ocho de la mañana. Fue un viaje tan incómodo que cuando Cecilia se unió al destacamento le explicó a Fabio Montserrat lo espantoso que había sido, y todavía había que cruzar el lago desde Santa Bárbara hacia Chalatenango. Ella tenía temor y Felipe le dijo: No, aquí es diferente, estos lanqueros tienen mejor experiencia. Esta travesía fue a finales de diciembre de 1982.

Cuando Cecilia llegó a Chalatenango se estaban concentrando las fuerzas guerrilleras, porque se iba a lanzar una campaña militar para limpiar todos los puestos de soldados que había en Miramundo, La Palma, San Ignacio, La Reina, Tejutla, y Dulce Nombre. Habían llegado también destacamentos del Paracentral. Se concentró

bastante fuerza. En esa época ya se habían formado las Fuerzas Especiales (Fes) que dirigía Felipe, éstas eran las que iban al asalto y las demás eran unidades de apoyo.

En San Antonio, por el lado de Cinquera, en mayo de 1982 era zona casi controlada por la guerrilla. No se mantenía un control estricto en toda el área, y no había que descuidar la seguridad. Se llevaban armas cortas porque se iban a traer cosas pesadas, iban a encontrar el correo que iba desde el lado de San Martín con logística para los combatientes.

Eran años de penurias donde no alcanzaban los zapatos, el abastecimiento, los granos básicos y todo eso escaseaba, a tal grado que cuando se iba a realizar acciones militares, los combatientes que no iban al combate les prestaban el calzado a los que participarían. Algunos iban con zapatos apretados, porque se ponía lo que había.

Cecilia era la única mujer que iba en esta acción de logística, acababa de cumplir los dieciséis años y en esa época era invierno, les cayó una gran tormenta, estaban bien empapados. Ya amaneciendo pasaron por una parte plana y ahí acamparon, habían caminado bastante y además estaban mojados.

Cecilia vestía una camisa verde olivo manga larga de las que producían en los talleres del campamento, siempre la usaba encima de una camiseta celeste. En ese momento que se dispusieron a descansar, Cecilia se quitó la camisa porque estaba empapada, y dijo: “Bueno, la camiseta la seco rápido y ya no voy a tener frío”. Cuando se quitó la camisa ella no se percató de que sucediera algo raro. De repente Boris le dijo, con tono autoritario: “Ponete la camisa.” Y ella dijo: “Pero por qué, si tengo frío, estoy bien empapada.” “Que te la pongás te digo.” Cecilia volvió a ver a sus compañeros como queriendo que alguien le ayudara y dijera: “Déjala que no se la ponga.” Pero entonces ella los vio a todos sospechosos y dijo: “Aquí hay gato encerrado.” Pero no alcanzaba a dilucidar qué pasaba.

Camilo se levantó, y le dijo: “Ponete la camisa, y después vas con Chalillo, el encargado de comprar en el pueblo. Le decís que te consiga un arnés, ya deberías usarlo. Le llamaban así a los *brassieres*. Como siempre le decían la niña, y la integraban a las tareas igual que a los combatientes adultos, entonces ella pensaba que seguía siendo una niña.

Cecilia en realidad había crecido y no se había dado cuenta, o sea que para ella era normal estar como andaba. Los combatientes descubrieron algo que ella ni lo percibió, y no por morbosidad, sino que simplemente se sorprendieron porque ella tenía la ropa mojada pegada a su cuerpo. A Cecilia le gustaba ser un combatiente más, que la tomaran en cuenta, que no anduvieran diciendo que porque estaba pequeña o que era una niña, no, sino que le gustaba que la integraran a todas las tareas como cualquier otro guerrillero.

Cecilia llegó donde Chalillo y le pidió el favor de que le comprara un *brassier*, él le preguntó: “¿Qué número?” Le contestó: “No tengo idea, jamás he comprado uno”. Él en son de broma le dijo: “Me vas a dejar que tome la medida.” Cecilia le dijo: “Si quieres, si tenés valor hacelo”, retándolo, y como ya estaba viejito sólo se tiró una carcajada porque en realidad él estaba molestando. Siempre que había oportunidad de hacer una broma la hacían porque andaban todos con la tensión de cuidarse del enemigo, eran bromas sanas; por otra parte, fue algo que la hizo despertar y darse cuenta de que en realidad había dejado de ser una niña y que era una jovencita, en cuanto a su cuerpo.

4.10. Llegando a Chalatenango

Después de que cruzamos el lago Suchitlán y llegamos al caserío, cantón Alto, en Chalatenango, del otro lado del Cerrón Grande, me parecía mentira que tenía ante mí todos aquellos cerros que yo había contemplado desde el cerro de Guazapa. Desde lejos veíamos aquellas alturas cuando bombardeaban los aviones y salían columnas de humo.

Chalatenango se caracteriza por tener muchas alturas, sólo para el lado de Nueva Concepción buscando hacia la Troncal del Norte, tiene planicies, pero de ahí todo es accidentado y existen partes altas como El Eramón y El Común, Izotalío. Cuando empezamos a subir ya había más vegetación en las alturas y hacía mucho frío en esa época del año, acampamos en La Laguna. Éramos todo el destacamento de Guazapa.

Al día siguiente llegamos hasta el lado de Los Naranjos, abajo de la Montañona, cerca de Las Vueltas y de El Júcaro, ahí acampamos. Me empecé a enterar que se estaba haciendo una concentración de fuerzas guerrilleras, habíamos llegado nosotros de Guazapa, también unidades del paracentral de allá de San Vicente y las locales de ahí de Chalatenango.

Una campaña militar iba a empezar para desalojar a la Fuerza Armada de todos los pueblos que estaban cerca de las posiciones que se mantenían en Chalatenango, como San Ignacio, La Palma, La Reina, Tejutla, Dulce Nombre, Ojo de Agua. Todos esos pueblitos tenían efectivos de la Fuerza Armada, y la idea era limpiar de militares esos lugares para ampliar el territorio y poner más control sobre esa zona. A mí me gustaba andar con las unidades operativas.

Cuando llegué ahí estaba Bernardo Torres en calidad de comandante, máximo jefe en ese momento, porque el comandante Dimas Rodríguez andaba fuera del país. Estaba Douglas Santamaría como jefe del frente Norte, Apolinario Serrano, que era del área de Chalatenango; conocí compañeros con los que solamente por radio había tenido contacto, por ejemplo a Alba, Ángel, Crisanto, y a Adelfa. Ellos fueron a decirle a Bernardo que yo trabajaba en comunicaciones y que había llegado con el destacamento.

Bernardo me sacó del destacamento y me llevó al mando donde él andaba y desde ahí yo me desligué del destacamento de Guazapa, sólo los veía en las concentraciones para las acciones militares. A partir de ahí me correspondió andar con el mando táctico. Toda esta campaña que aconteció en enero, febrero, y marzo de 1983, con el

comandante Bernardo Torres que era el que se quedaba afuera de la operación principal y que estuvo dirigiendo todo el operativo militar, las contenciones, el asalto principal, etc., desde ahí se controlaban las comunicaciones.

En esta época ya se tenían radios operativos, los *wokitokis* que servían de comunicación entre las unidades y se ponía un radio base de la banda de dos metros, para la comunicación entre las unidades. Aquí ya se trataba de elaborar claves operativas para comunicarse en el momento de la acción, para hacer la coordinación entre un grupo y otro, entre una unidad y otra, o sea ya era más avanzado.

El FMLN tenía más armas, la mayoría de combatientes ya andaban uniformados y con suficiente armamento, tanto fusilería como armas de apoyo; estamos hablando de M60, ametralladoras 30, lanzagranadas y RPG7, ya era otro poder de fuego.

A todos los combatientes les cambiaron las armas pesadas por armas de asalto, así se consideraban los M16 y los AR15 porque eran más livianos que el FAL y el G3, estas armas eran más operativas ya con una visión de ejército regular guerrillero, para poder enfrentar a la Fuerza Armada.

Nosotros necesitábamos ponernos a la altura de la Fuerza Armada, por lo menos a escala de fuego, aunque era difícil porque ellos siempre contaban con artillería y aviación, que no teníamos.

4.11. Asalto a la hacienda San Francisco

El destacamento de las Unidades de Vanguardia de la zona de Guazapa habían trabajado la operación de asalto a la posición militar que se encontraba en la hacienda San Francisco o ingenio San Francisco, aproximadamente en noviembre de 1982, era zona de cañaverales; ahí había fuerte presencia de paramilitares y soldados, el destacamento guerrillero lo constituíamos noventa combatientes. Yo apenas tenía 15 años de edad, habíamos preparado suficiente explosivo, granadas de mano y todo lo que íbamos a utilizar.

Salimos del campamento a las dos de la tarde, caminamos por zonas controladas del FMLN de las faldas del cerro de Guazapa buscando hacia la hacienda, que estaba ubicada cerca de la Troncal del Norte, la carretera que conduce de San Salvador hacia Chalatenango, había partes donde podíamos caminar de día porque no había presencia de efectivos de la Fuerza Armada, pero el mayor trayecto lo caminábamos en la oscuridad de la noche.

En este destacamento andaba un compañero que le decían de apodo Pericón. Carmelo era su seudónimo, eran cuatro hermanos y a todos les apodaban los Pericones. Durante el camino él iba contando chistes y animándonos.

Llegamos a un cantón, no recuerdo el nombre, una zona que no estaba controlada, sino que eran bases de apoyo del FMLN, pero que tenían todavía una vida legal. Ahí

acampamos. Se le dio el plan a toda la gente, cuál era el objetivo, quiénes iban a la acción principal, quiénes a la emboscada y cómo se iba a realizar todo, ahí tuve la última comunicación, antes de llegar al operativo, con el mando de la comandancia del cerro de Guazapa, que en ese entonces era Ricardo Gutiérrez.

En la comunicación se dijo que todo estaba bien, que iba saliendo conforme al plan y que desde ese momento quedábamos 10-4 (fuera del aire) hasta que se rompiera el secreto, que era cuando se atacaba la posición. En ese momento ya se podían empezar las transmisiones, nunca se hacían comunicaciones antes de que se rompiera el secreto, para evitar delatar la acción que se iba a realizar.

En ese lugar en donde acampamos estaba la señora Abelia lavando un cusuco que había destazado y llegó el Pericón, y le dijo:

- Qué sabroso lo que está preparando. Lástima que ya no voy a alcanzar a esperar la cena.
- Pues no hay problema, en el desayuno se lo voy a tener listo.
- ¿De verdad me lo va a guardar?
- Sí, aquí se lo voy a tener. Pase ahí, yo vivo en esa casita (y la señaló, era de bajareque) ahí yo le voy a guardar su pedazo de cusuco.

A las siete de la noche reiniciamos la caminata. Nosotros íbamos al punto central y a eso de las doce de la noche comenzó el combate y era duro porque los paramilitares no se rendían. Con ellos, históricamente, siempre fue así.

Con los paramilitares siempre había que pelear hasta lo último porque ellos preferían morirse a que los hicieran prisioneros, y de repente empezamos a tener muchas bajas debido a que estaba fallando el explosivo.

Lo que sucedió fue que en la fabricación había un error, la mecha debía durar siete segundos, eran granadas como candiles que se encendía con fuego y le daban siete segundos para que se viera que encendía bien la mecha y tirarla; pero sólo estaban durando tres segundos, las granadas le explotaban literalmente en la cara a los combatientes.

Yo estaba con Fabio Montserrat, que era el jefe del destacamento, estábamos un poquito afuera de la acción porque era el mando operativo. Nos había tocado enfrente de un garitón y los compañeros que estaban adelantito de nosotros lo estaban atacando, en ese garitón había una ametralladora 30 que nos mantenía a ras del suelo, no podíamos levantarnos de ahí.

Empezaron a llegar compañeros de otras posiciones a decirle a Fabio Montserrat que tenía que retirarse, porque el explosivo que era el apoyo que llevábamos no funcionaba y que íbamos a tener muchas bajas por esa causa.

Pericón dijo: “Quién dice que las granadas no sirven. Ustedes son los inútiles que no las pueden reventar,” y agarró una: “Te lo voy a probar,” dijo. Le explicaron que estaban funcionando mal. Pericón nos dijo: “Si éstos son los que no las pueden usar, si las granadas están buenas” entonces yo me aparté y me fui al otro lado a cubrirme a un árbol que había ahí, y Fabio Montserrat, el jefe del destacamento, al verme hizo lo mismo.

Pericón encendió la granada y no le dio tiempo, le explotó en la cara y ahí empezó a quejarse a gritos y duró mucho con vida porque como eran granadas fuertes, tenían el poder casi de una granada industrial de mano. Yo no puedo describir cómo quedé porque no lo vi, estaba oscuro, sólo se vio el luzazo de la explosión y nos quedaron zumbando los oídos. Fue a unos cinco metros de distancia de nosotros.

Pericón no quiso tomar medidas de precaución y así fue como le explotó en la cara. Estaba oscuro, no podíamos encender luz, pero cuando él encendió la mecha de la granada ya sabía dónde iba a tirarla, pero no tuvo oportunidad. Del garitón vieron la luz, de ahí nos agarraron a balazos. Como a los cuarenta y cinco minutos o una hora de estar en el combate, se habían causado ya algunas bajas.

Salimos decepcionados. No se logró tomar completamente la posición militar y se hizo la retirada en la madrugada, íbamos cargando varios heridos, unos muertos y en los cañales ahí se les dio sepultura a varios de los compañeros. Ahí quedó Carmelo, mejor conocido por su apodo de Pericón, y se cargó sólo a los heridos.

Cuando volvimos al cantón donde habíamos estado fue triste cuando la señora Abelia fue a buscar a Pericón, le tenía listo su desayuno: un pedazo de cusuco asado. Ella empezó a preguntar por él y nosotros sólo nos volteábamos a ver porque estábamos desmoralizados, muy tristes por las pérdidas que habíamos tenido y no se logró completamente el objetivo.

En la mañana llegó la aviación, hicieron lo de costumbre: tirar bombas, ametrallar. Regresamos hasta el campamento. En el camino falleció otro compañero que venía herido y le dimos sepultura cerca del campamento que teníamos ahí en Palo Grande y se hizo velorio al compañero. Se gritaban consignas como:

- ¡Los compañeros caídos hasta la victoria siempre!

Se decía el nombre del compañero y se gritaba:

- ¡Hasta la victoria siempre!
- ¡El color de la sangre jamás se olvida!

Al momento de enterrarlo se cantaba la “Milonga del fusilado,” una canción que describe a un guerrillero y toda su hazaña. Se cantaba normalmente siempre cuando enterrábamos compañeros.

MILONGA DEL FUSILADO

*No me pregunten quién soy,
ni si me habían conocido,
los sueños que había querido,
crecerán aunque no estoy.
Ya no vivo, pero voy
en lo que andaba buscando,
y otros que siguen peleando,
verán nacer otras rosas,
que en el nombre de esas cosas,
todos me estarán nombrando.*

*No me recuerden la cara,
que fue mi cara de guerra,
mientras hubiera en mi tierra,
necesidad de que odiara.
En el cielo que ya aclara,
verán cómo era mi frente.
Me oyó reír poca gente,
y aunque mi risa ignorada
la hallarán en la alborada,
del día que se presiente.*

*No me pregunten la edad,
tengo los años de todos,
yo elegí entre muchos modos,
ser más viejo que mi edad.
Y los años de verdad,
son los tiros que he tirado,
nazco en cada fusilado,
y aunque el cuerpo se me muera,
tendré la edad verdadera,
del niño que he liberado.*

*Mi tumba no anden buscando,
porque no la encontrarán,
mis manos son las que van
en otras manos tirando.
Mi voz la que va gritando,*

*mi sueño el que sigue entero,
y sepan que solo muero,
si ustedes van aflojando.
Porque el que murió peleando,
Vive en cada compañero.*

Es una canción que motiva bastante. Los compañeros siempre decían que era un honor que a ellos les cantaran esa canción si morían.

Sin embargo, hubo muchos casos en donde no pudimos despedirnos del compañero caído, y que fue sepultado con la rapidez que exigía la situación de peligro, la compañera Lil Milagro Ramírez, escribió el poema “De nuestros muertos tú en primera fila”.

*Has muerto
como deben morir los hombres de conciencia
Tu cadáver anónimo
sin flores,
sin cortejos,
sin rituales,
fue cubierto en silencio por la tierra,
pero aquí no se llora...
en nosotros
la ausencia de los muertos
ha de llenarse combatiendo.⁷*

V EL PARAÍSO ARDÍA

Esta historia es contada por Narciso Palma.

5.1. El comando loco

El comando loco se formó en 1982, en todas las unidades había combatientes respetuosos, callados, también había personas hiperactivas llenas de energía y que se quisieran dar verga, y si no hay quien los lleve, quieren desertar. Yo siempre andaba

pendiente de descubrir esa calidad de compañeros, porque el loco es excelente para el combate, y aquel humildito, callado, es sobresaliente para otro tipo de trabajo, para otras misiones, pero definitivamente el que es loco es choyado.

El perfil que yo buscaba era compañeros que se parecieran a mí. Yo no le tenía miedo a nada ni a nadie, mucho menos a la muerte, indagaba sobre compas que disfrutaran y fueran felices combatiendo a la Fuerza Armada, que les gustara el peligro extremo.

El área militar desde niño fue lo que más me gustó, tuve influencias en mi infancia porque mi papá era sargento, estuvo de alta en la Guardia Nacional (GN) y en la Policía Nacional (PN), cuando lo mataron estaba de alta en la Guardia, él siempre me dijo: Aquí se vive bien, y lo miraba bien tipito, bien chivo y así quería andar yo, para hacer realidad mi sueño lo único que requería era ir al cuartel. Siempre idealicé con llegar a ser oficial, conducir en un carro con unos cinco soldados cuidándome las espaldas. Claro, eso fue antes de la guerra.

Hice un recorrido por los campamentos en búsqueda de locos y encontré entre otros a Napo loco, al negro Noé, Toño loco, por eso nos decían el pelotón de los locos, porque lo éramos, con ese pelotón salía a operar, montaba emboscaditas en la calle de Jutiapa a Tejute, y a realizar sabotajes al tendido eléctrico, y eso me ayudó mucho y a ellos le servía para aprender a defenderse del enemigo, hasta que llegué a tener a mi mando un pelotón de asalto del X21, y llevé el pelotón Uno del Destacamento Tres.

Como comando loco pasábamos de un cantón a otro. Nosotros teníamos capacidad para andar sin peroles o utensilios de cocina para preparar comida. La gente nos regalaba alimentos. En otros casos, comprábamos o aguantábamos días sin comer hasta cuando regresábamos al campamento.

Siempre les hacía hincapié de que un comando no padece de frío, calor, hambre ni de sed, así que no hay nada imposible para el comando y de esa forma nosotros nos fuimos forjando hasta que llegamos a componer una unidad fuerte y poderosa, incluso atacábamos compañías completas y siempre salíamos con éxito.

5.2 El ataque al Cuartel de la Cuarta Brigada de El Paraíso, Chalatenango

Fuimos al cuartel El Paraíso en diciembre de 1983, sabía qué compañeros estaban entrando a explorar. En ese tiempo no habían minado los alrededores ni existían otros obstáculos que nos impidiera ingresar, solamente habían colocado tela ciclón alrededor, y un patrullaje continuo con una tanqueta adentro del cuartel; en ese lapso que pasaba la tanqueta se metía uno a explorar hasta las barracas, a cada quien le tocaba una, a mí me correspondía la número cinco. Las barracas eran los dormitorios de los soldados.

Salimos del cerro Candelero buscando para el Tremedal, arriba de Dulce Nombre de María, en el Tremedal estuvimos dos días, ahí se nos dio a conocer el mapa a todos los jefes de pelotón y de escuadras. Yo tenía que entrar con mi escuadra a pasar a la

izquierda de la Alfa, era una altura que tenía el cuartel donde había una ametralladora 50. Nosotros no íbamos a entrar primero, quienes iban a ingresar directamente eran los de las Fuerzas Especiales (Fes), porque andaba en ese tiempo en el batallón X21, y éste lo que iba ir hacer era a rematar después del asalto de la Fes.

Nosotros éramos un batallón con un poco más de 300 combatientes.

Entramos y rompimos la tela metálica porque no era fácil pasar por encima, conmigo llevaba tres cargas de explosivos caseros para dinamitar los postes que sostenía la tela ciclón.

Los explosivos los poníamos colgados a la par de los postes. El peligro era inminente, pero morir para mí en un cuartel era un orgullo. En ese preciso instante los demás compañeros estaban dando el golpe de mano, nosotros permanecíamos alrededor de toda la tela metálica, pero también ya estaba el combate en los garitones.

Conectamos las cargas para abrir un boquete y que pudiera pasar la escuadra; éramos ocho, siete combatientes y el jefe de escuadra, que era yo. Me correspondió entrar por una altura de unos tres metros, era un bordo y eso no lo había visto en las exploraciones que anteriormente había realizado. Yo fui el primero en saltar, por suerte caí parado y ya les grité a los demás compañeros: ¡Tengan cuidado, ahí hay un bordo! Como yo era dócil y cipote, no me golpeaba: ¡Tírense!, les grité, ¡con cuidado!, y cuando saltaron todos les dije: ¿Estamos los ocho? Me respondieron que sí.

Salimos hacía la barraca número cinco donde me tocaba a mí, y todos los demás compas a las que le correspondía. En ese tiempo éramos bichos abusivos, hasta toparlos, a no darles a los efectivos de la Fuerza Armada mucho espacio.

Llegamos, y tomé posición en la puerta de la barraca, me dispararon a lo loco, quizás por el miedo, no me pegaron ni un solo tiro, ahí ya me hicieron retroceder un poco; pero les aventé granadas, varios soldados se habían ido a refugiar a los baños de la barraca, y les gritaba:

- ¡Ríndanse, les vamos a perdonar la vida!
- Que se rinda tu abuela, hijo de la gran puta.
- ¡Ríndanse!
- Que se rinda tu madre, pendejo.
- A pues por malas querés, Quilino.

Les llamaba Quilino por joder, por burlarme de ellos, les decía vos sos bien Quilino, que para mí era sinónimo de tonto, bruto, tarado, etc., como no se rendían, eran dundos, por eso les decía son bien Quilinos.

Llamé a un compañero y lo dejé apostado en la puerta para que estuviera disparando tiro a tiro, y como ya había ido yo a *watchar* a dónde se habían ido a esconder les fui a

poner una colmena (carga explosiva grande), aproximadamente de 40 centímetros de alto y ancho, era cuadrada.

La coloqué pegado a la pared y empecé a extender el rollo de alambre, la detonación de este explosivo suena fortísimo; todavía yo, de bondadoso, les fui a gritar que se rindieran. Me volvieron a decir que se rindiera mi madre. Entonces me llevé al compa que estaba cuidando la puerta. Véngase, le dije. ¿Qué ondas? Tiéndase, tendámonos, porque ahorita la voy a explotar.

Exploté la colmena, pensé que por ser tamaña carga iba a convertir en pedazos la pared, y lo que volaron en pedazos solo fueron las duralitas del techo, entonces sí se rindieron, ya no me dijeron que se rindiera mi madre, sino que ellos venían para afuera, y por gusto, porque solo salieron dieciséis soldados heridos, y de todas maneras se murieron de las esquirlas que les habían caído.

Nos metimos a las barracas a sacar fusiles, los que abundaban eran cañones 90, ametralladoras M60, fusilería, y como venía el 31 de diciembre, me rebusqué a ver si me hallaba unos mis diez pesos porque no teníamos pisto. A los soldados no les habían pagado, pero ya tenían el dinero en el cuartel.

Ahí estuvimos, solo nos mantuvimos pendientes hasta que aclarara. Como a las seis de la mañana se reorganizaron los soldados, nos hicieron un contraataque.

Adentro del cuartel sí tronaban los balazos, ahí jodieron al chele Clavel. Yo andaba cinco caserinas, M79, las M60 las andábamos con bastante munición y les volamos riata. Como a las nueve de la mañana me llamó Fabio Montserrat, que era el jefe del destacamento tres del batallón X21, me dijo que fuera a apoyar a Laureano.

Me fui a apoyar al compañero Laureano, lo habían dejado en una altura y los habían bombardeado los aviones, ya le habían matado un compañero y los demás estaban dundos de tantos bombazos, permanecí en las faldas del cerro, desde ahí miraba que venían los aviones a bombardear. Como a la una de la tarde me hablaron por radio para informarme que ya se habían tomado el cuartel.

Las Fuerzas Especiales ingresaron al cuartel a la una de la mañana, nosotros entramos tipo dos de la mañana a tener control ahí, más o menos de las orillas.

A la una de la tarde, ya lo teníamos controlado totalmente de ahí para allá ya era de entrar a recoger municiones, pertrechos de guerra, uniformes; les causamos aproximadamente seiscientos muertos, capturamos doscientos soldados con todo y el mando, los llevamos para Tejutla, Chalatenango, allá los entregamos a la Cruz Roja, nos retiramos; las armas las sacamos en camiones para la zona de control, a las siete de la noche todavía estábamos todos ahí, todo el batallón, nosotros sólo tuvimos veinte bajas.

A las siete de la noche se le dio fuego al polvorín, ahí sí me divertí por unos grandes bombazos abajo. Como a las siete y media nos retiramos.

El Batallón Ramón Belloso de la Fuerza Armada nos estaba rondando, nos podían hacer un anillo para que no nos saliéramos. En coordinación con el destacamento uno de Chalatenango, bueno, ahí yo iba adelante, en eso ordenaron que el destacamento uno tenía que pasar adelante, no el destacamento tres, porque nosotros íbamos bien cargados con municiones, granadas, entonces pasó adelante el destacamento uno que era del seco Palmira.

La respuesta de la Fuerza Armada ante el ataque del cuartel de El Paraíso, fue solamente bombardear con aviones A37, con esos nos estuvieron atacando.

Cuando prendió fuego el cuartel, a eso de las dos o tres de la madrugada, la comunicación de la Fuerza Armada la escuchábamos en un radio PR77. Los oficiales de la Fuerza Armada, al escuchar los bombazos y al no contestarles las comunicaciones, mandaron un helicóptero a explorar, y éste estuvo sobrevolando el cuartel y el piloto, llorando impresionado de ver el cuartel en llamas, decía que el cuartel era un caos y que estaba ardiendo, que se lo habían tomado los “terengos”, así llamaban a los guerrilleros.

Nosotros escuchamos cómo el piloto narraba lo que se veía. En ese momento no estaba tomado sino que simplemente se había atacado, pero todos estábamos ya adentro. Esas llamas que él veía era por la detonación de las cargas explosivas, que eran TNT, en la barraca donde estaban los camarotes y como tenían colchones al estallido prendían fuego inmediatamente, además habían pertrechos militares, las llamas que había eran del ataque que habían hecho los de las Fuerzas Especiales.

Formamos una columna en hilera para salir buscando el Candelero, yo iba cerca de donde estaba el cerco del Ramón Belloso, y escuché cuando el jefe de pelotón nuestro se topó con ellos y uno de los soldados preguntó:

–¿Quiénes son ustedes?

–¡Ah, nosotros somos del Destacamento Uno!, (gritaron)

–Hey, decile a mi teniente que ya hicimos contacto con el Destacamento Uno.

–Vergón.

Pero según los efectivos militares del Belloso, los guerrilleros eran miembros del Destacamento militar No. 1 de Chalatenango, pero no, era el Destacamento Uno del batallón X21 del FMLN con el que se habían topado.

Ninguno se reconoció. Los del Ramón Belloso no nos tiraron porque los compañeros se identificaron como del Destacamento Uno, y entonces le preguntaron: “Quién es tu jefe”, y les respondió que era Palmira. Ahí es donde la regó el compañero. Y los soldados se quedaron pensando: ¿Y quien es el Palmira?

Entonces, a todo eso nosotros regresamos a buscar la salida, total que los que iban a ir adelante fueron los últimos, porque nosotros buscamos otra salida y nos logramos marchar. Después de eso nos fuimos para el área de Dulce Nombre de María.

En Dulce Nombre de María estuvimos en Santa Rita, después que salimos de El Paraíso. La Fuerza Armada nos hizo un bombardeo en Santa Rita, tuvimos un recio enfrentamiento con el Ramón Belloso; nos fuimos hacia La Montañona, ahí estuvimos unos ocho días aguantando hambre y frío. Ah, sí es heladísimo. Yo no sentía tanto frío, como mi sangre la tenía completamente llena de energía, porque era un cipote, hoy sí ya puedo sentir frío (23 años después).

5.3. Ataque a Cinquera

Esta historia sucedió en abril de 1984. Con la brigada Felipe Peña Mendoza se atacó Cinquera. Nuestro objetivo era sacar al enemigo del corazón de esa población. Había trescientos cincuenta soldados en La Mesa, un cerro, habían setenta soldados y puestos militares en Santa Rita, Tejute, Jutiapa.

A mí me correspondió ir a La Mesa. En ese tiempo me sentía como si era una “chucha cuta recién parida”, porque atacaba todo lo que se me ponía por delante. Yo no respetaba trincheras o casamatas, ni que estuviera minado, a mí me valía un comino, yo iba hasta al tope.

El cerro La Mesa es un placito, por eso le llaman así, sólo donde estaba el puesto de soldados había un cerco alrededor y tenían zanjas, casamatas o tapabala.

Debajo de esa casamata dormían hasta ocho soldados. Era una casuchita. A las casamatas se va por una zanja y están construidas de madera y piedras, y tierra encima para camuflarlas.

Les lancé el granadazo y me tiré hasta quedarme como diez o quince metros de distancia, pero los compas no corrieron al mismo tiempo sino que se me quedaron bastante atrás. Los soldados me disparaban, y los balazos que tiraban los compas a los soldados pasaban rozando alás de mi cuerpo.

Me había quedado en medio del fuego, logré hallar un murito, allí me tendí, me protegía de los balazos de los soldados, pero los de los compas me pasaban por detrás. Yo les gritaba a los compas:

–Hey, compas, no tiren hombre. Avancen mejor, aquí estoy yo adelante.

Un soldado comenzó a gritarme:

–¡Ah hijueputa, y por qué si no tenés huevos de morirme te has venido a meter hasta aquí!

No le contesté. Le saqué el tiro a la cámara del G3 y le coloqué la granada y se la tiré e inmediatamente le disparé una ráfaga. Puse el fusil a un lado y luego agarré el lanzagranadas M79 para ponerle una, y de otra trinchera me lanzaron una ráfaga con un M16. Por poquito me matan.

Alcancé a disparar el M79, pero ya no vi ni dónde cayó, porque lo que hice fue encerrarme. Vi ahí una lucita entre verde, rosado y morado, y me quedé tendido. Cuando quise agarrar con mi mano derecha el G3 para volver a tirar ya no pude, sólo con la mano izquierda tenía fuerza.

En la mano tenía una herida, no sé si fue balazo que me respingó de la piedra o esquirla, me quedó sin movimiento, aguada; allí si me afligí, pero los compas ya habían llegado hasta donde yo estaba y desde ahí le empezaron a volar verga a los efectivos de la Fuerza Armada. Yo no pude, me dio sentimiento, porque todavía no había requisado, tenía unas botas nítidas, se las regalé a Sergio, el marido de la Talía.

Se las obsequié antes de salir al operativo militar porque yo de La Mesa iba a llevarme otro par de botas, y pues no, sólo llevé mi cachimbazo en el brazo, me quedé sin botas.

No requisé nada, ya no pude avanzar, llegó Jorge y me dijo:

–Hey, Narcisito, prestame el fusil.

Como pude le di el cinturón, donde llevaba las caserías, y le di el M79. Llegó el compañero que le llamábamos Mayo Sibrián, jodido de la pierna, mirá le dije:

–Aquí no andés llorando.

En el físico de la cara parecido al comandante Mayo Sibrián, como si hubiera sido hijo de él, por eso le nombrábamos así, le dije:

–Aquí hemos venido a pelear y ya nos jodieron, veamos cómo putas nos salimos.

Como pude salí en zig zag, corriendo hasta donde ya no me alcanzaran los balazos, ahí me quedé, desde ese lugar empecé a buscar apoyo con el compañero Orestes, a él también le habían pegado un balazo en la pelvis.

Nos salimos por unos barrancos a bajar a San Francisco, allí nos curaron. Ah, yo no tengo nada les dije. Bueno, y como ya iba amaneciendo caminé para el lado de la Criba, buscando el caserío la Culebrilla.

Antes de llegar, entre Culebrilla y La Criba, había un tatú. Me zampé a ese hueco y por el cachimbazo y el desvelo, me dormí. Cuando desperté en la tarde no atiné dónde

estaba, hasta que me ubiqué y me fui para Culebrilla. En la tarde llegaron los demás compas, con los sesenta soldados capturados.

A la compañera Flora la habían herido, la llevaban anestesiada, la transportaban en una lancha hacia un hospital y dio vuelta a medio lago Suchitlán, ahí murió esa compa.

Flora, en el operativo militar que se efectuó en La Mesa, a los soldados les gritaba:

–Ríndanse, les vamos a perdonar la vida.

–Ya vas a ver hideputa, ya te vamos a capturar y te vamos a coger.

Cuando los soldados fueron capturados los llevaron frente a la Iglesia en Culebrilla, ahí estábamos acampados, y Flora les dijo:

–Anoche me dijeron que me iban a coger ¿quién es? ¿Quién es el hijeputa que me quiere coger ahorita? ¿Quién es pues?

Ninguno de los soldados dijo algo. Uno de ellos hasta se orinó en los pantalones, entonces Flora mejor se fue.

Flora era una jovencita de dieciséis años de edad, era tan bonita que parecía la Virgen María, era realmente bella, ojos claros, cabello corto, colocha, tenía un cuerpo de muñeca, era una supermujer. Quizás era más valiente que la mayoría de los hombres que andábamos combatiendo, porque tenía valor de sobra. De todas las que andaban en el destacamento, esa compita se apostaba en un palo y ahí volaba verga a la par de uno, y no se ahuevaba, no enterraba la cabeza sino que veía dónde ponía la bala.

Más tarde contacté con Sergio, el amigo a quien le había regalado las botas, y no las andaba puestas. Ah, no sé si ya las había regalado o si las andaba en la mochila, pero ya no se las quise pedir. Y qué pasó y cómo estuvo le pregunté. Ah, vieras, me dijo, levantamos el bus; el bus de Jutiapa lo hicieron levantado, con una mina Margaret Thatcher, la mina era larga, tipo proyectil, medía un metro o un poco menos, tenía ese nombre por una vieja fea y mala, esas minas sólo eran para destruir tanques.

Después del conflicto armado tuve el gusto de platicar con uno de los que se transportaba en ese bus, que logró escapar herido, fue a dar a Jutiapa de regreso, pidiendo auxilio iba, él mismo me ha contado. Hoy es evangélico, para que se le borren los pecados de la gente inocente que mató, la mayoría de los que fueron guardias se han hecho evangélicos, talvez por el arrepentimiento que han tenido de haber matado niños, ancianos, mujeres indefensas, o por escudarse en la gente.

IV VIAJE HACIA CUBA

Esta historia fue relatada por Jacinto Lima.

6.1. Operativo militar en Cinquera

Cuando se organizó el operativo todas las fuerzas guerrilleras estaban en Chalatenango. Nos trasladamos para el cantón Copapayo contiguo al lago Suchitlán, y comenzaron a salir los compañeros a realizar las exploraciones. Fue a principios del año 1983.

Yo estaba herido de la mandíbula, no me dejaron ir a combatir, pero me incorporaron al mando. Después que ya se había explorado, me dijeron:

- Jacinto, vos no vas a ir.
- A la puta, si esta herida ya me sanó. El problema es que no puedo comer.
- Si nos acompañas vas a aguantar hambre, así es que no irás.
- No importa, aunque sea agua voy a tomar.
- Bueno, si tanto insistes, entonces vas a ir con el mando. Acompañarás al comandante Dimas Rodríguez y a Cerezo.
- Bueno, ellos estarán cerca del desvergue, que es lo que quiero, acepto.

Pensé: en algún momento van a necesitar alguna ayuda, ahí me voy a ofrecer. Salimos para la operación militar, íbamos acompañados con los miembros de las FAL, ellos todo el tiempo iban a Cinquera a hostigar el puesto militar que tenía ahí la Fuerza Armada. La diferencia es que esta vez íbamos a tomarlo completamente.

Participaron en el operativo seis destacamentos, o sea seiscientos guerrilleros. De las FAL solo eran cincuenta combatientes, la fuerza guerrillera del Partido Comunista eran poquitos, porque era una organización pequeña.

Acordémonos que el PC antes del conflicto armado tenía las características de una secta religiosa mística que se oponía a la lucha guerrillera y se burlaba de nosotros, nos llamaban ultraizquierdistas o locos.

Los comunistas al final se dieron cuenta de que ellos eran los equivocados, por tal razón fueron los últimos que se formaron en guerrilla en 1979. Como no tenían experiencia guerrillera, por lo general casi no combatían a la Fuerza Armada, por eso las armas siempre las mantuvieron nuevecitas y las botas siempre limpias por falta de uso, sin embargo los comunistas para hablar paja eran y son los número uno y para la conspiración no hay quién les gane.

Partimos más o menos a las tres de la mañana. A ese lugar la Fuerza Armada lo tenía minado, en las calles tenían túneles, los soldados combatían a la orilla de la calle y después se metían por bajo y aparecían en la otra orilla.

En Cinquera los pobladores colaboraban con los soldados, íbamos preparados psicológicamente a pelear hasta con la población, ingresamos a los alrededores a las cuatro de la mañana, eran las cinco y no habíamos entrado todavía.

El líder del grupo de las FAL a las cinco de la mañana comenzó a llamar por radio al comandante Cerezo y le dijo:

- Nosotros nos vamos a retirar porque ya está amaneciendo.
- No, tengan valor, manténganse, ya me han matado tres hombres y tengo seis heridos, háganle huevo, manténgase.

Como a los diez minutos volvieron a llamar y le dijeron:

- Nosotros ya nos vamos.
- No, no tengan miedo, ya va a amanecer y vamos a ver mejor.

Bajamos a acercarnos más al pueblo. De ahí me salí con el compañero Cornejo, él andaba también enfermo, tenía úlcera.

Cornejo me dijo:

- Jacinto, salgámonos. Dejemos a estos viejos y vamos a echarnos un par de tiros.
- Cachimbón, vámonos pues.

Dejamos el mando. Nos conectamos con unos compañeros y nos dijeron dónde estaban ubicados los soldados y comenzamos a entrarles a balazos. Nos tomamos la primer trinchera y de ahí llamamos al mando, el pueblo nos quedaba cerquita y fui a buscar a mis compañeros del pelotón donde yo participaba y salimos para una arboleda de mangos, ahí estaba ya el grupo donde yo pertenecía, y les pregunté:

- ¿Cómo están?
- Aquí nos están haciendo mierda.
- Ah, pues nos vamos a organizar ya, denme explosivos.

Me entregaron cuatro granadas y salimos rumbo a la trinchera. Los sacamos de la trinchera y ocho soldados salieron corriendo despavoridos.

Solo me situé detrás de un palo de mango y el compañero Cornejo se quedó al aire libre, pero rafagueando hasta que ahí quedaron los ochos soldaditos, eran unos bichos, igual que nosotros.

Tomamos la trinchera, nos faltaba sólo la comandancia, había otro compañero que se llamaba Corona, a él lo habían herido en la espalda, me dijo:

–Jacinto, qué bueno que aquí andás.

–Sí, hombre.

–Cubríme, en esa trinchera está un soldado.

–Pero Corona, vos sólo pistola andás.

–Pues sí, si con la pistola vos me cubrís y me voy a ir de arrastras y cuando venga a sentir lo tengo, para darle mecha.

–Vergón.

Comenzamos con el compañero Cornejo a disparar a la trinchera para que el soldado no sacara la cabeza. Al ratito vimos que Corona ya estaba tocando la trinchera, nos hizo señal con la mano para que paráramos el fuego, dejamos de tirar, y Corona sacó una granada y la explotó. Se tomó la trinchera.

Después nos dirigimos hacia la comandancia que tenía la Fuerza Armada en Cinqüera, y les gritamos a los efectivos que se rindieran.

Les decíamos: “Soldados ríndanse, les vamos a respetar la vida.” Callados, nadie contestó. Volvimos a gritarles, no contestaban. Entonces fuimos a poner granadas en la puerta, la abrimos.

Los soldados salieron todos polvorientos con las manos arriba. Entramos a recoger los fusiles, y le avisamos al mando de que ya estaba todo controlado, ellos llegaron: De la comandancia de los militares sacamos cajas con munición de ametralladora 50, y la ametralladora no la hallamos, el resto de la población se fue con los soldados que lograron correrse.

Varios soldados huyeron. En eso nos avisaron de que La Mesa ya había sido tomada, que Jutiapa también, que la emboscada había funcionado, los soldados venían en bus y le dieron vuelta; pero también en la operación nosotros tuvimos un aproximado de veinticinco bajas, entre muertos y heridos.

El jefe que iba dirigiendo a esos soldados que huyeron agarró a un niño de escudo para poder escapar, nosotros no podíamos dispararle en ese momento para evitar herir o matar al cipotío.

Un combatiente famoso por su puntería estaba apuntando, pero no disparaba. Llegó un momento en que vio que le podía disparar al militar y el niño no corría peligro, aprovechó ese instante y le disparó, murió y cayó junto con el niño, el niño quedó bañado en sangre y lo recogimos. Le causamos solamente diez muertos a la Fuerza Armada.

El resto que murió fueron de la Defensa Civil, que eran los sirvientes de la Fuerza Armada. Nosotros les decíamos chaneques. Por lo general, eran personas rurales, analfabetas y pobrísimas, habían hecho el servicio militar obligatorio. De esos murieron veinticinco.

Después que tomamos completamente el pueblo hicimos la retirada y nos fuimos para Copapayo. Los muertos de la Fuerza Armada y los chaneques ahí quedaron tirados, y los chanchos andaban comiéndoselos, les rajaban la cabeza a mordidas y les comían los sesos. Nosotros cuando nos retiramos fuimos a darle tierra a nuestros compañeros, hubo una parada militar para enterrar a los combatientes. Se sepultaron todos juntos en Copapayo.

La sepultura colectiva consistía en abrir una fosa, porque no íbamos a andar abriendo individual, y ahí se acomodaban para no ponerlo uno encima de otro. Por lo general, no se les ponía cruces con el nombre, fecha de nacimiento y muerte del compañero difunto, porque además, sólo los conocíamos por el seudónimo. Hay muchos lugares en el país donde están enterradas personas y sólo conocen el sitio los compañeros que participaron en la sepultura.

6.2. Un balazo en la boca

Participé en una emboscada el 9 de enero de 1983. Ese día lo recuerdo muy bien porque me volaron mis muelas, bien curioso, cuando íbamos para la operación militar en la noche, otro grupo de compañeros ya se ha ido para Tejutla y nosotros íbamos para Candelero, para abajo, eran alrededor de las ocho de la noche.

Con nosotros iba Delfinio, él me tocó la espalda y en son de broma me dijo:

–Jacinto, mirá, aquí llevo una hamaca para traerte herido.

–No jodás, cómo vas a creer que me vas a traer, eso no sucederá.

Salimos a las tres de la mañana, estábamos llegando a la calle polvosa que viene de El Paraíso para Tejutla y ahí nos quedamos. Yo no iba a la acción principal, porque fui destacado en el pelotón de reserva, íbamos a estar ahí pendientes para cuando la emboscada se realizara y salir inmediatamente a envolver a los militares, para que no se nos fueran y ahí permanecimos.

Los combatientes se ubicaron en la emboscada principal. Se consideraba que el enemigo, el mayor número de soldados, iba pasar por la calle polvosa y no por la

principal. Por tal razón mandaron solamente un pelotón a la calle principal, para la calle polvosa se mandó a un destacamento de aproximadamente noventa hombres. Yo iba de reserva.

Amaneció y nada. Se llegaron las siete de la mañana y sin novedad, no aparecía nadie. A las ocho de la mañana reventó la emboscada en la calle principal, los compañeros recuperaron armas, hasta un cañón noventa. A las nueve de la mañana dijeron vienen los soldados camino a la emboscada en la calle polvosa y comenzamos a ponernos prestos. Les dije a los demás compañeros: “Pónganse las pilas, hay que tener todo el equipo listo para salir en cualquier emergencia,” y ya estábamos todos preparados.

Al rato las minas comenzaron a reventar bum, bum, bum y..., después me dijeron: Jacinto, te vas a ir por todo el río Grande a la orilla a salirles detrás, y salí. En eso me dice Echeverría: mire Jacinto, por qué no pasamos una escuadra para el otro lado del río, porque allá están los soldados. Miré y le dije: ahorita yo mando, y nos vamos a ir por donde yo ordeno. Está bien, compañero, me dijo.

Más adelante les ordené: por aquí vamos a tirarnos a romper arriba, vimos un plan y adelante había un cerco de piña y ahí ya era la calle, oímos la balacera y comenzamos a dispararles, escuchamos que los soldados se secreteaban al otro lado del piñal.

Les lanzamos granadas, y después los soldados nos arrojaron una balacera horrible. En eso llegó Glen, aquí él era el propio jefe del pelotón y yo era el segundo, y me dijo:

–Jacinto, lo que vamos a hacer es organizar bien dónde vamos a tirar las granadas y vos dirigís el asalto.

–Está bien.

Había una casita ahí y una salida, conversamos con los demás jefes de grupo y salimos, les dije: ustedes tiran granadas ahí y seguí, y oí que estaban tirando granadas y salté a la calle y le dije a otro compañero usted pásese la calle y en la otra cuneta se va y yo me voy en ésta, y le dije a Echeverría usted con su grupo crúcense la calle, se tira al otro lado y va a envolver y yo me voy a ir por la calle, está bien, me dijo, y salimos. Esos compañeros babosos a quienes les di la orden no granadearon completo ni suficiente.

No sé qué pasaría, se tiraron a la calle, yo me tiré, iba arrastrándome y no divisé a ningún soldado disparar, sólo vi que estaba la tendalada de soldados muertos, y le grité al compañero que iba a cruzarse la calle, volteé a ver para atrás y le grité que se cruzaran, en el preciso instante que yo estaba gritando me entró una bala en la boca y me salió al lado derecho de la mandíbula.

Me atravesó y en ese momento a mí se me apagaron las luces y dije: Qué rico es morir y sin movimiento de nada. Como a los cinco segundos sentí movimiento en mis

manos y pies, sí estoy vivo dije, pero cuando quise hablar ya no pude: la quijada se me había desgajado para un lado.

Volví a ver al compañero y cuando me echó un vistazo exclamó: ¡Jacinto, te jodieron!, y sólo le cabecí, diciéndole sí. Como sea tengo que hablar dije y le hablé. Te voy a cubrir y aprovechás, me gritó, entonces cuando comenzó él a disparar yo salí, pero sólo caminé diez metros y caí doblado. Volví a levantarme y salí de la calle y miré a los demás compañeros que estaban ahí, le dije a otro: Vaya, agarre posición.

Echeverría le gritaba a los soldados: ríndanse, ríndanse. Él no sabía que a mí me habían jodido. Al lugar donde me encontraba llegó Glen, y me dijo:

- Putá, te jodieron Jacinto.
- Sí, me hicieron mierda esos hijos de puta.
- La calle está tomada, andate para donde la sanitaria.
- Está bien.

La sanitaria era Amapola, una flaquita, parecía artista de cine, cuando me miró me dijo: Jacinto, te jodieron, y se desmayó de la impresión. Al momento llegó Zara (Guadalupe), que era la mujer de Glen, y me dijo: puta, hoy sí te jodieron, supongo que te duele.

Zara buscó en la mochila de Amapola, sacó unas vendas y me las puso y me inyectó para el dolor. En eso dijeron que tenían que llevarme a donde estaba el mando, ahí estaba Cerezo, y salí. Un compañero iba conmigo y me decía: Te voy a llevar en el lomo (cargado en los hombros). Nombre, si puedo caminar. Me acompañó.

Cerezo al verme me dijo: Puta, Jacinto, hoy sí te jodieron. Sí le dije, me han jodido. Iba derramando mucha sangre, me dijo: Ahí va Guido, el médico que te va a curar.

A esa hora me comenzó a doler horrible, Guido me dijo: Te voy a suturar unos vasos sanguíneos porque estás derramando mucha sangre, comencé a ultrajarlo y gritarle: hijuelagranputa, dejame que no aguanto.

Me suturó sin anestesia porque no había, se fue y me dejó. Al rato mandó a Dalia, una sanitaria, a sobarme la cabeza y a convencerme de que me dejara suturar. En eso me calmé. Al rato regresó Guido. Mirá, me dijo: No quiero que te desangrés te faltan dos vasitos no más, te los quiero suturar para que ya no desangrés. Vaya pues, le dije, y comenzó... quizás terminando estaba cuando comencé a putiarlo otra vez.

Le gritaba ya no aguanto el dolor, dejame hijueputa, no me estés jodiendo. Está bien dijo, me dejó y se fue, y me quedé con Dalia, la sanitaria, y me dijo:

- Ya estuvo, ya estuvo, Jacinto, te voy a poner una venda no más.
- Pero tengo sed, dame de tomar agua.

- No te podemos dar agua.
- Por favor, yo quiero, traeme agua.

Dalia fue a traerme agua y cuando comencé a tomar y qué iba a tomar, si toda se me salía por donde me había entrado el balazo. El cachete me quedó en un hilito, por poco es una sola boca hasta la oreja., Dalia ahí se estuvo conmigo.

Apareció otro herido igualito que yo: llegó gritando. Y cuando me miró, me dijo: Puta, Jacinto, te me adelantaste.

La emboscada en la que resulté herido fue un éxito militar. El soldado que me hirió se había rendido. Yo ya no tenía fusil. Si hubiera tenido uno lo mato. Se capturaron cuarenta efectivos militares.

A las cinco de la tarde dijeron que teníamos que irnos. Otros combatientes se fueron adelante y se tomaron el pueblito de San Francisco Morazán, y capturaron varios soldados.

El jefe dio la orden de que los prisioneros se iban a turnar para transportarme, cortaron una tranca, pusieron una hamaca y ahí me acostaron. Los soldados decían: Puta, este maistro sí pesa. Y yo con un gran dolor, y a cada rato me iban a inyectar.

En eso llegamos a Trigalito, a ese pueblito ya se lo habían tomado los compañeros, y ahí descansamos. Cuando amaneció llegaron otros guerrilleros que venían de las operaciones militares en Tejutla y dijeron: Puta, ahí nos fue bien, recuperamos todo, sólo que tenían a un jefe herido, que le decíamos el Conejo, al verme me dijo:

- Puta, Jacinto, al fin te dieron.

Violeta era la novia que tenía, cuando se dio cuenta que estaba herido llegó a visitarme y dijo:

- Puta, Jacinto, te jodieron bien.
- Son gajes del oficio, esto no es nada, peor es la muerte.
- Pero por poco.
- La hierba mala no muere, además a mí Dios me quiere.
- Bueno, la hierba mala donde quiera se reproduce, pero vos no sos malo y la vida no retoña.

De ahí nos trasladaron para El Candelero, es una altura horrible. Que pura mierda es que lo vayan cargando a uno cabeza abajo. Puta, qué dolor, la sangre se le viene para la cabeza. Puta, es un dolor hijueputa, ¿Por qué no me cambian de posición? Hasta que al fin lo hicieron, me comencé a sentir bien.

Un soldado de los que se habían hecho prisioneros me dijo: usted cree que no pesa maestro. No podía decir nada, estaba haciendo un frío horrible y un viento terrible y ya no aguantaba, temblaba y titiritaba, estaba más helado que un muerto, me metieron a un tatú, ahí ya se me calmó el frío.

Al día siguiente llegaron un montón de mujeres y me llevaron al hospital que había en el cerro El Común.

Las mujeres comenzaron a hacerme la primer curada, sin anestesia con un cepillo a limpiar la carne viva, sólo me agarraron las manos, la bala me atravesó y rompió el hueso de la mandíbula y me voló todas las muelas, me limpiaron hasta que me quedó la carne roja como la sangre, fue doloroso.

En eso llegó Violeta, mi novia, y me dijo:

- Jacinto, ya no vamos a seguir de novios porque has quedado muy feo.
- Bueno, nunca fui bonito. Está bien, seguí tu camino y yo el mío.
- Violeta no se dio cuenta que sentí un golpe horrible. Me consideré en ese preciso momento más solo que el Cipitío en el día de las madres, entonces dije: Puta, hoy así como he quedado ninguna mujer va a querer estar conmigo, he quedado horrible, pero poco después ya no le puse mucha importancia.

En eso apareció el comandante Dimas por ahí, y me dijo:

- Jacinto, te jodieron, pero no te preocupés, vos estás dentro del programa de lisiados y heridos de guerra que van a ir a recuperarse a Cuba.
- Yo no quiero salir.
- Pero vas a ir. La comandancia te manda, te has ganado ese privilegio.
- Bueno, está bien.

Después me transportaron en una hamaca del cerro El Común hasta el pueblo Las Flores, en Chalatenango, en la noche salimos, esta vez no eran los soldados sino los compañeros los que me llevaban, pero por ahí por Los Prados me botaron y me fui rodando hacia abajo. Puta qué dolor horrible sentí, hasta grité.

El compañero Margaritón dijo: Puta, pendejos, cómo fue que lo botaron, y fueron a recogerme. Margaritó me dijo de aquí para allá yo te voy a cargar, me inyectaron, y salimos hasta llegar a La Laguna, ahí me dijo:

- Puta, te vengo cargando una gran distancia.
- Está vergón.
- Vamos a buscar un carro, para llevarte hacia El Zapotal (otro pueblito).

Salimos en carro, pasamos por Vainilla, Carrizal, El Tablón y Ojo de Agua, hasta llegar a El Zapotal, allí había calle en buen estado. En ese lugar nos dejó el carro. Dos

compañeros me cargaron en la hamaca para una parte que le decíamos El Terrero, pero siempre por la calle, ahí me mandaron a buscar compañeros de El Conacaste, me fueron a recoger para llevarme al hospital que estaba en El Tamarindo.

Llegamos al hospital, ya ahí no aguanté. No soporté el mal olor de la herida. Tenía un tufo a pudrición, a animal muerto, como por dentro estaba bien jodido. Me daban hasta ganas de vomitar. Y me curaron otra vez y me quitaron todo y luego pedí un espejo para ver mi cara, no me lo quisieron dar. En la mejilla había un hueco por donde me veía la lengua. Sólo me toqué el orificio para tener una idea de las dimensiones. Puta, era un buen hueco. Y dije: A saber si así me va a quedar. La bala que me entró fue de G3.

El compa Corona llegó a ese lugar y nos pusieron a la par las camas, él iba herido de la espalda, lo terrible era cuando llegaban los parientes a visitar a sus heridos, y yo como no tenía familia, nadie me llegaba a ver, y sólo oía los comentarios: “Ese compañero está grave, le hiede la herida”. Se referían a mí. Al oír eso me ponía mal. Puta, decía, estoy jodido.

Como a los cuatro días me operaron, y me dejaron un buen rato destapado y me cagó una mosca, no se fijaron y así me suturaron por fuera, en eso llegó un mentado Lauro que era médico de nacionalidad mexicana, me preguntó:

–¿Ya te operaron?

–Sí.

–Abrí la boca. Ummm, hijos de puta, te han operado mal.

–¿Por qué?

–Te han dejado todas las queresas adentro.

–Es decir, me dejaron las larvas de gusanos.

–Así es, y te voy a rajar de nuevo, si no te vas a engusar.

–Puta, ¡operarme otra vez!, ya parezco de los cadáveres que tienen en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, que los abren una y otra vez.

Me volvieron a operar, me metió la aguja del final de la boca hasta más o menos cerca de la oreja, regaron el líquido de la anestesia y ya sentí que no había dolor. Me rajaron y extrajeron las queresas que había puesto la mosca y me cerraron, y esta vez por dentro.

Lauro dijo:

–Puta, ese médico es chambón, hoy sí ya quedaste bien, por lo menos ya no se te va a volver a rajar.

Pero siempre me dejaban el hueco, ese tenía que cerrar pegado al hueso de la mandíbula, tenía que cerrar el solo, entonces sólo cerraron una parte para que por ahí saliera la pus.

Cada vez que iba a ingerir alimentos tenía problemas, cuando me llamaban a comer me afligía porque tenía que mover la mandíbula y me dolía tanto, me dijeron: hay viene la comida, le decía a Corona: cométela vos. Nombre, me dijo, tienes que comer. Y me daban los frijoles molidos, todo era molido, y después de comer había que lavarme y ya veía que un poco de frijoles salía por la mandíbula.

Todos los días me curaban, cada vez que comía. Ya había conseguido un espejo y me veía el hueco. En eso llegó un correo, ya quizás tenía como quince días de estar ahí. Te mandaron una nota me dijo. La leí, chis, me la envió Violeta, mi novia, diciéndome: Jacinto, no vamos a seguir de novios porque has quedado muy feo, otra vez. Y se la enseñé al Corona y expresó:

- Que hijelagranputa, si fuera mi mujer, la mato.
- ¿Cómo creés que me siento? Nunca más voy a tener otra mujer.
- Vos no le pongás importancia, tranquilo.

La mandíbula, casi me cerraba, ya no podía meter el dedo, cachimbón, ya va a cerrar. Al hospital llegaban visitas y llevaban jocotes, mangos. Yo con unas grandes ganas de comer, y no podía ingerir nada. En eso me llevaron un poquito de jocotes maduros, me los comí y se me zampó una semilla en la garganta y no me la pude sacar, me la tragué. Al Corona le dije:

- Me tragué la semilla, cabrón.
- Ya te llevó putas, hoy te va a nacer un palo.

Al tiempo me dijeron, tiene que moverse para el Tequeque, un caserío lejos, me habían preparado una mula para que me fuera montado en ella. Salimos como a la una de la tarde, a las siete de la noche iba llegando a Tequeque, siempre íbamos juntos con Corona y nos acomodaron allá.

Nos llegaban a levantar todos los días: hey te toca la leche; yo creí la primera vez que me lo dijeron que era leche de vaca, ¡qué putas, era la inyección de penicilina que parece leche condensada! Puta, un dolor hijueputa todas las madrugadas y en la tarde también: un dolor horrible.

El comandante Dimas Rodríguez llegó y me dijo:

- Jacinto, vas a tener que salir para Cuba dentro de poco.
- No, yo ya no quiero salir, yo ya estoy bien.

El hoyito de la mandíbula ya se había cerrado, pero por dentro no soportaba el mal olor. Cuando tenía el mes completito llegó Lilo, otro compañero que habían jodido también de la mandíbula, con él nos habíamos hecho grandes cheradas y salíamos a vagar.

Lilo y yo, una vez partimos para el lado de Los Amates, un caserío cerca del río Sumpul y por ahí estaba Jara, un señor poblador, que tenía una sandillera, y Amaranta, la señora de él, estaba haciendo una sopa de pescado, pero fuimos a la sandillera primero y hallé a Jara y me dijo:

- Jacinto, vení y escogé cuál sandía te gusta.
- Vaya pues (busqué una grandota).

Lilo me preguntó:

- ¿Crees que la comemos?
- Sí hombre, la partimos.

Cómo no podía comer bien, sólo raspadito para arriba, todo me mojaba y el otro compañero raspaba, pero para abajo, nos comimos la sandía.

Terminamos bien bañados de jugo de sandía, me dijo Jara:

- Puta, la mitad botaron, partan otra.
- No, ya no aguanto.
- Se van para la casa, allá está Amaranta y les tiene una sopa de pescado de tilapia.
- Puta, pero voy lleno.
- No importa, no se cómo le van a hacer, pero tienen que comer.

Llegamos a la casa de Jara como a las seis de la tarde, la señora Amaranta no dijo:

- Coman, ahí está ya la sopa servida.
- Muchas gracias, señora. Nos pusimos a comer.

En la casa de Jara y Amaranta dormimos. En la mañana, Amaranta era tan buena gente, que nos preparó una pupusa para cada uno. Como a las siete de la mañana salimos para el hospital, y cuando pasamos por Santa Anita nos acostamos un rato. Yo me dormí profundamente, despertamos como a las diez, nos comimos la pupusa y salimos.

Como a las seis de la tarde íbamos llegando al hospital. Estaba cerquita, pero íbamos despacio. Lilo me dijo:

- Hoy sí has vagado bastante.
- Sí, ya me siento bien. Creo que ya me voy ir yendo del hospital.
- No, hasta que te den el alta.
- No jodás, Lilo, yo anochezco, pero no amanezco.

Al día siguiente me fui al carajo, deserté del hospital. Llegué al campamento como a los dos días y encontré al comandante Dimas y me dijo:

- Bueno, ¿ya te dieron el alta?
- No, yo me vine porque ya no soporto el tedio por no hacer nada, quiero ir a pelear.
- Vos no podés salir, está en trámite tu viaje y recuperación, vas para Cuba.
- Yo no quiero salir.
- Pero lo vas a hacer, y mejor, allá te van a curar bien, te van a operar y dejar nítido.
- Sí, pero yo no quiero ir.
- Pues el viaje ya está.
- Si ya estoy bien.
- Mirá no podés comer y cómo vas a andar ahí en las unidades y sólo vas a ver que coman.
- No, si de alguna forma voy a vivir, aunque sea lechita voy a tomar.

En esos momentos estaban preparando un operativo militar para tomarse El Limón, era un puesto militar que había que darle. No tengo que operarme, dije yo, tengo que desquitarme esto que me han hecho.

Luego fui donde Dimas y le dije:

- Quiero participar o me voy a matar aquí mismo.
- Te voy a conseguir un fusil y vas a ir, pero como apoyo a Cornejo (un jefe de pelotón) vos sabés mucho y le vas a ayudar en algo.

El compañero que estaba jodido anteriormente que tenía úlcera, se había hecho cargo del pelotón donde yo estaba antes, e iba de contención al lado de Chalatenango, con él me mandaron, vos vas a andar con él me dijeron, ¡bah!, está bien, y salimos para la operación, tranquilo, llegamos al lugar donde iba a estar la contención por el lado de Upatoro y como a las tres de la mañana estaban dándole ya al Limón, y ahí todos esperando escondidos.

Al nomás amanecer allá todavía seguían peleando y donde estábamos nosotros no, fui a la línea de fuego donde los compañeros, y me preguntaron: ¿y van a pasar por aquí? Sí hombre si ya van a pasar, van a ver, y les repartí cigarros a cada uno, cuando eso dijeron ¡ya vienen los soldados!, y comenzaron a pelear por un lado y después toda la línea de fuego en pleno combate.

En eso un compañero novato, me dijo: mire allá vienen. Sí hombre, aquí les vamos a hacer un montón de bajas. Tenemos un cerco de piedras, que de ahí no los vamos a dejar pasar. Estábamos conversando cuando uhm, le dan a ese compañero un balazo en la cabeza; miro que ha caído, puta dije, lo jalé un poquito y comencé a ver. Ah, si ya venían cerquita y entablaron el combate allí, y comenzaron a tirar granadas.

Dejé la posición y saqué más al compañero y apareció Cornejo y me dijo: ¿Qué pasó? Ah, que jodieron a este, y el compañero no hablaba nada, quedó directo. Uim,

mirá me dice llevátelo en el lomo (en los hombros) y vamos a combatir. Lo saqué hasta donde ya no habían balas, ahí lo dejé con la sanitaria y regresé.

Cornejo me dijo:

–Jacinto, ya me dieron la retirada y me ordenaron que nos váyamos, El Limón ya se lo tomaron y los combatientes ya se retiraron.

–¡Ah, bueno!

–Jacinto, y al compañero ¿dónde lo dejaste?

–Ahí lo tengo. Salgamos a buscarlo y nos marchamos con él.

El compañero iba vivo, todavía consciente; pero ha quedado del pie izquierdo tieso y la mano derecha tampoco la movía. Pues en eso, llegamos a Concepción Quezaltepeque, nos reunimos todos y de ese lugar salimos.

6.3. Viaje hacia La Habana

Llegamos al campamento, se me acercó el comandante Dimas y me dijo:

–Tenemos que hablar en serio, vos tenés que salir para Cuba; de Managua vas a salir para La Habana, allá te vas a preparar militarmente. Después que te hallan curado vas a tener que pasar a una escuela militar.

–Está bien.

En eso que me dijeron, ya vamos para fuera, salimos para Copapayo de ahí buscando para Guazapa, iba un montón de fuerza guerrillera, y la vaina era que le iban a dar a Tenancingo. Yo pregunté:

–¿Y todos estos combatientes, no creo que sólo por dejarme a mí vienen, los tres destacamentos, estos algo van a hacer?

–Vamos a darle a Tenancingo.

–Si así es, me quedo. Tengo que participar en ese operativo militar.

–No, vos vas para fuera.

–Por favor, aunque sea la última, a saber cuándo voy a volver.

–No vos ya no podés pelear, y que tal si te hieren.

–Pues sí, me pueden matar, pero herirme ya no. Yo quiero quedarme, aunque sea la última.

–Bueno, vas a participar, pero en el mando.

Cornejo también andaba enfermo, siempre por su misma úlcera, llegó al mando también; en un estanque de Tenancingo, en ese lugar iba a estar el puesto de mando, está cerquita, llevaron suficientes explosivos y munición de reserva, llegamos ahí tranquilos, y le dije a Cornejo:

- Tenemos que estar listos para cuando quieran algún refuerzo, ofrezcámonos para ir.
–Vergón.

Como a la hora de estar combatiendo llegaron a decir que necesitan una carga explosiva y munición para ponérsela a la comandancia que tenía ahí la Fuerza Armada, a Cerezo le dije:

- Hey, yo voy a dejarla.
–¿Vos?
–Sí.
–No, vos no podés ir.
–Si hombre y quién más va a ir. Yo la puedo poner también y me puede ayudar Cornejo.
–Vaya pues, vayan los dos.

Yo llevé la carga y Cornejo, la munición. En tal parte los van a estar esperando, nos dijo Cerezo. Cachimbón, le dije. Llegamos, y cabal, querían la carga sólo para ponérsela a la comandancia. Mirá, le dije, yo voy a ir a ponerla. No, vos no vas. Pues cómo no, la voy a ir a poner. Ustedes sólo cubren y yo pongo esta carga. Y me fui a colocarla. Desde que se produjo la detonación comenzó la balacera, nos tomamos la comandancia y todo quedó controlado.

Amaneció tranquilo y un montón de soldados habían quedado muertos y otros heridos. Magnolio Arce, otro comandante, formó la tropa nuestra en el parque y yo no fui a formar. Con Cornejo nos fuimos a andar revisando las casas. Después aquel se fue por un lado y yo por otro.

En eso oigo que iba el tropel y eran dos guardias. Salieron a la calle y desde que los vi ¡chass!, y disparé una ráfaga y les pegué; uno se murió inmediatamente y el otro quedó disparando herido del brazo, y yo tendido en la calle y no me podía pegar el baboso, se le acabó la munición, quitó el cargador y puso otro, no tenía tiros, dijo a sacar otro, tampoco tenía.

En lo que se dio vuelta, yo me levanté, corrí y voy a patearle el fusil y le dije: si volvés a cargar te morís. Es mi defensa, me dijo el baboso. Pues ahí le di un balazo, y a todo esto la tropa estaba formada.

Magnolio estaba echándose un discurso cuando aparecí yo con dos fusiles y le dije a Magnolio, mire estos últimos se los quité a dos guardias. Yo lo que pienso es que deje la formación y que se registren todas las casas. Está bien, me dijo.

Encontré un tanque de agua en una casa, vi que sacó la cabeza un baboso, era segunda planta, fui a ver y observé burbujitas que salían. Ve, dije, aquí alguien está adentro. Al rato miré que iba saliendo un baboso, y le hablé cuando sacó la cabeza a

respirar: ¡Hey, bum!, se volvió a meter. Cuando salga yo no le voy a hablar sino que lo voy a agarrar del pelo.

Al rato venía otra vez para fuera, ajá, le dije, sacá el fusil que tenés ahí adentro y no te voy a matar, sácalo, lo entregás y ya. Se metió el baboso, lo sacó. Y el equipo que tenés allá adentro también, lo extrajo, cuando salió lo amarré, y había que bajar.

El soldado me imploró:

–No me vaya a matar, por favorcito, fui reclutado a la fuerza y si me negaba a hacer el servicio militar me hubieran matado. Estoy en la Fuerza Armada en contra de mi voluntad.

–No te voy a matar.

–No me amarre, porque sino a saber cómo voy a hacer para bajar.

–Yo no sé cómo, pero te voy a amarrar.

–No me amarre, hasta que me baje y yo le voy a entregar dos fusiles más.

–Ajá ¿y dónde están?

–Allá hay dos guardias en el tabanco de esa casa, ahí están escondidos.

–¡Ah, no hombre!, pero de todos modos te voy a amarrar. Sólo bajas de aquí una pared, no más. De ahí hay un muro, ese te lo vas a tirar ya amarrado (y se tiró ¡chass!) ¿En cuál casa están?

–Ahí están (me señaló el lugar y comencé a gritarles).

–¡Yo sé que ahí están!, ¡ríndanse!, dejen los fusiles ahí y si no, voy a mandar un soldado de ustedes para que se los entreguen, él va amarrado (no quisieron, pero sí, contestaron)

–Nos rendimos, pero no nos vayan a matar.

–No los voy a matar, dejen los fusiles (ahí los dejaron y se bajaron, los amarré) ¿Cuántos más hay ahí adentro?

–No, sólo dos somos.

Subí a ver, sólo los dos estaban y habían dejado los G3, los bajé, abrí una puerta y a la orilla de la calle llegaron unos compañeros. Miren aquí está esto recuperado. ¿Cuántos han hallado ustedes?, y los recogimos. Los demás fueron a formar de vuelta. Ahí dormimos tranquilos.

Al día siguiente salimos y me dijo el comandante Dimas: hoy salís. Ah sí, le dije, quién me va a ir a dejar. Hay una escuadra que te va a ir a dejar me dijo. Cachimbón. Me fueron a dejar a Guazapa, pero también ahí iban todas las unidades, ahí estuve en Guazapa como cuatro días. Algo pasó, habían llegado todos. Puta, dije yo, estos algo más van a hacer, y le pregunté a Dimas. No me quiso decir: Vos ya vas de un solo para afuera, me dijo. Vaya pues. Me fue a dejar al lado de Chapín, en el volcán de San Salvador.

En Chapín estuve cuatro días en el monte. Ahí no había campamento sino que andaba de arriba para abajo, porque era bien peligroso, salió una escuadra más y me

dijo: mirá a vos te vamos a ir a dejar ya a un lugar donde te van a ir a recoger. Salí como a las ocho de la mañana, llegó un compañero en un *pick-up* y andaba un caballo en él, y llegó por casualidad Oliverio Nogal, un abogado, él llegó a recogerme, yo no lo conocía.

Oliverio me llevó a un lugar, y antes de irse me dijo:

–Aquí te voy a dejar por si acaso te preguntan, yo soy dueño de una finca de Santa Ana.

–¡Ah, no hombre!

–Sí, por si algo te pregunta esa señora, ella me conoce por doctor y que tengo una finca.

Se fue, y ahí almorcé y después la señora me preguntó:

–¿Y cuándo van a ir a la finca?

–Ah, yo creo que mañana.

–Le voy a decir al doctor que me traiga unos plátanos, ¿irá a venir?

–Sí, creo que va a venir a traerme.

Oliverio llegó como a las tres; salimos a pie. Te voy a entregar con otro compañero, me dijo. Así que nos fuimos. Yo no sé dónde diablos me llevó, pero en una tienda ahí había un mentado Romerón.

6.3.1. Cambio de identidad

Oliverio le dio un paquete y le dijo: Va a ir mi hermano con vos. Y salimos de ahí en un carro hacia San Salvador, con destino a una casa de seguridad. Una señora que vivía ahí, me dijo: Vas a estar un día aquí, después te vamos a llevar a otro lugar. Entré con los ojos cerrados y salí de la misma manera.

Me condujeron para Ciudad Delgado, ahí estuve cuatro meses, luego me llevaron al hospital, me dijeron:

–Con el médico que vas a pasar consulta es camarada, él trabaja con nosotros. Tenés que decirle desde cuándo estás herido, es posible que te haga la operación aquí, pero si es complicado se te realizará en el extranjero.

Llegué al consultorio del médico, y me dijo:

–Aquí sólo son cuatro paredes, no hay nada que temer. Explícame lo que tienes.

–Tengo quebrada la mandíbula, hay unos huesos que me molestan, el dolor es fuerte.

–Se te puede hacer la operación en el hospital Militar. Yo te la haría, pero a saber si los compañeros estarán de acuerdo, es complicado porque ahí vas a ver sólo militares.

–Bueno, yo les voy a informar a los compañeros a ver qué dicen.

A los cuatro días llegaron los compas con un pasaporte, una cédula y me dijeron:

–Aquí está tu pasaporte y mañana salís para Nicaragua; primero para Guatemala y desde ahí vas a abordar un avión con destino a Nicaragua.

–Putá, ¿y cómo me llamo?

–Te llamas Quino Cortez Recino, tenés que aprendértelo de memoria y la firma también.

–¡Pero si yo no sé escribir!

–¿No sabés nada?

–¡Ni leer puedo!

–Pues yo no sé cómo vas a hacer, pero tenés que ponerte a escribir hasta hacer bien tu firma.

–¿Y mañana salgo?

–Sí, temprano, a las seis de la mañana te recogeré y a las siete tendremos que estar en la terminal abordando el bus.

No dormí toda la noche haciendo la firma y aprendiéndome el nombre. Puta, y si me preguntan: ¿Cómo te llamás? Tengo que decirlo correcto, si no me llevará la legión de putas. A buena mañana llegaron a recogerme:

–¿Estás listo?

–Sí.

–¿Cómo te llamás?

–Quino.

–No, decime el nombre completo.

–Mi nombre es Quino Cortez Recino.

–¡Así se contesta! ¿Cómo decís que te llamás?

–Quino Cortez Recino.

–¿Y podés firmar?

–Sí, creo que sí.

–No, nada de que creo, ¿Podés firmar?

–Sí.

–Firmá aquí.

–Mirá cómo firmo para que te convenzás.

–Está cabal. No tendrás problemas.

Salimos en el bus, cerca de la frontera de Las Chinamas, había un retén militar, nos pararon y un oficial dijo: abajo todos, y dije yo: puta aquí me van a preguntar cómo me llamo, y cabal a todos nos bajaron, topados al bus con las manos hacia arriba, y un soldado me preguntó:

- ¿Tu pasaporte?
- Tome, aquí está.
- ¿Cómo te llamás?
- Quino Cortez Recino.
- ¿Cuál es el número de pasaporte?
- Pues fíjese que no se qué número tiene, no me lo he aprendido.
- Siempre hay que fijarse en los números o ¿es falso?
- Yo no sé señor si es falso, yo lo he sacado de Migración. No creo que en Migración falsifiquen esto.
- Está bien.
- ¿Señor, ya estuvo?
- ¿Por qué?
- Me estoy orinando.
- Ah, vaya a hacer por ahí.

Salí y miré reguera de soldados. Se me quitaron las ganas de... y me fui a subir al bus. Le avisaron a todos y salimos, temprano en cinco minutos aproximadamente estaba ya en la frontera. Fui a hacer cola para, entregar los pasaportes.

En mi pasaporte decía que era originario de Tecoluca, San Vicente, cuando pasé sólo por eso me detuvieron y el agente de migración me preguntó:

- ¿Y este pasaporte es de Tecoluca?, San Vicente, zona conflictiva?
- Señor, no sé.
- ¿Cómo que no sabe si de ahí viene?
- Yo tenía quizás como cinco años cuando me fui para San Salvador, no sé si es conflictivo allí o qué, todo el tiempo he vivido en San Salvador.
- Bueno ¿cómo dice que se llama?
- Quino Cortez Recino.
- Ajá, firme aquí.

El agente me dio un papel y comparó la firma que hice con la del pasaporte y me dejó ir a abordar el bus. Al otro lado tenía que pasar la otra migración, la de Guatemala, ahí no tuve problema.

Romerón, antes de salir de San Salvador, me dijo:

- De aquí va a ir otro compañero con vos, pero no lo conocés, ni él a vos, cualquier cosa que pase no se conocen.
- Está bien.

Cañas era el compañero al que se refería Romerón, iba patojo. Hasta cuando llegamos a Guatemala nos hablamos para buscar el hotel donde nos íbamos a hospedar. Al día siguiente salimos a buscar el consulado donde fuimos a hacer el trámite para el viaje a Nicaragua.

El día siguiente abordamos el avión, no tuvimos inconveniente. El problema fue que el día que salimos la contra bombardeó el aeropuerto de Nicaragua y el avión no pudo aterrizar.

El avión que abordamos hizo escala en El Salvador y las aeromozas nos preguntaron: señores que van para Nicaragua no se puede aterrizar en Managua, dónde prefieren que los dejemos ¿en Costa Rica o en Panamá? Todos respondimos Costa Rica y éramos bastantes los que íbamos hacia Nicaragua.

El personal de la aerolínea dijo: Vamos a consultar. Los ticos no nos quisieron recibir, Panamá tampoco. Entonces el capitán de vuelo dijo, como ningún país los quiere albergar se van a quedar aquí en El Salvador. Puta, nos bajamos en el aeropuerto.

En el aeropuerto de Comalapa nos dieron un *ticket* para pedir la comida. Cachimbón. Como diez a las doce el otro compañero me preguntó:

–¿Nos conocemos? Yo voy a realizar los movimientos que vos hagás.

–Está bien, cachimbón.

A la hora, como diez para las doce salí para el restaurante al que fui a almorzar y cuando estaba ingiriendo los alimentos, llegó ahí un baboso a sentarse cerca y no dejaba de mirarme, puta, dije yo, quizás soy sospechoso o me conoce. Comí y me quité de ahí, salí para abajo buscando donde hay unas tiendas, fingí como si iba a comprar un radio, entré a una para ver los precios de los radios y el baboso ahí se quedó en la vitrina viéndome. Salí, me fui a sentar a la sala de espera y él se fue a sentar enfrente a seguirme viendo. Puta, dije, hoy ya me llevó la legión de putas, aquí me van a capturar.

Me bajé para el área donde estaban los teléfonos públicos y vi dos guardias que estaban ahí. ¡Putah!, y yo tengo un hermano que estaba en la Guardia. Y lo miré, ahí estaba el cabrón, uimm, hijueputa, dije, pero yo andaba lentes oscuros. Además, con la cicatriz en la cara no me podían conocer, y lo estaba viendo y me di cuenta que era mi hermano. Puta, y ahora cómo hago. Me fui y el baboso siempre me andaba vigilando, me estaba dando seguimiento.

A las cuatro de la tarde, dijeron por los parlantes del aeropuerto: “La gente que va para Nicaragua, ya viene el avión”. Ah, gracias a Dios, dije. “El avión ya aterrizó pueden arreglar sus documentos”, saqué mi pasaporte y fui a hacer cola, ya pasamos. Ah, el otro compañero llegó y me preguntó: Mirá, en cuál vas a pasar vos. Le respondí: Voy a pasar aquí, vos ándate para allá.

El baboso que andaba viendo observó esos detalles, y me llegó a preguntar:

–¿Y tus documentos?

–Aquí están.

–¿A dónde vas?

- A Nicaragua.
- ¿Vos sos salvadoreño?
- Claro que sí, tengo a mi papá que reside en Nicaragua.
- Ajá.

Me dejó y se fue para donde el otro compañero a pedirle los documentos. A él le quitó un papel. Bueno, pasamos, nos registraron la maleta y cuando estábamos en el asiento le dije:

- Hoy sí ya, ya nos fuimos.
- No cantés victoria todavía.

Cuando despegó el avión, me dijo:

- Te andaba del pelo un baboso.
- Sí hombre
- ¿Te quitó un papel del pasaporte?
- Pero quizás no tiene importancia.
- ¿Y quién sabe que nos detengan allá?
- No, hombre.

Llegamos a Nicaragua. El problema fue en Managua, pues yo no sabía qué putas se hacía cuando uno se baja de un avión. Hay que llenar un papel de desembarque. Me pidieron el papel, y ¿qué es eso? Pregunté. Me dijeron dónde había que llenarlo. Fui a agarrarlo y qué putas le voy a poner decía, si no sé escribir. En eso llegó un policía, y me preguntó:

- Ajá, señor ¿qué le pasa?, ¿en qué le puedo ayudar?
- Debo llenar este papel y no puedo escribir.
- Lo importante es que ya estás aquí hombre. ¿Cómo está la guerrilla salvadoreña?
- No sé.
- Y ese gran vergazo que traés, qué más señal.
- No, hombre, no sé nada de eso.
- Lo importante es que estás aquí, ya te lo voy a llenar, dame el pasaporte.
- Tome, aquí está.
- Vaya ya lo llené, pasá tranquilo.

Ya me junté con el otro compañero afuera del aeropuerto, y me dijo:

- Bueno, aquí nadie nos vino a recibir.
- Nos estaban esperando en la mañana, pero como el vuelo se atrasó.
- Vámonos a pie.

Nos fuimos pidiendo aventón, apareció un *pick-up* y él lo paró y lo abordamos. Llegamos a Managua. Buscamos el hotel que nos habían dicho, era muy caro, nos

cobran doscientos córdobas, no nos hospedamos ahí. Nos fuimos a meter a uno de esos donde la clientela eran prostitutas con sus clientes, entramos y saludamos.

- Buenas noches.
- Buenas noches.
- Necesitamos una pieza para descansar.
- ¿Quién es el hombre?
- A la puta, ¿qué quiere decir con esa pregunta?
- Es que aquí es sólo para prostitutas y homosexuales. Así es que cualquiera de los dos de ustedes es el hombre.
- Nosotros somos machos puros y estamos de paso, sólo necesitamos una noche de descanso.
- ¡Ah, bueno!, les vamos a conseguir un cuarto que tenga dos camas.
- ¡Cachimbón!

Nos quedamos ahí. Al día siguiente fuimos a buscar el contacto y nos encontramos a un compañero en el bus donde íbamos, Búcaro, y le pregunté:

- ¿Sabés quién nos iba a recoger?
- Voy a averiguar.
- Decile que ya llegamos.
- Les voy a decir que los vayan a buscar.

Como a las dos horas se apareció Espinoza con un mentado Mata, y nos dijo:

- Si no los vienen a traer yo regresaré a las ocho de la noche.

Así quedamos. Pero a las seis de la tarde nos recogieron y llegamos a la misma casa donde estaba Espinoza, ahí estuvimos. Como a la tercera semana me llevaron al hospital de Managua y ahí estuve yendo; me dijeron que no me podían operar, que tenía que salir para Cuba. A los quince días salimos para la Perla del Caribe, junto con Espinoza, allá nos recibieron en La Habana.

6.3.2. El tratamiento médico

Espinoza iba jodido de un ojo, tenía incrustada una esquirra; en Cuba nos fueron a recoger dos médicos al aeropuerto en un microbús y nos condujeron a un hospital. La doctora nos dijo:

- A nosotros nos ha mandado el Comité Central del Partido Comunista de Cuba a recogerlos compañeros guerrilleros y darles la bienvenida. Fidel Castro nos ha delegado para dejarlos sanos.

A mí me examinó la doctora, a Espinoza el doctor; yo creí que nos iban a llevar a alguna casa primero.

Cuando estábamos internados en el hospital todos los días nos llevaban el menú para que escogiéramos lo que deseáramos, una atención cachimbona.

Tuve problemas con el tratamiento médico porque un objeto extraño que introdujeron en mi mandíbula no lo aceptaba mi cuerpo. Me pusieron una platina y como lo rechazó mi organismo tuvieron que rajarme de nuevo, quitarlo y ponerme otra cosa. Hasta que se me quedó pegado me dieron de alta y me mandaron para un hotel.

Al hotel Sevilla, ahí me mandaron, el problema era con la comida. Uno estaba acostumbrado a comer tortilla y ahí no la consumen. La primera vez que con Landaverde pedimos tortilla, llevaron unas tortas de huevo, y nos quedamos esperando que nos dieran las tortillas. Después llegó un mesero, y nos preguntó:

- Bueno, ¿por qué no han comido?
- Estamos esperando las tortillas.
- Míralas ahí chico, la torta de huevo es una tortilla.
- ¡A la puta!
- Ah, ustedes son salvadoreños, sólo en El Salvador comen tortillas.

A los días Landaverde se fue y yo ahí me quedé, había un hotelito donde estaban los demás compañeros que habían recibido tratamiento médico, iba a visitarlos, pedí que me trasladaran para ahí, me respondieron que no.

Pregunté:

- ¿Por qué no?
- Tenés que estar en este hotel hasta que te recuperés bien.
- Yo quiero estar con toda la majada allí.
- No, la orden la ha dado Dimas que vos tenés que recuperarte en este hotel.
- Bueno, está bien.

A los seis meses terminé todo mi tratamiento médico, hasta entonces me llegaron a sacar.

6.3.3. Tratamiento militar

Después me trasladaron para una escuela militar a recibir un curso de fuerzas especiales, la duración fue de nueve meses, llegaron ocho compañeros más a recibirlo, sólo guerrilleros de las FPL. Ese entrenamiento militar especializado era dirigido para dar un golpe militar de grandes magnitudes a la cuarta brigada en El Paraíso, Chalatenango, por segunda vez.

El curso de las fuerzas especiales consistía en obtener preparación militar con la finalidad de adquirir destrezas y conocimientos para atacar con éxito las bases militares

de la Fuerza Armada en grupos pequeños, de dos miembros, máximo cinco. Lo preparan a uno para poder infiltrarse a un campo militar minado, uno puede entrar a la base y conseguir salir sin que lo detecten; recibimos una preparación de cómo entrar con arma, con armamento y sin arma también, cómo entrar, atacar y salir. Nos preparamos también para hacer ataques a aeropuertos.

Nos entrenaron para infiltrarnos a un aeropuerto bien iluminado, y no ser detectado, cómo utilizar los camuflajes con pintura, y no tener temor a la luz, a uno no lo miran, uno tiene en la cabeza que de lejos lo miran por lo iluminado que está; además hay un farol que lo alumbraba y que por muy lejos que esté el objeto lo mira, pero es mentira, no lo ven, uno puede cruzarse, acercarse por lo menos hasta cincuenta metros para distinguir a una persona, lo pueden confundir con animales según el camuflaje utilizado.

El camuflaje, por ejemplo en pintura, nos hacían pasar endosados para hacer creer que era una vaca la que iba cruzando, si va calzado con zapatos que se oyera el casqueado de vaca, así nos atravesábamos todo un aeropuerto, y por mucho que alumbraban no se distinguía a cien metros, pasa inadvertido si es por ejemplo en el pavimento, se pinta uno de negro, cuando se tiende se mira un solo negro todo, y si hay grama, también; así se pone una pintura al color de la grama o de la vegetación del lugar escogido.

El camuflaje para atacar sin ser visto en el campamento donde hay árboles y maleza es con hojas, que se adhieren en la camisa, se amarran hilos en todo el cuerpo y ahí cuando a uno lo alumbran, cuando está tendido es monte lo que se mira, entonces de esa forma nos camuflamos para entrar y salir. Cuando uno se iba a pintar de negro tenía que entrar sólo en *shorts* y se utilizaba carbón para pintarse.

Lo único que vestíamos era un *short*, se llenaba de barro todo el cuerpo, eso era para no ser visto en terrenos que habían sido arados para siembra, por ejemplo en aeropuerto a los alrededores son algodóneras y hay tiempo que están arando y para acercarse ahí hay que embarrarse y arrastrarse, no lo miran a uno.

En el curso de fuerzas especiales nos dieron técnicas de:

- Cómo avanzar de forma sigilosa.
- Dónde y qué clase de camuflaje usar.
- Curso de tiro, arme y desarme con diferentes tipos de armas, para conocer en qué momento utilizar una determinada arma.
- Aprender a ubicar y observar el objetivo, identificar quién va a ser blanco del disparo.
- Conocer bien a la gente, por ejemplo en el día, quién es militar y quién no, si queremos secuestrar a alguien hay que ver quién es la persona, primero observarlo y retener las características físicas de la persona por medio de una foto, después ir a conocerlo en el día, porque puede ser que lo podemos ir a sacar de un evento. Se puede dar el caso que se terminó el evento y no lo pudimos capturar ahí y viene

caminando en medio de la gente, conocer la seguridad que lleva este hombre, a él sí lo queremos vivo, pero sin aniquilar la seguridad que lo custodia.

- Clases sobre fabricación y posición de explosivos, los tipos y clases a utilizar, si es C4 o TNT, o de manufactura casera, y uno tiene que ir a detonar el explosivo para poner en práctica lo aprendido.

Cuando de Cuba regresé a Nicaragua los compas me dejaron en Managua. A todos mis compañeros los enviaron para El Salvador, dijeron que yo iba a ser detectado en el aeropuerto de El Salvador por la cicatriz. No vas a poder entrar, en el primer retén te van a parar y ahí te vas a quedar, me decían.

Después de estar seis meses en Nicaragua, les dije a los compas superiores:

- Quiero regresar a El Salvador, ya estoy desesperado, si no me mandan me voy a ir de todas formas.
- Te vas a quedar aquí en Managua, vas a trabajar mandando armamento o sacando gente de El Salvador
- No, yo no quiero estar aquí, como sea me voy a ir.

Al darse cuenta que estaba incluso dispuesto a desertar con tal de reincorporarme a la lucha guerrillera. Me mandaron a El Salvador. Te vas a ir pero consciente de que te van a capturar en la frontera de El Salvador, te vamos a mandar por Honduras. Vas a llevar dinero para sobornar a los empleados de aduana. Está bien, pero mándenme. Y cabal, me fueron a dejar a la frontera Nicaragua-Honduras y pasé, no tuve inconvenientes en la entrada.

El problema lo tuve en El Salvador, en la frontera de El Amatillo. Traía una botella de guaro, y les iba a decir que por borracho estaba golpeado. Llegué a El Amatillo, pasé la migración de Honduras, pero en la de El Salvador estaban los guardias pidiendo documentos a todo el que ingresaba. Me pidieron el mío. La leyenda mía fue que mi nacionalidad era guatemalteca.

En Nicaragua me hicieron falsificado el pasaporte guatemalteco, me dijeron que estudiara e imitara cómo hablan los chapines y conocer algunas cosas de Guatemala, así lo había hecho por suerte, porque los guardias me dijeron: Cantá el himno de Guatemala, y comencé a entonar la primera estrofa y me equivoqué, pero ellos como no se lo sabían ni cuenta se dieron. A pues sí, sos chapín, me dijeron.

Les pedí que me fueran a dejar al lugar donde se abordaban los buses que iban con destino a San Salvador. Me llevaron. Los invité a una cerveza. Les pregunté que si querían trago que yo andaba. Yo soy borracho, les dije, por eso es que ando todo jodido con este vergazo en la cara. Aceptaron un trago cada uno y se tomaron una cerveza, y me indicaron el bus que debía abordar. Ah, y me recomendaron con el motorista, le dijeron: El muchacho no conoce dónde es San Salvador, por favor me le avisan dónde se puede bajar.

Llegué a San Salvador. En esa época acababa de cumplir diecinueve años de edad. Hacía tres años había salido de El Salvador, a la edad de dieciséis años.

6.4. Fuerzas Especiales Infantiles

En San Salvador me condujeron a un hospedaje, me recogieron a los tres días, que por cierto me parecieron más largos que los tres años que estuve fuera del país. Me compraron una lámpara y los pertrechos para ir a la zona de combate.

En ese hospedaje había una mujer que recogía a los combatientes del FMLN y se los llevaba para Chapín¹, de ahí a cuatro noches de camino llegué a Chalatenango. Me recibieron con alegría. Varios compas me dijeron:

- ¡Putá, cabrón!, por fin regresaste.
- A la gran puta. Esos tres años cabrones para mí fueron una eternidad. Salí en 1983 y regreso hasta hoy en 1986.

Llegué a donde el compa Cesario, en ese momento había un operativo militar, y le dije:

- Aquí vengo.
- Putá, qué talemón que ya venís, ahorita no te puedo atender porque hay que ordenar, hay un operativo y hay que ver qué putas se hace, después hablamos.
- ¡A la gran puta!, si yo lo único que necesito saber es dónde voy a estar ubicado y que me des un arma, para volarles verga a esos militares de mierda.
- Mirá, ahí va a andar una escuadra con vos. Es la que te va a andar llevando, guiando, por dónde podemos salir.
- ¡Cachimbón!, compadre.

En el operativo militar pelearon todo el día. Al siguiente día me dijo Cesario: bueno, vos vas para El Trigalito, ahí va a estar el contacto, te va a ir a recoger, va a ir una escuadra y te va a ir a dejar a la carretera Troncal del Norte, me dijo, y salimos.

En la noche no pudimos pasar la Troncal, esperamos un día, hasta el siguiente lo logramos, me encontré con Benjamín y Cerezo y me indicaron dónde iba a estar ubicado. Me dijeron: Te vamos a dar un pelotón para que lo preparés. Y eran sólo niños, las edades oscilaban entre los doce y catorce años de edad.

Un pelotón estaba compuesto por treinta y cinco combatientes, y esa era la cantidad precisa de muchachos que había que preparar para que formaran las fuerzas especiales. Con estos niños había que andar llevando: chibolas, naipes, trompos, hondillas, hasta un dado para que chiviaran.

Hay que comprender que los muchachos estaban en la edad del juego y la diversión. Se peleaban a cada rato y uno no podía estar castigándolos a cada momento; en el pelotón infantil había un adulto que era el jefe político, para que les impartiera charlas. Al principio se les dio estudio para que aprendieran a leer y a escribir.

Al comandante Dimas le pedí que me consiguiera una mujer que supiera de letras para que, en tiempos de descanso en el programa, les diera alfabetización y que les enseñara a escribir, leer, sumar, multiplicar y todo eso; entonces me mandó una compañera de nombre Zaira. En el día yo tenía programada la instrucción militar, el otro compañero la instrucción política y la compañera la alfabetización.

Los niños se levantaban a las cinco de la mañana a hacer ejercicio, se bañaban, y a las ocho ingerían sus alimentos, a las nueve comenzaba la instrucción militar: movimientos técnicos, cómo disparar, cómo lanzar granadas y a las doce el almuerzo. De la una hasta las cuatro de la tarde a leer y a escribir. Así los tuve un año.

Los niños estaban asignados a la instrucción militar. El tiempo que se les daba de descanso era de cuatro en adelante, en ese lapso se dedicaban a jugar chibola, trompo, ajedrez, dama, etc., y después resultaban peleando, había que ir a desapartarlos y se les explicaba por qué no debían pelear. Se calmaban y quedaban siempre de amigos. Eso era de todos los días andar lidiando con ellos, y por último cuando se completó la instrucción militar, había que hacer un examen que consistía en una incursión militar.

Algunos niños eran huérfanos, otros sí tenían padres, pero ellos estaban conscientes de la preparación militar de sus hijos; además, sus progenitores eran miembros de la guerrilla.

Se preparó el ataque al cuartel de El Paraíso por segunda vez. Algunos de esos muchachos también participaron llevando material. Estaba dando instrucción militar a los muchachos, pero había momentos en que me decían: Necesitamos que tus cipotes acarreen este material explosivo, hay que trasladarlo de El Zapotal hasta El Candelero.

Me decían: Necesitamos que vos con los bichos te vayás a meter a tal parte, por decir algo a La Laguna, a sacar un explosivo que está ahí y llevarlo para El Candelero. Estudiábamos cómo se iba a entrar, sin que lo fueran a detectar, poníamos en práctica la teoría del entrenamiento de cómo entrar en la noche sin ser detectado, así que cargábamos y nos íbamos, en la mañana pasábamos comiendo a El Zapotal, al mediodía estábamos llegando a Vainilla.

Así jalamos todo el material, para que estuviera listo el día del ataque al cuartel de El Paraíso, es decir, 1 de abril del ochenta y seis; a mí me ordenaron que participara en el asalto a un dormitorio, ahí habían varios dormitorios, cada uno con un grupo de dos o tres guerrilleros, a mí me dieron un grupo de tres, íbamos a darle al dormitorio a donde estaban pernoctando doscientos soldados, eran efectivos de un Batallón de Infantería de Reacción Inmediata (BIRI).

En este ataque los niños que estaba entrenando no participaron. Entramos, atacamos y nos retiramos rápidamente, ahí recibí un golpe en la cabeza producido por una esquirla.

Nos replegamos y todo aparentemente tranquilo, pero tuvimos problemas porque hubo un desembarco de efectivos de la Fuerza Armada adelante de nosotros y esa tropa se regó y nos atacó, pero los evadimos y nos fuimos.

6.4.1. Ataque por segunda vez a El Paraíso

Al cuartel de El Paraíso entramos por tres direcciones. Ahí había un campo minado, pero nosotros ya nos habíamos preparado para atravesar esa área, los tres grupos estaban constituidos cada uno por diez guerrilleros y entraron por direcciones diferentes.

El cuartel El Paraíso esta vez estaba repleto de soldados; además, algunos de ellos habían regresado de un operativo militar a dormir al cuartel. Se encontraban durmiendo mil quinientos efectivos militares, pero como estaba reforzado por los soldados que habían regresado a dormir más o menos habían como unos dos mil o más soldados.

Uno va preparado psicológicamente como fuerza especial para combatir con cien soldados. Se tiene capacidad para combatir con cualquier cantidad de soldados que venga; por ejemplo, donde yo entré, íbamos tres, estaban durmiendo doscientos militares.

En cada dormitorio había un centinela armado, atento a detectar cualquier movimiento extraño, faltando cinco minutos para iniciar el combate, yo estaba a una distancia de diez metros de él, esperando, había una calle, al otro lado estaba el centinela y yo ya estaba esperando la hora precisa, pero llegó un grupo de guerrilleros por ahí, perdidos, que no hallaban la entrada.

Este grupo en mención entró y encontró la entrada donde estaba el centinela y éste les preguntó: ¿Quiénes son ustedes? Los guerrilleros le contestaron: El patrullaje entrando. Y siguieron, no se detuvieron, pasaron, hallaron la entrada y lo dejaron a él.

Las fuerzas especiales entraron con *shorts* y bolsones en sus espaldas donde llevaban granadas y una carga cuadrada. El soldado los miró raros: ¡hey! ¿Quiénes son ustedes? Volvió a preguntar, y respondieron: ¡El patrullaje entrando, hombre! Nosotros los estábamos viendo, no podíamos disparar porque todavía no se había iniciado el combate y éstos que iban entrando eran los que lo iban a iniciar adentro.

A escasos minutos de su ingreso al interior del cuartel se oyó que ya había iniciado. Comenzamos nosotros con ése que estaba ahí, corrimos a colocar las cargas explosivas de TNT, regresamos a dar parte que habíamos cumplido nuestra misión.

Eran quince dormitorios. Cuando uno va a una exploración le dicen: Tenés que ver cuántos dormitorios, cuántas puertas, cuántas ventanas tienen, qué es lo que hay en su interior; si hay corredores, cuántas macetas etc. Al regresar dice uno: Yo vi, por decir algo, catorce ventanas, dos puertas, seis macetas, un corredor, esa es la información que va a transmitir para elaborar el plan de ataque.

Prosiguiendo con el ataque al cuartel, entró el batallón guerrillero a arrasar todo, la fuerza especial era una fuerza demoledora, no tenía orden de recuperar arma, sólo iba a aniquilar y a retirarse.

En el ataque al cuartel El Paraíso calculamos que le causamos mil quinientas bajas a la Fuerza Armada, también se incendió todo el cuartel y pereció un asesor militar estadounidense.

Después de haber participado en el ataque regresé con el pelotón de niños. Les conté cómo habíamos llegado, y les dije: Así tienen que ser porque ustedes nos van a sustituir, a nosotros nos van a matar y se quedarán ustedes.

6.4.2. El examen de la presa 5 de Noviembre

Después de que los niños recibieron instrucción militar durante todo el año 1987, tenían que pasar la prueba para lograr convertirse en fuerzas especiales, y ésta consistía en el ataque a la Presa 5 de Noviembre.

El examen se llevó a cabo de la manera siguiente: las propias fuerzas especiales de gente vieja fue adentro, más que todo a los dormitorios, toda la periferia la llevaban los niños que se habían formado. Esa era su prueba, todos los bichos participaron.

Los niños fueron a aniquilar a todos los soldados que se encontraban a la redonda de la 5 de noviembre, incluso quemaron la sala de máquinas. Todos los cipotes cumplieron con su misión y los viejos no cumplieron con la suya, porque los detectaron.

Los viejos ingresaron hacia un determinado sitio pero a los dormitorios no pudieron entrar, los detectaron, los soldados se salieron inmediatamente de los dormitorios y comenzaron a combatir. Los veteranos de las fuerzas especiales fueron repelidos: no entraron. Yo iba dirigiendo a los bichos.

Los bichos cumplieron hasta con quemar la sala de máquina, que se encontraba contiguo a la presa, estaba bien vigilada y los niños aniquilaron a todos los vigilantes y se introdujeron.

En la sala de máquinas uno se puede morir a causa del campo magnético, incluso el explosivo le puede explotar antes de llegar, para ello llevaban unos focos de lámpara de mano sólo el bombillo.

El bombillo cuando encuentra el campo magnético se enciende sin ninguna fuerza de nada. Cuando uno llega va con el explosivo y lleva su bombillo, va caminando, cuando se prende regresa, porque si camina más va a explotar. Así se metieron los niños y le pusieron las cargas explosivas a las máquinas que había en esa sala enorme, las cuales llevaban una espoleta de tiempo que iba a explotar cuando nosotros ya estuviéramos afuera.

Los explosivos iban a detonar aproximadamente en tres minutos, también una espoleta pirotécnica era de darle fuego como el cohete.

Nos encontramos con el campo magnético recio que prendía, no se podía poner la espoleta de pie, porque nos íbamos a matar, entonces a todo el mundo se le dijo que íbamos a utilizar la pirotécnica, eliminamos la espoleta de tiempo, la guardamos y pusimos la pirotécnica y todos los niños esa usaron.

Con la espoleta pirotécnica la mecha tenía que ser más larga para que diera tiempo de salirse. La mecha más corta, digamos de veinte segundos, de ahí va bajando hasta cinco segundos, quiere decir que debe correr para que no lo alcance la onda expansiva.

Logramos explotar las cargas y se hizo una llamarada de más o menos cincuenta metros de altura, iluminó todo; el problema fue que esa llamarada venía para abajo, cayendo sobre los árboles, por suerte no llegó hasta el suelo; ahí se fue quedando en la copa de los árboles.

El jefe que dirigió toda la operación me mandó a ver si quedó todo quemado. Le dije a un niño: Vamos a ver allá abajo. Vamos pues. Y salimos a observar, y contestamos: Quedó todo destruido, los cinco transformadores completamente quemados.

En el momento que estábamos en la planificación y que nos estaban delegando la región a atacar a cada uno, Dimas Rodríguez dijo: Ustedes, que van a la sala de máquinas, si el enemigo entra por el lado del río Lempa es numeroso, y ustedes todavía están en la sala de máquinas, denle fuego, estallen esas cargas. Ahí se van a morir ustedes, pero es preferible a que queden esas maquinarias buenas.

Eran ocho niños y conmigo nueve los que íbamos a morir ahí. Dimas nos preguntó: Están dispuestos a morirse. Sí, respondimos inmediatamente en coro. Y nos fundimos los nueve en un gran abrazo. Entonces van claros a su misión. Vamos claros, claritos, clarísimos. Si alguno no va claro que dé un paso para adelante, y todo mundo estaba clarito.

Según el comandante Dimas los niños fueron los mejores evaluados. De ahí a darles charlas a los viejos, qué fue lo que pasó, por qué los descubrieron, por qué a un compañero de los veteranos le reventaron las cargas en el “lomo”, y en el instante murió. Era el mismo campo magnético el que las hizo explotar, pero otro compañero dijo que no, que una granada le cayó en la espalda y explotó.

A los niños no los descubrieron y a ellos sí, les dije, si los niños no hubieran tomado su posición ustedes no salen. Ahí un niño se perdió nada más, no se murió, sino que se perdió en la ruta. Después de haber atacado se tomaron la posición. Pero a él no le pasó nada, se deslizó y fue a dar al lago.

Además, no nos dimos cuenta del extravío del niño porque había una gran bulla cuando a los soldados les gritábamos: Ríndanse, hijos de puta. Y después gritaban: Hey, ya se rindieron cuatro; y les dijo: Aquí no vamos a llevar ningún prisionero hay que matar a estos hijos de puta. Después de eso ya no apareció el cipote ese, y nos retiramos. ¿Lo matarían o saber? Nos fuimos.

A ese niño le decíamos dormilón, era el único que perdimos, Dimas preguntó:

–¿Lo mataron?

–Pues no creo, porque hemos tomado la posición y no lo hallamos y ese ahí iba y de repente desapareció.

A los dos días apareció el niño perdido, nos anduvo buscando, nos halló en el Potrillo Norte, le pregunté:

–¿Y qué te pasó?

–No hombre, si yo no sé, quizás la presión me durmió. De repente estoy en el agua, oía la bulla y creí que eran soldados y me metí al lago y ahí he pasado todo el día en el agua, hasta en la noche me salí. Sólo con una lechuguita encima pasé viendo a los soldados.

6.5. Aniquilamiento del Batallón Bracamonte

Nos dimos cuenta de que el Batallón de Infantería de Reacción Inmediata Bracamonte estaba ubicado en el cerro del Talzate, Chalatenango, esto sucedió en 1990, tenían tres días de permanecer en ese lugar.

En El Zapotal nos reunimos para planificar el ataque a esa posición, a cada quién le dieron su misión, qué es lo que iba a hacer con su pelotón. A las fuerzas especiales las tiraron por el lado de Guarjila, a Cardo Mariano y a Pino Carrasco para el lado de Pandorita y Aníbal para el de El Gallinero; a mí me tiraron para el lado de Valle, entrando por la Laguna Seca.

Cada uno con su unidad de treinta y tres guerrilleros. El ataque fue a la una de la mañana. Le pregunté al comandante Cerezo:

–¿Y si a las cinco de la mañana no los hemos aniquilado, la aviación nos va a hacer mierda?

–Cada quién lleva su misión y a sacarla van.

Introduje a compañeros a explorar el terreno. A las cuatro de la tarde íbamos en camino. Los que había metido a explorar me dijeron que ellos estaban viendo el cerro Maypay y que ahí no había soldados.

Cardo Mariano iba conmigo también, y él había metido compañeros que fueron a explorar y tampoco habían encontrado soldados, y seguimos caminando. Cuando llegué al campamento encontré a mi gente ahí y les dije que estábamos preparados, y que esta noche le caeríamos al Talzate. Cachimbón. En eso estaba hablando cuando allá en El Zurrón comenzaron a pelear, o sea los soldados se bajaron del Talzate.

A las seis de la tarde, me preguntó el comandante Cerezo qué pensaba hacer. Pues yo le respondí: Bueno, por el momento, hay que combatir. Y comenzamos a organizar con el pelotón de Cardo Mariano, y aquellos iniciaron, estaban peleando, era con los compañeros de aseguramiento (abasto) y a esa gente la sorprendieron.

Les mataron como a tres compañeros y los demás se fueron, pero los soldados ahí se establecieron en el campamento que atacaron. A las siete de la noche, le dije al comandante Cerezo:

- Yo ya no hago nada, prefiero madrugar y no estar peleando en la noche.
- ¿Y para dónde te vas a ir Jacinto?
- Aquí me voy a quedar, a la par de ellos (como a cien metros del batallón Bracamonte, ahí permanecemos).

Los efectivos del batallón Bracamonte tenían miedo de moverse, nos quedamos ahí sin disparar, y le dije al comandante Cerezo:

- Necesito que pongan un buen tapón, porque yo los voy a atacar a buenas cinco de la mañana, ya tengo el explosivo, granada, todo para entrar y en coordinación con el compañero Cardo Mariano, eran dos pelotones que íbamos a ir.

Con Cardo Mariano nos reunimos y planificamos cómo iban a estar estructurados los grupos, en qué lugar íbamos a colocar los M60 y las ametralladoras, y preparar a dos grupos para dar un golpe de mano.

A buenas cinco de la mañana salimos, ubicamos una casita donde ellos estaban y comenzamos a tirar cargas, granadas, se armó la balacera. Ahí les causamos las primeras bajas, les quitamos los fusiles, y se nos corrieron para un lugar que estaba plantado por árboles de ujushte. De ahí no pudimos sacarlos, pero pusimos el fuego de ametralladoras y RPG7.

Los desalojamos a las nueve de la mañana, recuperamos catorce fusiles, una ametralladora y los perdimos, no los hallamos; y comencé a decirle al comandante Cerezo que habíamos perdido a los soldados que salieron desbarajustados.

A las diez de la mañana, hablé con el comandante Cerezo y le dije:

–Bueno ¿y cuál es el tapón que han puesto?, que no topan en nada.

–El tapón ya está puesto, lo que pasa es que todavía no han llegado, y si aquí ya no hallamos nada, búsqúenlos que por ahí andan.

Salimos en busca por todo el sitio de El Tabanco, de El Conacaste, no hallamos soldados, y nos quedamos a recoger los pertrechos militares y los dejamos en una trinchera.

Luego salimos a buscar huellas de los soldados por toda la quebrada que va a dar a Hondurita y Agua Caliente, ahí los encontramos. Tenían un montón de heridos. Los llevaban de arrastradas, sólo habían cortado ramas, los montaban en ellas y los jalaban. Cuando los encontramos estaban reunidos todos los efectivos del batallón Bracamonte, es decir, como ochocientos militares.

Sesenta guerrilleros éramos aproximadamente los que íbamos detrás de ellos. Cuando los encontramos se armó una balacera horrible; nos desplegamos, un grupo a un lado y otro al costado de la quebrada para agarrarlos, y siempre se nos fueron por toda esa quebrada a salir al río Sumpul.

Pues de ahí metimos a Cardo Mariano que se fue con su pelotón en las proximidades de la quebrada, un grupo en el fondo de la hondonada y otro se fue por el bordo de la misma. Yo me salí de esa zona a esperar del Sumpul arriba, por la salida de El Coyolar, por ahí los estaba esperando. Cardo Mariano los fue empujando y metió un grupo adelante para que los efectivos del Batallón de Infantería de Reacción Inmediata Bracamonte no se fueran a escapar para el lado del Llano Verde.

Cuando los efectivos militares llegaron al enganche del Sumpul ahí comenzaron los combatientes de Cardo Mariano a empujarlos para arriba y pasaron enfrente del lugar donde estaba yo. Los recibí con mis compas con una lluvia de plomo, pero siempre se nos pasaron porque eran muchos.

Los soldados en su desesperación prendieron fuego al zacatal, tuvimos que apartarnos del incendio. Los soldados se fueron para Las Aradas, por allá había un puente de hamaca, se lo pasaron y se quedaron en un caserío. De ahí comenzamos otra vez a avanzar después de haberse apagado el fuego, pasamos esa área de arrastradas, los localizamos y comenzamos el ataque, fue feroz y violento. A todo esto eran como las cinco de la tarde y todavía en pleno combate, prácticamente todo el día en lucha encarnizada.

Cuando anocheció como a las seis de la tarde mandé un grupo a atacar las casas donde los soldados estaban acampando y se armó una balacera terrible y perdí comunicación con ese grupo. Le dije al comandante Cerezo que me los buscara por la

radio y no contestaban. Puta, dije, yo creo que los mataron. Pero de repente oí que se secretaron por la radio y les hablé.

Me respondieron: Aquí estamos en el mismo cerco de los soldados, pero ya no tenemos granadas, tampoco ellos tienen, sólo sacan la punta de los fusiles. Vean cómo se retiran, les dije, porque yo ya no cargo munición tampoco, y como los demás no tienen, vamos a ver cómo resolvemos este problema, y se retiran; ya a oscuras llegaron donde mí, y después me llamó el comandante Cerezo y me preguntó:

- ¿Hallaste a la gente?
- Sí, ya tengo aquí a los cinco compañeros.
- Jacinto, retírese y espere. Les vamos a enviar munición para que ataquen a los soldados del BIRI Bracamonte en la mañana.
- Está bien.
- Vayan a dormir hasta El Coyolar.

Putá, dije, ir hasta ahí y bajar otra vez, mucho voy a caminar. Cardo Mariano se quedó en el río. Ahí nos quedamos lejos con grandes fogatas porque los zacatales se habían prendido, pero ahí pasamos.

Al amanecer llegaron los compañeros con munición, nos asignamos quinientos tiros y quince granadas cada uno, y para el RPG7 catorce granadas.

El RPG7, es una bazuca, un lanzafuego con catorce granadas el cohete, las ametralladoras quedaron a mil, andaba dos ametralladoras M79 con dieciocho granadas cada una. Los compañeros que llevaron la munición se fueron.

A las seis de la mañana llegaron los helicópteros por el lado del Sumpul arriba, y le dije a Cardo Mariano:

- Mire compadre, ya vamos a iniciar esta balacera y con los helicópteros.
- No sea bruto, nos van a hacer mierda esos aparatos, y sabe que yo estoy en el hoyo.
- Pues no le hace, yo les voy a volar verga, no más aparezca el primero.
- No, le digo que no.
- Yo voy a iniciar, nomás aparezcan.

Tres helicópteros venían bien bajito, más o menos a veinticinco metros de altura.

- Abran fuego.
- La cagaste, te dije que no les abrieras fuego, ahora a saber para dónde putas nos vamos a ir.

Los helicópteros sólo dieron vuelta, pero en ese giro descargaron todo: bombas, balacera. Pero los compañeros no se ahuevaron. De repente vi que uno echó un gran chorro de humo y se fueron usssh. Como a los cinco minutos me estaba diciendo el comandante:

–Putá, le dieron a los helicópteros, uno acaba de caer antes de llegar a la presa 5 de Noviembre, el otro ha alcanzado a llegar a la presa, pero lleva al piloto y copiloto muerto me dijo, el otro va averiado.

–Cachimbón.

Cardo Mariano me dijo:

–Hoy sí cabrón, la cagamos, dentro de un rato van a regresar y nos atacarán con furia, lloverá fuego del cielo, por lo menos de aquí a El Coyolar.

–No se ahueve, aquí lo que vamos a hacer es acercarnos más al enemigo, ellos no van a querer matar a sus mismos compinches.

A las ocho de la mañana nos fuimos aproximando. Organicé dos grupos, uno sólo para que disparara con las ametralladoras y el RPG7, mientras el otro se iba acercando al enemigo. De repente comenzó un desorden horroroso, pues no se sabía quién era el que estaba disparando, balacera, granadas. Al rato, a los del BIRI Bracamonte los sacamos de ahí, le dije a Cerezo:

–Es necesario que pongan el cerco ¿a dónde está que los soldados no topan en nada?

–¡Ya está puesto!

–Pero no veo claro. Necesito que pongan combatientes en el Achichilco, para que soldado que se vaya cruzando el río se lo truenen.

Comenzamos a avanzar, un solo peine, adelantar y adelantar. Como había un gran relajo se dio una gran confusión, no se sabía quiénes eran soldados y quiénes guerrilleros, ya que vestíamos igual.

Los compañeros que estaban en Achichilco comenzaron a disparar a todo mundo y me hirieron a un compañero; al cohetero que yo andaba le fracturaron el brazo. Putá, dije. Un compañero me dijo: Han sido los compas que están ubicados en Achichilco. Y le hablé al comandante y le dije a Cardo Mariano:

–Paren a los compas que nos están disparando desde Achichilco. Si no arreglan esa mierda yo no avanzo, ya me hirieron un compañero, esos compas sólo tienen que disparar al que va llegando al río. Así que arrégleme eso o yo no sigo.

–Está bien yo arreglo este problema inmediatamente.

–Si es así avanzo, si me llegan a herir a otro compa yo abandono esta operación militar.

–No, ya está seguro.

Se veían las columnas de soldados subiendo y bajando los cerros; seguimos, donde hay una quebrada le dije a Tino, mire compadre, vaya para abajo y rastree toda la orilla del Sumpul, yo me voy a ir aquí recto, él llevaba treinta y tres guerrilleros.

Al compañero herido lo dejé con seis combatientes cuidándolo y los demás nos fuimos. A Cardo Mariano le dije: Tenemos que rastrear la orilla del Sumpul y yo el otro lado arriba del río, y él salió con su radista y yo con la mía.

Llegué a un lugar donde es quebrada para abajo, me fui hacia la parte inferior cuando vi a hombres uniformados con pañoleta azul amarrada en el cuello. Yo había mandado unos compañeros adelante, y le llamé por radio al compa que había mandado adelante, le pregunté: ¿Usted pasó por la quebrada?, ¿dejó gente ahí? No, me respondió. Ah, entonces estos son soldados que están en la quebrada, y los muy tarados me hablaron cuando vieron mi presencia.

Los soldados me dijeron: ¡Mi Charlie véngase para acá, ahí no hay tropa nuestra! Está bien, le respondí. Y sólo me acosté y empecé a disparar. Y le dije al compañero que estaba adelante que se volteara, en la mera quebrada ahí están, suba agarre el cerco de piedra y me cubre para salirme. Aquel subió y comenzó a disparar y yo iba ya saliendo y empezamos a gritarles: ¡Ríndanse señores del Bracamonte, ahorita están rodeados tienen que rendirse! Nada de ruido se escuchaba, dejábamos de disparar para gritarles, y nada se oía.

Llamé a Cardo Mariano y le dije:

–Compadre, véngase para acá, aquí tenemos un buen número de efectivos del BIRI Bracamonte (habían más o menos treinta soldados)

–¿A dónde?

–Aquí por la vaguada, meta un grupo por toda la quebrada. Yo estoy arriba, en el cerco de piedra, a donde nos despedimos.

–¿Ahí está usted?

–Sí.

–Ah, pues voy para allá.

Bajé mi mochila de los hombros y comencé a lanzar granadas. Tiré catorce, hasta levantaba agua. Comenzamos a gritar a los soldados para que se rindieran. Después de tanto vociferarles ellos respondieron: ¡Sí, nos rendimos!

Entre los rendidos salió un soldado con una granada en la mano derecha. Le dijimos que la tirara para abajo, no lo quería hacer. Le dijimos: Pues si no la querés tirar te vas a morir, y la tiró. Y subieron veintiséis soldados rendidos con las manos hacia arriba, más los tenientes que estaban abajo.

Primero fuimos a recoger los fusiles. Después a los soldados los dejamos amarrados de los dedos pulgares en una sola rueda y atados a un árbol para que no se escaparan, y a los heridos los dejamos también, sólo que sueltos, porque no podían ni caminar.

Continuamos nuestro camino en una planicie e íbamos encontrando militares muertos con su fusil. Llegamos a otra quebrada que va hacia arriba cuando escuchamos

que alguien se secreteaba y nos organizamos en grupos. Yo me quedé con cuatro combatientes en la mera quebrada y les dije que comenzaran a disparar. Ahí estaban seis soldados con un cañón 90 y quisieron salir por bajo, por donde estaba yo, a puras balas los mandé de regreso para arriba hasta que los capturamos también.

Seguimos para arriba y todavía me seguía preguntando: ¿Dónde está el cerco?, y nunca, nunca topaban los soldados en algo que los detuviera. Los babosos se cruzaron el río para Honduras y los perseguimos como la mosca a la miel.

En el territorio hondureño estaban peleando con los soldados del BIRI que huían como almas perseguidas por el diablo. Los compas hasta ahí habían puesto el cerco, pero siempre algunos se les escaparon; yo me atravesé el río con todos los combatientes, pasamos el caserío San José, ahí nos ubicamos. Yo veía que los soldados correteaban para todos lados como avisipas alborotadas.

Estaba con la radista y cuatro combatientes más cuando de repente aparecieron tres soldados. Uno de ellos me dijo: Ah, aquí están ustedes. Le respondí: Sí hombre, tiéndanse ahí, aquí vamos a esperarlos. Y ellos tranquilos se sentaron. A la radista le dije: Vaya y déles mecha. En eso apareció un montón de soldados. A pues no, le dije, aquí no hay que gritarles, hay que volarles verga. Los que se me escaparon se fueron a topar con el cerco que les teníamos.

A Cerezo le dije;

- Compañero, aquí estoy ya en Honduras, he recuperado bastantes fusiles.
- No hombre, si ya se fueron, déjelos que se vayan, sino vamos a tener problemas internacionales.
- Está bien, pero por mí, los seguiría hasta Nicaragua.

Salí de regreso. Pasando el río todos nos reunimos, íbamos comentando: ¡Putá, estos hijos de puta sí la cagaron! No pusieron el cerco donde era. Hablando mierdas íbamos con los mismos compañeros. Puta, aquí el mando la cagó, les dije, debió haber puesto el cerco antes, no en Honduras. Puta, por poco van a ponerlo a Nicaragua.

El comandante Cerezo nos habló por radio y dijo:

- Necesito que se sienten, que descansen para escuchar el mensaje que les manda la comisión política.
- Bueno, nos vamos a sentar.
- Felicitaciones para todos los compañeros que han participado en esta operación militar que ha sido un rotundo éxito y muchas felicidades para los compañeros que la han dirigido, que han empujado y expulsado al Bracamonte.
- Muchas gracias.

A la puta, en lugar de hablar tanta paja, mejor comida nos deberían traer. No comimos desde que comenzamos hasta las diez de la noche que regresamos, dos días sin ingerir alimentos.

Seguimos caminando e íbamos recogiendo las armas que encontrábamos hasta llegar donde estaban los soldados que habíamos dejado amarrados. A las seis de la tarde llegamos donde ellos, los soltamos, les dijimos que iban a caminar con nosotros y que nos iban a ayudar a llevar las armas, siempre amarrados de tres por tres y los heridos ahí los dejamos. Les dijimos que iba a llegar población a traerlos, y van a venir gritando a ver si ustedes contestan para que se los lleven.

Salimos, estaba cerquita de ahí el campamento de El Zapotal, pero como el camino era feo y por ir lidiando con los soldados llegamos a las diez de la noche.

Nuestra sorpresa fue al llegar: encontramos una gran cantidad de compañeros esperándonos, incluido todo el mando de las demás unidades.

Putá, todo el mundo nos abrazaba como si habíamos regresado del más allá. Yo me quedé ahí en reunión, para evaluar cómo había sido la operación militar, y le dije al mando:

–Ustedes la regaron, el primer cerco lo deberían haber puesto en El Zurrón, en Agua Caliente, los efectivos del BIRI no se nos hubieran escapado; y un segundo lo hubieran puesto en el trayecto de El Coyolar a Achichilco, ahí seguro que no se nos pasaban.

–Vos siempre de incrédulo.

–Pues sí, yo iba a presión, pero no sentía que se detuvieran, todo el batallón lo hubiéramos aniquilado aquí, no hubiéramos tenido necesidad de ir hasta Honduras para eliminarlos.

–Está bien, ahora se les va a dar un descanso ¿a dónde preferís ir a echarte el respiro, a Las Vueltas, a La Ceiba o a Las Flores?, Los dos pelotones tienen que descansar.

–Prefiero La Ceiba.

–Bueno, les vamos a poner seguridad.

Nos pusieron seguridad. Estuvimos por la zona de El Júcaro. Nos fuimos a bañar al río, destazamos un chanco y nos dedicamos a comer sabroso, cuatro días descansando ahí. Estuvo excelente.

VII ATAQUE CONTRA ENEMIGOS Y AMIGOS

7.1. Ataque a El Limón

A principios de 1983 se atacó el puesto de El Limón, el puente Colima y varias posiciones militares que estaban cerca. Eran efectivos de la Cuarta Brigada de Infantería y también del Destacamento Uno de Chalatenango. Se montó el operativo con contenciones para emboscar la llegada de refuerzos, el ataque principal era El Limón. Yo iba con el comandante Fabio Campanilla.

Fabio Campanilla era el máximo dirigente que estaba en ese momento, y me había seleccionado para que lo apoyara en las comunicaciones. Cada jefe de unidad llevaba su radio. Los radistas ya tenían memorizada la clave. La comunicación era operativa, no necesitaba demasiado. La información les servía en un momentito, cuando se daban cuenta lo que se quiso decir, ya había pasado el momento oportuno.

Se hacía una lista de palabras clave, por ejemplo: muertos, heridos, refuerzo, municiones, se utilizaba de la manera siguiente: necesito charlie veintitrés, podría ser refuerzo; necesitaba más municiones, podría decirle bravo veintiuno. Se le ponía un código a cada palabra. Esa lista de códigos era básico que el radista se la aprendiera de memoria, porque en el preciso momento del combate no se podía encender la luz para leerla y tampoco había tiempo para traducir. Era tiempo indispensable hacer la traducción rápida y mentalmente para poder ayudar en ese momento; así funcionaba la comunicación operativa.

Nos fuimos al ataque de El Limón, bajamos y estaba oscureciendo, llegamos hasta los límites donde nosotros podíamos caminar de día y luego proseguíamos en la noche. Cada unidad estaba situada en su posición determinada. Cuando se rompió el secreto a la una de la madrugada, hasta esa hora había habido cero comunicaciones, la radio tenía que estar apagada hasta que empezaba el enfrentamiento.

Normalmente se rompía el secreto con bombas, con cargas explosivas. Entonces se encendían los radios y empezaba la comunicación, para verificar si todos estaban en su posición, si no llegó a la que correspondía, para saber si tenía cubierto ese sector o no.

Hubo bastante combate. Tardaron los compañeros para controlar militarmente el lugar. Habían ocurrido bajas y la compañera de comunicaciones, que iba con el jefe de

operación directa, me tiró el código que le habían matado al jefe y ella no sabía qué hacer porque estaba únicamente con dos compañeros de seguridad que andaban con él.

Le comuniqué a Fabio que había muerto Ardenio, que era el compañero que iba dirigiendo la acción, él se quedó desconcertado, no hallaba qué hacer. A todo esto ya eran casi las diez de la mañana y no se habían retirado las unidades totalmente. La emboscada había entrado en acción, la contención del lado de Chalatenango ya había entablado contacto con el refuerzo, y había otra contención que si no se le daba la retirada la iban a envolver. Al lugar donde yo estaba venía refuerzo por ese lado también.

La compañera estaba escuchando la comunicación de los soldados en un radio PBC 77 y descifraba los lugares por donde iban y si nos habían ubicado a nosotros o qué. Todo eso lo decían en la transmisión. Por la información que yo le daba, de cómo se encontraban las unidades de nosotros y cómo estaba la información que le daba a la otra compañera de rastreo, él tenía que organizar cómo retirar la fuerza nuestra. Entonces se les dio la retirada, pero al compañero Ardenio no lo pudieron sacar, sólo el equipo y las cosas que él andaba llevando, los planes de la operación y todo eso.

7.2. Ataque al puesto militar de Miramundo

Teníamos una seria desventaja porque el cerro Miramundo posee una gran altitud y nosotros íbamos de abajo hacia arriba, o sea los soldados nos divisaban fácilmente.

Esta operación militar se realizó a principios de mil novecientos ochenta y tres. A mí me dieron un radio Spilbury, era adecuado para andarlo en combate, porque era una caja metálica pequeña y hermética, no había problemas con el agua, tenía sólo unos botones para cambiar tres canales, pero teníamos el inconveniente con las antenas porque eran largas.

Yo estaba en el mando táctico, era al que le correspondía quedarse afuera de la operación militar, el jefe era Fabio Campanilla. Se montaron todos los dispositivos en las carreteras de acceso, por donde podían llegar las posibles ayudas de la Fuerza Armada.

Estábamos acampados cerca de La Montañona, pero nos habíamos desplazado hacia el otro extremo buscando hacia la Troncal del Norte. Se había hecho una caminata bastante considerable.

Recorrimos desde La Montañona hasta las cercanías de El Común. En ese lugar se había concentrado la tropa guerrillera para luego desplazarse para ir a atacar a Miramundo. La caminata hasta nuestro objetivo de ataque se hizo gran parte de día, porque estábamos lejos de la posición, transitamos por lugares que no los habíamos andado.

Las veredas eran escabrosas. Había gente que conocía el lugar, pero los senderos estaban casi perdidos y había que ir con machete cortando bejucos, la vegetación estaba demasiado espesa. Íbamos cortando granadillas, manzanas, frutas que sólo se cosechan en clima frío y en las alturas.

Nos ubicamos en el cerro Malcotal, enfrente de Miramundo, quedábamos en línea recta, el cerro es menos alto que Miramundo, estábamos en la parte de la retaguardia del lugar de donde se iba a atacar, toda nuestra fuerza iba hacia delante, o sea que por ese lado también nos podían llegar.

En el silencio de la noche, en medio de pinares, instalé la radio. La frecuencia estaba despejada y lo tenía encendido porque ya casi iba a ser hora del enfrentamiento, para verificar que estaba bien la conexión y estar con la certeza de que iba a funcionar. Estas radios se accionaban con batería seca, de 1.5 voltios, la que normalmente se usa para lámpara.

Ya había terminado de colocar la antena, arreglado el puestecito y listo ya para recibir la comunicación, cuando de repente observé que la aguja de la pantallita de recepción se fue hasta la derecha totalmente, una voz de hombre me dijo:

–¡Ya te vi!

No había calculado el volumen como no había ningún ruido.

–¡Ya te ubiqué! ¡Ya sé dónde estás! ¡Ya te voy a caer!

Me le quedé viendo a Fabio Campanilla y me dijo:

–No le haga caso.

Le bajé el volumen, nada hablé y tenía que transmitir en ese momento.

A la una de la madrugada empezó el ataque al puesto Miramundo. Fue difícil por la desventaja que llevábamos por el terreno, los compañeros pelearon hasta al amanecer, ya se nos había comunicado de bajas a las seis de la mañana.

Llegó un helicóptero y los compañeros lo atacaron con ametralladoras M-60, le pusieron la punta 30, le botaron una puerta que cayó en el lado que estaban los compañeros, y el helicóptero fue a caer más adelante, en una zona protegida por los soldados, resultaron lesionados de gravedad el piloto y el copiloto, ellos habían llegado de apoyo aéreo.

Al ver que se les había derribado el helicóptero empezaron a llegar aviones A37 y bombardearon los alrededores. Aquí murió, entre otros, Palmerin 30, un compañero que había participado en muchas acciones militares; él manejaba la ametralladora 30, por eso le llamaban así.

Palmerin 30 era originario de Tonacatepeque. Se había liberado varios reos que estaban reclusos en el penal La Esperanza, mejor conocido como Mariona. La mayoría

de ellos al obtener la libertad se habían quedado con la guerrilla y Palmerin fue uno de ellos.

Él fue un gran combatiente, una persona que no se quedaba para nada. Cada vez que habían operaciones militares, Palmerin 30 siempre estaba dispuesto a participar en el lugar donde le tocara, y era difícil manejar una 30. La munición es bastante pesada necesita gente de apoyo para andar cargando la canana, así se le llama; pero son anillos de hierro que están en cadenas, es bastante dificultoso manejarla por su tamaño y porque es pesada.

Ahí murió Palmerin 30, pero se le causaron bastantes bajas a la Fuerza Armada y se hizo la retirada nuevamente después que se había tomado la posición. No se logró controlar totalmente porque los soldados tenían apoyo aéreo y por lo difícil del terreno.

Se retiró nuestra tropa y nos concentramos en El Común, sintonizamos la radio y se continuó la comunicación normal con las otras zonas del frente, donde se transmitía la situación operativa militar de un lugar a otro.

Regresamos a El Común, hicimos una formación militar, cantamos el himno de la Internacional Socialista. Había un médico que cantaba estilo ópera y su voz era bien grave. Todos estábamos en formación militar entonando La Internacional en posición firme, se supone que uno no se debía mover ni aunque le picara un mosquito, estuviera parado en un nido de hormigas; se tenía que estar serio cantando.

El compañero empezó a cantar ópera, él resaltaba entre todos, empezamos a vernos con el lado del ojo, y no aguantábamos la risa, hasta el jefe que estaba dirigiendo la formación no soportó la risa y dio la voz de mando: Descanso, ríanse. Y todos a desternillarse de la risa, y el médico se quedó parado viendo para atrás. Claro, él no sabía el motivo de las carcajadas.

LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

Arriba los pobres del mundo
 en pie los esclavos sin pan
 alcémonos todos al grito
 ¡Viva la Internacional!
 Removamos todas las trabas
 Que oprimen al proletario
 Cambiemos al mundo de base
 Hundiendo al imperio burgués.
 Agrupémonos todos
 en la lucha final
 y se alzan los pueblos
 por la Internacional.

Agrupémonos todos
 en la lucha final
 y se alzan los pueblos con valor
 por la Internacional.
 El día que el triunfo alcancemos
 ni esclavos ni dueños habrá
 los odios que al mundo envenenan
 al mundo se extinguirán
 El hombre del hombre es hermano
 derechos iguales tendrán
 la tierra será el paraíso
 patria de la humanidad.
 Agrupémonos todos
 en la lucha final
 y se alzan los pueblos
 por la Internacional.
 Agrupémonos todos
 en la lucha final
 y se alzan los pueblos con valor
 por la Internacional.

No pudimos cantar. Definitivamente esa mañana hacía un frío terrible en esos cerros. Cortamos hojas de pino verde, para tender en el suelo y acostarnos. Habían unas casas abandonadas que nos protegían un poco del inclemente clima, el piso era de tierra. El monte verde da calor, poníamos el tendido que era un plástico encima, y sentíamos un poquito de calor.

Dos periodistas nos acompañaban, uno era Alirio y del otro no recuerdo el nombre. Ellos no estaban acostumbrados a andar en el monte y mucho menos a baja temperatura.

Había un río helado y en él se formaba una capita de hielo encima, había que golpearlo fuertecito para romper el hielo que estaba en la superficie; ahí íbamos a bañarnos, aunque esperábamos a que fueran las diez u once de la mañana, pero algunos compañeros no se acercaban al río a bañarse porque decían que era demasiado frío.

En El Común permanecemos porque por ese mismo lado seguían otras operaciones militares; después se atacó San Ignacio, fue rápido, no hubo ni combate en las contenciones. El enemigo tenía conocimiento de las posiciones de Tejutla, La Reina y todos esos lugares, sabían que andábamos por el otro extremo, se confiaron, pero de ahí se movilizó nuestra tropa en camiones hasta las proximidades de La Reina, ellos no esperaban que esa noche los atacaríamos.

Pasamos por unas calles peligrosas, uno por la juventud no ve el riesgo. Yo andaba decidida a morir, la calle estaba casi perdida, el vehículo era 4 x 4 pero en la noche, sin

luces, el jeep brincaba peor que un burro, atravesando bordos, zanjas, lo que fuera, ahí parecía como de película, pero llegamos y se atacó La Reina. La noche siguiente, como siempre: las contenciones en las posibles entradas del enemigo.

Con Fabio Campanilla estuvimos cerca de un establo. Yo no conocía mucho a la gente que acompañaba a este jefe, pero cuando sentimos estábamos frente a una trinchera adelantada que tenían los efectivos de la Fuerza Armada en La Reina.

Ya se había roto el secreto y el mando no se había ubicado todavía en el lugar donde iba a estar, porque nos dimos una perdidita. Fabio Campanilla dijo:

–Bueno como ahí están cerca los soldados, nos vamos a quedar aquí, no nos vamos a aproximar más.

Nos tocó combatir con los soldados que estaban en la trinchera, íbamos siete con Fabio, pero en el momento que se rompió el secreto sólo nosotros estábamos en el lugar. La otra unidad no había llegado y como ya habían comenzado, había que darles a esos también. Claro, la misión de nosotros no era aniquilar, sino que el jefe iba a dirigir la acción.

Cuando los compañeros llegaron y empezaron a atacar a los soldados, nosotros nos replegamos a montar la radio, a empezar a establecer la comunicación. Hubo un momento en que algunos soldados venían del lado de adentro, habían logrado pasar el cerco de los compañeros y se fueron a topar con nosotros.

Fue la segunda vez que nos correspondió enfrentarnos con los soldados. Ahí teníamos nuestra posición, había dónde protegerse, ellos llevaban un arma de apoyo, una M60, y eran diez. Se les atacó cuando venían de frente porque se dirigían hacia nosotros, pero ellos nos dispararon con M60. Nosotros enterramos la cabeza. Otros compañeros los agarraron por atrás, pero ya sólo eran dos, los otros ya se habían corrido. Ahí se recuperó la M60 y un fusil.

Lo triste fue cuando amaneció: estábamos en un potrero, ya habíamos coordinado con un señor que andaba ahí cerca, era el vigilante del establo, estaba sacándonos lechita porque después del cansancio que traíamos acumulado, más toda la noche, sentíamos necesidad de ingerir alimentos. En eso estábamos cuando aparecieron los aviones a buena mañana, y Fabio Campanilla dijo:

–Tenemos que tomar una posición mejor que la que tenemos, porque si no nos van a hacer mierda aquí nomás.

Nos dirigíamos hacia otro lugar, era zona árida, había un alto, pero no se podía subir; en el apuro de los aviones, Fabio me dijo:

–Aunque sea en este bordo nos vamos a proteger.

Empecé a escalarlo, no había por dónde, pero subí, y nos pusieron una bomba en el lado de arriba que nos bañó de tierra, nos quedaron zumbando los oídos. Cuando el avión terminó de tirar las bombas seguimos tomando la leche, a la que por cierto no le cayó tierra.

La acción militar fue todo un éxito. Cuando los compañeros se aseguraron de que estaba totalmente bajo control se hizo una parada militar en el centro del pueblo, que consistía en una formación general de todas las fuerzas guerrilleras, y se estableció contacto con la población. Se les explicó la razón y las causas por las que se hacía, por qué se luchaba y hubo muy buena acogida de la gente.

Los pobladores esperaban ver con nosotros personas extranjeras. A un compañero español que andaba combatiendo con nosotros, su especialidad era explosivos, cuando la gente lo veía nos decían: Mire, allá está el jefe de ustedes. Y nosotros esperábamos ver a Fabio Campanilla. Yo dije:

–Bueno, si a Fabio lo acabo de dejar allá, cómo es posible que esté ahí en la tienda.

Lo que sucedía era que el que estaba ahí era este compañero internacionalista y la gente creía que como era alto y chele, algo pelón, cabello rubio, creían que era el que dirigía la tropa. Nosotros le decíamos a la gente: No, los jefes de nosotros están allá, aquellos son.

Cuando se hacía la parada militar los jefes quedaban al frente. La gente se sorprendía y decía: Nosotros creíamos que este extranjero era. Porque el gobierno y la Fuerza Armada sostenían a través de los medios de comunicación, la propaganda y la desinformación, que los que dirigían la guerra eran extranjeros.

La gente veía a foráneos en medio de nosotros y creían que eran nuestros jefes, al contrario nuestros comandantes eran chaparritos, negritos, ojos pequeños, es decir, inditos, de aquí mismo.

La gente cuando tomaba confianza empezaba a preguntarnos: ¿Cómo sobrevivíamos allá arriba en la montaña? ¿Cómo obteníamos los alimentos? La población civil aprovechaba a plantearnos preguntas particularmente sobre situaciones existenciales.

Por otra parte, había oportunidades que cuando se tomaba algún poblado, ahí mismo se entregaban prisioneros. Algunas veces se llevaban para hacerlos en canje por lisiados, por ejemplo, cuando se capturaban oficiales de alto mando, acompañados de una buena cantidad de soldados, se conseguía negociar con la Fuerza Armada y el gobierno para que permitieran la entrada de la Cruz Roja Internacional y se pedía garantías con personal diplomático, para que la Fuerza Armada no lanzara operativos militares que nos pudieran causar bajas o capturar a nuestros heridos.

Lo que se quería era que nuestra gente saliera a curarse porque en los campamentos guerrilleros no había condiciones, necesitaban operaciones que ahí no se podían realizar y se aprovechaba el canje.

Nosotros le entregábamos a la Cruz Roja Internacional a oficiales y elementos de tropa a cambio de que ellos permitieran la salida de nuestros heridos y en muchas ocasiones esto no se respetó por parte de la Fuerza Armada. Cuando nosotros ya íbamos al punto de reunión donde se realizaría el canje, el lugar ya estaba tomado militarmente por la Fuerza Armada y no era posible concretarlo.

En la mayoría de los casos, cuando no se tenían oficiales de alto rango, se soltaba a los soldados ahí mismo en la población. Se entregaban al cura o al alcalde del pueblo haciendo constar que les habíamos respetado la vida, algo que ellos no hacían con nosotros.

La Fuerza Armada mandaba avionetas a sobrevolar el área de Chalatenango y lanzaban panfletos en los que decía: “Mira joven engañado, estás defendiendo intereses que no son tuyos, ríndete, te vamos a respetar la vida y te daremos tres mil colones si entregas tu arma”.

Esos eran los mensajes que nos mandaban, y nosotros hacíamos burlas; hey joven engañado, qué tal cómo te ha ido, nos decíamos cuando nos encontrábamos con otros compañeros, eso lo agarrábamos de broma y fregábamos, no tenía efecto porque sabíamos que no era cierto. La verdad era que al guerrillero lo capturaba la Fuerza Armada, lo torturaban y le trataban de sacar la verdad a como diera lugar, le extraían vivo los órganos y le amputaban las extremidades para obtener la información.

Después de la operación de La Reina se volvieron a replegar las unidades guerrilleras, otra vez en dirección a El Común, buscando para el área de Chalatenango, por el lado de arriba; nosotros estábamos en las alturas, no recuerdo el nombre de esta montañita donde estuvimos, siempre que llegábamos se reanudaban las actividades normales del campamento guerrillero, se cocinaba, las comunicaciones se empezaban con los otros frentes de guerra, etc.

7.3. Ataque a Tejutla

Se preparó la operación militar que se iba a realizar en Tejutla, en el grupo responsable de esta acción guerrillera iba un compañero al que conocíamos por el nombre de Androsio, era chelito, coloradito y el cabello algo amarillo. Por su apariencia le decíamos “Hijo del sol”, era un combatiente muy aventado, le gustaba vivir la acción.

Acompañé a Fabio Campanilla en esta acción guerrillera, él me dijo:

–Debemos ir pendientes por cualquier situación que pueda ocurrir.

Se esperaba que sucediera algo extraordinario por la información que se tenía de parte de rastreo de comunicación de la Fuerza Armada. Yo llevaba la frecuencia abierta, con audífonos puestos, me lo colocaba en una oreja y dejaba la otra abierta para escuchar a mi alrededor.

La frecuencia abierta consistía en llevar encendido el radio sólo para escuchar, no podía transmitir, así iba cuando de repente oí el código en el que transmitía la información de tener una baja en nuestras fuerzas. Fabio Campanilla me dijo:

–Pero si nadie ha entrado en enfrentamiento.

–No, todavía no.

Pero Ilán, compañero que iba en el destacamento, dijo que tenían una baja, pero que iban a resolver. La operación militar se realizó, se tomó Tejutla.

Después del combate se hizo la parada militar que se acostumbraba realizar. En eso estábamos cuando llegó el tercer puesto médico, era el que en cada operativo militar quedaba al exterior de la línea de fuego, y empezaron a buscar a un pato y preguntaban: ¿Dónde podían encontrar uno? Nosotros empezamos a preguntar: ¿Qué sucedía? ¿Para qué lo querían? Y lo que ocurrió fue que cuando iban cerca del objetivo, un compañero tropezó con una víbora y lo mordió, inmediatamente el veneno le hizo efecto y lo paralizó.

Dos combatientes lo sacaron del área y lo condujeron hasta donde estaban ubicados los compañeros de sanidad y empezaron a aplicarle los primeros auxilios. Pero era algo inusual, no estábamos preparados para ese tipo de emergencias. Entre la gente se empezó a murmurar que tenían que ponerle un pato vivo, que tenían que rajar el pato por la pechuga y ponérselo en la mordida de la víbora, había que hacerle una herida en la parte afectada al compañero para que el pato le absorbiera el veneno. Eso era el antídoto que la gente aseguraba era efectivo.

Después de haber hecho la acción militar en Tejutla nos retiramos hacia un caserío que estaba cerca, ahí estaba el hospitalito y tenían el compañero al que había mordido la víbora. Lo vi, su cuerpo estaba totalmente cenizo, por los efectos del veneno, no hablaba, estaba en coma, no ingería alimentos, no podía orinar, no podía hacer nada, estaba totalmente en *shock* y los compañeros no hallaban qué hacer con él. Volví a verlo como a los dos meses, comenzaba a hablar, se le empezaba a normalizar el color de la piel.

Astor nos contó de cómo le había costado conseguir que el compañero se recuperara, después decía que no le valió de nada el sacrificio, porque algo muy común en los compañeros era que ellos solos se daban el alta en el hospital, medio sentían que podían caminar, que aguantaban el zapato o que ya la herida no sangraba, que ya estaba un poco oriadita y se reintegraban a sus unidades guerrilleras para continuar peleando. Androsio no había terminado su tratamiento cuando se fue con las unidades que iban

hacia Potonico y en esa acción lo mataron, Astor decía: Con lo que me costó curarlo y para nada.

7.4. Otro ataque a El Limón

En la base guerrillera de Los Naranjos, donde se ubicaba la comandancia general, conocí al comandante Dimas Rodríguez.

Este campamento era la comandancia general de las FPL, y en ese momento el compañero de mayor rango que había era Dimas Rodríguez, era el segundo al mando después de Marcial y de Ana María. Dimas era el estratega militar que dirigía la lucha armada.

A Dimas yo no lo conocía. Cuando llegé a Los Naranjos a mí me trasladaron con él. Ya no iba destacada al mando táctico, sino que me quedé todavía mucho más a la retaguardia con Dimas Rodríguez.

Se volvió a atacar a El Limón, Fabio Campanilla fue al mando operativo (adentro) y Dimas se quedó en el mando táctico (afuera) de la operación militar.

Desde la altura donde estábamos se veía cómo corrían los soldados y los compañeros luchando duro. El combate comenzó en la madrugada, pero a eso de las diez de la mañana se veía el movimiento del destacamento militar número uno allí en Chalatenango. En el estadio pusieron morteros y empezaron a apoyar con artillería y tuvimos la muerte del comandante Fabio Campanilla en esta acción. Fue la primera vez, desde que lo conocí, que no lo acompañé, sino Glenda, era otra radista, ella tenía mala suerte porque le habían matado también al jefe anterior.

Cuando nos dieron la noticia de que habían matado a Fabio Campanilla, yo no lo creía, confirmé si era correcto el código, si se trataba de él y me dijeron que sí. Dimas se desconcertó, fue un golpe duro, pero la comunicación seguía y los compañeros necesitaban apoyo. Se mandó el pelotón que estaba de reserva, entró a apoyar al objetivo principal para que pudieran retirarse.

Lechuga, mi compañero radista, empezó a decirle a Dimas que tenían que darle la retirada a las contenciones que si no iban a terminar emboscados. Dimas se quedó callado. Entonces Lechuga empezó a darle la retirada a las unidades que ya habían entrado en combate, entraron las contenciones, pelearon y tuvieron que replegarse porque estaba cerca Chalatenango, nosotros estábamos en desventaja y a las once de la mañana andaba la avioneta 02 bombardeando, nosotros le llamábamos la Gradilla¹ o carreta, por su forma.

Esta avioneta se quedaba estacionada en el aire, sobre un mismo punto sin variar mucho y ahí empezaba a tirar los roquetazos, no era como el A37 que era rápido y no tenía mucho tiempo de tomar puntería, ésta no se detenía en el aire y el ruido que hacía

cuando iba bien baja era de carreta, su nombre técnico era O2 *Push and Pull*. Esta avioneta había apoyado toda la mañana.

Al compañero Aharón lo hirieron en esta acción de El Limón, le cayó no sé si esquirra o balazo en el pie y se le imposibilitó caminar; él fue guardia nacional y pasaba información para nosotros. Cuando lo descubrieron se fue uniformado con todo y G3, se metió a Guazapa y se quedó con nosotros definitivamente, era el que más sobresalía en el destacamento de Guazapa, pertenecía a las Unidades de Vanguardia (U.V.) de ese sector.

Hubo una etapa en la que a todos los compañeros les cambiaron los fusiles que utilizaban, por el M16 y los AR15, porque eran livianos y eran más funcionales como armas de asalto.

El fusil G3 pesaba mucho y era más grande y difícil de maniobrar; sin embargo, a Aharón no hubo quien lo hiciera cambiar de opinión, él andaba su G3 y una mochila llena de munición para su fusil y granadas; entonces, los milicianos que lo iban a cargar por su incapacidad para caminar a causa de la herida quisieron quitarle el fusil y la mochila, y él dijo que si lo iban a cargar que lo hicieran con todo y G3 y mochila.

Los milicianos cargaron a Aharón así en hamaca y cuando iban por una calle polvosa escucharon el sonido de una avioneta, los milicianos salieron corriendo y lo dejaron a media calle, él con el G3 en mano inmediatamente la divisó y comenzó a disparar a la avioneta y logró que se elevara, y gracias a esa acción no mató a los milicianos. Cuando daba la vuelta la avioneta los milicianos lo caminaban otro trayecto y cuando se acercaba hacían lo mismo, lo dejaban en la calle y ellos se cubrían en las cunetas de la calle. Así lo lograron llevar hasta La Montañita, y fue pleito durante el tiempo que él estuvo en el hospitalito: no lo hacían que se deshiciera de su fusil y su munición.

Entre tanto, se realizó el sepelio del comandante con todos los honores que se acostumbraban.

7.5. Ataque a Cinquera

A Chalatenango llegaron dos batallones de tropa que estaban situados en el paracentral, ahí conocí a Montes y a Fabiana, ambos eran miembros de esas unidades. Llegó también Milton Méndez, comandante de esas unidades, llegaron a la zona de Las Vueltas y de El Jícaro, nos juntaron ahí a los radistas.

Yo ya no salí a los operativos militares porque me quedaba en esta base sólo con las comunicaciones estratégicas entre frentes de guerra, en este campamento se organizó por champitas separadas, había la de comunicaciones, la de rastreo, la del jefe, la de la cocina, así separado.

La Fuerza Armada lanzó un operativo militar en contra de nosotros en este campamento, y sucedió una cosa rara: nunca nos habían caído las bombas tan cerquita, bombardearon justo el campamento.

Después de que terminó el bombardeo volvimos a organizar el traslado de las unidades de Chalatenango con el objetivo de atacar Cinquera, en esta acción militar me prohibió Dimas que hablara por radio debido a que los soldados nos ubicarían rápido.

Los soldados cuando me escuchaban por la radio decían ahí viene Dimas, y cuando escuchaban hablar a Felícita, otra compañera que andaba con el comandante Cerezo, decían ahí viene Cerezo.

Los efectivos de la Fuerza Armada le tenían miedo a Dimas y a Cerezo porque sabían que donde ellos iban ahí siempre se les aniquilaban las posiciones.

Llegamos hasta Copapayo, después de cruzar el lago nos fuimos por el lado de La Escopeta, en un cerro se organizó todo, y al día siguiente se montaron las operaciones militares. se iban a atacar varios lugares: Cinquera, Las Mesas, El Zapote y Jutiapa, este último pueblo lo teníamos clavado en medio, era la única posición de la Fuerza Armada que estaba cerquita, bien pegadita al cerro Azacualpa.

Durante los años de 1980 a 1983, quizás no hubo semana en que no se le hostigara dos veces: ir a dispararle a las posiciones adelantadas, tirarles granadas, entre otros, ahora iba en serio. Para que no se dieran cuenta no se hizo ninguna comunicación, y había veces que necesitábamos transmitir información en la radio, pero no podíamos. Ya en la noche, cuando salieron todas las unidades, Dimas se fue, y a mí me correspondió quedarme con Salvador Guerra.

Dimas entró con Cerezo a Cinquera. Los volví a ver hasta como a las diez de la mañana. Rambo era poco la expresión cuando aparecía Dimas, con su uniforme totalmente rasgado, sucio y sudoroso, por el esfuerzo y de ir avanzando en terreno inhóspito, en campo travesía minado, pues a la hora de entrar a Cinquera, primero pasó Cerezo, luego Dimas y atrás iba la compañera Greta, quien desgraciadamente pisó la mina y le costó la pérdida de un ojo, un pecho y parte de un glúteo.

Dimas llegó preocupado porque El Zapote no caía. A las diez y media, dijeron: El Zapote cayó pero Las Mesas no, y ahí estaba Ilán con parte del destacamento de Guazapa y Aharón estaba en recuperación, él era jefe de pelotón y la gente lo seguía, cuando decía aquí vamos, sabían que con él a aniquilar iban, le tenían una gran fe. Pero a él no lo habían dejado ir al asalto sino que lo habían dejado con el mando de esa operación militar, de ese puesto en este caso era Ilán, el que iba dirigiendo esta acción de La Mesa.

Dimas a Ilán le preguntó:

- ¿Ya metiste a combatir a Aharón?
- Lo que necesitamos de forma urgente es munición, granadas porque ya no tenemos, y también un arma de apoyo para lograr sacar a seis soldados que están atrincherados y no se rinden, ya no tenemos con qué tirarles.
- Es difícil poderle mandar el apoyo, por la distancia, desde aquí del Azacualpa hasta el lado de La Mesa, está muy retirado, así es que ataquen con lo que tienen. Te pregunté y no me contestaste: ¿ya metiste a Aharón?
- No.
- ¿Qué estás esperando?

Mientras tanto, Aharón estaba con ganas de entrar y no lo dejaban; donde estaban los compañeros sólo tenían veinticinco cartuchos y un lanzagranadas M79 con una granada.

Llegó Aharón y empezó a gritarles a los soldados.

–¡Ríndanse soldados hijos de la gran puta!, aquí viene su verdugo, les voy a contar hasta tres para que salgan.

En ese momento sonó una detonación de mina y un nutrido tiroteo producto de una emboscada a un bus que iba lleno de soldados de refuerzo a La Mesa, toditos fueron aniquilados. Esa acción le sirvió a Aharón, quien les dijo:

- Ese fue su refuerzo, los soldados que venían a salvarlos ya quedaron trabados y colgados en los palos, así que ya ni los esperen, les voy a contar hasta tres para que salgan, porque aquí nadie los va a venir a sacar, ya cayó Cinquera, El Zapote, Jutiapa, ustedes son los únicos que están de rebeldes, así que les doy hasta tres para que salgan.
- ¡Que se rinda tu abuela, terengo!

Los soldados le silbaban la vieja, entonces Aharón le dijo a los compañeros: Yo voy a contar hasta tres, voy a tirar la granada y ustedes rafagueen con todo, hasta que se queden sin un solo cartucho. Pero eso sí, les dijo, cuando salgan estos cabrones, ustedes le caen a la munición. Les contó hasta tres y no salieron, les puso la granada adentro de la trinchera y los rafaguearon.

Los soldados gritaban asustados y desesperados: ¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos! ¡Por favor ya no disparen!, salieron temblando, uno de ellos del miedo se había defecado en los pantalones.

Los soldados no sabían nada, por supuesto, se sorprendieron al ver que los combatientes salieron corriendo, no hacia ellos sino que a los fusiles, los soldados sólo se quedaron viendo.

Aharón empezó a burlarse de ellos, claro ya le había puesto un cargador a su fusil, les dijo:

–Ustedes son muy pasmados, bien pendejos, miren ve, ni una bala teníamos ya.

A él le encantaba hacer eso. Después que los capturaba le gustaba reírse de ellos y los soldados sólo se quedaban viendo uno a otro, pero no eran seis, sino trece soldados los que salieron de ahí, los hicieron prisioneros y se los llevaron. Se recuperó un mortero de 120 milímetros, lo guardaron, hubo bastante requisa de material y equipo; en la tarde, se concentró la tropa en el lado de El Tule, de San Nicolás, buscando ya para Copapayo.

Nosotros sabíamos que después de esas acciones llegaba la Fuerza Armada con todo sobre nosotros. Dimas por esa razón dijo que íbamos a cruzar el lago esa noche hacia Chalatenango, pero no se pudo pasar, del otro lado en el plan de Las Pozas habían soldados y no íbamos a poder desembarcar. Nos quedamos ahí y había un hospital con cerca de cuarenta heridos.

La Fuerza Armada metió al Batallón Atlacatl, que era comandado por Domingo Monterrosa, y esa tarde ya casi para oscurecer la gente de base se había replegado en guinda hacia el lado del Cerrón, mucha gente se fue a la isla El Jiote, otras gentes a otras islitas. Hubo un señor que lo capturaron cerca de la orilla del lago.

Los soldados le dijeron a Monterrosa por la radio que no encontraban el mortero por ningún lado, sólo habían hallado un hombre que al parecer era poblador del lugar, él les dijo que lo interrogaran sobre el mortero, ellos le contestaron que él decía no saber nada y que ya lo habían golpeado y que el hombre no decía nada. Claro, este señor no les podía decir nada, si yo que andaba ahí no lo había visto, no sabía dónde lo habían guardado, alguien de la población qué idea podía tener, ni sabía qué se les había quitado.

Monterrosa les dijo:

–Capen a ese hijo de la gran puta, guerrinche, terengo de mierda, pero primero cuélguenlo de los huevos y después lo castran. A ver si no les va a decir dónde está el mortero que nos güevieron.

El soldado estaba transmitiendo por la radio los gritos desgarradores del hombre cuando lo colgaron de los testículos y luego cuando lo castraron. Los soldados le dijeron a Monterrosa que aun así el hombre no había dicho nada. El señor murió y ellos no encontraron su mortero.

Bajo este operativo, al día siguiente, se tenían los cuarenta heridos a la orilla del lago. Cuando llegamos con Dimas encontramos la tendalada de heridos, los remeros que conducían los cayucos a Dimas le dijeron:

–Comandante, lo vamos a pasar sólo a usted.

–Entonces ya se fregaron, porque yo voy a ser el último, ustedes me pasan todos esos heridos y después voy yo.

Los encargados de los cayucos sentían una gran responsabilidad y sabían que no podían dejar a Dimas ahí porque el lago estaba inundado de ninfa, en la zona se le conoce como lechuga, es una planta que está tan enredada que cuesta abrirse paso y peor con remos.

Dimas les dijo:

–Más les vale que comiencen ya, sino aquí vamos a amanecer, pero eso sí, a mí me van a pasar con el último herido.

Los remeros sólo se voltearon a ver el uno con el otro y no hubo de otra, tuvieron que comenzar porque estaba aquella tendalada de heridos, hombres y mujeres, y comenzaron a pasarlos para el otro lado del lago en dirección del plan de Las Pozas.

Cuando escuché todo aquello, dije: Esto va para largo. Me recosté en mi mochila y dormité un rato y cuando desperté volví a ver el montón de gente todavía ahí y decía yo, bueno falta más y había que cruzar ese trayecto.

El lago era patrullado por lanchas pirañas que tenían una ametralladora montada, lista para disparar, esa era la verdadera razón por la que los remeros no querían pasar y también porque ahí estaba cerca el cerro El Garrobo, por el lado del Cerrón Grande, y ahí por ese cerro había una posición adelantada de soldados con reflectores que iluminaban el lago a gran distancia. Entonces, eran varias las razones por la que los compañeros de los cayucos no querían pasar.

Casi para amanecer, a las cuatro de la mañana, pasaron al último herido, y dijo Dimas: Ahora sí nos vamos nosotros. Dimas poseía una gran calidad humana, él a su tropa la defendía donde fuera, y a los heridos ya no se diga. Si había compañeros heridos, él siempre andaba pendiente que tuvieran agua, comida, la mejor atención que en esas condiciones se les pudiera dar.

Lo triste fue que cuando llegamos al otro lado, nos encontramos todita la tendalada de heridos a la orilla del lago, hubo descoordinación y los milicianos no habían llegado a cargar a los compañeros de ahí para arriba, entonces empezamos a esa hora a meterlos en los charrales de ahí cerquita, porque donde estaban se veían desde lejos, y a esa hora me tocó encender la radio para establecer comunicación con el mando de Chalatenango e indagar qué pasaba.

Ahí teníamos a los heridos y no habían llegado los milicianos. A esa hora montaron un operativo militar al otro lado de seguridad, para contención, en los posibles lugares

donde podrían llegar los soldados para proteger la retirada de los heridos. Con los pocos milicianos que llegaron se empezó a cargar a los que había que llevar en hamaca, que eran bastantes, y los que podían caminar con ayuda había que echarles el hombro.

Dimas se puso de cargador de una hamaca, de esas que se armaban con palanca de palo rústico, de las que fabricaban los compañeros que estaban heridos y que ya no podían ser incorporados a las unidades guerrilleras en las que combatían; fabricaban hamacas en el lado de Las Flores, ahí había un tallercito donde hacían atarrayas para pescar y hamacas.

A las doce y media de la mañana íbamos subiendo a La Laguna Monte Redondo, es una altura considerable, Dimas se desmayó, le dio insolación, dijo el doctor, todos nos preocupamos, él ya no se detenía en pie. Entonces pusieron al compañero en el piso y empezamos a echarle agua en la cara, estaba totalmente pálido, con dificultades para respirar, le movimos los brazos, le soltamos el cincho, de tal forma que pudiera respirar.

Dimas ya no pudo cargar, se sentía mareado y no habíamos cenado, desayunado, ni dormido y ya era el mediodía del día siguiente. Los días anteriores tampoco habíamos dormido ni comido mucho, por el operativo militar no se había podido.

Llegamos hasta la laguna, ya ahí se estableció un hospitalito. Se le empezó a dar atención a los heridos. Dimas ahí anduvo con su caramañola dándoles agua, y buscando quién andaba una ración alimenticia operativa que le hubiera sobrado. Era bastante difícil porque en las condiciones en que habíamos andado, todos habíamos agotado las reservas que consistían en harina de maíz tostado con azúcar, o leche en polvo con azúcar, esas eran las raciones operativas, porque se comía azúcar y harina con agua, y eso hacía las veces de desayuno, almuerzo o cena.

Dimas anduvo buscando quién tenía todavía ración, para entregárselas a los compañeros que tenían hambre, ni siquiera para él que se andaba desmayando sino para los compañeros que estaban heridos, y por ahí apareció una señora de la población que llevó tortillas y frijoles y empezó a repartirles a los que estaban heridos y a los de la seguridad que también habían cargado, que eran dos compañeros, ellos decían: Siquiera Dimas se acordara de nosotros, y cuando él terminó de repartir a los heridos, habían algunos que no se les debía dar alimento, cuando él terminó y le sobraron tortillas volvió a ver y nos miró a nosotros tres. Se acercó a darnos tortilla con frijoles, y no alcanzó para él. Se quedó sin comer.

En ese lugar estuvimos hasta las siete de la noche, cuando llegó un jefe que quedó a cargo del traslado de los heridos. Nosotros nos trasladamos, seguimos caminando, nos deteníamos por un rato donde podíamos descansar. Dormimos esa noche y al día siguiente nos dirigimos hacia el campamento.

7.6. La muerte de la comandante Ana María

El comandante Dimas el 5 de abril de 1983 a las dos de la tarde, me dijo:

–Cecilia: se alista porque vamos a ir a una misión.

No había mucho que preparar porque normalmente uno anda la “casa” en la mochila. Sólo verifiqué tener suficientes baterías, la antena, papel, lapicero, que era lo que yo usaba para trabajar y el arma que se andaba siempre por cualquier situación de peligro. No era la misión pelear, pero había que andar preparado. A las tres y media me dijo:

–Cecilia, nos vamos.

Cuando Dimas decía nos marchamos iba adelante y uno tenía que correr para no quedarse, estábamos por el cerro El Picacho, por La Laguna, en Chalatenango, y la misión hasta ahí yo no la conocía, sólo lo seguí. En el camino, me dijo:

–Vamos a Cinquera, tenemos que cruzar el lago.

Me daba pánico porque yo no sabía nadar, yo no decía lo que me daba miedo, había que enfrentar el peligro.

Llegamos a las nueve de la noche al Plan de Las Pozas, los lancheros no habían llegado todavía, hubo que esperar a la orilla del lago. Habían unos zancudos terribles, picaban como si introdujeran una aguja para extraer la sangre, no podía uno descansar, tenía que estarse espantando esos insectos.

Los lancheros llegaron y nos subimos en sus endebles embarcaciones, eran dos canoas. Íbamos cinco en cada una, iban también Manzanares de la radio Farabundo, Nicolás y no recuerdo quién otro, pero iban tres de la radio, la seguridad de Dimas y yo de comunicaciones.

Costó cruzar el lago porque había bastante lechuga, había ratos que no se avanzaba nada, porque estaba bien saturado de esa planta acuática.

Arribamos casi al amanecer al otro lado, era una distancia corta, lo primero que hicimos fue ir a buscar el lugar donde nos íbamos a ubicar, había una reunión de jefes de frentes de guerra. Cuando llegamos, Dimas me dijo: Cecilia, en esa casa vamos a estar. Había una casita vieja de bajareque, busqué el mejor lugar para transmitir, fui a buscar a un señor ahí cerca y él dijo que nos iba a dar café y que podíamos quedarnos en esa casita abandonada.

Manzanares y Nicolás empezaron a poner unas hamacas que andaban llevando con unas pitas de nailon delgaditas. Me daba risa porque cuando las ponían quedaban altas, donde se sentaban topaban al suelo, al final las lograron colocar y descansaron un rato.

Busqué cómo colocar la antena porque era grande, estábamos en una posición bien baja y había que ponerla lo mejor posible y orientarla hacia el lugar que más nos interesaba, como era Chalatenango y Guazapa.

Ubiqué la antena, saqué el radio y empecé a modular a las seis de la mañana; empecé a llamar a la estación a Nairobi, intenté dar señal: uno, dos, tres quién me copia. Y nadie me contestaba. Empecé a llamar a ¿Nairobi? y a Ámsterdam, eran los indicativos que teníamos, Balboa que era el paracentral y nadie me respondió. Era muy temprano.

Entonces me quedé con el radio encendido por si aparecía alguien, a las siete de la mañana volví a hacer otra llamada, y apareció la estación de Managua, el indicativo que le poníamos era Lagos, cada vez que hablábamos no mencionamos Nicaragua sino que Lagos, y el indicativo de la radista era Canadá.

Canadá apareció de repente y me dijo:

–Necesito que copies un mensaje.

A la radista la sentí alterada como si tenía una emergencia, algo raro; porque todos nosotros teníamos emergencia, porque íbamos a transmitir rápido, porque había artillería, pero... Lagos nunca tenía una emergencia. Ellos todo el tiempo salían con toda la paz del mundo, se les escuchaba fuerte y claro, siempre nos hacían puente, recibían ellos nuestros mensajes y se los retransmitían a las otras estaciones cuando aparecían. Pero ese día no. La compañera me dijo:

–Necesito que copies un mensaje inmediatamente.

Empezó a dictarme más rápido de lo normal, siempre le poníamos un nombre a los mensajes, este se llamaba tabú, y empezó a dictar uno siete tres cuatro cinco, o sea dictábamos en bloques de cinco y ahí se fue, era corto el mensaje, quizás unas diez líneas, y me dijo:

–Voy estar aquí pendiente, sácalo rápido, y me decís cuando ya lo hayas terminado de descifrar.

El mensaje decía: “Hace algunas horas murió la comandante Ana María”. Volví a revisar el código y me parecía raro. Bueno terminé de descifrar el mensaje y le pregunté: corrígeme, el grupo número tal, de tal línea. Ella me dijo: Parece increíble, pero está correcto, así es. Y empezó a llorar. Para mí fue una sorpresa también. Cómo era posible que ahí que todo estaba bien, había muerto. Me empezaron a asaltar las

dudas, y me dijo: Dale inmediatamente este mensaje a tu hermanito, que era mi jefe, el comandante Dimas Rodríguez.

Fui a entregar el mensaje, estaba Ricardo Gutiérrez de Guazapa, Milton Méndez por el paracentral, Salvador Guerra que venía de Chalatenango, no recuerdo quiénes más habían, pero eran como cinco, entré y le informé: Dimas, aquí hay un mensaje y es bien delicado. Le di el cuaderno con el mensaje, y él me dijo:

–¿Cecilia estás segura que así es? ¿Este mensaje está confirmado?

–Sí, lo está.

–Ya vamos a ver.

Salí, y ellos estuvieron en esa reunión hasta el mediodía.

En el mensaje cifrado no decía cómo la habían asesinado, sólo informaba: Hace unas horas murió la comandante Ana María, después se ampliará información, y no lo firmaba nadie. Parecía una iniciativa de la compañera de comunicaciones.

Después salió Dimas y me dictó un mensaje que necesitaba que transmitiera, para el comandante Marcial, necesitaba que se le ampliara la información sobre los hechos que se le narraban en el mensaje tabú y que íbamos a estar esperando más información.

Después Dimas se puso a hablar directamente por la radio, hablaban con una clave que se tenía especialmente para esas oportunidades, pero Marcial no hablaba del otro lado sino que la compañera radista le contestaba.

Cecilia: necesito que me confirmes cómo sucedió, pero yo no recibí más mensajes sobre ese hecho. Sí estuve captando de los otros frentes para los jefes que estaban en reunión. Esa noche nos quedamos ahí, no regresamos a Chalatenango, en el día no se podía cruzar el lago, en la noche lo atravesamos. Llegamos al día siguiente a La Laguna, volvimos a poner las comunicaciones, y recibí otro mensaje que decía:

–Para Salvador Guerra: Necesito que estés en Managua en tres días, si no llegás en ese plazo, me voy a suicidar (lo firmaba Salvador Cayetano Carpio).

El mensaje era para el comandante Salvador Guerra, pero yo normalmente toda la información que recibía se la daba al comandante Dimas. Lo leyó primero, y él me dijo: Llame a Salvador y le comunica el mensaje. Salvador Guerra se preocupó, y expresó:

–Pero yo no puedo salir en tres días, es imposible.

Estábamos en La Laguna y para salir había que cruzar para el lado de Guazapa, volcán de San Salvador, hasta San Salvador, o por el otro lado caminar hasta el final del departamento, por la Troncal del Norte. Otro inconveniente era que él no tenía

documentos listos ni contactos, o sea que eso tomaba tiempo, no menos de ocho o diez días, para que él pudiera estar en Managua.

Salvador Guerra me dijo:

–Cecilia vamos a responder. Dígale que el plazo es muy corto y que es imposible salir en tan corto lapso, que me dé más tiempo.

Me ratificaron el mensaje, contestaron que no había más días. Cabal, cumplidas las setenta y dos horas, recibí otro mensaje para Dimas Rodríguez que decía: El comandante Marcial se suicidó.

Posteriormente se recibieron mensajes sobrecifrados, esos los descodificó Dimas, situaciones delicadas, él usaba la clave y descifraba, y recuerdo que sólo hubo informaciones generales.

Dimas decía que ese acontecimiento no debía cambiar el rumbo de nuestra lucha, que eran problemas que se habían dado. Dijo que con picahielo habían matado a Ana María, y que si confiaban en él no había por qué dividirse o fraccionarse. Las pruebas que salieran en el camino se podían superar y que se lamentaba la muerte de Ana María, pero que otro compañero o compañera iba a tomar su lugar y que la lucha continuaba. Había que enfilar las baterías hacia el verdadero enemigo y que confiaran en él, y les preguntó: ¿Confían en mí? ¿Están listos? ¿Vamos a seguir adelante? Y todos contestaron ¡sí!, todo mundo sentía confianza en el comandante Dimas.

Todos sabían que Dimas era un gran dirigente, entonces ahí no pasó mayor cosa. Después se conoció públicamente que había personas detenidas, pero siempre quedó la duda si Marcial se había suicidado, si lo obligaron a hacerlo o qué.

Ana María estaba urgida por terminar el conflicto armado, era partidaria de que había que negociar lo más antes posible con la Fuerza Armada y el gobierno salvadoreño, era afín a tener un acercamiento con la administración estadounidense de Ronald Reagan. Ella insistía en la construcción de la unidad hacia la opción del diálogo y la negociación.

Cayetano Carpio, de los cinco comandantes del FMLN, era el único que se oponía a terminar la guerra mediante un acuerdo con el enemigo, pues sabía que la oligarquía, la Fuerza Armada y el imperialismo gringo eran mentirosos, que nunca habían cumplido y que jamás ejecutarían a cabalidad cualquier acuerdo de paz que se lograra.

Marcial estaba en contra de fraternizar con el enemigo, él decía que había que acumular victorias militares contundentes, aumentar el territorio controlado y modernizar el armamento bélico para tener poder de negociación, y que sólo hasta entonces se debía de negociar el final del conflicto armado, porque de lo contrario sería

una rendición y el gran perdedor sería el pueblo salvadoreño, y que los lisiados, los torturados y los muertos iban a ser en vano.

A la luz pública se dio a conocer que esta contradicción entre Cayetano y Ana María había llevado al comandante Marcial a asesinarla. Posteriormente las fuerzas de seguridad del gobierno sandinista realizaron una investigación al respecto y dio como conclusión que Cayetano Carpio no mandó a asesinar a Ana María.

El nombre de Salvador Cayetano Capiro al interior del FMLN es un tabú. Inmediatamente después de su “suicidio” se dejaron de utilizar las consignas ¡Revolución o Muerte, el Pueblo Armado Vencerá! ¡Patria Libre o Morir!

Casi inmediatamente después del “suicidio”, las FPL y ERP desmontaron la estructura regular de ejército guerrillero especializado y experimentado de 1,900 insurgentes que tenían; las FPL poseían una estructura móvil compuesta de tres Batallones: el X21, el Ernesto Morales y el Andrés Torres, cada uno estaba compuesto de 300 guerrilleros; el ERP tenía el Batallón Revolucionario Rafael Arce Zablah (BRAZ), compuesto por 1,000 guerrilleros. En este ejército guerrillero no contaban los milicianos.

Aunque parezca mentira a los miembros del ejército guerrillero se les dio de baja y se enviaron a formar parte de la población civil a sus lugares de origen o los enviaron a los campamentos de refugiados salvadoreños que estaban establecidos en Honduras, etc.

Esta destrucción del poder insurgente en donde se conjugaba el accionar del ejército regular guerrillero con la táctica de guerra de guerrillas, los comandantes generales del FMLN, le dieron el nombre al *haraquiri* de “ajuste a nuestra táctica y estrategia”.

Esta situación creó malestar, inconformidad e incompreensión en los miembros del ejército guerrillero, porque después de estar combatiendo por más de una década, de un día para otro les dijeron: Muchas gracias, que les vaya bien.

En su lugar se formaron pequeños grupos de guerrilleros ambulatorios para mantener entretenida a la Fuerza Armada mientras negociaban.

Las consignas históricas de lucha fueron reemplazadas en la práctica política y militar de los comandantes Joaquín Villalobos, Eduardo Sancho, Leonel Sánchez Cerén y Schafik Jorge Hándal, por:

- ¡Revolución o Negociación!
- ¡Patria Libre o Acuerdo de Paz!

Estos comandantes del FMLN, al año siguiente de haber creado las condiciones para conducir al suicidio del comandante Salvador Cayetano Carpio, presentaron la

propuesta de Integración y Plataforma de Gobierno Provisional de Amplia Participación, el 31 de enero de 1984.

Joaquín Villalobos, Eduardo Sancho, Leonel Sánchez Cerén y Schafik Jorge Hándal, estaban urgidos de formar un gobierno con la participación de sus enemigos, estaban precisos por convertirse en diputados, alcaldes y ministros. Los EE.UU., el gobierno y la Fuerza Armada salvadoreña no aceptaron.

El comandante Marcial deseaba que llegara Salvador Guerra porque era un compañero que se había ganado la confianza en el campo de batalla desde que se inició el conflicto armado, y quería que fuera su sucesor.

Marcial no quería que eligieran a Leonel González porque lo consideraba cercano al PC. Los comunistas siempre se opusieron a la lucha revolucionaria como medio para instaurar la paz y la democracia en El Salvador.

Sin embargo, después de la muerte del comandante Salvador Cayetano Carpio se anunció que Leonel González tomaba su lugar. Era alguien de quien los combatientes, nunca habían oído su nombre hasta esa fecha. Era un perfecto desconocido.

Leonel llegó a Chalatenango, a trabajar allá, y se les informó a los combatientes que hasta que se realizara el Séptimo Consejo Revolucionario, él iba a estar al frente de la organización y empezó a tomar las decisiones.

Leonel no tenía voz de mando, ni carisma, era parco, tampoco era amigable, los compañeros en lugar de acercársele se le alejaban. No daban deseos ni de saludarlo.

Cuando Leonel González llegó a Chalatenango a Cecilia la dejaron trabajando con él, ya no con Dimas Rodríguez, le correspondió quedarse en el campamento de la comandancia. Era un campamento sedentario, estaban casi todo el tiempo ahí. Si había invasión, con anticipación se sabía por dónde iba el operativo y ellos salían por la otra punta, nunca se ponían en riesgo porque ahí se manejaba toda la información, comunicación, rastreo. Todo ese aparataje siempre se movía antes de que entrara el operativo militar.

7.7. Séptimo Consejo Revolucionario de las FPL

Se llevó a cabo en Chalatenango en 1983, era el máximo organismo de las FPL donde se reunió la mayor cantidad de cuadros de partido.

En Chalatenango, donde teníamos el campamento de la comandancia general, le llamábamos El Chile Quemado porque la Fuerza Armada lo había incendiado con *NAPALM* varias veces, pero como éramos necios volvíamos al mismo lugar porque nos gustaba, le teníamos cariño, era de rutina que después de que se exploraba que no había ningún explosivo volvíamos a instalar el campamento.

El campamento estaba situado en las proximidades de Los Naranjos, nos quedaba enfrente La Montañona y el cerro La Burrera. Para los preparativos del Consejo Revolucionario se construyeron grandes instalaciones improvisadas con el mayor “lujo” posible, éstas se edificaron en la parte de abajo, en una vaguada, ahí se habían erigido garitones simulando una sala de reuniones, y un lugar donde iban a dormir los asistentes, porque iban a llegar bastantes compañeros, era un evento de carácter nacional.

Llegaron compañeros que trabajaban en el área diplomática como Salvador Samayoa, él se incorporó a la organización cuando era ministro de Educación en la Junta Revolucionaria de Gobierno y lo hizo de una forma pública y propagandista, asimismo asistió Miguel Castellanos, es decir, varios cuadros de alto nivel que estaban destacados en el área metropolitana, en los comandos urbanos.

Había bastante seguridad y todos estábamos preparados debido a que ahí estaba toda la dirección de las FPL. Yo, al igual que todos mis compañeros combatientes, como era una simple guerrillera no sabía qué pasaba, solo recibí instrucciones de que tenía que entregar el libro de comunicaciones única y exclusivamente a Leonel González o a Dimas Rodríguez, a nadie más.

Solamente a cualquiera de ellos dos, a pesar de que estaba recibiendo comunicación de todos los frentes: del Occidental, de Guazapa, de Cinquera, San Vicente, Usulután y del exterior, incluso del Metropolitano, pero la orden que tenía era que el cuaderno donde yo escribía los mensajes ya descifrados se lo iba a entregar a Leonel.

Yo no tenía que hacer comentarios absolutamente con nadie más sobre la información, desconocía qué pasaba. A ese lugar nadie entraba, solamente la gente que estaba participando en el Consejo.

Nosotros estábamos separados de los participantes en el Séptimo Consejo Revolucionario de las FPL, había más de tres cuadras de distancia, yo no entraba tampoco al lugar, llegaba a cierta distancia con el cuaderno y salía Dimas Rodríguez o Leonel a recibirlo, o ellos subían hasta el campamento. La demás gente que no conocía, no llegaba porque el campamento de la comandancia tenía restricciones, no cualquier gente llegaba, sólo los jefes de destacamento, los comandantes, la gente que estrictamente tenía que llegar, los que ya conocían el campamento llegaban a veces o estaban ahí destacados, pero los demás se quedaban en esas instalaciones.

Fue agotador y extenuante porque el trabajo aumentó considerablemente; en esos días llegó Cortez Blanco, que era de comunicaciones de Usulután, a reforzar las comunicaciones. Y me dijeron que solamente él y yo íbamos a trabajar la información, luego se incorporó Berenice, otra colega que venía del oriente del país, camaradas que conocía sólo por la voz.

En el desarrollo de este evento se dio un operativo militar de la Fuerza Armada, hubo que retirarse y salimos por el lado de Los Blandos, buscando hacia El Portillo del Norte. Claro, era una caminata terrible para las personas que no estaban acostumbradas, como los compañeros del metropolitano. Ellos habían llegado con muchas cosas que allá no se veían: ropa bonita y adecuada para el lugar, zapatos nítidos para andar en el campo, y de armamento ya no se diga, andaban subametralladoras bien bonitas, con caserina de cuero, o sea: lo último.

Los compañeros cuando veían a los del metropolitano decían:

–Uimmmm, miren ve, y los andamos cuidando y cómo andan de armados. Mejor deberían darnos esas armas.

Los del Metropolitano eran de San Salvador y pertenecían a los comandos urbanos. Había llegado sólo la dirigencia y la seguridad de ellos. En el trayecto de esta retirada se vieron muchas cosas, por ejemplo, Salvador Samayoa sufrió mucho porque andaba enfermo de la rodilla. Le consiguieron un caballo sin montura para transportarlo. Los compañeros empezaron a burlarse, y le decían:

–San José ¿dónde has dejado a la Virgen?

Samayoa no estaba acostumbrado a andar montado en bestia, lo que significa que al día siguiente iba a caminar y a saber cómo del dolor.

En esta guinda uno de los comandantes metropolitanos olvidó el arma en un lugar donde habíamos hecho una parada. Los compañeros de la seguridad tuvieron que regresar a buscarla. Y todos lamentando: andaban buenas armas y quizás ni las sabían usar, hasta las habían dejado perdidas.

En el metropolitano se sacaban las armas en el momento que se iban a ocupar, de ahí ni querían que los vieran con ellas. En el monte era todo lo contrario: no se podían apartar de ellas ni un momento, porque era su seguridad, su vida. Causó muchas molestias el hecho de que olvidaran las armas ¿cómo era posible?

Gerson Martínez también andaba ahí, pero a nadie le gustaba ir detrás de él, porque sólo soltándosele las cintas de los zapatos iba y había que esperar a que se las amarrara. Además, a cada rato se tropezaba y se desplomaba en el suelo, esta situación empeoraba en la noche para caminar en lo oscuro. Se pasaba cayendo, tropezando y trastabillando a cada rato.

En esas ocasiones nosotros no podíamos encender lámparas, pero por suerte terminó el operativo y se regresó a las instalaciones. Se culminó el Séptimo Consejo Revolucionario donde se dio como resultado que Leonel González fuera ratificado como el máximo dirigente de las FPL.

En el Séptimo Consejo Revolucionario participaron más de doscientos compañeros, hubo dirigentes de masas, de milicias, del trabajo exterior. En el momento yo no lo supe, pero de ahí salió el Movimiento Obrero Revolucionario (MOR) lo integraba todo el metropolitano. Las FPL se fraccionaron y ellos se salieron de la organización, el metropolitano estaba inconforme con los hechos que habían sucedido entre Ana María y Marcial (Salvador Cayetano Carpio).

En esos días salí hacia San Salvador, iba a curación, estaba mal de salud, me mandaron con los correos, iba a salir por San José Segundo, por el lado de San Martín; y los del metropolitano saldrían por el lado de Chapín del volcán. Algunos de ellos me conocían, incluso Miguel Castellanos.

Recibí instrucciones de que por ningún motivo me fuera por la misma ruta que llevarían los del metropolitano, que no aceptara contacto de parte de ellos y que no les diera nada de información; ellos salieron una noche antes, la noche siguiente yo llegué a Cinquera y empezaron a decirme que me fuera con ellos por el lado de Chapín y les dije que no. Yo era una persona bien obediente, seguía al pie de la letra las instrucciones, no me atrevía a desobedecerlas.

Los del metropolitano se fueron por el lado de Chapín, luego salí hacia San Salvador sin mayores dificultades. Estuve en El Cocal tres días, éste era un campamento bien difícil porque a veces había que meterse en los tatús, aquí no había zonas controladas. En este lugar se jugaba mica con la Fuerza Armada, cuando entraban lo hacían por un lado y había que moverse en el terreno o introducirse en los tatús porque era un campamento de paso, su misión era estar ahí para la vía logística, pero sacar y entrar gente era difícil aunque se hacía en esa zona. Recuerdo que estuve tres días, luego salí por el lado de San Martín.

La compañera que me recogió me llevó a San Salvador. Teníamos dificultades con la organización metropolitana, porque básicamente toda la estructura quedó controlada por los del MOR. Por fin encontramos un contacto que no se había adherido a la organización disidente y me puso en relación con el odontólogo que me proporcionó el tratamiento dental, había concluido en quince días cuando dijo la persona que me contactó, me ordenó regresar al frente de guerra porque estaba muy complicada la situación en San Salvador, que habían muchos problemas y que lo mejor era que retornara.

Volví al frente por el lado de San José Segundo, por El Cocal, llegué y me encontré en medio de una gran actividad operativa. Se iba a realizar una reunión de la comandancia general en Morazán. Leonel González con toda su estructura ya estaba adelante, yo era parte de ella, pero como estaba fuera no había ido. Cuando llegué a Cinquera me encontré a Dimas y me dijo que tenía instrucciones de enviarme a Morazán a apoyar la estructura de Leonel González, que debía de ir a incorporarme allá al trabajo de comunicaciones; había ido Cortez Blanco y otros compañeros.

En la comunicación que tuve con Cortez Blanco me dijo en clave que habían tenido muchos inconvenientes. Todavía no habían llegado hasta el lugar preciso donde iban a hacer la reunión. Los guías que llevaban se habían perdido. En ese momento él insistía que no lo siguiera, que me quedara ahí, que ya habían dejado a una compañera en un campamento en el trayecto porque no resistió. Era una caminata desde Chalatenango hasta Morazán. Había partes que se podían caminar de día, otras que sólo de noche. La gente ya iba cansada, agotada de la caminata, los pies lastimados con ampollas, pero alcanzaron a llegar.

Leonel le preguntaba a Dimas que si yo ya había llegado, que si me iba a mandar y Dimas le contestaba que sí. Sólo esperaba el correo y ella salía. Y le conté al comandante Dimas que Cortez Blanco me decía que no fuera, que habían muchas dificultades, que la ruta estaba bien difícil, que cuando ellos iban aún con los mejores guías se perdieron, y que no valía la pena porque la reunión iba a ser corta, que en lo que yo llegaba la reunión terminaba y sólo iba a ser el viaje.

Ante la insistencia de Leonel para que Dimas me enviara, por fin Dimas dijo: Cecilia se queda aquí con nosotros, allá que resuelvan como puedan. Y no me mandó.

En esos días se hizo un operativo militar en Jutiapa, se tomó el pueblo y se recuperó bastante material de guerra, un mortero 120 mm. Se aniquilaron tres secciones completas de la Fuerza Armada que llegaron de apoyo, lo que puso en movimiento a muchas unidades elites de la Fuerza Armada, de los puestos cercanos.

Cinquera era un huevo para guindear o sea, era superchiquitito, no había mucho para donde irse, no había vegetación, sólo se estaba de cerro a cerro: total, no había mucho para donde correr. Porque para el lado de Guazapa teníamos el cerco de la calle nueva, también Guazapa estaba asediado con operativos casi permanentemente, es por ello que ahí tuvimos que resistir.

7.8. La Fuerza Armada se autobombardea

El destacamento del comandante Cerezo emboscó una compañía de este batallón nuevo de la Fuerza Armada. A esta compañía nuevecita todita, se la acabaron. Les quitaron todas las armas. Después de eso llegaron los A37. Cerezo se destacó mucho por su habilidad para engañar a la Fuerza Armada, él agarró un radio PRG77 de los que se le habían quitado transmitía bien, estaba en buenas condiciones.

Cerezo empezó a dirigir el bombardeo, comenzó a hablarle a Bravón 1, y a darles las coordenadas donde iba a tirar las bombas, la Fuerza Armada tenía el cerro Azacualpa, hasta la cuarta bomba, cada una era de doscientas libras, le quedaba una nada más.

Cerezo cuando lo dirigía metía interferencia y no permitía que hubiera comunicación con la base de ellos. Después, a saber cómo el piloto se dio cuenta de que

lo estaban engañando, y escuchó los lamentos de los soldados por la radio. Los soldados le tenían un pavor terrible a la artillería y a la aviación, porque ellos estaban acostumbrados a usarla contra los guerrilleros, no hacia ellos mismos.

El avión lanzó las bombas exactamente a donde ellos estaban y les causó bajas. Cuando se dio cuenta llegó otro avión de refuerzo con dos bombas para los guerrilleros y, bueno, hubo que cubrirse. Empezaron a tirar con morteros desde la calle de Cojutepeque, y los combatientes estaban escuchando las coordenadas, cayó la primera bomba como a cien metros a la izquierda de donde los guerrilleros estaban.

Desde el operativo un militar dirigía al artillero, y le decía que tenía que ponerlo otros cien metros a la izquierda. Esa bomba va a caer aquí, dijo Cerezo, nombre, dijo, a la izquierda, a la izquierda de ellos, derecha para nosotros, entonces los guerrilleros se quitaron de donde estaban y empezaron a bajar y escucharon la salida, porque se oye la detonación de salida y luego la explosión donde cae. Cabalito, ese mortero cayó exactamente donde los compas estaban, pero como ellos escuchaban cuando lo estaban dirigiendo, todo mundo se apartó, se cubrió y, bueno, no sabían si iba a caer donde se estaban cubriendo. Los combatientes no teníamos cómo estar calculando exactamente dónde iba a caer, así los tuvieron toda la tarde escuchando que cincuenta adelante, cincuenta atrás y, total que, así pasaron el día entre morteros y bombas, pero no tuvieron bajas.

Todo mundo celebraba cómo Cerezo se había lucido dirigiéndoles el bombardeo, y lo hizo en más de una ocasión. Esta era una de sus grandes habilidades: fingir la voz. Lastimosamente él murió después de finalizado el conflicto armado, sufrió un derrame cerebral, por lo menos logró ver el Acuerdo de Paz.

7.9. La toma de Tenancingo

Estaban en el Campamento de la comandancia en El Chile, en el departamento de Chalatenango, en 1984. Cecilia tenía interés en participar en la toma del pueblo de Tenancingo, pero no la llevaron. Estuvo toda la noche en vela, tuvo encendida la radio base de dos metros, no se oía nada, hasta en la madrugada se empezó a recibir un poco la señal.

Cecilia escuchó como a las diez de la mañana, en la frecuencia, que los combatientes necesitaban comunicarse con el mando del operativo militar y no podían porque estaban en un zanjón del río Tepechapa, el cual se abre al final en dirección a Chalatenango, pero muy a lo lejos, por eso la señal de los radios móviles que andaban los compañeros era débil.

Cecilia intervino en la comunicación y empezó hacerles puente con el mando, a transmitir entre uno y otro para darles instrucciones, y en este lugar habían encerrado a una unidad militar de la Fuerza Armada que la aniquilaron totalmente, era parte de los refuerzos que habían recibido los soldados en ese pueblo.

Esta acción guerrillera fue contundente porque se tomó totalmente el pueblo y se capturaron a capitanes, que se encarcelaron en la iglesia. Estos prisioneros fueron canjeados por lisiados y prisioneros guerrilleros, pero los oficiales arrestados se fugaron del lugar y fueron a parar a Honduras. Fue un descuido del centinela.

La toma del pueblo fue un éxito, no así para la población civil porque sufrió un gran golpe: la aviación no anduvo con miramientos. Recibió la orden que bombardearan todo el pueblo y éste quedó en ruinas. Veintitrés años después aún se pueden observar los escombros que quedaron de las viviendas, pues no se ha reconstruido.

VIII

TRANSMITIENDO DESDE NICARAGUA

8.1. Viaje a Nicaragua

Salí del campamento guerrillero de Chalatenango hacia San Salvador en 1984, tenía problemas de salud. Había pedido permiso y me lo concedieron para ir a la capital a recibir tratamiento médico.

Tenía problemas con mi mano derecha, se me hinchaba y era difícil escribir, me dolía mucho. Pero mi sorpresa fue cuando Facundo Guardado me dijo que no iba a San Salvador, sino que me mandaban para Managua. Insistí que ahí no quería ir, sino a San Salvador.

Facundo me dijo: Es mejor que vayás hasta allá porque San Salvador no es seguro ahorita. Era por todo lo que se había dado con lo del MOR el año anterior, todavía había problemas con algunas estructuras en la capital.

Me mandaron con un compañero de Dirección y Facundo le dijo que su misión era sacarme hasta San Salvador y conectarme con la gente para que me llevara a Managua, y que no debía dejarme en ninguna otra estructura sino que él debía entregarme personalmente con los compañeros que me iban a enviar a Managua.

Salimos por el lado de la Troncal del Norte, tardamos como veinticuatro horas en llegar ahí y al día siguiente, supuestamente, nos iban a recoger. Estuvimos durmiendo en una finca, iban tres compañeros de seguridad con nosotros, éramos cinco en total, ahí

no había campamento, estábamos a la orilla de la carretera y dormimos esa noche haciendo guardia por turnos.

El compañero que me llevaba se llama Tiburcio. Me dijo: Te alistás que a las siete y media pasará nuestro contacto, pero se hicieron las nueve y no hubo contacto. Ya teníamos hambre, no había dónde ir a comer.

Tiburcio nos llevó a una casa, que era gente conocida de él, y me preguntó la señora: ¿Y usted va para San Salvador? Sí, le respondí. Ella me dijo: Ah, pero así como va no llega. Y empezó a cortarme el cabello, a depilarme las cejas, las piernas. Yo tenía las piernas superblancas porque vestía sólo pantalones.

La señora me había mandado a comprar un vestido, y me dijo: Tienes que ponerte medias, así como vas en el primer retén te van a capturar. Los soldados ya sabían que la gente que salía del frente llevaba cicatrices de chiriviscos, rasquín, entre otros.

Uno en el campo anda el cabello, por lo general, enrollado o cortado. La señora me le dio forma, me depiló y maquilló, quedé como novia de pueblo, vestida y alborotada porque el conecte no pasó a recogerme.

Teníamos dificultades para dormir porque no llevábamos tendido, ni cobija, porque supuestamente ya nos íbamos. Tenía miedo salir. Hacía un año que no lo había hecho y esa zona me daba miedo porque estaba “apestada” de militares.

Estuvimos tres noches en la Troncal, comiendo lo que se podía, no debíamos salir, estábamos escondidos. Tiburcio me dijo: A las ocho de la mañana, estás lista. A esa hora salimos, detuvo un gran camión cargado de bananos y nos subimos en la cabina, iba sólo el conductor.

Nos detuvieron tres veces durante el trayecto en retenes que tenían los soldados, pedían documentos sólo al conductor. En una ocasión nos bajaron pero a mí no me preguntaron nada, no nos consideraron sospechosos porque supuestamente veníamos del otro lado de la frontera, y cuando llegamos más adelante de Apopa, en un desvío, ahí nos bajamos.

Tiburcio paró un taxi que nos condujo hasta una lotificación, caminamos unas cinco cuadras. Me decía: No debes voltear a ver hacia los lados, ve sólo el camino, procurá no fijarte, porque no podía llevarme vendada de los ojos, iba a trasladarme a donde unos colaboradores, y cuando llegamos a esa casa ahí me dejó y dijo que iba a regresar la mañana siguiente, que iba a buscar sus contactos.

Tiburcio me dejó ahí con una señora, y le dijo que no debía salir ni a la tienda, que si preguntaban por mí que era una sobrina de ella y que iba a quedarme en su casa por un mes. Y se fue.

Después, platicando con la señora, me dijo que Tiburcio en más de una vez le había dejado compañeros y que en muchas ocasiones se tardaba hasta tres meses para regresar. Me preocupaba porque podría hacer lo mismo conmigo, pero no, a la semana siguiente llegó.

Tiburcio me entregó con Lidia, la responsable de enviar a compañeros hacia Nicaragua, ella me llevó a comprar ropa, y ahí permanecí mientras me arreglaban los documentos. Me comentaron que uno de los problemas era que me veía menor de edad a pesar de que ya tenía los dieciocho años, quizás nadie me creería porque estaba muy desnutrida, y si me sacaban documentos de menor iba a tener problemas por los permisos migratorios.

Me llevó en taxi a una casa. Mientras llegábamos me puso a leer el periódico y no tenía que voltear a ver a ningún lado, era una lotificación ubicada al final de un pasaje. Ahí me alojó con ella, era una casa familiar, tenía disponible dos habitaciones nada más, ahí me tuvo encerrada, me sacaba sólo lo necesario.

Lidia me enseñó cómo maquillarme, me proporcionó información sobre equipos de fútbol y cosas triviales que son de gran importancia para la masas, pero que uno jamás había escuchado, pues en el monte uno no sabe de telenovelas, sobre la vida privada de actores de cine y cantantes de moda, mucho menos de chismes de la aristocracia europea, así cosas intrascendentes del momento.

Yo viajaría por tierra hacia Guatemala y más de alguna pregunta tonta plantearían los soldados, Lidia me dijo: Te voy a poner ropa vieja porque sólo nueva es muy sospechoso, aquí está tu pasaporte, tu nuevo nombre es Daysi Zepeda, tienes que memorizar los nombres de tus padres y aprender a escribir tu firma.

Le pregunté:

–¿Y cuánto tiempo tengo?

–Hasta el amanecer, porque a las ocho de la mañana te voy a entregar con la persona con quien vas a viajar hacia Guatemala.

No dormí de nervios porque al día siguiente me iba de El Salvador y tenía que aprenderme la firma. Bueno, era un poco complicada. Llené quizás unas diez hojas de papel intentando aprenderla, y a cada rato me preguntaba y ¿cómo te llamas?

Tenía dificultades porque ni siquiera de mi nombre me acordaba, siempre usé pseudónimo, se siente raro. Lidia a cada rato entraba y me preguntaba: ¿Cómo te llamas? Y tenía que responderle. ¿Quién es tu papá? ¿Dónde vivís?

En la mañana me entregó con Berenice, ella me dijo:

–Nos vamos a ir en el mismo bus, pero si alguien pregunta no me conocés. Donde yo me baje tú también, hasta que llegemos a Guatemala nos vamos a hablar.

Cuando íbamos cerca de la frontera detuvieron el bus donde nos transportábamos y los efectivos de la Fuerza Armada me pidieron el pasaporte. Se los di, me lo devolvieron, no hubo ningún inconveniente y seguimos.

Al llegar a Guatemala fuimos a hospedarnos a un hotelito de la ciudad de Antigua Guatemala, anduvimos paseando en bus, y ella me dijo: Mirá aquí es difícil porque supuestamente venimos de turistas, no podemos ir a encerrarnos al hotel. Había que “matar” el tiempo porque eran tres días que teníamos que estar ahí.

Berenice, la noche anterior al día que nos marcharíamos de ahí, me dijo que quería que la dejara sola porque iba a hacer algo en la habitación. Ella llevaba un cuadro de adorno, de repente vi que empezó a sacar otro pasaporte y guardó el que había utilizado para entrar a Guatemala. El cuadro era un embutido, por eso quería que la dejara sola, pero de todos modos me enteré.

Ese día en la tarde me llevó a comer al Pollo Campero, luego a una sala de belleza, me transformaron el cabello ondulado en colochó, y en la noche me dijo:

–Vas a dormir de forma tal que no te arruines el peinado.

Ella cambiaba de nombre, porque su trabajo era viajar, no podía estar sellando el mismo pasaporte en Nicaragua. Alguien que fuera originario de El Salvador y viajara al país de Rubén Darío era investigado, si es que no quedaba preso.

Al día siguiente me levanté tempranito y me bañé rápido. Ella iba con temor cuando salimos del hotel, de que en el mostrador del vestíbulo fueran a pedirle los documentos de identidad y ya no se iba a llamar igual, pero no hubo inconveniente. Canceló la cuenta y nos fuimos.

El vuelo que tomamos era de la línea aérea panameña Copa y hacía escala en El Salvador, aterrizamos en el aeropuerto salvadoreño de Comalapa, no hubo inconveniente, salimos de nuevo hacia Nicaragua.

Cuando llegamos a Managua me fue a dejar a una casa que le llamaban el hospitalito, y como yo iba de una estructura cerrada me escondieron en un cuarto, ahí había varios compañeros lesionados que estaban en recuperación.

Llegó Fermín, un cuadro de dirección y preguntó a quién habían llevado y le respondieron que a alguien de comunicaciones, y dijo: ¡Ah, si yo ya sé quién es! Con sólo oír la voz yo lo conocí.

Fermín, era un jefe militar que había estado combatiendo en Chalatenango, platicamos y me dijo:

–Managua es diferente, te vas a olvidar de las bombas, de los balazos y de que te andan persiguiendo.

Pero en realidad había un clima enrarecido por la desconfianza que reinaba entre los compañeros que residían en Nicaragua. Algunos de ellos me empezaron a decir que tuviera mucho cuidado, que si alguien me empezaba a hacer planteamientos dudosos o sospechosos que informara.

Lo triste fue que me quitaron hasta el último centavito que andaba. Cuando me entrevistaron me preguntaron: ¿Cuánto traés de dinero? Y había que entregarlo, yo entendí que había una cierta cantidad que me la habían dado para mí, pero como yo no sabía ingenuamente lo entregué todo.

Después los compañeros me decían: Sos tonta, entregaste todo, aquí los dólares valen. En esa época la cotización estaba a noventa córdobas por un dólar estadounidense, quien llevaba unos tres dólares hacía pisto.

Empecé a encontrar a compañeros que conocía, como la Chalateca, Vladimir, yo le dije a Nena la encargada del hospitalito que no quería estar encerrada, que no era justo, pero no estuve mucho tiempo ahí. Me empezaron a llevar a consulta donde el doctor y me hicieron tratamiento médico a la antigua, un médico decía que lo que yo tenía se deshacía con un libro, que tenía un quiste de líquido cenobial en la mano. Por último terminaron poniéndome yeso en la mano, me picaba e incomodaba, pocos días después volví al área de comunicaciones de Managua.

8.2. Las casas de comunicaciones

Llegué a la casa de comunicaciones, era una quinta ubicada sobre el kilómetro quince y medio sobre la carretera vieja a León, era bonita, tenía piscina. Lo único que aquí sólo se tenía el radio de comunicaciones. En otra casa trabajaba otro grupo de compañeros con las claves para cifrar y descifrar los mensajes, era toda una estructura.

En esta casa había un grupo de seguridad, tres compañeros estábamos alojados, trabajábamos en la comunicación, y una señora que se encargaba de los oficios domésticos.

La casa tenía cuatro habitaciones, una que se usaba para la instalación del radio, que era un YS70, su potencia residía en la antena porque estaba bien hecha y con una altura suficiente. Era la casa donde habían asesinado a la comandante Ana María.

Se trabajaba todo el día, nos turnábamos con Karla y Daysi, éramos las que nos ocupábamos en la transmisión y recepción de mensajes y siempre colaboramos con los frentes de guerra. Había un señor que trabajaba de motorista y a la vez era el mensajero entre las dos casas de comunicaciones, él llevaba y traía los mensajes.

Nosotras solamente transmitíamos el mensaje codificado y recibíamos mensajes codificados, eso había que hacerlo llegar a la otra casa de comunicaciones a donde sólo tenían la clave, ahí solamente se hacía el proceso de cifrar y descifrar mensajes. Posteriormente estos mensajes eran llevados hacia otra casa donde residía el jefe, estas tres casas tenían un mensajero, había alguien que se encargaba de llevar y traer todos estos documentos.

En todo el período que yo estuve en esa casa, solamente me enteraba de lo que estaba sucediendo en El Salvador por medio de los partes de guerra, la información abierta que se pasaba, pero no conocía nada de la situación que se estaba dando como antes, que tenía acceso a toda la información, porque en el frente de guerra uno mismo hacía el trabajo de cifrar, descifrar, transmitir y recibir. Aquí no, estaban separadas las comunicaciones y las claves, por medidas de seguridad.

Había la psicosis que la CIA andaba detrás de las estructuras del FMLN y algo cierto había. En la noche colaborábamos con la vigilancia, nos correspondía hacer turnos hasta de una hora, dependiendo de cuánta gente estuviéramos en la casa.

Ni en el monte sentía tanto miedo como ahí porque no conocía el lugar, que estaba rodeado de vegetación. Dentro del terreno que tenía esta casa habían árboles grandes y unas partes sucias que no se había limpiado, hacia atrás habían bosques, no había mucha población de ese lado.

Se tenían armas, habían unas cortas bien raras, yo nunca las había visto en el frente, eran las que se usaban para hacer la seguridad, eran dos armas cortas y dos galiles.

Había una cabañita contigua a la casa que habitábamos, se había acondicionado para brindar protección. El grupo de seguridad estaba afuera en esa cabaña y ahí tenían su dormitorio. Ellos no ingresaban a la habitación donde se tenía el radio, la entrada era restringida, sólo los que trabajábamos en la comunicación.

Luego, después de aquí, nos fuimos a una quinta en el Crucero, este es un lugar que está situado en la carretera que le llamaban la sur. Se iba por esa carretera y pasaba por Monte Tabor, y llegaba a un cruce que era una parte alta, hacía frío y ahí estaba esa quinta. Era grande el espacio, totalmente cerrado, con muro perimetral de cemento. Aquí se tenían el radio y las claves en la misma casa, se juntaron las dos estructuras de comunicaciones.

En estas casas se vivía en colectivo, residíamos hasta doce o trece personas, era bastante difícil la convivencia; en todos estos lugares donde habíamos estado no se debía tener comunicación con los vecinos, no teníamos permiso para salir, porque pertenecíamos a una estructura cerrada. Se aburría uno de estar siempre con la misma gente, y cada uno con distintos intereses. Es cierto que éramos compañeros, pero era un tedio estar tratando con la misma gente todos los días, haciendo lo mismo: una rutina monótona.

Algunas compañeras tenían niños, en esta última casa convivimos con la familia del comandante Leonel González.

Nicaragua en esa época estaba bajo un bloqueo económico y una guerra no declarada impuesta por EE.UU., había muchos productos que por la escasez no se conseguían, por ejemplo, los lácteos.

En Managua vendían una leche en bolsa que era más agua que otra cosa; jabones, desodorantes, montón de artículos que no se encontraban y sólo habían en la tienda para los diplomáticos, conocida popularmente como diplotienda, que eran donde compraban y se abastecían los extranjeros y todos los que tuvieran dólares.

En Nicaragua residían extranjeros que tenían ingresos en dólares, internacionalistas y cooperantes que trabajaban en ejecución de proyectos, había un flujo de divisas estadounidenses.

El negocio de cambio de córdobas a dólares, y viceversa, se realizaba en las esquinas del centro de Managua. Incluso, si era nicaragüense y tenía córdobas, iba a cambiar córdobas por dólares para poder ir a comprar a la diplotienda, pero, claro, la gente en su mayoría era de escasos recursos económicos. Tenían acceso sólo los pocos ricos que pudiera haber.

Los altos jefes sandinistas que tenían buenos salarios, en nuestro caso era la jefatura del FMLN, recibían dólares e iban a la diplotienda y compraban galletas de chocolate, cosas que no estaban a nuestro alcance como ropa, zapatos, y uno con su misma ropita, los mismos zapatos hasta que se le desgastaba toda la suela. Eso también generaba incomodidades.

Salvador Sánchez Cerén llegó a quedarse a Managua en 1988, residió en Nicaragua hasta la firma del Acuerdo de Paz.

8.3. Indisciplina revolucionaria

En Managua nunca me dieron el trato como miembro del partido, que fue por cierto una membresía que yo gané en el frente de guerra desde que era niña, me trataban como colaboradora activa, como aspirante a miembro, como les daba la gana.

Entre los compañeros que estaban residiendo en Managua prevalecía el arribismo, oportunismo y envidias, había inestabilidad laboral. Yo a veces le decía a Vilma, que era la responsable, yo no quiero ir a ese colectivo porque la membresía me la gané en el frente de guerra y no aquí y no me vas a tratar como pelagatos y punto. Se daban conspiraciones entre los mismos compañeros.

En los frentes de guerra de El Salvador no se tenía la oportunidad para dedicarse a las miserias humanas, porque la situación operativa militar y el lugar donde estaban no se lo permitía. En Managua, el mismo acomodamiento, la rutina y el hecho de estar en el mismo lugar las veinticuatro horas, enfermaba psicológicamente a los compañeros. Ahí estaba Calixto Mejía, su pseudónimo era Julián.

Toda esta situación me afectó en muchos aspectos. A mí me dejaron siempre en comunicaciones, pero había una relación tirante y una convivencia terrible. Este ambiente se dio en julio de 1986, un escenario difícil en el sentido de que yo no tenía a quién acudir, nadie quien me apoyara ni nada.

8.4. El efecto Acuerdo de Esquipulas II

La cumbre de Presidentes Centroamericanos se llevó a cabo en Guatemala en 1987, ellos emitieron el Acuerdo de Esquipulas, presionaron a los sandinistas a que no apoyaran al FMLN. Eso fue el 6 y 7 de agosto.

Este contexto obligó a los sandinistas a encubrir más el apoyo a las estructuras del FMLN que estaban funcionando en Nicaragua. Así fue como instalaron el Centro de Comunicaciones en una residencia alejada, estaba ubicada en una Quinta que fue expropiada al ex dictador Anastasio Somoza Debayle, era conocida como la Casa de Cristal. Ahí no habían paredes de ladrillos, era de vidrio y madera casi todo, incluso el piso era de madera, todas las habitaciones eran esquinas, no se encontraba un área cuadrada, todo estaba a base de esquinas, era una casa enorme.

En la Casa de Cristal nos encerraron a los encargados de las comunicaciones de las cinco organizaciones del FMLN, aquí se hizo un sistema diferente que era sólo recepción, es decir, no podíamos transmitir y recibir en el mismo aparato, sino que nos habían dado un horario, nos correspondían dos horas diarias para transmitir únicamente, y transmitir a ciegas porque el radio que se usaba no tenía recepción, estaban diseñados técnicamente para que el radio no tuviera recepción cuando transmitía y el que recibía, igual estaba desactivada la transmisión.

Ahí montaron antenas modernas para que no se tuviera dificultades con la potencia; en una habitación estaban los cinco radios para recepción uno por cada organización del FMLN, cada quién con sus audífonos, no se podía hacer ruido, se dispuso un dormitorio común para todos.

Se restringió la entrada, sólo podían ingresar dos personas por organización, cuando uno salía el otro debía quedarse ahí.

El acceso en cuanto a mensajería era restringido, sólo había una persona responsable. Era el compañero Tito, miembro del Partido Comunista, conducía un carro Nívea, iba a recoger y dejar los mensajes al centro de comunicaciones.

Se designó una casa en Monte Tabor, era una quinta que llamaban Los Nibelungos, ahí se recibía toda la documentación que iba para el centro de transmisiones, a esa casa llegaban las cinco organizaciones a dejar la información.

Jeremías era el otro compañero que llegaba, eran los únicos dos que tenían acceso, teníamos prohibido hacer llamadas telefónicas, a esta estructura la agregaron al Ejército Popular Sandinista (EPS). En la entrada de este terreno había una caseta de seguridad, era de los sandinistas, y no dejaban entrar a nadie si no llevaba carné de identificación, que nos habían dado para este fin.

Adentro de la casa había un sandinista, que era el enlace por cualquier dificultad que se presentara en los alrededores de la casa, y él tenía radio y teléfono. Teníamos prohibida la relación con ese señor. También llegaba una viejita a cocinar, ella tenía prohibido también la comunicación con nosotros.

Aquí durante el día no había mucha relación interpersonal, sólo en la noche. Cuando se terminaba la comunicación no existía dificultad con la gente de las otras organizaciones del FMLN.

Sucedía un fenómeno y era que la Resistencia Nacional y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos cerraban hasta por una semana sus transmisiones. Nos parecía raro, porque nosotros ni un día parábamos, y ellos a veces decían hoy no vamos a estar, pueden usar nuestro tiempo de transmisión.

A veces el Partido Comunista sólo lo ocupaba un ratito. Los que más pasábamos transmitiendo eran el Ejército Revolucionario del Pueblo y nosotros, éramos los que más usábamos el transmisor. Ahí andábamos atentos y si le había sobrado veinte minutos al otro, ya íbamos encima nosotros.

Como ya conocíamos cómo era la operatividad militar en las zonas con ellos, me decían: El jefe no va a estar toda la semana. Regresaba la semana siguiente. En cambio nosotros y el ERP, a veces era de noche y como nos dividíamos de las seis de la mañana a las seis de la tarde, el tiempo que había antes o después cualquiera lo podía usar porque no estaba regulado.

Entonces, el ERP a veces era bien noche y ellos transmitiendo mensajes, o bien de mañana y nosotros igual nos coordinábamos con ellos para decirles: Mire, fíjese que tengo una estación ahí y necesito pasarle algo, no me da veinte minutos, quince minutos, y luego ellos seguían. Igual, si nosotros teníamos mucho trabajo, ellos decían: Mire, nosotros siempre tenemos mucho trabajo, así que si usted va a usarlo, úselo. Nunca hubo problemas por eso.

A pesar que técnicamente se había diseñado para que la transmisión no interfiriera con la recepción estando en la misma casa y con equipos de gran potencia, porque los trabajábamos en onda corta en la banda de los cuarenta metros, y el rango de frecuencia

si uno estaba recibiendo muy cerca de donde el otro estaba transmitiendo, siempre había un poco de interferencia, nos apoyábamos con grabadoras porque no podíamos pedir que nos repitieran los números en ese momento.

Javier era el encargado de comunicaciones de la metropolitana y por lo general, tenía dificultades para trabajar con la otra compañera que me sustituía y siempre salía gritando. Él era choyado, y decía: Pónganme a la Chila. Así gritaba en el radio. Yo siempre le daba preferencia, no importaba lo que estuviera haciendo, y le recibía lo que tuviera para quien fuera, ya que por su situación de seguridad solo aparecía una o dos veces por semana. A veces se perdía hasta tres semanas.

Yo había desarrollado una técnica que no interesaba cómo me dictaran, no me les quedaba. Bueno, uno siempre comete errores, pero eran mínimos. Por otra parte, tenían la costumbre de que cuando podían haber muchos errores, se repasaba la grabación. Mi compañera no lo hacía. Otra característica que se daba con el compañero Javier era que la línea de información de la clave, o no la ponía o la colocaba mal, o sea que eran unos mensajes bien seguros que ni nosotros los podíamos sacar.

Cuando salía del centro de transmisiones y llegaba a la casa donde se descifraban me decían: Fíjate que aquí están estos mensajes de la metro que no los hemos podido sacar. Les preguntaba: ¿Por qué? Ellos respondían: Porque la línea de información está mala. Entonces yo agarraba la clave para descifrarlos.

La clave constaba de un alfabeto codificado con tres copias del mismo, tenía 100 páginas de gama (números), cada página tenía 10 líneas, cada línea 5 bloques, cada bloque de cinco números cada uno.

Cada clave tenía una serie de cinco dígitos.

ALFABETO CODIFICADO

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
1	66	77	99	2	76	67	98	3	78	68	79	69
N	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
90	4	80	86	60	93	87	5	88	96	97	89	70
81												

Codificando mensaje: “REVOLUCIÓN O MUERTE VENCEREMOS”

Nombre del mensaje: ¿veinte?

1	1006 6	01010	641 82	396 41	203 92	(línea de información, no se codifica)
2	6028 8	47957	734 90	496 52	608 72	(código, no se transmitía)
	8897 4	22388	317 82	576 17	882 30	(cifrado, esta era la línea que se transmitía)
3	8829 0	77260	269 49	381 81	818 18	
	8146 3	21248	503 83	322 10	340 33	

Clave serie: 64182

GAMA

48152 69235 04172 93569 48002
69653 98408 76222 60391 15841
01381 23060 35292 56006 77108
89012 35461 67158 23063 65279
16980 50627 52469 42153 93870
32844 67598 91705 15832 59336
73536 46719 49853 09699 38422
24625 95803 80941 87566 27591
90263 74132 14320 71421 95930
56374 82050 28516 33911 01325

pág. 1

La línea de información tenía datos previamente determinados por los radistas, ejemplo:

01032 01019 64182 58361 80263

01032 01 el día, 03 el mes 2 el año
=

01019 01 línea de 01 No. de
= gama página de
utilizada gama 9 vacío
utilizada

64182
= serie de la clave utilizada

58361
= basura

80263
= basura

Para codificar se aplicaba la gama haciendo una operación aritmética modificada (resta sin llevar) y el resultado es el mensaje cifrado obtenido y el que se dictaba al transmitir. Para decodificar se hacía lo mismo, se restaba sin llevar y se obtenía el código inicial, luego se descifraba según el alfabeto de la clave.

En otras palabras, la clave consistía en un alfabeto codificado y cien páginas superpequeñas, cada página tenía diez líneas de números pequeñitos, cada línea de cinco bloques y cada bloque de cinco números. Usábamos una operación matemática, codificábamos con el alfabeto en bloques de cinco y luego estos números, con estas paginitas hacíamos una resta sin llevar y el producto, el resultado de esta operación, era lo que dictábamos. Ese era el código.

Se sabe de que la inversa de la resta es la suma, y el compañero del metropolitano lo que hacía es que al final, siempre iba el nombre del jefe de la metro, el pseudónimo, y si un número le quedaba en el último bloque hasta ahí lo dejaba. Él no desperdiciaba tiempo dictando basura. Yo lo que hacía era la inversa. Al final escribía yo, según el alfabeto, qué números debían ser para escribir el nombre del jefe, y a eso le sacaba los números que al ser restados les correspondían a la gama. Buscaba ese bloque en más o menos a donde íbamos en la clave.

La clave sólo la usábamos una vez en cada página, a veces la volvíamos a usar al revés, o sea que empleábamos las líneas de gama al derecho y al revés. Yo me ubicaba más o menos en donde íbamos en el libro con él, en ese librito de clave, y buscaba un bloque de números exactamente al que yo había sacado ahí, y cuando lo encontraba

agarraba la línea y si esa me salía, luego me iba y contaba las líneas hacia el principio y así lograba descifrar los mensajes.

En los mensajes se comunicaban actividades, hechos y sucesos muy importantes, a veces urgentes de coordinaciones de correos y envíos, uno no podía darse el lujo de esperar hasta que ellos volvieran a salir al aire para poder corregir los mensajes, uno tenía que rebuscarse en ese momento cómo descifrar lo que le habían transmitido, se tenía en manos cosas urgentes, se tenía que ver cómo sacarlo.

Por otra parte, es saludable mencionar que durante todo el conflicto armado había existido trabajo de inteligencia; dentro de filas guerrilleras se dieron ajusticiamientos de personas que se les comprobó que estaban trabajando para la Fuerza Armada.

Por medidas de seguridad y para garantizar el éxito de las operaciones militares, como la seguridad misma de todas las unidades, se realizaba el enjuiciamiento de la persona que se le comprobaba que estaba haciendo trabajo enemigo en las filas insurgentes.

En el exterior hubo revolucionarios que se les comprobó que trabajaban para el enemigo.

En Nicaragua, las FPL poseían cerca de la playa una hacienda llamada Pochomil. En el ambiente se escuchaban comentarios que decían: te vamos a mandar a sembrar papas si no te portás bien. Algunos militantes creían que en realidad iban a ir a cultivar la tierra, los tenían cuidando cerdos, había una granja, pero en realidad, ahí mandaban a todas las personas con indicios de que hacían trabajos de inteligencia para la Fuerza Armada.

No se volvieron a ver los que salieron con destino hacia esa hacienda de la muerte, muchos fueron ajusticiados. Este fue un proceso que se dio durante toda la guerra.

En Managua se daba mucho esta situación porque había otro tipo de circunstancias, las estructuras no eran totalmente cerradas, las comunicaciones eran propicias para a ser infiltradas porque eran más abiertas, había más libertad.

Algunos compañeros perdían la perspectiva de la revolución, había un acomodamiento, poca información de lo que estaba sucediendo en El Salvador sobre el proceso de la guerra, esas situaciones, entre otras, venían a hacer mella de forma consciente o inconsciente.

Un compañero que estuvo directamente destacado en la inteligencia me relató que el enemigo buscaba cómo infiltrar las comunicaciones, la seguridad de los comandantes y hasta donde yo sé, siempre las comunicaciones fueron impenetrables, la comunicación entre frentes de guerra y entre la comandancia general de las organizaciones del FMLN fue imposible de penetrar, precisamente, porque los que trabajábamos en ese ámbito

éramos compañeros que veníamos desde los inicios del conflicto armado, forjados con sólidos principios, habíamos adquirido una conciencia inquebrantable y a pesar de las condiciones difíciles, como estábamos en Managua, nos mantuvimos firmes y fieles hasta el final.

8.5. La pérdida de las elecciones de los sandinistas

El Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN) perdió las elecciones en mil novecientos noventa, el cuerpo electoral nicaragüense votó más con el estómago que con la cabeza. Este fue un duro revés para el FMLN, tuvimos que adecuar toda nuestra forma de funcionamiento; comenzando por dismantelar algunas estructuras que iban a tener que ser más clandestinas, y se comenzó a enviar compañeros a los frentes de guerra en El Salvador.

Al comandante Leonel González le manifesté con anterioridad mi deseo de que se me sacara de comunicaciones y me trasladara hacia otra unidad. Sentía que me había esclavizado y quería hacer algo diferente. Él me dijo: En la tarde viene una persona a hablar contigo, para que te cambien de área.

Rosario llegó y me comunicó que iba a pasar al área de abastecimiento, era la que se encargaba de comprar los víveres, y a esa casa llegaban a abastecerse todas las estructuras cerradas de las FPL.

A los dos meses de estar ahí, me pusieron de responsable de abastecimiento y empecé a conocer cuáles eran las fuentes de suministro, cómo se repartía, qué criterios tenían para la distribución y a cuánta gente se beneficiaba. A partir de ahí, me dediqué a realizar compras.

Se calendarizaba el día y hora en la que determinada estructura llegara para que no se encontraran en el lugar con otra, y no tenía ni tres meses cuando los sandinistas perdieron las elecciones. Se desmontó esta estructura de abastecimiento.

Luego me llevaron a una casa de seguridad donde funcionaba la oficina de finanzas, empezaron a mandar gente que en Nicaragua tenía el estatus de refugiada para poblar los asentamientos que se estaban creando en Chalatenango, las repoblaciones que se les llamaba.

Recibimos instrucciones de que todos los que estábamos indocumentados, que no éramos refugiados, sino que éramos militantes del partido, teníamos que nacionalizarnos y obtener nuestra documentación legal. Había que empezar a asumir medidas de seguridad como si se estuviera en San Salvador, se efectuaron nacionalizaciones en masa.

Me trasladaron a una vivienda de seguridad de finanzas. Yo no entendí mi función cuando llegué, nadie me dijo para qué me llevaron. Me incorporé al trabajo doméstico

que se hacía en la casa. A los tres días, me dijo una ingeniera que residía ahí: Usted viene a hacer el oficio de la casa, la limpieza, la comida, etc.

Yo pensaba: He trabajado tanto para venir a estar aquí de sirvienta. Y me preguntaba por qué no compartimos el oficio, si todos vivimos aquí, pero como uno tenía que ser obediente, y bueno, ni modo, yo me quedé en ese domicilio. No estaba conforme y comencé a solicitar que me enviaran para El Salvador a combatir, e insistí tanto que en octubre me dijeron: Cecilia, si quieres regresar tienes que conseguir documentos. Era bien difícil obtener pasaporte para los niños. En esa época, ya era madre de dos hijos y estaba casada con Mauricio, un compañero combatiente.

Mauricio y yo habíamos dicho que como pareja no queríamos estar separados. Siempre estuvimos apartados, él en una casa y yo en otra, viéndonos a los ocho o a los cinco días, dependiendo cuando le daban permiso. Llegaba a la casa donde yo estaba porque él siempre andaba con la comandancia, yo nunca conocí las casas donde él vivía.

En noviembre de 1990 conseguí los pasaportes nicaragüenses de mis dos hijos y el mío. Me mandaron a que fuera personalmente al consulado salvadoreño a tramitar la visa. Fui con temor, porque si empezaban a hacer preguntas, yo me iba a hacer pasar como refugiada, aunque ya estaba nacionalizada. Llegué al consulado, no me hicieron mayores preguntas, me dieron la visa, regresamos a El Salvador.

Luego en San Salvador contacté con la familia de mi esposo, le di una gran sorpresa a la mamá de Mauricio, le había enviado una fotografía de cuando él estuvo en Francia. Ella no creía que él fuera su hijo, porque se fue de catorce años de edad de la casa para incorporarse a la guerrilla.

La señora no se convencía de que ese era su hijo porque era todo un hombre, además había aumentado de peso. En Francia había comido los tres tiempos, estaba gordito, ella decía que su hijo había muerto y que no tenían valor de decírselo.

La familia de mi esposo había llegado desplazada del oriente del país y estaba viviendo como tal en la zona del Lamatepec, llegué como a comprar a una pequeña tiendita que tenían en la humilde casita, me aseguré de que la persona que me atendía fuera la madre de Mauricio. Le pregunté:

–Señora, disculpe ¿usted conoce a Mauricio?

–Sí, ¿dónde lo ha visto?

–Mire, este es el niño de él y le manda esta fotografía.

La pobre señora casi se desmayó de la sorpresa, soltó en llanto de alegría, parecía que había vuelto a la vida. Me abrazaba como para no soltarme jamás. En su cara había una sonrisa de felicidad con lágrimas rodando por sus mejías, con los ojos rojos brillantes, la vida tuvo otra vez color, entre sollozos y voz entrecortada, me dijo:

–Yo creía que nunca lo iba a volver a ver.

La familia de Mauricio tuvo una gran atención con nosotros, nos recibieron muy bien, gente sencilla, humilde, pero con un gran corazón, ellos me apoyaron, estuve hasta que mi esposo regresó el 28 de diciembre 1990; por fin la familia reunida después doce años, así terminó nuestra estadía en el extranjero.

*Así como regresan las gaviotas
con alas de pañuelos...*

*Dime que vuelves.
Como vuelve la luz a las paredes.*

*Te espero,
llenándome de pájaros y sueños...
como una cruz frente al paisaje inmenso⁸.*

IX MUERTE DE CAYETANO CARPIO

Esta historia es relatada por Romeo Armando Valle.

9.1. El acecho de la desconfianza

Llegamos a una casa de seguridad, era un hospital, habíamos treinta pacientes, nos conocíamos entre nosotros; había privilegios porque algunos podían salir de la casa a la hora que quisieran, podían regresar incluso ebrios, se aplicaban ciertas sanciones, sin embargo algunos no podíamos salir, estábamos en Santo Domingo, en Managua.

En ese hospital permanecían lisiados de guerra, excombatientes con cansancio mental, gente con esquizofrenia, delirio de persecución, paranoia y sicóticos. Después me enteré por algunos médicos que la mayoría de compañeros no estaban realmente enfermos, sino que era una forma de evadir estar en el frente de guerra.

Llegué a Managua en febrero, transcurrió todo ese mes y el siguiente, yo iba directo hacia Cuba a recibir tratamiento médico, pero en mi estadía en Managua se dio el

asesinato de la comandante Mélida Anaya Montes. Ahí conocí a José, era el motorista que le habían designado a la comandante, él no tenía buena relación con ella, sino con el comandante Salvador Cayetano Carpio, mejor conocido como Marcial.

José afirmaba que Ana María era una señora prepotente, arrogante y altanera que no obedecía las órdenes del máximo líder de las FPL y comandante general del FMLN, es decir a Marcial, que hacía lo que ella quería, que ellos como seguridad le decían que no saliera sola a comer o a comprar, pero ella los menospreciaba y los ignoraba. Por ejemplo, ella se iba sola a comer al Wender, pero antes ya había ordenado: No quiero que vaya nadie conmigo, quiero ir yo sola. Y se iba caminando tranquilamente.

En marzo se llevó a cabo una reunión, Marcial estaba ahí y me dijo:

–Yo a vos te conozco ¿a dónde te he encontrado antes?

–En Chalatenango, en la montaña.

–Ah, sí ya me acordé, fue en octubre de 1981.

En esa fecha fue cuando lo sacaron a él por el lado de Arcatao, y lo regresaron a La Montañona. Ahí conocí a Marcial, se nos dieron instrucciones precisas de que nos pusiéramos más atentos con la seguridad porque él iba a llegar y sólo yo sabía de todo eso, en el campamento me dijeron:

–Vos te encargarás de estar pendiente de la seguridad, porque va a entrar el compañero Marcial, viene en camino (eso fue dos días antes).

Pero lo que quiero es regresar. Marcial en esa reunión en Managua, que se realizaba en el hospital, me reconoció y me preguntó:

–¿Y para dónde vas?

–Me sacaron del campamento y dijeron que voy para Cuba a recibir tratamiento médico.

–¿Y qué han hecho por vos?

–Me comunicaron que me entregarían el pasaporte, pero todavía no me lo han dado.

–Tía Luz, necesito el pasaporte de Romeo, yo voy a encargarme de esa cuestión de que se vaya para Cuba.

Pasó el suceso de Ana María, yo ya no pude salir de Managua. Nos dijeron que no podíamos partir, sólo los que tenían privilegios. Giraron instrucciones de que no había salida para nadie porque la CIA había asesinado a la comandante Ana María.

En esos días hubo bastante movimiento en la seguridad de Marcial, estaba Héctor, Iván y Nora. A Héctor lo recuerdo bien, nos tenían encerrados, no nos dejaban salir. Yo pasé un mes enclaustrado. Presente tengo que cuando salí a la calle en el día, me sentí mareado.

Nos enteramos de que Marcial se suicidó. No nos dieron mayor información, nos tenían encerrados en una casa en la que sus residentes eran muy cercanos a Marcial, igual “suerte” corrió también la compañera Tula, esposa de él. La tumba donde está sepultado Marcial está ubicada en una base militar en Pilua.

Nosotros como combatientes no tuvimos mayor información sobre el suceso de Marcial de parte de la dirección de las FPL. En abril, todavía nos mantuvieron encerrados, había desconfianza incluso en algunos de nosotros. En mi caso, no entendía por qué, o sea Marcial me reconoció que yo soy del norte de Chalatenango y él tenía mi pasaporte y dijo que él se iba a encargar personalmente.

Se me empezó a ver como gente de Marcial. Fue un momento difícil porque se había perdido el primero y segundo dirigente de las FPL, internamente existía conspiración, a mí me sentaron en el banquillo de los acusados, como si yo hubiera sido miembro del MOR.

Esta situación me acaeció cuando yo estaba en La Habana. Manuel, el chino, era de la célula del partido de las FPL que estaba ahí, coordinaba el trabajo, se me sentó y me preguntó que si yo tenía información de la muerte de Marcial. Esta acción de interrogatorio se realizó al año de su muerte.

En ese momento las FPL estaban con más estabilidad, todo había cambiado, se hablaba de deserciones dentro de las FPL. Se había trabajado mal la situación de Marcial.

En algún momento me preguntaron: ¿Qué opinaba de Ana María? Les respondí; Yo no opino nada, yo no la conocí, no conviví con ella. ¿Qué opinas de Marcial? Lo conocí muy poco.

En el frente siempre se nos inculcó, para cualquier acción, el saludo:

- ¡Comandante Marcial! ¡Comandante sólo hay uno!
- ¡Marcial vive!

Se desarrollaron operaciones militares en honor al cumpleaños de Marcial, después de definir con éxito una operación militar, lo que se oía decir era:

- ¡Marcial vive!

Cuando gritábamos ¡Marcial vive!, estábamos diciendo que esa posición había sido tomada con éxito por nuestras fuerzas. Después nos preguntaban ¿por qué creen en Marcial?, cuando nos habían venido educando e inculcando el culto a la personalidad de él, de que había que creer ciegamente en Marcial. Era una contradicción que lo educan a uno para algo y después de la noche a la mañana le dicen a uno, mira eso no sirve.

9.2. Explicaciones vagas de las muertes

Los nuevos dirigentes de las FPL afirmaban que Salvador Cayetano Carpio tenía una descomposición política, ideológica y generacional, supuestamente, desde 1981. Decían que él ya no tenía capacidad para seguir conduciendo las FPL, que había gente joven, gente nueva.

Expresaban que había cierto celo de Marcial con algunos compañeros de la comandancia, nos explicaban que el temor de Marcial era perder su liderazgo dentro de las FPL, que alguien se lo arrebatará.

Es necesario dejar en claro que en esa época los miembros de todas las organizaciones del FMLN creían que su máximo líder era el mejor. Nosotros lo llegamos a entender también así, comandante sólo hay uno “Marcial” y no nos estábamos refiriendo a las FPL, nos estábamos refiriendo a la revolución salvadoreña.

Nos dijeron que Marcial había dejado escrita una carta. En mi caso, soy un combatiente del campo, con capacidades limitadas por mi bajo nivel educativo de analizar e interpretar una cuestión de estas, y un poco también la cuestión se da por la fidelidad de la revolución. Uno entró a la guerra creyendo en la revolución, en sus principios, creo que era la parte más sana de uno, y no era como veía a ciertos compañeros en el exterior, que tuvieron descomposición, aprovechamiento. Mientras muchos compañeros morían en el frente de guerra, otros se estaban dando la gran vida.

Entonces cuando uno llegaba y empezaba a ver esas situaciones oportunistas y los cuestionaba, ya lo iban marginando. Y eso se dio a todo nivel dentro de las FPL. Uno sólo tenía que ver, oír y callar. Por ser crítico sufrí más el aislamiento, el año de la muerte de Marcial sí fue duro, con mucha conspiración, mucha intriga.

Cuando Marcial murió capturaron a alguien en la casa donde fue asesinada Ana María, este muchacho estaba herido, estaba en el techo de la casa, la policía sandinista lo capturó.

Los individuos que asesinaron a Ana María la conocían, entraron diez. Este muchacho era de la seguridad de Ana María, le hizo resistencia a los feminicidas, resultó herido y se escondió en el cielo falso de la casa con su fusil.

A través de él se empezó la averiguación y se conoció que cierta gente allegada a Marcial la que participó en la investigación, por ejemplo, el comandante Tomás Borge, ministro del Interior del gobierno sandinista.

A Marcial, en una salida que hizo el día que se suicidó, le quitaron el jeep de seguridad por el desvío de Santo Domingo. Cuando él iba hacia las colinas, le capturaron la seguridad y después le hicieron una llamada y le dijeron:

– Tenemos arrestada a tu seguridad, entrégate y acepta tu participación en la muerte de Ana María.

Cuando le llamaron él estaba escribiendo, y se suicidó, es lo que nos dijeron, no hubo una explicación clara de los sucesos.

Antes de la muerte de Marcial había fuertes rumores de sustituirlo. Creo que él sabía la conspiración en su contra, sin embargo, lo único que nos dijeron fue que desde 1981 había una descomposición en él.

Después del desaparecimiento físico de Marcial se estuvo hablando, por ejemplo, de Salvador Guerra, que tenía que asumir por ser guerrillero de experiencia y de confianza demostrada en cada batalla, él junto con Dimas Rodríguez fueron los que construyeron el mando estratégico de las FPL, inmediatamente después de la primera ofensiva general estratégica del 10 de enero de 1981.

Se conoció sorpresivamente que Leonel Sánchez Cerén, era el nuevo secretario general de las FPL. Para mí fue difícil, porque uno jamás lo escuchó mencionar, mucho menos se le conoció en el frente de guerra, es decir, en la trinchera de lucha.

De Leonel no sabíamos absolutamente nada. Por ejemplo, soy de Chalatenango, de los fundadores, de las primeras unidades militares, y no recuerdo haber visto ninguna vez a Leonel allá con fusil. Sí recuerdo a muchos de los que cayeron, pero de Leonel, de dónde salió yo hasta la fecha lo desconozco. Se sospechaba que pudiera ser un infiltrado del Partido Comunista.

Salvador Sánchez Cerén fue activista del Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), que era un movimiento vinculado al Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Luego se incorporó al Partido Revolucionario Abril y Mayo (PRAM), que era una expresión del PCS. Asimismo participó como miembro del UDN, este partido era expresión electoral del PCS, Sánchez Cerén fue un activista del PCS.

Sánchez Cerén fue hombre de confianza de Mélida Anaya Montes, trabajó con ella desde que fue miembro de ANDES 21 de Junio, sin embargo a partir de 1974 cuando fue miembro del Consejo Ejecutivo de la asociación de maestros ahondó la confianza con Mélida.

Mélida era la representante del Bloque Popular Revolucionario (BPR), y Sánchez Cerén era su suplente, y a partir de 1978 la responsable política de él era ella, ambos estuvieron presos juntos.

Sánchez Cerén fue uno de los que condenó a Marcial por el asesinato de Mélida, él consideraba que Marcial era un estalinista.

La seguridad de Marcial fue capturada por agentes del ministerio del Interior de Nicaragua. A estos compañeros los desaparecieron por cierto tiempo. Una vez hablé con uno de ellos y le pregunté qué pasaba y me contestó que todo estaba bien. Ellos quedaron dentro de las FPL, unos entraron al frente, incluso algunos cayeron combatiendo.

Recuerdo muy bien cuando Marcial llegó al hospitalito, nos hizo un balance de la realidad nacional de El Salvador y nos empezó a relatar la situación que estaban pasando las FPL, que no había armas, que por el lado de Morazán era donde teníamos una ruta de abastecimiento logístico. Nos dijo que el ERP no les dejaba pasar armas, y si lo permitía nos dejaba pasar sólo las que estaban en mal estado y viejas. Ellos nos quitaban las mejores, era bien difícil.

Marcial nos hablaba en ese entonces de la situación que teníamos que afrontar. Explicaba que si queríamos armar nuestras unidades militares, teníamos que arrebatárselas al enemigo. Nos hacía el llamado con esas palabras, nos hablaba sobre la situación con el Partido Comunista, que la relación no estaba bien con Schafik Hándal, que había una lucha de liderazgo, y que él se declaraba comandante supremo de la revolución, en el caso de Joaquín Villalobos también; él nos decía que lo que buscaban era un protagonismo como máximos dirigentes de la revolución salvadoreña y que habían serios problemas dentro del FMLN.

Marcial nos reconfirmaba lo que nosotros habíamos vivido, en 1981 por ejemplo, en Chalatenango. Por problemas internos se tuvo que pedir la salida de las FAL, que era el brazo armado del Partido Comunista. Se tenían pugnas muy fuertes al grado de declararnos la guerra entre nosotros mismos.

Nosotros protestábamos porque las FAL realizaban capturas de gente de la población civil por el simple hecho de ser familiares de militares, de miembros del escuadrón de la muerte, o de familiares personas que no comulgaban con el pensamiento revolucionario.

Las FAL se daban a la tarea de someterlas, no les daban alimentación. En algún momento nosotros tuvimos que intervenir por algunas gentes que nosotros las conocíamos como nuestros colaboradores, amigos nuestros, y se tuvo que pedir a la dirección de las FAL en ese entonces que les dieran la libertad, porque si no el problema iba a ser más serio, incluso, a los de las FAL los amenazamos que los íbamos a sacar a bala.

Las FAL abandonaron todas esas posiciones, quedando únicamente gente civil que los apoyó. Los guerrilleros del PC tuvieron que abandonar el lugar por presión directa de las FPL en esa parte de La Montañona, El Jícaro, Las Minas y se quedaron las FPL únicamente en esa zona.

En algún momento cuando la situación estaba tensa, a las FAL se le decía que no pasaran por determinada zona, y más de una vez hubo intercambio de disparos. Las FAL tuvieron algunos heridos en el sector de La Montañita, después arriba El Jícaro.

Las FAL en ese entonces no eran una fuerza que respondiera al riesgo que nos hacían correr a todos, nosotros teníamos algunas vías de abastecimiento logístico y medicina, que era cerca del estadio de Chalatenango.

Bajábamos con mucho cuidado en la noche, a recibir lo que nos mandaban, y las FAL lo hacían en el día, entonces es ahí donde se dio la situación de que los efectivos de la fuerza Armada de la Cuarta Brigada, se ponían más en alerta y nos causaban daños. Había muertos de parte nuestra por esa prepotencia, a los de las FAL les valía, no les importaba, tenían munición y equipo porque ni lo ocupaban, tenían todo. Lo podían hacer y qué, y nosotros no.

La relación con los miembros de las FAL en algunos momentos fue difícil, de enfrentamiento, nosotros contábamos con diez, veinte cartuchos y ellos andaban quinientos o más, no obstante nos ayudábamos en situaciones de alto peligro, por ejemplo, en algunos ataques de la Fuerza Armada les comunicábamos a los de las FAL: Nosotros nos retiramos porque no tenemos munición suficiente. Ellos nos decían: Nosotros tenemos, tomen, enfréntense, cubran las posiciones, y, como era costumbre, ellos se iban de la zona de combate.

X DE REGRESO A EL SALVADOR

10.1. Reincorporación a la insurgencia

Alquilamos un apartamento en la colonia Libertad, San Salvador, compramos lo básico, hicimos el traslado de los enseres hogareños poco a poco para no llamar la atención. Después de habernos instalado, el primer contacto que tuvimos fue con Raúl, lo conocimos en un restaurante del Pollo Campero en San Salvador.

Raúl nos dio de tarea conocer San Salvador, el día lo pasábamos de autobús en autobús, de extremo a extremo, para poder identificar la nomenclatura capitalina y darnos cuenta del recorrido de los autobuses, era necesario diseñar las rutas de evacuación en algún operativo militar.

Mi esposo tramitó y obtuvo la licencia de conducir. Básicamente mi tarea era de observación, obtener información sobre algún objetivo que se preparaba para alguna acción, observar cuántos soldados había, cómo se distribuía la vigilancia y pasar la información.

A mi esposo le tocó la acción directa. En 1991 estuvo pasivo el accionar guerrillero por el hecho de que el FMLN, el gobierno y Fuerza Armada estaban en negociaciones para solucionar el conflicto armado, y había acuerdo de cese de fuego.

Se dio el caso de que ya se estaba preparando algún objetivo militar y ordenaban que había que mantenerse pendientes, a la espera de que se nos dieran nuevas instrucciones, en el caso de mi esposo le correspondía transportar armas; en la casa que habitábamos tuvimos armas escondidas, las embutíamos al interior de la pared.

Las armas las íbamos a utilizar en una operación militar que se iba a hacer, mi esposo participó en esa acción, a él le asignaron ir con cuatro compañeros a robar un bus de la ruta 26.

Al bus lo fueron a estacionar a un parqueo y en la noche durmieron en un hospedaje, en la mañana siguiente bien de madrugada había que ir a cruzar el bus en la carretera que conduce al balneario Los Chorros, nadie quería ir a donde estaba estacionado el autobús porque tenían miedo que estuviera lleno de guardias.

Los compañeros con cautela se acercaron, dieron una vuelta de reconocimiento y verificaron que no hubiera guardias, se llevaron el bus. Mi esposo lo manejaba, y se le hacían angostitas las calles porque había conducido sólo vehículo liviano. Los compañeros obviamente andaban armados.

Yo no conocía a los miembros del comando urbano con quien trabajábamos, mi tarea consistía en la obtención de la información, Mauricio sí conocía a los otros porque iba directamente a la acción militar.

En este mismo orden, mi esposo y otro combatiente participaron en la recuperación de un microbús. Al motorista le explicaron que eran miembros de la guerrilla, que iban a ocupar el vehículo, que no se resistieran, bajaron a todos los pasajeros. Posteriormente el motorista de este microbús encontró una patrulla de la guardia en un vehículo y les dijo que le acababan de quitar el microbús.

Los guardias persiguieron el microbús. Cuando mi esposo dio la vuelta para salir de regreso, el semáforo estaba en rojo, cuando él vio al guardia que le estaba apuntando, aceleró y se pasó el semáforo en rojo, y se tuvo que ir en sentido contrario para que no lo siguieran, y más adelante fue a chocar. Le dispararon, y un proyectil le pasó a unos centímetros atrás de la cabeza.

Él chocó más adelante con otro vehículo, dio vuelta, y quedó con las llantas hacia abajo, pero en ese accidente se cayó su compañero que iba en la puerta del microbús en la parte de atrás, cuando vio le dijo: Andate. Y le hizo señal de que se fuera. Se marchó y fue a chocar otra vez más adelante y dejó el vehículo abandonado porque lo iban siguiendo.

Esto sucedió en el centro, sobre la calle que pasa enfrente de un negocio que vende baterías Rayo, por ahí hay una escultura de un rinoceronte en cemento debajo de un árbol de amate. En ese lugar dejó abandonado el microbús y salió a pie, y se subió en un bus de la ruta 101, ahí los perdió de vista.

Todo el día pasó chequeándose para poder regresar a la casa y a todo esto ya había llegado Raúl y me contaron que habían tenido problemas. Yo estaba afligida porque ya era bien tarde y Mauricio no aparecía, hasta como a las cinco de la tarde llegó y me preguntó si sabía del otro. Sí, le respondí, ya vino y me dijo que tuvieron problemas. Me dijo: Ya no hay nada, estoy bien.

Nos cambiábamos de casa cada tres o seis meses, dependiendo de la situación. Al final de 1991 se hablaba de la fuerte posibilidad de la firma del Acuerdo de Paz, y es así como durante todo este año, cuando se firmó el Acuerdo, estábamos viviendo en Santa Anita, por la 15a. Avenida Sur. La situación fue totalmente diferente, se terminó la conspiración.

Los dirigentes políticos y militares que residían en Managua empezaron a regresar a El Salvador, entraron campantes con gran pompa, hubo una mayor libertad.

Ya estaba finalizando el año 1991, yo no creí haber podido soportar más tiempo. La presión en la zona urbana era bastante y fuerte: siempre pendiente de que en cualquier momento lo pueden capturar. No era como en el monte, que se andaba con el fusil y se sabía que si se encontraba con el enemigo se agarraba inmediatamente a balazos, pero ahí se tenían las armas guardadas y embutidas, si es que las tiene o si se las han llevado.

Estar con aquella zozobra y angustia que de un momento a otro lo pueden llegar a capturar o si cayó algún compañero le iban a poner el dedo, esa presión no creí soportarla por mucho tiempo. Por mi esposo también, que era el que iba directamente a las acciones militares, y por su condición de lisiado no podía entrar al frente de guerra, eso nos detenía.

Mauricio nunca renegó de su condición de lisiado. Durante estuvimos en la guerra, si alguien le preguntaba: ¿Que te pasó en la pierna? Él le respondía: Me mordió un caballo. Era una respuesta inmediata. Hasta mucho después del Acuerdo de Paz, él ya comenzó a decir: Sí, tengo una lesión por una bomba, la esquirla me causó fractura.

Cuando nos dijeron que había que concentrarse y que las Naciones Unidas iban a supervisar, nosotros dijimos que no podíamos ir, que no íbamos a exponer a los niños, y que tampoco los queríamos dejar con la familia.

Los funcionarios de las Naciones Unidas dijeron, si hay combatientes lisiados o enfermos que no pueden ir al lugar de la concentración, que se enlisten y se van a tomar en cuenta a la hora de la desmovilización. Fue así como a nosotros nos agregaron a los asentamientos de San Antonio Los Ranchos en Chalatenango y estuvimos pendientes de cuándo era la calendarización. Fue la primera concentración que se desmovilizó.

Toda esta situación nos traía una gran incertidumbre, dudábamos si iba a ser real, si era un proceso confiable, todos los guerrilleros teníamos desconfianza, y cuando se llegó la fecha de la desmovilización nos avisaron un día antes, fuimos a quedarnos a dormir a Los Ranchos, nos dieron unas armas para entregar simbólicamente.

Las armas que nosotros teníamos en embutidos en la casa donde vivíamos a finales del año 1990, las entregamos al responsable para que fueran enviadas a las concentraciones. Hubo una división: habían los desmovilizados militares y políticos, nosotros salimos como desmovilizados militares, también se hizo una clasificación de desmovilizado lisiado.

10.2. La desmovilización y la reinserción

A finales de 1991 los comandos guerrilleros urbanos ya no accionaron. Se tenían objetivos militares preparados, se actualizaba la información constantemente para que en un momento dado que nos ordenaran accionar, ya tuviéramos objetivos preparados, pero no se ejecutaron para no estropear el proceso del Acuerdo de Paz.

Los combatientes ignorábamos el contenido del Acuerdo de Paz, no sabíamos cómo nos iba a afectar, tampoco cómo nos desenvolveríamos de ahí en adelante, mientras tanto se nos mantuvo en las estructuras militares, sólo a la espera de lo que sucedería.

El 16 de enero de 1992 se dio la firma del Acuerdo de Paz, se realizó una gran concentración en San Salvador en la Plaza Cívica, llegaron excombatientes, gente de base, de masas, ciudadanos de todo el país; se pusieron en los edificios aledaños grandes mantas con las siglas del FMLN, se tomó todo el frente de la Catedral capitalina, estaba a reventar de gente en las calles aledañas a la Plaza Cívica, y se cantó el himno de la alegría y el himno nacional popular de El Salvador que es El Sombrero Azul, por la alegría de haber alcanzado el Acuerdo de Paz, aunque no sabíamos en qué consistía, en su totalidad.

En la plaza Cívica había mucha alegría de encontrarse con compañeros que se tenía tiempos de no haber visto, gente que estaba en San Salvador y que sus seres queridos provenían del interior, vieron a sus hijos, a sus esposas, a sus madres; un reencuentro, madres que ya no encontraron a sus hijos, y era una mezcla de emociones, hubo alborada, quema de pólvora.

Recordé a muchos compañeros que durante todo el conflicto armado decíamos: Bueno, si no nos vemos otra vez aquí, nos encontraremos en el parque Libertad, cuando hayamos tomado militarmente San Salvador. Muchos de estos contactos jamás se dieron y eso lo decíamos cuando nos despedíamos de un campamento guerrillero o de algún lugar.

Cuando nos trasladábamos hacia una zona lejana y no sabíamos si nos íbamos a reencontrar nos despedíamos así: si no nos encontramos aquí, allá nos veremos en el parque Libertad, y ahí nos vamos a encontrar, no importa lo que pase. Y otros ponían así contacto para poderse encontrar todas las navidades, todos los veinticuatro de diciembre nos vamos a buscar en el parque Libertad hasta que nos encontremos. Muchos de estos compañeros murieron, todo resultó diferente de como uno se lo figuraba. No sucedió lo que nosotros nos imaginábamos: que íbamos a tomar el poder político y militar por medio de las armas, como se planteó al inicio del conflicto armado.

Empecé a preguntar por los compañeros Paquito, Antonio y otros, y me respondían: Cayó en tal parte, y empezaban a contarle a uno. Y fue así como todo el día y la noche hasta amanecer del día siguiente, no, no había cansancio, incluso bailamos con la música en vivo de los conjuntos musicales que amenizaban la fiesta de la plaza Cívica.

Mucha gente por primera vez vino a San Salvador, y fue una concentración impresionante. Por primera vez no tenía que andarse chequeando que no lo siguieran, sin temor a que lo fueran a detener y matar. Parecía increíble que se pudiera caminar con una pañoleta del FMLN en el cuello o en la frente, sin que le dijeran nada, y ver aquellos estandartes alusivos a la paz que nunca se habían hecho libremente, sin que lo masacraran, sin que le dispararan, sólo el hecho de estar ahí, era un gran triunfo que se sentía.

Pasada la celebración vino la incertidumbre de cómo íbamos a regresar a la sociedad civil, si en realidad se iba a respetar o se desataría una cacería en contra de nosotros, como en la época de los escuadrones de la muerte, que hubieran desapariciones, quiérase o no se sentía ese temor y desconfianza. En lo que menos dudamos fue en nuestros comandantes, pensamos que se iban a mantener firmes como en la guerra y que estarían siempre al lado de los oprimidos y en contra de la injusticia, que jamás nos abandonarían.

Respecto a los comandos urbanos se nos dijo que iban a haber dos tipos de desmovilizados: políticos y militares, que por nuestro origen campesino nos fuéramos a una concentración a Chalatenango, para tener acceso a los programas de reinserción. Fue así como nos enlistaron en la concentración de San Antonio los Ranchos, de Chalatenango.

El 21 de septiembre de 1992, me dijeron que iba a ser la primera desmovilización. Fuimos los del ensayo. Llegamos a San Antonio Los Ranchos, nos dieron un arma a cada uno, hicimos fila y bajo un *canopy* estaban los funcionarios de ONUSAL. Nos dieron el carné donde dice que en virtud de la Ley de Reconciliación Nacional se da esa constancia de que uno se estaba incorporando a la vida civil.

Ese documento sería de identidad personal por un tiempo transitorio. Nos preguntaron nombre del padre, de la madre, de los hermanos, de los hijos, de qué lugar éramos originarios, y toda esa información no sabemos dónde quedó, si la tiene el gobierno o la ONU, pero estamos fichados en todos lados.

Causaba temor de que si no funcionaba el Acuerdo de Paz, nuestra familia y uno había quedado fichado, muchos no mencionaron datos reales, por la desconfianza de que se estuviera entregando información sobre su familia y que tal vez no tenían nada que ver.

Luego que nos desmovilizamos regresamos a San Salvador, continuamos con las estructuras de partido, pero ahí se nos dijo que debíamos buscar empleo; se dio el Programa de Transferencia de Tierras (PTT), estaba desorganizado, uno aparecía en un listado en donde iban a hacer la distribución de tierras, pero había un desorden tal que uno preguntaba: Supuestamente, vamos para La Sabana o para San Vicente, pero de repente ya no aparecía en esos listados, sino que en otros.

La misma gente que tenía a cargo estas tareas hacían grupos por afinidad, por conveniencia, o porque eran las mejores tierras. En realidad, no supimos mucho, pues al final desistimos con mi esposo de ir a los Programas de Transferencia de Tierras porque nos dejaron al final en un listado de una tierra que todos los años se inundaba, y yo dije: Yo no puedo nadar, y si se va a estar inundando, no. No, muy lejos.

Era en La Sabana por el Bajo Lempa, había una falta de seriedad en todo eso que se realizaba, uno ya no sabía si era cierto que le iban a dar tierra ahí o no, a pesar que habíamos dado la cédula de identidad personal, todos los datos requeridos, y hasta fuimos a hacer fila enfrente del Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA) y firmamos escritura.

Después dijeron que eso no servía. Más tarde nos habían metido en la hacienda Guajoyo, que está ubicada por el lado de La Paz. Era un lugar árido e inaccesible, sin población, sin nada, todo a comenzar de cero, valoramos que iba a ser una situación difícil iniciar una nueva comunidad, que los servicios básicos iban a ser tardados, que la educación más que todo iba a tener niveles muy bajos, había que construir escuela. Decidimos que no nos íbamos a ir para esos lugares.

Para los que nos íbamos a quedar a residir en el área urbana estuvieron repartiendo muebles como juegos de comedor, vajillas, instrumentos de labranza como palas,

piochas, machetes, azadones, etc., eran de una calidad estándar, de la que normalmente se usa en el campo.

En cuanto a los juegos de comedor que entregaban, habían compañeros que se molestaban y decían que eso mejor no lo aceptaban pues eran de tan baja calidad que era humillante, sentían que estaban dando cosas que no servían para nada. Daban unas cocinas de mesa de dos quemadores que casi no funcionaban cuando las ponían a trabajar, tardaban un fin en hervir un poquito de agua, porque eran de tan baja calidad. Hubo compañeros que ahí las dejaron tiradas.

También se ofreció a los desmovilizados un programa de nivelación académica, no había mucha difusión de éstos, impartieron clases en un cierto periodo y luego evaluaron con un examen de suficiencia y si uno lo aprobaba le daban un certificado, ya fuera para noveno grado o para bachillerato.

Antes de que se desatara la guerra había ido a estudiar sexto grado en Tenancingo y después, cuando se dio el Acuerdo de Paz, en el noventa y dos, me fui a matricular a noveno grado en la nocturna, a la escuela República de Ecuador que está ubicada por el barrio Santa Anita en San Salvador. Era decepcionante darse cuenta de los bajísimos niveles de calidad de la enseñanza y cómo a la gente que va a estudiar de noche le enseñan tan poco o casi nada, va a perder el tiempo.

Me sentía tan mal al darme cuenta de lo pésimo que estaba nuestro sistema educativo nacional, ahí sin mayor esfuerzo aprobé el noveno grado y obtuve el certificado sin haber hecho séptimo ni octavo.

Por casualidad me enteré de que estaban nivelando para bachillerato y fue así como me integré a uno de estos grupos y nos apadrinó el Instituto Nacional profesor Alberto Masferrer, ahí nos dieron los títulos de bachilleres académicos opción humanidades, hicieron la graduación en el Auditorium de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador. Nos graduamos de bachiller después de un curso de nivelación, con lo cual uno ha podido sobrevivir, por lo menos decir soy bachiller y con algún oficio que aprendió.

Me aceptaron en el grupo de nivelación para bachillerato que impulsaba la ONUSAL, esto fue lo que me sirvió y el haber aprendido a escribir a máquina en el cerro de Guazapa sin ningún método y sin nada, haciendo cartas para los soldados.

Tuve que buscar trabajo a finales de 1992. Nos decían que las FPL ya no iban a dar dinero, porque no tenían fondos, no hubo una estructura de nuestra organización que nos distribuyera. Decían que teníamos que insertarnos en una organización territorial, por municipios, por departamentos, pero eso fue todo lo que se nos dijo, que teníamos que buscar las coordinaciones en las departamentales, pero nada más. No hubo un seguimiento, de cómo estaba toda la gente que se desmovilizó.

Nos ofrecieron ingresar en el nivel básico de la Policía Nacional Civil (PNC), en realidad, yo necesitaba trabajar. Me había empeñado en darle estabilidad emocional a mis dos hijos, y no me gustaba el régimen de estar en la policía porque había que ir a la Academia Nacional de Seguridad Pública (ANSP) toda la semana.

El sábado y domingo quedaba libre, pero después, al ser policía, se necesitaba disponer de tiempo y no quería volver a dejar a mis hijos en situación de abandono. Mi esposo igual, nos fijamos la meta de darles estabilidad y de velar por la unidad familiar, y así fue como nos insertamos en el ambiente laboral fuera del FMLN.

Tomé la decisión de conseguir una beca para estudiar en una universidad privada, en el contexto de la reinserción de los excombatientes a la vida civil, pero cuando iban a entregar el dinero de la misma designaban lugares, por ejemplo, la Universidad Modular Abierta, se ponían en el espacio más alejado, escondido y sucio, es decir el peor, siempre por los basureros, en condiciones deplorables.

Hacíamos grandes colas bajo el sol inclemente del mediodía, y nos trataban sin respeto y con discriminación, como si fuéramos delincuentes, y la burocracia era prepotente, arrogante e incompetente, era increíble que les pagaran muy bien por administrar el programa y lo hacían tan mal.

La burocracia tenía un gran desorden administrativo. Cuando ya se habían entregado los documentos que ellos habían pedido a los becarios les decían: No, aquí no están. Así fue el desorden en el que yo obtuve una de estas becas, porque fui directamente hasta Fedisal y no sabía que ahí coordinaban ese programa, y a veces no querían inscribirlo a uno porque decían que ya no había espacio, al fin me pidieron copia del título de bachillerato, ingresé al programa de becas, logré cursar casi la mitad de la carrera.

En las universidades privadas exigían un recibo de pago, tanto de matrícula como de derecho de laboratorio. Cuando nosotros decíamos que éramos becarios de Fedisal, nos discriminaban, decían: Esos no pagan a tiempo. Incluso, en el centro de cómputo, nos decían: Tienen que enseñar el recibo. Las máquinas no alcanzaban para todos y un día me dijeron: Bueno, mira, le cedés esa máquina a tu compañero porque él sí ha pagado. Entonces uno sentía discriminación, lo veían como lo peor, en mi caso eso me desalentó mucho.

El dinero de las becas que daban no alcanzaba a cubrir las necesidades básicas y para llenarlas tuve que trabajar, pese a eso mantuve un promedio de ocho y no perdí la beca, pero sí renuncié a ella debido a que se atrasaban demasiado en los pagos y uno tenía que sufragar los costos de matrícula y luego costaba que le hicieran el reembolso, pero a veces uno no tenía dinero para hacer esos trámites.

Por otro lado, el desorden que tenían. Seguían pidiendo las notas cuando ya las había presentado, eso retrasaba los pagos y tenía que decidir el trabajo o la beca, y de hecho en el trabajo me pagaban un salario más de lo que me daban por la beca y las

necesidades, ya uno con hijos, aumentan. Por esa razón dejé de estudiar, decidí que mejor iba a trabajar, pensé primero en la estabilidad familiar.

Era tan extremo el desorden administrativo que tenían en esa administración de becas, que todavía en el año 1998, a principios de 1999, los de Fedisal me fueron a buscar a mi trabajo y me dijeron que necesitaban que les firmara una documentación haciendo constar que yo había obtenido esos fondos.

Les respondí que no les iba a firmar nada, porque en su oportunidad había firmado todos los documentos que me habían presentado, y además querían que les entregara documentación de identidad personal para garantizar que estudié ahí. Les dije: Yo le entregué eso en su oportunidad. Y me dijeron: Pero es que hay un problema: no hay archivos. Le contesté a la persona, ese no es mi problema, yo colaboré con todo lo que me pidieron y precisamente por eso renuncié, por el desorden que tenían.

No quise firmar nada porque yo no sabía qué tanto dinero iban a legalizar con eso, incluso hubo fondos en concepto de libros que nunca los recibí, se entregaron las facturas y no hubo el reembolso de ese dinero, y entonces pues, no quise firmar.

El FMLN no le puso atención ni le dio importancia a ese aspecto; tampoco hubo continuidad, o sea: bajó la guardia. Lo que dijeron fue que el Acuerdo de Paz se iba a encargar de todos nosotros, porque el Frente era ya un partido político, y asumieron una conducta como los partidos comunes y corrientes. Me parece que no tenía que ser así, porque no éramos politiqueros, teníamos una historia diferente, se descuidó todo ese trabajo.

El Frente no ha aprovechado su potencial de organización que mantuvo durante el conflicto armado, cuando lograba organizar grandes cantidades de gente en todos los sectores de la vida social, post-Acuerdo de Paz ese trabajo no se vio más. Ahora la preocupación de los dirigentes del FMLN es mantener su diputación o alcaldía a como dé lugar, del interés colectivo se pasó al individual, no se le dio continuidad al proyecto revolucionario.

Referencias

1. FRANCISCO DE QUEVEDO (1580-1645), **Salmo XVII.**
2. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681), **La vida es sueño**, escena XIX.
3. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681), **A las flores (de El Príncipe constante).**
4. ÉRICK TRABANINO (1950? -), **La guinda.**

5. JUAN REJANO (1903-1976), **Canciones con la muerte en torno.**
6. JOSÉ DE ESPRONCEDA (1808-1842), **Canto a Teresa.**
7. LIL MILAGRO RAMÍREZ (1946-1977), **Del hombre del tiempo y ... del amor.**
8. ORLANDO FRESEDO (1931-1965), **Bahía sonora.**

CONCLUSIÓN

La guerra no fue justa, pero sí necesaria, pues no había ningún respeto por la vida, tampoco se respetaba la voluntad popular para elegir al presidente del país y a alcaldes. Las masacres, desapariciones, y torturas, eran parte de la política de Estado, en contra de la oposición política.

Fue la oligarquía a través del gobierno y la Fuerza Armada la que nos obligó a tomar las armas para defendernos colectivamente, el sistema político que imperaba en El Salvador era una dictadura, a la que la derecha le llamaba democracia y a nosotros nos calificaba de terroristas.

Luchamos por nuestra vida y libertad, por conquistar la tierra para los trabajadores o sea conseguir un mejor nivel de vida para todos, y cambiar las condiciones injustas que imperaban en ese momento.

Sería saludable capitalizar toda la experiencia buena que se tuvo de todo este proceso revolucionario, y estudiar los errores para que no se vuelvan a repetir, porque sí se dieron muchos y era natural porque nadie sabía de guerra, no habíamos estado en otra revolución, se conocían experiencias de otras latitudes, pero no se pueden copiar modelos para nuestra realidad.

Algunas personas decían que no podía haber guerra porque no teníamos montañas, pero en eso se equivocaron y nos dejó demostrado que cuando un pueblo toma la determinación de luchar no hay fuerza capaz de detenerlo, porque era la única opción con que se contaba al principio, se tenía la consigna de “Revolución o muerte”, con esa arma poderosa fue que se logró conquistar y armar a todo el ejército guerrillero.

Se hizo tanta presión militar a la Fuerza Armada que se le arrebató las armas, nosotros nos armábamos de su misma logística; los Estados Unidos intervinieron de forma directa a favor de la oligarquía salvadoreña, proporcionó armamento militar sofisticado: desde aviones, cañones, bombas, ametralladoras, fusilería, etc., y cuando

todo eso ya no fue suficiente mandaron a sus militares a entrenar a la Fuerza Armada, y cuando esto se volvió insuficiente los marines estadounidenses participaron en el campo de batalla dirigiendo la guerra, y aun así, no nos vencieron militarmente.

Ni con toda esa astronómica ayuda, pudieron apagar, terminar el movimiento guerrillero, porque era tanta la determinación y el deseo de luchar que teníamos, que no hubo avión, cañón, ni nada, capaz de detenernos. Llegaban los bombardeos, nos cubríamos.

El arma más poderosa fue nuestra disposición de luchar. En nuestra guerra de guerrillas no hubo misión militar que se quedara sin cumplir, desde conseguir tortillas para la tropa, medicina para los heridos, conseguir baterías para los radios de comunicación, el combustible para el motor que cargaba esas baterías, lograr la comunicación hasta en la línea de fuego.

Todos los que luchamos porque en El Salvador hubiera un sistema político democrático tuvimos un lugar en el conflicto armado, ahí participaron hombres, mujeres, niños, niñas, jóvenes, ancianos; todos tenían un puesto y así fue como se empujó la guerra, hasta que se consiguió tener un ejército guerrillero regular, que logró empatar la guerra y se obligó a la oligarquía a través del gobierno y la Fuerza Armada a negociar. Todo lo que la oligarquía no consiguió en el campo de batalla, lo obtuvo en la mesa de negociación sin disparar un cartucho.

La oportunidad que yo tuve de vivir este tiempo de revolución, no cualquiera ha tenido esa experiencia y algunos prefirieron ser espectadores, otros tomaron su opción en contra del pueblo, ya sea por cualquier razón, motivo o circunstancia que haya sido. En mi caso, no cometí ese error porque estuve con mi raza, no estuve en el lado equivocado.

La guerra tomó un camino que no hubiéramos querido. Sabíamos que iba a ser duro, pero con la intervención política, económica y militar de los Estados Unidos ya no sólo peleamos con la Fuerza Armada de la oligarquía salvadoreña, sino hasta con el imperialismo estadounidense.

Si hubiera sido una guerra interna habría sido, sin duda alguna, corta. Y habría tenido un desenlace diferente, si no hubieran recibido las toneladas de armamento y un millón de dólares diarios de los Estados Unidos. Si nos hubieran dejado a los indios aquí, a los salvadoreños, resolver nuestro conflicto interno habría sido diferente, porque se habría conseguido una victoria fácil, porque para la capacidad que tenía la Fuerza Armada habríamos sabido responder, pero ya con la intervención imperialista la guerra se prolongó, se volvió más dura porque hubo bombardeos indiscriminados, es decir nos cambiaron el escenario.

Cuando se andaba en la guerra, la comandancia del FMLN se cuidaba porque era quien dirigía la guerra, pero a pesar de eso, en muchos casos, andaban con la tropa,

conviviendo y todo, aunque por razones operativas, siempre estaban las unidades separadas de lo que era la comandancia, eso cambió con el Acuerdo de Paz.

Se firmó el Acuerdo de Paz y se dijo que era una nueva etapa de lucha, o sea no se dio por clausurada nuestra contienda sino que se nos comunicó que nos íbamos a la lucha legal y que continuaríamos hasta alcanzar nuestro objetivo, el poder para el pueblo.

La idea que tuvo la oligarquía financiera salvadoreña y la administración estadounidense era que se terminó la guerra y, ya una vez en el ámbito legal, el FMLN se iba a desmoronar, se iba a desintegrar, iban a poder ser comprados; eso era lo que creía la derecha, y en parte eso se dio después. Pero en ese momento que finalizó el conflicto armado me pareció que fue bueno que terminara en el sentido de que había un costo humano alto, y lo pagaba el pueblo porque todos los guerrilleros y los soldados proveníamos del mismo sector campesino, obrero, y uno que otro de la clase media y algunos intelectuales. Pero en su gran mayoría los muertos, de un lado y de otro, los ponían los pobres.

El Acuerdo de Paz se cumplió a medias, y de eso se ha hablado bastante y se ha documentado, pero la izquierda se perdió en el aspecto político y algunos dirigentes del FMLN empezaron a desertar de la lucha popular tal como lo había pronosticado y quería la derecha y el imperialismo gringo. Comenzaron algunos comandantes a separarse de lo que fue la lucha del pueblo hasta convertirse en personajes de la derecha pro estadounidenses, se les olvidó que era una continuación para darle el poder al pueblo.

Años después, vemos que si comparamos o medimos los logros de lo que teníamos cuando se terminó la guerra: que habían zonas controladas, todo el apoyo que se tenía de la población, de la comunidad internacional y que se empató militarmente.

Si revisamos las zonas que durante el conflicto armado fueron controladas militar y políticamente por el FMLN, por ejemplo Chalatenango, Cabañas, Morazán y San Vicente, la población de esos lugares era fiel y leal al FMLN, si vamos a ver ahora y si lo medimos en cuanto al poder que se tiene, casi todos, por no decir que todos, los gobierna la derecha.

Habría que preguntarse: ¿Por qué la desilusión de la gente? ¿Por qué ese cambio? El FMLN no ha sido capaz de mantener el poder a veces ni por dos periodos, han sido pocos los municipios en los que se ha quedado por varios periodos y si vemos la fuerza en la Asamblea Legislativa igual, nunca ha sido mayoría absoluta, jamás se ha tenido mayoría calificada y todavía vemos que este año (2006) hay deserciones en masa del FMLN.

Habría que preguntarse: y ¿por qué tanto proyecto que nació del Acuerdo de Paz se ha perdido?, el FMLN no logró estructurar su organización de acuerdo a la nueva

situación, en la legalidad ha habido más espacio para hacer trabajo de base. Si durante el conflicto armado y con las condiciones de terrorismo de Estado que había, se tenía un gran trabajo de base y de masa y ahora por qué no, si supuestamente son un partido de masa, o sea, hay que retomar ese camino.

La izquierda está en deuda con el pueblo salvadoreño, y justo sería que lo hiciera para honrar a todos esos que murieron, porque todos tenemos un compañero muerto, un hermano, un padre, una madre, desaparecidos, muertos o lisiados.

Los lisiados, cuando se levantan todos los días en la mañana, recuerdan que les falta un pie, una mano, un ojo, cualquier parte de su cuerpo que dejó tirado allá en el campo de batalla. Cada vez que se despiertan recuerdan lo que sufrieron, y todos los lisiados siguen sufriendo ahora porque en este país los discapacitados son discriminados y aunque existen leyes a favor de ellos son letra muerta, pero son marginados, tienen una lucha diaria por sobrevivir, es un suplicio aparte de soportar la discapacidad de su cuerpo, la lucha por sobrevivir, por vivir, porque tienen familia.

Justo sería que la izquierda para honrar todo ese sacrificio y toda la desintegración familiar que hubo, justo es que la izquierda se consolide y que retome el rumbo, de ser un partido del y para el pueblo, y no estar peleando por permanencias en cargo de diputados o alcaldes.

Si se empieza analizar, en estos momentos nos damos cuenta de que existen condiciones casi similares o peores a las que había cuando el conflicto comenzó, la oligarquía salvadoreña no es visionaria, sólo piensan en tener sin importar a costa de qué, hay gente empleada mal pagada, si la gente tuviera un salario digno comprarían más y tuvieran ellos más ganancia. Hay una megaestructura del Estado y ¿quién la paga?: los pobres que están desempleados y los empleados que están mal pagados.

En este mismo orden, los empleados públicos son los mejores pagados y son una clase parasitaria porque no producen. La empresa privada produce y, a pesar de las astronómicas ganancias, le pagan mal a los trabajadores, evaden impuestos con una estructura fiscal en la que tributan como pobres, y los pobres como grandes empresarios. La lógica funciona al revés.

Fui afortunada por haber vivido esa época de revolución, las nuevas generaciones sólo lo van a conocer por lo poco que se escriba sobre ello, también sentí el sabor del miedo, el olor de la muerte, la dicha de dar vida a un nuevo ser. También descubrí de forma muy abrupta el bien y el mal, el amor y el desamor, el sabor de la victoria y de la derrota, la bondad y la crueldad.

Encontré muy buenas y excelentes personas que me dieron la mano, conocí el hambre, la bastedad y hoy más que nunca conozco mejor a mi raza por estar en medio de ellos y por ser como ellos. Siempre he estado a favor de las causas justas, siento mi conciencia tranquila porque nunca los he traicionado y nunca lo voy a hacer.

Hasta la fecha, sigo sin conocer un El Salvador en paz, los niños se siguen muriendo de desnutrición y falta de medicinas, el sistema educativo nacional es de pésimo nivel académico desde parvularia hasta la universidad, no hay credibilidad en el sistema judicial, y mejor no hablemos de la Asamblea Legislativa, en donde la palabra diputado ha adquirido la connotación de insulto, la riqueza nacional se ha concentrado en cinco familias oligárquicas, hoy hay más violencia, inseguridad, impunidad y corrupción que antes del conflicto armado, parece que el ciclo se cierra y vuelve a comenzar.

BIBLIOGRAFÍA

- AMAYA, RUFINA, DANNER, MARK, HENRÍQUEZ CONSALVI, CARLOS, **Luciérnagas en El Mozote**, San Salvador, Museo de la Imagen y de la Palabra, Cuarta edición, 2003.
- AYALA, ÉDWIN ERNESTO, **El tope y más allá: testimonio de una guerrilla, desde la ofensiva del 89 a los Acuerdos de Paz**, San Salvador, Editorial Sombrero Azul, 1996.
- CAGAN, STEVE Y BETH, **El Salvador la tierra prometida: historia de la Ciudad Segundo Montes**, San Salvador, Ediciones Arcoiris, 1993.
- CASTRILLO, MARIO, **Nosotros los búhos rojos**, San Salvador, CODICES-PRTC, 1994.
- CHÁVEZ VELAZCO, WALDO, **Lo que no conté sobre los presidentes militares**, San Salvador, Índole Editores, 2006.
- CLEMENTES, CHALES, M.D., **Guazapa: testimonio de guerra de un médico norteamericano**, San Salvador, UCA-Editores, Sexta edición, 1986.
- DÍAZ, NIDIA, **Nunca estuve sola**, San Salvador, UCA-Editores, Onceava edición, 1997.
- ESPINOSA, EDUARDO, (Felipe Dubón), **Relatos de la guerra**, San Salvador, Editorial Universitaria, 2007.
- ESCALANTE ARCE, LUIS, **Sacrificios humanos contra derechos humanos: relato del secuestro de un banquero salvadoreño**, San Salvador, EDILIT, Segunda edición, 1991.

- GARCÍA, TXEMA, **El Salvador de la lucha armada a la negociación: la huella vasca**, Navarra, Lehen edizioa, 1993.
- HENRÍQUEZ CONSALVI, CARLOS, “SANTIAGO”, **La Terquedad del Izote: la historia de Radio Venceremos**, México, Editorial Diana, 1992.
- IBARRA CHÁVEZ, HÉCTOR ÁNGEL, **Historias de barro y otros cuentos de la guerra en El Salvador**, México, Publicaciones Expediente Abierto, 2003.
- KEUNE, LOU, **Sobrevivimos la guerra: la historia de los pobladores de Arcatao y de San José las Flores**, San Salvador, Adelina Editores, 1995.
- QUAN, JOSÉ LUIS, **El día menos pensado**, San Salvador, Editorial Guayampopo, 1996.
- LÓPEZ VIGIL, JOSÉ IGNACIO, **Las mil y una historias de Radio Venceremos**, San Salvador, UCA-Editores, 1991.
- LÓPEZ VIGIL, MARÍA, **Muerte y vida en Morazán: testimonio de un sacerdote**, San Salvador, UCA-Editores, 1987.
- Los escuadrones de la muerte en El Salvador**, San Salvador, Editorial Jaraguá, Segunda edición, 2004.
- MARÍN, ALBERTO ABRAHAM, **Batallón Atlacatl, génesis y ocaso**, San Salvador, UFG-Editores, 2007.
- MARTÍNEZ, ANA GUADALUPE, **Las cárceles clandestinas**, San Salvador, UCA-Editores, Quinta edición, 1996.
- MEDRANO, JUAN RAMÓN, **Memorias de un guerrillero**, San Salvador, S. p. i., 2006.
- MENA SANDOVAL, FRANCISCO EMILIO, **Del ejército nacional al ejército guerrillero**, San Salvador, Arcoiris, 1992.
- MENDOZA ALBERTO, RICARDO, **El teatro necesario**, San Salvador, Ediciones Venado del Bosque, 2007.
- MERINO, RAFAEL, **Lo discutible y lo no discutible del sindicalismo en El Salvador: una memoria histórica, década de los 80**, San Salvador, Inédito, 2008.
- METZI, FRANCISCO, **Por los caminos de Chalatenango con la salud en la mochila**, San Salvador, UCA-Editores, Segunda edición, 1988.

- MIJANGO, RAÚL, **Mi guerra: testimonio de toda una vida**, San Salvador, Imprenta LASER PRINT, 2007.
- MONTENEGRO, ALEJANDRO, **Sueños y lágrimas por el Pulgarcito: un testimonio sobre el conflicto en El Salvador**, San Salvador, Inédito, 2008.
- PADILLA VELA, RAÚL, **Crónicas de lucha y esperanza del pueblo salvadoreño**, San Salvador, Inédito, 1996.
- RODRÍGUEZ, GUADALUPE, **Marianela**, San Salvador, Editorial Guayampopo, 1994.
- RICO MIRA, CARLOS EDUARDO, **En Silencio tenía que ser**, San Salvador, UFG-Editores, 2003.
- SANCHO, EDUARDO, **Crónicas entre los espejos**, San Salvador, UFG-Editores, 2002.
- SOLANO, MARÍA LETICIA, **Huellas en las piedras**, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2008.
- TORRES, FIDEL, **Los militares en el poder: memorias**, San Salvador, 2007.
- TRABANINO, ÉRICK, **Con la guitarra a través de las montañas**, San Salvador, Industria Gráfica Vanguardia, 1998.
- UELTZEN, STEFAN, **Como salvadoreña que soy: entrevistas con mujeres en lucha**, San Salvador, Editorial Sombrero Azul, 1993.
- VILLACORTA, AZAHARA, **Historias Putas: hablan las trabajadoras del sexo del centro de San Salvador, en lucha por su dignificación**, San Salvador, Asociación de Mujeres Flor de Piedra, Tercera edición, 2008.
- WITTE (DE), MICHAEL, **Sebastián Diario**, Bruxelles, Editorial EPO, 1989.



Oscar Martínez Peñate

Realizó estudios de B.A. y Lic. en Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Centro América (UACA), Costa Rica, y M.A. en Ciencia Política en la Univesité du Québec á Montreal (UQAM), Canadá.

